Tercera parte

# Hacia el Hombre Nuevo

# 20. EL FISCAL SUPREMO

> Es imposible poner en ejecución las leyes revolucionarias a menos que el gobierno mismo sea verdaderamente revolucionario.
>
> LOUIS ANTOINE LÉON DE SAINT-JUST
> 1789, durante el «Terror» revolucionario francés

> Las ejecuciones por los pelotones de fusilamiento son no sólo una necesidad del pueblo de Cuba sino también una imposición del pueblo.
>
> CHE GUEVARA
> 5 de febrero de 1959,
> carta a Luis Paredes López de Buenos Aires

## I

En Buenos Aires, los Guevara festejaban el Año Nuevo cuando escucharon el boletín noticiero sobre la fuga de Batista. Exactamente dos años después de que una mano misteriosa entregara la carta de Teté con la confirmación de que estaba vivo, los Guevara tenían nuevos motivos para el júbilo: las agencias internacionales informaban de que las columnas rebeldes conducidas por el Che Guevara y Camilo Cienfuegos avanzaban sobre La Habana.

El júbilo resultó efímero. Como recordó su padre, «en nuestra casa aún no habíamos bajado las copas brindando por la caída de Batista, cuando llegó una noticia terrible. Ernesto había caído fatalmente herido en la toma de la capital cubana». Nuevamente, Guevara Lynch hizo desesperadas averiguaciones para confirmar la noticia, y pasaron dos horas de angustia antes de que el representante del 26 de Julio en Buenos Aires llamara para anunciar que el informe era falso. «Festejamos esa noche el Año Nuevo con la alegría de saber que Ernesto vivía y estaba al frente del cuartel de La Cabaña en La Habana», escribió su padre.

La comitiva del Che llegó a la gran fortaleza colonial española poco antes del amanecer del 3 de enero. Su regimiento de tres mil efectivos, que ya se había rendido a los milicianos del 26 de Julio, lo esperaba en formación. Se dirigió a los soldados en términos condescendientes, calificándolos de «ejército colonial» capaz de enseñar a los rebeldes «a marchar», mientras que los guerrilleros podían enseñarles «a combatir». A continuación se instaló con Aleida en la casa del comandante, contigua a los contrafuertes de piedra que dominaban la capital.

El día antes, Camilo se había presentado en la sede del estado mayor en Campo Columbia, al otro lado de la ciudad, para arrebatar el mando del coronel Ramón Barquín; el general Cantillo estaba detenido. Fidel había realizado su entrada triunfal en Santiago. Ante las multitudes que lo aclamaban, declaró a la ciudad «capital» provisional de Cuba y proclamó a Manuel Urrutia, quien acababa de llegar de Venezuela, presidente de la nación.

Para Carlos Franqui, que acompañaba a Fidel, era incomprensible que relegaran al Che a La Cabaña. «Recuerdo que medité largamente las razones de esta orden de Fidel: Campo Columbia era el corazón y el alma de la tiranía y el poder militar... El Che había tomado el tren blindado y la ciudad de Santa Clara, era la segunda figura en importancia de la Revolución. ¿Qué motivos tenía Fidel para enviarlo a La Cabaña, una posición secundaria?»

Sin duda, Fidel le había reservado esa posición menos visible porque no lo quería en el centro de la escena. Para el régimen derrotado, sus partidarios y Washington, el Che era el temible «comunista internacional», y otorgarle una posición destacada desde el comienzo sólo traería problemas. En cambio el jocoso Camilo, apuesto jugador de béisbol, donjuán con gran sombrero de ala ancha, era cubano, se había convertido en una leyenda popular y, que se supiera, no era comunista. A él le correspondía el centro de la escena.

Fidel necesitaba que el Che se ocupara de la tarea indispensable de purgar el antiguo ejército y que consolidara la victoria mediante la aplicación de la justicia revolucionaria a los traidores, chivatos y criminales de guerra batistianos. Así como su hermano Raúl, el otro extremista, permanecería en Oriente –donde Fidel lo había designado gobernador militar–, el Che debía asegurar el cumplimiento de esa tarea en La Habana.

## II

Desde el ondulante prado verde donde La Cabaña y la fortaleza adyacente de El Morro dominaban el puerto de la capital, en enero de 1959 el Che contemplaría un panorama similar al descrito en la novela *Nuestro hombre en La Habana* de Graham Greene, publicada unos meses antes.

«La ciudad alargada se extendía frente al Atlántico; las olas rompían sobre la avenida de Maceo y salpicaban los parabrisas de los autos. Las columnas rosadas, grises y amarillas del antiguo barrio aristocrático parecían piedras erosionadas; un antiguo escudo heráldico, borroso e indescifrable dominaba la entrada de un hotelucho, y las celosías de un club nocturno estaban barnizadas con colores chillones para protegerlas de la humedad y la sal del mar. Hacia el oeste, los rascacielos de acero de la ciudad nueva eran más altos que los faros.»

Vista de cerca, La Habana era una ciudad sórdida, emocionante, repleta de casinos, clubs nocturnos y burdeles. No faltaban los cines dedicados a las películas pornográficas, y en el espectáculo de sexo en vivo del teatro

Shanghai en el barrio chino actuaba un semental llamado Superman. La marihuana, la cocaína y otras drogas estaban al alcance de quien las deseara. La sordidez misma de La Habana atraía a Greene, quien en los últimos tiempos había visitado Cuba varias veces. «En la época de Batista me gustaba la idea de que uno podía obtener lo que deseara, fuesen drogas, mujeres o cabras.» Con la mirada de Greene, el personaje ficticio del inglés Wormold, el vendedor de aspiradoras, pasea por las calles de La Habana Vieja y observa todo con avidez. «En cada esquina había hombres que gritaban "taxi" como si fuera un extraño y a lo largo del Paseo, a intervalos de pocos metros, los proxenetas lo abordaban maquinalmente, sin mucha esperanza. "¿Puedo servirle, señor?" "Conozco a todas las muchachas bonitas." "¿Desea una mujer hermosa?" "¿Postales?" "¿Quiere ver una película verde?"»

Ese ambiente de desorden generalizado recibió al Che y sus hombres después de dos años en el monte con sus largos períodos de abstinencia, y las consecuencias fueron las que cabía esperar. El Che controlaba estrictamente a su escolta, pero Alberto Castellanos no pudo resistir la tentación. «Algunas noches me escapaba para conocer la ciudad, especialmente los cabarets; me maravillaba ver tantas mujeres bonitas. Nunca había visitado la capital, estaba deslumbrado y como trabajaba con él todos los días hasta las madrugadas, no tenía tiempo de conocer.»

El aire estaba impregnado de sexo. Los guerrilleros cruzaban los muros de La Cabaña para mantener encuentros furtivos con las muchachas entre los arbustos al pie de la gran estatua blanca de Cristo que se alza sobre el puerto. Aleida March alzó las cejas en una expresión fingida de escándalo al recordar esa época. Con el fin de preservar tanto la imagen pública como la disciplina interna del Ejército Rebelde, el Che organizó una boda colectiva para los combatientes que no habían «oficializado» sus parejas; un juez ofició la ceremonia civil y un sacerdote lo hizo para aquellos que deseaban una boda religiosa. Al travieso Castellanos, quien tenía una prometida en Oriente, le cortaron las alas en una ceremonia en La Cabaña presidida por el Che en persona.

En todo el hemisferio, el ambiente de júbilo generado por el triunfo revolucionario en Cuba era menos libidinoso, pero estaba muy extendido. La guerra había cautivado el interés de la opinión pública, y hordas de corresponsales extranjeros llegaron a La Habana para presenciar la instauración del nuevo régimen. «En Buenos Aires no se hablaba de otra cosa –escribió el padre del Che–. Yo me sentía como suspendido en el aire. Nuestros parientes y amigos nos acosaban a preguntas y respondíamos todo lo que sabíamos. Pero la verdad es que el mayor interés de nuestra familia era la vida de Ernesto. Y Ernesto estaba vivo y la guerra había terminado.»

Pero aun en Cuba pocos comprendían el significado de los sucesos. En Santiago, Fidel se esforzaba por darle al nuevo régimen un aspecto moderado, pero al mismo tiempo sentaba las pautas de su futura relación con el «presidente» Urrutia al permitirle designar un solo miembro del gabinete, el ministro de Justicia, mientras él se reservó el derecho de nombrar a los

demás. Evidentemente agradecido con Fidel por su nombramiento, Urrutia no protestó. A pesar de todo, pocos hombres del 26 de Julio, casi todos del llano, tuvieron puestos en el primer gabinete.

Desde Santiago, Fidel avanzaba lentamente por tierra hacia La Habana, saboreando la victoria ante las multitudes extasiadas. Un rebelde de Holguín, Reinaldo Arenas, recordó el clima de aquellos días. «Bajamos de la sierra y recibimos una acogida de héroes. En mi barrio de Holguín me dieron una bandera del Movimiento 26 de Julio y caminé toda una cuadra sosteniendo esa bandera. Me sentía un poco ridículo, pero había una gran euforia, sonaban himnos y cánticos por todas partes y todo el pueblo estaba en las calles. Los rebeldes seguían viniendo con crucifijos hechos de semillas; éstos eran los héroes. Algunos se habían unido a los rebeldes cuatro o cinco meses antes, pero la mayoría de las mujeres, y también muchos hombres en la ciudad, se volvían locas por esos tipos hirsutos; todos querían llevarse un barbudo a casa. Yo no tenía barba porque tenía apenas quince años.»[1]

En La Habana reinaba un clima de anarquía festiva e incertidumbre. Cientos de rebeldes armados ocupaban los vestíbulos de los hoteles como si fueran campamentos de la guerrilla en el monte. La mayoría de las tropas regulares se habían entregado después de la fuga de Batista y permanecían en sus cuarteles, pero aquí y allá se resistían algunos francotiradores y proseguía la caza de agentes policiales, políticos corruptos y criminales de guerra prófugos. En algunos lugares las turbas habían asaltado casinos, destruido parquímetros y otros símbolos de la corrupción batistiana, pero las milicias del 26 de Julio salieron rápidamente a imponer el orden en las calles. Hasta los Boy Scouts cumplían funciones de policías improvisados. Al mismo tiempo, las embajadas estaban atestadas de oficiales militares y policiales, así como funcionarios del gobierno a la deriva tras la huida repentina del dictador.

El 4 de enero, Carlos Franqui abandonó el convoy de Fidel en Camagüey para volar a La Habana. La capital estaba transformada. «El tétrico Campo Columbia, madre de la tiranía y el crimen, que yo había conocido como prisionero, era casi un teatro pintoresco, imposible de imaginar. Por un lado, los rebeldes barbudos con Camilo, no más de quinientos en total, y por el otro lado, veinte mil soldados intactos del ejército: generales, coroneles, mayores, capitanes, cabos, sargentos y soldados rasos. Cuando nos veían pasar, se paraban en posición de firmes. Era algo que daba risa. En la oficina del comandante estaba Camilo con su barba romántica, con aire de Cristo de juerga, las botas en el piso y los pies sobre la mesa para recibir a su excelencia el embajador de los Estados Unidos.»

Después llegó el Che. Había problemas en el palacio presidencial. El Directorio Revolucionario lo había ocupado y aparentemente no pensaba entregarlo. El Che había tratado de hablar con los dirigentes, pero éstos se

1. Esta cita aparece en *Antes que anochezca* (véase la bibliografía). Arenas se convertiría en un autor conocido, pero sufrió debido a su homosexualidad. Años después, huyó de Cuba y se instaló en Nueva York hasta su muerte.

negaron a recibirlo. Según Franqui: «Camilo, mitad en broma, mitad en serio, dijo que se debería disparar un par de cañonazos de advertencia... Como yo no era admirador del lugar, dije que me parecía una buena idea, pero el Che, con su sentido de la responsabilidad, dijo que no era buen momento para derrochar balas de cañón y volvió pacientemente a su palacio, se reunió con Faure Chomón y se arregló el asunto. Camilo siempre escuchaba al Che.»

El 8 de enero, cuando llegó Fidel, Urrutia estaba instalado en el palacio y se había restaurado en apariencia la autoridad gubernamental. Los rebeldes se habían apoderado de los edificios públicos, los cuarteles de policía, las redacciones de los diarios y los locales sindicales; por su parte, los comunistas aparecieron en público para convocar manifestaciones de masas en apoyo de los rebeldes victoriosos. Sus dirigentes desterrados empezaron a regresar del exilio y su diario clandestino *Hoy* volvió a aparecer. El ex presidente Carlos Prío volvió de Miami. En el exterior, representantes del 26 de Julio se hicieron cargo de las embajadas cubanas más importantes. Venezuela había reconocido al nuevo gobierno, lo mismo que Estados Unidos. La Unión Soviética hizo lo propio el 10 de enero.

Las instituciones cívicas y empresariales declararon su apoyo a la revolución con expresiones hiperbólicas de agradecimiento y fidelidad sumisa. La «pesadilla» batistiana había terminado, era el comienzo de la luna de miel fidelista. La comunidad empresarial se deshizo en expresiones de sumisión, ofreció pagar impuestos atrasados y algunas empresas importantes anunciaron nuevas inversiones a la vez que declararon su optimismo sobre el porvenir feliz de Cuba.

La prensa ensalzaba a Fidel y sus heroicos «barbudos». El semanario *Bohemia* se convirtió en propagandista entusiasta de la revolución, llena de homenajes serviles a Fidel. Un artista llegó a representarlo con un rostro semejante al de Cristo, sin que faltara la consabida aureola. Sus páginas estaban repletas de anuncios adaptados a aquel momento. La cervecería Polar ilustró una página con el retrato de un robusto campesino cortando caña de azúcar y el siguiente epígrafe: «¡SÍ! ES HORA DE IR A TRABAJAR. Con la felicidad de ser nuevamente libres y sentirnos más orgullosos que nunca de ser cubanos, debemos abrir el camino del trabajo: trabajo intenso y constructivo para las necesidades de la Patria... Y después de trabajar, ¡ES LA HORA DE UNA POLAR! No hay nada como una Polar bien helada para completar la satisfacción del deber cumplido.» La sastrería Cancha presentó una nueva camisa masculina llamada «Libertad»; el modelo de sus anuncios lucía la barba revolucionaria de rigor.

Carlos Franqui, director del hasta entonces clandestino periódico del 26 de Julio *Revolución*, se sumó a la marea de elogios al calificar a Fidel de «Héroe y Guía» de Cuba. Un teatro estrenó la obra *El general huyó al amanecer*, en la que un actor uniformado y barbudo hacía el papel de Fidel Castro. Un grupo de ciudadanos demostró su agradecimiento al encargar un busto de bronce de Fidel, que una vez realizado fue colocado sobre una

peana de mármol en una intersección vecina al barrio militar de La Habana, con una inscripción que honraba al hombre que había «roto las cadenas de la dictadura con la llama de la libertad».

No faltaban los homenajes líricos al Che. El mayor poeta vivo de Cuba, el comunista Nicolás Guillén, que vivía en el exilio en Buenos Aires, escribió un poema en su honor a petición del director de un semanario de la capital argentina.

CHE GUEVARA

Como si San Martín la mano pura
a Martí fraternal tendido hubiera,
como si el Plata vegetal viniera
con el Cauto a juntar agua y ternura,

así Guevara, el gaucho de voz dura,
brindó a Fidel su sangre guerrillera,
y su ancha mano fue más compañera
cuando fue nuestra noche más oscura.

Huyó la muerte. De su sombra impura,
del puñal, del veneno, de la fiera,
sólo el recuerdo bárbaro perdura.

Hecha de dos un alma brilla entera,
como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera.

El Che ya era una figura conocida por los lectores en el exterior, pero su consagración literaria a manos de Guillén –un poeta a la altura de Federico García Lorca, Pablo Neruda y Rafael Alberti– lo introdujo en el panteón de los héroes venerados de la historia latinoamericana. Tenía apenas treinta años y ya lo comparaban con el Libertador José de San Martín.

Estos elogios hiperbólicos repercutían en la opinión pública cubana, ávida de héroes. A los pocos días de su llegada, cuando mandó llamar a Juan Borroto, el especialista en azúcar que le había enviado informes económicos reservados al Escambray, éste perdió el aliento. «Ya era una leyenda –recordó Borroto–. Para muchos cubanos, verlo era como una visión; uno se frotaba los ojos. Además era físicamente imponente, con piel muy blanca, cabello castaño y era muy atractivo.»

En cambio, para los funcionarios de la embajada estadounidense en La Habana el Che ya aparecía como el temible Rasputín del nuevo régimen. Su influencia ideológica sobre Fidel y sus funciones aún no determinadas detrás de las murallas imponentes de La Cabaña eran objeto de especulaciones aprensivas.

## III

Fidel hizo su entrada triunfal en La Habana con gran histrionismo, parado sobre un tanque a la cabeza de una ruidosa caravana. Después de presentar sus saludos a Urrutia en palacio, abordó el *Granma,* que había navegado a la capital y se encontraba anclado en el puerto. A continuación, acompañado por Raúl y Camilo –mientras el Che permanecía discretamente oculto en La Cabaña– marchó a Campo Columbia por calles bordeadas de miles de habaneros alborozados que agitaban banderas.

Esa noche, en un largo discurso televisado en vivo, Fidel subrayó la necesidad de imponer la ley, el orden y la unidad revolucionaria; en la «nueva Cuba» sólo cabía una fuerza revolucionaria; no se permitiría la existencia de «ejércitos privados». Esas palabras constituían una advertencia dirigida al Directorio, cuyos combatientes habían evacuado el palacio pero aún ocupaban los terrenos de la universidad y, según los informes, acumulaban armas. Como una señal ominosa de la inminencia de una confrontación, el dirigente Chomón había expresado que el Directorio estaba preocupado por la perspectiva de quedar marginado del poder. Pero el discurso de Fidel y su amenaza implícita de utilizar la fuerza obtuvieron la reacción deseada: antes de que finalizara el discurso, el Directorio hizo saber que entregaría las armas. Así desaparecía la amenaza de una organización armada de oposición; el alarde de fuerza de Fidel había triunfado.

Fidel también aprovechó la ocasión para poner de manifiesto el carácter nacionalista del nuevo régimen. Cuando un periodista preguntó qué opinaba del rumor de que el gobierno norteamericano retiraría su misión militar, respondió sin vacilar: «*Debe* retirarla. En primer lugar, el gobierno de los Estados Unidos no tiene derecho a mantener una misión permanente aquí. Dicho de otra manera, no es una prerrogativa del Departamento de Estado sino del Gobierno Revolucionario de Cuba.» El sentido de la frase era: si Washington quería mantener buenas relaciones, debía buscar la reconciliación, y el primer paso era tratar a Cuba de igual a igual.

A la nación le dijo que se reorganizaría el ejército para que estuviera formado por hombres «leales a la revolución» que la defenderían en caso de necesidad. Advirtió que la victoria aún no estaba asegurada. Batista había huido a la República Dominicana con sus millones de dólares robados para buscar la protección de otro dictador infame, el general Trujillo, y cabía la posibilidad de que ambos iniciaran un contraataque.

Era un discurso hábil, que advertía a los cubanos sobre lo que habría de suceder, pero el recuerdo que más perduró en la memoria de la mayoría de los presentes fue el momento en que varias palomas blancas alzaron vuelo entre el auditorio para posarse sobre el hombro de Fidel. Para muchos fue una epifanía mística, que convalidaba la posición de Fidel como el carismático *máximo líder* de la revolución; otros lo consideraron un ejemplo magistral de su capacidad para presentar una imagen pública sublime en el momento preciso.

En medio de la sucesión vertiginosa de los acontecimientos, las señales contradictorias sobre el rumbo de la revolución desconcertaban a los observadores y mantenían a los cubanos en un estado de agitación constante. Washington se había mostrado conciliador al reconocer rápidamente al nuevo régimen. Su segundo gesto diplomático de apaciguamiento fue la renuncia del embajador Earl Smith, contaminado por sus vínculos con Batista, quien nombró un encargado de negocios y abandonó el país.

La composición del nuevo régimen difícilmente podía disgustar al gobierno de Eisenhower. Los integrantes del gabinete de Urrutia, tanto los veteranos como los bisoños, eran casi todos políticos «fiables», hombres de la clase media acomodada, anticomunistas con vínculos empresariales; entre ellos se contaban varios antiguos rivales de Fidel. Al confiarles puestos de autoridad aparente en el nuevo gobierno, Fidel había tranquilizado rápidamente a la conservadora comunidad política y empresarial, y captado a varios sectores potenciales de oposición.

La mayor sorpresa fue la designación del doctor José Miró Cardona, prominente abogado y secretario del Frente Cívico de Oposición, como primer ministro. «La designación de Miró Cardona cayó como una bomba –escribió Carlos Franqui tiempo después–. Era presidente del Colegio de Abogados de La Habana, representante de grandes empresas capitalistas y uno de los políticos más pro norteamericanos de Cuba. Años antes había defendido al mayor ladrón entre los presidentes cubanos, en el célebre caso de Grau San Martín, que había robado 84 millones de pesos. Había defendido al capitán Casillas, asesino del líder de los trabajadores azucareros negros, Jesús Menéndez. Nosotros no entendimos la elección de Fidel, pero sí lo hicieron aquellos que Fidel quería que comprendieran. En realidad fue una jugada inteligente que confundió a los norteamericanos, la policía y los políticos.»

Tras denunciar el infortunado Pacto de Miami, el temible Felipe Pazos fue designado presidente del Banco Nacional; Justo Carrillo ocupó la presidencia del Banco de Desarrollo y el economista Regino Boti volvió de Estados Unidos con su título de Harvard para ocupar el Ministerio de Economía. Rufo López Fresquet, economista y analista del influyente rotativo conservador *Diario de la Marina,* recibió la cartera de Hacienda, y el político ortodoxo Roberto Agramonte la de Relaciones Exteriores.

Otros miembros del gabinete como Faustino Pérez, titular del flamante Ministerio para la Recuperación de Propiedad Adquirida Ilegalmente, pertenecían al ala derecha del 26 de Julio. Armando Hart recibió la cartera de Educación y Enrique Oltuski («Sierra»), pesadilla del Che durante la guerra, la de Comunicaciones. El periodista Luis Orlando Rodríguez, viejo amigo de Fidel que había ayudado a instalar Radio Rebelde y publicar *El Cubano Libre,* fue designado ministro del Interior. Otro puesto nuevo, el de ministro de Leyes Revolucionarias, fue encomendado a Osvaldo Dorticós Torrado, abogado de Cienfuegos que tenía vínculos discretos con el PSP. Su designación pareció inocua en ese momento, pero Dorticós Torrado desempeñaría un papel clave en los planes futuros de Fidel.

El gabinete se puso a trabajar en sesiones maratonianas para reformar la constitución, reconstruir la infraestructura destrozada y sanear la corrupta sociedad cubana; encabezaba la lista de prioridades de Urrutia un proyecto para prohibir el juego y la prostitución. Los nuevos ministros se apresuraron a poner sus propias casas en orden, despidiendo a los empleados que recibían prebendas secretas, llamadas *botellas,* del régimen de Batista. Los primeros decretos fueron de la misma naturaleza «purgante»: se prohibió temporalmente la actividad de los partidos políticos a la vez que se confiscaron las propiedades tanto de Batista como de sus ministros y de todos los políticos que habían participado en las dos últimas elecciones.

Al mismo tiempo, Fidel empezó a hablar ante grandes multitudes, una práctica hábil que bautizó como «democracia directa». Eran referéndum espontáneos semejantes a su primer discurso en Campo Columbia, en los que sondeaba a la multitud. Aprovechando su autoridad popular de indiscutido hombre fuerte de la revolución, utilizaba esas tribunas para poner a prueba, moldear y excitar el estado de ánimo público y, en última instancia, para presionar al gobierno. Repetía una y otra vez que las autoridades debían obedecer «la voluntad del pueblo» porque la revolución había sido librada «por el pueblo».

Fidel también inició la reforma del ejército, su verdadera base de poder. Pasó el rastrillo por las «viejas» fuerzas militares y policiales, y suspendió o expulsó a los oficiales. Nombró al coronel Ramón Barquín director de las academias militares y al mayor Quevedo, uno de varios oficiales de carrera que se habían pasado al bando rebelde después de la frustrada ofensiva del verano, jefe de logística militar. Otros oficiales se fueron al «dorado exilio» como agregados militares en el exterior. La nueva élite militar estaba integrada por rebeldes leales. Camilo, gobernador militar de la provincia de La Habana, fue designado jefe de estado mayor del ejército. Augusto Martínez Sánchez, abogado que había servido de auditor en el Segundo Frente de Raúl, recibió la cartera de Defensa. Efigenio Ameijeras, jefe de la fuerza de choque Mau-Mau, la unidad de élite de Raúl, fue designado jefe de policía. El piloto Pedro Díaz Lanz, comandante de la fuerza aérea rebelde durante los últimos meses, recibió ese título de manera oficial. Acaso la medida más elocuente fue la designación de hombres leales del 26 de Julio como gobernadores militares en todas las provincias cubanas.

En poco tiempo se hizo evidente que la verdadera sede del poder revolucionario no estaba en el barroco palacio presidencial de La Habana Vieja, sino dondequiera que se encontrara Fidel; y Fidel parecía estar en todas partes. Su base era una suite en el piso veintitrés del nuevo Havana Hilton, en el barrio céntrico de El Vedado, pero también dormía y trabajaba en el vecino apartamento de Celia Sánchez y en una villa en la aldea pesquera de Cojímar, unos treinta minutos al este de la capital. Fue en esa villa, más que en el palacio presidencial, donde se gestaría el futuro de Cuba. Allí, durante los meses siguientes, Fidel se reuniría todas las noches con sus camaradas de mayor confianza y los dirigentes del Partido Comunista con el fin de forjar una

alianza secreta del PSP con el Movimiento 26 de Julio para conformar un partido revolucionario único. Fidel, el Che, Raúl, Ramiro y Camilo representaban a los guerrilleros; Carlos Rafael Rodríguez, Aníbal Escalante y Blas Roca, secretario general del PSP, negociaban en nombre de los comunistas.

## IV

A primera vista, el Che y Raúl habían quedado excluidos de los mejores cargos. Éste era gobernador militar de Oriente, aquél tenía el título insignificante de «comandante de La Cabaña». Pero los títulos oficiales eran engañosos. Mientras Fidel se dedicaba a crearle una fachada moderada a la revolución –rechazando con indignación cualquier acusación de «influencia comunista»– con la esperanza de evitar un enfrentamiento prematuro con Estados Unidos, Raúl y el Che se dedicaban en secreto a cimentar los vínculos con el PSP y consolidar la base de poder del líder en las fuerzas armadas.

El Che mantenía un ritmo de actividad febril. El 13 de enero inauguró la Academia Militar-Cultural en La Cabaña para «elevar el nivel cultural del ejército». Además de enseñar las primeras letras, la academia debía inculcar «conciencia política» en la tropa. Se dictaban cursos de educación cívica, historia, geografía y economía cubanas, «las características económicas y sociales de las repúblicas latinoamericanas» y actualidad política. También trataba de reformar a los soldados. Prohibió las peleas de gallos, que se habían hecho populares entre la tropa. En su lugar organizó clases de ajedrez, un equipo ecuestre, certámenes deportivos y dispuso que se realizaran exposiciones de arte, conciertos y representaciones teatrales. Todas las noches se proyectaban películas en los diversos cines de la fortaleza. Fundó el periódico del regimiento *La Cabaña Libre* y poco después colaboró con el lanzamiento de *Verde Olivo,* un periódico para las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En medio de tanta actividad, el Che discretamente designó a hombres del PSP para supervisar la escuela. Armando Acosta, su comisario en el Escambray, ya se encontraba cerca, comandando la pequeña fortaleza de La Punta al otro lado del puerto de La Cabaña, y poco después el Che lo designó administrador de la academia.

A fines de enero, el Che ya poseía otro título –jefe del Departamento de Entrenamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias–, pero éste tampoco indicaba la verdadera gama de sus actividades. Por orden de Fidel, se reunía secretamente con Raúl –quien viajaba constantemente entre La Habana y su puesto en Santiago–, Camilo, Ramiro Valdés y Víctor Pina del PSP para crear un nuevo aparato de seguridad e inteligencia del Estado. El organismo resultante, llamado Seguridad del Estado o G-2, quedó en las manos capaces de Ramiro Valdés, el lugarteniente del Che durante la guerra. Osvaldo Sánchez, miembro del Buró Político y jefe del Comité Militar del PSP, fue designado segundo jefe del organismo.

Mientras tanto, los exiliados cubanos regresaban de todos los países del hemisferio. El gobierno envió un avión a Buenos Aires para traer a todos los exiliados que residían allí e invitaron a la familia Guevara. Los padres del Che, su hermana Celia con su esposo Luis Argañaraz y Juan Martín, un adolescente de catorce años, aceptaron la invitación. (Roberto y Ana María no pudieron hacerlo debido a sus obligaciones laborales y familiares; pasarían otros dos años y medio antes de que pudieran reunirse con su famoso hermano.) Cuando llegaron a La Habana, el 9 de enero, un muy emocionado Guevara Lynch besó la pista del aeropuerto capitalino de Rancho Boyeros. «Inmediatamente nos rodearon unos cuantos soldados barbudos, con sus uniformes bastante sucios y armados con fusiles o ametralladoras –escribió–. Vinieron los saludos de rigor y, apresurados, nos dirigimos al interior del aeropuerto, en donde nos esperaba Ernesto. Tengo entendido que quisieron darle una sorpresa y sólo supo de nuestra llegada minutos antes. Mi mujer corrió a sus brazos y no pudo contener el llanto. Un montón de fotógrafos y cámaras de televisión registraron la escena. Poco después abrazaba a mi hijo. Hacía seis años que no lo veía.»

En una de las fotografías tomadas aquel día, el Che aparece con uniforme de combate y boina, con su barba rala, flanqueado por sus padres en medio de una multitud de curiosos. A sus espaldas asoma el cañón de una metralleta. Es verdaderamente memorable la expresión de orgullo intenso y apasionado en las caras de Celia y el Che. A un lado, como un curioso más, vestido de traje, su padre esboza una sonrisa perpleja.

Los Guevara, huéspedes de la revolución, ocuparon una suite del Havana Hilton, unos pisos más abajo de la de Fidel. Como sede de facto del gobierno, en el lujoso vestíbulo del hotel reinaba un alboroto de guerrilleros desaliñados con sus armas, periodistas inquisitivos, buscadores de prebendas y turistas norteamericanos de aire desconcertado cuyas vacaciones se habían visto interrumpidas por la revolución. Cuando por fin estuvieron a solas con su hijo, Guevara Lynch sacó varias botellas de vino argentino de la marca preferida de Ernesto.

«Se le iluminaron los ojos al ver aquellas botellas... Su vista trajo seguramente a su memoria gratos recuerdos de otros tiempos felices, cuando toda la familia vivía junta en Buenos Aires.» Mientras brindaban, Guevara Lynch observó a su hijo y creyó ver «... en su aspecto físico, en su expresión, en su alegría... aquel mismo muchacho que partió de Buenos Aires en una fría tarde de julio hacía más de seis años».

Esta descripción es en buena medida una expresión de sus ilusiones. Su hijo Ernesto se había convertido en «el Che», el hombre que quería ser. Y aunque «Ernesto» estaba encantado de ver a su familia, en verdad su llegada no podía ser menos oportuna. Mientras ellos se instalaban en el Hilton, tuvo que volver deprisa a La Cabaña, donde lo aguardaban los juicios revolucionarios que él mismo presidía.

Durante el mes de enero una de las tareas de los revolucionarios fue la de apresar a presuntos criminales de guerra y conducirlos a La Cabaña. En

general no eran los principales esbirros del antiguo régimen, pues éstos habían logrado escapar (antes de que los rebeldes tomaran la ciudad y detuvieran la salida de aviones y barcos al exterior) o permanecían encerrados en las embajadas. Casi todos eran agentes, chivatos y torturadores policiales. Con todo, el Che, fiscal supremo, realizaba la tarea con singular dedicación; todas las noches resonaban las descargas de los pelotones de fusilamiento entre los antiguos muros de la fortaleza.

«Había más de un millar de prisioneros de guerra –dijo Miguel Ángel Duque de Estrada, designado por el Che titular de la Comisión de Depuración–. Constantemente llegaban más, y muchos no tenían expediente. De algunos ni siquiera conocíamos los nombres. Pero teníamos una tarea que cumplir, que era sanear el ejército vencido. El Che siempre había tenido claro la necesidad de sanear el ejército e imponer justicia a los criminales de guerra convictos.»

Los juicios comenzaban a las ocho o nueve de la noche y generalmente se llegaba a un veredicto a las dos o tres de la mañana. Duque de Estrada, encargado de reunir pruebas, tomar declaraciones e instruir los juicios, ocupaba el estrado junto al Che, el fiscal supremo, quien tomaba la decisión final sobre la suerte de aquellos hombres.

«El Che consultaba conmigo –dijo Duque–, pero estaba al mando y como comandante militar tenía la última palabra. Estuvimos de acuerdo en casi el cien por ciento de las decisiones. En unos cien días llevamos a cabo unas cincuenta y cinco ejecuciones por fusilamiento, y recibimos muchas críticas por eso, pero dábamos a cada caso la debida y justa consideración y nunca tomábamos decisiones a la ligera.»

A Orlando Borrego, un contable de veintiún años, el Che le encomendó –además de su nuevo puesto como administrador financiero de La Cabaña– la presidencia de un tribunal.

«Era difícil porque nosotros no teníamos una formación, digamos, jurídica –recordó Borrego–. Ahí lo que primaba era el sentido de la moral, uno de la moral revolucionaria y otro de la justicia, de que no se fuera a cometer ninguna injusticia. En eso el Che era sumamente cuidadoso... Por golpear a un preso y eso, no se fusilaba a nadie, pero ya cuando había torturas muy fuertes y asesinatos y muertes, ya ahí sí eran condenados a muerte... Ahí se analizaba todo el expediente, se veían todos los testigos, venían los familiares del muerto o del torturado, o venía el torturado, y en el tribunal revelaba todas las torturas que había recibido, mostraba su cuerpo.»

Cada noche el Che revisaba los casos con sus jueces, pero al explicar su función en los juicios a ciertos periodistas hostiles de la televisión cubana, dijo que jamás asistía a los juicios ni recibía a los acusados. Al contrario, examinaba sus casos exclusivamente sobre la base de las pruebas para emitir dictámenes fríos e imparciales. Según Borrego, el Che escogía a jueces y fiscales con gran cuidado; por ejemplo, a los rebeldes que habían padecido torturas no se les permitía juzgar a sus antiguos verdugos. «Había que elaborar con mucho cuidado la estrategia del juicio, porque a veces había fis-

cales que eran un poco de extrema izquierda... y había que moderar a algunos fiscales que siempre pedían la pena de muerte.»

Con respecto a las ejecuciones en sí, el Che evidentemente había superado sus reservas sobre el voluntario norteamericano Herman Marks, a quien había despedido en Camagüey, porque reapareció en La Cabaña y participó activamente en los pelotones de fusilamiento.[1]

Durante los meses siguientes, varios cientos de personas fueron juzgadas y fusiladas en todo el país. La mayoría fue sentenciada en las condiciones que describe Borrego: en procesos sumarios pero legítimos, con abogados defensores, testigos, fiscales y público. En escala menor, hubo algunas ejecuciones arbitrarias. La más tristemente célebre de éstas sucedió poco después de la toma de Santiago, cuando Raúl Castro presidió el juicio sumarísimo y la ejecución de más de setenta soldados capturados. Hizo abrir una fosa con una excavadora, alineó a los condenados frente a ella y los hizo fusilar con ametralladoras. La acción cimentó la reputación de Raúl como hombre despiadado y afecto a la violencia, que los años no han atenuado.

Pero en verdad, había escasa oposición pública declarada a la oleada de ajusticiamientos revolucionarios de la época. Por el contrario, los matones de Batista habían cometido crímenes atroces, en la opinión pública imperaba un espíritu de linchamiento, y los medios se complacían en relatar los juicios y fusilamientos de los condenados a la vez que recordaban los detalles más sórdidos de sus crímenes. Entre las crónicas sobre los sobornos y la corrupción de la era batistiana, los diarios cubanos publicaban morbosas revelaciones y fotografías horrendas de las atrocidades cometidas por los «esbirros» del dictador. *Bohemia* llegaba a extremos obscenos en su entusiasmo, con entrevistas sarcásticas a los sospechosos que aguardaban su juicio; asistía a las ejecuciones con sus cámaras y publicaba las fotografías con epígrafes moralizadores.

En su edición del 8 de febrero publicó una entrevista con un ex propagandista radiofónico de la dictadura bajo el título «Atrapan a una rata de la tiranía». El siguiente texto apareció debajo de la fotografía:

> Ésta es la efigie de uno de los esbirros más infames de la dictadura, Otto Meruelo, la sola mención de cuyo nombre mancha la atmósfera nacional, uno de los voceros más repugnantes del batistato... La integridad física de Meruelo –que nunca poseyó integridad moral– está intacta. ¿Qué hará la Revolución «al respecto»? La pregunta está en boca de todos los cubanos.

1. Borrego, quien conoció a Marks en La Cabaña, lo describe como un hombre huraño, un «sádico» que disfrutaba de participar en los pelotones de fusilamiento. Tenía unos cuarenta años, hablaba mal el español y, según los rumores, era prófugo de la justicia norteamericana. Después de varios meses desapareció de Cuba.

Meruelo fue condenado a treinta años de prisión. La misma edición de *Bohemia* relata bajo el título «Los hermanos malditos» el juicio de dos pistoleros del Tigre Rolando Masferrer, los hermanos Nicolardes Rojas, autores de varios asesinatos en Manzanillo. El autor transcribe el pasaje culminante del juicio:

> El fiscal, doctor Fernando Aragoneses Cruz: «¿Merecen los hermanos Nicolardes la libertad?»
>
> «¡Noooo!», fue el grito atronador de la gran multitud.
>
> «¿Merecen la prisión con la esperanza de que algún día puedan ser útiles a la sociedad?»
>
> «¡Noooo!»
>
> «¿Deben ser fusilados, como castigo ejemplar para todas las generaciones futuras?»
>
> «¡Siiií!»
>
> El fiscal... contempló la multitud enfurecida. Y frente a su opinión unánime, se expresó serenamente, mientras dirigía una mirada que era en parte de cólera y en parte de lástima a aquellos condenados por el Pueblo.
>
> «Ésta es, damas y caballeros, la petición de la ciudadanía, a quien represento en esta sesión.»

Los hermanos Nicolardes fueron sacados inmediatamente de la sala y fusilados.

La crónica de *Bohemia* parece una descripción bastante precisa de la atmósfera reinante en los tribunales revolucionarios de Cuba. Según Orlando Borrego, con frecuencia sentía una gran presión de los civiles presentes para mostrarse severo en sus veredictos. «Se consideraba que se estaba siendo demasiado benigno... A veces uno pedía diez años y la gente quería que fueran veinte.» La tarea de Borrego era doblemente penosa debido a las críticas crecientes del extranjero: legisladores norteamericanos calificaban los juicios de baños de sangre. Indignado por las acusaciones, a fines de enero Fidel resolvió que el mayor Sosa Blanca y otros oficiales de alta graduación acusados de varios asesinatos y torturas fueran juzgados en el estadio deportivo de La Habana en presencia de gran cantidad de público. Pero el gambito resultó contraproducente ya que los periodistas extranjeros se sintieron asqueados por los abucheos y los clamores de sangre de las multitudes histéricas. Herbert Matthews, que simpatizaba con la revolución, trató de analizar los juicios desde el «punto de vista cubano» en un editorial que el jefe de la página de opinión del *New York Times* se negó a publicar.

El Che siguió adelante sin dejarse arredrar. Advirtió a sus jueces que debían evaluar escrupulosamente las pruebas de cada caso a fin de no dar argumentos a los enemigos de Cuba, pero que la consolidación de la revolución exigía que continuaran los juicios. No se cansaba de repetir a sus camaradas cubanos que el guatemalteco Arbenz había caído por no purgar a

sus fuerzas armadas de elementos desleales, error que había permitido a la CIA infiltrarse en ellas y derrocar el régimen. Cuba no podía darse el lujo de repetir el error.

Las memorias de Guevara Lynch soslayan el papel destacado que cumplió el Che en los tribunales, pero en cambio aluden al golpe que sufrió al ver a su hijo transformado en un hombre tan severo. Según su relato, una noche decidió visitarlo en La Cabaña. El Che no se encontraba allí, de manera que decidió esperarlo. Poco después vio que un jeep se detenía frente a la entrada y un hombre bajaba de un salto. Era el Che. «Enfrentándose con un muchachón armado que estaba de guardia, le sacó el fusil y con voz seca y firme lo mandó arrestar. Yo veía la desesperación en la cara del muchacho y le pregunté [al Che] por qué lo arrestaba. Me contestó: "Viejo, aquí nadie puede dormir en la guardia, porque dormirse significa poner en peligro toda la guarnición."»

Hasta ese momento, escribió Guevara Lynch, había pensado que su hijo todavía era «aquel muchacho que se despidió de nosotros en el año 1953 en Buenos Aires». Entonces comprendió su error y empezó a verlo bajo una nueva luz.

Otro día, Guevara Lynch le preguntó qué pensaba hacer con «su medicina». El Che contestó sonriendo que, ya que tenían el mismo nombre, podía colgar una chapa de médico «y comenzar a matar gente sin ningún peligro». El Che rió de su propio chiste, pero el padre insistió hasta recibir una respuesta seria: «De mi medicina puedo decirte que hace rato que la he abandonado. Ahora soy un combatiente que está trabajando en el apuntalamiento de un gobierno. ¿Qué va a ser de mí? Yo mismo no sé en qué tierra dejaré los huesos.»

Desconcertado, Guevara Lynch no comprendió el significado de esa observación sino mucho después. «Me costaba reconocer en él al Ernesto de mi casa, al Ernesto cotidiano. Parecía flotar sobre su figura una tremenda responsabilidad... Ernesto, a su llegada a La Habana, ya conocía el fin de su destino. Tenía conciencia de su personalidad y se estaba transformando en un hombre cuya fe en el triunfo de sus ideales llegaba al misticismo.»

Los viejos amigos y conocidos del Che se mostraban tan perplejos como su padre. Al principio estaban emocionados por sus hazañas en la guerra de guerrillas, pero el entusiasmo se convirtió en horror cuando llegaron las noticias sobre su papel en las ejecuciones sumarias. No comprendían cómo su amigo se había transformado en un ser implacable.

Tatiana Quiroga y Jimmy Roca, el primo de Chichina que había compartido un cuarto con el Che en Miami, se habían casado y vivían en Los Ángeles. A principios de enero le enviaron un telegrama para felicitarlo por la victoria de la revolución. «Mandé un telegrama a La Cabaña y me costó cinco dólares –dijo Tatiana–. Lo recuerdo porque para un estudiante era mucho dinero, pero gasté los cinco dólares para felicitarlo. Entonces vinieron las muertes en La Cabaña, y le digo que nunca me había sentido tan mal como por haber gastado cinco dólares en ese telegrama. Me quería morir.»

El doctor David Mitrani, su antiguo colega en el Hospital General de México, sintió el mismo asco, y se lo dijo al visitar La Habana dieciocho meses después por invitación del Che. La respuesta de éste fue tan franca como decepcionante: «Mira, en este problema si no matas primero te matan a ti.»

## V

«Necesarios» o no, los tribunales revolucionarios fueron un factor importante en el enrarecimiento del clima político entre La Habana y Washington. Fidel dijo con indignación que el país que había bombardeado Hiroshima no tenía el derecho de acusarlo de perpetrar un baño de sangre. ¿Por qué sus críticos no habían elevado la voz cuando los asesinos de Batista cometían esos crímenes atroces por los cuales se los juzgaba? Semejantes críticas, dijo, equivalían a una intromisión, y advirtió que si los gringos invadían Cuba, lo pagarían con «doscientos mil norteamericanos muertos». A continuación, frente a los rumores que circulaban acerca de un atentado contra su vida, dijo que la revolución sobreviviría a su muerte: detrás de él vendrían otros camaradas dispuestos a tomar el mando, hombres «más extremistas» que él. Si alguien tenía dudas sobre el sujeto al que aludía, Fidel las aclaró inmediatamente al anunciar que había escogido a su hermano Raúl como su «sucesor». El anuncio, efectuado inmediatamente después de las ejecuciones masivas de Raúl en Santiago, tenía un matiz siniestro. En verdad, aunque sólo fue designado «ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias» en octubre de 1959, Raúl ya era en los hechos el jefe de estado mayor militar. ¿Y cuál era la posición del Che? La embajada estadounidense estudiaba cuidadosamente sus discursos y actividades con alarma creciente.

El 27 de enero el Che disertó ante un foro auspiciado por el PSP acerca de las Proyecciones Sociales del Ejército Rebelde. En ese discurso dejó poco lugar a dudas acerca de su posición, e insinuó que los objetivos radicales de la revolución trascendían todo lo reconocido por Fidel hasta entonces. Para los que aprehendieron su significado, fue el discurso más importante pronunciado hasta entonces por cualquiera de los dirigentes revolucionarios, incluido el mismo Fidel, desde la conquista del poder. En pocas palabras, el Che esbozaba el futuro.

En primer lugar, dijo, los rebeldes ya habían alcanzado una de sus «proyecciones» («una democracia armada»), pero faltaba mucho por hacer. El decreto de reforma agraria emitido dos meses antes en la Sierra Maestra no bastaba para arreglar los males de Cuba. La auténtica reforma agraria era una deuda que tenía la revolución con los campesinos, cuyas espaldas habían soportado el peso de la guerra. La constitución cubana de 1940 contemplaba una reforma estructural del sistema de tenencia de la tierra, y la revolución debía dejar su ejecución en manos del «pueblo».

«Será la obra de las masas campesinas organizadas imponer la ley que proscribe el latifundio.» Más aún, se debía anular el requisito constitucional de indemnizar previamente a los dueños de las tierras expropiadas. «Si la Reforma Agraria se acomete de acuerdo con este precepto quizá sea un poco lenta y onerosa», lo cual sería un obstáculo a los fines de una reforma «verdadera y amplia». Por otra parte, Cuba necesitaba crear una economía interna fuerte y liberarse de la economía basada en la exportación de azúcar mediante un proceso de industrialización rápida; sólo así se liberaría de la dominación capitalista norteamericana. «Tenemos que incrementar la industrialización del país, sin ignorar los muchos problemas que su proceso lleva aparejado. Pero una política de fomento industrial exige ciertas medidas arancelarias que protejan la industria naciente y un mercado interno capaz de absorber las nuevas mercaderías. Ese mercado no lo podemos aumentar más que dando acceso a las grandes masas campesinas, los guajiros que no tienen poder adquisitivo pero sí tienen necesidades que cubrir y que no pueden comprar hoy.»

Advirtió que la propuesta no agradaría a Estados Unidos. «Debemos esperar la reacción contra ellos de parte de quien domina en más del 75 por ciento nuestro intercambio comercial y nuestro mercado. Frente a este peligro tenemos que prepararnos con la aplicación de contramedidas, entre las que se destaca el Arancel y la multiplicación de los mercados exteriores.» Para industrializarse, Cuba debía recuperar sus recursos naturales, entregados a los «consorcios extranjeros por la acción de la dictadura de Batista». La riqueza mineral y la electricidad de la nación debían volver a manos cubanas, y se debía nacionalizar la empresa telefónica, subsidiaria de la ITT.

«¿Con qué resortes contamos para que un programa como el expuesto se lleve a cabo? Tenemos el Ejército Rebelde y éste debe ser nuestro primer instrumento de lucha, el arma más positiva y más vigorosa, y destruir todo lo que queda del ejército del batistato. Y entiéndase bien que esta liquidación no se hace por venganza ni sólo por espíritu de justicia, sino por la necesidad de asegurar que todas esas conquistas del pueblo puedan lograrse en el plazo más mínimo... La recuperación nacional tiene que destruir muchos privilegios y por eso tenemos que estar apercibidos para defender la nación de sus enemigos declarados o embozados.»

Sobre los rumores de una revolución gestada en la República Dominicana de Trujillo, el Che evocó nuevamente el espectro amenazador de Estados Unidos. «Sabemos que si somos atacados por una pequeña isla [la República Dominicana], lo seríamos con el apoyo de una potencia que es casi un continente; tendríamos que soportar en nuestro suelo una agresión de proporción inmensa. Y por esta razón debemos prevenirnos y preparar nuestra avanzada con un espíritu y una estrategia guerrilleros... Todo el pueblo cubano deberá convertirse en un ejército guerrillero, pues el Ejército Rebelde es un cuerpo en crecimiento cuya capacidad sólo está limitada por el número de seis millones de cubanos de la república. Cada cubano ha de aprender a manejar las armas y cuándo deberá usarlas en su defensa.»

En el tramo más dramático del discurso, el Che reveló su visión elaborada de una revolución continental, que no sólo confrontaba la teoría comunista convencional de la lucha de clases conducida por un partido sino que planteaba la perspectiva del enfrentamiento violento en todo el hemisferio. «El ejemplo que nuestra Revolución ha significado para América Latina y las enseñanzas que implican haber destruido todas las teorías de salón: hemos demostrado que un grupo de hombres decididos apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado y derrotarlo definitivamente. Ésa es la enseñanza fundamental. Hay otra que deben de recoger nuestros hermanos de América, situados económicamente en la misma categoría agraria que nosotros y es que hay que hacer revoluciones agrarias, luchar en los campos, en las montañas y de aquí llevar la revolución a las ciudades... Nuestro futuro está ligado íntimamente al de todos los países subdesarrollados de la América Latina. La Revolución no está limitada a la nación cubana pues ha tocado la conciencia de América y ha alertado gravemente a los enemigos de nuestros pueblos... La Revolución ha puesto en capilla a los tiranos latinoamericanos, porque éstos son enemigos de los regímenes populares igual que las empresas monopolistas extranjeras...»

La revolución tenía enemigos, pero también amigos, ya que había «provocado entusiasmo en todos los países latinoamericanos y oprimidos». En conclusión convocó a la «unión espiritual de todos nuestros países, una unión que vaya más allá de la palabrería y de la convivencia burocrática y se traduzca en la ayuda efectiva a nuestros hermanos brindándoles nuestra experiencia... Hoy todo el pueblo de Cuba está en pie de lucha y debe seguir así para que la victoria contra la dictadura no sea transitoria y sea éste el primer paso de la victoria de América».

Este discurso era nada menos que un canto de sirena a los aspirantes a revolucionarios en el hemisferio y una declaración de guerra implícita contra los intereses de Estados Unidos.

## VI

El 2 de febrero, el encargado de negocios de Estados Unidos en La Habana, Daniel Braddock, envió un telegrama secreto al Departamento de Estado, la CIA, el ejército, la marina, la fuerza aérea y las embajadas estadounidenses en Ciudad Trujillo (República Dominicana) y Managua (Nicaragua). Su título era «Cuba como base de operaciones revolucionarias contra otros gobiernos latinoamericanos».

> Varios dirigentes del movimiento revolucionario triunfante en Cuba consideran que ahora se deben emprender esfuerzos para «liberar» al pueblo de varias naciones latinoamericanas de sus gobiernos «dictatoriales». Si bien se considera generalmente a Ernesto «Che» GUEVARA Serna la fuerza

principal que impulsa esas ideas, y en efecto, las planifica activamente, dista de ser el único. Se dice que Fidel CASTRO ha realizado observaciones similares, en particular durante su visita reciente a Venezuela.[1]

En este caso, el análisis de la inteligencia norteamericana era acertado. Con apoyo de Fidel, el Che había convocado a presuntos revolucionarios de todo el hemisferio en busca de respaldo cubano para sus propias expediciones armadas del tipo del *Granma*. Uno era el nicaragüense Rodolfo Romero, quien había enseñado al Che a usar un arma automática durante la invasión de Castillo Armas a Guatemala. Cuatro años y medio después, se invertían los papeles. Después del desastre guatemalteco, Romero había regresado a Nicaragua para convertirse en asesor del intelectual marxista Carlos Fonseca, dirigente estudiantil antisomocista cuyo grupo apoyaba la causa revolucionaria cubana por medio de discursos y actos de homenaje. El Che ofrecía ayuda a los nicaragüenses para organizar un ejército guerrillero y un partido revolucionario que lo condujera. Pero los revolucionarios nicaragüenses no eran los únicos que recibían aliento, según el telegrama de Braddock:

> Los países mencionados con mayor frecuencia [como candidatos a invasiones con respaldo cubano] son la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay y Haití. Paraguay parece demasiado distante para una intromisión cubana directa, pero hay muchas conversaciones y planes preliminares en curso relacionados con los otros tres países. Varios exiliados dominicanos están en Cuba, entre ellos el «general» Miguel Ángel RAMÍREZ. Aparentemente, los dirigentes revolucionarios, a diferencia de los funcionarios del gobierno provisional, creen que tienen una tarea inconclusa con respecto a la República Dominicana: la frustrada expedición a Cayo Confites de 1947 en la que participaron varios dirigentes revolucionarios, entre ellos Fidel Castro.
>
> Luis DEJOIE se encuentra en La Habana, donde espera organizar y obtener apoyo para un movimiento que derroque el gobierno «fraudulento» de DUVALIER [en Haití]. Lo ayuda Pierre ARMAND, que se hacía llamar «presidente del Frente Revolucionario Haitiano en La Habana». Parece que los planes haitianos interesan a los revolucionarios cubanos principalmente como medio para obtener una base desde la cual podrían atacar a TRUJILLO. Apoyarían a Dejoie a cambio de que les permitiera montar una expedición contra Trujillo en Haití.

1. A fines de enero, Fidel había viajado a Venezuela para agradecer al régimen saliente de Larrazábal sus envíos de armas durante la guerra. Allí hizo declaraciones que fueron interpretadas por los analistas como una amenaza implícita al dictador nicaragüense Somoza. También se reunió con el presidente electo Rómulo Betancourt, el político que había despertado tanta desconfianza en el Che cuando se conocieron en Costa Rica. Aquél revelaría más adelante que Fidel le preguntó si podía contar con que Venezuela abasteciera de petróleo a Cuba, ya que planificaba un «juego con los norteamericanos». Betancourt, firme aliado de Washington, replicó secamente que Fidel podía comprarle petróleo como cualquier otro cliente: al contado y en efectivo.

Aquí se encuentran varios exiliados nicaragüenses, entre ellos Manuel GÓMEZ Flores. La embajada supo hoy de una fuente bastante fiable que el grupo nicaragüense piensa que serán los primeros en atacar. El informe nombra concretamente a Guevara como participante activo en la planificación y en el entrenamiento de algunos de los participantes. Se indicó que esperan poder lanzar una invasión dentro de dos meses.

Braddock concluyó su telegrama con un vaticinio notablemente acertado. «La planificación de estas diversas aventuras parece preliminar y escasamente realista en esta etapa, y los grupos aparentemente están desunidos. Pero dados la formación de muchos de los principales dirigentes revolucionarios cubanos y el apoyo que recibió su movimiento en el exterior, cabe esperar que Cuba se convierta en un centro de conspiraciones y actividades revolucionarias durante un cierto tiempo, lo que causará preocupación y dificultades a varios gobiernos, incluido el nuestro.»

Para los hombres del Che en La Cabaña no era un secreto que éste se reunía con revolucionarios de otros países, y los rumores de conspiraciones como los detectados por la embajada estadounidense circulaban por toda la isla. Escolares tan jóvenes que no podían haber participado en la lucha contra Batista escribían al Che para pedir que los enviara a luchar contra el dictador Rafael Trujillo. El 5 de febrero, el Che envió cartas para desalentar amablemente a tres jóvenes que ofrecían sus servicios.

A Juan Hehong Quintana, de Cárdenas, escribió: «Agradezco su gesto. Siempre es bueno que la juventud esté dispuesta a sacrificarse por causas tan nobles como dar la libertad a Santo Domingo, pero estimo que en este momento nuestro puesto de lucha está aquí, en Cuba, donde hay enormes dificultades que vencer. Dedíquese por ahora a trabajar entusiásticamente por nuestra Revolución, que será la mayor ayuda que podamos ofrecer al pueblo dominicano, es decir, el ejemplo de nuestro triunfo completo.»

A pesar de las cartas destinadas a desalentar a los jóvenes, el Che ponía los cimientos de una agencia secreta dentro del aparato de Seguridad del Estado de Ramiro Valdés; esta unidad clandestina (que con el tiempo se llamaría «Departamento de la Liberación» dentro del DGI, Directorio General de Inteligencia), encabezaría la organización, el entrenamiento y la ayuda a las empresas guerrilleras en el exterior. Manuel Piñeiro Losada, un ex asesor de Raúl en el Segundo Frente y futuro jefe de la agencia, dijo que las «primeras expediciones guerrilleras auspiciadas por Cuba eran "muy artesanales"», y en el caso de Nicaragua y Guatemala resultaron de las «relaciones personales» del Che en Centroamérica y México. Según Piñeiro, a principios de 1959 no existía una «política estructurada» del gobierno cubano con respecto a esas misiones. Pero eso cambiaría rápidamente. En 1959, Osvaldo de Cárdenas, estudiante secundario mulato de Matanzas, tenía apenas dieciséis años, pero al año siguiente Piñeiro lo reclutó como agente de inteligencia especializado en la ayuda a las guerrillas extranjeras. Cárdenas recordó lo que pensaban él y sus jóvenes camaradas en los primeros meses de la Revolución Cubana.

«Estábamos convencidos muchos de que el destino de Cuba era impulsar la revolución..., los cambios en América Latina, que la Revolución Cubana no era nada más que un comienzo de un proceso, y que además iba a ser muy rápido..., todo el mundo aquí quería ir para una guerrilla en alguna parte. Hubo planes para irse para Paraguay, todavía no sé cómo íbamos a llegar a Paraguay, planes para ir a Paraguay y tumbar a Stroessner. Hubo planes para pelear contra Trujillo y algunos se fueron, unos con autorización y otros sin ella. Hubo planes para derrocar a Somoza. Sí, cuanto tirano, cuanto dictador había en América Latina, era ya automáticamente nuestro enemigo.»

La fiebre liberacionista contagió incluso a Orlando Borrego, el joven y esforzado protegido del Che. En febrero o marzo de 1959 corrió el rumor entre los oficiales de La Cabaña de que se organizaba una fuerza expedicionaria de revolucionarios cubanos para apoyar las nacientes guerrillas nicaragüenses.

«Varios de nosotros tratamos de enrolarnos para irnos hacia Nicaragua. Y había un oficial de la tropa nuestra que parece que era el centro de la organización de eso, pero eso era, como se decía, "por la libre", no estaba autorizado por el Che, ni estaba orientado... y entonces sí recuerdo que el Che llamó a ese grupo y los amonestó seriamente, porque estaban haciendo ese movimiento de recopilar armas e irnos sin autorización, y aquello se paralizó.»

Así era, pero el secreto que rodeaba las operaciones guerrilleras más serias era más estricto que el del plan al que había querido unirse Borrego. A fines de febrero, tras una primera reunión más bien frustrante con un grupo de izquierdistas del Partido Socialista Nicaragüense (PSN), el Che mandó llamar a La Habana a su antiguo conocido Rodolfo Romero. En su encuentro, el Che le pidió a Romero un informe sobre la situación nicaragüense y preguntó qué se podía hacer para socavar el régimen de Somoza. Romero explicó que el PSN estaba políticamente «postrado» y que había un solo camino, «el camino de Cuba». El Che reveló que ya estaban entrenando una «columna» guerrillera nicaragüense en la isla bajo el mando de un ex oficial de la Guardia Nacional somocista llamado Rafael Somarriba, e invitó a Romero a unirse a ella.

Éste lo hizo y participó en la expedición que partió en junio hacia Centroamérica para iniciar las operaciones. El intento acabaría en un desastre, pero con el tiempo y con apoyo del Che los camaradas de Romero formarían el Frente Sandinista de Liberación Nacional, o FSLN. Veinte años después, los sandinistas derribarían a Somoza y tomarían el poder.

## VII

El 7 de febrero, el gobierno de Urrutia sancionó la nueva constitución cubana. Incluía un artículo hecho a la medida del Che, que otorgaba la ciudadanía cubana a cualquier extranjero que hubiera combatido a Batista durante dos años o más y ejercido el grado de comandante durante un año.

Pocos días después, se designó oficialmente al Che ciudadano cubano «de nacimiento».

La sanción de la ley coincidió con la primera crisis interna del nuevo gobierno cubano. Fidel estaba disgustado con el gabinete de Urrutia por su decreto moralizador que prohibía la lotería nacional y se negaba a reabrir los burdeles y casinos, clausurados después de la conquista del poder. Los trabajadores desocupados habían realizado manifestaciones de protesta, y lo que menos quería Fidel era un enfrentamiento con el sector que consideraba la base de su poder. La chabacana «farándula» cubana, parte notoria de la vida nacional, necesitaba una reforma, pero ésta debía ser gradual, con planes de capacitación y nuevos puestos de trabajo para aquellos cuyas profesiones iban a ser eliminadas. Fidel insistió en que el gabinete debía derogar esas decisiones; en caso contrario, amenazó, hallaría «su propia» solución al impasse. Al comprender que Fidel haría las cosas a su manera, con acuerdo del gabinete o sin él, el primer ministro Miró Cardona presentó su renuncia; su reemplazante sería nada menos que Fidel Castro.

Fidel dijo que sólo «aceptaría» el puesto si Urrutia le otorgaba poderes especiales para «dirigir la política gubernamental», exigencia a la que el sumiso presidente accedió. A continuación se sancionó una ley que reducía la edad mínima para ejercer la alta función pública de treinta y cinco a treinta años; así el Che y Fidel, de treinta y treinta y dos años, respectivamente, quedaban habilitados para ocupar puestos en el gabinete ministerial. El 16 de febrero Fidel prestó juramento como primer ministro y en su discurso de aceptación prometió «cambios». A fines de febrero estaba claro que Urrutia era una figura decorativa; Fidel era indiscutiblemente el verdadero mandatario cubano.

El Che explicó el significado de los «cambios» en términos más concretos. En un artículo publicado en *Revolución* tres días después del juramento de Fidel, bajo el título «¿Qué es un guerrillero?», abogó por el derecho del Ejército Rebelde a decidir el futuro político de Cuba, el cual, insinuó una vez más, debía incluir una reforma agraria radical. Exaltó al guerrillero como «el combatiente de la libertad por excelencia; es el elegido del pueblo, la vanguardia combatiente del mismo en su lucha por la liberación», alguien cuyo sentido de la disciplina no es producto de la obediencia ciega a una jerarquía militar sino de un «convencimiento profundo del individuo» en su causa. La fuerza guerrillera de Fidel había creado un «ejército puro» capaz de resistir toda clase de tentaciones «comunes a los hombres» gracias a la «rígida conciencia del deber y la disciplina» de cada rebelde.

El guerrillero, además de soldado disciplinado, era «muy ágil, física y mentalmente». Era un ser «nocturno». En combate «necesita presentar un frente al enemigo. Con retirarse algo, esperarlo, dar un nuevo combate, volver a retirarse, ha cumplido su misión específica. Así el ejército puede quedar desangrando durante horas o durante días. El guerrero popular, desde sus lugares de acecho, atacará en el momento oportuno».

Así el Che decía que las guerrillas, ahora como durante la guerra civil, acechaban en las sombras, alertas y preparadas para atacar. Su misión no

había terminado. «¿Por qué lucha el guerrillero? El guerrillero es un reformador social. El guerrillero empuña las armas como protesta airada del pueblo contra sus opresores, y lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria. Se ejercita contra las condiciones especiales de la institucionalidad de un momento dado y se dedica a romper con todo el vigor que las circunstancias permitan, los moldes de esa institucionalidad.»

En el artículo el Che abogó por primera vez por la guerra de guerrillas rural, vinculada con el futuro cometido esencial de la revolución. El combate guerrillero tenía ciertas necesidades tácticas, lugares donde maniobrar, ocultarse, huir, además de contar con el apoyo del pueblo. Este lugar sólo podía ser el campo, donde casualmente el problema social principal era la tenencia de la tierra. «El guerrillero es, fundamentalmente, y antes que nada, un revolucionario agrario. Interpreta los deseos de la gran masa campesina de ser dueña de la tierra, dueña de los medios de producción, de sus animales, de todo aquello por lo que ha luchado durante años, de lo que constituye su vida y constituiría también su cementerio.»

Por esta razón, dijo el Che, la bandera de guerra del nuevo ejército nacido en el monte cubano era la reforma agraria. «Esta reforma, que empezó tímidamente en la Sierra Maestra, se había extendido al Escambray y después de ser olvidada algún tiempo en las gavetas ministeriales, seguiría adelante debido a la decisión definitiva de Fidel Castro, es, conviene repetirlo una vez más, quien dará la definición histórica del 26 de julio. Este Movimiento no inventó la Reforma Agraria. La llevará a cabo. La llevará a cabo íntegramente hasta que no quede campesino sin tierra, ni tierra sin trabajar. En ese momento, quizás, el mismo Movimiento haya dejado de tener el porqué de existir, pero habrá cumplido su misión histórica. Nuestra tarea es llegar a ese punto; el futuro dirá si hay más trabajo a realizar.»

El comentario final del Che era una señal de advertencia temprana al Movimiento 26 de Julio de que eventualmente podría desaparecer en aras de la «unidad» con otras tendencias políticas: es decir, el Partido Comunista. «Unidad» era la consigna de la fusión entre el PSP y el Ejército Rebelde que ya estaba en marcha, impulsada principalmente por el Che y Raúl desde el bando revolucionario y Carlos Rafael Rodríguez desde el partido. Con todo, no faltaban obstáculos para el trabajo conjunto de las dos fuerzas. En el PSP había opiniones divergentes acerca de Fidel y su movimiento. Carlos Rafael era un promotor entusiasta desde la primera hora, no así el secretario general del partido, Blas Roca. El dirigente Aníbal Escalante desempeñaría al fin y al cabo un papel fundamental en el proceso de reconciliación, pero los «viejos comunistas» mantendrían sus reservas acerca de la conducción fidelista durante muchos años.

Y el librepensador Che Guevara, que no era miembro del partido, a pesar de sus manifiestas simpatías, también provocaba cierta preocupación entre los moscovitas ortodoxos. Su argumento a favor del «papel de vanguardia» del Ejército Rebelde –que aparentemente desconocía el papel de los

obreros urbanos y la organización partidaria comunista tradicional– constituía una blasfemia teórica, y su vehemente alegato a favor de la guerra de guerrillas rural y la revolución agraria revelaba la influencia del desviacionismo maoísta. No obstante estos síntomas preocupantes de herejía, evidentemente el Che era un amigo, un aliado con quien el PSP estaba en deuda por haberle brindado un acceso político a Fidel que de otro modo tal vez no hubiera tenido. Sin duda esas manías ideológicas desaparecerían con el tiempo.

Mientras tanto, el partido conservaba sus ambiciones políticas sin perder su sectarismo. Estaban en juego el poder político y los intentos del Partido Comunista de no ser subyugado por Fidel. Aunque la crisis era cosa del futuro, un incidente a fines de enero de 1959, que pasó casi inadvertido para la mayoría de los cubanos, mostró los primeros síntomas de la lucha subyacente por el poder entre los comunistas y el Movimiento 26 de Julio. El 8 de febrero *Bohemia* incluyó un artículo breve sobre la «primera crisis interna» desde «el Día de la Libertad»: la brusca renuncia de Calixto Morales, gobernador militar de Las Villas designado por el Che, quien «había demostrado un estrecho vínculo con los factores comunistas».

La raíz del problema era la reanimación de la pugna entre la conservadora organización del 26 de Julio en Las Villas y el comunismo local. Pero aparentemente había un componente racista. Morales, un izquierdista revolucionario, se sentía ofendido por el sistema de castas raciales de Santa Clara y, consciente de su poder, se había excedido y precipitado en sus medidas. En una de sus primeras acciones, había utilizado un bulldozer para derribar el cerco que rodeaba la plaza central de la ciudad, abierta sólo a los blancos, y poco después estaba abiertamente enemistado con las autoridades locales y regionales del 26 de Julio. Félix Torres, jefe del PSP en Las Villas, vio su oportunidad y acudió en ayuda de Calixto, quien según Lolita Rossell, la amiga de Aleida, cayó rápidamente bajo la influencia del comunista. Antes de que empeorara la situación, Fidel relevó a Calixto de sus funciones.

Este incidente ponía de manifiesto una parte de la guerra de posiciones entre el Movimiento 26 de Julio y el PSP que ya se había iniciado a nivel nacional, pero la destitución de Morales no puso fin al problema en Las Villas. Las maniobras políticas agresivas de Torres a favor de los comunistas rindieron frutos cuando el PSP se impuso en la provincia, pero el hecho enfureció a muchos villaclareños y alimentó la oposición generalizada al gobierno. Aleida, que aún despreciaba a los comunistas de Las Villas, sostenía en privado que el culpable del problema era el Che por haber designado a Calixto. Pasaría poco tiempo antes de que los militantes disgustados del 26 de Julio se alzaran en armas en el Escambray, en una insurgencia contrarrevolucionaria que se extendería a otras regiones, recibiría ayuda de la CIA y obligaría al gobierno castrista a lanzar la campaña llamada oficialmente «Lucha Contra Bandidos». La situación se prolongaría hasta 1966, cuando las tropas de Fidel terminaron de erradicar a los rebeldes y, emulando las eficaces tácticas contrainsurgentes de Stalin, evacuaron a los presuntos colaboradores civiles del Escambray a ciertas «aldeas estratégicas» construidas en el remoto Pinar del Río.

Mientras tanto, en el terreno personal, la vida del Che era compleja y agitada. Además de su relación con Aleida, con quien pasaba poco tiempo a solas, tuvo que dar cabida a su viejo amigo guatemalteco Julio «Patojo» Cáceres, que apareció en La Habana. Patojo había trabajado con el Che cuando éste era fotógrafo itinerante en México y a veces pasaba unos días en su apartamento donde vivía con Hilda. Soñaba con la revolución como el Che y había querido viajar en el *Granma*, pero Fidel se había negado a llevar tantos extranjeros. Ahora estaba en Cuba, y sin pensarlo dos veces el Che lo invitó a vivir en su casa.

Inevitablemente el Che tuvo que afrontar la situación con Hilda, quien llegó de Perú a fines de enero con Hildita, que ya tenía tres años. El intrépido Che de los combates no lo era tanto en cuestiones matrimoniales; en lugar de ir al aeropuerto, envió a su amigo el doctor Oscar Fernández Mell a recibir a su esposa y su hija. Hilda deseaba la reconciliación, pero la esperaba un amargo desengaño. El desenlace fue una variación singular sobre el tema tradicional de «el tiempo y la distancia nos han vuelto extraños», según recordó Hilda en sus memorias.

> Con la franqueza que siempre lo caracterizó, Ernesto me dijo sin vueltas que tenía otra mujer, a la que había conocido en la campaña de Santa Clara. Mi dolor era profundo, pero de acuerdo con nuestras convicciones acordamos divorciarnos.
>
> Todavía me afecta el recuerdo del momento en que, al comprender mi dolor, dijo: «Mejor hubiera muerto en combate.»
>
> Por un instante lo miré sin decir nada. Aunque yo perdía tanto en ese momento, pensé que había tantas cosas más importantes que hacer para las cuales él era vital: *tenía* que permanecer vivo. Tenía que construir una nueva sociedad. Tenía que trabajar duro para ayudar a Cuba a evitar los errores de Guatemala; tenía que entregar todo su esfuerzo a la lucha por la liberación de América. No, yo estaba feliz de que no hubiera muerto en combate, sinceramente feliz, y traté de explicárselo así, diciendo al final: «Por todo esto, te quiero siempre.»
>
> Conmovido, dijo: «Si es así, está bien... ¿amigos y camaradas?»
>
> «Sí», dije yo.

Se podría discutir si es verdad que Hilda permitió al Che salir del apuro tan fácilmente, pero lo cierto es que la pareja separada llegó a un acuerdo inmediato y bastante amistoso. Hilda permanecería en Cuba y se le asignaría un puesto útil apenas se organizaran las cosas. La pareja se divorciaría y luego el Che se casaría con Aleida.

El Che se esforzó por establecer un vínculo paternal con la niña que sólo conocía por fotos. Para ello pidió ayuda a Oscar Fernández Mell. Hildita había llegado a Cuba con una uña encarnada, y el Che le pidió que la extrajera. «Hazlo tú –le dijo a su amigo–. Si lo hago yo después de que casi no me ha visto, me odiará.» Fernández Mell lo hizo, y años después aún se

reía al recordar la astucia del Che; cada vez que Hildita veía a «Oscarito», recordaba el dolor que le había causado al extraer esa uña.

El Che trataba de evitar los encuentros directos con Hilda por el bien de Aleida –las dos mujeres se detestaron a primera vista– y por ello mandaba traer a Hildita a La Cabaña. Sus hombres solían verlos pasear de la mano por la fortaleza, o veían a la niña de pelo negro jugar en la oficina mientras el padre trabajaba en su escritorio.

El 15 de febrero, cuando la niña cumplió tres años, el Che asistió a la fiesta que le hizo Hilda. En una fotografía, Hilda parece muy sonriente en la cabecera de la mesa, abrazando a Hildita. Al otro lado de la mesa, separado de su hija, aparece el Che con boina negra y chaqueta de cuero, encorvado y con una expresión molesta y reconcentrada, como si deseara estar en otra parte.

Al mismo tiempo, el Che debía ocuparse de su familia, que pasó un mes en La Habana. Al principio las relaciones fueron bastante tranquilas, ya que los encuentros eran breves debido al ritmo de trabajo frenético del Che. Sin embargo, debajo de la superficie, se acumulaban las tensiones entre padre e hijo. Aparte de sus diferencias políticas, el Che jamás había perdonado a su padre su manera de tratar a Celia; confió a sus amigos íntimos que su padre había «gastado todo el dinero de la vieja y después la había abandonado».

Un incidente acabó por provocar la crisis. Guevara Lynch fue a la casa de un radioaficionado para comunicarse con sus amigos en Buenos Aires. Su «Comité de apoyo a Cuba» en la Argentina había comprado un transmisor de onda corta, pero nunca pudo comunicarse con Radio Rebelde porque la guerra estaba demasiado avanzada. Quería probar el equipo, y pasó la tarde hablando con Buenos Aires. Esa noche su hijo lo regañó. «Viejo, vos sos muy imprudente... Has estado hablando por onda corta con Buenos Aires en la casa de un radioaficionado que es un hombre contrario a la revolución.» Guevara Lynch se disculpó, dijo que su conversación había evitado los temas políticos, y no se volvió a hablar del asunto. Sin embargo, comentó luego: «Era evidente que ya los servicios de información del incipiente gobierno revolucionario estaban funcionando.»

Después de unos días en el Hilton, los Guevara fueron alojados en el lujoso hotel y balneario Comodoro del elegante barrio de Miramar, en el oeste de la capital. Se suponía que al estar más lejos de La Cabaña, le sería más difícil a Guevara Lynch conservar el hábito de visitar a su hijo en momentos inoportunos. El Che iba a verlos en helicóptero y aterrizaba en el jardín del hotel. «Descendía, charlaba un rato con Celia, su madre, y después se marchaba», escribió Guevara Lynch. En cuanto a Celia, estaba embelesada por Cuba en todo aspecto; llevada por su orgullo de madre y la euforia del triunfo de su hijo, apoyaba sin reservas la victoria que él había contribuido a lograr.

El Che se tomó un breve descanso de sus deberes revolucionarios para llevar a su familia a conocer Santa Clara y sus antiguas guaridas del Escambray, la familia de Aleida y los campos de batalla donde había combatido. Debía volver a La Habana, de manera que en Pedrero los dejó al cuidado de dos soldados para que los condujeran a caballo a conocer su antigua co-

mandancia en el monte. Allí Guevara Lynch provocó otro incidente cuando, por curiosidad, tomó el teléfono de campaña en el antiguo cuartel general. Los guías le dijeron que se usaba para comunicarse con el transmisor de radio vecino y que estaba desconectado. Por eso quedó pasmado al oír una voz en la línea. «"¿Quién es usted?", le pregunté. "¿Y tú quién eres?", me contestaron. "Soy el padre del Che", le respondí. "¿El padre del Che? ¡Yo te voy a dar!", me espetaron. Y cortaron la comunicación.»

Alarmados, los escoltas trataron de reanudar la comunicación, pero al no recibir respuesta se fueron a investigar. Durante su ausencia, el padre del Che se dejó llevar por su imaginación excesivamente viva. «Comencé a preocuparme. ¿Quiénes estarían del otro lado? Si fuera gente contrarrevolucionaria, nos podían cazar fácilmente, porque nosotros sólo llevábamos dos soldados de escolta y nuestras armas no eran más que pistolas. Hubiera sido un golpe magnífico para los contrarios tomar prisioneros al padre, la madre y dos hermanos del Che.»

Guevara Lynch condujo a su esposa, hija e hijo menor al interior de una cueva fortificada. «Y junto con Luis, mi futuro yerno, decidimos defender la entrada a tiros si se presentaba gente extraña.» Pero poco después regresaron los escoltas, sonrientes. En la estación de radio habían encontrado a unos milicianos que desarmaban el transmisor en el preciso momento que llamó Guevara Lynch. Asustados por la voz, pensaron que los contrarrevolucionarios estaban a punto de atacarlos y tomaron posiciones defensivas. Más tarde, cuando Celia relató la historia, el Che rió a carcajadas y toda la familia le hizo coro burlándose de Guevara Lynch.

La visita familiar significó para el Che otra clase de inconvenientes. A diferencia de muchos camaradas, sentía una preocupación casi obsesiva por la imagen que presentaba a la opinión pública, y en su empeño por evitar cualquier impresión de abuso de poder, prohibía la dispensa de privilegios a las personas por el hecho de ser familiares o amigos suyos. Si Camilo no hubiera dispuesto que los Guevara viajaran gratuitamente, un gesto destinado a brindarle una sorpresa, el Che probablemente lo habría prohibido. En todo caso, los Guevara conocieron en carne propia las medidas de austeridad dispuestas por él. Les dio un automóvil con conductor para recorrer La Habana, pero dispuso que ellos pagaran el combustible. Cuando su padre dijo que deseaba conocer los campos de batalla de la Sierra Maestra, el Che dijo que le proporcionaría un jeep y un soldado veterano como guía, pero debía hacerse cargo del combustible y las comidas. Guevara Lynch no había traído dinero suficiente, y ante la decisión inflexible de su hijo abandonó el plan.

La familia interrumpió su visita abruptamente. Según el relato de Guevara Lynch: «Mis ocupaciones en Buenos Aires me llamaban. De repente decidí el viaje. Le avisé telefónicamente a Ernesto que me embarcaba esa noche. Fue a despedirme al aeropuerto en compañía de Raúl Castro.»

Cuando conversaban en la puerta de salida, se acercó un hombre y se dirigió al Che con inconfundible acento porteño. Era argentino, dijo, y deseaba estrechar la mano del Che. Éste accedió en silencio, pero cuando el

hombre sacó un cuaderno y una pluma y le pidió su autógrafo, el Che le volvió la espalda. «No soy artista de cinematógrafo», dijo.

Al partir de La Habana, Guevara Lynch se sentía distanciado de su hijo, pero en el último momento intercambiaron un gesto simbólico de paz. Cuando anunciaron la salida de su vuelo, Guevara Lynch se quitó de la muñeca un antiguo reloj de oro, herencia de Ana Isabel Lynch, la adorada abuela del Che. Éste lo aceptó y entregó a su padre su propio reloj. Le dijo que Fidel se lo había obsequiado con ocasión de su ascenso a comandante.

## VIII

Cuando su antiguo camarada de armas Rodolfo Romero llegó de Nicaragua, el Che ya no vivía en La Cabaña. El 4 de marzo le diagnosticaron una infección pulmonar y, por orden de los médicos, Aleida y él fueron a instalarse en una finca requisada en el balneario vecino de Tarará.

Hacía algún tiempo que no se sentía bien. A principios de enero, cuando fue convocado a La Cabaña, el especialista en azúcar Juan Borroto quedó sorprendido por su aspecto. «Parecía estar al borde de la muerte. Estaba demacrado, tenía la melena larga y los ojos hundidos.» Fue por motivos de salud, entre otros, que el Che no acompañó a Fidel a Venezuela a pesar de la invitación de una sociedad de médicos. Sin embargo, hasta el 4 de marzo no se tomó un respiro en sus tareas para que le hicieran radiografías. Los médicos le ordenaron reposo y que dejara de fumar, pero el Che, que se había vuelto adicto durante la guerra, los convenció de que le permitieran un «tabaco» por día.

El paciente hizo su propia interpretación libre de esta prohibición. Antonio Núñez Jiménez, que para entonces era un factótum de Fidel, lo visitaba con frecuencia en Tarará y una mañana «lo hallé fumando un puro de casi cuarenta y cinco centímetros de longitud. Con una sonrisa traviesa, dijo: "No te preocupes por los médicos, yo cumplo mi palabra: un tabaco por día y nada más"».

Durante su convalecencia en la finca de Tarará, el Che continuó sus tareas revolucionarias con mayor discreción. Estaba abocado a la elaboración de la nueva ley de reforma agraria y la creación del organismo que la pondría en ejecución. Éste recibiría el anodino nombre de Instituto Nacional de Reforma Agraria, o INRA, pero en esencia sería la génesis de la *verdadera* Revolución Cubana. Amalgama del ala izquierda del Movimiento 26 de Julio, el antiguo Ejército Rebelde y el comunismo cubano, el INRA ocuparía gradualmente las funciones del régimen presidido por Manuel Urrutia hasta que llegara el momento de prescindir de él por completo.

Inmediatamente después de su llegada a La Cabaña, el Che había convocado a su nuevo grupo de asesores extraoficiales del instituto azucarero que incluía a Juan Borroto y Alfredo Menéndez, un miembro del PSP. Ha-

bía comenzado la zafra de 1959 y el Che sugirió que se redujera la jornada laboral de ocho a seis horas para crear puestos de trabajo. Menéndez disintió: dijo que la jornada reducida crearía puestos, pero a la vez generaría una oleada de reclamaciones similares en todos los sectores del mercado laboral, lo cual incrementaría los costos de la producción azucarera y afectaría los beneficios en el mercado mundial.

«Tal vez tengas razón en eso –respondió el Che–. Pero fíjate, la primera misión de la Revolución Cubana es resolver el problema del desempleo en Cuba. Si nosotros no resolvemos el desempleo en Cuba, nosotros no nos mantenemos en el poder.»

Insistió en que Menéndez preparara una propuesta para reducir la jornada laboral, pero Fidel vetó la idea. Aunque la medida les ganara el apoyo de los trabajadores, crearía demasiados problemas de otro tipo. Además, la industria azucarera seguía en manos de poderosos capitales privados, tanto cubanos como norteamericanos, y aún no podía darse el lujo de enemistarse con ellos. «La estrategia de Fidel era de más largo alcance –observó Menéndez–. Fidel tenía en mente nacionalizar la industria... Una frase de Fidel dice: "La clase obrera no debe luchar por migajas, la clase obrera debe luchar por el poder."»

En febrero se intensificaron las consultas, y Menéndez se unió a un grupo de dirigentes comunistas que se reunía secretamente en una casa de Cojímar, a una distancia cómoda de La Cabaña, alquilada a nombre de Francisco García Vals. Aunque no había combatido en la guerra, ese joven inteligente, un militante comunista que sabía inglés y francés, se ganó la estima del Che, quien le dio el grado de teniente y lo designó asistente ejecutivo suyo. Para los extraños ese grado militar inmerecido y esas tareas podían parecer inexplicables, pero «Pancho» García Vals cumplía una función vital para el Che: todas las noches la «Comisión Económica» del PSP se reunía en su casa para elaborar el proyecto de ley de reforma agraria.

El Che no asistía a las reuniones nocturnas del PSP, pero casi todas las tardes pasaba por la casa. Mientras García Vals y Menéndez se dedicaban a los asuntos económicos, él registraba sus pensamientos sobre la guerra de guerrillas en un grabador. Su nuevo secretario personal, José Manuel Manresa, un ex sargento escribiente de Batista a quien había conservado en La Cabaña, dactilografiaba las reflexiones. A veces el Che pedía a Menéndez que le leyera algunos pasajes. De allí resultó el libro *La guerra de guerrillas*, un manual práctico basado en sus propias experiencias. Del mismo modo que los escritos de Mao sobre la guerrilla le habían servido de inspiración, quería adaptar las lecciones de Cuba a otras naciones latinoamericanas.

Manresa sufría en carne propia las consecuencias de la verbosidad del Che: las largas horas de dactilografía le provocaban hinchazón en las piernas. El libro apareció en 1960, pero hasta entonces el Che utilizó parte del material en sus discursos. Cuando el libro salió de la prensa, obsequió el primer ejemplar al diminuto Menéndez con la dedicatoria: «Al pequeño gran zar del azúcar. Che.»

Apenas el Che se instaló en Tarará, se aceleraron los trabajos para crear el INRA. Fidel, que en esa época se había mudado a una finca en Cojímar, puso a Núñez Jiménez al frente del grupo dedicado a elaborar la reforma agraria, integrado por su viejo amigo comunista Alfredo Guevara, Pedro Miret, Vilma Espín –con quien Raúl se había casado en enero– y dos asesores de alto nivel del PSP. El grupo se reunía todas las noches con el Che en Tarará para discutir modificaciones y aportar ideas a los borradores preparados por el grupo del PSP en la casa de García Vals. Alfredo Guevara dijo a Tad Szulc, autor de una biografía de Castro, que solían trabajar hasta el amanecer, cuando «llegaba Fidel y lo cambiaba todo». Pero poco a poco, el proyecto empezaba a tomar forma. El trabajo se realizaba en secreto absoluto para evitar que llegara a conocimiento de los ministros de Urrutia; en todo caso, el ministro putativo de Agricultura, Humberto Sorí-Marín, jamás recibió una invitación a las reuniones. Al mismo tiempo, el Che participaba en las conversaciones entre el Ejército Rebelde y el PSP que tenían lugar en la casa de Fidel con el fin de llegar a la unidad a largo plazo.

La necesidad de discreción explica en parte la indignada reacción del Che ante un artículo periodístico que mencionaba que estaba instalado en la lujosa finca de Tarará. El 10 de marzo mostró los dientes en un artículo farisaico y veladamente amenazante escrito para la revista *Revolución* que dirigía Carlos Franqui. El artículo «aparentemente inofensivo» titulado «El comandante Guevara se instala en Tarará», escribió, «parece insinuar algo acerca de mi posición revolucionaria».

> No analizaré aquí quién es el señor periodista ni daré noticias sobre lo que él tiene en los archivos a mi custodia encomendados, no es mi intención hacer acusaciones o contraacusaciones, me debo a la opinión pública y a quienes han confiado en mí como revolucionario.
>
> Le aclaro a los lectores de *Revolución* que estoy enfermo, que mi enfermedad no se contrajo en garitos ni trasnochando en cabarets, sino trabajando más que lo que mi organismo podía resistir para la Revolución.
>
> Los médicos me recomendaron una casa en un lugar apartado de las diarias visitas y Recuperación de Bienes me prestó esta que habitaré en la referida playa hasta que los colegas que me atienden me den de alta; debí ocupar una casa de personeros del antiguo régimen porque mi sueldo de $125,00 como oficial del Ejército Rebelde no me permite alquilar una con suficiente amplitud para albergar a la gente que me acompaña.
>
> El hecho de ser una casa de antiguo batistiano hace que sea lujosa; elegí la más sencilla, pero de todas maneras es un insulto a la sensibilidad popular. Prometo al señor Llano Montes [autor del artículo] y sobre todo al pueblo de Cuba que la abandonaré cuando esté repuesto...
>
> Che

Dos meses después, cuando su salud había mejorado y la ley de reforma agraria estaba redactada, el Che cumplió su promesa: abandonó Tarará para instalarse en una casa mucho más humilde en el campo cerca de la aldea interior de Santiago de las Vegas, al otro lado de La Habana.

Los cónclaves secretos habían coincidido con la llegada del nuevo embajador norteamericano Philip Bonsal. En una primera reunión cordial con Fidel, Bonsal tuvo la impresión optimista de que «podía manejar» a Castro, pero la jefatura de la inteligencia militar no pensó lo mismo; el 10 de marzo, el Consejo Nacional de Seguridad del Presidente discutió la posibilidad de «llevar otro gobierno al poder en Cuba».

Fuera comunista o no, la mayoría de los analistas políticos norteamericanos pensaban que Fidel era una bala perdida a la que había que frenar antes de que causara daños mayores en Cuba y en la región. Algunos dirigentes latinoamericanos moderados que hasta entonces lo habían apoyado sumaron sus voces a ese consenso creciente; por ejemplo, tanto Pepe Figueres como Rómulo Betancourt confiaron a los norteamericanos sus sospechas de que los «comunistas habían consolidado su poder» en la «mayoría de las zonas vitales» de Cuba. Entretanto, Fidel seguía negando públicamente con vehemencia que tuviera inclinaciones comunistas.

Todo era muy confuso, pero los norteamericanos se enteraron de que en poco tiempo más podrían hacer su propia evaluación del joven caudillo cubano. Fidel declaró que pensaba aceptar la invitación de la Sociedad Norteamericana de Directores de Diarios a pronunciar el discurso principal en su convención anual, prevista para abril en Washington. Cientos de periodistas ya rondaban por La Habana, invitados por Fidel en el marco de una espectacular campaña de relaciones públicas llamada Operación Verdad, destinada a contrarrestar la publicidad negativa que recibía la revolución. Pero ésta no convencía a los escépticos.

Y en realidad, la publicidad negativa era muy abundante, porque Fidel había procedido a «intervenir» la filial de la empresa norteamericana International Telephone and Telegraph con el fin de «investigar irregularidades en sus operaciones», una acción sugerida por el Che en su discurso de enero. Había fustigado públicamente y atribuido «tendencias imperialistas» al presidente costarricense José «Pepe» Figueres, quien durante una visita había sugerido que Cuba se alineara con Estados Unidos en la «confrontación de la guerra fría». Había realizado vaticinios temerarios sobre la economía cubana, hasta el punto de asegurar que en pocos años el nivel de vida de la isla superaría al de Estados Unidos. Asimismo, los tribunales revolucionarios funcionaban sin tregua, y Fidel había provocado un escándalo internacional al ordenar un nuevo juicio para cuarenta y cuatro aviadores batistianos acusados de bombardear blancos civiles después de que un tribunal los absolviera por falta de pruebas. También lo abandonó la influyente comunidad católica. Los tribunales revolucionarios horrorizaban al clero –encargado de administrar la extremaunción a muchos condenados–, y el giro a la izquierda de la revolución preocupaba a los mili-

tantes católicos que habían apoyado activamente el derrocamiento de Batista.

Los discursos recientes de Fidel en la Universidad de La Habana, en los que instaba a los estudiantes a «purgarla de influencias corruptoras», sugerían su escaso respeto por la sacrosanta tradición de la autonomía universitaria. Aún no se había limitado la libertad de prensa, pero Fidel se declaró dispuesto a hacerlo cuando fue ridiculizado por la revista satírica *Zig Zag*.

Con el fin de arrojar una luz más favorable sobre los sucesos y en lo posible convencer a los escépticos en el exterior, se elaboraban planes para crear una prensa «revolucionaria». Jorge Ricardo Masetti, el periodista argentino enamorado de la Revolución Cubana, había regresado a La Habana con su colega uruguayo Carlos María Gutiérrez.[1] Ambos conversaron con el Che sobre la creación de una agencia noticiosa cubana internacional «independiente» según el modelo de la efímera Agencia Latina de Perón, que había empleado al Che en México. El objetivo del Che, como el de Perón, era quebrar el monopolio periodístico de agencias «capitalistas yanquis» como AP y UPI. Pocos meses después, con cien mil dólares recaudados con bonos no cobrados del 26 de Julio emitidos durante la guerra, Cuba fundó su propia Prensa Latina. Masetti fue su primer director y en poco tiempo reunió una nómina impresionante de corresponsales en todo el mundo. Meses más tarde otro recluta de la sierra, el periodista norteamericano Robert Taber, se unió a la campaña propagandística de la revolución mediante el flamante Comité por la Justicia para Cuba, un grupo de presión castrista creado en Estados Unidos. Al principio éste consiguió el apoyo de intelectuales de la izquierda moderada como Carleton Beals, C. Wright Mills, I. F. Stone y Allen Ginsberg.

Junto con sus métodos prácticos –y a veces maquiavélicos– para abordar los problemas, Fidel empezaba a revelar una tendencia desconcertante a adoptar proyectos económicos extravagantes que «resolverían» los problemas de Cuba. Había pergeñado un proyecto para drenar la Ciénaga de Zapata, un vasto delta pantanoso sobre la costa austral, y habilitarlo para el cultivo del arroz. Más importante aún, sus declaraciones incautas sobre el incremento de la zafra azucarera como medio para crear puestos de trabajo habían ayudado a provocar una caída de los precios internacionales del azúcar a medida que los futuros inversores preveían una inminente saturación del mercado. En realidad, la zafra de 1959, de 5,8 millones de toneladas, fue mayor de lo habitual.

Tal vez sus proyectos más estrafalarios eran producto de la desesperación lisa y llana, ya que los problemas económicos lo acosaban por todos lados. La corrupción del batistato, los robos de último momento y la fuga de capitales habían reducido las reservas del erario cubano a poco más de

1. Al regresar a Buenos Aires, Masetti publicó *Los que luchan y los que lloran*, un relato de sus experiencias en la Sierra Maestra, opúsculo elogioso de la Revolución Cubana y sus dirigentes.

un millón de dólares; la deuda pública sumaba 1.200 millones de dólares y el déficit presupuestario, 800 millones. La Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC), la central obrera de un millón de afiliados, un bastión comunista antes de que la dominara Batista, pasaba por las etapas iniciales de una purga encomendada por Fidel a su nuevo dirigente, David Salvador. Los anuncios incesantes de la inminente reforma agraria alteraban a los terratenientes y los inversores agrícolas, y la inversión de capitales empezaba a detenerse. En marzo, Fidel hizo aprobar una ley que encontró eco favorable en la opinión pública al reducir los alquileres en un cincuenta por ciento y expropiar las tierras baldías, lo que afectaba directamente los intereses de terratenientes y especuladores en bienes raíces. Se impusieron tarifas sobre una gama de bienes suntuarios; los trabajadores despedidos empezaron a movilizarse reclamando su reincorporación y otros exigieron aumentos salariales. Fidel contemporizaba, suplicaba que le dieran tiempo para arreglar la situación, pero un número creciente de cubanos pudientes y de clase media, ante la incertidumbre de su futuro, preparaba sus maletas para iniciar una nueva vida en el extranjero. La mayoría se dirigía a Miami, el tradicional refugio de los exiliados cubanos, a escasos ciento treinta kilómetros de la isla.

El 14 de abril, el subjefe de misión en la embajada estadounidense en La Habana, Daniel Braddock, envió a Washington un nuevo «despacho de acción» confidencial titulado «El crecimiento del comunismo en Cuba». Advirtió que después de la caída de Batista, el PSP había «salido de la clandestinidad para adquirir un estatus semilegal que probablemente será plenamente legal apenas se registren los partidos políticos. En estos tres meses el partido ha recibido por lo mentos tres mil afiliados nuevos y sigue creciendo. Ha abierto locales en todos los distritos de La Habana y en la mayoría de los pueblos del interior». El despacho añadió que el blanco principal de la infiltración comunista eran las fuerzas armadas.

> La Cabaña parece ser el principal centro comunista y su comandante, Che GUEVARA, es la figura más importante cuyo nombre está vinculado con el comunismo. No cabe duda de que Guevara es marxista, aunque no sea comunista [*sic*]. Se han instituido cursos de adoctrinamiento político para los soldados bajo su mando en La Cabaña. Algunos de los materiales utilizados en estos cursos, a los cuales ha tenido acceso esta embajada, siguen claramente la línea comunista. Guevara tiene gran influencia sobre Fidel CASTRO y aún más sobre el comandante en jefe de las fuerzas armadas, Raúl CASTRO, de quien se cree que tiene las mismas opiniones políticas que el Che Guevara.

El análisis de la embajada estadounidense resultó acertado, y su primera evaluación del programa de adoctrinamiento marxista del Che en La Cabaña refleja de manera insólita los recuerdos de sus tenientes. Orlando Borrego se autocalifica de ejemplo típico de los hombres de La Cabaña, ex

rebeldes jóvenes que no tenían «la menor formación ideológica», pero tenían sentido de la disciplina revolucionaria y un «respeto extraordinario por el Che y por Fidel».

«Desde el punto de vista político, en estos primeros meses estábamos muy confusos, es decir, se empezaba a hablar ya de si esto iba a ser socialismo, se hablaba, se comentaba entre la tropa y todas esas cosas. Y yo era uno de los que me ponía en la posición de que no: socialismo, ¿qué cosa es eso? No entendía. Como la imagen que había del comunismo era mala, yo tenía esa imagen, el comunismo es muy malo. Es decir, queríamos una revolución que fuera justa, que fuera honrada, en función de los intereses del país y todo eso, pero de comunismo nada, y lo comentábamos entre algunos de nosotros. Y nos decíamos, pero bueno, si el Che y Fidel son comunistas, entonces aquí somos comunistas, pero era por devoción hacia ellos, no por posición ideológica ninguna.»

Borrego, el juez revolucionario, empezó a abrir los ojos cuando le tocó presidir el juicio de un ex jefe de policía, el general Hernando Hernández. Durante el juicio, el acusado le obsequió un ejemplar de *El doctor Zhivago* con la dedicatoria: «Al teniente Orlando Borrego, respetuosamente del general Hernando Hernández.» Borrego no tenía la menor idea de quién era Pasternak, y más tarde, con toda ingenuidad, mostró el libro al Che. «El Che lo miró y, ¡ja!, se empezó a reír. "Pero qué ignorante eres", dijo. Entonces me dio una explicación. Quién era Pasternak, escritor ruso, lo que revelaba. Y ese hombre me había hecho ese regalo con toda intención, un poco para que yo viera lo negativo de la Unión Soviética. Lo que revelaba Pasternak de la época de Stalin.»

Después de ese incidente, la «ignorancia» política de Borrego empezó a disiparse gradualmente. «Hasta ese momento [el Che] no había ejercido directamente una orientación política, en el sentido de la idea socialista, con nosotros. Hay un momento, eso sería en febrero o marzo del 59, en que el Che empieza a reunirse con nosotros, los oficiales..., en un saloncito que había allí en La Cabaña. Empezó a dar unas reuniones de orientación política. No las llamaba así, pero es lo que eran. Nos daba conferencias sobre cuál debía ser el papel de los combatientes revolucionarios y del ejército revolucionario.»

En sus seminarios, el Che ponía especial énfasis en la idea de que la toma del poder no era el objetivo revolucionario más importante. «Nos decía que la tarea más difícil y más compleja era la que venía a partir de ese momento –recordó Borrego–. Era la etapa de la construcción de una sociedad distinta; no hablaba de comunismo ni de socialismo, pero en esas conferencias empezó a introducir, desde el punto de vista histórico las ideas revolucionarias a escala mundial, y ahí apareció un día, explicando con un mapa la Unión Soviética, los países del campo socialista, qué papel había jugado Lenin, y nos empezó a transmitir las ideas estas leninistas, que había que tomar de allí cosas que eran valiosas.»

Según Borrego, al finalizar esa jornada del seminario, entre sus camaradas se dijeron, «esto huele a comunismo». Pero a esas alturas las nuevas

ideas provocaban más curiosidad que miedo. La mayoría de los hombres en La Cabaña eran veteranos del Ejército Rebelde –el Che había echado a la mayoría de los soldados regulares durante la «depuración»–, pero aún era un período inestable; las Fuerzas Armadas Revolucionarias eran un híbrido y muchos de sus integrantes aún profesaban ideas anticomunistas.

Una vez roto el hielo entre sus oficiales subalternos, el Che encomendó la tarea de adoctrinamiento a su delegado en el regimiento, Armando Acosta. «Hay que reconocerle que fue muy hábil –recordó Borrego–; fue muy inteligente en la forma que nos explicaba a muchos de nosotros, nos aclaraba cosas en términos revolucionarios, sin hablar de comunismo tampoco, y sobre todo buscando unidad dentro de los revolucionarios, que no podía haber divisiones de tipo político.»

Las charlas de Acosta y el estrecho contacto cotidiano con el Che le dieron rápidamente «una ideología», dijo Borrego. El momento de la verdad llegó en abril, cuando un empresario acaudalado, su último patrón antes de que se fuera a la guerra, le ofreció un trabajo bien remunerado en Guatemala. Era tentador, y Borrego fue a pedirle opinión al Che.

Éste le dijo que debía pensar seriamente en cuáles eran sus prioridades porque cumplía un papel vital en la revolución. Le dijo que se tomara unos días para pensarlo y volviera una vez tomada su decisión. Así lo hizo, y decidió quedarse. «Ya había una afinidad muy grande con el Che; fue un compromiso con él también, fuerte. El Che ejerció mucha influencia sobre mí muy rápido.»

Borrego jamás se arrepintió de su decisión. Su relación con el Che se volvió aún más estrecha, y con el tiempo se convirtió en su protegido y uno de sus amigos más íntimos. En la primavera de 1959, era evidente para la mayoría de los observadores que Ernesto Che Guevara era un individuo fuera de lo común que escapaba a los estereotipos habituales. Ejercía una influencia casi mística sobre los demás y empezaba a reunir a su alrededor un círculo leal de discípulos como Borrego, que seguían al Che más que a un credo político. No obstante, lejos de ser sectario, durante el período de transición en que el Ejército Rebelde empezó a asumir el control, trató respetuosamente a muchos oficiales del ejército derrotado... mientras enviaba a otros al paredón. Para su secretario José Manuel Manresa, dactilógrafo personal del ex comandante del ejército, la petición del Che de que siguiera en su puesto y trabajara para él fue un acto de fe merecedor de su gratitud eterna, y permaneció lealmente junto a él mientras estuvo en Cuba.

Aún hoy, muchos años después, las lágrimas ruedan por el rostro de Manresa y se queda mudo de la emoción cuando le piden que hable sobre su adorado difunto jefe. Debido a un problema de circulación en sus piernas no pudo acompañarlo en la misión final –y fatal– a Bolivia, y considera que al hablar podría traicionar la confianza del hombre por quien hubiera entregado la vida.

Para los norteamericanos, un hombre tan firme en su ideología, tan cercano a Fidel y que inspiraba semejante lealtad en sus soldados era en verdad un enemigo peligroso. Y como demuestran los despachos de la embajada en La Habana, ya lo *sabían* a principios de 1959.

# IX

Los sucesos que se desarrollaban en La Habana no pasaban inadvertidos en Moscú, y para los soviéticos la figura emergente del Che Guevara merecía una atención especial.

En efecto, en enero de 1959 el Comité Central del Partido Comunista gobernante de la Unión Soviética había resuelto enviar un agente secreto a La Habana para sondear la situación y estudiar la posibilidad de establecer relaciones con el nuevo régimen. Se decidió que su primer contacto debía ser con el Che Guevara.

Se llamaba Alexander Alexeiev. Alto, gregario, con gafas sobre un rostro fuerte y anguloso, Alexeiev era un agente del KGB que trabajaba bajo inmunidad diplomática en la embajada soviética en Buenos Aires. En 1958, cuando lo convocaron a Moscú, tenía cuarenta y cinco años; a principios de su carrera en inteligencia había desempeñado sus funciones en la Guerra Civil española y luego en la gran guerra patriótica de 1941-1945. Desde entonces, se había especializado en asuntos latinoamericanos.

Alexeiev tuvo sus primeras noticias sobre Ernesto Che Guevara en 1957, cuando aún se hallaba en la Argentina, a través de sus amigos en la Universidad de Buenos Aires. «Eran estudiantes revolucionarios –recordó–... Me contaron bien de este hombre... Se sabía que había resistencia de Fidel Castro y que entre los revolucionarios había un argentino, Ernesto Che Guevara.» Sin embargo, a tono con la actitud oficial soviética en esa época, dudaba de las verdaderas simpatías políticas de Fidel y, como reconoció mucho después, no había prestado gran atención a Cuba. «Por esa época tenía algún interés por la Revolución Cubana, pero nada más. Pero no me fié mucho porque en aquel entonces aparecieron varias revoluciones, Guatemala..., y no provocaba un gran interés. En América Latina siempre había algo.»

De vuelta en Moscú, lo designaron jefe del Departamento Latinoamericano del Comité de Relaciones Culturales con Países Extranjeros, subordinado directamente a la dirección soviética. Asumió sus nuevas funciones en diciembre de 1958, pocas semanas antes de la victoria revolucionaria cubana y el reconocimiento inmediato del nuevo régimen por Moscú. Poco después, su jefe Yuri Zukov, quien tenía acceso directo al primer ministro Nikita Jrushov, le dijo: «Alexander, me parece que debes viajar y ver qué clase de revolución es, porque tenemos lo que ha escrito alguna prensa, son cosas progresistas y nosotros necesitamos... es una revolución contra americanos y vale la pena que vaya alguien de ustedes. Su candidatura puede servir porque usted estuvo en Argentina, el Che es argentino y hay contactos que puede establecer; usted sabe español.»

Yuri Paporov, quien trabajaba en el mismo departamento que Alexeiev desde su regreso de México un año antes, recordó la reacción de su colega: «No quería ir porque no quería hablar "con esos burgueses que hacen la revolución"». Paporov le aconsejó que dejara de lado sus reservas y que el puesto le haría «bien a su carrera», argumento que acabó por convencerlo.

Con todo, había un problema. Aunque Moscú había reconocido el gobierno de Castro, los dos países aún no tenían relaciones diplomáticas. Para guardar las apariencias, se decidió que Alexeiev sería periodista, y se presentó la solicitud correspondiente de visado en la embajada cubana en México. Comenzó la espera.

A fines de enero, cuando el escéptico Alexeiev se preparaba para su misión, llegaron a Moscú varios dirigentes del PSP cubano. El propósito oficial de la delegación encabezada por Juan Marinello y Severo Aguirre era asistir a un congreso del Partido Comunista, pero no era el único: también debía convencer al Kremlin de que la Revolución Cubana constituía una oportunidad que no se debía desaprovechar. Explicaron con entusiasmo la decisión de su partido de apoyar a Fidel Castro y sus motivos para pensar que formaría un gobierno de tipo socialista. Eran tan exageradas sus alabanzas, que Alexeiev las escuchó con indiferencia; semejante euforia, pensó, debía atribuirse a que el partido conocía un poco de libertad después de años de opresión batistiana.

Mientras esperaba su visado, Alexeiev estudiaba las noticias provenientes de Cuba; para respaldar sus credenciales falsas de periodista, hacía comentarios favorables a la Revolución Cubana por el servicio latinoamericano de Radio Moscú. Pasaba el tiempo, llegaban más noticias de la isla caribeña y el cinismo inicial de Alexeiev empezaba a disiparse; sentía renacer el entusiasmo que había experimentado veinte años antes, cuando era un joven de dieciocho, en la combativa República española. Pero el visado cubano no llegaba. Pasaban los meses interminables: la primavera se volvía verano y Alexeiev aún esperaba.

Giorgi Kornienko, que en esa época era un alto funcionario del Departamento de Información del Comité Central, coincide con la versión de Alexeiev, de que la pelota soviética empezó a rodar *después* de la victoria de los rebeldes castristas.

«Yo recuerdo que cuando en enero de 1959 Castro proclamó un nuevo régimen, Jrushov preguntó al departamento: "¿Qué cosa son esos tipos que están allí? ¿Quiénes son?" Y nadie pudo responder esa pregunta..., ni los Servicios de Inteligencia, ni el Ministerio de Asuntos Exteriores ni el Departamento Internacional del Comité Central... En realidad no sabíamos quiénes eran aquellos tipos en La Habana. Enviamos un telegrama a nuestra oficina en el exterior, luego a la Inteligencia y otros. A los pocos días, recibimos un cable de alguna capital de América Latina, no recuerdo cuál, con una información acerca de Castro y de su gente. Y había una frase en esta información de que, si no Fidel mismo, tal vez Raúl o algunas otras personas próximas a Fidel, tenían puntos de vista marxistas. Yo estaba presente cuando esta información le fue entregada a Jrushov. Se entusiasmó mucho. "Bueno, si esto es realmente así, si esas gentes en Cuba son marxistas y se desarrollaran como algún tipo de movimiento socialista allá en Cuba, sería fantástico. Sería el primer lugar en el hemisferio occidental con un gobierno socialista o pro socialista. Eso sería muy bueno, muy bueno para la causa del socialismo."»

Pero un cúmulo de pruebas indica que el Kremlin no «descubrió» Cuba un buen día después de leer las noticias sobre la revolución y hallar la isla en un globo terráqueo. Un periodista y una delegación sindical soviéticos habían visitado La Habana en enero. El Kremlin mantuvo contacto con la dirección del PSP en el exilio durante los dos años de la guerra civil. La decisión de reconocer inmediatamente al nuevo régimen; la llegada de altos dirigentes del PSP a Moscú poco después de la caída de Batista; los contactos de los dirigentes comunistas cubanos con Fidel, Raúl y el Che en la sierra –por no hablar de sus contactos anteriores en México con funcionarios soviéticos como Yuri Paporov y Nikolái Leonov, quienes luego serían enviados a la isla– sugieren que el interés soviético por la Revolución Cubana es *previo* a la victoria rebelde de enero de 1959. Todo indica que la maquinaria política soviética empezó a poner sus miras en Cuba a mediados de 1958, cuando la derrota de la ofensiva del ejército en la Sierra Maestra reforzó las perspectivas de una victoria rebelde.

Con todo, cabe señalar que en el Kremlin persistía cierto escepticismo con respecto a la revolución de Castro porque los sucesos no se habían desarrollado de acuerdo con el manual soviético. La revolución no era producto de la estrategia del PSP, el partido no controlaba la situación, Fidel Castro era una incógnita. A pesar de las señales alentadoras –Fidel había permitido que el partido desempeñara un papel; sus íntimos (su hermano Raúl y el Che) eran marxistas–, era difícil llegar a conclusiones definitivas.

Mientras tanto, La Habana tenía buenos motivos para demorar el visado de Alexeiev. Otorgar un visado de «periodista» a un agente conocido de la inteligencia soviética llamaría la atención; el momento no era oportuno. Y lo que era más importante, la Cancillería cubana seguía (aunque por poco tiempo más) en manos de Roberto Agramonte, un ortodoxo anticomunista que difícilmente recibiría esa solicitud con ecuanimidad. Muchos aliados de Fidel creían que sólo esperaba el mejor momento para deshacerse de esos rojos conspiradores y oportunistas; una pérdida brusca de confianza en sus afinidades políticas podría provocar un cisma violento e incontenible.

Por encima de todo, necesitaba un margen de maniobra frente al sector potencialmente más peligroso: Estados Unidos. El primer objetivo de la política exterior era necesariamente alcanzar algún tipo de *modus vivendi* con Washington, siquiera para asegurarse de que no intervendría para abortar la revolución antes de que se pusiera en marcha, y buscar la amistad de los soviéticos no era la manera de lograrlo. A diferencia de Fidel, el Che no quería saber nada con Estados Unidos y ya se preparaba para una confrontación con Washington que consideraba inevitable. Raúl lo respaldaba en esto. Ambos abogaban por una radicalización de la política revolucionaria, la consolidación definitiva del poder y la ruptura con Occidente.

El 15 de abril, Fidel voló a Washington con una gran comitiva integrada por los ministros y asesores financieros más conservadores y pro norteamericanos. Los extremistas como el Che y Raúl se quedaron en la isla. Por supuesto que sus compañeros de viaje estaban entusiasmados, y aunque él

insistía en que no iba a Washington a pedir ayuda económica según la venerada tradición de los jefes de Estado latinoamericanos, ellos creían que era uno de los motivos principales del viaje. «Que *ellos* lo planteen –dijo a sus asesores–, y después veremos.»

Vestido con su uniforme de guerrillero, Fidel tuvo una buena acogida en el Club Nacional de la Prensa en Washington y un almuerzo cordial con el secretario de Estado en funciones Christian Herter. (John Foster Dulles, a quien le habían diagnosticado un cáncer, renunció el mismo día que Fidel llegó a la capital estadounidense.) Habló ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, apareció en el programa periodístico televisivo *Meet the Press* y rindió los honores consabidos ante los monumentos a Lincoln y Jefferson.

Fidel se esmeraba por portarse bien, se deshacía en explicaciones para disipar los temores norteamericanos, reafirmaba su compromiso con las inversiones extranjeras e insistía en que su ley de reforma agraria sólo afectaría las tierras abandonadas o baldías. Quería más turistas norteamericanos y esperaba que Estados Unidos, el mayor comprador de azúcar, aumentara la cuota azucarera cubana. De más estaba decir que Cuba respetaría el tratado de defensa recíproca con Estados Unidos, permitiría que la armada norteamericana permaneciera en la base de Guantánamo... y por más que sorprendiera a unos cuantos en La Habana, era contrario al comunismo y partidario de la prensa libre.

La prensa lo seguía a dondequiera que iba. Con su barba y su uniforme, era una figura exótica, se apartaba de la norma de la época que imponía a los políticos el traje y la corbata. La costumbre de salir espontáneamente de «paseo» para conocer a los ciudadanos comunes aumentaba su carisma.

Le fascinaba la atención del público, pero en privado su amor propio sufría rudos golpes. Las personalidades poderosas que lo recibían se mostraban condescendientes, rebosaban de consejos indeseados y advertencias severas, como si trataran con un adolescente revoltoso que por pura suerte había alcanzado una posición de poder propia de alguien mayor y más prudente. Lo acosaban con preguntas filosas sobre las «purgas judiciales» y las ejecuciones, y querían saber cuándo llamaría a elecciones. En ambos asuntos se mostraba firme. El «pueblo» exigía el juicio y castigo de los criminales de guerra. En cuanto a las elecciones, pensaba que Cuba necesitaba un poco más de tiempo, acaso cuatro años, para prepararse.

Eisenhower, que no quería estar en Washington durante la estancia de Fidel, decidió tomarse unas vacaciones para jugar al golf en Georgia y dejó al vicepresidente Richard Nixon para ocuparse del asunto. Se reunieron a solas durante dos horas y media en el Capitolio y luego se mostraron cordiales en público, pero las cosas no anduvieron bien; cada uno tuvo una impresión negativa del otro. Nixon dijo luego al presidente que Castro era comunista o bien un títere y demostraba una «ingenuidad increíble» frente a la influencia comunista en su gobierno; esta evaluación afectaría gravemente las relaciones entre los dos países.

Si Fidel esperaba alguna señal de una actitud positiva por parte de Estados Unidos con respecto a Cuba, sufrió una desilusión. Si tenía alguna esperanza de recibir ayuda económica, Nixon la destruyó al asegurar que no habría tal cosa. Con absoluta falta de tacto, aconsejó a Fidel que siguiera el ejemplo del gobernador de Puerto Rico, quien alentaba las inversiones privadas en su territorio para mejorar las condiciones económicas. La sola idea de que Cuba aprovechara las lecciones de Puerto Rico, un territorio pequeño y fuertemente dependiente de Estados Unidos, era un insulto; Fidel replicó que los días de la Enmienda Platt, cuando Estados Unidos tenía el derecho de intervenir en Cuba, «habían pasado». Fidel seguramente salió de la reunión convencido de que la única manera de satisfacer a los norteamericanos era someterse a sus normas, a costa de la soberanía cubana.

De Washington se fue a Nueva York. El 21 de abril, después de una conferencia en Princeton, Fidel aceptó reunirse con un agente de la CIA que había pedido a López Fresquet que actuara como intermediario. Conversaron a solas durante más de tres horas. El agente Garry Drecher, un alemán nacionalizado norteamericano que empleaba el seudónimo de «Frank Bender», expresó luego a López Fresquet su convicción de que Castro era «anticomunista» y dijo que habían acordado intercambiar información sobre las actividades comunistas en la isla. López Fresquet sería el enlace.[1]

Lo más probable es que Fidel utilizara la reunión como un ardid para convencer tanto a la CIA como a su propia comitiva que estaba de su parte, que sólo estaba haciendo tiempo a la espera de que los comunistas asomaran la cabeza para poder cortársela. En efecto, a un asesor le dijo que era necesario detener las ejecuciones y la infiltración comunista en el gobierno, a otro que tenía el plan de enviar al Che en un largo viaje al extranjero, lo cual era un eufemismo del exilio dorado.

En Boston, unos días después de la reunión con el «señor Bender», López Fresquet estaba presente cuando Fidel recibió una llamada telefónica de Raúl, quien comunicó a su hermano que en el país se decía que se estaba «vendiendo» a los yanquis. Fidel reaccionó con indignación: en vista de los golpes que recibía al defenderse frente a un escéptico auditorio norteamericano, las palabras de Raúl echaban sal sobre una herida abierta.

Pocos días después de esta conversación, los hermanos tuvieron un misterioso encuentro en Houston. Fidel había resuelto aceptar una invitación del presidente brasileño Kubitschek y luego asistir a una conferencia econó-

1. Algunos historiadores atribuyen gran importancia a estas declaraciones apaciguadoras para insinuar que el gobierno de Eisenhower «perdió» Cuba por tratar a Castro de manera tan descomedida. Sin embargo, los hechos posteriores sustentan la teoría de que Fidel se limitaba a decir lo que su auditorio quería oír. De vuelta en La Habana, un mes después del viaje por Estados Unidos, un funcionario norteamericano entregó a López Fresquet un mensaje del «señor Bender» para Fidel. «Informé a Castro –dijo López Fresquet–. No me respondió y jamás me dio información para transmitir al señor Bender.» Sea como fuere, un año después el gobierno de Urrutia pasaría a la historia, desplazado por Fidel y sus camaradas izquierdistas; López Fresquet, el enlace frustrado, renunciaría a su puesto y se marcharía al exilio.

mica en Buenos Aires auspiciada por la OEA. El 27 de abril, en ruta a Brasil, el avión de Fidel hizo una escala de reabastecimiento en Houston, y Raúl voló allá con varios asesores. Tras una breve reunión a puertas cerradas en el aeropuerto, Raúl volvió a La Habana y Fidel continuó el viaje hacia el sur.

Se han ofrecido distintas explicaciones del encuentro. Según el historiador Hugh Thomas: «Se ha dicho que el comandante imberbe del ejército, Raúl, conminó a su hermano a conservar su integridad revolucionaria. Parece igualmente probable que la discusión principal se refiriera al tema de los discursos que Raúl Castro y Guevara pronunciarían el 1 de mayo en Cuba.» Pero Tad Szulc, en su biografía de Castro, vincula la reunión con algunos sucesos desconcertantes que parecían confirmar las advertencias de los analistas de inteligencia norteamericanos sobre la complicidad oficial cubana con ciertas conspiraciones armadas contra varios de sus vecinos.

El 18 de abril, el comandante militar de Pinar del Río, donde se entrenaba la mayoría de los revolucionarios extranjeros, hizo una redada espectacular de un centenar de reclutas nicaragüenses y confiscó sus armas. Luego difundió una declaración en la que decía que Fidel había prohibido semejantes expediciones desde suelo cubano.

Ese día, en La Habana, un panameño llamado Rubén Miró dijo públicamente que su grupo pensaba invadir Panamá en menos de un mes. Días después, estando Fidel en Boston, las autoridades panameñas apresaron en la costa a tres rebeldes armados; dos eran cubanos. Según Manuel Piñeiro, la expedición fue «por libre», es decir, no tuvo autorización gubernamental.

Autorizados o no, estos sucesos conspiraban contra los intentos de Fidel de construir una nueva imagen pública en Estados Unidos. Después de la escala en Houston, cuando sobrevolaba el espacio aéreo cubano, hizo declaraciones por radio para condenar la «irresponsabilidad» de los cubanos participantes y repetir que su gobierno «no exportaba la revolución».

Fuera de la isla, Fidel podía negar esas acciones y atribuir la participación de cubanos a la comprensible «euforia revolucionaria» reinante. Reconocía que su gobierno brindaba refugio y trabajo a los exiliados de la tiranía... pero no apoyaba la exportación de revoluciones. En verdad, parecería que la redada de los nicaragüenses fue una maniobra intencional destinada a crear la impresión de que, lejos de apoyar semejantes actividades, Castro trataba de impedirlas.

Apenas un mes más tarde, un grupo guerrillero nicaragüense zarpó discretamente de Cuba para iniciar las hostilidades contra Somoza. En la expedición participaba Rodolfo Romero, antiguo camarada del Che en la brigada internacional Augusto César Sandino formada en Guatemala, quien había recibido armas, entrenamiento y fondos de las nuevas fuerzas armadas cubanas. Al mismo tiempo, un grupo rebelde antitrujillista de la República Dominicana se entrenaba juntamente con otros de Haití y varios países más.

Era necesario calmar las aguas, y el propio Che apareció en televisión con una desmentida. «Esta revolución debe ser honrada a todo trance –dijo

la noche del 28 de abril–, nos vemos en el penoso deber de admitir que ahí sí fueron cubanos. Lo que nosotros debemos decir es que esos cubanos salieron sin nuestro conocimiento, sin nuestra autorización, sin nuestro auspicio... Somos exportadores de la idea revolucionaria, pero no pretendemos ser exportadores de revoluciones. La revolución la hará cada pueblo en el lugar donde esté ese gobierno y con la gente que debe sufrir ese gobierno. Nosotros solamente somos un ejemplo. Lo demás es obra del pueblo.»

Como siempre, los funcionarios de la embajada estadounidense estudiaron su discurso con lupa. Y como siempre, aunque trató de emplear tacto, su honestidad afloró en la forma de evadir las preguntas más difíciles, dirigidas en su mayoría a desentrañar el misterio de sus ideas políticas. Preguntado en primer término si era comunista, el Che dijo que no consideraba que un funcionario público debiera «contestar esa pregunta directamente».

«Están los hechos, los hechos son claros, nuestra manera de pensar es clara, nuestra manera de actuar es diáfana. El hecho de que yo no sea comunista afiliado al Partido Comunista, como que no lo soy, no tiene ninguna importancia. Se nos acusa de comunistas por lo que hacemos, no por lo que somos o por lo que decimos... Si a usted le parece que lo que hacemos es comunismo, pues somos comunistas. Si usted la pregunta me la dirige a si soy afiliado al Partido Comunista o al Partido Socialista Popular, como se llama aquí, le tengo que contestar que no.»

No es casual que las conclusiones de la embajada, enviadas a Washington en un despacho confidencial el 5 de mayo, se resumieran en la frase siguiente: «Declaraciones de Ernesto "Che" GUEVARA en aparición televisiva revelan orientación comunista, antiamericanismo.»

Inmediatamente después de esta entrevista, el Che acudió a una reunión con Raúl, quien acababa de regresar de su encuentro con Fidel en Houston. Los sucesos subsiguientes parecen demostrar que uno de los asuntos principales discutidos por los hermanos Castro fue la decisión de Fidel de poner coto a los fusilamientos.

Desde enero se habían producido unos 550 fusilamientos, y el asunto, que ya provocaba protestas en Cuba, le había causado graves problemas a Fidel durante su viaje por Estados Unidos. Consideraba necesario un gesto para apaciguar a los norteamericanos y ganar algunos puntos por ello. El Che se opuso enérgicamente a la decisión, pero acató la orden de Fidel.

«Yo no diría que [el Che] estuvo de acuerdo –dijo Orlando Borrego–. Y cuando Fidel orientó eso, que lo orientó con toda una explicación, demostrando las ventajas y desventajas de eso, y que era más favorable para la revolución paralizar ese proceso, el Che lo aceptó, lo aceptó, aunque tanto al Che como a nosotros nos molestó, porque había casos que estábamos en ese momento procesando.»

En última instancia, Fidel obtuvo escaso beneficio en Washington de su decisión de detener las ejecuciones. A esa altura, las mayores preocupaciones de Washington eran la «infiltración comunista» en el gobierno, los al-

cances del proyecto aún no anunciado de ley de reforma agraria y los indicios crecientes de que los cubanos trataban de subvertir a sus vecinos. Según el embajador estadounidense en Costa Rica, Whiting Willauer, las declaraciones cubanas negando su participación en el incidente panameño eran un embuste, una cortina de humo.

Willauer, veterano de la guerra fría y, como embajador en Honduras, actor clave en el operativo de 1954 contra Arbenz, citó el incidente como prueba de las intenciones aviesas de La Habana. El 30 de abril, cuando Fidel viajaba a Buenos Aires, envió una carta de siete páginas mecanografiadas a espacio simple con el rótulo de SECRETO a Roy Rubottom, secretario de Estado adjunto para asuntos latinoamericanos. Ambos mantenían una abundante correspondencia sobre Cuba, y en esta última carta, sin tratar de ocultar su desdén por la posición apaciguadora de Rubottom, Willauer abogó por un golpe preventivo –como en Guatemala– contra la Cuba de Castro.

«Salvo que exista una excelente explicación que demuestre lo contrario, me resulta difícil creer que este [incidente panameño] pudo ocurrir sin la connivencia, por decir lo menos, de altos funcionarios del gobierno cubano, particularmente del ejército. Esta versión parece aún más verosímil por cuanto se sabe que el ejército está plagado de comunistas y existe la creencia generalizada de que el Che Guevara, entre otros, ocupa un puesto de control muy fuerte.»

Para Willauer, «la visita de Castro a Estados Unidos fue probablemente una de las enjabonaduras más flagrantes de la historia comunista reciente». Estaría dispuesto a creer a Castro cuando negaba sus vinculaciones comunistas «sólo el día que se les dé al "Che" Guevarra [*sic*] y otros líderes comunistas un pasaje de ida para salir del país... En síntesis, desgraciadamente estoy en total desacuerdo con usted cuando dice en su carta que "se están haciendo importantes progresos en el apaciguamiento de esta etapa de tensiones caribeñas". Considero que la situación actual en el Caribe es peor que nunca y que va a empeorar muy rápidamente a menos que se liquide la cabeza de playa comunista en Cuba».

«La clave profunda de la situación», según Willauer, era el cúmulo creciente de indicios de que «los comunistas tienen una fortísima posición de mando y control en el ejército. Jamás habían alcanzado a obtenerla de manera efectiva en la situación guatemalteca.»

Willauer tenía razón. Las lecciones de «Guatemala 1954» eran un punto de inflexión para vencedores y vencidos. Ernesto Guevara había observado los errores cometidos por la «revolución» pretendidamente socialista de Guatemala, había aprendido de ellos y ahora, cinco años más tarde, ocupaba un puesto que le permitía aplicar la medicina preventiva antes de que Washington pudiera actuar.

La Revolución Cubana ya se había adelantado a los norteamericanos. Las advertencias frecuentes del Che a Fidel sobre los errores de Arbenz habían obtenido el efecto deseado: el viejo ejército era objeto de una purga exhaustiva; los oficiales de las nuevas fuerzas armadas eran hombres de con-

fianza cuya lealtad y orientación política estaban fuera de toda sospecha. La tropa recibía una «reeducación» política. «El pueblo» recibiría armas e instrucción y se organizaría una milicia nacional de ciudadanos para servir de reserva al ejército regular. El Che sabía que Washington reuniría sus fuerzas, pero para entonces Cuba estaría armada, preparada y atenta.

## X

Acaso en mayor medida que el propio Fidel, para entonces el Che se convertía en la pesadilla número uno de Washington en América Latina. El 4 de mayo, el funcionario de asuntos políticos de la embajada estadounidense en La Habana, J. L. Topping, envió un despacho confidencial a Washington en el que relataba su conversación, el 29 de abril, con el doctor Napoleón Padilla, un especialista de la industria tabacalera.

En los últimos tiempos, Padilla había asistido a reuniones con el Che en su carácter de miembro de El Forum Tabacalero, un comité creado para estudiar las posibilidades de aumentar la producción y los puestos de trabajo. Tras calificar a Padilla de «liberal, nacionalista, católico» y antiguo partidario de la revolución contra Batista, Topping señaló que «tuve la impresión de que estaba profundamente preocupado y era sincero en sus observaciones».

> Padilla dice que Guevara es un «vulgar comunista internacional», y ni siquiera es inteligente. (En español se dice «vulgar» por estúpido.) Cree que Raúl Castro es aún peor. Dice que Guevara es violenta e irracionalmente antinorteamericano, enconado opositor de la venta de productos norteamericanos aunque se fabriquen en Cuba. Mencionó la Coca-Cola, el [calzado deportivo] Keds y los cigarrillos norteamericanos. Piensa que Guevara y Raúl Castro quieren instaurar un sistema «soviético» en Cuba y que en poco tiempo descubrirán su juego. Guevara suele decir que controla a Fidel Castro.
>
> Guevara describe al nuevo ejército como un «ejército del pueblo», el «defensor del proletariado», el «principal brazo político» de la «Revolución popular». También dice que el nuevo ejército será la fuente principal de «adoctrinamiento» del pueblo cubano y que realizará «obras útiles» –se referiría a la construcción, la cosecha, etcétera–, pero que siempre estará preparado para correr a las armas en defensa de la revolución, que sufrirá inevitablemente el ataque de Estados Unidos...
>
> Padilla dijo que Guevara hablaba con frecuencia sobre el «incidente guatemalteco». Guevara dijo que la libertad de prensa era peligrosa. Había señalado que la libertad de prensa en la Guatemala de Arbenz había sido una de las causas de la caída del régimen. Había dicho que se debía limitar la libertad en Cuba.

En general no se calificaba al Che de «vulgar», pero la mayoría de las demás observaciones de Padilla parecen verosímiles si se supone que aquél había hablado crudamente con la intención de provocar a su interlocutor; jamás perdió la afición por escandalizar a la gente que le parecía escandalizable. En cambio, la supuesta fanfarronada de que «controlaba a Fidel» huele a intento de Padilla de congraciarse con su interlocutor, pues el Che se mostraba invariablemente respetuoso con Fidel salvo en conversaciones con sus amigos más íntimos.

No obstante, es evidente que *algo* sucedió durante el viaje de Fidel al extranjero porque el Che perdió la paciencia con el ritmo de los acontecimientos. Según un informe, reunió a sus jóvenes escoltas y les dijo: «Yo sigo viaje.» En vista de los rumores que circulaban, llegaron a la conclusión de que se disponía a conducir una inminente expedición guerrillera contra Trujillo en la República Dominicana. Si en verdad contemplaba esa alternativa, el Che tuvo un cambio de actitud. A juzgar por los sucesos subsiguientes, su decisión de permanecer en Cuba se debió a una señal clara de Fidel de que se disponía a saborear las medidas de construcción de una sociedad socialista en la isla.

La época de contemporizar llegaba a su fin. En la conferencia económica de Buenos Aires había acaparado la atención de la prensa y desconcertado a sus colegas latinoamericanos al pedir a Washington que financiara un «plan de tipo MacArthur» para remediar los males económicos y sociales de la región. Washington debía, según él, desembolsar treinta mil millones de dólares en ayuda económica a Latinoamérica a lo largo de la década siguiente.

Los norteamericanos replicaron sin rodeos que no tenían la menor intención de apoyar semejante idea, y los ministros latinoamericanos se alinearon rápidamente con Washington. Irónicamente, dos años después, el nuevo presidente norteamericano John F. Kennedy lanzaría una variación de la idea de Fidel: un programa de veinte mil millones de dólares llamado Alianza para el Progreso. Desde luego, el plan de Kennedy no pretendía seducir al nuevo caudillo cubano sino prevenir nuevas revoluciones como la suya en el resto del hemisferio.

Fidel regresó a La Habana el 7 de mayo; pocos días después promulgó la ley de reforma agraria y el INRA se convirtió en una realidad. El ministro de Agricultura, Humberto Sorí-Marín, excluido de todas las discusiones previas, renunció inmediatamente. A continuación, Fidel ratificó oficialmente al Che en el grado de comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias antes de enviarlo al extranjero en una extensa gira de «buena voluntad».

La misión oficial del Che era fortalecer las relaciones diplomáticas y comerciales de Cuba con los países industriales emergentes como Japón y con los nuevos Estados no alineados de África, Asia y Europa, sobre todo con la India, Egipto y Yugoslavia. Extraoficialmente, claro está, el alejamiento temporal del Che de La Habana ayudaba a Fidel a crear la impresión, suge-

rida durante su viaje por Estados Unidos, de que se «deshacía» de ese comunista argentino tan molesto para los norteamericanos y para sus propios asesores del 26 de Julio.

En realidad, los planes para la gira se habían iniciado tiempo atrás. Alfredo Menéndez se enteró del interés del Che por los llamados «países de la tercera posición» o Estados del «Pacto de Bandung» –el núcleo del futuro movimiento de países no alineados– cuando colaboraba en la elaboración de la ley de reforma agraria en Cojímar. Le había pedido un análisis económico de Egipto, la India, Indonesia y Japón: «¿Cómo eran las relaciones comerciales nuestras con este grupo de países? ¿Cuánto importábamos, qué exportábamos y qué posibilidad teníamos nosotros de incrementar nuestras exportaciones e importaciones con esos países?»

Menéndez realizó el estudio y lo entregó al Che, pero sólo se enteró del viaje cuando lo presentaron a Fidel como «nuestro azucarero» el día que se firmó la ley de reforma agraria. Con su desparpajo característico, Fidel había obligado a todo el gabinete a reunirse en su antigua base guerrillera de La Plata para la ceremonia. Después de hacerle unas preguntas a Menéndez, Fidel le dijo: «Prepárate, que tienes que salir de viaje con el Che.» De regreso en La Habana, éste le explicó el propósito del viaje. «Ya las cosas se habían enfriado un poco, la presión norteamericana era mayor y Cuba quería abrir. La estrategia de la revolución era abrir relaciones con la mayor cantidad posible de países. Y ése fue el objetivo de ese viaje. Tenía un objetivo político y económico, es decir, no dejar aislar la revolución. Ésta es una constante del Che. Me lo dijo en varias ocasiones, que Arbenz cayó por no salir a pelear en el ámbito internacional la defensa de Guatemala, es decir, que se dejó aislar.»

Antes de partir, el Che puso la casa en orden. El 22 de mayo consumó su divorcio de Hilda. El 2 de junio se casó con Aleida en una breve ceremonia civil y luego hubo una fiesta en la casa de su escolta más revoltoso, Alberto Castellanos, en La Cabaña. Asistieron el nuevo jefe de policía de La Habana, Efigenio Ameijeiras, así como Harry Villegas, Celia Sánchez, Raúl y su flamante esposa Vilma Espín. Camilo irrumpió con gritos de entusiasmo y unas cuantas botellas de ron para «alegrar» la fiesta. Aleida estaba muy guapa con su nuevo vestido blanco mientras el Che lucía el consabido uniforme verde oliva con boina negra.

Dos semanas antes había enviado a su viejo amigo Julio «el Gaucho» Castro en Buenos Aires una invitación para visitar Cuba:

> Gaucho:
>
> Esta experiencia nuestra realmente vale unas cuantas balas. [Si decidís venir], no pensés en volver, la revolución no espera. Un fuerte abrazo de alguien a quien llaman y a quien la historia llamará...
>
> CHE

## I

El 12 de junio, el Che voló a Madrid, de camino hacia El Cairo. Fidel lo había instado a llevar consigo a Aleida, su esposa desde hacía diez días, para «tener una luna de miel». Según ella, el Che la dejó en Cuba porque insistía en que los dirigentes revolucionarios debían hacer gala de austeridad en su vida personal. «Así era él», dijo Aleida.

Para sus hombres, las nuevas órdenes del Che cayeron como un rayo. La nueva misión, inmediatamente a continuación de la orden de Fidel de poner fin a los fusilamientos, tenía todo el aspecto de un *tronazo*, una degradación. Los rumores corrían por La Cabaña. «Él anunció que se iba de viaje..., y a nosotros nos disgustó tremendamente –dijo Borrego–. Nos daba la impresión de que lo habían quitado de jefe del regimiento. Y nosotros interpretamos eso muy mal.»

Su estado de ánimo empeoró cuando un rígido comandante nuevo fue designado para sustituirlo. Borrego y algunos camaradas estaban tan enfadados que fueron a quejarse a Camilo Cienfuegos. Éste los recibió con frialdad y una reprimenda: eran soldados, debían obedecer las órdenes, el Che se enojaría muchísimo si se enteraba de semejante conducta. Volvieron a La Cabaña, sumisos pero insatisfechos. Los temores más graves que había provocado la partida del Che parecieron confirmarse cuando se les comunicó la decisión de desmovilizar el regimiento de La Cabaña y trasladarlo a Las Villas. «En el caso mío fue un derrumbe, porque yo tenía organizado todo y fue cargar en camiones los documentos, todo, y volver para Villa-Clara.» Pero obedecieron, y permanecieron en Santa Clara hasta el regreso del Che, tres meses después.

## II

La «delegación» del Che era tan pequeña como ecléctica. Lo acompañaban su asesor del PSP, Pancho García Vals, el economista y especialista en azúcar Alfredo Menéndez, el capitán del Ejército Rebelde Omar Fernández y un escolta adolescente, el teniente José Argudín. El decano del grupo era el doctor Salvador Vilaseca, de cincuenta y cinco años, profesor de ma-

temáticas en la Universidad de La Habana y miembro del directorio del Banfaic, el banco de desarrollo agrícola, presidido por Javier Carrillo. Unas semanas después, a instancias de Fidel, se les unió en Nueva Delhi el conocido politólogo y comentarista de radio José Pardo Llada, quien tenía una gran audiencia en la isla.

Las escalas principales eran Egipto, la India, Indonesia, Yugoslavia y Ceilán, miembros clave del Pacto de Bandung con los cuales Cuba quería establecer relaciones diplomáticas y, más importante aún, comerciales. La excepción, que aun así ocupaba un lugar destacado en el itinerario, era Japón, un importante importador de azúcar además de un país altamente industrializado. Faltaba poco para la promulgación de la ley de reforma agrícola que, como sabían tanto Fidel como el Che, suscitaría la hostilidad de los terratenientes cubanos y Washington; de ahí la necesidad de explorar mercados alternativos para el azúcar cubano.

La decisión de Fidel de sumar a Pardo Llada a la caravana era algo insólita por cuanto el Che y el periodista de derechas no se profesaban gran estima. Se habían visto una sola vez, en enero, cuando Pardo Llada fue a La Cabaña a interesarse por la suerte de su amigo Ernesto de la Fé, ex ministro de Información de Batista. El Che le dijo que no podía hacer nada por él; el caso de De la Fé estaba en manos de los tribunales revolucionarios y abundaban las pruebas en su contra. Según Pardo Llada, el Che puso fin a la conversación al decirle: «Y para serle franco, si por mí fuera, mañana lo mandaba fusilar.»

Pero el caso se había prolongado y los medios cubanos le daban mucho espacio. Los periodistas habían interrogado al Che sobre el particular durante su conferencia de prensa televisada del 28 de abril, y él había aprovechado la ocasión para agravar la situación procesal de De la Fé al señalar que en el momento de su detención el ex ministro tenía en sus manos varias copias de expedientes del BRAC, el tristemente célebre buró anticomunista policial creado por la CIA. Orlando Borrego dijo que la impotencia que sintió el Che cuando Fidel le ordenó poner fin a los tribunales revolucionarios se debió en buena medida a la imposibilidad de «cerrar» el caso De la Fé.

Pardo Llada le dijo a Fidel que no comprendía por qué lo enviaban en una misión comercial: era periodista y no sabía nada sobre comercio. Pero Fidel respondió: «El Che tampoco sabe de eso, pero todo es cuestión de sentido común. ¿Acaso tú crees que yo también sé gobernar? Aquí todos estamos aprendiendo.» En vista del precedente sentado por Fidel al rodearse de «burgueses de derecha» para su viaje a Estados Unidos, la inclusión de Pardo Llada en la comitiva respondía a una pauta establecida; nada mejor que enviar a un anticomunista influyente junto con el Che para serenar a sus compatriotas del mismo parecer y convencerlos de la benignidad de la misión. Pero Fidel tenía otros motivos. Pardo Llada era un hombre inteligente, respetado como periodista y como ex político opositor; su programa diario de radio tenía una audiencia enorme en la isla; en suma, sería un fac-

tor peligroso en la ruptura inevitable que se avecinaba y por eso debían encontrarle un puesto donde no constituyera una amenaza.

En todo caso, Pardo Llada partió hacia Nueva Delhi con la sospecha de que se trataba de alejarlos al Che y él mismo del centro de poder; se lo dijo al Che, quien no intentó sacarlo de su error. Pero era a Pardo, no al Che, a quien Fidel deseaba tentar con el exilio. El segundo día en Nueva Delhi, el Che le propuso tentativamente –por orden de Fidel, dijo– permanecer en la India como embajador. Pardo se negó terminantemente a estudiar siquiera la oferta, y el Che, con tacto, se abstuvo de insistir.

Permaneció a regañadientes con la misión del Che durante varias semanas, las que abarcaron las visitas a Japón e Indonesia, pero por lo que pudo ver, tanto viaje no dio beneficio alguno: no vendieron azúcar cubano ni compraron nada. A principios de agosto, cuando la delegación enfiló hacia el oeste, hacia Ceilán y Yugoslavia, Pardo Llada decidió que estaba harto y dijo al Che que volvería a casa.

«¿Y no será –dijo el Che– que no te quieres comprometer visitando un país comunista como Yugoslavia?» Pardo rechazó la insinuación e insistió en su sospecha de que Fidel los había enviado a una suerte de exilio peripatético. El Che, como oficial del ejército, no podía desobedecer una orden, pero él era un ciudadano particular con libertad para tomar sus propias decisiones y había resuelto abandonarlos.

Pardo Llada se separó de la comitiva en Singapur, y aceptó llevar unas cartas del Che a Aleida y Fidel. Al llegar a La Habana, dejó la carta para Aleida en el nuevo hogar de los Guevara, en las afueras de la capital, y a continuación se dirigió a la oficina de Fidel en el nuevo edificio del INRA, que dominaba el gran centro cívico bautizado en los últimos tiempos Plaza de la Revolución. Fidel hizo algunas preguntas sobre el viaje y la salud del Che, luego desplegó la carta de dos hojas y la leyó lentamente. Sin decir palabra, entregó a Pardo una de las hojas, señalando un pasaje con el dedo. Éste lo leyó y releyó para memorizar las palabras del Che:

> Fidel:
> ... Aprovecho el rápido e inesperado regreso de tu amigo Pardito, para enviarte ésta. A propósito de Pardo, ya ves cómo no quiso aceptar la embajada en la India. Y ahora parece que tampoco se animó para seguirnos a Yugoslavia. Sus motivos tendrá. He discutido mucho durante estos dos meses con él, y te puedo asegurar que Pardito no es de los nuestros...

Pardo piensa que Fidel mostró una «perversa satisfacción» al permitirle leer el pasaje, y cuando devolvió la hoja se limitó a comentar: «Como que el Che no te quiere mucho.»

Pardo Llada y el Che volverían a encontrarse en varias ocasiones, de nuevo a causa de un amigo de aquél que se había malquistado con la revolución. Pero ese problema –y el vía crucis del propio Pardo Llada– aún eran

cosa del futuro. El periodista reanudó su trabajo como comentarista de radio, cada vez más preocupado por el rumbo político del país. Mientras tanto, la «misión comercial» del Che proseguía su deambular aparentemente infructífero por Asia, el norte de África y Europa.

## III

Es significativo que Pardo Llada jamás se cruzara con el especialista del PSP en materia azucarera Alfredo Menéndez, quien también integraba la delegación. Probablemente existía un motivo excelente para ello, ya que a pesar de su aparente falta de objetivos, el viaje del Che tenía un fin preciso no revelado. Fidel quería vender azúcar a los soviéticos como preludio a establecer relaciones comerciales con Moscú y el bloque comunista. La presencia de Alfredo Menéndez obedecía a ese propósito.

Semejante acuerdo comercial de por sí no debía llamar la atención. La Unión Soviética era un comprador tradicional, aunque menor, de azúcar cubano, con un promedio anual de medio millón de toneladas incluso después de que Batista rompiera las relaciones en 1952. Pero según Menéndez, la última venta de azúcar a Moscú, en 1956, se había realizado después de que Washington diera luz verde. Ese hecho, de ser cierto, ponía de manifiesto la cruel realidad que imponía a Cuba el papel de Estado económicamente vasallo de los norteamericanos durante generaciones. El azúcar era la piedra angular absoluta de la economía isleña. Como principal consumidor mundial de azúcar y comprador de una gran parte de su cosecha anual, Estados Unidos ejercía un peso enorme no sólo sobre la economía cubana sino también sobre su política interior y exterior. Por consiguiente, dadas las suspicacias norteamericanas sobre el rumbo político de la revolución, las negociaciones con los soviéticos debían realizarse con la mayor discreción.

Para Menéndez, la misión era un sueño hecho realidad. Encabezaba unas negociaciones que esperaba que cumplirían, en sus palabras, «una vieja aspiración del viejo partido socialista con el mundo»: poner fin a la dependencia cubana de Estados Unidos de una vez para siempre.

«Nosotros teníamos una cuota norteamericana, que eran unos dos millones y pico, casi tres millones, cuando ellos tenían más necesidad. Cuba tenía capacidad para hacer siete millones de toneladas de azúcar. Capacidad objetiva en el año 1959... Nosotros queríamos cambiar el mercado. El primer objetivo, ese de vender azúcar a la Unión Soviética, fue con vistas a ampliar los mercados nuestros..., no solamente con la Unión Soviética, sino con el resto de los países socialistas... Ésa era una estrategia.»

En el marco de esa estrategia, Fidel tuvo la astucia de cubrirse las espaldas. El 13 de junio, al día siguiente de la partida del Che con su misión, Fidel pidió públicamente a Estados Unidos que incrementara la cuota azucarera cubana de tres millones a ocho millones de toneladas. Tal como sin duda había previsto, Washington rechazó la oferta de comprar *toda* la cose-

cha, pero el mundo quedó sobre aviso de que Cuba buscaba clientes. (En efecto, un año más tarde, cuando Nikita Jrushov aceptó comprar casi todo el azúcar a precios superiores a los del mercado mundial, Fidel pudo decir que se lo había ofrecido *antes* a los yanquis.)

Los primeros contactos del Che con los soviéticos tuvieron lugar en El Cairo antes de la llegada de Pardo Llada. El Che debía hacer la oferta de venta de azúcar y Menéndez ocuparse de los detalles. Éstos fueron elaborados secretamente durante el mes siguiente del viaje por Menéndez, quien viajó dos veces a La Habana a consultar con Fidel. A fines de julio, los soviéticos ya habían aceptado comprar medio millón de toneladas de azúcar; las negociaciones se realizarían en Londres, una sede neutral donde la Unión Soviética tenía una gran misión comercial y el texto se podía llevar a cabo por intermedio de una agencia internacional de comercio azucarero.

Al cerrar la negociación en Londres, dijo Menéndez: «pasa más desapercibida y no le damos connotación política».

Si bien la venta en sí salió posteriormente a la luz, no sucedió lo mismo con las complejas negociaciones previas entre el Che y la Unión Soviética; éstas jamás aparecieron en la cronología oficial de la «misión de buena voluntad» de 1959. El motivo de la omisión es bastante obvio: las negociaciones azucareras fueron el primer paso importante en las conversaciones secretas que desembocaron en la alianza cubano-soviética, en contradicción con la historia oficial cubana según la cual el régimen castrista fue arrojado a los brazos soviéticos por la hostilidad y agresión norteamericanas.

En cuanto a Alexander Alexeiev, el agente del KGB que aguardaba impaciente en Moscú desde enero, los cubanos aprobaron súbitamente su visado. «En mi pasaporte pusieron corresponsal de TASS –dijo Alexeiev–. Me dijeron que lo hicieron porque tenían todavía miedo de invitar a un funcionario de la Unión Soviética.» Partió en septiembre por una ruta indirecta que lo llevó a Italia y Venezuela, hasta llegar a Cuba el 1 de octubre. La sutil danza cubano-soviética empezaba a acelerar el compás.

## IV

El Che se hallaba en La Habana desde tres semanas antes. En su viaje de tres meses había recorrido catorce países. Había conversado con el egipcio Gamal Abdel Nasser, el indonesio Sukarno, el yugoslavo Josip Broz Tito y el indio Jawaharlal Nehru, entre otros jefes de Estado. En Gaza y Pakistán lo habían aclamado las multitudes. Había recorrido fábricas y cooperativas agrarias, y conocido de primera mano las condiciones de vida en una parte del mundo donde se desintegraban los viejos imperios coloniales. Estaba satisfecho con su misión, dijo a la prensa, porque había comprobado que los pueblos del mundo admiraban y respetaban la Revolución Cubana. Había establecido relaciones diplomáticas y comerciales con varios países, y confiaba en que los cubanos no tardarían en descubrir los beneficios.

Además de estas declaraciones públicas, escribió una serie de artículos informativos breves para *Verde Olivo*. Estas crónicas de viaje son por lo general bastante áridas, aunque no faltan pasajes irónicos y líricos. En cambio, sus compañeros de viaje rebosaban de anécdotas jugosas sobre el iconoclasta de su jefe, la mayoría de las cuales reflejaban su tristemente célebre desprecio por el protocolo. Pardo Llada escribió algunas de las viñetas más memorables.

En Nueva Delhi, el Che se encontró con su viejo héroe Nehru durante un espléndido almuerzo en el palacio de gobierno. Según el relato de Pardo, el Che deseaba causar buena impresión y vistió uniforme de gabardina en lugar del consabido verde oliva de combate, pero al entrar en el palacio dijo en tono irreverente a sus compañeros: «Creo que estoy elegante como para cenar con el señor primer ministro del país más subdesarrollado del mundo.»

Nehru asistió al almuerzo acompañado de su hija Indira y sus jóvenes nietos Sanjay y Rajiv. El venerable primer ministro indio, con exquisita cortesía, explicaba cada plato típico a Guevara y sus acompañantes; el Che sonreía amablemente y trataba de demostrar interés. El banquete se prolongó durante más de dos horas, pero las únicas palabras que pronunciaba Nehru se referían a los platos servidos. Por fin el Che no pudo contenerse y preguntó:

«–Señor primer ministro, ¿cuál es su opinión de la China comunista?

»Nehru escuchaba con expresión ausente y contestaba al rato...

»–Señor comandante, ¿no ha probado usted estas deliciosas manzanas?

»–Señor primer ministro, ¿ha leído usted a Mao Tse-tung?

»–Ah, señor comandante, cuánto celebro que le hayan gustado las manzanas.»

El relato posterior del Che sobre su encuentro con el arquitecto de la independencia india dice: «Nehru nos recibió con la amable familiaridad de un abuelo patriarcal, pero con noble interés por los desvelos y las luchas del pueblo cubano.»

La verdad es que el Che partió de Nueva Delhi con la sensación de que tenía poco que aprender de los fundadores de la India moderna. Aunque reconocía los obstáculos planteados por las complejas tradiciones históricas y culturales del país, lo desconcertaba la renuencia de Nehru a iniciar una drástica reforma agraria o quebrar el poder de las instituciones religiosas y feudales que, en su opinión, mantenían al pueblo sumido en la pobreza.

En Yakarta hizo buenas migas con un amable compatriota, el embajador argentino. Antes de reunirse con Sukarno, su paisano lo entretuvo con historias sobre el sibaritismo del caudillo indonesio, que vivía como un monarca y mantenía un harén de mujeres de distintas nacionalidades. La favorita del momento, dijo, era una rusa, «regalo» de Nikita Jrushov.

El diplomático argentino acompañó al Che a palacio para servirle de intérprete. Sukarno quiso exhibir su colección de pinturas. La visita se prolongaba, interminable, y Pardo intuía que el Che se estaba poniendo nervioso. Por fin rompió el silencio: «Bueno, señor Sukarno, pero en todo este recorrido no hemos visto a la rusita que dicen es lo mejor que usted tiene

en la colección.» Afortunadamente, Sukarno no sabía español. El embajador argentino, a punto de desmayarse por el escándalo y la incredulidad, se recuperó a tiempo para inventar una pregunta sobre la economía de Indonesia. Más tarde el Che se rió a carcajadas.

Menéndez recordó la reacción del Che cuando el embajador cubano en Tokio le dijo que al día siguiente debía colocar una ofrenda floral en la tumba del soldado desconocido, el monumento a los japoneses muertos durante la Segunda Guerra Mundial. «¡Oígame, allí yo no voy! –replicó con vehemencia–. Ése es un ejército imperialista que ha matado a millones de asiáticos, y yo no voy a rendirle tributo al ejército japonés. Yo a donde voy a ir a ponerle una corona es a Hiroshima, donde los norteamericanos mataron a cien mil japoneses.» El diplomático, tosió, carraspeó, dijo que era imposible, que ya lo había acordado con el canciller japonés. «A mí no me importa. Usted discutió eso sin mi consentimiento. Mire a ver cómo usted lo quita. Yo no voy a ir allí.»

Japón, una potencia económica emergente, era una de las escalas más importantes de la gira. Interesado en los progresos de la industria electrónica japonesa, dedicó mucho tiempo a recorrer las fábricas altamente mecanizadas de Mitsubishi, Toshiba y otras empresas. Los japoneses compraban un millón de toneladas de azúcar en el mercado mundial y pagaban con moneda fuerte. El Che esperaba poder elevar la cuota cubana, que en esa época era un tercio del total.

Su intención era proponer que los japoneses pagaran el aumento de su cuota en yenes; el dinero permanecería en Japón, ya que Cuba lo utilizaría para comprar productos locales. Pidió una reunión con el ministro de Comercio Exterior. Sin embargo, las señales previas fueron desalentadoras porque el funcionario propuso que se reunieran en el Hotel Imperial –el célebre edificio diseñado por Frank Lloyd Wright– en lugar de en su oficina. Menéndez acompañó al Che.

«El Che le hace el planteamiento –recordó Menéndez–. Yo estaba con él, y el individuo le dice que no podía, que la economía de ellos era una economía abierta, que no podían llegar a ese compromiso... Que seguirán comprando azúcar sin mayores compromisos. Y recuerdo que el Che le dice: "Ustedes tienen la presión de los rubios del Norte", y el japonés le contesta: "Es verdad", y el Che le contesta que no hay problemas. Comprendió que era una presión norteamericana.»

La seguridad personal del Che fue motivo de preocupación de sus compañeros durante toda la gira. Antes de partir de La Habana, el dirigente del PSP Carlos Rafael Rodríguez dijo a Menéndez que le preocupaba la falta de guardaespaldas; los únicos militares de la comitiva eran José Argudín y Omar Fernández, y viajaban desarmados. «El Che no va a llevar escolta en el viaje... Tomen ustedes las precauciones y no lo dejen solo nunca..., y ármense en Europa al pasar por España, y vayan armados.»

En Madrid, donde hicieron escala rumbo a El Cairo, Menéndez recordó las instrucciones de Carlos Rafael y compró dos pistolas Colt. Argudín, que

jamás se apartaba del Che, cargó las pistolas durante todo el viaje –eso no representaba una dificultad en esos días anteriores a la era de los secuestros aéreos– y como medida adicional, uno de ellos (generalmente Pancho García Vals) siempre compartía su habitación. El dispositivo funcionó bien hasta que el Che y el doctor Vilaseca fueron invitados a una recepción diplomática en Tokio a la que Argudín no podía asistir. Angustiado, el guardaespaldas obligó al venerable profesor a ocupar su puesto, le enganchó las dos pistolas en el cinturón bajo el esmoquin y lo conminó a «cuidar bien» a su jefe.

El Che, que cumplió treinta y un años durante el viaje, demostraba una consideración especial por el doctor Vilaseca, diecinueve años mayor que él. «Cuando se nos estaban acabando los tabacos –dijo Vilaseca–, ya que todo el mundo fumaba, él decidió que nada más teníamos acceso a los tabacos él y yo. Los demás no podían fumar tabacos, y le quitó el tabaco a todo el mundo bajo protesta.» Vilaseca valoró el gesto.

Así como sucedió con los cigarros, las medidas de austeridad del Che solían ser sofocantes para sus compañeros. Según Pardo, en Osaka el cónsul cubano los invitó a una velada en el célebre cabaret Metropole, que con sus seiscientas mujeres se decía que era el más grande del mundo. El Che se excusó y prohibió a los uniformados que aceptaran la invitación. Los civiles –Pardo y Vilaseca– podían aceptarla si lo deseaban y correr el riesgo de que «algún fotógrafo de *Time* se aproveche para armarles escándalo y que luego parezca que la delegación cubana se gasta el dinero del pueblo en fiestas y borracheras con putas».

Otra noche, el Che advirtió la ausencia de un par de miembros de la comitiva. Cuando preguntó dónde estaban, Menéndez respondió que no lo sabía. «Ya sé dónde están –dijo el Che–; están puteando por ahí.» Cuando Menéndez insistió en que no sabía nada, el Che aparentemente cedió y, como si quisiera demostrar que era «un tipo normal», añadió de repente: «Yo también fui putanero en mi juventud.» A continuación le contó que había pasado algún tiempo en el mar y que «una vez cogí una puta y la tuve no sé cuántos meses en el barco... hasta que me aburrí de ella».

En algunas ocasiones el Che se distendió en público. Una vez, en una casa tradicional de geishas donde todas las mujeres habían superado la edad de merecer, bebió una buena cantidad de sake y trató de imitar los pasos de danza de una de ellas. En la residencia del embajador chileno en Delhi, sorprendió a su anfitrión al colocarse cabeza abajo para demostrar sus conocimientos de yoga.

Pero con el paso de los días, la presión de mantener una pose rígida en público acabó por agobiarlo. Evidentemente se sentía solo, porque en una carta a su madre desde la India describió con melancólica ironía la impotencia que le causaba el hecho de no poder quitarse la camisa de fuerza oficial.

Querida vieja:

Mi viejo sueño de visitar todos estos países se produce en una forma que inhibe toda mi felicidad. Hablar de problemas políticos y eco-

nómicos, dar fiestas donde lo único que falta es que me ponga un esmoquin y dejar de lado mis más puros placeres, que serían ir a soñar a la sombra de una pirámide o sobre el sarcófago de Tutankamón. Para colmo estoy sin Aleida, a quien no pude traer debido a uno de esos complicados complejos mentales que tengo.

Egipto fue un éxito diplomático de primera magnitud; las embajadas de todos los países del mundo vinieron a la despedida que dimos y comprobé de primera mano lo complicada que puede ser la diplomacia cuando el nuncio apostólico le dio la mano al agregado ruso con una sonrisa realmente beatífica.

Ahora en la India las nuevas complicaciones protocolares me producen el mismo pánico infantil [al tener que responder a los saludos].

A continuación, como en todas las cartas a su madre, se volvió introspectivo:

Algo que realmente se ha desarrollado en mí es la sensación de lo masivo en contraposición con lo personal; soy el mismo solitario que era, buscando mi camino sin ayuda personal, pero ahora poseo el sentido de mi deber histórico. No tengo hogar ni mujer ni hijos ni padres ni hermanos y hermanas, mis amigos son mis amigos en tanto piensen políticamente como yo y sin embargo estoy contento, siento algo en la vida, no sólo una poderosa fuerza interior, que siempre sentí, sino también el poder de inyectarla a los demás y un sentido absolutamente fatalista de mi misión que me despoja del miedo.

Nadie ha definido jamás la esencia de la singularidad del Che Guevara mejor que él mismo en este extraño e íntimo momento de la verdad. Pero como siempre, se retiró defensivamente de esta ensoñación.

No sé por qué te escribo esto, tal vez es sólo nostalgia de Aleida. Tómalo por lo que es, una carta escrita una noche tormentosa en los cielos de la India, lejos de mi patria y mis seres queridos.

Un abrazo a todos,

Ernesto

Tal vez echaba de menos a Aleida, pero resistía el impulso de estar con ella. Aparentemente desconcertado y perplejo por este enigmático espíritu de abnegación de su camarada argentino, Fidel intentó una y otra vez atemperarlo.

«Fidel siempre trataba de juntarnos», dijo Aleida, y recordó que la convocó a su oficina cuando el Che estaba en Japón. Había concertado una llamada de larga distancia con el Che y la aprovechó para sugerir que Aleida se reuniera con él. Nuevamente, el Che se negó. Fidel repitió el intento cuando el Che estaba en Marruecos, pero su lugarteniente se negó a ceder.

Una noche, en Tokio, toda la delegación se reunió en un cuarto del hotel para conversar, contar sus cuitas y filosofar. Según Menéndez, el Che introdujo un tema de conversación sorprendente, cuyo significado sólo comprendió mucho después. «El Che empieza a hablar de sus proyectos, pero nunca lo asocié a un plan práctico...: "Porque hay un altiplano, un altiplano en América del Sur, ahí en Bolivia, Paraguay, la zona esa que tiene fronteras con Brasil, con Uruguay, con Perú, con tal lugar, contando con Argentina... si nosotros afincamos una guerrilla allí, rayamos una revolución para toda América del Sur."»

## V

En una revolución, tres meses es mucho tiempo, y cuando el Che volvió a Cuba en septiembre de 1959, en su ausencia se habían producido grandes cambios. Fidel había acrecentado su poder político, pero el clima estaba más tenso y polarizado que nunca.

La ley de reforma agraria empezaba a generar reacciones enérgicas. Había comenzado la requisa de tierras y la reforma no era tan diáfana como pudo parecer en un primer momento. El gobierno demoraba las indemnizaciones, ofrecía a los terratenientes afectados bonos a bajo interés en lugar de dinero al contado, pero Estados Unidos estaba alerta. En una nota de advertencia –a la que Fidel no había respondido–, confiaba en que los terratenientes norteamericanos expropiados, si los hubiere, recibirían compensación inmediata.

Los ricos ganaderos de Camagüey afectados por la reforma iniciaron una campaña contra las invasiones de tierras, y el respetado comandante militar de la provincia, Huber Matos, había tomado partido por ellos al denunciar públicamente la penetración comunista en las fuerzas armadas y el INRA. A medida que la disputa con el ascendente PSP se volvía más enconada, Matos aparecía como el portavoz principal del ala anticomunista del Movimiento 26 de Julio.

Después de la renuncia del ministro de Agricultura, Sorí-Marín, Fidel había continuado con la limpieza de la casa. Los elementos moderados del gabinete perdían sus puestos y eran reemplazados por fidelistas leales. El canciller Roberto Agramonte fue despedido y reemplazado por Raúl Roa, embajador ante la OEA y antiguo decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana. No obstante su anticomunismo confeso después de renunciar al partido en su juventud, el inmutable Roa se volvió un fidelista acérrimo y un diplomático brillante que seguía el rumbo político del «jefe máximo» cubano. El ministro del Interior, Luis Orlando Rodríguez, era un viejo amigo de Fidel que había ayudado a fundar Radio Rebelde en la Sierra Maestra, pero eso no lo salvó de la destitución.

A mediados de junio, una expedición de unos doscientos guerrilleros cubanos y dominicanos bajo el mando de Delio Gómez Ochoa, antiguo

comandante del 26 de Julio designado por Fidel, desembarcó en la República Dominicana, pero las fuerzas de Trujillo la aniquilaron y los pocos integrantes que se salvaron de la muerte o la cárcel tuvieron que huir. Al mismo tiempo, un ejército anticastrista autodenominado Legión Anticomunista del Caribe respaldado por Trujillo se entrenaba en una base aérea dominicana. Sus más de trescientos cincuenta integrantes –ciento cincuenta españoles, cien cubanos y un surtido de mercenarios derechistas entre croatas, alemanes y griegos– salieron a la caza de los rebeldes prófugos. Entre los cubanos se contaban la antigua némesis del Che, Ángel Sánchez Mosquera, ex oficiales de policía de La Habana y el piloto personal de Batista. Para facilitar la persecución, Trujillo ofreció a los campesinos una recompensa de mil dólares por la cabeza de cada rebelde apresado. Los campesinos tomaron la oferta del generalísimo al pie de la letra y empezaron a presentarse en cuarteles del ejército con bolsas de arpillera que contenían cabezas *barbadas* para reclamar la recompensa. El número de cabezas cortadas no tardó en superar al de los invasores, y los legionarios se quejaban entre carcajadas de que los campesinos no les dejaban cubano con vida para combatir.

Después del fiasco dominicano, para colmo de males, el jefe de la fuerza aérea cubana, Pedro Luis Díaz Lanz, desertó y poco después apareció en Washington para denunciar ante una comisión del Senado que en las fuerzas armadas se habían infiltrado comunistas. El presidente Manuel Urrutia, en un discurso televisado, rechazó la acusación y, con la evidente intención de obligar a Fidel a mostrar sus cartas, declaró su firme oposición al comunismo.

En un contraataque sorpresivo, Fidel denunció el intento de Urrutia de quebrar la «unidad revolucionaria» e insinuó que era cómplice del traidor Díaz Lanz. Mientras millares de fidelistas eran transportados en camiones a La Habana para festejar el 26 de julio, Fidel renunció como primer ministro y dejó hacer a la turba. El clamor popular por su regreso creció rápidamente. Urrutia comprendió tardíamente que había caído en su propia trampa, renunció y buscó refugio en una embajada. El 26 de julio, Fidel apareció ante la multitud y cedió al «reclamo del pueblo» de que retirara su renuncia. En sustitución del recalcitrante Urrutia, Fidel designó presidente a Osvaldo Dorticós, el dócil ministro de Leyes Revolucionarias.

## VI

A partir de entonces, las actividades de quienes, como Urrutia, intentaban «sabotear» la «unidad» revolucionaria, cayeron bajo el calificativo de «contrarrevolución». En efecto, ya aparecían las primeras señales de actividad contrarrevolucionaria. Además de la fuerza que se entrenaba en la República Dominicana, diversos grupos de exiliados organizaban fuerzas paramilitares sin disimulo en Miami. Después de que explotaran varias bombas en La Habana y se descubriera una conspiración para asesinarlo, Fidel hizo

introducir una enmienda en la Constitución para sancionar el nuevo delito de «contrarrevolución» con la pena de muerte.

En agosto, la Legión Anticomunista de Trujillo estaba movilizada para invadir Cuba, pero Fidel había preparado una sorpresa para recibir a sus combatientes. Era un plan astuto realizado con la complicidad de los jefes del antiguo Segundo Frente, Eloy Gutiérrez Menoyo y el norteamericano William Morgan. Ellos hicieron creer al dictador dominicano que estaban dispuestos a dirigir una insurrección anticastrista (precisamente lo que harían antes de que pasara mucho tiempo, pero en esa época aún colaboraban con Fidel). En el momento indicado, enviaron un radiograma a la República Dominicana para informar de que sus fuerzas habían tomado la ciudad cubana de Trinidad: era la señal convenida para que la Legión Anticomunista volara a darles su apoyo. Cuando el avión que transportaba a un centenar de combatientes, pilotado por el mismo aviador que había llevado a Batista al exilio, aterrizó en el campo cerca de Trinidad, Fidel y sus soldados estaban esperándolo. Sin embargo, unos cuantos legionarios aún se hallaban en la República Dominicana. Uno de éstos tendría una importante participación en sucesos posteriores en América Latina: era un cadete de dieciocho años llamado Félix Rodríguez.

El tío de Rodríguez había sido ministro de Obras Públicas de Batista, y toda su familia se había exiliado después de que Castro conquistara el poder. Amargado por los infortunios de su familia, Rodríguez había abandonado la escuela militar de Perkiomen, Pensilvania, para unirse a la legión de Trujillo. Al quedarse en la República Dominicana, evitó pasar largos años en la cárcel como la mayoría de sus camaradas apresados, pero la derrota agudizó su sensación de impotencia. Volvió a Perkiomen a finalizar sus estudios y resolvió que dedicaría su vida a destruir la Revolución Cubana. La mayoría de sus intentos resultarían vanos, pero a lo largo de su carrera pudo asestarle algunos golpes rudos. Su camino se cruzaría con el del Che ocho años después del fiasco de Trinidad, el último día de vida de Guevara.

## VII

A finales de septiembre de 1959, Fidel tuvo que hacer frente a una amenaza más inmediata, una confrontación decisiva con Huber Matos. El comandante militar de Camagüey, que no ocultaba su disgusto con el brusco viraje a la izquierda de la revolución, instó a Fidel a convocar al Directorio Nacional del 26 de Julio para discutir la «infiltración comunista» en el ejército y el INRA. Desde su posición en el corazón de la región más rica y conservadora de Cuba, Matos constituía una amenaza real.

Éste fue el clima de inestabilidad que recibió al agente soviético Alexander Alexeiev cuando llegó a La Habana el 1 de octubre. Los corresponsales del diario comunista *Hoy* que fueron a recibirlo lo condujeron al Ho-

tel Sevilla, un establecimiento barato y discreto situado en La Habana Vieja. Al día siguiente, los dirigentes del PSP Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Valdés Vivo lo pusieron al tanto de la situación política. Lo invitaron a una reunión con Blas Roca y otros dirigentes del Buró Político, pero Alexeiev se disculpó y llamó a Violeta Casals.

Ella era una conocida actriz, comunista, fidelista leal y locutora de Radio Rebelde en la Sierra Maestra. Alexeiev, que la había conocido el verano anterior en Moscú, le pidió que le presentara al Che. Casals accedió a concertar el encuentro. Mientras esperaba, Alexeiev mantuvo una presencia discreta y envió algunos despachos para TASS con el fin de guardar las apariencias.

El Che había regresado apenas tres semanas antes, y Fidel le había encomendado la creación del Departamento de Industrialización del INRA. Su nueva oficina era un edificio de catorce pisos aún en construcción que Batista había destinado a la futura sede del gobierno municipal capitalino. Se alzaba junto al gran centro cívico dominado por un gran obelisco blanco y una estatua de José Martí, bautizado recientemente como Plaza de la Revolución.

Fidel era el presidente del INRA, Núñez Jiménez el director ejecutivo y desde sus oficinas se preparaba la *verdadera* Revolución Cubana. El anuncio oficial del nuevo puesto del Che se retrasaría hasta el 8 de octubre, pero los rumores ya circulaban y desde luego habían llegado a conocimiento de la embajada estadounidense. En un despacho a Washington, el 16 de septiembre, ésta informó: «Circulan rumores de que [el Che] recibirá un importante nombramiento en el gobierno. Se habla sobre todo de la dirección de un instituto de desarrollo industrial o el Ministerio de Comercio.»

A fines de septiembre, el Che fue a Santa Clara a reunirse con su regimiento de La Cabaña. Reunió a los oficiales en la casa de Víctor Bordón y les habló de sus nuevas responsabilidades; no era lo que esperaban ni deseaban escuchar. Orlando Borrego estaba en la primera fila. «Nos anunció que, bueno, que se había decidido por Fidel y por toda la dirección de la revolución crear el Departamento de Industrialización para desarrollar el país. Nos dio una explicación de eso, de la importancia que eso tenía para la economía, qué sé yo, y que él había sido designado al frente del desarrollo industrial del país. También nos sorprendió aquello, porque pensábamos que el Che regresaba para hacerse cargo del regimiento, y entonces al decirnos que se iba definitivamente a la parte civil, eso nos cayó muy mal.»

Para Borrego fue como si se confirmaran los rumores de los últimos meses sobre la degradación del Che, quien sólo trataba de ponerle al mal tiempo buena cara. «A nosotros nos parecía que no era correcto, que el Che, comandante de La Cabaña, jefe del regimiento, era más importante para nosotros que lo que él nos explicaba. Él lo explicó con mucho entusiasmo, que era una actividad muy bonita, que le gustaba.»

Entonces el Che se dirigió a él: «Borrego, ¿quisieras irte conmigo a trabajar en el proyecto ese?» Éste respondió que era soldado y haría lo que se

le pidiera. El Che pareció complacido: «Bueno, preséntate mañana en mi casa en La Habana, temprano en la mañana.»

Al día siguiente, recorrieron juntos el octavo piso del edificio del INRA. Núñez Jiménez ya estaba instalado en el cuarto piso y Fidel, el presidente del INRA, en el decimocuarto, el más alto. Hasta entonces, el Departamento de Industrialización, anunciado con tanta fanfarria, consistía en el Che, su contable de veintiún años Orlando Borrego y unas paredes desnudas de hormigón. «Bueno, lo primero es terminar de construir esto –dijo el Che al echar una mirada alrededor–, y para que tú lleves la parte administrativa del departamento este.»

En realidad, no era en absoluto insólito que Fidel eligiera al Che para ocuparse de la industria. Desde la época de la Sierra Maestra su lugarteniente argentino había sido el principal propulsor de la creación de industrias autosuficientes, empezando por sus modestos hornos de panificación, talleres de zapatería y rústicas fábricas de bombas en El Hombrito y La Mesa. En el momento de extrapolar las lecciones de la experiencia guerrillera a toda la isla y, en lo posible, a Latinoamérica entera. Desde la victoria rebelde, Fidel abogaba insistentemente por la industrialización del país y, junto con ella, la militarización masiva de la sociedad. Daba por sentado que Estados Unidos los invadiría, y entonces toda la población cubana debería abandonar las ciudades para combatir como un ejército guerrillero. Y aunque esto no sucediera, la industrialización pondría fin a la dependencia cubana de las exportaciones agrícolas, controladas por los mercados y en particular por la entrometida Norteamérica.

Al anunciar oficialmente la designación del Che en el INRA, Fidel dijo que conservaría su grado y responsabilidades militares. Si bien, según algunos testimonios, el Che esperaba íntimamente que lo designaran ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, un puesto para el que Fidel designó a su hermano Raúl, aquél no expresó la menor desilusión. Orlando Borrego insiste en que se mostró entusiasmado con el puesto desde el comienzo.

Mientras tanto, sus esperanzas de que el apoyo cubano a la revolución armada en otros países del hemisferio produjera resultados inmediatos sufrieron un duro golpe. Aplastada la expedición a la República Dominicana, la fuerza nicaragüense auspiciada por él fue un fracaso lamentable. El dirigente del grupo de cincuenta y cuatro hombres entre cubanos y nicaragüenses, elegido especialmente por el Che, era un antiguo oficial de la Guardia Nacional de ese país, Rafael Somarriba. Lo acompañaban Rodolfo Romero, amigo del Che, y el intelectual Carlos Fonseca.

Desde principios de junio, los miembros de la expedición habían viajado en pequeños grupos a Honduras para concentrarse en una finca cerca de la frontera con Nicaragua; la noche del 12 al 13 de junio, el piloto personal del Che, Eliseo de la Campa, les había llevado una carga de armas. Tres semanas después marcharon a la frontera, pero evidentemente hubo un chivatazo, porque una fuerza militar hondureño-nicaragüense les tendió una emboscada en una hondonada. Murieron nueve expedicionarios, entre ellos un cubano, y Carlos Fonseca resultó malherido. Los supervivientes fueron a pa-

rar a una cárcel hondureña, pero los liberaron semanas después. Esto se debió, según Romero, a que el presidente hondureño Villeda Morales era «admirador del Che», y su jefe de seguridad, casado con una nicaragüense, era un antisomocista acérrimo. Romero volvió a La Habana. Poco después del regreso de su prolongada misión en el exterior, el Che lo convocó a un encuentro a solas.

«Estaba furioso –recordó Romero–. Sobre todo cuando le conté cómo nos jodieron.» Romero atribuyó el fiasco a la «estupidez» de Somarriba, quien los condujo a una hondonada donde fueron presa fácil de una emboscada. «El Che respondió: "La verdad es que estos militares de carrera son una mierda."» A petición del Che, Romero dibujó un croquis del lugar de la emboscada para mostrarle cómo habían sucedido las cosas. «Estás vivo de milagro», comentó.

A partir de entonces, los contactos de Romero con el Che se volvieron más esporádicos; decidieron que los nicaragüenses necesitaban mayor instrucción y experiencia de combate antes de intentar una nueva expedición guerrillera. Romero y sus camaradas fueron absorbidos por el flamante aparato de contrainteligencia militar que dirigían Ramiro Valdés y su segundo, Manuel Piñeiro Losada, «Barbarroja», ex estudiante de la Universidad de Columbia e hijo de inmigrantes gallegos dueños de una empresa importadora de vino y distribuidora de cerveza en Matanzas. Los primeros reveses demostraban que el proyecto de apoyo cubano a las guerrillas requería una estructuración mayor.

Por el momento, el Che asumió sus deberes en el INRA. Le construyeron una oficina con un lugar para Aleida y para su secretario privado, José Manresa. Construyeron otra para Borrego, quien aún no tenía la menor idea de lo que debía hacer. Se les unieron el ingeniero César Rodríguez y el dirigente del PSP Pancho García Vals. El Departamento de Industrialización existía formalmente, pero ni siquiera el Che sabía cómo proceder. Su misión era industrializar Cuba, pero ¿cómo hacerlo?

Pocos días después de ocupar su nueva oficina, recibió una llamada de Violeta Casals: un corresponsal de TASS estaba en la ciudad y deseaba verlo. El Che aceptó recibir al «periodista» soviético.

Le dijeron a Alexeiev que se presentara en la oficina el 12 de octubre a las dos de la mañana. Cuando llegó a la hora indicada, las únicas luces eran las del escritorio del Che y otro vecino ocupado por una bonita mujer rubia que trabajaba en silencio.

«Entonces empezamos a hablar –recordó Alexeiev–. Él estaba muy contento, cuando conoció que yo me vine de Argentina hace poco, unos cuatro o cinco meses. Hablamos y como yo conocía que él es rojo, yo hablaba más abiertamente porque veía que él estaba muy abierto... Yo tenía un paquete de cigarros que le llevaba de Argentina, le regalé unas tres o cuatro cajitas de cigarros argentinos que se llamaban Tejas. Entonces digo: "Che, yo te regalé una cosa que te va a dar un recuerdo." ¡Error! Él estaba furioso... estaba tan furioso, que dice: "¡Ah! ¿Qué tú me regalaste? Tejas, ¿tú sabes qué

es eso? La mitad de Méjico que agarraron los bandidos yanquis."» Alexeiev no sabía qué hacer ante semejante alarde de ira. «Le digo: "Che, discúlpame por este regalo tan... tan raro, pero estoy contento porque ahora yo conozco lo que piensas del enemigo común." Aquí reímos un poco.»

Pasado el «delicado» momento inicial, recordó Alexeiev, la conversación adquirió un tono cordial.

Al advertir lo tarde de la hora y que la mujer que suponía era la secretaria aún trabajaba, Alexeiev bromeó: «"Che, tú que eres tan luchador contra el explotador, etcétera, y después explotas a la muchacha." Él dijo: "¡Ah, sí! Es verdad, pero no únicamente es mi secretaria, es mi esposa también."»

Conversaron así hasta el amanecer, y hacia el final el Che dijo: «Nuestra revolución es verdaderamente progresista, antiimperialista, antinorteamericana, por el pueblo... Pero nosotros no podemos conquistarla y mantenerla sin el apoyo de todo el movimiento revolucionario del mundo y, sobre todo, del campo socialista y de la Unión Soviética.» Enfatizó que era su posición personal.

Alexeiev comprendió la insinuación y dijo que quería conocer el pensamiento de los demás dirigentes revolucionarios: ¿podían concertarle un encuentro con Fidel? «El Che dice: "No, el problema es que a Fidel no le gusta el trato con periodistas." Digo: "Bueno, mi propósito no es para entrevistas, no para prensa." El Che comprendió.»

Tres días después, la tarde del 16 de octubre, Alexeiev recibió una llamada en su cuarto del Hotel Sevilla. «"Señor Alejandro Alexeiev, ¿qué está haciendo?" Digo: "No, no estoy haciendo nada." "Bueno, usted pidió una entrevista con el comandante Fidel Castro. Si usted puede, él puede recibirlo enseguida y nosotros podemos ir a buscarle."»

Alexeiev se preparó lo más rápidamente que pudo. «Me pongo un traje oscuro, negro, camisa blanca, corbata gris de traje, para tener una diplomática presencia.» Tomó unas botellas de vodka y unas latas de caviar soviético que guardaba para la ocasión y bajó a esperar a sus escoltas. Dos muchachos barbudos armados con ametralladoras lo recibieron en el vestíbulo, y cuando partían, Alexeiev pensó, divertido: «La gente que me conozca pensará: "Único soviético, único ruso en Cuba y lo llevaron detenido."»

Los escoltas lo condujeron al mismo edificio del INRA donde se había reunido con el Che, pero esta vez el ascensor subió al piso más alto. Allí lo aguardaban otros dos hombres barbudos y uniformados: Fidel Castro y Núñez Jiménez. Pasaron a la oficina de aquél, se sentaron en torno de una gran mesa redonda de madera e iniciaron la conversación.

Después de las primeras frases de cortesía, Fidel preguntó qué había en el paquete. Al ver el caviar y el vodka, sugirió que los probaran. Momentos después, mientras bebían el vodka y comían galletas con caviar, Fidel, que evidentemente disfrutaba del momento, se volvió hacia Núñez Jiménez como si acabara de ocurrírsele una idea: «Núñez, qué formidable es la mercancía soviética, yo nunca la había probado. Me parece que vale la pena restablecer relaciones comerciales con la Unión Soviética.»

Alexeiev respondió: «Fidel, muy bien. Hay una cosa ya casi hecha, se puede decir, y me interesa mucho establecer relaciones culturales, y mucho mas importantes, diplomáticas.» Según Alexeiev, Fidel se apresuró a responder: «No, eso parece que no, todavía no. La formalidad no es tan importante; yo estoy en contra del formalismo. Tú llegaste, tú eres emisario del Kremlin, vamos a contar que ya nosotros como gobierno tenemos relaciones, pero el pueblo no, el pueblo no está listo, el pueblo está envenenado por la propaganda burguesa de los americanos contra el comunismo.»

A continuación, Fidel se refirió a la estrategia revolucionaria de Lenin de «educar a las masas» y dijo que haría caso a esa máxima; erradicaría la campaña de prensa anticomunista y, gradualmente, los prejuicios del pueblo, pero hacía falta tiempo. Hasta entonces, Alexeiev había tenido sus reservas acerca de Fidel, pero esa demostración de que había leído a Lenin («no en profundidad, pero bastante bien») lo impresionó. Sin embargo, aún tenía algunas sospechas. Miraba fijamente la medalla de oro de la Virgen del Cobre, la santa patrona católica de Cuba, que pendía a la vista sobre el pecho de Fidel, y éste no dejó de advertirlo. «Alejandro, no preste atención, no es nada –dijo–. Mi vieja me la mandó a la sierra.»

Alexeiev comprendió que había otra razón. El catolicismo era fuerte en Cuba, y Fidel lucía ese medallón como forma de guardar las apariencias.

A pesar de sus reticencias, Alexeiev empezó a sentir estima por Fidel y señaló que tenían varios rasgos en común: eran casi tocayos, pues el segundo nombre de Fidel era Alejandro. También los unía el número trece. El cumpleaños de Fidel era el 13 de agosto, y Alexeiev era trece años mayor que él. Además, su cumpleaños era el 1 de agosto, o sea que los separaban trece días. El intento de hallar las afinidades simbólicas entre ambos cautivó a Fidel, conocido por su afición a la numerología.

Mientras tanto, Alexeiev trataba de descubrir en qué medida su concepción de la revolución coincidía con la de Guevara o difería de ella. «Es una revolución verdadera, hecha por el pueblo y para el pueblo –dijo Fidel–. Nosotros queremos construir una sociedad justa, sin explotación del hombre por el hombre, y el pueblo armado para defender sus conquistas. Si Marx se levantara él estaría contento de ver que puedo dar armas al pueblo.» Aunque advirtió que evitaba usar la palabra «socialismo», que el Che sí había empleado, Fidel le «dio a entender» que compartían la misma ideología.

Al acabar la reunión, el ruso tenía una misión que cumplir. Surgió con la misma aparente espontaneidad de la decisión de reanudar las relaciones cubano-soviéticas hecha por Fidel mientras bebían vodka. Según el relato de Alexeiev, después de que Fidel explicó la necesidad de «ser pacientes» con los cubanos debido al anticomunismo rampante que les habían inculcado, Núñez Jiménez terció para sugerir que Alexeiev podía pedirle a su gobierno que trajera la exposición comercial soviética, que entonces estaba en México, a La Habana. Había visitado la exposición, inaugurada por el viceprimer ministro soviético Anastás Mikoyán, durante un viaje a Nueva York

en julio, y le había impresionado mucho. «Y vale la pena, de verdad –recordó que Núñez Jiménez le dijo a Fidel–, abrir los ojos a los cubanos sobre la Unión Soviética, porque se decía que la Unión Soviética estaba atrasada.»

Fidel preguntó a Alexeiev qué opinaba. ¿De veras era tan buena la exposición? Éste respondió que en su opinión sí lo era, pero creía que sería difícil de lograr. Tenía un itinerario establecido que no incluía a Cuba y que difícilmente se podía alterar en vista de la morosidad de la burocracia soviética.

Pero Fidel, que ya se había apropiado de la idea de Núñez, se negó a aceptar su respuesta. «Tiene que venir –exclamó–, y tiene que venir a inaugurarla Mikoyán, el viceprimer ministro. Sí, claro, es planificada pero tiene que venir. Nosotros somos revolucionarios. Viaja a Méjico y explícale a Mikoyán qué clase de revolución es, que vale la pena que venga si está cerca.» Alexeiev accedió a intentarlo, pero advirtió que su pasaporte soviético no le permitía viajar libremente. «No te preocupes, nuestro embajador mejicano lo arreglará.»

Días después, Alexeiev voló a Ciudad de México para reunirse con Mikoyán. Hasta entonces, su misión a La Habana había rendido frutos. Con el empujón inicial del Che seguido por la aprobación de Fidel, las ruedas del destino político que llevarían a Cuba a la órbita soviética habían empezado a girar.

# 22. «SOMOS EL FUTURO Y LO SABEMOS»

## I

El 4 de febrero de 1960, el viceprimer ministro Anastás Mikoyán llegó a La Habana acompañado por su hijo Sergo, de treinta años, el embajador soviético en México, un ayudante personal y un joven oficial del KGB que le servía de intérprete y guardaespaldas, Nikolái Leonov. Mikoyán le pidió a Leonov que entregara obsequios a «los dirigentes principales de la revolución». La tarea era una oportunidad para que Leonov visitara en privado a sus viejos conocidos de Ciudad de México, y ante todo fue a ver al Che Guevara.

El Che y Aleida acababan de mudarse de su remota casa de campo a los confines más seguros de Ciudad Libertad, un antiguo y enorme cuartel en el suburbio occidental de La Habana. Vivían en una de las casas que antes alojaban a los oficiales de Batista, cerca de la pista aérea militar.

Habían pasado apenas poco más de tres años desde su último encuentro en México, donde Leonov había prestado algunos libros soviéticos al joven médico argentino tan ávido de aprender sobre el socialismo, pero ya los extemporáneos contactos iniciales del ruso con los rebeldes de Castro habían encontrado su justificación; estaba en Cuba escoltando al «número dos» de la Unión Soviética. En cuanto a Guevara y los hermanos Castro, ya no eran exiliados políticos molestos que abrazaban una causa delirante sino los líderes indiscutidos de la nueva Cuba revolucionaria, evidentemente dispuestos a «hacerse socialistas» y forjar una alianza con su país a pesar del riesgo de guerra con Estados Unidos.

«En nombre del pueblo soviético» Leonov le llevó a Guevara un obsequio distinto: una pistola soviética de precisión, de la mejor calidad, enfundada en una cartuchera preciosa y con una buena cantidad de municiones.

Convocado perentoriamente a Moscú desde México en noviembre de 1956 y despedido del servicio exterior, Leonov había iniciado una trayectoria profesional como historiador especializado en Latinoamérica y como traductor para Editorial Progreso, la agencia del gobierno que publicaba libros en español. A finales del verano de 1958, había aceptado la oferta de ingresar en el KGB. El 1 de septiembre inició un curso de formación como

agente de inteligencia que debía durar dos años, pero que no completó, dijo, «debido a la Revolución Cubana».[1]

En octubre de 1959, sus superiores del KGB ordenaron a Leonov que acompañara a Mikoyán a México. Puesto que el anfitrión del viceprimer ministro no era el gobierno mexicano sino el embajador soviético, y el propósito ostensible era inaugurar la exposición comercial, no podía viajar con la gran comitiva habitual; Leonov, que había vivido en México, sería su único acompañante en calidad de guardaespaldas, intérprete ruso-español y «asesor».

Leonov se encontraba con Mikoyán en México cuando llegó Alexander Alexeiev en misión secreta desde Cuba y fue derecho a reunirse con el alto funcionario. «Hablé de Fidel, del Che, de Raúl, de la revolución –dijo Alexeiev–. Y como Mikoyán vino de la revolución [bolchevique] en su juventud, él se acordó de su juventud, del romanticismo revolucionario, él escuchaba con mucho interés.» Alexeiev explicó la propuesta de Fidel: «Y ellos no solamente me pidieron la exposición, me pidieron también que antes de terminar en Méjico usted vaya a Cuba para hablar, Fidel quiere hablar.» Mikoyán lo escuchó atentamente y dijo que, como Fidel, desdeñaba las «formalidades», pero era viceprimer ministro y por lo tanto no podía visitar un país con el cual Moscú no tenía relaciones diplomáticas. Envió un telegrama al Kremlin y a Alexeiev a Moscú para explicar la situación.

«Moscú aceptó trasladarla después de Méjico a Cuba porque Jrushov ya se había enamorado también de la Revolución Cubana –dijo Alexeiev–. Yo no sé por qué cosa, pero ya estaba también contento porque iba a tener una ficha más contra los americanos.»

Después de una demora prolongada, la exhibición soviética abrió sus puertas en La Habana en febrero de 1960. (La inauguración estaba prevista inicialmente para el 28 de noviembre de 1959, pero la fecha coincidía con un congreso católico en la capital, y Fidel no veía motivos para provocar la ira de los conservadores.)

Tras su llegada a La Habana con Mikoyán, Leonov detuvo su coche frente a la casa de los Guevara; faltaba poco para el mediodía, pero el Che aún estaba en la cama. «Él estaba dormido como a las once de la mañana –dijo Leonov–, agotado; se levantó y se entusiasmó al verme. "¡Hombre!,

1. Otra versión aparentemente fidedigna es la del hijo de Anastás Mikoyán, Sergo, quien acompañó a su padre y Leonov a Cuba. En 1994, Mikoyán dijo al autor que conocía a Leonov desde años antes. Eran de la misma edad y habían sido condiscípulos.

Que él supiera, el KGB había enviado a Leonov a México con el pretexto de trabajar para una editorial estatal soviética. En la misma época, otro amigo suyo fue a Estados Unidos con una misión similar, y éste «sin duda era de la KGB».

Mikoyán coincide en que Leonov conoció a Raúl Castro por casualidad, pero dice que los encuentros posteriores en Ciudad de México fueron intencionales. «Lo irónico es que la KGB le dijo que suspendiera esos encuentros.» Mikoyán cree que esa orden se debió a las presiones de los comunistas cubanos, quienes aún desestimaban a Fidel Castro y su movimiento por considerarlos «burgueses y putschistas».

¡qué milagro, cómo caíste del cielo!"» Mientras bebían café, Leonov le entregó la pistola de precisión, un regalo que le encantó.

Después de felicitarlo por la victoria rebelde, Leonov recordó antiguas conversaciones, la avidez con que el Che leía libros soviéticos en México y preguntó: «Ahora vas a construir el socialismo, piensas en serio en eso, ¿verdad?» «Sí, voy a dedicar toda mi vida a eso –respondió el Che–. Por eso leía al principio, para construir después.»

## II

Si el hecho de hallar al Che durmiendo a esas horas despertaba su curiosidad, Leonov no tardaría en conocer los motivos. Además de trabajar en el INRA, para entonces era presidente del Banco Nacional de Cuba.

Era una carga pesadísima, y en aquella época su larga jornada laboral adquiría dimensiones legendarias. En la capital circulaban anécdotas sobre dignatarios extranjeros a quienes concedía entrevistas a las tres, pero cuando llegaban a su oficina a esa hora Manresa les informaba de que era a las tres de la mañana, no de la tarde. Las audiencias de madrugada como la de Alexeiev en octubre ya no eran la excepción sino la norma.

En una carta a sus padres, en Navidad, el Che trató de hacerles comprender la clase de vida extraña que llevaba:

> Queridos viejos:
>
> Saben cuánto me cuesta escribir. Me tomo un respiro a las seis y treinta de la mañana, no al comienzo sino al final del día, para desearles todo lo deseable en estos días. Cuba vive un momento que es decisivo para América. Alguna vez quise ser un soldado de Pizarro; pero [para satisfacer] mi afán de aventuras y mi anhelo de vivir momentos culminantes eso ya no es una necesidad; hoy todo está aquí y con un ideal por el cual luchar, junto con la responsabilidad de dejar un ejemplo. No somos hombres sino máquinas de trabajo, luchando contra el tiempo en medio de circunstancias difíciles y luminosas.
>
> El Departamento Industrial fue mi propia creación; lo entregué a medias, con el dolor de un padre agotado, para hundirme en mis aparentes dones divinos para las finanzas. También tengo el puesto de Jefe de Instrucción del E. Rebelde y el mando directo de un regimiento en Oriente. Caminamos sobre pura historia de la más alta categoría americana; somos el futuro y lo sabemos, construimos con felicidad aunque hemos olvidado los afectos individuales. Reciban un abrazo afectuoso de esta máquina que dispensa amor calculador a 160 millones de americanos, y a veces, el hijo pródigo que vuelve en el recuerdo.
>
> Che

Su vida con Aleida también seguía una rutina establecida. Se veían en la oficina, ya que ella era su secretaria, pero tenían escasa intimidad durante las breves horas que pasaba en casa. El guatemalteco Patojo vivía intermitentemente con ellos desde principios de 1959 y Oscar Fernández Mell ocupaba el cuarto para huéspedes en la casa de Ciudad Libertad; como jefe de servicios médicos del nuevo ejército, trabajaba cerca de ahí, en la vieja sede del comando naval.

Aleida se acostumbró a la rutina, pero lo que *sí* le fastidiaba era la presencia incesante de Hilda Gadea. La ex esposa del Che trabajaba en otro piso del INRA, en una oficina creada para asistir a los campesinos que habían perdido sus viviendas por causa de la guerra. Aleida sospechaba que Hilda no perdía las esperanzas de reconquistar al Che y aprovechaba la menor oportunidad para hacerse presente con Hildita, a quien llevaba a jugar o almorzar en la oficina del padre. A éste no le importaba: su única hija despertaba en él un sentimiento complejo, mezcla de afecto paternal y culpa por ser la víctima inocente de su fracaso matrimonial y su ausencia prolongada. Para compensarla por ello, la tenía consigo siempre que podía, y cuando Hilda lo permitía, la llevaba a su casa a pasar los fines de semana.

Aleida aceptaba la presencia de la niña para no contrariar al Che, pero cuando las visitas a la oficina eran excesivamente frecuentes e Hilda parecía aprovecharlas para coquetear y conversar con el Che, ella hervía de rabia contenida. Las interrupciones constantes de Hilda también enfurecían al Che, quien se contenía para evitar una escena. Pero un día no pudo soportarlo, salió furioso de la oficina y vociferó en presencia de una secretaria: «Daría lo mismo que no me hubiera divorciado.»

Hilda solía conversar con la joven secretaria, a quien confiaba sus sentimientos y de paso hablaba mal de Aleida. Ésta a su vez regañaba a la secretaria y exigía saber de qué hablaban. Al cabo de unos meses, la secretaria no pudo soportar más la sensación de ser el «jamón del sándwich» y pidió que la transfirieran a otro departamento.

En los meses que siguieron al regreso del Che de su gira de «buena voluntad», un clima de división se apoderó gradualmente de Cuba. El país vivía en un torbellino de cambios drásticos a medida que Fidel radicalizaba su política y extendía el control revolucionario a los sectores hasta entonces sacrosantos de la sociedad cubana. El Che lo impulsaba a ello, con ruegos y lisonjas en privado y aplausos en público. Los observadores empezaban a advertir una pauta curiosa: las propuestas aparentemente «extremistas» del Che era en realidad señales tempranas de advertencia, porque Fidel casi siempre las traducía en política revolucionaria oficial.

En enero y abril de 1959, el Che había dicho que Cuba necesitaba nacionalizar el petróleo y los recursos minerales. En septiembre del mismo año, Fidel se hizo eco al decir que el asunto requería un «estudio cuidadoso». Nueve meses después, se apoderó de las refinerías de las empresas norteamericanas Texaco y Esso y la británica Shell.

En noviembre de 1959, la embajada estadounidense tomó nota de una entrevista en *Revolución*, según la cual quedaba claro que: «... diga lo que diga la ley de reforma agraria sobre convertir a los campesinos en pequeños propietarios, Guevara quiere orientar la reforma hacia la creación de cooperativas o comunías [*sic*].»

Tres meses después, en enero de 1960, Fidel decretó la expropiación de todas las plantaciones azucareras y los grandes establecimientos ganaderos para convertirlos en cooperativas administradas por el Estado. Por otra parte, el «no pago y la expropiación ilegal» de propiedades norteamericanas en violación de la constitución cubana de 1940 y la ley de reforma agraria de 1959, el asunto que motivaba las mayores quejas de Washington, no debía sorprender a nadie: las primeras señales se remontaban a las semanas inmediatamente posteriores al triunfo de la revolución, cuando el Che exigía públicamente la derogación de la cláusula constitucional de indemnizaciones.

Octubre de 1959 había sido un mes particularmente crucial, porque hacia los últimos días la escena quedó preparada para lo que Hugh Thomas ha llamado «el eclipse de los liberales» y el predominio definitivo del ala «extrema» y antinorteamericana de la revolución. El rumbo por el que el Che había abogado durante largo tiempo era el que Fidel empezaba a seguir de manera cada vez menos disimulada.

Con el argumento de la «unidad revolucionaria», que había adquirido fuertes connotaciones, Fidel tomó el control del centro estudiantil de la Universidad de La Habana a través de Rolando Cubela, ex comandante del Directorio que acababa de regresar de Praga, donde había ocupado el puesto de agregado militar del nuevo gobierno durante algunos meses. Con la victoria electoral de Cubela el gobierno se apoderó de facto de una universidad tradicionalmente autónoma e históricamente caldo de cultivo de conspiraciones antigubernamentales. Fidel lo sabía mejor que nadie, ya que allí se había iniciado su propia carrera política.

El Che llevó el mismo mensaje a la Universidad de Santiago, la segunda del país, donde anunció sin ambages que la autonomía universitaria era cosa del pasado y en lo sucesivo el Estado diseñaría el programa de estudios. La planificación central era una necesidad de la industrialización cubana, que requería técnicos calificados –agrónomos, peritos agrícolas, ingenieros químicos–, no una nueva camada de abogados.

«¿Quién tiene derecho a decir que solamente pueden salir diez abogados por año y deben salir cien químicos industriales? [Algunos dirían que] eso es dictadura, y está bien: es dictadura.» Los estudiantes debían enrolarse en el «gran ejército de los que hacen, dejando de lado esta pequeña patrulla de los que solamente dicen».

(En diciembre, al recibir un profesorado honorario en la Universidad de Las Villas, el Che dijo a la asamblea de docentes y estudiantes que los días en que la educación era un privilegio de la clase media blanca quedaban atrás. «La universidad debe ser flexible, pintarse de negro, de mulato,

de obrero, de campesino.» En caso contrario, advirtió, el pueblo derribaría sus puertas «y pintará la universidad con los colores que le parezca».)

El discurso de Santiago estaba rodeado por el clima de tensión causado por los primeros estallidos reales de actividad contrarrevolucionaria: en Pinar del Río, un avión no identificado bombardeó un ingenio azucarero; entre los sospechosos detenidos había dos norteamericanos. Además, el asunto de Huber Matos, largamente contenido, estaba a punto de estallar.

El 20 de octubre, tras la designación oficial de Raúl como ministro de las Fuerzas Armadas, Matos envió a Fidel una carta desde Camagüey en la que presentó su renuncia, lo instó a cambiar de rumbo y lo acusó de «enterrar la revolución». Quince oficiales pensaban seguir su ejemplo.

Fidel no demoró su respuesta. Repudió las denuncias de Matos, lo acusó de «deslealtad», «ambición» y otras ofensas. A continuación, ordenó a Camilo que volara a Camagüey a detener a Matos y sus camaradas disidentes. Camilo obedeció la orden; Matos y sus oficiales se entregaron sin ofrecer resistencia. Fidel también voló a Camagüey, donde pronunció un discurso en el que denunció la «traición» de Matos y sus planes para una rebelión armada. Una vez trasladados a La Habana, Matos y sus oficiales quedaron detenidos en La Cabaña.

Para los «conspiradores» de Matos, el momento no podía ser menos oportuno. Mientras Fidel, de vuelta en La Habana, se disponía a dirigir la palabra a una convención de más de dos mil agentes de turismo de Estados Unidos para alentar la expansión del turismo norteamericano en Cuba, el desertor Pedro Luis Díaz Lanz sobrevoló la capital en un bombardero B-26 desde el cual lanzó panfletos en los que reclamaba a Fidel la expulsión de elementos comunistas del régimen. La fuerza aérea cubana envió aviones a interceptarlo y la guarnición de La Cabaña abrió fuego con sus baterías antiaéreas, pero Díaz Lanz escapó ileso.

Desde una ventana del edificio del INRA que daba a la Plaza de la Revolución, el Che y sus compañeros de oficina, Manresa y una secretaria llamada Cristina, contemplaron el vuelo rasante de Díaz Lanz, a tan baja altura que pudieron verlo en la cabina del piloto. El Che no abrió la boca, pero estaba helado de rabia e impotencia. Sus escoltas pidieron permiso para subir a la terraza y disparar contra el avión, pero él lo prohibió: causarían más daño que el mismo avión. Díaz Lanz se alejó y entonces el incidente tomó un giro gracioso. Una de las secretarias, una muchacha gorda y excesivamente miedosa, se había ocultado debajo de un escritorio. Cuando los demás volvieron a sus tareas, la hallaron ahí, atascada e incapaz de liberarse por sus propios medios. Entre las risas de todos, los escoltas la ayudaron a salir.

Para Fidel y sus relaciones públicas, el incidente constituyó un desastre, ya que su plan de promover el turismo murió antes de nacer. Mientras los alarmados agentes se apresuraban a partir, Fidel y los medios cubanos denunciaron el «bombardeo» por un avión norteamericano que dejó un saldo de varios civiles muertos y heridos. En Estados Unidos, Díaz Lanz confesó que había realizado el vuelo, pero que sólo había arrojado panfletos sobre

La Habana: los probables causantes de las bajas, si las había, eran las balas perdidas de los soldados cubanos. Sin embargo, se adoptó la versión oficial del bombardeo. Al día siguiente, una nutrida multitud se concentró frente a la embajada estadounidense y Fidel, en un discurso televisado, acusó a Matos de planificar una revuelta militar en Camagüey con la complicidad de Díaz Lanz. (El día anterior se había producido un hecho significativo, cuando un avión no identificado arrojó bombas sobre un ingenio en Camagüey.) También acusó a Estados Unidos de dar refugio a «criminales de guerra» y proporcionar el avión militar a Díaz Lanz.

A continuación, el 26 de octubre, repitió las acusaciones ante medio millón de cubanos concentrados en la Plaza de la Revolución y juró que Cuba se defendería de cualquier ataque. El pueblo recibiría armas e instrucción; el país obtendría los aviones y las armas necesarios. Al día siguiente, Washington rechazó las acusaciones en una nota oficial de protesta entregada por el embajador Bonsal al canciller Raúl Roa; al mismo tiempo, el gabinete aprobó la reinstauración de los tribunales revolucionarios.

El 28 de octubre, después de reorganizar el mando militar en Camagüey, Camilo Cienfuegos salió en su avión Cessna para regresar a La Habana. Nunca llegó. Fidel y el Che participaron en la búsqueda aérea de tres días sobre una zona muy vasta en la que se rastreó el avión perdido, pero no se hallaron restos. ¿Qué había sucedido? El piloto de Camilo era un profesional experimentado; el día del vuelo había hecho buen tiempo. Enseguida aparecieron las teorías conspirativas: Fidel había eliminado a Camilo por complicidad con Matos o bien porque era demasiado popular. Según otra versión, un caza de la fuerza aérea cubana lo había derribado al confundirlo con un intruso hostil. Cualquiera que fuera la causa, no cabía duda de que Camilo estaba muerto, su avión había desaparecido para siempre bajo las azules aguas del Caribe que había intentado sobrevolar y la Revolución había perdido a una de sus personalidades más carismáticas y populares.[1]

Durante noviembre, Fidel siguió consolidando su base de poder. Logró armar la «unidad» de la central sindical CTC a expensas de los anticomunistas del 26 de Julio al imponer su propio comité ejecutivo y derogar el derecho de los afiliados a elegir sus delegados; así allanó el camino para la absorción gradual de la CTC por el Partido Comunista cubano. Se anunció la creación de «Milicias Nacionales Revolucionarias», el primer paso hacia la realización del sueño del Che de convertir a Cuba en una «sociedad guerrillera». El canciller Roa negó el contenido de un artículo de Carlos Franqui en *Revolución* según el cual el viceprimer ministro soviético Mikoyán había viajado a Cuba por invitación del gobierno.

1. Tal vez nunca se conozca la verdad sobre la suerte de Camilo Cienfuegos, pero es evidente que el Che jamás culpó a Fidel por su desaparición. El Che sentía gran afecto por Camilo; puso su nombre a su primer hijo, y cuando partió de Cuba el único retrato en la pared de su oficina privada era el de Camilo. Si alguna vez hubiese sospechado que Fidel fue cómplice de su muerte, difícilmente hubiera permanecido lealmente a su lado durante los cinco años siguientes.

La postergación de la visita de Mikoyán, prevista para noviembre, resultó una medida afortunada, porque el congreso de laicos católicos se convirtió en una expresión abierta de oposición clerical al comunismo. Aunque hasta entonces la jerarquía eclesiástica había mantenido en público una actitud de «prudente expectativa», el giro de la revolución alarmaba a la Iglesia, cuyos activistas juveniles no tenían semejantes escrúpulos a la hora de manifestarse. Algunos sacerdotes habían huido para reaparecer con bombo y platillos en Miami, donde repetían la acusación de Díaz Lanz de que Cuba se volvía «roja». Mientras tanto, en Washington, la CIA empezaba a analizar discretamente los medios y arbitrios para eliminar a Castro.

## III

Después de los primeros pasos vacilantes del Che en el INRA, las ruedas empezaron a girar. A fines de 1959, casi todas las industrias cubanas, tanto grandes como pequeñas, seguían en manos privadas; el departamento sólo poseía algunas fábricas pequeñas abandonadas por sus dueños o confiscadas por pertenecer a Batista y sus cómplices. Éstas cayeron bajo la flamante autoridad del Che, quien designó a veteranos del Ejército Rebelde para administrarlas tal como sucedía con las nuevas cooperativas agrarias en los latifundios expropiados.

Gracias a sus contactos con el Partido Comunista chileno, un pequeño grupo de economistas de ese país y Ecuador fueron a trabajar con el Che. Ingresaron varios cubanos, se contrataron contables y comenzó la elaboración de un plan para el desarrollo industrial de Cuba. Después de las primeras semanas, cuando Borrego se quemaba las pestañas con los anuarios estadísticos para tener un panorama de la industria cubana, se empezaba a esbozar los rudimentos de un plan.

«Y entonces, bueno, muy rápidamente empezaron a producirse intervenciones de fábricas –dijo Borrego–, y digo intervenciones porque no eran nacionalizaciones; eran fábricas que tenían conflictos laborales, porque los capitalistas que estaban al frente de ellas tenían dudas de qué cosa iba a ser el proceso revolucionario, no invertían... y entonces, pues, se intervenían.»

Para legalizar este proceso, el Ministerio de Trabajo –que estaba en las manos fieles de Augusto Martínez Sánchez, el antiguo asesor de Raúl– autorizó al departamento del Che a intervenir las fábricas y administrarlas el tiempo que fuera necesario. Pero Borrego no tardó en comprender, según dijo, que las intervenciones serían definitivas.

«Claro que en el pensamiento del Che [las intervenciones] eran definitivas, pero no estaba eso dicho legalmente», añadió. Borrego tenía la tarea de poner esas propiedades en funcionamiento, y su primer dolor de cabeza surgió de la necesidad de encontrar gente capaz de administrarlas. «Empezamos a nombrar algunos administradores. Fundamentalmente los escogíamos de los oficiales del propio Ejército Rebelde que no tuvieran baja esco-

laridad. Estamos hablando de escolaridad, de hombres que tuvieran sexto grado o más. Eran de muy bajo nivel cultural, y empezamos entonces a administrar las industrias.»

En abril el Che había estimado que más del ochenta por ciento de los rebeldes de Fidel eran analfabetos. Había instituido un programa de alfabetización en La Cabaña para erradicar el problema, pero a fines de 1959 la mayoría de los militares eran guajiros semiletrados o con algunos rudimentos de educación; muchos apenas salían de la adolescencia. Por eso era inevitable que sus primeras armas como administradores de fábricas provocaran caos y desastres. Mientras tanto, el Che se esforzaba por superar su propia falta de conocimientos en economía, disciplina que estudió con el economista mexicano Juan Noyola. A petición suya, el doctor Vilaseca le enseñaba matemáticas superiores. A partir de septiembre, Vilaseca empezó a concurrir al INRA los martes y sábados a la mañana para enseñar matemáticas durante una hora al Che, García Vals y Patojo. Para el profesor, esas clases eran el comienzo del día; el Che las aprovechaba para distenderse antes de volver a casa después de trabajar durante toda la noche. Empezaron con álgebra y trigonometría y pasaron a la geometría analítica.

## IV

El Che siempre contaba con gusto un chiste sobre cómo consiguió el puesto en el banco. Decía que en la reunión de gabinete convocada para elegir al reemplazante de Pazos –despedido por protestar acerca de la detención de Matos–, Fidel dijo que se necesitaba un buen «economista». Para su sorpresa, el Che ofreció sus servicios. «¡Pero Che, no sabía que eras economista!» Éste contestó: «Ah, pensé que dijiste que querías un buen *comunista.*» Bromas aparte, la designación del Che provocó escalofríos en la comunidad financiera y empresaria, y cuando Fidel aseguró que sería «tan conservador» como su predecesor, pocos le creyeron.

Al hacerse cargo del banco –un edificio de piedra con fachada de columnas sobre una callejuela de La Habana Vieja–, el Che se encontró con una gran cantidad de escritorios abandonados; la mayoría del personal jerárquico había renunciado con Pazos.[1] Pidió al doctor Vilaseca que aceptara el puesto de gerente.

Vilaseca vaciló. Además de carecer de experiencia en finanzas, era amigo íntimo del hombre a quien debía reemplazar, «un hombre entendido en banca extraordinariamente». Quiso rechazar el ofrecimiento, pero el Che

1. Los ministros que tomaron partido por Pazos en el asunto de Matos perdieron inmediatamente sus puestos. Eran Justo Carrillo, Manuel Ray y la antigua pesadilla del Che, Faustino Pérez. Osmany Cienfuegos, hermano de Camilo y miembro del PSP desde hacía muchos años, reemplazó a Ray. Un cuñado de Vilma Espín, la esposa de Raúl, ocupó el puesto de Faustino. Pazos, Carrillo y Ray partieron de Cuba, pero Pérez recuperó poco después la estima de Fidel.

insistió con firmeza; en realidad, no era una petición sino una orden. «Yo tampoco sé nada de bancos, y soy el presidente –dijo–, pero cuando la revolución lo nombra a uno en un puesto, hay que aceptarlo y entonces hacerlo bien.» Vilaseca aceptó el nombramiento.

Uno de los primeros colaboradores convocados por el Che al banco fue Nicolás Quintana, un arquitecto habanero de treinta y cinco años. Pazos había asignado fondos a su estudio para construir el nuevo edificio de treinta y dos pisos del Banco Nacional, un rascacielos de estilo norteamericano sobre el Malecón, la avenida costanera en el centro de la capital. Era un proyecto inmenso, la obra en construcción más grande del país, y el costo estimado era de dieciséis millones de dólares. A fines de 1959 se habían colocado los cimientos e iniciado la primera etapa de la construcción.

Después de su despido y de aceptar la oferta de una embajada en el extranjero, Pazos convocó a Quintana con urgencia para confiarle que pensaba pedir asilo apenas llegara a Europa. «Lo que están haciendo con el país es una barbaridad. Vas a heredar un nuevo presidente [del Banco Nacional] y su nombre es Che Guevara. No está capacitado para el puesto y ésa es una de las razones por las que me voy al exilio. Tú también lo harás; es inevitable.»

Quintana no estuvo de acuerdo. Era joven, tenía en sus manos la obra arquitectónica más grande de su carrera y pensaba que el Che apreciaría la ayuda que había prestado a los rebeldes durante la guerra. A fines de 1958, había entregado al Movimiento 26 de Julio los mapas topográficos de la zona de Escambray utilizados por el Che: seguramente ése era un punto a su favor.

Quintana fue a verlo al banco apenas recibió la llamada, y al entrar sufrió un rudo golpe. El edificio financiero, antes impoluto, estaba «sucio y desorganizado», con papeles desparramados por el piso. «En quince días, todo había cambiado.»

El Che inició la conversación:

–¿Es usted un pequeño burgués?

–No, no lo soy.

–¿No? Entonces es un revolucionario.

–No, comandante, yo no dije que fuera revolucionario. Soy un *gran* burgués. El *tendero* es un burgués.

Una luz cordial apareció en los ojos del Che, quien dijo:

–Usted es la primera persona honesta de su clase que he conocido desde que llegué.

Convencido de que había seducido a Guevara, Quintana replicó con el mismo tono de broma:

–En realidad hay muchos, el problema es que usted no les da la oportunidad de hablar.

La expresión del Che se volvió hosca, y le dijo a Quintana que recordara que hablaba con el «comandante Guevara». Quintana comprendió que se había extralimitado.

Para la reunión siguiente, Quintana y su socio más importante llevaron los planos y las indicaciones que requerían la aprobación de Guevara, ya que los fondos provenían del Banco Nacional. Quintana le mostró una lista de materiales a importar: el edificio frente al mar necesitaba ventanas a prueba de huracanes con marcos de acero inoxidable; recomendaba adquirir los ascensores a la firma norteamericana Otis, que tenía una oficina en La Habana.

Después de escucharlo, el Che preguntó: «¿Hacen falta ascensores?» Quintana respondió que el edificio tendría treinta y dos pisos. El Che dijo que las escaleras eran suficientes; si él, que tenía asma, podía subirlas, ¿por qué no habrían de hacerlo los demás? Enfadado, el socio de Quintana abandonó la reunión, pero el joven arquitecto insistió.

Volvieron al asunto de las ventanas. El Che preguntó por qué debían importarlas de Estados Unidos o Alemania en lugar de utilizar un material más barato y disponible en La Habana, como el plástico. Luego hablaron de la cantidad de baños que se proponía construir. «Podemos eliminar la mitad», dijo el Che después de estudiar las cifras.

«Pero en las revoluciones la gente va al baño como lo hacía antes», dijo Quintana. «El hombre nuevo no –replicó el Che–. Él puede sacrificarse.» Cuando el arquitecto quiso insistir en el asunto de las ventanas, Guevara lo interrumpió: «Vea, Quintana. Para la mierda que vamos a guardar aquí dentro de tres años, es mejor que el viento se lleve todo.»

Entonces Quintana comprendió. No se trataba de ventanas ni inodoros; el Che no quería el edificio nuevo. «Era un mensaje de que el sistema iba a cambiar de manera tan absoluta que toda esa conversación era innecesaria. No iban a levantar ese edificio.»

Quintana tenía razón. Jamás construyeron el nuevo Banco Nacional. La obra quedó detenida y años después se levantó en ese lugar el Hospital Hermanos Ameijeiras. Poco después el banco emitió los nuevos billetes de diez y veinte pesos. Como presidente del Banco Nacional, correspondía al Che firmarlos, y lo hizo con desdén: «Che». Los empresarios comprendieron el simbolismo del gesto de Guevara, que despertó su encono. En la nueva Cuba, el dinero no era una mercancía sacrosanta sino un vestigio onerosos de la era de la empresa privada capitalista que tocaba a su fin.

## 23. «EL INDIVIDUALISMO DEBE DESAPARECER»

### I

El juicio de Matos por «sedición» tuvo lugar en diciembre y rápidamente se transformó en una batalla enconada y desagradable. Tanto Fidel como Raúl se presentaron para acusar a Matos. Como siempre en estas ocasiones, Raúl exigió la ejecución de Matos y lo mismo hizo el fiscal, mayor Jorge «Papito» Serguera. Pero los jueces, oficiales del ejército y veteranos revolucionarios, todos escogidos a dedo, condenaron a Matos a veinte años de prisión y a sus subordinados a penas menores. El mismo mes, varios hombres fueron juzgados, sentenciados y ejecutados por contrarrevolucionarios. Rafael del Pino, viejo amigo de Fidel y su compañero durante el «bogotazo» de 1948, fue sentenciado a treinta años por ayudar a los batistianos a huir del país.

Tal como había prometido a Alexander Alexeiev mientras saboreaban el vodka y el caviar, Fidel inició la batalla contra la «prensa reaccionaria» cubana. Decretó la «intervención» del periódico conservador *Avance* después que su director huyera del país; Fidel lo había acusado de complicidad con «la contrarrevolución» por publicar las acusaciones de Díaz Lanz. También intervino el canal 12 de televisión, el segundo del país. Luis Wangüemert, un periodista fidelista, se hizo cargo de la dirección de *El Mundo.* Faltaba poco para el cierre del *Diario de la Marina,* portavoz de la oposición, y el resto de la prensa independiente.

Por el momento, los directores de *Bohemia* y *Revolución* aún proclamaban su lealtad, aunque los perturbaba el trato de Fidel con los comunistas. La agencia noticiosa internacional Prensa Latina funcionaba bajo la dirección de Jorge Ricardo Masetti, abría corresponsalías en todo el hemisferio y combatía las noticias difundidas por AP y UPI, las agencias norteamericanas que más irritaban al Che y a Fidel.

El control de los periódicos se efectuó con ayuda de los sindicatos gráficos y de periodistas, controlados por los fidelistas, que servían como fuerzas de choque en los medios que aún permanecían en manos privadas. La purga de la CTC continuaba a pesar de las protestas de David Salvador, impulsada por los comunistas en el comité ejecutivo. Ni siquiera el Sindicato de Artistas Gráficos se salvó de la purga; la actriz comunista Violeta Casals, quien había servido a Alexeiev para el primer contacto con el Che, se con-

virtió en titular de la organización cuando su predecesor, acusado de «contrarrevolucionario», huyó del país.

La misión del Che en el exterior empezaba a arrojar algunos dividendos en público. A partir del otoño, delegaciones diplomáticas y comerciales de Japón, Indonesia y Egipto habían visitado el país. Se firmaron algunos acuerdos comerciales, más importantes por su simbolismo que por sus beneficios. Y desde su regreso, el Che escribía artículos sobre los países que había visitado para las revistas *Verde Olivo* y *Humanismo*. Pero ahora sus escritos adquirían un tinte claramente político.

Dedicó un artículo, publicado en la edición de septiembre-octubre de *Humanismo* bajo el título de «América desde el balcón afroasiático», al vínculo entre Cuba y los ex Estados coloniales que acababan de obtener su independencia, que según él representaba el sueño de verse libres de la explotación económica. Sostuvo que la Cuba revolucionaria, personificada por Fidel Castro, era un modelo de cambio para Asia y África además de Latinoamérica. Abogó por una alianza antiimperialista e insinuó que Fidel Castro podía ser su caudillo.

> ¿No será que nuestra hermandad desafía el ancho de los mares, el rigor de idiomas diferentes y la inexistencia de lazos culturales, para confundirnos en el abrazo del compañero de lucha?...
>
> A la nueva conferencia de los pueblos afroasiáticos ha sido invitada Cuba... Irá a decir que es cierto, que Cuba existe y que Fidel Castro es un hombre, un héroe popular, y no una abstracción mitológica; pero además, explicará que Cuba no es un hecho aislado sino signo primero del despertar de América...
>
> [Y cuando pregunten:] «¿Son ustedes miembros del Ejército Guerrillero que encabeza la lucha por la liberación de América? ¿Son, pues, nuestros aliados del otro lado del mar?» Debo decirles [a ellos] y a los cientos de millones de afroasiáticos que soy un hermano más, uno más en las multitudes de hermanos en esta parte del mundo que aguarda con infinita ansiedad el momento [en que podamos] consolidar el bloque que destruirá de una vez por todas la presencia anacrónica de la dominación colonial.

La idea de proyectarse hacia la escena mundial tenía mucho sentido para Fidel. La independencia avanzaba por África y Asia con la intensidad de un torbellino. Desde 1957, una docena de nuevas naciones habían conquistado su independencia de la dominación colonial francesa, británica y belga. Los argelinos y otros pueblos aún luchaban por ella, pero la tendencia era clara: los días de la dominación colonial llegaban a su fin, y el futuro estaba en manos de los hombres que habían enfrentado los imperios agonizantes: hombres como Nasser, Sukarno y –¿por qué no?– Fidel Castro. En enero, el canciller Raúl Roa realizó una gira por Asia y el norte de África llevando invitaciones a un congreso de naciones en desarrollo a realizarse en La Habana.

Empezaban a aparecer los primeros artículos anecdóticos sobre las experiencias del Che en la guerra de guerrillas que con el tiempo conformarían la recopilación *Pasajes de la guerra revolucionaria.* En noviembre, *Humanismo* publicó su cuento trágico «El cachorro asesinado». Esta alegoría sobre un hecho de la vida real –el sacrificio necesario de seres inocentes en aras de una causa revolucionaria–, al coincidir con la intensificación de las expropiaciones agrarias y la reanudación de los fusilamientos, seguramente perturbó a muchos cubanos.

## II

Ya en enero, el arquitecto Nicolás Quintana había llegado a la conclusión de que su futuro en Cuba era sombrío. Con su brusco giro a la izquierda, la revolución había provocado la enemistad de la mayoría de su clase social. Sus sueños de construir el Banco Nacional estaban destruidos y un íntimo amigo suyo, miembro de la Juventud Católica, había muerto ante un pelotón de fusilamiento por repartir panfletos anticomunistas. Quintana fue a ver al Che para protestar. El encuentro resultó traumatizante.

Según Quintana: «El Che me dijo: "Vea, las revoluciones son feas pero necesarias, y parte de ese proceso revolucionario es la injusticia al servicio de la futura justicia." Jamás podré olvidar esa frase. Respondí que ésa era la *Utopía* de Tomás Moro. Dije que a nosotros [la humanidad] nos habían jodido con ese cuento por mucho tiempo, por creer que obtendríamos algo, no *ahora,* sino en el futuro. El Che me miró por un largo rato y dijo: "Ajá. Usted no cree en el futuro de la revolución." Le dije que no creía en nada que se basara en una injusticia.»

«¿Aunque esa injusticia sea saludable?», preguntó el Che. «A los que mueren no se les puede hablar de injusticia saludable», respondió Quintana. La respuesta del Che no se hizo esperar: «Tiene que irse de Cuba. Una de tres: se va de Cuba y de mi parte no hay problema; o treinta años [de cárcel] en el futuro inmediato; o el pelotón.»

Aterrado y sin habla, escuchó decir al Che: «Está haciendo cosas muy raras.»

«No respondí –dijo Quintana–, pero comprendí su alusión. Lo que me sorprendió es que estaba enterado, eso sí que me sorprendió.»

Quintana y otros profesionales habían formado una organización llamada Trabajo Voluntario con la finalidad ostensible de realizar obras cívicas, pero el propósito verdadero era organizar una oposición anticastrista. «Era un pretexto para reunirnos de noche a conversar, en fin..., usted sabe..., sobre qué haríamos al respecto [de la revolución]...» La advertencia del Che le hizo comprender que era muy poco lo que podrían hacer, y semanas después Quintana huyó de la isla.

En esa misma época, José Pardo Llada, el periodista que había realizado ese viaje tan fastidioso con el Che el verano anterior, llamó al nuevo presi-

dente del Banco Nacional para interceder por un amigo, el especialista en tabaco Napoleón Padilla.

Después de su designación en el INRA, el Che había pedido a Padilla que se ocupara de organizar cooperativas tabacaleras en Pinar del Río. Por extraño que parezca en vista de su miedo y aversión por el «comunismo» de Guevara, que él mismo había denunciado a la embajada estadounidense, Padilla aceptó la oferta. Desde el INRA, había colaborado con la creación de cooperativas, la venta a gran escala de tabacos de exportación y, a instancias del Che, había dictado un curso sobre «administración empresaria».

Sin embargo, disgustado por lo que veía en el instituto, había discutido con Núñez Jiménez y Oscar Pino Santos –dirigente del PSP y alto funcionario del INRA– sobre la manera de llevar a la práctica la reforma agraria. Un día perdió los estribos y acusó a Pino Santos de «practicar el comunismo». A partir de entonces, Padilla empezó a sentirse excluido. Finalmente, la noche del 26 de enero recibió una llamada anónima: «Napoleón, escóndete enseguida, te van a detener.» El amigo anónimo cortó y Padilla, aterrado, fue a pedir asilo en la embajada hondureña. El embajador le aconsejó que averiguara la verdad de su situación antes de dar un paso tan drástico y fue entonces cuando llamó a Pardo Llada para pedirle ayuda.

Pardo se presentó en la oficina de Guevara y preguntó si Padilla tenía problemas con las autoridades. El Che le mostró un documento, la declaración jurada de un sargento del ejército que trabajaba en la cooperativa tabacalera dirigida por Padilla, acusando a éste de ser «contrarrevolucionario» y de «hablar mal» de Aleida.

Pardo se manifestó sorprendido de que el Che prestara atención al chismorreo maligno, y a continuación éste mostró todas sus cartas. Le constaba, dijo, que Padilla solía reunirse con el agregado agrícola de la embajada estadounidense y que hablaba mal del gobierno en presencia de funcionarios del INRA. Pardo insistió que ése no era motivo suficiente para perseguirlo. «Está bien, está bien –dijo el Che–. Que renuncie y se vaya del INRA. Y si quiere irse del país, ¡que se largue con sus amigos los gringos!» El Che cumplió su palabra. Seis meses después –«con expresa autorización del Che», según Pardo–, Padilla pudo partir de Cuba, con su automóvil y sus muebles, en el ferry que iba a Miami.

## III

Fidel había bautizado el año 1960 como «Año de la Reforma Agraria», pero hubiera sido más adecuado llamarlo «Año de la Confrontación». El mes anterior a la llegada de Mikoyán fue testigo del rápido deterioro de las relaciones cubano-norteamericanas y la aceleración ostensible del proceso de «socialización». A principios de enero comenzó un veloz toma y daca con una nota del secretario de Estado Herter en protesta por las «expropiaciones ilegales» y sin indemnización de propiedades norteamericanas. Cuba

respondió con la expropiación de *todos* los establecimientos ganaderos grandes y *todas* las plantaciones azucareras del país, incluso aquellas cuyos propietarios eran norteamericanos. Se multiplicaron las incursiones de aviones no identificados que arrojaban bombas incendiarias sobre los cañaverales. Detrás de esos actos de sabotaje estaba la CIA, que ya hacía planes para entrenar a un pequeño ejército de exiliados cubanos para una posible campaña guerrillera contra Castro.

Estas reacciones de Washington se debían en parte a la política interior. Corría el último año de la presidencia de Eisenhower y comenzaban las maniobras para designar el candidato a la sucesión. En el inicio de su campaña, el vicepresidente Richard Nixon enarboló como consigna el problema cubano al advertir a Castro que se le castigaría por sus acciones hasta el punto de reducir la cuota azucarera. Fidel replicó con su audacia habitual; el 19 de enero, el INRA anunció la confiscación inmediata de «todos los latifundios», tanto cubanos como extranjeros. Con este edicto, todas las grandes propiedades agrícolas quedaron en manos de la revolución.

El acto siguiente fue un altercado absurdo ante las cámaras de televisión entre el embajador español Juan Pablo de Lojendio y Fidel. Durante un discurso, Fidel insinuó que la embajada española participaba en un plan clandestino norteamericano para sacar a los anticastristas de la isla. El embajador, indignado, irrumpió en el estudio para interrumpir el discurso y acusar a Fidel de calumnias. Ambos se trataron a gritos hasta que los guardaespaldas sacaron al alterado diplomático del estudio por la fuerza. Al reanudar su discurso, Fidel dio a Lojendio veinticuatro horas para salir de Cuba e inició una nueva perorata contra Estados Unidos. La reacción del secretario de Estado Herter fue pedir al Congreso que autorizara al presidente Eisenhower a modificar la cuota azucarera cubana y convocar al embajador Bonsal a Washington «por tiempo indeterminado».

A finales de enero se hizo el último intento de cortar la espiral de la crisis. El 21, Eisenhower emitió un comunicado para reclamar negociaciones que impidieran el mayor deterioro de las relaciones entre los dos países. Ese día, en La Habana, el encargado de negocios Daniel Braddock pidió al embajador argentino Julio Amoedo que sirviera de intermediario entre el gobierno norteamericano y Castro. Amoedo aceptó, pidió audiencia y presentó la propuesta norteamericana: si Fidel desistía de sus ataques a los norteamericanos y recibía a Bonsal, Washington estudiaría la posibilidad de otorgar ayuda económica a Cuba. Después de un rechazo inicial, Fidel cedió y dijo que pondría fin a la campaña de prensa. Al día siguiente, Osvaldo Dorticós, el presidente decorativo, declaró que Cuba deseaba conservar y fortalecer su «amistad tradicional» con Estados Unidos.

Se respetó la tregua: en su discurso siguiente, el 28 de enero, Fidel no mencionó a Estados Unidos. La retractación momentánea le dio el respiro que necesitaba antes de la vuelta siguiente, que sabía inminente. Por fin, el 31 de enero, el gobierno de Cuba reconoció que los rumores eran ciertos al anunciar la llegada inminente del viceprimer ministro soviético Anastás Mikoyán.

## IV

La feria comercial soviética fue un suceso espectacular. Durante sus tres semanas de permanencia, más de cien mil cubanos visitaron la réplica del *Sputnik*, contemplaron los modelos de viviendas, fábricas e instalaciones deportivas, las muestras de tractores, maquinaria agrícola e industrial. Eran los avances tecnológicos de una nación que, como dijo Nikita Jrushov a los norteamericanos, los «enterrarían» en un futuro no muy distante. Para el cubano común de principios de la década de los sesenta, que no había salido de la isla, semejantes alardes resultaban convincentes. ¿Acaso los rusos no habían puesto en órbita el primer satélite e incluso una perra viva?

La visita de Mikoyán no agradó a todos los cubanos. Hubo manifestaciones de protesta; los medios independientes lo atacaron implacablemente, denunciaron las injusticias y la ineficiencia del sistema soviético. Durante su estancia, las incursiones nocturnas de avionetas que venían de Estados Unidos para atacar los ingenios y cañaverales continuaron sin interrupción.

A fines de febrero, un avión intruso cayó en suelo cubano, y los documentos de identidad de uno de los muertos revelaron que era norteamericano, hecho que Fidel citó como prueba de la complicidad de Washington. Al difundirse la noticia, el director de la CIA, Allen Dulles, confesó a Eisenhower, beatíficamente ignorante de todo, que tanto el muerto como los demás pilotos de esas misiones de sabotaje eran mercenarios contratados por la central de inteligencia. A mediados de febrero Eisenhower había ordenado públicamente a la aduana que detuviera y procesara todo vuelo clandestino que partiera de Estados Unidos con destino a Cuba. Pero en aquella ocasión, en privado, instó a Dulles a elaborar un plan más global para derrocar a Castro.

Apenas cinco días antes, el 13 de febrero, soviéticos y cubanos difundieron los términos de su flamante «acuerdo comercial». Los soviéticos aceptaron comprar casi medio millón de toneladas de azúcar en 1960 y un millón por año durante el cuatrienio siguiente, que no pagarían en efectivo sino con petróleo y otros productos. En el quinto y último año del acuerdo, Moscú pagaría en efectivo. Cuba recibiría un préstamo de cien millones de dólares a la tasa de interés ridícula de 2,5 por ciento a lo largo de diez años para financiar la compra de maquinaria e instalaciones fabriles, o sea, el plan de «industrialización» del Che. En cuanto al sueño de Fidel de drenar la Ciénaga de Zapata, Mikoyán le prometió ayuda técnica soviética después de sobrevolar la zona en helicóptero.

Fidel y el Che se pavoneaban felices, aseguraban que el acuerdo era un paso más hacia la «independencia económica» de Cuba. A la sombra de la presencia de Mikoyán, Polonia y Alemania Oriental enviaron delegaciones a firmar acuerdos comerciales con Cuba; detrás de ellas llegaron los checos y los chinos.

El 20 de febrero se cumplió otro anuncio público reciente del Che al darse por iniciada la era de la «planificación central» a la manera soviética

con la creación de la JUCEPLAN, la Junta Central de Planificación. Fidel era el presidente y el Che, su principal impulsor, era miembro del consejo de Dirección. Si a alguien se le había escapado el concepto central de los últimos discursos del Che, ahora estaba claro que Cuba tendría una economía planificada desde el gobierno.

Sergo Mikoyán, hijo del viceprimer ministro soviético, quien al acompañar a su padre en la mayoría de sus peregrinaciones por la isla pudo observar de cerca a los líderes cubanos, no tardó en advertir la diferencia entre el Che y Fidel. Después de leer sobre las hazañas del argentino, esperaba encontrarse con un «guerrillero furibundo», una suerte de bolchevique latinoamericano feroz, pero no fue ésa la imagen del Che. «Vi a un hombre muy callado, con ojos muy tiernos –recordó Sergo–. Fidel es un poco, tú sabes, él habla y..., bueno, uno siente una distancia cuando hablas con Fidel. Con el Che uno no sentía eso, y gradualmente, a pesar de que uno esperaba encontrarlo muy obstinado, me di cuenta que no lo era, no era "terco", sino inclinado a hablar, a discutir, y a escuchar.»

El punto culminante de la gira de Mikoyán fue la visita de rigor a Santiago y la antigua comandancia de Fidel en La Plata, en la Sierra Maestra. La comitiva en pleno viajó a Oriente, pero sólo un grupo selecto fue a La Plata: Mikoyán, Sergo y Leonov; Fidel, el Che y sus escoltas. Los periodistas tuvieron que esperarlos en Santiago.

Fidel había dispuesto que pernoctaran en La Plata, pero halló que no se había dispuesto nada para recibirlos. Las chozas estaban a medio terminar y sólo había unas tiendas. Fidel se sintió molesto y furioso, pero Mikoyán lo tranquilizó: no le desagradaba, dijo, pasar la noche en una tienda. En cambio, su hijo Sergo decidió aprovechar la ocasión para conocer Santiago. Posteriormente su padre le relató lo que sucedió esa noche. Después de su partida, Fidel y el Che hablaron con franqueza sobre su deseo de crear una revolución socialista, los problemas que se presentaban y la necesidad de la ayuda soviética para consumar sus planes.

«Ellos dijeron que sólo podían sobrevivir con la ayuda soviética –dijo Sergo–, y tendrían que esconder esto de los capitalistas en Cuba... Fue una charla muy extraña. Fidel dijo: "Tendremos que sobrellevar estas condiciones en Cuba por cinco o diez años." Entonces el Che lo interrumpió: "Si no lo haces en dos o tres años, estás acabado." Había esta diferencia [de concepción] entre ellos.»

A continuación, Fidel inició un monólogo sobre la victoria rebelde que, según él, desmentía a Marx. «Fidel dijo: "De acuerdo con Marx, la revolución hubiera ocurrido sobre las vías que fueron propuestas por su partido y nuestro partido comunista: lucha de masas, huelgas, etcétera. Pero nosotros lo hicimos, no ellos. Así que hemos sobrellevado a Marx. Hemos probado que estaba equivocado." Entonces mi padre dijo: "Usted piensa así porque sus comunistas son dogmáticos, ellos piensan que el marxismo es sólo A, B, C y D. Pero el marxismo es una vía, no es un dogma. Así que yo no pienso que hayan probado que Marx estaba equivocado, sino que los comunistas de aquí lo están.»

Aunque no hablaron directamente sobre la ayuda militar, sí pidieron ayuda económica soviética. «Y la explicación fue que si no la recibían, estaban condenados debido a dos consideraciones. Primero, el imperialismo americano. Segundo, la lucha contra sus propios capitalistas.»

Después de esta conversación quedó claro para todos que el acuerdo comercial anunciado días después era apenas el primer paso para la reanudación de relaciones plenas entre Cuba y la Unión Soviética. Por el momento, Fidel no se atrevía a correr más riesgos. No obstante, Alexeiev, quien no había ido a La Plata, se sorprendió al enterarse de que el Che y Fidel no habían intentado comprar armas soviéticas. «Con Mikoyán hablamos de todo menos de armas. En Méjico, Mikoyán decía que puede ser, que Fidel puede pedir armas... Era todo muy raro.»

Era lógico suponerlo. Durante el año anterior, emisarios de Fidel habían recorrido el mundo para comprar aviones y armas, pero sólo Bélgica e Italia habían accedido a venderles parte de lo que requerían. Desde luego que Washington había rechazado los pedidos de aviones, y la reticencia de Gran Bretaña y otros países a firmar acuerdos de venta de armas probablemente obedecía a la presión norteamericana. Los discursos recientes de Fidel estaban plagados de frases altisonantes tales como «Cuba se reserva el derecho de defenderse» y «Cuba conseguirá las armas que necesita dondequiera que deba comprarlas».

No obstante, poco después el asunto quedó planteado. El 4 de marzo, el carguero francés *La Coubre*, que acababa de ser remolcado a un muelle en el puerto de La Habana, estalló en una tremenda explosión que estremeció todo el centro de la ciudad. Cuando se produjo la primera explosión, Jorge Enrique Mendoza, jefe del INRA en Camagüey, asistía a una reunión con Fidel y otros agentes provinciales en la sede del instituto. Acudieron al puerto y cuando bajaban por el muelle donde estaba amarrado *La Coubre* los alcanzó el Che que corría hacia el buque envuelto en llamas.

Cuando el Che se acercaba a la nave, estando Mendoza, Fidel y los demás unos cien metros atrás, se produjo la segunda explosión, que fue terrorífica. Mendoza y varios más se arrojaron sobre el líder para protegerlo. Según Mendoza: «Fidel se puso a lanzar patadas y puñetazos mientras chillaba, "¡Carajo, me están sofocando!" Entonces empezaron a caer cosas desde el aire.» Mendoza instó a Raúl a que se llevara a su hermano antes de que se produjera otra explosión; según él, prácticamente tuvo que reducirlo para poder evacuarlo. Ahora que Fidel estaba a salvo, Mendoza se volvió al Che, que aún trataba de abordar el barco en llamas. «Me acerqué rápidamente hacia él. Alguien, no recuerdo quién, trataba de impedirle abordar el buque, y le oí decir: "¡No jodan conmigo, carajo! Ya hubo dos explosiones; todo lo que iba a explotar ya explotó. ¡Déjenme subir al barco!" Y ahí fue.»

Era una carnicería. Había casi cien muertos entre estibadores, marineros y soldados, y varios cientos de heridos. *La Coubre* llevaba armas belgas compradas por los representantes cubanos, y de alguna manera se había ini-

ciado un incendio en la bodega. Fidel inmediatamente acusó a la CIA de sabotaje y pronunció el nuevo grito de guerra: *«¡Patria o muerte!»*

Al día siguiente, con los brazos enlazados en confraternidad marcial, Fidel y el Che encabezaron el cortejo fúnebre que recorrió el Malecón. Más tarde, mientras Fidel arengaba a la multitud desde un balcón, flanqueado por los demás dirigentes de la revolución, un joven fotógrafo cubano llamado Alberto Korda encontró un buen puesto desde donde podía retratarlos. Su lente se detuvo en el Che, y al enfocarlo Korda quedó atónito al ver su expresión implacable. Oprimió el disparador y la fotografía no tardó en recorrer el mundo, convirtiéndose con el tiempo en el célebre retrato del póster que adornaría tantas residencias universitarias. El Che aparece como el icono revolucionario sin par, con una mirada desafiante que escruta el futuro, su rostro es la encarnación viril de la indignación ante la injusticia social.

Pasaron pocos días antes de que Fidel convocara a Alexeiev a la casa de Núñez Jiménez en La Cabaña. «Fidel por primera vez habló de armas –dijo el ruso–, porque después de la explosión, la intervención [norteamericana] podía ser inevitable, inminente. "Hay que armar al pueblo" [dijo], entonces él quería que la Unión Soviética vendiera algunas armas que él necesitaba. Él hablaba sobre todo de armas, metralletas más ligeras, y dijo: "Ustedes pueden llevarnos estas armas en un submarino, nosotros tenemos muchas cuevas en la orilla y podemos esconderlas donde nadie lo sepa. Mande un encargo a Jrushov."»

La misión comercial soviética ya estaba instalada en La Habana, y entre sus miembros había un criptógrafo que se ocupaba de las comunicaciones con el Kremlin. Al finalizar la reunión con Fidel, Alexeiev fue derecho a verlo. «Entonces yo mandé directamente de parte de Fidel un mensaje a Jrushov y pensé que por nuestra burocracia llevaría unas semanas para contestar. Al día siguiente, llegó la respuesta de Jrushov, que decía: "Fidel, compartimos su preocupación sobre la defensa de Cuba..., sobre la posibilidad de un ataque, y nosotros le podemos suministrar las armas que usted necesita. Pero ¿por qué tenemos que esconderlas y llevarlas en submarino si Cuba es un país soberano y usted puede comprar las armas, las que usted necesite, y sin ocultarlo?" Eso contestó. Y así empezó a mandar armas.»

## V

El 8 de mayo, Fidel anunció la reanudación de relaciones diplomáticas con Moscú. Faure Chomón, ex dirigente del Directorio que después de la victoria rebelde había virado a la izquierda, voló a Moscú como flamante embajador cubano. El enviado soviético fue Serguéi Kudriatzov, veterano agente del KGB que trabajaba bajo amparo diplomático. Alexeiev, quien ya no necesitaba hacerse pasar como corresponsal de TASS, fue designado primer secretario y agregado cultural, su puesto habitual cuando trabajaba de espía.

Después del intercambio de mensajes entre Fidel y Jrushov, una dele-

gación militar soviética llegó discretamente a La Habana. «Vino una delegación, hablamos enseguida –dijo Alexeiev–. Fidel, Raúl, Che Guevara..., participaron todos. Plantearon lo que necesitaban, sobre todo necesitaban más [artillería] antiaérea porque había muchos aviones, artillería, tanques T-34, tanques antiguos que no servían ya en la Unión Soviética. Y vino una delegación y hablaron de precios, comerciales, pero eso no era comercio prácticamente. Pero hicieron un contrato.»

En junio o julio las armas y los asesores militares soviéticos empezaron a llegar subrepticiamente a Cuba. Algunos asesores viajaban con pasaporte checo porque, según Alexeiev, Fidel (y también Moscú) aún temía la reacción norteamericana.

Firmado el acuerdo militar secreto con los soviéticos, Fidel consideró que tenía fuerza suficiente para enfrentarse a los norteamericanos. En realidad, había empezado a tantear los límites de la distensión provisional propuesta por Washington en febrero, inmediatamente después de firmar el acuerdo comercial con Moscú. En respuesta a la oferta del Departamento de Estado de fines de enero, que había quedado en el limbo durante la visita de Mikoyán, el canciller Roa expuso en una nota a Washington las «condiciones» de Cuba para iniciar las conversaciones. No podía haber negociaciones mientras Washington amenazara con reducir la cuota azucarera. En su respuesta, el 29 de febrero, el Departamento de Estado se negó a ceder, con el argumento de que Estados Unidos tenía derecho a tomar las medidas que considerase necesarias para proteger los intereses norteamericanos. Cuatro días después, la explosión de *La Coubre* reavivó el encono. El secretario de Estado Herter rechazó indignado las acusaciones de Fidel sobre la complicidad de la CIA en la tragedia y puso en tela de juicio la «buena fe» de Cuba para reanudar las negociaciones.

En medio de la agitación, Washington intentó un último acercamiento con Fidel. A principios de marzo, el asesor legal de la embajada estadounidense Mario Lazo se presentó al ministro de Economía cubano Rufo López Fresquet para decir que Estados Unidos estaba dispuesto a ofrecer aviones militares y asistencia técnica. Fidel pidió dos días para estudiar la oferta. El 17 de marzo, el presidente Dorticós dijo a López Fresquet en nombre de Fidel que había resuelto rechazar la oferta. Consciente del significado de este desaire, López Fresquet, el último de los ministros a la antigua, renunció inmediatamente y huyó a Estados Unidos. Desde luego no lo sabía, pero su misión de intermediario había coincidido con la petición de Fidel de armas soviéticas, o acaso la había precipitado. Si Fidel aún tenía algunas reservas de último momento sobre el rumbo que había adoptado, la respuesta inmediata de Nikita Jrushov las había disipado.

El mismo día del desaire de Fidel, Eisenhower aprobó el plan de la CIA de reclutar y entrenar clandestinamente a un ejército de varios cientos de exiliados cubanos para iniciar una guerra de guerrillas contra Castro. Dulles, el director de la CIA, adoptó como modelo la bien llamada Operación Éxito que había socavado el régimen del guatemalteco Arbenz en 1954. El

subdirector de planificación Richard Bissell, arquitecto del proyecto de aviones espía U-2, quedó al mando del «ejército expedicionario» cubano. El equipo incluía, entre otros, a Tracy Barnes, un veterano de las operaciones clandestinas que había cumplido una función clave en la Operación Éxito, y Howard Hunt, el fanático jefe local de la CIA en Montevideo. El escéptico del equipo era el jefe de división de la agencia para el Hemisferio Occidental, J. C. King, quien advirtió que «Cuba no era Guatemala». King prefería una «guerra sucia» para desestabilizar al régimen cubano y abogaba por el asesinato de los líderes como el Che, Raúl y Fidel. Pero Dulles había vetado esa alternativa a favor de construir una fuerza anticastrista y ayudarla a «hacer pie» en Cuba.

Garry Drecher (alias Frank Bender), el especialista en comunismo latinoamericano de la CIA, fue a Miami a reclutar combatientes en la comunidad de exiliados y dispuso que se los entrenara en un lugar secreto de Guatemala con la complicidad del presidente militar, general Ydígoras Fuentes.

Días después, el Che dijo que la cuota azucarera significaba la «esclavitud económica» del pueblo cubano. Al pagar un precio superior al del mercado, Estados Unidos obligaba a Cuba a mantener una economía de monocultivo en lugar de diversificarse, lo que a su vez la hacía depender (en un círculo vicioso) de las importaciones norteamericanas. Este ataque al sistema de cuotas azucareras echaba por tierra uno de los principales caballos de batalla de Fidel –después de todo, citaba la amenaza de reducción de la cuota azucarera como ejemplo de la «agresión económica» norteamericana–, pero lo significativo es que no desmintió la afirmación del Che.

Mientras tanto, continuaban los ataques a los medios. El gobierno se apoderó de la emisora de televisión CMQ después de que sus dueños huyeran del país. Al mismo tiempo, el Ministerio de Trabajo empezaba a usurpar casi todas las funciones de la CTC; aquél, no los sindicatos, dictaba las condiciones de trabajo, y la central obrera quedaba reducida a la función de supervisora.

## VI

La faz de La Habana cambiaba rápidamente. Los privilegios de las clases alta y media desaparecían rápidamente, y sus miembros partían en número creciente por ferry y puente aéreo a Miami. A fines de la primavera de 1960 ya habían partido unas sesenta mil personas. La ciudad que hasta un año antes había sido un parque de diversiones norteamericano con lujosos clubs náuticos, playas privadas, casinos y prostíbulos –además de barrios exclusivamente para blancos– era cosa del pasado. Las ruletas aún giraban en los grandes hoteles, pero la mayoría de las prostitutas habían desaparecido de las calles. En su lugar, negros y guajiros uniformados y armados recorrían las calles coreando las consignas revolucionarias.

Los visitantes eran otros. Delegaciones culturales y comerciales llegaban

de los países del bloque socialista al igual que un número cada vez mayor de líderes presentes y futuros del Tercer Mundo; los delegados que asistían a un congreso internacional de la juventud comunista ocupaban los hoteles abandonados por los turistas y empresarios norteamericanos. Intelectuales de izquierda europeos y norteamericanos acudían a La Habana para asistir a los congresos culturales auspiciados por la Revolución. Entre ellos estaban Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, invitados por Carlos Franqui.

El mito del Che se había difundido, y cuando la célebre pareja francesa fue a verlo hablaron durante horas. Para el Che seguramente fue una experiencia gratificante servir de anfitrión al renombrado filósofo francés cuya obra había leído en sus años de estudiante. Por su parte, Sartre quedó sumamente impresionado, y después de la muerte de Guevara le rindió el mayor tributo posible; para el francés, el Che era «no sólo un intelectual sino el ser humano más completo de nuestra época».

Su visita había coincidido con la tragedia de *La Coubre*, y después de asistir al funeral y el discurso de dos horas de Fidel al día siguiente, Sartre y Simone de Beauvoir pasearon por las calles de La Habana Vieja, donde ya se recolectaban fondos para una nueva compra de armamentos. El clima sensual y fervoroso sedujo a Simone.

«Había jovencitas que vendían zumos de fruta y bocadillos para recolectar fondos para el Estado –escribió en sus recuerdos–. Artistas conocidos bailaban o cantaban en las plazas para conseguir donaciones; muchachas bonitas con sus disfraces de carnaval recorrían las calles con una banda para pedir dinero. "Es la luna de miel de la Revolución", me dijo Sartre. Ni aparato ni burocracia, sino el contacto directo entre los dirigentes y el pueblo, una masa de esperanzas algo confusas en ebullición. No podía durar eternamente, pero qué espectáculo tan reconfortante. Por primera vez en nuestras vidas, éramos testigos de la felicidad ganada por medio de la violencia.»

El 20 de marzo, el Che pronunció un discurso televisado sobre «soberanía política e independencia económica». La conquista revolucionaria del poder, dijo, le había dado a Cuba la independencia política, pero no la económica, sin la cual no era una nación políticamente soberana. Ése era el «objetivo estratégico» revolucionario del momento.

Se habían tomado algunas medidas contra los monopolios extranjeros, en su mayoría norteamericanos, que hasta entonces se enseñoreaban sobre la libertad económica cubana. Se habían reducido las tarifas de electricidad y teléfonos, así como los alquileres, se habían entregado las grandes propiedades terratenientes al pueblo, pero los recursos petroleros, minerales y químicos seguían en manos norteamericanas.

> Para conquistar algo tenemos que quitárselo a alguien, y es bueno hablar claro y no esconderse detrás de conceptos que puedan malinterpretarse. Ese algo que tenemos que conquistar, que es la soberanía del país, hay que quitárselo a ese alguien que se llama monopolio... Es decir, que nuestro camino hacia la liberación estará dado por la victoria

sobre los monopolios y sobre los monopolios norteamericanos concretamente.

La revolución debía ser «extremista» y «destruir las raíces del mal que afligía a Cuba» para «eliminar la injusticia». Los que se oponían a las medidas de la Revolución, los que resistían la pérdida de sus privilegios, eran contrarrevolucionarios. Los obreros de la domesticada CTC aportaban el cuatro por ciento de sus salarios al plan de «industrialización»; era hora de que el resto de la sociedad asumiera su parte del sacrificio revolucionario.

En los últimos tiempos el Che insistía en que el país ya no era sólo Cuba sino la Revolución y ésta era el pueblo; ahora avanzó un paso más para decir que el pueblo, Cuba y la Revolución eran Fidel. Era el momento de abordar la nueva nave del Estado o abandonarla. Así como los hombres del *Granma* habían dejado de lado sus vidas individuales para morir, en caso necesario, en la guerra contra Batista, todos los cubanos debían sacrificarse por el objetivo común de la independencia *total.* Advirtió que el enemigo probablemente tomaría represalias. Y cuando llegaran los soldados contrarrevolucionarios –tal vez pagados por los mismos «monopolios» que veían afectados sus intereses–, los defensores de Cuba no serían un puñado sino millones. Toda Cuba era «una Sierra Maestra» y, como decía Fidel, «nos salvaremos todos o nos hundiremos todos».

Los universitarios «individualistas» con su mentalidad «pequeñoburguesa» parecían provocar más que nadie el fastidio del Che; tal vez veía en ellos a su antiguo yo abstraído en sí mismo y el recuerdo lo irritaba. Si él había sacrificado su yo, su «vocación», en aras de la Revolución, ¿qué les impedía a ellos hacer lo propio? A principios de marzo había regresado a la Universidad de La Habana para recordarles a los estudiantes su deber para con el desarrollo económico del país; no podía haber una dualidad de principios que separara a los estudiantes de la Revolución. La «vocación» individual no era justificación suficiente para la elección de una carrera; el sentido del deber revolucionario podía y debía reemplazarla. Se puso a sí mismo como ejemplo:

> Yo no creo que un ejemplo individual, hablando estadísticamente, tenga importancia ninguna, pero inicié mi carrera estudiando ingeniería, acabé siendo médico, después he sido comandante y ahora me ven de disertador... Es decir, que dentro de las características individuales, la vocación no juega un papel determinante... Creo que se debe constantemente pensar en función de masas y no en función de individuos... Es criminal pensar en individuos, porque las necesidades del individuo quedan absolutamente desleídas frente a las necesidades del conglomerado humano de todos los compatriotas de ese individuo.

En la práctica, esto significaba que se ampliarían algunas facultades y se reducirían otras. Por ejemplo, el campo de las humanidades se reduciría al «mínimo indispensable para el desarrollo cultural del país».

En abril apareció el manual del Che *La guerra de guerrillas*, publicado por el Departamento de Instrucción Militar del INRA. Estaba dedicado a Camilo Cienfuegos, cuya foto decoraba la cubierta; su antiguo camarada, montado a caballo, alzaba un fusil y sonreía bajo su sombrero de paja. «Camilo es la imagen del pueblo», escribió el Che. Los medios cubanos publicaron largos pasajes del libro y poco después no sólo los cubanos sino también los especialistas en contrainsurgencia de Estados Unidos y América Latina estudiaban el manual con gran interés.

El prólogo, titulado «Esencia de la lucha guerrillera», esbozaba las lecciones que el autor consideraba cruciales para los movimientos revolucionarios que intentaban emular la victoriosa guerra de guerrillas cubana:

1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
3. En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Dentro de Cuba la oposición se hacía más fuerte. Ya se gestaba un movimiento clandestino dirigido por Manuel Ray, profesor de la Universidad de La Habana desde su expulsión del gobierno, y otro grupo abiertamente disidente era la combativa Juventud Católica, que había iniciado su escalada desde la visita de Mikoyán. En las zonas rurales radicalizadas se producían hechos de violencia provocados por las expropiaciones de tierras sin compensación y el caos generalizado. Pequeños grupos contrarrevolucionarios, muchos de ellos integrados por ex soldados del Ejército Rebelde, entraban en actividad. En Oriente, un antiguo camarada del Che, Manuel Beatón, se había alzado en armas contra el Estado después de asesinar a otro excombatiente del Che, evidentemente por razones personales, y huir a la Sierra Maestra con veinte secuaces armados. En la Sierra Cristal, que había sido el teatro de operaciones de Raúl, el excombatiente Higinio Díaz había vuelto a la guerra en alianza con Jorge Sotús, un veterano del 26 de Julio que había conducido los primeros refuerzos rebeldes de Santiago a la sierra en marzo de 1957 y ahora se hallaba distanciado del movimiento. Ambos habían fundado el Movimiento de Rescate de la Revolución (MRR) con Manuel Artime, un ex profesor de la escuela naval que vivía exiliado en Miami. Con Artime en Miami, Díaz en la sierra y una red clandestina de apoyo en La Habana, el MRR no tardó en atraer la mirada benévola de la CIA.

En poco tiempo, los rumores de la campaña de reclutamiento de la CIA llegaron a conocimiento de los «escuchas» de Fidel en la gran comunidad cubana de Miami. A fines de abril, Fidel subió a la tribuna para acusar a Estados Unidos de tratar de crear un «frente internacional» en su contra y advertir a Washington que Cuba no era «una nueva Guatemala». El presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes replicó que el Che trataba de organi-

zar una fuerza guerrillera para invadir su país. El 25 de abril, los dos países rompieron relaciones.

Sin prestar atención al escándalo público, la CIA siguió adelante con sus planes; empezó a transmitir propaganda anticastrista a Cuba desde una emisora instalada en la diminuta isla Swan, vecina al archipiélago de las Caimán. El operador de la emisora era David Atlee Phillips, el mismo que seis años antes, en Guatemala, había sido el primero en alertar a la agencia sobre Ernesto Guevara.

Uno de los exiliados cubanos que atendió la llamada de la CIA ese verano fue Félix Rodríguez. Tenía diecinueve años y, después del fiasco de la invasión a Trinidad el año anterior, había regresado a la academia militar en Pensilvania. Se graduó en junio de 1960, regresó a la casa de sus padres en Miami y huyó para unirse al plan de la CIA. En septiembre se uniría a varios cientos de exiliados cubanos en Guatemala para recibir instrucción guerrillera de un filipino graduado en la academia militar norteamericana de West Point, veterano de la guerra contra los japoneses y los comunistas en su país. Con el tiempo aquella fuerza recibiría el nombre de Brigada 2506.

El Primero de Mayo, Fidel habló en la Plaza de la Revolución atestada de cubanos armados que desfilaban frente a la tribuna. Elogió las nuevas milicias y, como el Che, evocó la amenaza de la invasión inminente; los cubanos resistirían, combatirían y morirían sin miedo, como espartanos. Aprovechó la ocasión para dejar en claro dos cuestiones importantes: si moría, Raúl lo sucedería como primer ministro. Además, no habría elecciones; ya que «el pueblo» gobernaba Cuba, no había necesidad de votar. La multitud aplaudió y coreó la consigna, «¡Revolución sí, elecciones no!», además de otra nueva: «¡Cuba sí, yanquis no!»

A esas alturas, Estados Unidos calculaba que las fuerzas armadas cubanas tenían cincuenta mil hombres, el doble que en enero de 1959, además de otros tantos civiles incorporados a la nueva milicia popular... y crecían sin cesar. Si no se detenía el proceso de instrucción y armamento, en poco tiempo Cuba tendría el ejército más grande de América Latina. Los temores íntimos de Washington de que Fidel ya habría obtenido apoyo militar soviético se vieron confirmados por las declaraciones de dos oficiales batistianos ante el Senado norteamericano, el ex jefe de estado mayor, Tabernilla, y el coronel Ugalde Carrillo; éste acusó a Fidel de construir bases de misiles soviéticas en la Ciénaga de Zapata. El canciller cubano Roa rechazó inmediatamente la acusación, que en ese momento recibió escaso crédito, pero en menos de un año la idea extravagante se haría realidad.

El acto militarista del Primero de Mayo, seguido una semana después por la decisión de Fidel de reanudar las relaciones con Moscú, inició el último asalto de la pelea entre su gobierno y los escasos medios independientes que aún sobrevivían en la isla. Los editoriales derechistas del *Diario de la Marina* compararon a Castro con «el Anticristo»; días después, grupos de «obreros» ocuparon la redacción y clausuraron las rotativas. El director pi-

dió asilo y huyó del país. Antes de fin de mes se retiraron de la circulación los dos principales diarios independientes que quedaban, *Prensa Libre* y *El Crisol*, seguidos poco después por el diario en inglés *Havana Post* y *La Calle*.

Los primeros buques cisterna soviéticos ya cruzaban el Atlántico transportando petróleo para Cuba en cumplimiento del acuerdo comercial firmado con Mikoyán. Hasta entonces, las norteamericanas Esso y Texaco, juntamente con la británica Shell, que poseían sus respectivas refinerías en Cuba, habían abastecido a la isla con petróleo venezolano. Pero Cuba se había atrasado en sus pagos, y la deuda sumaba unos cincuenta millones de dólares. Para cobrar deudas había que hablar con el presidente del Banco Nacional, Che Guevara. Pero el gerente norteamericano de la Esso obtuvo una fría recepción y ninguna respuesta concreta.

El Che, que ya se sentía lo suficientemente confiado para desafiar a las petroleras norteamericanas, reveló a Alexeiev su plan de hacerles una oferta que sólo podrían rechazar, con lo cual tendría el pretexto necesario para apoderarse de sus instalaciones. El ruso le aconsejó que fuera cauto, pero el Che siguió adelante. El 17 de mayo informó a las petroleras de que podría pagar la deuda si cada una compraba trescientos mil barriles del petróleo soviético que estaba por llegar y lo procesaba en sus refinerías. Antes de responder, las empresas hicieron consultas en Washington, donde el gobierno les aconsejó que rechazaran la oferta del Che.

Las actividades de la oposición aumentaban, a la par que la represión del gobierno. Los miembros de un grupo rebelde en el Escambray integrado principalmente por estudiantes de la Universidad de Las Villas cayeron presos y fueron al paredón. El ex dirigente de la CTC David Salvador pasó a la clandestinidad y poco después unió sus fuerzas a las del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), creado por Manuel Ray. El arzobispo de Santiago, Enrique Pérez Serantes, antes partidario de Fidel, denunció en una carta pastoral los nuevos vínculos comunistas y aparentemente bendijo la creciente violencia contra el gobierno: «Es mejor verter sangre que perder la libertad.» Fidel, que deseaba evitar una confrontación con la Iglesia, no respondió. En Miami, la CIA forjó la «unidad» de los exiliados anticastristas al unificar el MRR de Artime y Justo Carrillo con el grupo encabezado por Tony Varona, el ex primer ministro de Prío. De allí surgió el Frente Democrático Revolucionario (FDR) para brindar una fachada política a la fuerza militar que se entrenaba en Guatemala.

Pero mientras los disidentes conformaban grupos de oposición separados por sus diversos intereses, la revolución de Fidel tomaba un impulso irrefrenable. En junio ordenó la expropiación de tres hoteles de lujo de La Habana con el mismo argumento que había utilizado el Che para justificar la «intervención» de las fábricas: sus propios dueños los subfinanciaban con el fin de que dieran pérdidas; por consiguiente, se imponía que el Estado se hiciera cargo de ellos. Fidel también recogió el guante que el Che había arrojado a las petroleras norteamericanas. Si no cumplían la petición cubana de procesar el petróleo soviético, se les confisca-

rían sus propiedades. Días después, Cuba expulsó a dos diplomáticos norteamericanos acusados de espionaje; Washington replicó con la expulsión de tres cubanos.

El enfrentamiento de voluntades se agravó rápidamente. Fidel advirtió a Estados Unidos que corría el riesgo de perder todas sus propiedades en la isla; confiscaría un ingenio por cada libra de azúcar reducido de la cuota azucarera si Washington cumplía su amenaza. El 29 de junio, mientras dos buques cisterna soviéticos atracaban en La Habana, ordenó la confiscación de la refinería Texaco; veinticuatro horas después hizo lo propio con las de Esso y Shell. De un solo golpe, Cuba se liberó de una deuda de cincuenta millones de dólares y se adueñó de una industria petrolera.

El 3 de julio, el Congreso de Estados Unidos autorizó al presidente Eisenhower a reducir la cuota azucarera cubana; Fidel respondió con una enmienda legal que autorizaba la nacionalización de todas las propiedades norteamericanas en la isla. El 6 de julio, Eisenhower canceló la cuota cubana para el resto del año, que sumaba unas setecientas mil toneladas. Fidel denunció la «agresión económica» e hizo alusiones claras al acuerdo armamentístico con los soviéticos al decir que «en poco tiempo» tendría las armas para sus milicias; fatídicamente, ordenó a seiscientas empresas norteamericanas que declararan sus bienes en Cuba.

Fue entonces cuando Jrushov tomó la palabra. El 9 de julio advirtió a Washington, aunque aclarando que hablaba en sentido «figurado», que «en caso de necesidad, artilleros soviéticos pueden apoyar al pueblo cubano mediante el fuego de los misiles», ya que Estados Unidos estaba dentro del alcance de la nueva generación de misiles balísticos intercontinentales soviéticos. Eisenhower rechazó las amenazas de Jrushov y declaró que Estados Unidos jamás permitiría la instauración de un régimen «dominado por el comunismo internacional» en el hemisferio occidental, que tal era la intención de Jrushov en Cuba. Al día siguiente, éste anunció que la Unión Soviética compraría las setecientas mil toneladas de azúcar deducidas de la cuota.

En La Habana, el Che sacudió un puño feliz en la cara de Washington: Cuba estaba protegida por «la mayor potencia militar de la Tierra; armas nucleares enfrentan al imperialismo». Nikita Jrushov insistió en que hablaba en términos «figurados», pero el mundo no tardaría en conocer la realidad de la amenaza. Y, como de costumbre, el Che había sido el primero en anunciarla.

## VII

A pesar de sus esfuerzos por despersonalizar su existencia, el Che aún tenía una vida íntima, siquiera en apariencia. En julio de 1960, Aleida estaba en el quinto mes de embarazo de su primer hijo, y su vida matrimonial había adquirido una relativa paz y normalidad. El traslado del Che al Banco Nacional fue útil en ese sentido, ya que puso fin al forzoso contacto cotidiano con Hilda, que por entonces trabajaba en Prensa Latina.

Habían vuelto a mudarse, llevando consigo a su eterno huésped Fernández Mell, esta vez a una bonita casa neocolonial de dos pisos con jardín en el barrio residencial de Miramar, en la calle Dieciocho con la Séptima avenida. Al otro lado de la calle vivía el economista Regino Boti, graduado en Harvard, uno de los pocos moderados que conservaba su puesto en el Ministerio de Economía. A una manzana y media, una bella mansión neocolonial de la Quinta avenida era la sede de la Seguridad del Estado.

Para gran regocijo del Che, su viejo amigo y compañero de viaje Alberto Granado apareció a tiempo para los festejos del 26 de julio. Ocho años antes, «Fúser» se había despedido de «Mial» en Caracas con la promesa de regresar después de rendir los últimos exámenes de medicina; Ernesto no había regresado, pero Alberto había continuado trabajando en el leprosario y se había casado con Delia, una muchacha venezolana. El nacimiento de su primer hijo coincidió con los titulares del desembarco del *Granma* y las noticias falsas sobre la muerte de Ernesto Guevara. Desde entonces, Granado había seguido las hazañas de su antiguo compinche por medio de la prensa. Visitaba a su familia en la Argentina cuando llegaron las noticias de la fuga de Batista; luego celebró con el clan Guevara el ingreso del Che en La Habana. Enterado de que el Che acompañaría a Fidel a Caracas en 1959, Granado lo esperó con avidez y sufrió una gran decepción cuando no llegó. Sin embargo, intercambiaban correspondencia y por fin Granado había llegado a Cuba con su familia.

Pasó el mayor tiempo posible con el Che y lo acompañó a recibir al capitán de uno de los primeros buques cisterna soviéticos que llevaban petróleo ruso a Cuba. El Che dijo al capitán que estaba feliz de «tener amigos que dan una mano cuando hace falta». Si la insinuación estaba dirigida a Granado, logró el efecto deseado porque, meses después, éste renunció a su puesto de profesor en Venezuela y se trasladó con su familia a Cuba para echar una mano.

Otro amigo llegó a tiempo para los festejos del 26 de julio por invitación del Che. El doctor David Mitrani, su amigo y colega del Hospital General de México, esperaba ansioso la oportunidad de ver a Guevara. Debía cumplir dos misiones, una encomendada por el presidente de México, la otra por el gobierno de Israel.

Mitrani, hijo de inmigrantes judíos europeos, era sionista; un mes antes de que el Che abordara el *Granma*, había ido a Israel a trabajar en un kibbutz. A pesar de sus diferencias políticas, ya que Guevara calificaba al sionismo de «reaccionario», eran amigos y ambos se consideraban comprometidos con la causa socialista. Después de conocer a Fidel en México, Guevara había instado a Mitrani a unirse a la aventura revolucionaria cubana y se había mofado de su plan de «ir a cosechar papas» en Israel. Ofendido por la soberbia de Fidel, Mitrani había dicho a Guevara que su amigo era un «mentiroso de mierda» y que el plan de invadir Cuba era una locura. Conservaron su amistad, pero perdieron el contacto al iniciar sus respectivas aventuras. Tras su regreso a México, en vísperas de la victoria rebelde, había enviado al Che un telegrama de felicitación.

Desde entonces, Mitrani se había instalado en Ciudad de México, y su consultorio prosperaba. Estaba al tanto de los sucesos cubanos y mortificado por el papel de su amigo en las ejecuciones revolucionarias, pero aceptó la invitación del Che de ir a Cuba en 1960. Antes de partir, se reunió con el presidente mexicano Adolfo López Mateos, quien le pidió que le llevara un ejemplar autografiado de *La guerra de guerrillas.* La otra petición fue del embajador israelí en México, quien le rogó que utilizara su contacto con el Che para tratar de mejorar las relaciones con Cuba. Por casualidad, el embajador israelí en la isla era pariente de Mitrani.

En La Habana, lo alojaron en el elegante Hotel Nacional y el Che lo invitó a almorzar en su comedor privado del Banco Nacional. Con humor sardónico le dijo: «Como yo sé que tú eres un burgués, te hice una comida muy especial y tengo un vino...»

Encontró a un Che mucho más acerbo que el de sus recuerdos. Conservaba el sentido del humor, pero ahora era mordaz. Se reunieron varias veces, siempre en el banco y en presencia de otros. Sólo en su tercera o cuarta visita Mitrani pudo decir lo que pensaba.

El Che lo invitó a ir a Oriente, donde Fidel pronunciaría el discurso del 26 de julio. Mitrani se negó: sin ocultar su antigua antipatía por el caudillo, dijo que había ido a verlo a él, no a Fidel. Cuando le dijo que Israel deseaba mejorar las relaciones, el Che apoyó la idea. (Aún faltaban años para que Cuba adoptara la posición soviética a favor de la OLP.)

Pasadas las primeras reuniones, el Che le habló con franqueza sobre la revolución: «Para los primeros días de agosto vamos a transformar este país en un país socialista.» Al menos eso esperaba y deseaba, dijo, porque Fidel no era socialista ni estaba totalmente convencido; aún trataba de ganarlo para esa idea.

Mitrani abordó el asunto que lo mortificaba: la participación del Che en las ejecuciones. No lo comprendía, puesto que no era cubano ni había sufrido por culpa de los batistianos. ¿A qué se debía ese odio, ese deseo de venganza? «Mira –dijo el Che–, en este problema si no matas primero te matan a ti.» Mitrani no volvió a hablar de ello, pero el razonamiento de su amigo lo perturbó; jamás lo conciliaría con el Ernesto Guevara que había conocido.

Antes de su partida, el Che le obsequió uno de los nuevos billetes con su firma y tres ejemplares firmados de *La guerra de guerrillas:* uno para él, otro para su antiguo mentor mexicano Salazar Mallén y un tercero para el presidente López Mateos. El de Mitrani tenía la siguiente dedicatoria: «De Mico para mi amigo David, deseando que regrese al camino correcto otra vez.»

## VIII

En su discurso triunfal del 26 de julio en Oriente, Fidel expresó lo que hasta entonces había sido la visión personal del Che al advertir a sus vecinos

latinoamericanos que si no mejoraban las condiciones de vida de sus pueblos, «el ejemplo de Cuba convertiría a la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio». Fidel pudo decir que hablaba en términos simbólicos, pero desde luego no era así.

El Che sintió una gran emoción ante aquella adopción por parte de Fidel de su plan de «guerrilla continental» combinada con la amenaza velada de Jrushov a Washington. Dos días después, ante los delegados del Primer Congreso de Juventudes Latinoamericanas, habló en un tono emotivo atípico de él.

> Y ese pueblo [cubano] que hoy está ante ustedes, les dice que, aun cuando debiera desaparecer de la faz de la tierra porque se desatara a causa de él una contienda atómica..., se consideraría completamente feliz y completamente logrado si cada uno de ustedes al llegar a sus tierras es capaz de decir:
>
> «Aquí estamos. La palabra nos viene húmeda de los bosques cubanos. Hemos subido a la Sierra Maestra, y hemos conocido la aurora, y tenemos nuestra mente y nuestras manos llenas de la semilla de la aurora, y estamos dispuestos a sembrarla en esta tierra y a defenderla para que fructifique.»
>
> Y de todos los otros hermanos países de América, y de nuestra tierra, si todavía persistiera como ejemplo, les contestará la voz de los pueblos, desde ese momento y para siempre: «¡Así sea: que la libertad sea conquistada en cada rincón de América!»

Una vez más el Che invocó el espectro de la muerte, visualizado en una escala masiva, para ensalzar la belleza que hallaba en el sacrificio colectivo por la liberación. Habló con la convicción sincera de quien no tiene la menor duda acerca de la pureza de su causa. Sus palabras eran una liturgia destinada a ganar conversos. El Che Guevara, de treinta y dos años, se había convertido en el alto sacerdote de la revolución internacional.

Y el auditorio de jóvenes izquierdistas de todo el hemisferio, de Chile a Puerto Rico, lo escuchaba ávidamente. Saludó a Jacobo Arbenz, que estaba presente, con un sarcástico reconocimiento de su «valiente ejemplo» en Guatemala: los cubanos habían aprendido de las «debilidades» de su gobierno «para ir nosotros a la raíz de la cuestión y decapitar de un solo tajo a los que tienen el poder y a los esbirros de los que tienen el poder».

En Cuba se había hecho lo necesario: habían empleado el paredón y expulsado a los monopolios. Lo habían hecho contra la oposición de quienes predicaban la moderación, que en su mayoría habían resultado ser traidores. «La "moderación" es otra de las palabras que les gusta usar a los agentes de la colonia; son moderados todos los que tienen miedo o todos los que piensan traicionar en alguna forma. El pueblo no es de ninguna manera moderado.»

A continuación atacó a Rómulo Betancourt, el presidente anticomunista de Venezuela, a quien había conocido y despreciado en 1953. Cuba no

ocultaba que las relaciones se habían deteriorado, y el Che calificó a su gobierno de «prisionero de sus propios esbirros». También le hizo una advertencia al expresar confianza en que «... el pueblo venezolano no estará mucho tiempo prisionero de algunas bayonetas o de algunas balas, porque las balas y las bayonetas pueden cambiar de manos, y pueden resultar muertos los asesinos».

El Che aludía al autoritarismo de Betancourt, quien recurría a las fuerzas de seguridad para reprimir la oleada creciente de protestas contra su política y el reciente auge de la oposición política marxista a su gobierno. En mayo, el ala izquierda de su propio partido se había escindido para conformar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), inspirado en el ejemplo revolucionario de Cuba. No pasaría mucho tiempo antes de que los miristas iniciaran una insurrección contra Betancourt con la colaboración del Partido Comunista venezolano. Evidentemente, al advertir a Betancourt en julio, el Che hablaba con conocimiento de causa.

A fines de agosto disertó ante un grupo de estudiantes de medicina, trabajadores de la salud y milicianos acerca de la «medicina revolucionaria» para advertirles sobre la posibilidad de que el país librara en breve una guerra de guerrillas «popular» masiva. La nueva generación de médicos debía enrolarse en las milicias revolucionarias –«la mayor expresión de la solidaridad del pueblo»– y practicar la «medicina social» para dar cuerpos sanos a los cubanos liberados por la revolución.

El Che recurrió a ejemplos de su propia vida: al iniciar sus estudios de medicina, dijo, había soñado con ser «un famoso investigador». «Soñaba con trabajar infatigablemente para conseguir algo que podía estar, en definitiva, puesto en disposición de la humanidad, pero que en aquel momento era un triunfo personal.» Después de quedarse y de viajar por una América Latina atenazada por «la miseria, el hambre y la enfermedad», su conciencia política empezó a despertar. En Guatemala empezó a estudiar los medios para convertirse en médico revolucionario, pero entonces se produjo la derrota del experimento socialista. «Entonces me di cuenta de una cosa fundamental: para ser médico revolucionario o para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de ideales..., si ese esfuerzo se hace solo... Para ser revolución se necesita esto que hay en Cuba: que todo un pueblo se movilice y que aprenda, con el uso de las armas y el ejercicio de la unidad combatiente, lo que vale un arma y lo que vale la unidad del pueblo.»

Por consiguiente, la esencia de la revolución era la eliminación del individualismo. «El individualismo como tal, como acción única, de una persona colocada sola en un medio social, debe desaparecer en Cuba. El individualismo debe ser, en el día de mañana, el aprovechamiento cabal de todo el individuo en beneficio absoluto de una colectividad.» La revolución no era «una niveladora de la voluntad colectiva»; antes bien era una «liberadora de la capacidad individual del hombre» porque orientaba esa capacidad al servicio de la revolución.

En esa conferencia ensayó un concepto que había empezado a desarrollar y que en poco tiempo se convertiría en sinónimo de su propio nombre: el «Hombre Nuevo».

> ¿Cómo hacer para compaginar el esfuerzo individual con las necesidades de la sociedad? Hay que hacer, nuevamente, un recuento de la vida de cada uno de nosotros, de lo que se hizo y se pensó como médico o en cualquier otra función de la salud pública, antes de la revolución. Y hacerlo con profundo afán crítico, para llegar entonces a la conclusión de que casi todo lo que pensábamos y sentíamos en aquella época ya pasada, debe archivarse y debe crearse un nuevo tipo humano. Y si cada uno es el arquitecto propio de ese nuevo tipo humano, mucho más fácil será para todos el crearlo y el que sea el exponente de la nueva Cuba.

Pocos días después de esa conferencia, el Che se reunió con René Dumont, un economista marxista francés que trataba de ayudar a Cuba en su dificultosa conversión al socialismo. Después de mucho viajar por el país, Dumont había llegado a la conclusión de que uno de los problemas más graves de las flamantes cooperativas agrícolas era que sus trabajadores no se sentían dueños de nada. Instó al Che a estudiar un plan mediante el cual los trabajadores que realizaban el mantenimiento de las cooperativas después de la cosecha recibirían una remuneración con el fin de inculcarles un sentido de la copropiedad.

El Che «reaccionó con violencia» frente a esa idea, dijo Dumont. Según él, lo que necesitaban los trabajadores cubanos no era un sentido de la copropiedad sino de la responsabilidad, y explicó claramente lo que quería decir.

Según Dumont, era «una suerte de visión ideal del Hombre Socialista, quien sería extraño al aspecto mercantil de las cosas al trabajar para la sociedad en lugar de las ganancias. Criticaba con vehemencia el éxito industrial de la Unión Soviética, donde en su opinión todo el mundo trabaja y se esfuerza por superar su cuota, pero sólo para ganar más dinero. No consideraba al Hombre Soviético un nuevo tipo de hombre, porque en el fondo no era distinto de un yanqui. Se negaba a participar conscientemente en la creación en Cuba "de una nueva sociedad norteamericana"».

Si lo comprendía bien, el Che parecía abogar por un «salto de etapas» en la transformación socialista de la sociedad cubana al pasar directamente del capitalismo al comunismo, tal como lo había intentado Mao en China con el drástico «Gran Salto hacia Adelante», la campaña de colectivización forzada de 1956. «En pocas palabras, el Che se adelantaba a su tiempo: en su pensamiento, ya había ingresado en la etapa comunista.»

Por primera vez, el Che reconocía sin ambages la influencia comunista en la Revolución Cubana, a la vez que usaba argumentos fuertemente revisionistas para demostrar que ésta se había introducido por su propio peso. Aseguró que sólo después de combatir el «cercamiento y aniquilación» del

ejército batistiano en la Sierra Maestra, «cayó en nuestras manos un folleto de Mao» y los rebeldes descubrieron que habían combatido con tácticas similares a las del dirigente chino contra un enemigo afín. Asimismo, sólo después de conocer las necesidades de los campesinos de la Sierra Maestra los rebeldes llegaron al umbral de la iluminación. ¿Era comunista la revolución?, se preguntó. «Si fuera marxista (y atención, que digo marxista), lo sería porque descubrió los caminos señalados por Marx a través de sus propios métodos.» Como de costumbre, el Che anticipaba a Fidel; pasarían aún nueve meses antes de que el *jefe máximo* reconociera públicamente la «naturaleza socialista» de su revolución.

El desencanto creciente de los antiguos aliados de Fidel –ese verano, varios ex camaradas de armas renunciaron a sus puestos– ahora se extendía al PSP.

Si bien había logrado muchos avances a partir de enero de 1959, era evidente que el Partido Comunista se subordinaba en forma creciente a Fidel. Jrushov ya había bendecido su preeminencia sobre el partido; se decía que en mayo le había asegurado en una carta privada que «no considera a partido alguno intermediario» entre Fidel y el Kremlin. Comunista o no, lo que se construía en Cuba era un culto de la personalidad a la antigua.

Miguel Ángel Quevedo, propietario y director de *Bohemia*, quien después de comparar a Fidel con Cristo el año anterior había perdido la fe, cerró su revista y huyó del país. Antes de partir, acusó a Fidel de reducir el país a un estado vergonzoso de «servidumbre rusa». El ex primer ministro Miró Cardona también huyó a Estados Unidos, donde poco después se unió a las fuerzas anticastristas. La Juventud Católica de Santiago realizó una gran concentración anticomunista; un sacerdote y varios miembros de la agrupación cayeron presos de un tiroteo en el que murieron dos agentes de policía. El cardenal Arteaga criticó duramente al gobierno en una nueva carta pastoral. Esta vez, Fidel respondió para deplorar las «provocaciones sistemáticas» de la Iglesia.

En Estados Unidos, la campaña presidencial entraba en la recta final a la vez que se aceleraban los cruces de acusaciones entre Washington y La Habana. Cuba era uno de los temas centrales de la campaña: los dos candidatos, el vicepresidente Nixon y el senador demócrata John F. Kennedy, rivalizaban en sus promesas de tomar medidas duras contra la isla. Kennedy ridiculizaba la «flojera» del gobierno de Eisenhower que había provocado la crisis; su gobierno, dijo, tomaría medidas enérgicas para restaurar la «democracia» en Cuba.

Los ataques de Kennedy dieron en la llaga. La Casa Blanca hizo aprobar leyes para sancionar a los países que compraban azúcar cubano con préstamos norteamericanos y retirar la asistencia a las fuerzas de seguridad de los países que prestaran cualquier tipo de ayuda a la isla. En el Departamento de Estado se desencadenó un agitado debate para determinar «quién perdió Cuba». Estados Unidos planteó el asunto en la Organización de Estados Americanos, y con la zanahoria de nuevas partidas de ayuda econó-

mica, hizo que una reunión de cancilleres en Costa Rica aprobara por unanimidad una declaración para condenar la intervención en el hemisferio de cualquier «potencia extracontinental», en evidente alusión a las relaciones cada vez más estrechas de Cuba con la Unión Soviética.

Fidel denunció la Declaración de San José con vehemente indignación. El 2 de septiembre hizo un discurso, conocido luego como la «Declaración de La Habana», en el que esbozó la posición de Cuba como ejemplo revolucionario para el hemisferio. Sin emplear la palabra «socialismo», proclamó la decisión cubana de defender los derechos de los oprimidos mediante la lucha contra la explotación, el capitalismo y el imperialismo; añadió que si Estados Unidos osaba atacar su país, «acogería» los misiles ofrecidos por Jrushov. Por último, anunció que su gobierno reconocería oficialmente a la China comunista.

Para remachar el clavo de la Declaración, Fidel efectuó un viaje jubiloso a Nueva York para la inauguración de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En esta ocasión, hizo todo lo posible por fastidiar a Washington. Se alojó en el Hotel Theresa del barrio negro de Harlem, en la calle ciento veinticinco, en un alarde de solidaridad con los negros oprimidos. Recibió a Jrushov, quien lo abrazó efusivamente, y se reunió con los autoproclamados «antiimperialistas» Kwame Nkrumah, Nasser y Nehru. También lo visitaron los presidentes de Polonia y Bulgaria, países del bloque soviético. En la Asamblea General, Fidel y Jrushov conformaron una sociedad de admiración recíproca, aludieron a sus respectivos discursos para elogiar la Revolución Cubana, acusaron a Estados Unidos de agresión, reclamaron el desarme nuclear global y abogaron por una ONU renovada, no alineada.

Al mismo tiempo, el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, afrontaba la mayor crisis de la guerra fría que afectaba a Naciones Unidas desde la guerra de Corea. El Congo, recientemente independizado de Bélgica, estaba desgarrado por luchas intestinas por el poder, fuerzas armadas amotinadas y la secesión de Katanga, la provincia rica en cobre. Soviéticos, belgas, norteamericanos, la misma ONU, todos intervenían para apoyar a las diversas fracciones. En ese clima crispado de tensión, Jrushov hizo historia cuando interrumpió el discurso del primer ministro británico Harold Macmillan que reclamaba mejores relaciones entre Oriente y Occidente, golpeando furioso con su zapato sobre la tarima de la delegación soviética. Fidel, aunque menos espectacular, también despertó iras al pronunciar el discurso más largo de la historia de las Naciones Unidas: bastante más de tres horas de reloj. Eisenhower desairó ostensiblemente al barbudo insolente de Cuba, pero Fidel y su comitiva vocinglera acapararon todo el interés de la prensa.

Al regresar a La Habana (en un avión Ilyushin prestado por los soviéticos, ya que Estados Unidos expropió el suyo) Fidel empezó a desmantelar los últimos vestigios de la influencia norteamericana a la vez que ajustaba los mecanismos de control de la Revolución. El 28 de diciembre se crea-

ron los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Éstos conformarían una red nacional de organizaciones cívicas: los residentes de cada manzana en todos los pueblos y ciudades de Cuba formarían un comité para asegurar la aplicación de los decretos revolucionarios y servir de fuerza de vigilancia para el aparato de seguridad estatal.

La embajada estadounidense en La Habana aconsejó a sus ciudadanos que abandonaran la isla. El reclutamiento y la instrucción de la milicia nacional –que según Fidel ya contaba con más de doscientos mil efectivos– era la nueva prioridad.

Irónicamente, el número de exiliados cubanos que quería tomar las armas *contra* Fidel le causaba dolores de cabeza a la CIA, que continuaba su campaña de reclutamiento. En Miami, Justo Carrillo renunció a la alianza anticastrista auspiciada por Washington, mortificado por el ingreso de números crecientes de ex batistianos. Unos seiscientos hombres se entrenaban en los campamentos guatemaltecos, mientras grupos menores recibían instrucción guerrillera especializada en Panamá y Louisiana. En La Habana, el grupo de Manuel Ray entró en acción con un audaz asalto a La Cabaña que logró liberar a algunos oficiales encarcelados con Huber Matos; posteriormente, Ray huyó a Estados Unidos. Con todo, estos proyectos disímiles carecían del menor grado de cohesión y de un caudillo capaz de imponer su voluntad a los demás; en pocas palabras, entre los antifidelistas no había un Fidel.

A principios de octubre, las tropas del gobierno apresaron después de un tiroteo a un grupo de cubanos y norteamericanos armados, y días después hallaron un depósito de armas y municiones que un avión de la CIA había arrojado sobre las montañas del Escambray. Ya había un millar de rebeldes en la región, que contaban con las armas y provisiones arrojadas desde el aire por la CIA, y con la ayuda en tierra del mercenario expatriado norteamericano William Morgan y uno de sus antiguos camaradas, el ex señor de la guerra en el Segundo Frente Jesús Carreras. Aleccionado por sus propias penurias en la Sierra Maestra, Fidel ordenó al ejército y las milicias que llevaran a cabo la evacuación forzada del campesinado de la región para privar a los rebeldes de alimentos e información. En poco tiempo la mayoría de los rebeldes –incluidos Morgan y Carreras– habían muerto en combate o en el paredón, pero los focos de actividad contrarrevolucionaria subsistirían en el Escambray durante varios años más.

En medio de esos sucesos, el Che, Raúl y Fidel asistieron a los festejos del undécimo aniversario de la República Popular China presididos por el jefe de la nueva delegación comercial china en La Habana. Se firmaron acuerdos de intercambio comercial con Hungría y Bulgaria.

El mismo mes, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir regresaron a Cuba invitados por Fidel. Esta vez no quedaron tan embelesados como la primera. «La Habana había cambiado; no había más clubs nocturnos ni casinos ni turistas norteamericanos; en el semidesierto Hotel Nacional, milicianos y milicianas muy jóvenes daban una conferencia. Por todas partes, en las calles, se entrenaba la milicia.»

El clima era tenso debido a los rumores de una invasión, la revolución se había «endurecido» y un aire notable de uniformidad se infiltraba en todos los aspectos de la vida cubana. Cuando preguntaron a los obreros de una fábrica textil cómo habían mejorado sus vidas después de la revolución, un dirigente sindical se adelantó rápidamente para hablar en su nombre y repitió como un loro el dogma oficial. El «realismo socialista» de tipo soviético había penetrado en la arena cultural; varios escritores dijeron a la pareja francesa que practicaban la autocensura y el poeta Nicolás Guillén dijo que consideraba «contrarrevolucionaria toda investigación en materia técnica y formal».

Partieron en pocos días, y Simone de Beauvoir concluyó que en Cuba había «menos alegría, menos libertad, pero mucho progreso en ciertos frentes». Como ejemplo de éste mencionó una cooperativa agrícola que la había impresionado favorablemente; con todo, «la "luna de miel de la revolución" había terminado».

## IX

El 11 de octubre, el Che convocó a su oficina al hombre más rico de Cuba, el magnate azucarero Julio Lobo. Como dueño de enormes extensiones de tierras productivas –recientemente expropiadas– y trece ingenios, Lobo era una potencia a tener en cuenta.

Este hombre culto, célebre por su valiosa colección de tesoros artísticos y objetos napoleónicos, era en gran medida un enigma, ya que se había negado a abandonar la isla o sumar su voz al coro de protestas anticastristas. Había llegado el momento de ponerlo a prueba. En pocos días, Fidel expropiaría los ingenios, y el Che quería convencer a Lobo de que permaneciera en Cuba con todos sus conocimientos. Alfredo Menéndez, administrador de los ingenios estatales desde el INRA, conoció de antemano la oferta que le harían a Lobo: un sueldo de dos mil dólares y el derecho de conservar una de sus mansiones, a su elección. «Porque realmente nosotros no queríamos que se fuera –dijo Menéndez–. Ése era el objetivo del Che, todo ese talento.»

La mera idea de ofrecer semejante sueldo a un hombre cuya fortuna era del orden de varios cientos de millones de dólares podía parecer absurda, pero acaso reflejaba la consagración singular del Che a su ideal, hasta el punto de creer que otros –incluso Julio Lobo– podían compartirla. Acosado por la fuga de técnicos y administradores experimentados, había tratado de convencer al personal capacitado, a hombres como Napoleón Padilla, de que permanecieran en la isla con la promesa de respetar sus sueldos de la época capitalista. Para los criterios de la «nueva Cuba», el sueldo que ofrecía a Lobo era verdaderamente alto; él mismo había rechazado por principio el sueldo de mil dólares que le correspondía como presidente del Banco Nacional y conservado sólo el de comandante, de doscientos cincuenta dólares.

Le dijo a Lobo que había llegado el momento de tomar una decisión: la

revolución era comunista y él, como capitalista, no podía conservar su situación presente; podía quedarse y adherirse a ella o bien debía partir. Lobo señaló con valentía que Jrushov creía en la «coexistencia pacífica» entre los sistemas políticos y económicos rivales en el mundo, pero el Che respondió que semejante propuesta «era posible entre países, pero no *dentro* de una nación».

A continuación, el Che expuso su ofrecimiento de que Lobo administrara la industria azucarera cubana. Perdería sus propiedades, pero podría conservar los ingresos de uno de sus ingenios. Lobo dijo que necesitaba tiempo para pensarlo y el Che accedió. Pero el empresario, que ya había tomado su decisión, volvió a su casa y dos días después voló a Miami. De allí se fue a España, donde pasó el resto de su vida en el exilio. Al día siguiente, el gobierno nacionalizó los bancos y todas las grandes empresas comerciales, industriales y de transporte. Se apoderó de los ingenios y las mansiones de Lobo; con el tiempo, la colección de objetos napoleónicos se convirtió en un museo estatal.

Una nueva ley de reforma urbana prohibió la propiedad de más de una vivienda y expropió las propiedades alquiladas; sus moradores pasaron a ser inquilinos del Estado. El 19 de octubre, Washington respondió a la última oleada de expropiaciones –que afectaba a muchas empresas norteamericanas– con un embargo comercial y la prohibición de las exportaciones a la isla salvo las de alimentos y medicamentos. En octubre, Fidel nacionalizó 166 empresas norteamericanas, en lo que constituyó el certificado de defunción de los intereses comerciales de Estados Unidos en Cuba.

Fidel podía jactarse de que tenía tanto los efectivos como las *armas* necesarios para rechazar una invasión. Washington era consciente de que no hablaba en balde. El 28 de octubre, el gobierno norteamericano acusó formalmente a Cuba ante la OEA de haber recibido «importantes» cargamentos de armas soviéticas desde el verano anterior. Al día siguiente, Washington convocó a Philip Bonsal para «consultas prolongadas»; jamás volvería a la isla. En esas horas, el Che viajaba a Moscú vía Praga.

## X

El 7 de noviembre, el Che estaba junto a Nikita Jrushov en el palco de honor que daba a la helada Plaza Roja de Moscú, donde se realizaba el desfile militar anual en conmemoración del cuadragésimo tercer aniversario de la Revolución de Octubre. Nikolái Leonov, su intérprete, se encontraba en la tribuna reservada al cuerpo diplomático.

Momentos antes el Che se encontraba a su lado, tiritando de frío, cuando un mensajero fue a informarle de que Jrushov lo invitaba a colocarse a su lado. «El Che no quiso ir –dijo Leonov–; no se sentía tan importante para estar en un lugar tan sagrado para él.» El mensajero partió, pero volvió poco después. El premier soviético insistía. El Che preguntó a Leonov

qué debía hacer; éste le dijo que aceptara. Que Leonov supiera, era la primera vez que alguien que no fuera un jefe de Estado «o al menos un jefe partidario», recibía la invitación a ocupar un lugar en la tribuna sacrosanta del Soviet Supremo sobre el mausoleo de mármol rojo donde yace el cuerpo embalsamado de Lenin.

José Pardo Llada, el antiguo compañero de viajes del Che, también se encontraba en la Plaza Roja, como integrante de una delegación cubana invitada por el Sindicato de Periodistas Soviéticos. Al ver a Guevara en la terraza exclusiva del Presidium junto a Nikita Jrushov y rodeado por las lumbreras del mundo comunista, observó que «en medio de la parafernalia internacional del comunismo, se veía satisfecho, radiante, feliz».

Entre las personas que le presentaron ese día estaba un boliviano moreno y delgado, de su misma edad, llamado Mario Monje Molina, líder del Partido Comunista Boliviano. Fue un encuentro breve y superficial: Monje recordaría más adelante que el Che apenas alcanzó a decirle, «he estado en tu país», antes de que continuaran las presentaciones. Siguieron sus respectivos caminos sin saber hasta qué grado sus destinos se entrelazarían en pocos años más.

En esa primera gira del bloque comunista, el Che viajó durante dos meses entre Praga, Moscú, Leningrado, Stalingrado, Irkutsk, Pekín, Shanghai, Pyongyang y Berlín. Mientras tanto, la campaña presidencial norteamericana arduamente disputada culminaba en un empate; en definitiva, John F. Kennedy derrotaría a Nixon por un margen estrechísimo.

El objetivo principal del viaje era asegurar la venta de la parte de la próxima zafra no adquirida por Moscú, una misión que adquiría cierta urgencia desde la decisión de Eisenhower de suspender las compras de azúcar cubano para el resto de 1960. Sabía que era apenas el preludio a la prohibición total de importar el producto, una perspectiva, empero, que no podía dejar de complacerlo en vista de sus esfuerzos por materializarla desde la victoria rebelde.

El Che había partido de La Habana el 22 de octubre, tres días después del anuncio del embargo norteamericano. Lo acompañaban Leonardo Tamayo, el escolta de dieciocho años que estaba a su lado desde los días en la Sierra Maestra; Héctor Rodríguez Llompart, su mensajero en las conversaciones con Mikoyán, y varios economistas cubanos, chilenos y ecuatorianos que colaboraban con él en el INRA.

En Praga, su primera escala, recorrió una fábrica de tractores, concedió entrevistas y obtuvo un préstamo de veinte millones de dólares para construir una planta de montaje de automóviles en Cuba. En Moscú, aprovechó los intervalos entre conversaciones con funcionarios económicos, militares y comerciales para pasear. Visitó el Museo Lenin y el Kremlin, colocó una ofrenda floral en la tumba de Lenin, asistió a un concierto de Chaikovski y, con Mikoyán, a una representación en el Teatro Bolshói. Leonov lo acompañaba a todas partes.

«Era un personaje altamente organizado –recordó Leonov–; no tenía en

ese sentido nada de latinoamericano, era más bien alemán. Puntual, exacto, era asombroso para todos los que han conocido América Latina. Recuerdo cómo él logró disciplinar a su delegación, que era bastante floja en la disciplina, porque el día programado para comenzar las negociaciones a las diez de la mañana, él sale a los carros que estaban esperando, solo, ninguno de los miembros de la delegación había bajado; todos estaban medio dormidos. Le pregunté: "Che, ¿esperaremos a la delegación?" Le dije que no se preocupara, que llamaría al ministro para que nos esperara unos quince o veinte minutos. Él me dijo: "No, vámonos solos." Y salió solo acompañado por mí a las negociaciones.»

Comenzó la reunión y unos veinte minutos después empezó a llegar el resto de la delegación cubana, todos jadeando y sin corbata. «[El Che] no dijo nada absolutamente, ni una sola palabra de crítica, ni el más leve movimiento de los músculos de la cara, nada; pero en la noche me dijo: "Óyeme, Nicolás, organiza mañana la visita de toda la delegación al Museo de Lenin en el Kremlin, y dile a la guía que va a dar la explicación que haga hincapié en la disciplina que exigía Lenin a los miembros del Buró Político en aquel entonces, que hable de eso sobre todo."»

Leonov dispuso todo tal como le había pedido el Che, y al día siguiente el grupo acudió al museo con entusiasmo. «La muchacha que daba explicaciones comienza a hablar sobre la disciplina en la administración de Lenin, decía que, cuando uno tardaba a la reunión del Consejo de Ministros, el primer castigo era la amonestación muy seria. La segunda vez que llegaban tarde, era la multa de dinero bastante fuerte y la publicación en la prensa del partido. Y la tercera vez, era separado de su cargo, ya sin explicaciones. Y todo el mundo lo sabía.» Los camaradas del Che comprendieron perfectamente. Leonov estudió sus expresiones y la del Che, que era «grave... irónica». A partir de entonces, según Leonov, no hubo más indisciplina en la comitiva del Che.

Sin embargo, sancionó a Llompart por su desprolijidad en la corrección del texto de un tratado comercial que debía firmar con el gobierno de Rumanía, uno de los países por visitar. El Che descubrió un error que se le había escapado a Llompart y lo regañó con furia.

«Me dijo cosas horribles para mí; me sentía aplastado, no tenía excusas de ningún tipo, simplemente no había hecho las cosas como tenía que hacerlas –recordó Llompart–. En los primeros momentos reaccionó violentamente, exigiéndome explicaciones y responsabilidades... Se percató de mi vergüenza y dejó de hablar... Sabía que yo comprendía mi error y que estaba abochornado.»

Sin embargo, el incidente no terminó ahí. Días después, Llompart se levantó a primera hora para ir a recorrer Leningrado con el resto de la delegación. Al verlo, el Che preguntó: «¿Y tú, adónde vas?» «Bueno, comandante –dijo Llompart–, a Leningrado...» «No –dijo el Che–, primero debes aprender a cumplir con tu deber.» El grupo partió sin Llompart. Pero más adelante, cuando se aprestaban a realizar otro paseo, el Che fue personalmente a decirle que podía participar; había cumplido la sanción.

El Che siempre era más severo con aquellos que consideraba que tenían pasta de verdaderos revolucionarios, y evidentemente Llompart era uno de ellos. Si lo decepcionaban, era implacable; si pasaban la prueba, los recompensaba con su confianza. Semanas después, en China, designó a Llompart su representante en una visita a Vietnam. Y al regresar a Cuba, lo nombró jefe de la delegación que visitaría el resto de los países del bloque oriental: Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania.

La franqueza del Che solía ofender a sus interlocutores, como sucedió cuando Leonov lo invitó a una cena privada antes de partir de Moscú. Como su vivienda era demasiado pequeña para semejante agasajo, pidió a la familia de Alexeiev, que aún vivía en Moscú, que preparara una cena especial en su apartamento, más grande y cómodo que el suyo. Se esforzaron por preparar esturión y otras exquisiteces de pescado dignas del huésped de honor.

Pero al llegar, el Che exclamó: «¡Madre mía! ¡Yo me quedo hambriento aquí!», y explicó a sus alicaídos anfitriones que no podía comer pescado debido a sus alergias. Le prepararon rápidamente unos huevos. Más tarde, sentados en torno de la magnífica mesa, el Che señaló los platos y echó una mirada intencionada a los comensales; los Alexeiev, que habían vivido en París, exhibían su mejor juego de loza. Alzó una ceja y observó: «Bueno, los proletarios comen aquí con la porcelana francesa, ¿eh?»

Aunque jamás lo dijo en público, sus conocidos dicen que el Che regresó de su primer viaje a Rusia consternado por el estilo de vida elitista y la evidente afición por los lujos burgueses que observó en los funcionarios del Kremlin, comparados con las condiciones de vida austeras del ciudadano soviético común. Evidentemente, cuatro décadas y media de socialismo no habían creado un nuevo Hombre Socialista, al menos en la élite partidaria; no eran ésas sus expectativas al visitar la madre patria del socialismo universal.

En un momento de seriedad, habló sobre Guatemala con Leonov. Evidentemente había sido una experiencia aleccionadora, y aunque poco antes había elogiado a Arbenz públicamente en Cuba, en la conversación con Leonov lo destrozó por «abandonar la batalla» sin luchar. En el pensamiento del Che, el liderazgo era un deber sagrado otorgado a un individuo «elegido» por el pueblo sobre la base de la confianza. Ese privilegio conllevaba la obligación de honrar esa confianza, incluso con el sacrificio de la propia vida. Así concebía su compromiso con la Revolución Cubana, e indudablemente esperaba lo mismo de Fidel.

«Yo no sé si se mantendrá la Revolución Cubana o no –dijo a Leonov–, es difícil decirlo, pero yo seguiré peleando hasta lo último... No me busquen más entre los refugiados de las embajadas. Ya he tenido esta experiencia y no la voy a repetir nunca; yo me iré con la metralleta en la mano, en la barricada.»

Leonov asistió a las conversaciones del Che con Jrushov. Entre otras cosas, quería que Cuba tuviera una planta siderúrgica –la piedra angular de la industrialización– con capacidad para producir un millón de toneladas de acero. Quería que los soviéticos la financiaran y construyeran.

«Jrushov al principio se mostró muy reservado –dijo Leonov–, dijo: "Bueno, vamos a estudiarlo", y sus expertos lo estudiaron durante varios días... Y cada vez, cuando [el Che] veía a Jrushov, le decía: "Bueno, Nikita, y qué hay del plan de la planta." Nikita le dijo: "Mira, Che, si tú quieres podemos construir la planta, pero en Cuba no hay carbón, no hay mineral de hierro, no hay mano de obra [cualificada] y tampoco hay mercado para el consumo de más de un millón de toneladas, con la incipiente industria cubana. ¿No sería mejor que hicieran una planta chiquita para trabajar con chatarra, con los hierros más bien usados, en luar de gastar tanto?"

»Pero él era intransigente. "Si construimos esa fábrica más rápido crearemos los cuadros necesarios. En cuanto al mineral de hierro, vamos a buscar en México, en algún lugar cercano; en cuanto al carbón, buscaremos algo... Podemos traerlo de aquí en los barcos que recogen el azúcar de Cuba."»

Más tarde, a solas, Leonov sugirió que Jrushov podía tener razón, que sería mejor construir gradualmente, por etapas, y que una planta tan enorme podría resultar prematura. Pero el Che respondió: «Bueno, Nicolás, aquí hay más razones sociales, más razones políticas, y la revolución debe ser algo imponente, grande. Debemos combatir el monocultivo del azúcar, debemos convertirnos en industria, y ustedes aquí, en la Unión Soviética, comenzaron su programa de industrialización sin una base.»

«Me parecía un poco artificial la idea, que tenía más fundamentos políticos y sociales que económicos, y no prosperó», dijo Leonov. Añadió que el Che perdió un poco de entusiasmo después de consultar con La Habana. No volvió a mencionar la idea y los soviéticos tampoco.

El Che llevó a Leonov en su viaje a Corea del Norte, pensando que harían falta sus servicios de intérprete, pero apenas llegaron a Pyongyang tuvieron que separarse. La disputa chino-soviética alcanzaba su apogeo, y Corea del Norte era aliada de Pekín.

«Pero los coreanos me aislaron, y me separaron prácticamente del Che», dijo Leonov, quien debió alojarse en la embajada soviética mientras llevaban al Che a una residencia para huéspedes del gobierno. Permaneció allí durante el viaje del Che a China y luego se reunieron para el regreso a Moscú.

Según Leonov, el viaje a Corea y China obedecía a un doble objetivo: «Para él, en primer lugar, conocer los ejemplos del socialismo asiático..., y segundo, porque esos dos países no estaban aquí en Moscú entre los futuros compradores de azúcar, y él quería asegurar algunas ventas de azúcar allá... Resolvió las dos tareas, porque vio el socialismo, un poco despótico, un poco asiático, a la usanza de ellos y logró la venta, creo que de doscientas mil toneladas de azúcar a China.»

En verdad, el viaje a China fue sumamente provechoso. Logró vender un millón de toneladas de la zafra de 1961 y además obtuvo un préstamo de sesenta millones de dólares para la compra de bienes chinos. Conoció al legendario líder de la Larga Marcha, Mao Tse-tung, y cenó con su segundo, Chou En-lai. Éste elogió la Revolución Cubana y el Che respondió que la revolución china era un ejemplo para «las Américas». Sin duda, esto mortificó a los

soviéticos, y su consternación sin duda aumentó cuando, al partir de China, el Che dijo que «en general no tenía una sola discrepancia» con Pekín.

Los norteamericanos tampoco pasaron por alto las declaraciones fraternales del Che. Un informe secreto de la inteligencia norteamericana comenta su estancia en China con interés. «Un aspecto notable de la visita de Guevara a Peiping [Pekín] fue que aparentemente tomó partido por los chinos en varios puntos clave de la disputa chino-soviética.»

«En una recepción, el 20 de noviembre, Guevara elogió el movimiento comunal chino (atacado por los soviéticos) y dos días antes ensalzó la revolución comunista china como un "ejemplo" que ha "mostrado un nuevo camino para las Américas". Guevara no hizo una declaración semejante sobre el ejemplo de la Unión Soviética durante su permanencia en Moscú.»

Si bien en sus declaraciones el Che dejó traslucir sus propias simpatías, tanto él como Fidel se preocupaban por no tomar partido abiertamente en la confrontación entre los dos gigantes del comunismo. De regreso en Pyongyang, el Che expresó diplomáticamente a Leonov su esperanza de que las dos naciones «resolvieran sus diferencias», pero los dos líderes cubanos tenían plena conciencia de que su posición les permitía aprovechar al máximo el enfrentamiento entre Pekín y Moscú. En efecto, a su regreso a Moscú el 19 de diciembre, los soviéticos en un alarde de generosidad aceptaron comprar 2,7 millones de toneladas de la zafra siguiente a precios superiores a los del mercado mundial. El comunicado soviético-cubano difundido ese día expresaba el agradecimiento cubano por la ayuda económica soviética y subrayaba el «pleno apoyo» de la Unión Soviética a los esfuerzos de Cuba por conservar su independiencia «frente a la agresión». En términos similares a los elogios de Guevara a China, el comunicado moscovita ensalzaba a Cuba como «un ejemplo para los demás pueblos del continente americano, así como los de Asia y África».

Al día siguiente, el Che partió de regreso a La Habana con breves escalas en Praga y Budapest. Se había enterado de que un conocido de la infancia, el refugiado republicano español Fernando Barral, vivía en Hungría. Se habían visto por última vez diez años antes, cuando el gobierno argentino detuvo a Barral por «agitación comunista» y lo expulsó del país. Desde entonces, Barral había estudiado en Hungría hasta licenciarse como médico. Había vivido la insurrección húngara de 1956 y la subsiguiente invasión soviética que la aplastó. Seguía las noticias sobre la Cuba revolucionaria con gran interés. En cuanto a ese comandante argentino Ernesto Guevara, apodado «Che», se preguntaba: «¿Será realmente el loco Guevara que yo conocí?» Durante su breve estancia en Budapest, el Che pidió a la embajada cubana que encontrara a Barral, pero fue imposible. Dejó la siguiente nota, que finalmente llegó a destino:

Querido Fernando:

Sé que tenías dudas sobre mi identidad pero creías que era yo. Efectivamente, aunque no, pues ha pasado mucha agua bajo mis puen-

tes y del ser asmático, amargado e individualista que conociste, queda el asma. Me enteré que te habías casado, yo también y tengo dos hijos,[1] pero sigo siendo un aventurero. Sólo que ahora mis aventuras tienen un fin justo.

Saludos a tu familia de este sobreviviente de una época pasada y recibe un abrazo fraterno de

Che

[P.D.] Qué tal es mi nuevo nombre.

Tal como le había sucedido a Granado, el contacto con Guevara imprimió un nuevo rumbo a la vida de Barral. El sistema socialista consolidado y burocrático de Hungría ya no tenía sorpresas para el exiliado, y la oportunidad de participar en la «nueva» revolución en Cuba le atraía enormemente. En su respuesta al Che, expresó su interés por vivir y trabajar en la isla. El Che le escribió en febrero de 1961 para darle la bienvenida. «Que el sueldo será decoroso sin permitir mayores lujos y que la experiencia de la Revolución Cubana es algo que me parece muy interesante para personas que, como tú, tienen algún día que empezar de nuevo en la patria de origen.»

(Barral aceptó la oferta y emigró a Cuba en noviembre de 1961. Casi el primer día, el Che lo envió con Ramiro Valdés, el jefe de seguridad, quien para poner a prueba su dedicación revolucionaria lo envió al Escambray a combatir en la «Lucha contra Bandidos».)

En ese viaje, un nuevo rostro entró en la vida del Che. En Berlín conoció a una mujer germano-argentina de veintidós años llamada Haydée Tamara Bunke, intérprete en sus reuniones con los funcionarios alemanes. Era hija de judíos comunistas que en 1931 habían huido de la Alemania hitleriana para radicarse en la Argentina, donde nació Tamara dos años después. Allí pasó su infancia y a los catorce años volvió con sus padres a la República Democrática Alemana, gobernada por los comunistas. Formada por sus padres en la ideología comunista, era hija leal del Estado socialista y miembro del ala juvenil del Partido Comunista desde los dieciocho años. Gracias a su conocimiento del español la nombraron intérprete oficial, pero según una declaración firmada que presentó al partido en 1958, soñaba con volver a Latinoamérica –en lo posible a su Argentina natal– para «ayudar al partido».

Cuando la presentaron al Che, la bonita rubia Tamara ya conocía a algunos de sus camaradas. Seis meses antes Orlando Borrego había viajado a Berlín con una delegación comercial, y Tamara les había servido de intérprete; más adelante, ambos recordarían el vivo interés de la joven por Cuba y su revolución, y su deseo de trabajar allá. Cinco meses después de conocer al Che, su deseo se hizo realidad; en mayo de 1961 voló a Cuba y

1. El 24 de noviembre, mientras él estaba en Pekín, Aleida había dado a luz a una niña. La llamó Aleida, como ella, pero el cabello y los ojos de la recién nacida eran como los de su padre.

poco después pasó a cumplir tareas en el proyecto de revolución latinoamericana.

En el vuelo de regreso, el Che sin duda se sentía complacido. Había conocido a los líderes del mundo socialista y obtenido ventas y créditos vitales para Cuba. Durante los dos años anteriores había desempeñado un papel crucial en la consolidación de la alianza soviético-cubana. Según Alexeiev: «El Che prácticamente fue el arquitecto de nuestra amistad.»

El Año Nuevo de 1961, Fidel convocó a la movilización militar general y realizó un desfile por las calles de La Habana para exhibir los tanques y armamentos recientemente adquiridos a la Unión Soviética. Al día siguiente, ordenó a la embajada estadounidense que redujera su personal a once empleados, el mismo número que la embajada cubana en Washington. Para el presidente saliente Eisenhower, fue la gota que rebasó el vaso. Sólo restaba firmar el certificado de divorcio que ponía fin a una relación agitada de sesenta años. Al día siguiente, 3 de enero de 1961, en una de sus últimas medidas antes de entregar la presidencia a John F. Kennedy, cortó las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba.

# 24. ESTOS TIEMPOS ATÓMICOS

## I

La mañana del 24 de febrero de 1961, el Che salió de su casa en la calle Dieciocho de Miramar. Su coche giró a la derecha por la Séptima avenida. Generalmente seguía otra ruta: giraba a la izquierda por su calle residencial, seguía hasta el bulevar arbolado de la Quinta avenida, donde giraba a la derecha, y después de pasar frente a la sede de la Seguridad del Estado entraba en el túnel bajo el río Almendares, luego bordeaba el mar por el malecón hasta llegar a La Habana Vieja , donde estaba el Banco Nacional.

Pero ese día enfiló hacia la Plaza de la Revolución. Fidel había ampliado su departamento del INRA hasta convertirlo en un ministerio, y el Che cumplía su primera jornada como ministro de Industrias. El cambio imprevisto de ruta probablemente salvó su vida.

Momentos después de salir, se produjo un tiroteo en la acera frente a su casa; los escoltas del Che empezaron a disparar a ciegas. En la casa, Aleida tomó al bebé y se resguardó en el hueco de la escalera de la planta alta, donde se les unió, aterrada, la nueva integrante del hogar de los Guevara: Sofía Gato, una camagüeyana de veinticinco años, la niñera de Aleidita, quien por entonces tenía tres meses.

Más adelante Sofía pudo reconstruir en parte los sucesos. Cuatro o cinco «barbudos» armados, ocultos detrás de unos setos que había cerca de la esquina de la Dieciocho con la Quinta, abrieron fuego de armas automáticas contra un vecino, un oficial llamado Salinas, que pasaba en su coche. Convencidos de que el blanco era la casa del Che, la guarnición de escoltas que vigilaba a la familia abrió fuego a su vez. Momentos después, Salinas estaba muerto en su coche y uno de los asaltantes se retorcía sobre la acera.

El gobierno rápidamente evitó la difusión del hecho, pero mucha gente ya estaba enterada. La versión extraoficial del Che y el gobierno fue que él no había sido el blanco del atentado. Según Oscarito Fernández Mell, otro morador de la casa en la calle Dieciocho, Salinas era efectivamente el blanco del asalto, provocado por un «asunto pasional». Como en tantos otros sucesos en Cuba, un manto de silencio oficial cayó sobre el incidente que aún hoy sigue sumido en el misterio.

Con todo, la idea de que el tiroteo de la calle Dieciocho fue un atentado frustrado contra la vida del Che resulta verosímil a la luz de lo que suce-

día en Cuba por aquellos días. En todo el país, ex «barbudos» como los que habían disparado contra el coche de Salinas tomaban las armas contra la revolución, contra el comunismo. La mayoría de los anticomunistas atribuían el «sometimiento» del país a la Unión Soviética sobre todo al Che, el tábano «rojo» que aguijoneaba a Fidel.

Para entonces se había frustrado por lo menos un atentado contra la vida del Che. Una noche de principios de 1960, cuando Alexeiev y el Che conversaban en la oficina del Banco Nacional –eran tiempos anteriores a la visita de Mikoyán, y sus encuentros aún eran clandestinos–, éste dijo: «Ven, Alejandro, voy a mostrarte desde dónde van a tirar contra mí los contrarrevolucionarios», y señaló la ventana de un edificio al otro lado de la callejuela. El agente soviético se asustó, pero el Che se apresuró a tranquilizarlo: los servicios de inteligencia cubanos vigilaban el lugar y estaban a punto de ocuparlo.

Fuera cual fuese la verdadera causa del tiroteo en la calle Dieciocho, a partir de entonces el Che tomó mayores precauciones. Todos los visitantes al Ministerio de Industrias eran registrados por los guardias. El Che llevaba una caja de cigarros llena de granadas de mano en el asiento del coche y modificaba diariamente la ruta para llegar a su oficina.

Los norteamericanos habían perdido prácticamente todas sus fuentes de información in situ. Los últimos diplomáticos habían abandonado la embajada el 20 de enero, pocos días después de prohibir los viajes de sus ciudadanos a la isla. El mismo mes, los gobiernos de Perú y Paraguay rompieron relaciones y retiraron a sus diplomáticos; durante los meses siguientes, otros vecinos anticastristas seguirían su ejemplo. Los exiliados cubanos ya sumaban casi cien mil; casi todos residían en Miami, y el gobierno norteamericano se había visto obligado a destinar fondos federales para conseguirles vivienda y trabajo. Uno de ellos era Pardo Llada, el molesto compañero de viaje del Che en su primera gira internacional, a quien habían indicado la conveniencia de partir a raíz de ciertos comentarios indiscretos sobre la infiltración comunista en el gobierno. Humberto Sorí-Marín no tuvo tanta suerte. Detenido por las tropas y acusado de realizar actividades contrarrevolucionarias auspiciadas por la CIA, el ex ministro de Agricultura fue a parar al paredón. Más allá del costo humano, las purgas y el éxodo masivo ayudaban al propósito de Fidel de «drenar la ciénaga», al expulsar de la escena a los quintacolumnistas y contrarrevolucionarios en potencia.

Mientras aquéllos partían, empezaban a llegar técnicos soviéticos, profesores de ruso, economistas y asesores militares. Mongolia, Albania, Hungría, China y Vietnam del Norte abrieron embajadas. Se sucedían las delegaciones comerciales y culturales del bloque oriental. El 17 de enero, Fidel anunció que un millar de jóvenes cubanos irían a la Unión Soviética por cuenta del gobierno para estudiar las «granjas colectivas». La transformación había sido tan brusca y drástica que incluso los obreros cubanos se asombraban de las diferencias entre los «americanos» y sus reemplazantes «rusos».

Si los norteamericanos eran ricos y prepotentes y hablaban un español horrible, estos recién llegados lucían y actuaban como campesinos toscos y

mal vestidos. Las mujeres eran gordas, vestían largas faldas campesinas y pañuelos en la cabeza; los hombres, trajes mal cortados de tela barata. Sudaban profusamente en el calor tropical, pero no usaban desodorante y para los remilgados cubanos, los rusos olían mal. No hablaban español, andaban siempre juntos y los transportaban a sus nuevos enclaves residenciales en camiones, como ganado. Contemplaban maravillados la ciudad moderna, con los llamativos productos norteamericanos que aún se exhibían en las vidrieras –televisores, frigoríficos, climatizadores– y las lujosas viviendas diseñadas por arquitectos, con piscinas y jardines muy bien cuidados. Abrían los ojos de par en par al paso de los inmensos automóviles norteamericanos, con sus relucientes cromados y carrocerías.

Para muchos observadores, los soviéticos no tenían el aspecto de representantes de la tan elogiada «superpotencia» socialista. Consciente del escepticismo popular, el Che lo tuvo en cuenta cuando apareció en televisión el 6 de enero para hablar sobre su viaje reciente a la Unión Soviética. Tras una serie de elogios líricos de las naciones que había visitado, en especial Corea del Norte y China, se refirió al asunto que preocupaba a todos: el evidente atraso de los soviéticos en materias que muchos cubanos daban por sentado. Sobre la visita a la Unión Soviética, dijo:

> Nosotros allí teníamos que plantear algunos problemas que nos daban algo de vergüenza realmente. Porque, por ejemplo, planteábamos el problema de que el pueblo cubano necesitaba materias primas para hacer desodorantes, y en esos países no entendían eso, porque son países que desarrollan toda su producción para el bienestar general del pueblo, y que tienen todavía que superar atrasos enormes...; no se pueden ocupar de esas cosas... Nosotros también tenemos que ocuparnos ya de cosas más importantes.

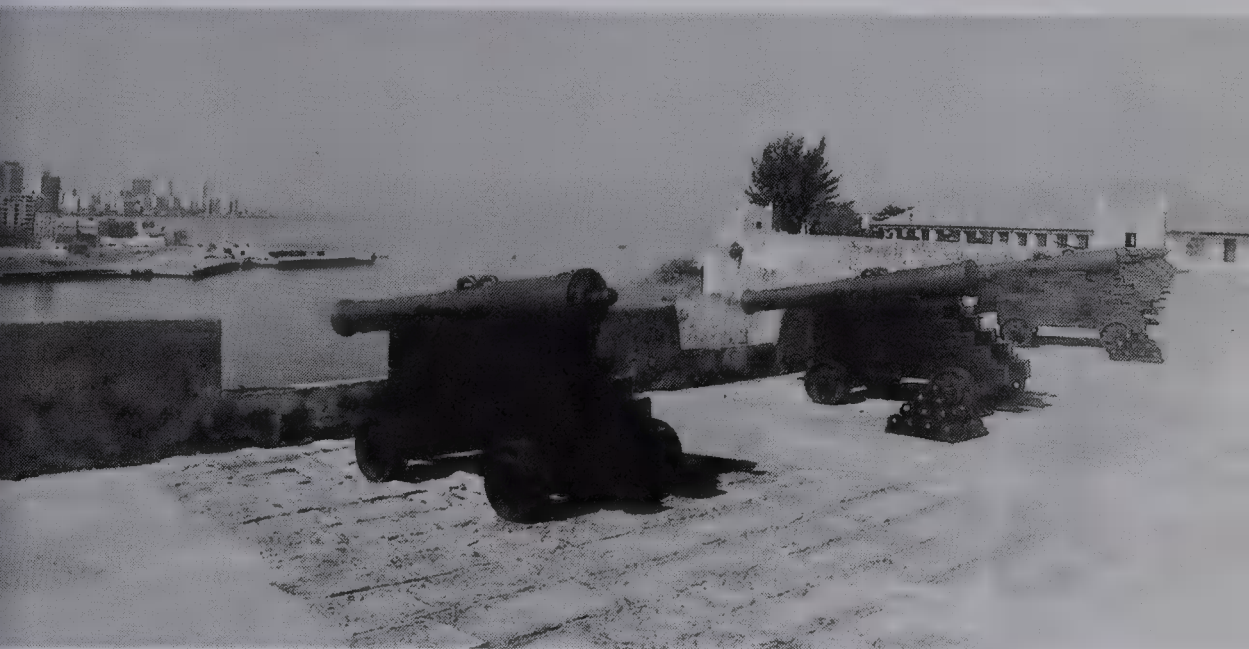
Dadas las circunstancias, el Che trataba de dirigirse a su audiencia en términos diplomáticos. Les decía a los remilgados habaneros que los *comprendía*, pero los tiempos habían cambiado, las prioridades nacionales eran otras y, como los rusos, tendrían que aprender a prescindir de los desodorantes. Reconocía además que los soviéticos, a pesar de sus progresos tecnológicos, eran efectivamente un pueblo rústico en más de un sentido.

La influencia del bloque soviético también se hizo más visible en la economía. En lugar de favorecer las granjas colectivas desorganizadas que sucedieron a las primeras expropiaciones de tierras, el gobierno empezó a reemplazarlas por las llamadas «granjas del pueblo» que seguían el modelo soviético.[1]

1. A pesar de las numerosas expropiaciones, muchas de las tierras cultivadas permanecían en manos de pequeños granjeros, que continuaban labrando sus parcelas sin ser estorbados por el gobierno. En 1963, una nueva disposición redujo el tamaño de las propiedades, pero la revolución nunca erradicó por completo a esos orgullosamente independientes granjeros guajiros.



La Habana, Año Nuevo de 1959. Tras enterarse de la huida de Batista, los rebeldes clandestinos y sus simpatizantes tomaron las calles para perseguir a los confidentes y policías del régimen. *Burt Glinn/Magnum*



La Cabaña, fortaleza de la época colonial española y cuartel desde el que se domina el puerto y la ciudad de La Habana. El Che tomó el mando del cuartel el 3 de enero de 1959 y lo convirtió en cárcel de los sospechosos de ser criminales de guerra batistianos. En el curso de tres meses se fusiló aquí a unas cincuenta y cinco personas, acusadas y condenadas por tribunales revolucionarios en los que el Che hacía de fiscal supremo. *Salas*



En enero de 1959 llegaron a La Habana la primera mujer del Che, Hilda Gadea, y la hija de ambos, Hilda Beatriz. Ernesto contó a su mujer que se había enamorado de Aleida March y le pidió el divorcio. Hilda accedió, pero optó por quedarse en Cuba. El 15 de febrero, el Che asistió a la fiesta de cumpleaños de su hija, que cumplía tres años. De izquierda a derecha (en primer término): el Che, Hilda e Hildita. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che y su hija Hildita con Antonio Núñez Jiménez, el geógrafo que se unió al Che en Santa Clara y entró con él en La Habana. El Che solía ir a visitarlo con su hija a La Cabaña. *Salas*



A raíz de la victoria rebelde, los padres del Che, su hermana Celia y su hermano Juan Martín fueron a visitarlo. En medio de una multitud de curiosos, el Che fue a recibirlos al aeropuerto de La Habana. De izquierda a derecha: Celia, Celia de la Serna, el Che y Ernesto Guevara Lynch. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che (sin camisa) y su madre durante el primer torneo anual de pesca Ernest Hemingway, 1960. La madre viajó varias veces a Cuba para ver a su hijo, pero el padre no volvió por la isla en vida de Ernesto. En el ángulo inferior derecho, la confidente y secretaria de Fidel, Celia Sánchez. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che y Aleida se casaron el 2 de junio en la vivienda de La Cabaña de Alberto Castellanos, guardaespaldas de Ernesto. Diez días después, el Che emprendió un largo viaje al extranjero. De izquierda a derecha, fila delantera: Raúl Castro, Vilma Espín, el Che, Aleida y Alberto Castellanos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Trabajando en los muelles de La Habana, 1961. Por lo general trabajaba seis días por semana entre dieciocho y veinte horas diarias, y los domingos por la mañana se iba a hacer «trabajo voluntario», práctica introducida por él para dar ejemplo personal del sacrificio comunista. *Liborio Noval*





Durante los seis años que el Che estuvo en Cuba, Aleida le dio cuatro hijos. Este retrato final de familia se hizo en marzo de 1965, poco antes de que el Che partiera para el Congo. De izquierda a derecha: el Che con un hijo recién nacido, Ernesto, Camilo, Aliusha y Aleida con la pequeña Celia en brazos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*

El Che y su ayudante Orlando Borrego en 1960, durante una jornada de trabajo voluntario en una obra de construcción. Cuando se fue de Cuba, el Che confió a Borrego su heterodoxa crítica inédita de la economía política soviética. *Salas*



A fines de 1960, durante su primer viaje a la URSS, el Che conoció al dirigente soviético Nikita Jrushov, que se había «enamorado» de la revolución cubana. Con ellos está Nikolái Leonov, el «traductor» del KGB a quien el Che conocía de su época de Ciudad de México. *TASS/Prensa Latina*



El Che y Mao Tse-tung, noviembre de 1960. Según el Che, la «moralidad socialista» de los chinos era «superior» a la de los soviéticos. Por su empeño en difundir en Occidente la táctica de guerrilla rural al estilo chino, el Kremlin acabaría por acusarle de «maoísta» radical. *Prensa Latina*



El Che recibido en el aeropuerto de La Habana por su mujer, Aleida, y el embajador soviético, Alexander Alexeiev (con camisa blanca). Cuando Alexeiev, que era funcionario del KGB, fue enviado a Cuba en 1959, el primer hombre al que visitó fue el Che. Tiempo después diría que «el Che fue prácticamente el arquitecto de las relaciones cubano-soviéticas». *Prensa Latina*



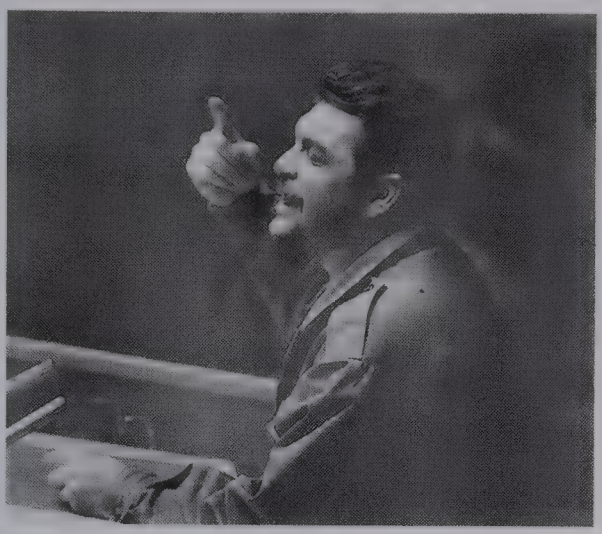
En 1959, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser era un destacado portavoz antiimperialista de las naciones que acababan de independizarse y el Che estableció relaciones fraternales con él. Pero Nasser consideraba imprudentes los planes del Che para combatir en el Congo, decía que se convertiría en una especie de Tarzán y que estaría condenado al fracaso. Detrás de Nasser vemos a Anwar el-Sadat. *UPI/Corbis-Bettmann*



El Che y el dirigente argelino Ben Bella, 1964. Les unían fuertes vínculos y coordinaban el apoyo a los movimientos guerrilleros de África y Latinoamérica. *AP/Wide World Photos*



Un chorro de lumbreras izquierdistas internacionales fluía hacía la «Cuba libre» para visitar al Che Guevara. En la foto vemos a Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, sentados en el sofá, entre el Che y Antonio Núñez Jiménez, 1960. Al morir el Che, Sartre diría de él que fue «el ser humano más completo de nuestra época». *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En diciembre de 1964, el Che se dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas para denunciar la intervención «racista» de las potencias blancas occidentales en el Congo. Al cabo de unos meses, el Che desaparecería de la vida pública para dirigir un grupo guerrillero cubano en apoyo de los revolucionarios congoleños. *UPI/Corbis-Bettmann*



John F. Kennedy y su mujer dirigiéndose a los exiliados cubanos en el Estadio de Miami, el 29 de diciembre de 1962. La brevedad del mandato de Kennedy fue ensombrecida por el enfrentamiento con Cuba. *Foto n.º ST-C75-2-62 de la Biblioteca Kennedy*



El Che durante un descanso de la cumbre económica celebrada en agosto de 1961 por la Organización de los Estados Americanos en Punta del Este, Uruguay. Mientras toma mate, habla con el presidente uruguayo Víctor Haedo (a la derecha de la foto, con boina blanca) y con un público absorto. En la cumbre, la delegación de Estados Unidos expuso el plan denominado Alianza para el Progreso, un paquete de ayudas para América Latina y piedra angular de la política de Kennedy para «frenar» a la Cuba comunista. *AP/Wide World Photos*



La Habana, desfile del 1 de Mayo de 1963. Los «Tres Grandes» de la revolución cubana: el Che, Raúl Castro y Fidel. *Salas*



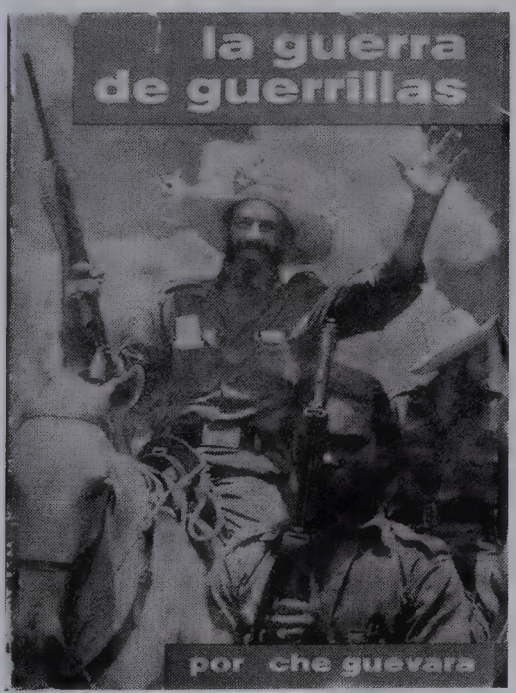
Aeropuerto de La Habana, 15 de marzo de 1965. Al volver a Cuba tras pronunciar un polémico discurso en Argel sobre la escasa ayuda de Moscú a las revoluciones socialistas de los países pobres, el Che fue recibido por Fidel, su mujer Aleida, el «viejo comunista» Carlos Rafael Rodríguez (centro) y el presidente cubano Osvaldo Dorticós. Inmediatamente después, Fidel proponía al Che que dirigiera un destacamento cubano de ayuda al Congo. El Che salió disfrazado de Cuba dos semanas después y ya no volvió a vérsele en público. *Prensa Latina*

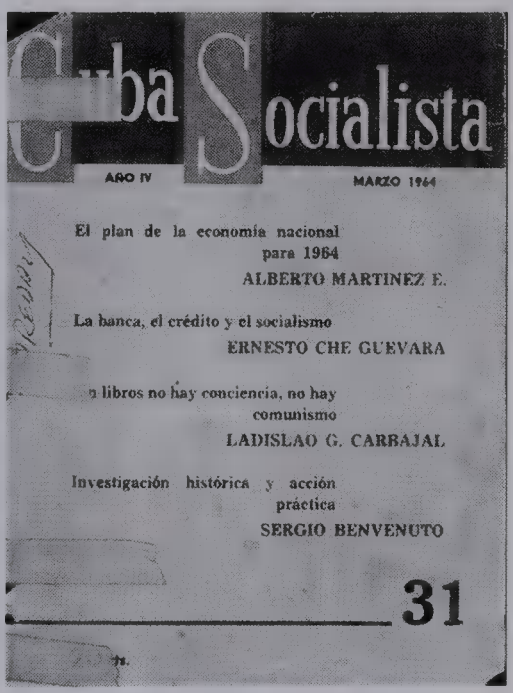






*Arriba:* Como presidente del Banco Nacional de Cuba, el Che supervisó la desaparición del capitalismo en la isla. Por firmar «Che» con toda indiferencia los nuevos billetes cubanos, causó alguna inquietud entre la comunidad económica.
*Abajo:* billetes cubanos impresos después de la muerte del Che para honrar al hombre oficialmente denominado «el guerrillero heroico».
*Izquierda:* también los sellos cubanos reproducían la cara del Che. *Colección del autor*




*Izquierda:* el manual del Che sobre la guerra de guerrillas, publicado en 1960.
*Derecha:* el artículo del Che sobre «La banca, el crédito y el socialismo» que apareció en marzo de 1964 en la revista *Cuba Socialista* y que formaba parte de una serie de trabajos donde exponía sus teorías sobre el camino que debía seguir la economía socialista de la isla.
*Colección del autor*



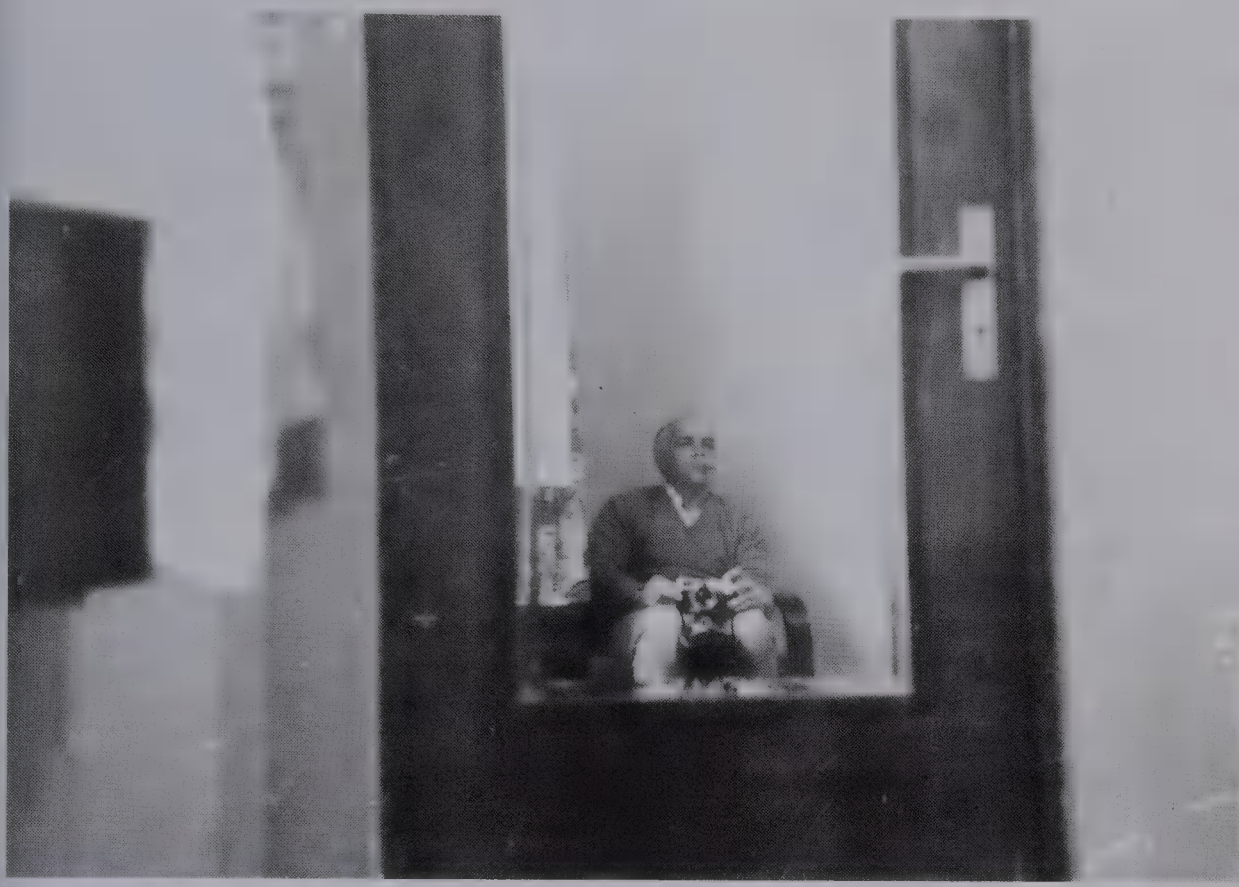
El Che, Aleida, el guardaespaldas del primero, Harry Villegas Tamayo (Pombo), y la mujer de éste, Cristina, en un momento inusualmente relajado. Pombo era uno de los más leales protegidos del Che y estuvo con él combatiendo en el Congo y en Bolivia. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che (comandante «Tato») en la «zona liberada» del antiguo Congo Belga, 1965. El Che daba clases diarias de cultura general y francés a los guerrilleros cubanos que había en el campamento. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



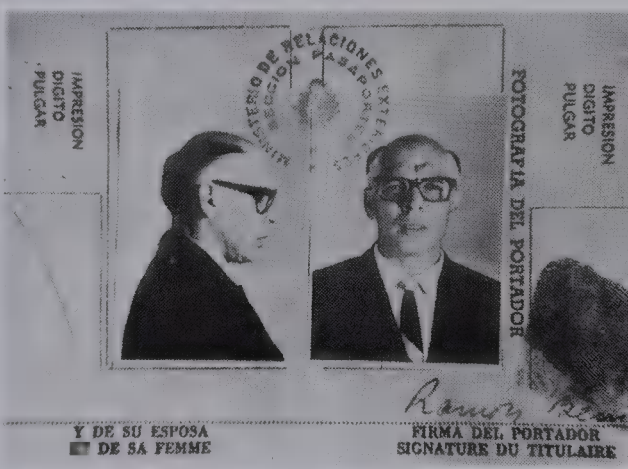
El Congo, 1965. De izquierda a derecha: el Che (Tato); José Ramón Machado Ventura, ministro cubano de sanidad; Emilio Aragonés (Tembo, o el Elefante, a causa de su tamaño), secretario de organización del Partido Unificado de la Revolución Socialista de Cuba; y el mejor amigo del Che, Óscar Fernández Mell (Siki, el Vinagre). *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Autorretrato prácticamente desconocido, hecho por el mismo Che disfrazado (de Adolfo Mena González, economista de Uruguay) en una habitación del Hotel Copacabana de La Paz, Bolivia, poco después de llegar para dar comienzo a la aventura guerrillera. Noviembre de 1966. *Cortesía de Richard Dindo*



Antes de partir para Bolivia, Fidel dijo al Che que acudiera disfrazado a una reunión con algunos de sus compañeros más íntimos, que no lo reconocieron hasta que Fidel les reveló quién era. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*




Fotos del pasaporte falso del Che a nombre de «Ramón Benítez». *Cortesía de Richard Dindo*



La germano-argentina Haydée Tamara Bunke, más conocida por Tania, con uniforme militar cubano, hablando con un soldado, en 1961. En 1964, el servicio secreto cubano la envió a Bolivia como espía, pero al poco de llegar el Che a Bolivia, Tania se unió a su grupo y fue abatida en una emboscada el 31 de agosto. *Cortesía de Thomas Billhardt*



Campamento guerrillero del Che en Ñancahuazú, Bolivia, primavera de 1967. De izquierda a derecha: Ciro Roberto Bustos, alias el Pelao, emisario argentino del Che; el peruano Juan Pablo Chang, alias Chino; Ernesto Che Guevara, alias Ramón; y el francés Régis Debray, alias Dantón. *Carrete confiscado al Che Guevara, cortesía del general Luis Reque Terán*



El Che y algunos de sus hombres en el campamento de Ñancahuazú. Sentado junto a él, con gorra, fumando en pipa y vestido a imitación de su comandante, su guardaespaldas Carlos Coello, Tuma. De izquierda a derecha: Alejandro, Pombo, Urbano, Rolando, el Che, Tuma, Arturo y Moro (o «Morogoro»). *Cortesía de Richard Dindo*



Durante buena parte de la campaña guerrillera boliviana, el Che estuvo tan enfermo que apenas podía andar. Iba en mula o a caballo siempre que podía, aunque él y sus hombres pasaban tanta hambre que tenían que comerse las cabalgaduras. *Cortesía de Richard Dindo*



El Che en un trapiche primitivo de la selva boliviana. Ésta es una de las fotos inéditas que el autor obtuvo de los herederos del militar boliviano Andrés Selich. *Carrete confiscado al Che Guevara, cortesía de Socorro Selich*



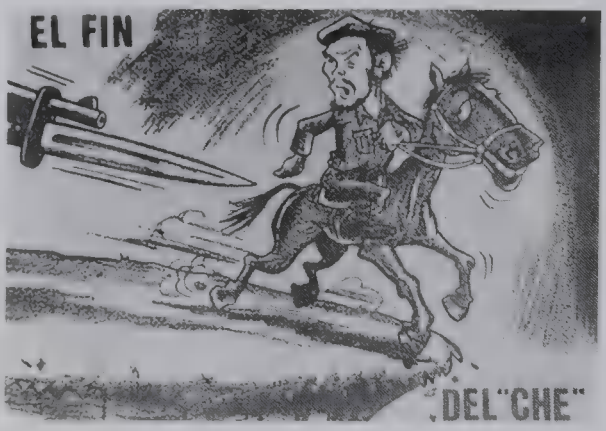
Campesinos bolivianos vistos por los ojos de Guevara. Foto tomada por el Che en la aldea de Moroco y perteneciente al carrete requisado por el teniente coronel Andrés Selich. *Cortesía de Socorro Selich*




Bolivia. *Pathfinder Press*



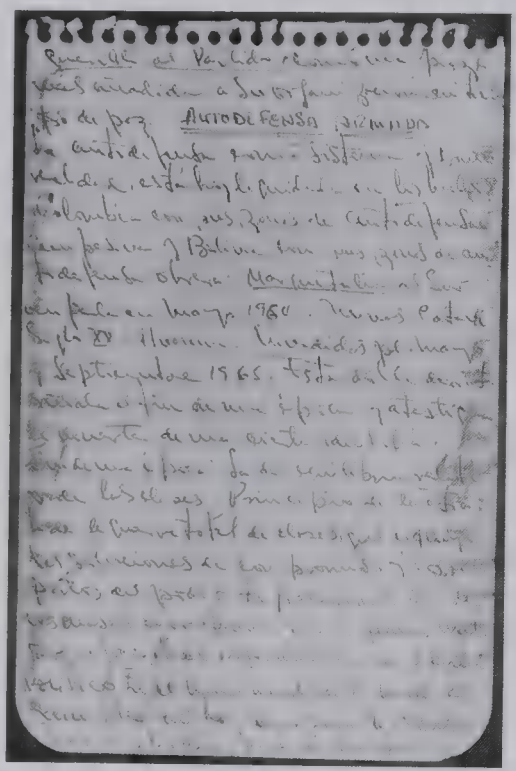

Detalle de la odisea guerrillera del Che en Bolivia, 1966-1967. *Pathfinder Press*




Panfleto propagandístico del ejército boliviano, distribuido por los militares durante su campaña contra los guerrilleros del Che. En él vemos al Che como un Don Quijote aterrado al que la bayoneta del ejército regular empuja hacia el abismo. *Cortesía del general Luis Reque Terán*



El general René Barrientos (centro), presidente de Bolivia, en Vallegrande, Bolivia. A la derecha, con gorra de plato y gafas de sol (sólo se le ve la cabeza), el teniente coronel Andrés Selich. Selich habló con Guevara antes de la ejecución de éste y estuvo a cargo del entierro secreto del cadáver del Che y sus compañeros en los alrededores de Vallegrande. *Cortesía de Socorro Selich*



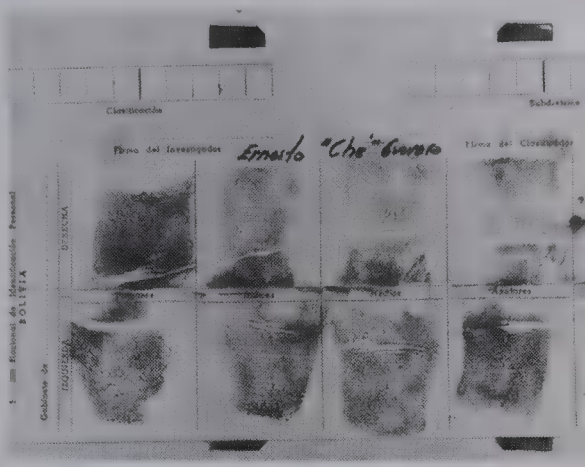
Página de las notas del Che sobre *¿Revolución en la revolución?*, la polémica monografía de Régis Debray. El Che perdió las notas durante una escaramuza con el ejército. El autor consiguió este y otros documentos gracias a la viuda del teniente coronel Selich. *Cortesía de Socorro de Selich*



9 de octubre de 1967. El Che, horas antes de su muerte. Junto a él el agente de la CIA Félix Rodríguez. Poco después de hacerse esta foto, Rodríguez comunicó al Che que iban a ejecutarlo. *Cortesía de Félix Rodríguez*



Foto tomada con la cámara del teniente coronel Selich: la escuela de La Higuera donde el Che estuvo prisionero veinticuatro horas y fue ejecutado a continuación. *Cortesía de Socorro Selich*




Huellas dactilares del difunto Che Guevara. La noche del 10 de octubre, antes de que «desapareciera» el cadáver, se le amputaron las manos y se guardaron en sendos frascos de formol; las huellas se enviaron a Argentina para que se comparasen con las que figuraban en los archivos de Buenos Aires. *Cortesía de Socorro Selich*



El cadáver del Che exhibido públicamente e inspeccionado por sus enemigos uniformados en la lavandería del hospital Nuestro Señor de Malta, Vallegrande, 10 de octubre de 1967. *Freddy Alborta*



Cientos de civiles, soldados y periodistas desfilaron para ver el cadáver del Che. Las monjas del hospital de Vallegrande dijeron que se parecía a Jesucristo y las lugareñas le cortaron mechones de pelo para que las protegiera. Hasta el día de hoy los conservan como amuletos de la suerte y rezan por el alma del Che el Día de los Fieles Difuntos.



Tras las revelaciones al autor del general retirado Mario Vargas Salinas en noviembre de 1995, el presidente de Bolivia, Gonzalo Sanchez de Lozada, decretó el levantamiento del secreto militar en torno al lugar donde se hallaban los restos del Che Guevara y sus guerrilleros caídos. A pesar de la oposición del alto mando militar boliviano (que además puso a Vargas Salinas bajo arresto domiciliario, para silenciarlo), se inició una larga y tortuosa búsqueda. Finalmente, en julio de 1997, el cadáver del Che fue descubierto en una fosa común situada bajo la pista del aeródromo de Vallegrande. En la foto inferior, el antropólogo forense argentino Alejandro Inchaurregui, jefe del equipo que dirigió la búsqueda, durante las excavaciones. *Fotos del autor*





Honras fúnebres del Che en la plaza de la Revolución de La Habana, octubre de 1967. *Salas.* Con su muerte, el Che pasó a considerarse a nivel internacional como un héroe popular de dimensiones míticas. Su imagen se ha reproducido en carteles, pañuelos, gorras de béisbol, camisetas, llaveros, incluso en marcas de puros y cerveza. La fascinación universal por Ernesto Guevara, como producto comercial o como figura histórica, continúa cuarenta años después de su muerte. Se diría que hay cierta verdad en la consigna que se recitaba en los años sesenta: «¡El Che vive!» *Foto del autor*



En el ministerio del Che, asesores checos y soviéticos trabajaban con los economistas sudamericanos de la primera generación. El Che organizó un grupo de estudios marxistas en el que participaban él mismo, Orlando Borrego y otros asesores; a cargo del curso estaba el hispano-soviético Anastasio Mansilla, un especialista en economía política.

Junto con casi todas las demás influencias norteamericanas –por ejemplo, se prohibió a Papá Noel–, se desalentó el aprendizaje del inglés; el segundo idioma a aprender en la «nueva» Cuba era el ruso. El Che empezó a tomar clases de ruso dos veces por semana con Yuri Pevtsov, un filólogo enviado por la Universidad Lermontov para ser su intérprete y preceptor personal. A falta de un manual ruso-español, utilizaron un libro de primeras letras ruso-francés.

A pesar de los chistes populares que circulaban acerca de los *«bolos»*, cierto «estilo» soviético empezó a infiltrarse inexorablemente en la vida cubana, al principio de manera superficial. El gobierno encabezaba la transformación de los símbolos. Ya existía una agencia de planificación central, el JUCEPLAN, imitación del GOSPLAN soviético. Calles, teatros, fábricas recibían nuevos nombres de héroes y mártires, tanto nacionales como extranjeros, como Camilo Cienfuegos y Patrice Lumumba. El viejo Cine Chaplin de la Primera avenida ahora se llamaba Carlos Marx y en poco tiempo se fundarían las guarderías Héroes de Vietnam y Rosa Luxemburgo.

Desde la revolución era costumbre bautizar a los bebés Fidel y Ernesto, por el Che. Ahora los cubanos empezaban a bautizar a sus hijos con nombres como Alexéi y Natasha. La hija menor del Che adquirió un apodo ruso: Aliusha.

En Washington, los analistas de los servicios de inteligencia atribuían el viraje espectacular de la isla hacia el bloque soviético en gran medida a los esfuerzos del Che Guevara. En una evaluación secreta de su reciente misión al bloque chino-soviético, fechada el 23 de marzo, la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado reconoció sus logros indudables.

«Cuando finalizó la visita, Cuba tenía acuerdos comerciales financieross, además de vínculos culturales, con todos los países del bloque, relaciones diplomáticas con todos menos Alemania Oriental y acuerdos de asistencia científica y técnica con todos menos Albania.»

No se sabía si Guevara había negociado una mayor ayuda militar, pero el informe lo consideraba sumamente probable. «Se puede suponer que el asunto fue materia de discusión y que se acordó un nuevo envío de armas. Según un informe, en el comienzo de su gira Guevara pidió misiles a Jrushov y el premier soviético se negó, pero prometió enviarle armas automáticas de la Segunda Guerra Mundial.»

## II

La CIA había discutido largamente los pros y los contras de asesinar al Che, Raúl y Fidel. En enero de 1960, Allen Dulles había rechazado inicial-

mente una conspiración asesina en favor del plan del «ejército en el exilio». Con el tiempo se impondría el Dulles de la vieja escuela, quien por pragmatismo –no por sed de sangre– aceptaba cualquier plan capaz de asegurar el objetivo con la mayor eficiencia posible. Si la muerte de los principales líderes cubanos ayudaba a garantizar el éxito de la invasión, entonces se debía adoptar esa alternativa; así, durante los meses siguientes, había autorizado al director de operativos clandestinos Richard Bissell a estudiar las posibilidades de asesinato. Ya se habían pergeñado algunos planes, entre ellos un intento absurdo de envenenar los habanos preferidos de Fidel. A lo largo de los meses y años subsiguientes se elaborarían o intentarían muchas conspiraciones para asesinar a Fidel y sus principales camaradas, algunas incluso con la complicidad de la Mafia norteamericana.[1]

Al mismo tiempo, Allen Dulles tenía que ocuparse de la explosiva crisis del Congo. La antigua colonia belga era fuente de recursos minerales estratégicos para Occidente, y Washington no podía permitir la instauración de un gobierno satélite de Moscú; tal como temían Dulles y sus hombres, ésa era justamente la intención de Jrushov. El aparentemente caprichoso primer ministro del Estado africano, Patrice Lumumba, había solicitado tropas de la ONU para impedir la secesión de la provincia cuprífera de Katanga, encabezada por su rival Moise Tshombé con el respaldo de Bélgica, pero luego había buscado el apoyo militar de la Unión Soviética.

En agosto de 1960, con aprobación de Eisenhower, Dulles había enviado un telegrama al jefe de la CIA en Leopoldville, capital del Congo, autorizándolo a «desplazar» a Lumumba «como objetivo urgente y primordial... de alta prioridad». Lumumba fue expulsado de su puesto por el presidente Joseph Kasavubu y el comandante del ejército Joseph Mobutu, pero aún se lo consideraba peligroso. En septiembre Dulles ordenó que Lumumba fuera «eliminado de cualquier posibilidad [de] regresar al gobierno...».

Una semana después, el jefe de la CIA en Leopoldville recibió una visita de Washington, el doctor Sidney Gottlieb de la «división médica» de la CIA. En su valija diplomática traía una jeringa, guantes de goma, una máscara de cirujano y una toxina biológica imposible de rastrear: habían encontrado la manera más práctica de «desplazar» a Lumumba. Pero éste no cayó en manos de la CIA sino de sus propios rivales congoleños; tropas del ejército lo entregaron a las fuerzas de Tshombé aunque se hallaba bajo la protección de la ONU. Lumumba fue asesinado en cautiverio el 17 de enero de 1961, pero la noticia no fue divulgada hasta un mes después.

Finalmente, a mediados de febrero, se difundió la noticia de la muerte de Lumumba. Jrushov reaccionó con furia, acusando al secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld de «complicidad» en el asesinato. El canciller cubano Raúl Roa se hizo eco de la denuncia en una nota de protesta formal

1. Hacia 1960, según Evan Thomas, el autor de un libro sobre los primeros años de la CIA (véase la bibliografía), la CIA había elaborado con James Boudish nombres en código para sus objetivos: Fidel era AMTHUG, mientras que el Che era AMQUACK

a la ONU. En La Habana, el Che deploró la muerte de Lumumba, a quien admiraba como caudillo revolucionario afín a los cubanos en África, y el gobierno decretó tres días de luto oficial. Desde luego, los hombres de la CIA estaban complacidos, aunque lo disimularon con toda discreción.

Al llegar marzo, los preparativos de la CIA para una invasión de Cuba ya estaban bien encaminados e incluían una organización en la isla que debía servir de fachada política. Después de crear una floreciente red clandestina, Manuel Ray quedó subsumido en la alianza de exiliados cubanos auspiciada por la CIA, que había designado al ex primer ministro Miró Cardona titular del autoproclamado Consejo Revolucionario Cubano y futuro presidente provisional. Pero tanta actividad anticastrista había generado graves problemas en otras partes.

En noviembre, los más de seiscientos combatientes cubanos en el exilio que conformaban la Brigada 2506 habían terminado un curso de instrucción guerrillera de tres meses en Guatemala, pero la prensa había denunciado su presencia, así como el hecho de que los auspiciara la CIA. El escándalo consiguiente causó dificultades al presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes. Furiosos por la presencia de tropas extranjeras en su tierra, un grupo importante de oficiales nacionalistas se había alzado en armas; la noche del 13 de noviembre había tomado una guarnición de la capital, el cuartel Zacapa en el oriente del país y Puerto Barrios sobre el Caribe.

A pesar de sus éxitos iniciales, los oficiales rebeldes y sus tropas dudaban sobre sus pasos siguientes y rechazaban a cientos de campesinos zacapeños que pedían armas para unirse a ellos. Una flotilla naval norteamericana fondeó frente a la costa y la guerrilla cubana de la CIA fue enviada a reprimir la sublevación, mientras bombarderos B-26 de la CIA con pilotos cubanos desalojaban a los rebeldes de sus posiciones. El despliegue de fuerza logró su propósito y las tropas rebeldes capitularon rápidamente.

Pero lo que en su momento pareció un incidente secundario tendría consecuencias graves para el futuro. Dos jóvenes oficiales rebeldes que habían recibido entrenamiento en Estados Unidos no volvieron a sus cuarteles. Marco Aurelio Yon Sosa, de veintidós años, y Luis Turcios Lima, de diecinueve, pasaron a la clandestinidad, resueltos a iniciar una guerra de guerrillas contra el régimen guatemalteco. Quince meses después aparecerían a la cabeza de una insurgencia izquierdista calificada por Ydígoras Fuentes de «dirigida por Cuba»; con el tiempo, Turcios Lima se convertiría en uno de los protegidos revolucionarios preferidos del Che.

En noviembre también hubo disturbios en Venezuela, donde los miristas pro cubanos y los comunistas iniciaron una violenta insurrección en Caracas contra el régimen de Betancourt. El partido de centroizquierda URD dirigido por un ex presidente, el almirante Wolfgang Larrazábal, desertó del gobierno de coalición y conformó un Consejo de Liberación Nacional con el MIR y los comunistas para derrocar al gobierno. Se produjeron manifestaciones estudiantiles y choques con la policía hasta que el gobierno acabó por aplastar la rebelión. Betancourt incrementó la represión; antes de

fin de año suspendería las garantías constitucionales por tiempo indeterminado, cerraría las universidades, prohibiría los diarios de izquierda y mandaría tropas a ocupar los yacimientos petroleros. Así se creaba una escena propicia para una lucha armada guerrillera, que estallaría en poco tiempo con respaldo cubano.

Entretanto, la «graduación» de la brigada de exiliados cubanos basada en Guatemala coincidió con un cambio de estrategia en cuanto a las funciones futuras de la CIA en la isla. La experiencia reciente indicaba que la capacidad de la fuerza para luchar y sobrevivir como ejército guerrillero, según la intención original de la agencia, era más que dudosa. Mientras la fuerza principal se adiestraba en Guatemala, la CIA había iniciado un plan clandestino paralelo que consistía en enviar pequeños grupos de rebeldes y saboteadores a Cuba. Las fuerzas de Castro habían puesto a la mayoría fuera de acción en poco tiempo. Los envíos de provisiones por aire para mantener a los rebeldes en el monte también habían fracasado. Por consiguiente, se imponía un plan más ambicioso.

En un cambio de táctica, Richard Bissell sustituyó a los instructores guerrilleros de la brigada cubana por especialistas en guerra convencional. Según el nuevo plan, la brigada realizaría un desembarco anfibio en la costa cubana. Con apoyo de bombarderos, tomarían posiciones y proclamarían un gobierno provisional que recibiría el reconocimiento inmediato tanto de Washington como de los gobiernos latinoamericanos aliados. Así, en teoría, Estados Unidos podría intervenir «en apoyo» del nuevo «gobierno democrático» cubano. Se esperaba que para entonces Fidel, el Che y Raúl estarían muertos. La CIA ya elaboraba distintos planes para asesinar a los dirigentes cubanos en vísperas del desembarco.

Hombres seleccionados de la brigada guatemalteca habían formado siete grupos de infiltración de cinco efectivos cada uno, llamados Equipos Grises. Su cometido era reunirse con la resistencia clandestina en la isla y ayudar a coordinar los envíos de armas por aire. Una vez que desembarcara la fuerza invasora principal, los equipos debían atacar blancos determinados y provocar insurrecciones por toda la isla. Entre los elegidos estaba Félix Rodríguez, que entonces tenía diecinueve años. Los aspirantes de los Equipos Grises fueron trasladados a otro campamento en la selva guatemalteca, donde exiliados anticomunistas de Europa Oriental, todos veteranos de guerra, les enseñaron el «oficio» de espía. Poco después de Navidad, un avión de transporte militar norteamericano con vidrios opacos los trasladó a Fort Clayton, una de las bases en Zona del Canal de Panamá. Allí fueron instruidos en el manejo de las armas más modernas de origen soviético y de Europa del Este.

A principios de enero, Rodríguez comunicó a sus jefes norteamericanos un plan que había elaborado para asesinar a Fidel. Días después le dijeron que la agencia lo había aprobado. Voló con otro camarada a Miami, donde le proporcionaron un fusil de precisión alemán con mira telescópica. Ya habían elegido el lugar del atentado, una casa de La Habana que Fidel solía

frecuentar. En tres ocasiones Rodríguez fue trasladado de noche en lancha rápida a la costa cubana, y las tres veces sus contactos en tierra faltaron a la cita. Después del tercer fracaso, la CIA le quitó el fusil y le dijo que había «cambiado de opinión» sobre el operativo.

Para entonces los demás Equipos Grises se encontraban en un campamento en las afueras de Miami. El 14 de febrero, el primer grupo de infiltración entró clandestinamente en Cuba. Una semana después, y cuatro días después del atentado en la puerta de la casa del Che, Rodríguez y sus cuatro camaradas, con armas, explosivos y municiones, se lanzaron en paracaídas sobre la costa norte de la isla entre el balneario de Varadero y La Habana. Allí los recogieron militantes clandestinos del MRR.

Durante el mes siguiente, Rodríguez y sus hombres se reunieron con la resistencia en La Habana y Camagüey. Se alojaban en casas clandestinas y se preparaban para recibir un gran cargamento de armas de la CIA. Recibidas y distribuidas las armas, su siguiente misión consistía en repetir lo que habían hecho el Che y Camilo durante la última etapa de la guerra contra Batista: abrir un frente guerrillero en el norte de Las Villas para tratar de partir el país por la mitad, lo que obligaría al gobierno a traer fuerzas desde la costa sur, donde debía desembarcar la fuerza invasora.

Cierto día de mediados de marzo, Rodríguez ayudó a la resistencia a trasladar armas de una casa clandestina adyacente a la sede de la Seguridad del Estado, en la Quinta avenida entre las calles Catorce y Dieciséis. Lo que no sabía era que el célebre Che Guevara vivía a menos de dos calles; si no, probablemente hubiera ideado un plan para asesinarlo.

Por cierto que era muy difícil que tanta actividad pasase inadvertida para el régimen de Castro, que había perdido rápidamente toda esperanza de que el nuevo presidente norteamericano aceptara una Cuba socialista como hecho consumado. El presidente Kennedy, que durante la campaña había atacado implacablemente al gobierno de Eisenhower y Nixon por ser complacientes con Castro, ahora parecía resuelto a dar prueba de su valor; en los dos meses transcurridos desde que tomó posesión del cargo se habían multiplicado los indicios de que se preparaba algún tipo de intervención militar con respaldo norteamericano.

En efecto, Kennedy estaba informado sobre el plan de invasión de los «exiliados cubanos» desde su triunfo electoral en noviembre y le había dado luz verde al director de la CIA, Allen Dulles. Desde que había tomado posesión de su cargo, Kennedy escrutaba el plan ambicioso de la CIA con ojo más crítico, expresaba dudas sobre su viabilidad (y algunos de sus asesores civiles se oponían con vigor), pero las advertencias y seguridades reiteradas de la CIA habían logrado el efecto deseado.

Los agentes de Dulles aseguraban a Kennedy que la fuerza de exiliados estaba preparada e impaciente por combatir; el «día D» no se podía postergar. Tal como estaban las cosas, la CIA era capaz de «eliminar» la pequeña flota cubana de bombarderos B-26 y helicópteros Sea Fury antes de la invasión para proteger a los exiliados de los ataques aéreos. Pero esa ventana se

cerraba rápidamente; pilotos cubanos aprendían a manejar MiG soviéticos en Checoslovaquia, y aunque esos aviones aún no habían llegado a Cuba, probablemente lo harían en poco tiempo.

El lugar elegido por la CIA para el desembarco se encontraba en la costa sur de Cuba cerca de Trinidad, en la provincia de Las Villas, pero a Kennedy le pareció demasiado «espectacular». Optó por un lugar más discreto al oeste del primero, en la remota Playa Girón de la bahía de Cochinos. Le habían asegurado que si no lograban consolidar su posición en la playa, podían llegar al «cercano» Escambray donde se reunirían con los rebeldes de allí para iniciar un movimiento guerrillero de resistencia.

El plan tenía muchos puntos débiles. Los montes «cercanos» del Escambray estaban a más de ciento cincuenta kilómetros; el aislamiento que hacía parecer a Playa Girón el lugar ideal para un desembarco clandestino podía convertirla en una trampa mortal si las fuerzas castristas llegaban con suficiente rapidez. En caso de necesidad, había sólo dos vías de escape: por los caminos estrechos que atravesaban la vasta ciénaga de Zapata o por la costa, al descubierto. En ambos casos sería fácil emboscar, cercar y masacrar a los rebeldes. Evidentemente, los estrategas de la CIA no habían pensado en ello.

A pesar de sus recelos, Kennedy dio su autorización, pero prohibió la participación directa de tropas norteamericanas y el apoyo aéreo a gran escala una vez iniciado el asalto. Al parecer, los hombres de la CIA pensaban que una vez iniciado el asalto, el presidente cedería. Fuera como fuese, los exiliados cubanos fueron informados de este dato crucial; estaban convencidos de que Estados Unidos los respaldaría con todo su poder militar.

La CIA tampoco tenía la menor idea de hasta qué punto el servicio de inteligencia de Castro se había infiltrado en su plan «clandestino». Por lo menos uno de los treinta y cinco integrantes de los Equipos Grises infiltrados en Cuba era un doble agente castrista, y sin duda había otros. La comunidad de exiliados en Miami, donde Fidel había instalado una red eficiente, conocía las líneas generales del plan. Para colmo, Fidel estaba bien provisto de vehículos blindados. Años después, Alexeiev confesaría con regocijo que «teníamos armas soviéticas en Playa Girón. Muchas armas soviéticas participaron en Playa Girón».

## III

En medio de las fuertes tensiones provocadas por los rumores de invasión, los ataques aéreos nocturnos y una serie de bombardeos a tiendas habaneras expropiadas, el Che pronunciaba discursos, escribía artículos y recibía delegaciones extranjeras. Cuando los chinos, que no estaban dispuestos a dejarse ganar por los soviéticos, realizaron una Exposición de Edificación Socialista en el Hotel Habana Libre, asistió a las ceremonias de inauguración y clausura. Cortó la cinta en una fábrica de lápices recientemente adquirida a la Unión Soviética y visitó la mina de níquel nacionalizada de Ni-

caro, donde instó a los trabajadores a «trabajar mucho y sacrificarse para producir más».

El trabajo voluntario era la bandera que había empezado a enarbolar el Che en sus esfuerzos por crear un «Hombre Nuevo Socialista» en Cuba. Había iniciado esa práctica en pequeña escala poco después de la muerte de Camilo con la construcción de una escuela en memoria del camarada muerto, pero después de ver las brigadas de trabajo voluntario en la China de Mao, había abrazado con toda convicción la idea de emularlas en Cuba. Desde su regreso, el Che pasaba los sábados trabajando en las líneas de producción de las fábricas, cosechando caña, apilando ladrillos en las obras en construcción, e instaba a sus colegas del Ministerio de Industrias a que «dieran el ejemplo» mediante el trabajo voluntario en la zafra. Los empleados del ministerio advirtieron rápidamente que para granjearse el favor del Che había que sacrificar el sábado en familia para unirse a él en el trabajo.

El programa del Che, que con el tiempo se llamaría «emulación comunista», se basaba en el principio de que al trabajar voluntariamente para la sociedad sin pensar en la remuneración, el individuo da un paso importante hacia la construcción de una auténtica «conciencia» comunista. El Che empleaba todos los medios para inculcar este concepto en sus camaradas. Un día, al ver que no tenía reloj, su amigo Oscarito Fernández Mell le dio el suyo, una hermosa pieza con pulsera de oro que había comprado después de licenciarse como médico. Poco después, el Che entregó a Oscarito una hoja de papel; éste advirtió que aún tenía el reloj, pero la correa era de cuero. El papel era un certificado del Banco Nacional según el cual Oscar Fernández Mell había «donado» su pulsera de oro a las reservas de oro de la nación.

Todos sabían que el Che se había negado a cobrar su sueldo de presidente del Banco Nacional y que continuaba esa práctica en el Ministerio de Industrias; sólo recibía su minúscula paga de comandante. Orlando Borrego, que para entonces era viceministro, retenía una suma equivalente de su salario y donaba el resto a un fondo para la reforma agraria; le parecía indecoroso ganar más dinero que su jefe.

Según Borrego, el histrionismo revolucionario del Che disgustaba a algunos camaradas, e incluso a sus pares del gabinete de ministros; él mismo se había visto obligado a renunciar al coche de sus sueños. Al huir del país, los cubanos ricos dejaron una enorme flota de automóviles, que el gobierno nacionalizó y distribuyó entre los ministerios para uso de los funcionarios y de algunos empleados. Pero Borrego había tenido más suerte. En una visita a una fábrica de cigarrillos «intervenida», un gerente había señalado un flamante coche deportivo Jaguar abandonado por su dueño y lo había ofrecido a Borrego, ya que nadie sabía conducirlo. Enamorado del coche a primera vista, Borrego lo condujo encantado durante una semana, hasta que un día el Che lo vio en el garaje donde ambos guardaban sus vehículos. «¡Eres un chulo!», vociferó.

Le preguntó cómo era posible que condujera semejante coche. Era un «coche de chulo», un vehículo ostentoso; un «representante del pueblo» no

podía andar en semejante vehículo. Con desazón, Borrego dijo que lo devolvería. «Está bien –dijo el Che–, te doy dos horas.»

Más tarde, en la oficina, le dijo que debería conducir un coche como el suyo, un modesto Chevy Impala verde del año anterior. Poco después Borrego recibió un coche idéntico al de su jefe, aunque de dos colores, y lo conservaría durante doce años.

Mientras el Che se creaba sin cesar nuevos aliados y enemigos, algunos viejos amigos y conocidos se presentaban en La Habana. Alberto Granado había traído a su familia de Venezuela y enseñaba bioquímica en la Universidad de La Habana. También apareció Ricardo Rojo, aunque por otros motivos. Flamante diplomático enviado a Bonn por el gobierno argentino de Arturo Frondizi, que había intentado sin éxito mediar en la creciente disputa entre Cuba y Estados Unidos, Rojo sin duda esperaba que su relación con el Che le permitiría descubrir las intenciones de La Habana. Pero los preparativos de guerra saltaban a la vista. Los milicianos abrían pozos en las calles para instalar cargas explosivas y por todas partes se veían hombres y mujeres armados. Después de atravesar el vestíbulo entre dos filas de hombres barbudos y armados, encontró a su viejo amigo Chancho Guevara en una oficina a medio amueblar. Habían pasado seis años desde su encuentro anterior en México. Rojo le dijo que parecía más gordo. Guevara respondió que la redondez de su cara se debía a la cortisona que tomaba para tratar el asma crónica.

Probablemente informado de que todo cuanto mostrara o dijera a Rojo, un hombre con buenos contactos, llegaría a los responsables de la política occidental, el Che se lo llevó en un viaje de trabajo por el campo cubano: le mostró las fábricas, los cañaverales, lo presentó a los soldados campesinos que combatían a los contrarrevolucionarios en el Escambray. Incluso lo forzó a participar en una jornada de trabajo voluntario en los cañaverales. Rojo confirmó varias cosas: que Cuba estaba decididamente encaminada hacia el comunismo; que la Revolución estaba bien armada y contaba con el apoyo de la mayoría de los cubanos; y, a juzgar por varias insinuaciones de su viejo amigo, que el Che quería extender la revolución a Sudamérica.

A finales de marzo, el Che lo acompañó al aeropuerto. Cuando pasaban ante los emplazamientos de los cañones antiaéreos, se volvió hacia Rojo: «Ya vienen –dijo en alusión a los norteamericanos–. Les daremos un buen recibimiento. Lástima que te vas ahora, cuando la fiesta está por empezar.»

El 3 de abril, la Casa Blanca difundió un «informe oficial» según el cual Cuba representaba un «peligro inminente» para las Américas. De esa manera el gobierno de Kennedy llamaba a las armas para la expedición militar que en poco tiempo se conocería como la invasión de bahía de Cochinos.

Cinco días después, cuando las tensiones ante la inminencia de la invasión alcanzaban un grado febril, el Che publicó un artículo en *Verde Olivo* con el título de «Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?». En respuesta a su pregunta escribió que Cuba, lejos de ser una excepción, era sólo la primera nación latinoamericana que rompía los moldes comunes de la dependencia económica y la dominación imperialis-

ta. Su ejemplo señalaba el camino que debían seguir sus vecinos hacia el objetivo de la libertad revolucionaria.

> ¿Qué hicimos nosotros para liberarnos del gran fenómeno del imperialismo con su secuela de gobernantes títeres en cada país y sus ejércitos mercenarios, dispuestos a defender a ese títere y a todo el complejo sistema social de la explotación del hombre por el hombre? Aplicamos algunas fórmulas que ya otras veces hemos dado como descubrimiento de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina, medicina empírica que rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica.

Éste era el descubrimiento «científico» que Ernesto Guevara estaba destinado a realizar, culminación de un proceso de búsqueda que había iniciado con sus estudios de medicina. Pero jamás le había interesado tratar los males de los individuos; su motivación permanente había sido la del investigador científico que busca una cura, un medio para prevenir; y en política le había sucedido lo mismo que en la medicina. En su proceso de búsqueda, al eliminar diversas soluciones de la lista de posibilidades –«reformismo, democracia, elecciones»– había descubierto a Marx, luego Guatemala, luego Cuba, y en ese bautismo de fuego sus descubrimientos en «medicina empírica» lo habían conducido a la «verdad científica». Esa verdad, la cura para los males del hombre, era el marxismo-leninismo, y la guerra de guerrillas era el medio para alcanzarla.

Antes de la Revolución Cubana, explicó: «Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales la más importante es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperiales y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera)... Sobre la base ideológica de la clase obrera, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro, como lo dio ya en Cuba.»

El Che había creado una «verdad científica» a partir de la experiencia cubana, y la verdad científica es una ley natural que no responde a las teorías. La esencia de su argumento era que su fórmula de alcanzar el socialismo por medio de la lucha armada equivalía a un descubrimiento científico, y que a través de éste llegarían el fin de la injusticia y la creación de una nueva forma de hombre.

## IV

Cuatro días después, uno de los grupos clandestinos respaldados por la CIA provocó un incendio que destruyó El Encanto, la tienda más grande y

lujosa de La Habana. Félix Rodríguez había recibido aviso de sus contactos de que iba a suceder «algo grande» y que sería conveniente que abandonara la ciudad porque después haría «mucho calor».

En medio de la oscuridad que precedió al amanecer del 15 de abril, el ruido aterrador de los aviones en picado y las bombas despertó a Sofía, la niñera de los Guevara. Corrió de su dormitorio a la sala para llamar al Che. Éste salió inmediatamente de su cuarto, sin camisa. «Los hijos de puta nos atacan por fin», dijo.

Desde una ventana observaron los fogonazos y las explosiones; los aviones bombardeaban la pista aérea del vecino Campo Libertad. En la calle, los escoltas del Che corrían de acá para allá, gritando y alzando sus pistolas. «¡Al primero que dispare lo mato!», gritó el Che desde la ventana. Los hombres se serenaron y poco después todos se alejaron rápidamente. Iban a Pinar del Río, el puesto de batalla que debía ocupar el Che cuando se iniciara la invasión. Para asegurar la defensa del extremo de la isla más próximo a Estados Unidos, Fidel le había entregado el mando del cuerpo occidental de ejército.

El bombardeo había diezmado la diminuta fuerza aérea cubana. Al día siguiente, en un fogoso discurso en el funeral de las víctimas, Fidel atribuyó el ataque a Estados Unidos, que no podía perdonar a Cuba por haber realizado «una revolución socialista» en sus propias barbas. Por primera vez desde la conquista del poder, había empleado la palabra tan temida. Más adelante se colocaría allí una placa de bronce en recuerdo del momento en que Fidel «reveló la naturaleza socialista de la Revolución Cubana».

En medio de la multitud que escuchaba a Fidel en esa tarde histórica se encontraban un joven artista argentino, prematuramente calvo, de la ciudad andina de Mendoza, y su mujer. Ciro Roberto Bustos había viajado con ella a la isla como voluntarios para participar en el experimento revolucionario cubano. En sus paseos por las calles de La Habana, en medio del clima tropical, todo era nuevo, extraño, embriagador. El aire estaba cargado de señales. El futuro se les antojaba prometedor y amenazante a la vez, y en verdad lo era. En no mucho tiempo la vida de Ciro Bustos se vería totalmente absorbida e irrevocablemente alterada por la concepción del Che de la revolución continental.

Momentos después de la medianoche del 17 de abril, los mil quinientos hombres del Ejército de Liberación cubano en el exilio desembarcaron en la Playa Girón de bahía de Cochinos. Días antes, las unidades estacionadas en Guatemala se habían trasladado a la ciudad nicaragüense de Puerto Cabezas, en la costa del Caribe, donde el dictador Luis Somoza los despidió con palabras de aliento y la petición de que le trajeran «un pelo de la barba de Castro». Tal como el Che había vaticinado, probablemente en broma, cruzaron el mar en buques provistos por la United Fruit Company con una escolta de destructores de la armada norteamericana. Sólo se les dijo el lugar de destino cuando se hallaban en alta mar.

Horas después del desembarco, anunciado con fanfarrias por el transmisor de Radio Swan de la CIA, Fidel movilizó sus fuerzas para atacar a los

invasores. En lugar de avanzar tierra adentro, éstos se atrincheraron en la playa a la espera de refuerzos. No los hubo. A media mañana comenzaron los combates. Pero al alba del día siguiente, Dulles informó a Kennedy de que los exiliados estaban empantanados; sin la intervención de Estados Unidos, los aniquilarían. Kennedy se negó a dar la orden y sólo autorizó el apoyo aéreo reducido.

En La Habana, Félix Rodríguez se enteró de la invasión por la radio. No le habían avisado. La CIA no se había atrevido a comunicarse con la resistencia clandestina dentro de Cuba por miedo a una filtración. Aislado de los camaradas de su Equipo Gris, trató de comunicarse por teléfono con sus contactos en La Habana. En cada ocasión, no obtuvo respuesta o bien una voz desconocida le dijo «ven inmediatamente». Consciente de que muchos miembros de la resistencia ya debían de estar detenidos y que las voces eran de agentes de seguridad, se quedó en su refugio. Durante los tres días siguientes siguió el desarrollo de los sucesos por televisión, llorando de impotencia.

Las fuerzas del Che en Pinar del Río no entraron en acción, pero él mismo estuvo a punto de morir cuando un arma se disparó por accidente. Aleida se enteró cuando Celia Sánchez, la factótum de Fidel, fue a decirle que el Che había sufrido una «herida» leve: su pistola se había disparado al caer de la cartuchera y el proyectil le había rozado la mejilla y la oreja. Celia le envió un coche para que se fuera junto a él y otro para que llevara a Aliusha y su niñera Sofía a su casa hasta que pasara la crisis.

Celia le había dicho la pura verdad. La vida del Che no corría peligro, pero la bala no penetró en su cerebro por milímetros. Con todo, el peligro mayor no fue la bala sino un shock tóxico provocado por la inyección antitetánica que le dieron los enfermeros militares. Posteriormente le dijo a Alberto Granado, entre carcajadas: «Mis amigos casi lograron lo que mis enemigos no pudieron: ¡Estuve a punto de morir!»

En La Habana, su ex esposa Hilda oyó rumores de que había sido víctima de un atentado, pero el Che inmediatamente envió un soldado a su casa para tranquilizarla sobre su estado y decirle que había sufrido un accidente.

Para Sofía, las siguientes cuarenta y ocho horas pasaron entre el insomnio y la confusión. El apartamento de Celia Sánchez era el centro neurálgico de comunicaciones de la dirección revolucionaria, donde ella recibía los últimos informes del frente y los transmitía a otros. En cierto momento, Fidel llegó con aire cansado directamente del campo de batalla y se desplomó sobre la cama que ocupaban Sofía y la hija del Che. Mientras dormía, la pequeña jugaba con su barba. Finalmente, el sueño venció a Sofía, que también estaba exhausta.

Para la tarde del 20 de abril, todo había terminado. Inmovilizada y con las provisiones agotadas, la fuerza de exiliados se rindió. Ciento catorce invasores murieron, casi mil doscientos cayeron prisioneros. Al recibir la feliz noticia, el Che volvió a La Habana de su puesto en Pinar del Río, recogió a su amigo Alberto Granado y lo llevó a Playa Girón. Llegaron al ingenio

azucarero de Central Australia donde Fidel había instalado su comandancia durante la batalla. Ahora reinaba un caos de pertrechos, soldados, prisioneros de guerra; aún rastrillaban la zona circundante en busca de fugitivos que se habían refugiado en la ciénaga. Los ruidosos jeeps iban y venían.

El Che y Granado se acercaron a un grupo de prisioneros. Al reconocer al Che, uno de ellos tuvo tanto miedo que defecó y se orinó en los pantalones. El Che quiso interrogarlo, pero el hombre estaba tan aterrado que no podía articular las palabras. El Che se volvió hacia uno de sus escoltas: «Tráiganle un cubo de agua al pobre infeliz.»

Fidel, desde luego, no podía contener su júbilo. Había conducido personalmente la batalla en Playa Girón; había disparado el cañón de un tanque hacia una de las «naves nodriza» norteamericanas; sus hombres juraban que había dado en el blanco. Leyendas aparte, la Revolución Cubana había obtenido una victoria asombrosa. El «pueblo» se había enfrentado a Washington y había vencido.

Después de la crisis, el Che fue a visitar a Hilda e Hildita. Lucía la nueva cicatriz en la mejilla con cierto orgullo. Cuando Hilda la examinaba, le dijo con fingida despreocupación: «Fue un accidente sin importancia, pero por poco. Un par de centímetros más cerca y no lo cuento.»

La mañana del 26 de abril, Félix Rodríguez salió de su guarida habanera en el Mercedes verde con chófer del embajador español hacia la embajada venezolana. Cuatro meses después recibiría un salvoconducto diplomático para salir del país, pero volvería en poco tiempo; ni él ni la CIA abandonaban la batalla contra Castro y su gobierno comunista.

## V

Cuàtro meses después, en la ciudad uruguaya de Punta del Este, el Che envió un mensaje de agradecimiento al presidente Kennedy por intermedio de Richard Goodwin, un joven secretario de la Casa Blanca. «Gracias por Playa Girón –dijo–. Antes de la invasión, la revolución flaqueaba. Ahora está más fuerte que nunca.»

Durante los últimos meses la guerra fría entre Oriente y Occidente se había intensificado y transformado en un choque personal de voluntades entre Kennedy y Jrushov. Éste parecía disfrutar del enfrentamiento y aprovechaba su ventaja dondequiera que podía, mientras se burlaba del inexperto joven ocupante de la Casa Blanca.

Durante años, Washington y Moscú habían disputado el poder en los vacíos que dejaban los gobiernos coloniales europeos al retirarse de África, Asia y Oriente Próximo. Hasta entonces, Moscú parecía llevar la delantera. A partir de 1956, una serie de crisis internacionales habían puesto al desnudo las debilidades y limitaciones de la potencia occidental en el exterior, con las sucesivas palizas sufridas por Washington o sus aliados en Suez, el Líbano, Indonesia y Hungría.

Los soviéticos habían acelerado su programa de armamento nuclear, y en medio de la consiguiente polémica sobre la «ventaja misilística», Eisenhower había enviado aviones de espionaje U-2 a sobrevolar el territorio ruso. También esto había culminado en un embarazoso traspié, cuando el piloto de U-2 Gary Powers, derribado en junio de 1960, apareció luego en la televisión soviética para confesar que estaba en misión de espionaje y disculparse por ello. (Antes de fines de 1961, la inteligencia norteamericana determinaría que Estados Unidos aventajaba largamente a los soviéticos en cuanto a capacidad de ataque nuclear, pero el contratiempo de la ventaja en cuanto a los misiles afectaría la política norteamericana durante varias décadas.)

En 1958, la Unión Soviética se había convertido en la primera nación de la Tierra en colocar un satélite en el espacio; a principios de abril de 1961 había puesto en órbita al cosmonauta Yuri Gagarin. Cuando Kennedy aún no terminaba de tomar una decisión sobre bahía de Cochinos, un Jrushov jubiloso había proclamado su victoria espacial y desafiado a Occidente a «alcanzarlo». John F. Kennedy murmuró furioso que le disgustaba que su país llegara segundo.

Simultáneamente estallaban crisis en diversos lugares del mundo. África hervía. En el Congo, facciones rivales respaldadas por Oriente y Occidente aún disputaban el poder. Ruanda, Tanganyika y Sierra Leona habían obtenido su independencia, pero en la colonia portuguesa de Angola un movimiento de resistencia armado iniciaba la lucha contra la dominación colonial.

En Argelia, la guerra de independencia iniciada siete años antes se había cobrado miles de vidas y llevado a la propia Francia al borde de la guerra civil. En abril se rebelaron varios altos comandantes del ejército francés, furiosos por la decisión de Charles de Gaulle de negociar la independencia argelina con el Frente de Liberación Nacional.

En el sudeste asiático, los guerrilleros del Vietcong apoyados por el gobierno comunista norvietnamita de Ho Chi Minh en Hanoi acosaban el gobierno pro norteamericano de Vietnam del Sur. En el vecino Laos, la guerrilla del Pathet Lao apoyada por los chinos y los soviéticos lanzaba una fuerte ofensiva contra el régimen de Vientiane sostenido por Washington, lo que obligó a Kennedy a estudiar la posibilidad de una intervención militar directa. Finalmente se acordó un cese del fuego, pero la situación era tensa e inestable.

En el Caribe, a partir del 30 de mayo hubo un dictador menos de quien preocuparse después de que una ráfaga de balas pusiera fin a la vida –y la tiranía de treinta años– del generalísimo Rafael Trujillo. Las armas empleadas por los justicieros habían sido proporcionadas por la CIA; los gobiernos «reformistas» latinoamericanos presionaban a Washington para que «hiciera algo» respecto a Trujillo a cambio de su respaldo en la política anticastrista.

Pero Cuba seguía siendo una herida abierta para Kennedy, y ahora Castro poseía algo que el presidente norteamericano quería recuperar: los mil doscientos prisioneros de bahía de Cochinos. Kennedy se sentía en la

obligación moral de obtener su libertad, y Fidel echaba sal en esa herida. El dirigente cubano ofreció su libertad a cambio de quinientas excavadoras; Kennedy sólo estaba dispuesto a entregarle tractores. Fidel insistió en que quería las excavadoras y además dinero. El regateo continuó hasta que las conversaciones se interrumpieron en junio, y los prisioneros siguieron encerrados en las cárceles cubanas. (Finalmente los liberaron en diciembre de 1962 a cambio de suministros médicos por valor de sesenta y dos millones de dólares.)

Mientras tanto, la alianza cubano-soviética parecía más estrecha que nunca. En mayo de 1961, la Unión Soviética otorgó su Premio Lenin de la Paz anual a Fidel. La Casa Blanca temía que los soviéticos consolidaran su presencia en la isla mediante la instalación de lanzamisiles. A pesar de la insistencia de Jrushov al negarlo, en abril el ministro de Justicia Robert Kennedy envió un memorándum a su hermano en el que le advirtió sobre esa posibilidad y lo instó a tomar medidas inmediatas. «Ha llegado el momento de un enfrentamiento definitivo porque en un año o dos años la situación será muchísimo peor.»

Durante los fines de semana de verano Kennedy leyó los escritos de Mao y el Che Guevara sobre la guerra de guerrillas. Convencido de la necesidad de poner el acento en la guerra de contrainsurgencia para hacer frente al peligro creciente de la insurgencia izquierdista, ordenó al ejército que mejorara su operatividad en ese aspecto. Por iniciativa suya se creó un nuevo cuerpo de contrainsurgencia de élite, los Boinas Verdes.

A principios de junio, Kennedy y Jrushov se reunieron por primera vez en Viena para dos días de conversaciones tensas. Acordaron la «neutralidad» de Laos, pero las conversaciones sobre un tratado para prohibir los ensayos nucleares e iniciar el desarme no llegaron a conclusión alguna. Jrushov aprovechó la oportunidad para adelantar otra pieza en el tablero. Exigió la «desmilitarización» de Berlín y amenazó con cerrar el acceso a la ciudad de las potencias de ocupación occidentales, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las potencias rechazaron la propuesta y enviaron tropas a reforzar sus sectores en la ciudad alemana.

Invocando lo que llamó «la amenaza mundial soviética», Kennedy pidió un aumento enorme del presupuesto militar y el número de efectivos. En agosto, las tropas soviéticas y de Alemania del Este alzaron el Muro de Berlín, y durante varias horas tensas los tanques norteamericanos y soviéticos intercambiaron miradas amenazantes desde uno y otro lado de la ciudad ahora dividida.

Frente a la «pérdida» de Cuba ante los soviéticos, Kennedy resolvió tomar medidas en Latinoamérica con el fin de asegurar la continuidad de la hegemonía norteamericana en la región. En previsión de nuevas revoluciones de tipo cubano en el hemisferio, Kennedy había elaborado un plan de ayuda económica masiva para el desarrollo latinoamericano.

Con este trasfondo de tensiones internacionales, en agosto de 1961 se reunió la conferencia económica de la OEA en el balneario atlántico uru-

guayo de Punta del Este. Kennedy envió al secretario del Tesoro, Douglas Dillon, a presentar su cacareada Alianza para el Progreso, un ambicioso paquete de ayuda económica sin precedentes por el cual enviaría veinte mil millones de dólares a lo largo de diez años para financiar el desarrollo de los países latinoamericanos. Para representarlo en el foro, Fidel envió al Che.

El ambiente sobrio de Punta del Este se vio alterado por la llegada de Guevara, quien inmediatamente desplazó a los demás ministros del centro de la escena. Fotógrafos y periodistas, ávidos de fotos y declaraciones, lo seguían a todas partes. A partir de la llegada del Che, la conferencia se convirtió en la escena privilegiada de un acontecimiento histórico. La guerra fría llegaba al Uruguay.

El Che estuvo a la altura de su reputación revolucionaria. Leonardo Tamayo, el escolta adolescente que lo acompañaba a todas partes, puso una nota de exotismo en las sesiones. Los demás ministros vestían traje, el Che su uniforme verde oliva de combate; los demás hablaban sentados, él pronunció su discurso el 8 de agosto de pie. Y mientras Douglas Dillon clavaba la vista en el techo y bostezaba ostensiblemente, el Che fustigó la política exterior norteamericana como un plan para aislar aún más a Cuba en tanto extendía su control sobre el resto de América Latina mediante el soborno financiero con el fin de acrecentar su sometimiento al gran vecino del norte.

En cambio, dijo el Che, el ejemplo de Cuba, que había afirmado su independencia política y económica mediante la reforma agraria y de la vivienda, la expulsión de los monopolios y la elección de sus socios comerciales y acreedores, podía servir de modelo para el resto de América Latina. En cuanto a las estimaciones norteamericanas de que la Alianza para el Progreso provocaría un crecimiento del 2,5 por ciento anual de las economías latinoamericanas, Cuba las superaría en pocos años con una tasa de crecimiento extraordinaria del diez por ciento.

Para evitar el papel de aguafiestas, el Che sugirió que los países impusieran una serie de condiciones al ingresar a la alianza propuesta: libertad para exportar sus materias primas adonde lo desearan; que Estados Unidos eliminara los subsidios proteccionistas de sus propias mercancías que excluían a la competencia; y ayuda para la industrialización de sus economías, la verdadera piedra angular de la independencia económica y la prosperidad.

Después de extenderse sobre los numerosos actos de agresión norteamericana contra Cuba y su culminación, la reciente invasión de bahía de Cochinos, el Che ofreció la rama de olivo. Cuba no deseaba atacar a sus vecinos sino formar parte de la familia de naciones americanas. Estaba dispuesta a sentarse a discutir sus diferencias con Estados Unidos en cualquier momento siempre que no hubiera condiciones previas. Cuba sólo reclamaba garantías de que no se la atacaría y el derecho de ser *distinta* de fronteras para adentro. «No podemos impedir la exportación de un ejemplo como quiere Estados Unidos porque un ejemplo es algo que trasciende las fronteras. Lo que sí damos es la garantía de que no exportaremos revoluciones,

garantizamos que ni un solo fusil saldrá de Cuba, que ni una sola arma saldrá de Cuba para dar batalla en cualquier otro país de América.»

Pero advirtió que Cuba no garantizaba que otros no emulasen su ejemplo. Si sus vecinos no mejoraban las condiciones sociales en sus países, el ejemplo cubano «prendería» inexorablemente y, como había dicho Fidel en su discurso del 26 de julio anterior, «la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de las Américas».

Cuando el Che terminaba su discurso de dos horas y cuarto, lo interrumpió un grito fuerte de «¡Asesino!» procedente del auditorio. Mientras los guardias de seguridad forcejeaban con el provocador y lo retiraban de la sala, dos desconocidos subieron a la tribuna y lo insultaron. Sin hacerles el menor caso, el Che bajó serenamente de la tribuna y abandonó la sala de conferencias. Posteriormente la policía informó a la prensa de que los provocadores eran cubanos exiliados del Frente Democrático Revolucionario, el grupo anticastrista auspiciado por la CIA.

Su familia había viajado al Uruguay, y por primera vez desde su salida de la Argentina volvió a ver a sus hermanos Roberto y Ana María. También vio a sus padres, a sus hermanos Juan Martín y Celia y a su tía Beatriz. Con ellos llegaron varios amigos: Julio «Gaucho» Castro, a quien el Che había tratado de convencer de que fuera a Cuba; Beto Ahumada; Pepe Aguilar; su antiguo socio «El Gordo» Carlos Figueroa y ese otro gordo, Ricardo Rojo, que en los últimos tiempos había renunciado al puesto en Bonn y regresado a su país.

El contraste con su hermano Roberto no podía ser mayor. Su esposa pertenecía a una familia aristocrática, y si bien decía ser apolítico, era asesor legal del servicio social de la armada, uno de los bastiones del conservadurismo político del país.

Roberto nunca ha dicho si discutieron sus diferencias; en una entrevista con el autor, se limitó a decir que en Punta del Este halló a un Che «totalmente distinto» del hermano de quien se había despedido ocho años antes: austero, reconcentrado y, por cierto, carente de sentido del humor. Roberto dijo que al comentar esta transformación, el Che replicó bruscamente: «Ya no me interesan los chistes, ahora tengo otra clase de sentido del humor.»

«Tamayito», el escolta del Che, dijo haber presenciado una discusión acalorada entre los hermanos. «El Che criticó a Roberto por servir de instrumento de la represión, y aprovechó para decir que después de recibirse de médico había eludido el servicio militar porque no quería servir en las fuerzas armadas de un régimen corrupto que era aliado del imperialismo norteamericano.»

Si bien el recuerdo de Tamayito de esa conversación puede no ser fiel, el sermón del Che seguramente irritó a su hermano. Después de todo, lo habían rechazado del servicio militar debido al asma, no a una supuesta conciencia política. En una foto tomada en Punta del Este aparece el Che, en ajado uniforme de combate, rodeado por su familia. Atrás y a un costado aparece Roberto de impecable pantalón, camisa blanca, chaleco de lana y corbata. Tiene las manos en los bolsillos y la vista clavada en su hermano.

Beto Ahumada, compañero de rugby de Ernesto en la época de «Chang-Cho» y buen amigo de la familia Guevara, también encontró a su viejo amigo muy cambiado. «Él siempre fue un hombre libre –recordó Ahumada–, y ahora lo veía, enganchado en un proceso con la responsabilidad de ser ministro de Industria, con la mejoría política de moverse... un cuadro que corría peligro, estaba siempre rodeado de gente que lo cubría. Cambió. Cambió completamente. Era un hombre más callado, más cuidadoso en las cosas que decía.»

Tras un primer encuentro algo brusco y en público, el Che aceptó reunirse con sus viejos amigos de la infancia en privado. Ahí afloraron algunos rasgos del Ernesto de antaño. Ofreció cigarros cubanos, que todos aceptaron encantados. Todos, dijo Ahumada, aprovecharon la ocasión para ofrecer sus servicios si Cuba los consideraba útiles.

«Él nos tomaba el pelo, nos hacía bromas diciendo, a Carlitos, que se ocupaba de la venta de inmuebles, o sea, comisionista de inmuebles, que en Cuba no necesitaban especialistas de inmuebles porque todas las propiedades eran del Estado y no se vendían. Y a mí me tomaba el pelo diciendo que, como era abogado, tampoco, porque no había pleitos en Cuba, qué iba a hacer yo allá.»

De todos ellos, sólo Carlos Figueroa vio en el Che al mismo Ernesto de siempre que bromeaba y hacía chistes y trataba de impresionarlo con anécdotas que parecían fanfarronadas de adolescente. Con regocijo juvenil, relató algunas de sus experiencias más emocionantes. «Yo fui a cazar con Nehru –dijo, jactancioso–, y allí con Nehru, créase o no, con elefantes.» Y confesó que cuando el cosmonauta ruso Yuri Gagarin visitó Cuba, estaba tan emocionado de conocer al primer hombre que había viajado al espacio que se quedó «pegado» a él durante un día entero.

Otra noche cenaron todos juntos, el Che, sus amigos y la familia en pleno. En determinado momento, dijo Figueroa, la tía Beatriz preguntó al Che sobre su nueva esposa, Aleida. «Es una chica de campo –dijo el Che–. Una guajira.» «¿Y eso qué es? –preguntó Beatriz, perpleja–, ¿una hacendada?» El Che rió a carcajadas: evidentemente, su recoleta tía pensaba que se había casado con una hija de la aristocracia terrateniente cubana.

El Che dedicó bastante tiempo a conversar con su hermano menor Juan Martín Guevara, que acababa de cumplir los dieciocho y aún vivía con Celia, su madre. Juan Martín era estudiante desganado de periodismo en un instituto de Buenos Aires y salía con María Elena Duarte, una compañera de estudios cuatro años mayor. No trabajaba, y sufría porque su padre le recordaba constantemente los logros de sus hermanos mayores. Al mismo tiempo, Juan Martín idolatraba al Che y era un lector ávido de textos marxistas. Consciente del atolladero en que se hallaba su hermano, durante sus encuentros en Uruguay el Che trató de aconsejarle y lo invitó a realizar estudios universitarios en Cuba. Juan Martín aceptó con entusiasmo, pero la decisión final sobre su viaje quedó en suspenso.

Mientras el Che y su gran comitiva oficial se alojaban en un hotel sin

lujos, la familia ocupó una finca cercana alquilada por Julia Constenla de Giussani, una periodista de izquierdas. Llamada Chiquita por sus amigos debido a su talla menuda, Julia se había hecho amiga de Celia madre después de entrevistarla para una nota especial sobre «la madre del Che» publicada por una revista femenina.

Julia y su esposo, también periodista, dirigían una revista política pro cubana llamada *Che* y colaboraban estrechamente con Alfredo Palacios, venerable dirigente del Partido Socialista Argentino, célebre por sus excéntricos bigotes. Estaba en Punta del Este para cubrir la conferencia y entrevistar al Che, pero su misión fundamental era obtener una reunión con él en privado para hacerle una propuesta en nombre de una coalición política de socialistas y peronistas de izquierda que se preparaba para intervenir en las elecciones próximas. Concretamente, si lo postulaban para una candidatura en las elecciones legislativas, ¿volvería el Che a su patria?

Cuando por fin se encontraron a solas, el Che rechazó la oferta sin rodeos. Dijo que Cuba lo necesitaba, que su destino estaba ahí y que no le interesaba ser un politiquero argentino. La miró a los ojos y con una sonrisa irónica le preguntó: «Yo soy ministro, ¿usted me ve diputado, señora?»

Pero la propuesta de Julia no terminaba ahí. Explicó que le ofrecían encabezar una lista «simbólica» de candidatos de izquierda. Si el frente popular llegaba al poder mediante las elecciones, él habría sido de gran ayuda; pero si se cancelaban las elecciones y la solución pacífica resultaba imposible, podía constituirse en dirigente de un movimiento guerrillero, «comandante de la transformación revolucionaria de la Argentina». La decisión era suya, dijo Julia: podía permanecer aislado en Cuba o bien ayudar a poner en marcha el proceso de cambio en América Latina.

«Me pidió puntualizaciones casi personales de los distintos grupos políticos, reflexionó sobre las características de la dirigencia sindical y la política argentina [en general] –dijo Julia–. Estaba tomando examen... le recordaba su juventud, le recordaba lo que él había sido, y de algún modo quería saber cómo había cambiado ese mundo del cual formaba parte.»

El Che analizó la propuesta punto por punto e incluso entró en la comparación de la guerrilla rural con la urbana, pero en ningún momento le dio la sensación de que podía modificar su decisión inicial. Le pareció que era totalmente pesimista en cuanto a la posibilidad de efectuar un cambio en la Argentina mediante el proceso electoral y a la capacidad de los izquierdistas locales para efectuar una verdadera transformación social. Le pidió su opinión sobre la posible reacción de los sindicatos ante una lucha armada, las posibilidades de movilizar a las «masas urbanas» y cuáles eran los mejores lugares para instalar una fuerza guerrillera. Mencionó la oleada reciente de actos terroristas a pequeña escala realizados por la izquierda argentina y dijo que se oponía a ellos. El Che decía que sobre todo lo que se hacía debía corresponder una política que acercara a la toma del poder, y tras la toma del poder, el objetivo debía ser la conquista del territorio.

Más adelante, Julia comprendió la lógica de su interrogatorio. Varios

argentinos ya habían viajado a Cuba para realizar adiestramiento militar. Ella representaba las posiciones de los que se quedaban atrás; los que, en las palabras de Julia, «no cabían en la estructura burocrática de la exportación del modelo cubano».

Julia consideró al Che un hombre complejo y fascinante, pero no exento de rasgos crueles. Durante una cena con la familia, le recordó la dedicatoria que había escrito en un ejemplar de *La guerra de guerrillas* enviado al fundador del Partido Socialista Argentino, Alfredo Palacios. Julia la había leído: «Al Dr. Alfredo Palacios, que cuando yo era un niño ya hablaba de la revolución».

Conmovido y halagado por lo que consideró una muestra de consideración, Palacios no había advertido la sutileza, pero Julia sí había captado la inferencia: Palacios *hablaba*, pero nunca pasaba a los *hechos*. Le parecía una crueldad, y así se lo dijo durante la cena. «Es lo único que hizo», respondió, lacónico, el Che.

«Y liquidó ahí el tema –dijo Julia–... Era bastante áspero, capaz de decir cosas hirientes... De ese tipo de cosas había muchas en su carácter, como una especie de actitud, como si lo único que importara fueran los miserables, los pobres, los desposeídos, y no los que no estaban en esa condición absolutamente subalterna, sus padres.»

Julia dijo que a pesar de esa «soberbia», si no hubiera estado tan enamorada de su esposo probablemente hubiera caído bajo el hechizo de Guevara. «Como persona era de un encanto incalculable sin el menor esfuerzo. Entraba y todo giraba alrededor de él... Era un tipo tocado por una gracia particular.»

Julia también tuvo la oportunidad de conocer sus debilidades físicas. Días después de su llegada a Punta del Este sufrió un ataque de asma tan fuerte que debió pasar la noche en una carpa de oxígeno; su escolta Tamayito estuvo a su lado toda la noche. Al día siguiente podía caminar, pero se sentía mal y respiraba con dificultad. No quería mostrar su debilidad en público, pero durante la conferencia hizo una señal discreta a Julia para que lo esperara en el vestíbulo.

Ella salió y él la siguió unos minutos después. Sin decir palabra, se acomodó a su lado, de espaldas al público, se aplicó su inhalador y volvió a guardarlo en el bolsillo. A partir de entonces Julia lo observaba, y si veía señales de su afección, abandonaba inmediatamente la sala. «Esto se produjo siete u ocho veces durante la conferencia... Una de las veces se apoyó contra la pared y me hizo seña con la mano caída porque no tenía fuerzas para sacar el aparatito.»

Un día el Che desapareció de la conferencia durante un par de horas; su ausencia injustificada dio pie a todo tipo de especulaciones en la prensa. Un destacado periodista aseguró que había visto el coche de Guevara dirigirse hacia el alojamiento de la delegación norteamericana. Llevaba consigo una caja de lujo de cigarros cubanos; el periodista incluso conocía la marca.

La verdad era que se había escapado para ver a sus padres, pero en la

finca solo halló a Julia. De todas maneras, aceptó su invitación a tomar el té con pastas: «Qué bien viven los periodistas de izquierda», dijo ácidamente. Pero se distendió, se quitó las botas y se sentó frente al hogar a beber el té. Parecía exhausto, y Julia lo dejó en paz. Hablaron muy poco durante la hora que pasó con ella.

Al día siguiente, en una conferencia de prensa, le preguntaron cuál de los muchos rumores sobre su paradero en la víspera era cierto. «Hay periodistas mejor informados que otros... –dijo, enigmático, antes de volverse hacia Julia–. ¿Usted sabe algo, señora?» «No soy de los periodistas mejor informados, comandante.»

Otro participante en la conferencia de Punta del Este, el tábano trasnochado de Ricardo Rojo, había visto a Guevara por última vez cuatro meses antes, en vísperas de la invasión de bahía de Cochinos. Había renunciado a su cargo en Bonn por oponerse a la política del presidente Frondizi de conceder derechos de prospección petrolera a empresas norteamericanas, lo que para muchos argentinos constituía una afrenta a la soberanía nacional. Pero Rojo no era de los que queman los puentes, y venía con un mensaje de Fidel: el presidente argentino quería reunirse en secreto con el Che.

Rojo, que había recibido el mensaje de un intermediario, estaba atónito. Frondizi era detestado por las fuerzas armadas; abundaban las conspiraciones y se habían producido conatos de golpe de Estado para derrocarlo; semejante reunión, si trascendía al público, disminuiría su ya escaso asidero en el poder. Pero el Che aceptó la invitación. En verdad, ya había aceptado una invitación similar del presidente brasileño Janio Quadros transmitida por sus delegados en Punta del Este. Las dos potencias sudamericanas eran elementos clave de la propuesta política de Kennedy para la región; ambas habían tratado infructuosamente de mediar entre Cuba y su poderoso vecino del norte. Acordaron que al término de la conferencia el Che iría a Buenos Aires y de allí a Brasilia.

El 16 de agosto, en su última intervención en la conferencia, el Che declaró que Cuba no podía ratificar la resolución de apoyo a la Alianza para el Progreso. Señaló que se había prestado escasa atención a las sugerencias de Cuba y se habían introducido pocos cambios en un documento que en su opinión contenía graves deficiencias. Por último, puesto que en última instancia se trataba de una iniciativa para aislar a Cuba, su gobierno de ninguna manera podía aprobarla, pero aprovechaba la ocasión para reiterar que Cuba estaba dispuesta a conversar con Estados Unidos «sobre cualquier asunto, sin condiciones previas».

La noche siguiente, a petición suya y con la connivencia de algunos diplomáticos argentinos y brasileños, Guevara conoció a Richard Goodwin, el asistente personal de veintinueve años del presidente Kennedy, miembro clave de la delegación norteamericana. Los presentaron en la fiesta de cumpleaños de un delegado brasileño. Como dijo luego Goodwin a su presidente, hasta entonces había evitado el encuentro a pesar de varios intentos de argentinos y brasileños.

Goodwin recibió la invitación a la fiesta de cumpleaños cuando cenaba con un delegado argentino, un par de periodistas brasileños «y un par de rubias». Camino de la fiesta preguntó a un argentino, en tono de broma, «¿Está seguro de que el Che no estará allí?» Su amigo respondió con vehemencia que «jamás haría una cosa así».

«Había unas treinta personas en la fiesta –dijo Goodwin a Kennedy–. Bebían y bailaban con música norteamericana. Hablé con varias personas y al cabo de una hora me dijeron que venía el Che. Llegó poco después. No hablé con él, pero lo rodearon todas las mujeres en la fiesta. [Entonces] uno de los brasileños dijo que [el Che] tenía algo importante que decirme.» Pasaron a una sala contigua donde conversaron durante «20 a 40 minutos», interrumpidos por «camareros y cazadores de autógrafos» hasta que el enviado norteamericano tomó la iniciativa de poner fin al encuentro.

Frente a frente Guevara resultaba mucho menos amenazador que la figura pública vista a la distancia, escribió Goodwin el 22 de agosto en un memorándum al presidente Kennedy: «El Che vestía uniforme de combate verde y lucía su habitual barba desprolija y rala. Detrás de la barba sus rasgos son muy tiernos, casi femeninos, y su aire es reconcentrado. Tiene mucho sentido del humor y cambiamos muchas bromas durante el encuentro. Cuando iniciamos la conversación parecía sentirse muy incómodo, pero enseguida se distendió y se puso a hablar libremente. Aunque no dejó dudas acerca de su intensa devoción al comunismo, no emplea frases rimbombantes ni propagandísticas en la conversación. Habló serena y francamente, con aire de seriedad y objetividad. Dejó muy claro que se sentía en plena libertad de expresarse en nombre de su gobierno y rara vez distinguió sus observaciones personales de las posiciones oficiales cubanas. Tuve la clara impresión de que había pensado cuidadosamente en lo que iba a decir, ya que su exposición fue sumamente metódica.»

Goodwin dijo al Che que no tenía autoridad para negociar, pero que informaría todo a los «funcionarios correspondientes» de su gobierno. «Él dijo "bien" y empezó a hablar.»

«Guevara dijo para empezar que yo debía comprender la Revolución Cubana. Su intención es construir un Estado socialista y la revolución que han iniciado es irreversible. Han salido de la esfera de influencia de Estados Unidos y también eso es irreversible. Crearán un sistema unipartidista en el cual Fidel será el secretario general del partido. Sus vínculos con Oriente derivan de afinidades naturales y concepciones comunes de la estructura de poder del orden social. Sienten que las masas apoyan su revolución y que ese apoyo crecerá con el tiempo.»

El Che le advirtió que si Estados Unidos pensaba que se podía derrocar a Fidel desde dentro, o que en realidad era un moderado rodeado por fanáticos susceptible de ser seducido por Occidente, semejantes suposiciones eran falsas. La revolución era fuerte, capaz de soportar semejantes amenazas. Habló de la atracción que ejercía Cuba sobre el hemisferio y advirtió que un ataque a la isla provocaría guerras civiles en muchos países. Volvió

sobre las contradicciones que consideraba inherentes a la Alianza para el Progreso, que en su opinión podían alentar a las fuerzas a favor del cambio social. Una vez liberadas, esas fuerzas escaparían al control norteamericano y desembocarían en revoluciones de tipo cubano. «Habló con gran vehemencia sobre el impacto de Cuba en el continente y la fuerza creciente de su pueblo.»

Habló con franqueza sobre los problemas de Cuba: los ataques armados de la contrarrevolución; la oposición de la pequeña burguesía y la Iglesia católica; los perjuicios causados por el embargo norteamericano; la falta de repuestos y de medios para obtenerlos; la incapacidad para importar bienes de consumo; la insuficiencia de sus reservas monetarias. Dijo a Goodwin que Cuba «no quería un entendimiento con Estados Unidos», ya que lo consideraba imposible, sino un *modus vivendi*. A su vez, Cuba aceptaría no concertar «alianzas políticas con el Este». No se devolverían las empresas norteamericanas expropiadas, pero se podía estudiar una forma de compensación por medio del comercio. Habría elecciones libres una vez institucionalizada la revolución. Dijo que «por supuesto» no atacarían la base naval norteamericana en Guantánamo, y al decirlo «rió como si lo absurdo de semejante pretensión saltara a la vista». Insinuó «de soslayo» que Cuba estaría dispuesta a «discutir las actividades de la Revolución Cubana en otros países».

«Luego dijo que estaban muy agradecidos por la invasión –escribió Goodwin–. Que había sido una gran victoria política para ellos, que los consolidaba y los transformaba de un pequeño país afligido en un igual.»

El Che no iba a desaprovechar la oportunidad de lanzar esa pulla, pero su objetivo no era provocar a Washington sino proponer alguna forma de negociación. Antes de poner fin a la reunión dijo a Goodwin que transmitiría lo esencial de la conversación solamente a Fidel. Éste respondió que tampoco la «difundiría».

Distensión y agudezas aparte, es evidente que Goodwin interpretó la propuesta del Che como una señal de debilidad, según se desprende de un segundo memorándum a Kennedy el 22 de agosto. «Creo que esta conversación –combinada con otros indicios que se han acumulado– indica que Cuba sufre graves penurias económicas, que la Unión Soviética no está dispuesta a hacer el gran esfuerzo que se requiere para ponerlos de pie y que Cuba merece llegar a un entendimiento con Estados Unidos. Conviene recordar que Guevara sin duda representa las posiciones comunistas más firmes del gobierno: y si hay lugar para una gama de distintos puntos de vista en Cuba, tal vez haya dirigentes aún más interesados que él en llegar a un arreglo con Estados Unidos.»

Sobre la base de esta premisa, Goodwin propuso a Kennedy una serie de medidas. Entre otras, sugirió que incrementara la presión económica sobre Cuba, sancionara a quienes tuvieran trato comercial con el régimen castrista e intensificara la propaganda anticubana, pero no sin buscar «la manera de continuar el diálogo subterráneo iniciado por el Che. Así podemos demostrar que queremos ayudar a Cuba y lo haríamos si ésta cortara los lazos con

el comunismo e iniciara la democratización. Así podemos empezar a sondear en busca de la brecha que pudiera existir en la cúpula dirigente».

¿Fue sincera la proposición del Che? Posiblemente. Su intención era impedir que Washington siguiera desarrollando su política de «contención regional». Pero en verdad, su oferta era escasamente sustanciosa. Era fácil prometer formalmente que Cuba no sería miembro del Pacto de Varsovia y abjurar de ello más adelante. Y si Estados Unidos aceptaba la compensación por medio del comercio, difícilmente podría obligar a terceros países a respetar el embargo. En cuanto a las elecciones, una vez institucionalizada la revolución y expulsados los últimos descontentos le sería fácil al régimen controlar el proceso.

Es significativo que el Che en ningún momento dijo que Cuba dejaría de apoyar la insurgencia guerrillera en la región. Prometió públicamente que «ni una sola arma» saldría de Cuba hacia otros países, pero no habló de entrenar guerrilleros ni de proporcionar fondos o combatientes. Y las armas se podían obtener en cualquier parte, incluso en Estados Unidos.

Al día siguiente, 19 de agosto, el Che voló en avioneta a un aeródromo de las afueras de Buenos Aires. El oficial enviado por el presidente Frondizi a recibir al visitante desconocía la identidad de la persona que debía trasladar a la residencia presidencial; mudo de asombro, vio al Che Guevara descender del avión.

El Che almorzó con Frondizi, quien evidentemente quería aprovechar la reunión para indagar en las intenciones futuras de Cuba. Expresó su esperanza de mantener una coexistencia pacífica con La Habana y que ésta no entraría en una «alianza formal» con Moscú. El Che respondió que Cuba no tenía esa intención, salvo que Washington la atacara.

Después del almuerzo, el Che le pidió un favor a Frondizi. ¿Podía visitar a su tía María Luisa, gravemente enferma, que vivía en el suburbio residencial de San Isidro? Frondizi dio su autorización y el Che pudo ver a su tía por última vez. Al cabo de ocho años de ausencia volvió a ver las calles de Buenos Aires, a través de las ventanillas de un coche presidencial, como visitante clandestino en su propio país. Luego lo llevaron de vuelta al aeródromo y de allí voló sobre el Río de la Plata. En Uruguay no salió del aeropuerto: al llegar, subió al avión de Cubana donde lo aguardaba su comitiva para el viaje a Brasilia.

Con todo, la noticia de la visita «secreta» del Che se difundió rápidamente y causó gran consternación en los círculos militares. Esa misma noche explotó una bomba frente a la puerta de un edificio de apartamentos en la calle Arenales de la capital donde vivía un tío del Che, Fernando Guevara Lynch. Consultado por la prensa, dijo que no había visto a su sobrino sino que se había enterado a posteriori de su visita relámpago. «Se fue del país en 1953. Me hubiera dado gran placer verlo.» A continuación se disculpó y, con el aplomo típico de los Guevara, dijo a los periodistas que esperaba llegar sano y salvo a una cena con amigos «si no han colocado una bomba bajo el capó de mi auto».

La bomba no fue la única consecuencia de su visita. Durante varios días los diarios de Buenos Aires publicaron notas sobre la «preocupación» que sentían las fuerzas armadas a raíz de la visita irregular del Che ilustradas con fotografías de generales de rostro adusto que asistían a reuniones tensas con el presidente. El canciller tuvo que renunciar y siete meses después, cuando un golpe militar derrocó al presidente, la mayoría de los analistas políticos coincidieron en que el encuentro con Guevara había acelerado su caída.

En verdad, la calamidad seguía al Che a todas partes. Un discurso suyo en la Universidad de Montevideo causó protestas, y un disparo mató a un profesor uruguayo. Tamayito estaba convencido de que exiliados anticastristas traídos por la CIA habían intentado matar al Che. Durante el encuentro con el presidente brasileño Janio Quadros, éste lo condecoró con la prestigiosa Orden de Cruzeiro do Sul. Cinco días después, las fuerzas armadas obligaron a Quadros a dimitir.

## VI

Pocas semanas después de la conferencia de Punta del Este, Washington indicó claramente que no le interesaba la propuesta del Che: el Congreso aprobó una ley para negar la ayuda financiera norteamericana a las naciones que tuvieran trato con Cuba. El mismo mes, Costa Rica rompió relaciones con La Habana, seguido en noviembre por el gobierno del venezolano Rómulo Betancourt.

A esas alturas los ejércitos latinoamericanos estaban alerta ante cualquier indicio de «subversión» cubana; Estados Unidos ofrecía ayuda militar y adiestramiento especializado para hacer frente a la amenaza. En octubre de 1961 se inició el primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria en la Escuela Superior de Guerra argentina. En la ceremonia inaugural, en términos similares a los empleados por el Che para unificar a los latinoamericanos en la lucha común contra el «imperialismo», el general de brigada Carlos Túrolo evocó el espíritu de «solidaridad internacional con el pueblo de las Américas [ante la] necesidad imperiosa de coordinar acciones, prevenir y combatir el enemigo común, el comunismo».

Así comenzó la era de la contrainsurgencia en Latinoamérica. Frente a la amenaza de gente como el Che Guevara, capaz de implantar en otros la semilla maligna de la subversión, Washington decidió recurrir a la medicina preventiva para «vacunar» al hemisferio. Era una vacuna potente: adiestramiento en contrainsurgencia; coordinación de las fuerzas armadas, de seguridad y de inteligencia de la región; mayores funciones para la CIA; programas de desarrollo económico y social por medio de la Alianza para el Progreso; y programas de «acción cívica» a realizar por las fuerzas armadas en las zonas más atrasadas con el fin de ganar «los corazones y las mentes» de civiles que las guerrillas intentaban reclutar.

El desastre de bahía de Cochinos había provocado el despido del direc-

tor de la CIA, Allen Dulles, pero con su reemplazante, John McCone, la agencia recibió una inyección de fondos para ocuparse de Cuba. En noviembre de 1961, Kennedy asignó a la agencia con sede en Langley un presupuesto anual de cincuenta millones de dólares para un nuevo programa de acción clandestina con el nombre clave de Operación Mangosta. Coordinado desde Washington y la oficina de la CIA en Miami, esta ambiciosa operación intentaba desestabilizar el régimen cubano mediante acciones de espionaje, sabotaje, ataques militares y asesinatos selectivos. Con el tiempo se convertiría en la operación clandestina de mayor envergadura en el mundo.

Mientras planificaba la Operación Mangosta, la CIA se afanaba por reconstruir la red de resistencia clandestina en la isla, destruida por la detención masiva de presuntos disidentes por las fuerzas de seguridad después de bahía de Cochinos. En octubre, semanas después de abandonar la embajada venezolana donde había solicitado asilo, el agente a sueldo de la CIA Félix Rodríguez regresó a la isla. Su misión era reconstruir las rutas de infiltración en vista de futuras acciones militares.

Antes de que terminara el año la política de «contención» de Kennedy obtuvo algunos éxitos. En diciembre la OEA aprobó una resolución para condenar la alineación cubana con el bloque soviético; los únicos votos en contra fueron los de México y Cuba. El mismo mes, Colombia, Panamá, Nicaragua y El Salvador rompieron relaciones. En La Habana, un discurso de Fidel selló definitivamente la ruptura de Cuba con Occidente. «Soy marxista-leninista y lo seré hasta que muera», declaró.

A fines de enero de 1962, la OEA suspendió a Cuba, prohibió la venta de armas a la isla por parte de los Estados miembros y acordó medidas de defensa conjunta contra las acciones cubanas en la región. En febrero, Kennedy ajustó aún más el severo embargo: prohibió todas las exportaciones salvo las de suministros médicos.

El director de la Operación Mangosta, Edward Lansdale, presentó un plan espectacular que proponía alegremente una serie de «atentados contra dirigentes clave», entre otras acciones, y culminaría con el derrocamiento de Castro en octubre. (Finalmente se adoptó un plan más moderado, pero las líneas definitivas de la operación Mangosta, aunque exigían a la CIA que «utilizara al máximo los recursos indígenas» para provocar el derrocamiento de Castro, también sostenían que se «requeriría» la intervención militar norteamericana para alcanzar sus fines.)

En febrero, la policía argentina descubrió y desarmó una bomba en la puerta de la casa de Celia en la calle Aráoz. Una semana después, Buenos Aires rompió las relaciones diplomáticas con La Habana. En marzo, ante la brusca caída de la producción agrícola cubana y la escasez de artículos de consumo en las tiendas, el gobierno impuso el racionamiento de alimentos y otros bienes de consumo básicos. A partir de entonces los cubanos tendrían que hacer cola para comprar alimentos con tarjetas de racionamiento en las que se anotaba la cuota semanal. Apenas siete meses antes, el Che había vaticinado con convicción que en poco tiempo Cuba sería «autosuficiente» en materia de alimentos.

¿Quién era culpable del desabastecimiento? ¿El embargo comercial norteamericano? En parte, sí. ¿Era la radicalización de la revolución la causa del éxodo calamitoso de los técnicos, administradores y comerciantes? Sí. ¿La incompetencia de los dirigentes revolucionarios en su intento de convertir una economía capitalista en socialista? Sí, todos éstos eran factores coadyuvantes.

Aunque ni Fidel ni el Che lo reconocerían así, el comienzo del racionamiento alimentario señalaba el fin de sus ilusiones de hacer de Cuba un Estado socialista autosuficiente y libre de toda dependencia externa. Y la ilusión del Che de que una fraternidad global de naciones socialistas podría causar la defunción del capitalismo estaba a punto de sufrir un golpe mortal.

## VII

A fines de abril de 1962, Alexander Alexeiev fue emplazado por Nikita Jrushov para volver a Moscú. La urgencia de la convocatoria y la falta de explicaciones eran razones para alarmarse. Hijo de la era estalinista, Alexeiev dice que pensó en lo peor y se preparó para recibir algún castigo mientras se devanaba los sesos para descubrir cuál había sido su error.

Para ganar tiempo, pidió que le permitieran asistir a los festejos del Primero de Mayo en La Habana. Se esperaba que una multitud de medio millón de personas se concentrara en la Plaza de la Revolución, donde se cantaría por primera vez *La Internacional* ahora que el Estado se proclamaba socialista. Se le permitió asistir al evento, pero debía partir inmediatamente hacia Moscú.

El tercer día de mayo, Alexeiev voló a México, donde el embajador soviético le dijo que tenía órdenes de alojarlo en la embajada, no en un hotel. Lo mismo sucedió en Londres, la escala siguiente. Era evidente que el Kremlin quería vigilarlo estrechamente, y llegó a Moscú sumido en la angustia. En el aeropuerto lo aguardaba un jefe de departamento del Ministerio de Relaciones Exteriores, que no era una tarea habitual para un funcionario tan encumbrado. Para entonces Alexeiev estaba totalmente perplejo, y el funcionario no hizo nada por aliviar su angustia ya que se limitó a decirle que «mañana» se enteraría de los motivos de la convocatoria.

A la mañana siguiente lo escoltaron a la oficina de Mijail Suslov, el lugarteniente de Jrushov, en el Kremlin. No lo aguardaba éste sino dos secretarios del Comité Central: Yuri Andropov y el jefe del KGB, Alexander Shelepin.

Éste lo llevó a su despacho y le dijo que lo habían designado embajador soviético en Cuba: la decisión era del mismísimo Nikita Jrushov. En ese momento llamó el primer ministro y dijo que se presentara en su despacho inmediatamente.

Hablaron a solas durante aproximadamente una hora. El premier ratificó el nombramiento, que Alexeiev trató de rechazar con humildad: dijo que

dados los problemas actuales, Cuba necesitaba un embajador entendido en economía, materia en la cual era «analfabeto».

«No me importa –replicó Jrushov–. Más importante es que usted tiene amistad con Fidel, con los dirigentes... Y te creen, que es lo más importante.» Si Fidel quería economistas, le enviaría todos los especialistas que fueran necesarios. En ese preciso instante, Jrushov ordenó por teléfono que se conformara un equipo de asesores ministeriales de todos los sectores de la economía para acompañar a Alexeiev a Cuba. A continuación le dijo que la reunión había terminado por el momento, pero que volvería a convocarlo en un par de semanas para hablar más «en concreto».

Jrushov lo convocó por segunda vez a fines de mayo. En esta ocasión, el dirigente soviético lo esperaba con otros seis funcionarios: su asistente Frol Koslov, el viceprimer ministro Mikoyán, el canciller Andréi Gromiko, el ministro de Defensa Rodion Malinovski y el miembro suplente del Buró Político Sharif Rashidov. Lo invitaron a tomar asiento.

«Fue una conversación muy rara –dijo Alexeiev–... Jrushov me preguntó sobre Cuba, sobre los compañeros cubanos, y yo le cuento sobre cada uno, y en un momento dado, cuando yo no sospechaba nada, me dijo: "Camarada Alexeiev, nosotros hemos decidido, para ayudar a Cuba, para salvar la Revolución Cubana, colocar cohetes en Cuba. ¿Qué te parece? ¿Cómo va a reaccionar Fidel? ¿Aceptará o no?»

Alexeiev estaba atónito. Respondió que en su opinión Fidel no aceptaría la oferta porque siempre había dicho públicamente que el propósito de su revolución era conquistar la independencia cubana. Habían expulsado a los asesores militares norteamericanos, y si aceptaban el emplazamiento de los cohetes soviéticos en su territorio, darían la impresión de que violaban sus principios. Además, la opinión pública internacional y en especial los vecinos latinoamericanos de Cuba lo considerarían un grave abuso de confianza. «Por eso me parece que no aceptarán», dijo Alexeiev en conclusión.

La respuesta enfureció a Malinovski. «Me atacó –recordó Alexeiev–. ¿Qué clase de revolución es ésta que no aceptaría? Yo luché en la España republicana, burguesa, y aceptó nuestra ayuda... ¡y con más razón la Cuba socialista!» Otro funcionario defendió a Alexeiev, que estaba mudo de temor, pero Jrushov no abrió la boca y la discusión quedó en nada. Cambiaron de tema y por fin interrumpieron la reunión para almorzar en la sala contigua.

Durante el almuerzo Jrushov anunció que si bien tal vez Fidel no aceptaría la oferta, de todas maneras dos altos oficiales –Sharif Rashidov y el mariscal Serguéi Biryusov, comandantante de las Fuerzas Misilísticas Estratégicas– viajarían a La Habana con Alexeiev para conversar con el dirigente cubano. «Porque de otra manera no podemos defenderlo –dijo Jrushov–. Con los americanos únicamente se puede conversar por la fuerza. Nosotros podemos darles el mismo remedio, la misma medicina que ellos nos dieron en Turquía [donde Estados Unidos había emplazado misiles nucleares que apuntaban a la Unión Soviética]. Kennedy es pragmático, es un intelectual, él comprenderá que no va a atreverse a la guerra porque la guerra es la gue-

rra. Nuestro gesto es para evitar la guerra, porque cualquier tonto puede empezarla, pero no se trata de eso, sino de un susto nada más... porque ellos saben que nosotros tenemos cohetes que pueden atacar a Estados Unidos... Ellos tienen que tragar esa píldora, como nosotros tragamos la de Turquía.»

Jrushov aludía a la amenaza que suponía el emplazamiento de misiles Júpiter con ojivas nucleares en la vecina Turquía ese mismo mes; el gobierno de Eisenhower había negociado ese acuerdo con su socio de la OTAN en 1959, y Kennedy lo había respetado, aunque con reticencia.

Jrushov dijo que el operativo de emplazamiento de misiles en Cuba se llevaría a cabo con el máximo sigilo para que los norteamericanos «no sospecharan nada» hasta después de las elecciones parlamentarias de noviembre. No se podía permitir que el asunto fuera utilizado en la campaña. Si se hacían las cosas bien, los norteamericanos, absortos en su campaña, no advertirían nada hasta que los misiles estuvieran emplazados.

Un par de días antes de la partida hacia Cuba, el Kremlin avisó a Alexeiev que Nikita Jrushov quería verlo una vez más. Lo llevaron a su dacha de Peredelkino, un bosque de las afueras de Moscú, donde estaban reunidos el premier y el Buró Político en pleno. «Alexeiev dice que Fidel no aceptará nuestro planteamiento», dijo Jrushov después de presentarlo. Sin embargo, se le había ocurrido una idea y ya la había discutido con los funcionarios.

Le diría a Fidel que los misiles serían un último recurso; la Unión Soviética intentaría disuadir a los norteamericanos de atacar a Cuba, pero en su opinión, el único medio para conseguirlo serían los misiles. Dijo a Alexeiev que transmitiera la propuesta, que esperaba que Fidel aceptaría.

Días después, convencido aún de que los cubanos rechazarían la propuesta, Alexeiev regresó a La Habana con su «delegación agrícola» que incluía a Rashidov y también al mariscal Biryusov, quien se hacía pasar por un ingeniero de nombre «Petrov». Cuando llegaron, Alexeiev fue a ver a Raúl Castro, a quien dijo que Jrushov le había encomendado una misión por la cual debía hablar con Fidel inmediatamente. «El ingeniero Petrov no es ningún ingeniero Petrov –dijo–. Es un mariscal, comandante del [plan] de misiles soviético.»

Raúl comprendió la alusión y fue derecho a la oficina de Fidel, donde permaneció dos o tres horas. Luego se reunieron con Fidel en el despacho de Dorticós. «Por primera vez vi que Raúl escribía algo en un cuaderno», dijo Alexeiev.

Fidel escuchó a los soviéticos exponer la propuesta misilística de Jrushov sin pronunciarse, pero sus gestos eran alentadores; dijo que les daría su respuesta al día siguiente. Alexeiev comprendió que quería consultar con el Che.

Al día siguiente Fidel lo convocó nuevamente al despacho de Dorticós. Esta vez estaban presentes el Che, Dorticós, Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca. Después de estudiar la propuesta, estaban dispuestos a aceptar el em-

plazamiento de los misiles, ya que no había otra manera de impedir una invasión norteamericana de Cuba. A continuación discutieron las probabilidades de que ésta se produjera; el Che tomó una parte «muy activa» en la conversación, recuerda Alexeiev, y expresó con toda claridad su posición sobre los misiles. «Cualquier cosa que pueda detener a los americanos vale la pena», dijo.

Mientras los soviéticos y sus colegas cubanos se abocaban a la búsqueda de un emplazamiento para los misiles, Fidel dijo a Alexeiev que quería formalizar el asunto mediante un «pacto militar», que Raúl firmaría en Moscú. Según Vitali Korionov, un asesor del Comité Central, Fidel quería incluir en el pacto una serie de objetivos cubanos que los soviéticos debían negociar con los norteamericanos una vez que se hiciera pública la presencia de los misiles. Además de un compromiso de Washington de que no invadiría la isla, quería «el desmantelamiento» de la base naval norteamericana en la bahía de Guantánamo. Los soviéticos aceptaron la petición y durante la semana siguiente Alexeiev colaboró con Raúl en la versión en español del acuerdo. A continuación, dijo Alexeiev, Raúl y el mariscal Malinovski firmaron cada página del acuerdo.

El 2 de julio de 1962, Raúl ya se encontraba en Moscú con el borrador del tratado. Según Alexeiev, durante la semana siguiente se reunió dos veces con Jrushov. Pero la versión de Vitali Korionov es distinta. Dijo que el viceprimer ministro Alexéi Kosiguin lo envió al aeropuerto a recibir a Raúl y su esposa Vilma Espín. De allí fueron a una casa oficial, donde con Kosiguin y Raúl entraron en un salón donde había un piano de cola. Sólo estaban presentes ellos tres. «Raúl colocó el documento de los reclamos de Fidel traducidos al ruso sobre el piano y él y Kosiguin lo firmaron de pie.» Kosiguin partió inmediatamente, no sin decirle a Korionov que se quedara para «tranquilizar» a Raúl, que estaba sumamente nervioso.

«Su estado era de tensa expectativa –dijo Korionov– [como si se preguntara] "¿ahora qué va a suceder?". Porque los camaradas cubanos comprendían en qué podía terminar todo esto.» Tal como lo instruyeron, Korionov permaneció allí y pasó toda la noche bebiendo coñac armenio con Raúl.

Fidel había dicho a su hermano que quería transmitirle una pregunta a Jrushov: ¿qué sucedería si los norteamericanos se enteraran del operativo antes de que concluyera? Según Alexeiev, la respuesta fue tan lacónica como despreocupada: «No se preocupe que no sucederá nada. Si los norteamericanos se ponen nerviosos, enviaremos la flota del Báltico para demostrar nuestro apoyo.» Raúl consideró que la respuesta revelaba un compromiso firme de apoyo, y dijo a Alexeiev: «¡Qué bueno, está bien! Fidel aceptará todo; va a corregir algo pero, en principio, sí.»

En verdad, era un acuerdo bélico temible y bastante pesado: veinticuatro lanzadores de misiles balísticos de mediano alcance y dieciséis de alcance intermedio, equipado cada uno con dos misiles y una ojiva nuclear; veinticuatro baterías de misiles tierra-aire SAM-2; cuarenta y dos interceptores MiG; cuarenta y dos bombarderos IL-28; doce buques misilísticos

clase Komar con misiles de crucero de defensa costera. Con el arsenal irían cuatro regimientos de combate de élite que sumaban cuarenta y dos mil efectivos. El acuerdo, renovable cada cinco años, estipulaba que los misiles quedarían bajo el mando exclusivo de los militares soviéticos.

Alrededor del 15 de julio, antes de que Raúl partiera de Moscú o Fidel leyera el acuerdo, los primeros misiles partieron subrepticiamente de los puertos soviéticos del Mar Negro ocultos a bordo de buques de carga. También partieron los primeros contingentes de oficiales y tropa. El 17 de julio Raúl regresó a La Habana. Tres semanas después lo hizo Alexeiev, ya en calidad de embajador soviético, llevando consigo el acuerdo ratificado por aquél.

Antes de su partida, Jrushov le informó de que «ya» había misiles soviéticos en Cuba e insistió en la necesidad de mantener la operación en total secreto hasta noviembre o más adelante. No debía enviar despachos desde La Habana; si tenía algo importante que comunicar, debía viajar a Moscú o enviar un emisario.

Jrushov aún no había firmado el acuerdo, a la espera de la aprobación definitiva de Fidel. Su plan era viajar a Cuba para asistir en enero a la celebración del aniversario del triunfo revolucionario, y después de firmar el acuerdo juntamente con Fidel, divulgarlo espectacularmente al mundo. Para entonces todo estaría emplazado, y el hecho consumado le daría a Jrushov una poderosa palanca estratégica para el regateo con Washington.

Por cierto que los planes no se cumplieron. En primer lugar, el borrador disgustó a Fidel, que lo consideró «demasiado técnico» y carente de un «marco político». Según Alexeiev, Fidel objetó sobre todo la versión original de un pasaje del preámbulo: «En el interés de asegurar su soberanía y mantener su libertad, Cuba solicita a la Unión Soviética que considere y acepte la posibilidad de instalar misiles [en su territorio]...»

Alexeiev dijo que con las enmiendas de Fidel, el peso de la decisión de instalar los misiles no recaía exclusivamente sobre la petición cubana sino que constituía una responsabilidad compartida por las dos naciones. En esencia, quería dejar asentado lo que hasta entonces era apenas una promesa retórica de Jrushov: que la Unión Soviética consideraría un ataque a Cuba como un ataque a su propio territorio. Por consiguiente, el nuevo preámbulo decía: «Es necesario y se ha resuelto dar los pasos necesarios para la defensa conjunta de los derechos legítimos del pueblo de Cuba y la Unión Soviética, teniendo en cuenta la necesidad urgente de adoptar medidas para garantizar la seguridad mutua en vista de la posibilidad de un ataque inminente contra la República de Cuba y la Unión Soviética.»

A finales de agosto, una vez redactado el borrador enmendado, Fidel no envió a su hermano a la Unión Soviética sino al Che y a Emilio Aragonés, un antiguo camarada del 26 de Julio y entonces uno de sus principales asesores. El 30 de agosto se reunieron con Jrushov en su dacha de verano de Crimea. Éste aceptó la versión enmendada del acuerdo, titulado, «Acuerdo entre el Gobierno de la República de Cuba y el Gobierno de la Unión Soviética sobre Cooperación Militar para la Defensa del Territorio

Nacional de Cuba en la Eventualidad de una Agresión», pero retrasó la firma: dijo que lo haría en unos meses, cuando viajara a Cuba.

Probablemente el Che temía una traicion soviética, porque reclamó la divulgación del acuerdo, pero Jrushov se negó porque, dijo, aún debía permanecer en secreto. El Che y Aragonés repitieron la persistente preocupación de Fidel –compartida por el canciller Andréi Gromiko y otros altos funcionarios soviéticos– de que los norteamericanos descubrieran la operación prematuramente. Según el relato posterior de Aragonés, Jrushov se mostró tan despreocupado entonces como anteriormente con Raúl. «[Nos] dijo al Che y a mí, en presencia de Malinovski: "No se preocupen, no habrá problemas con los Estados Unidos. Y si los hay, enviaremos la flota del Báltico."»

Al oír la respuesta, «el Che y yo nos miramos y alzamos las cejas». Evidentemente, Jrushov no los había convencido, pero en ese momento no les quedaba otra alternativa que creer en su promesa.

Mientras tanto, aleccionada sobre la necesidad de seguir de cerca los movimientos del Che, la inteligencia norteamericana vigilaba estrechamente sus actividades en Rusia. El 31 de agosto, un despacho de la CIA advirtió que la «composición» de la delegación del Che Guevara a la Unión Soviética «indica que [ésta] podría tener una misión más amplia que es [*sic*] su agenda anunciada, relacionada con asuntos industriales. Guevara está acompañado por Emilio Aragonés, quien aparentemente no tiene formación ni experiencia en asuntos económicos o industriales. La misión Guevara fue recibida en el aeropuerto por funcionarios económicos soviéticos y por el viceprimer ministro Kosiguin, miembro del Presidium del partido soviético».

Cuando el Che volvió a La Habana, el 6 de septiembre, los norteamericanos ya habían detectado la creciente presencia militar soviética. Los aviones de reconocimiento U-2 habían descubierto el emplazamiento de los nuevos SAM-2 y los misiles crucero de defensa costera. Los especialistas aseguraban a Kennedy que éstos no amenazaban la seguridad nacional de Estados Unidos, pero su presencia era una señal que no se podía pasar por alto. El 4 de septiembre, Kennedy había enviado a su hermano menor Robert, ministro de Justicia, a discutir la escalada con el embajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrinin. Éste le había transmitido el mensaje de Jrushov de que no se había emplazado «armamento ofensivo» en Cuba sino armas destinadas exclusivamente a la «defensa» de la isla.

Pero la Casa Blanca sospechaba. Las últimas fotografías aéreas indicaban la posible construcción de una base de submarinos soviéticos. Kennedy anunció públicamente que Estados Unidos había detectado la presencia no sólo de los SAM sino también de un número creciente de personal militar soviético. Admitió que no tenía pruebas de la presencia de tropas de *combate* del bloque soviético ni de misiles ofensivos tierra-tierra, pero advirtió que su presencia daría lugar a una «situación gravísima».

Al día siguiente, Kennedy pidió al Congreso que autorizara la convocatoria de hasta ciento cincuenta mil reservistas de ejército. Washington anunció su intención de realizar ejercicios militares en el Caribe a mediados de

octubre, que Cuba denunció como una prueba de sus intenciones de invadirla. Dobrinin repitió que Moscú proporcionaba «solamente» armas defensivas a la isla.

La tensión aumentaba día a día, a medida que se filtraban más detalles sobre la concentración de fuerzas soviéticas. Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba cruzaban acusaciones y desmentidos. Pero el 9 de septiembre, los analistas de la inteligencia norteamericana tomaron nota de ciertas frases inquietantes del Che durante una recepción en la embajada brasileña en La Habana. En declaraciones a un periodista, dijo que el acuerdo de ayuda militar soviética a Cuba era «un suceso histórico» que anunciaba una modificación de las relaciones de fuerza entre Oriente y Occidente; en su opinión, la balanza se inclinaba a favor de la Unión Soviética. Según un despacho secreto, llegó a decir que «Estados Unidos no tiene más remedio que ceder». El despacho dijo en conclusión: «Aparentemente cree que la ayuda militar soviética a Cuba es un gesto de gran importancia.»

Efectivamente, lo fue, como Estados Unidos y el mundo entero estaban a punto de comprender. En pocas semanas más, el acuerdo concertado por el Che llevaría al mundo al borde de la guerra nuclear.

# 25. VERTIENTE GUERRILLERA

> La sangre del pueblo es nuestro tesoro más sagrado, pero hay que derramarla para ahorrar más sangre en el futuro.
>
> CHE GUEVARA
> finales de 1962, *«Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana»*

> Un día llegué a la cima de una montaña con un fusil en la mano y sentí algo que nunca había sentido antes: ¡me sentí tan fuerte! Me embargó una hermosa sensación de libertad, y me dije: ¡Podemos hacerlo!
>
> HÉCTOR JOUVE,
> un guerrillero del Che en Argentina, 1963-1964

## I

En diciembre de 1961, el joven guatemalteco Julio Roberto Cáceres (el Patojo), amigo y protegido del Che, partió clandestinamente de Cuba hacia su patria con la intención de iniciar una lucha guerrillera marxista. El Che siempre se había mostrado más fraternal con Patojo que con otros y había alimentado sus aspiraciones revolucionarias. Lo había tenido a su lado en La Cabaña, el INRA y el Ministerio de Industrias y durante la mayor parte de los últimos tres años Patojo había vivido con él y Aleida.

Unos meses antes, el Che había pedido a Regino Boti, director de la Junta Central de Planificación JUCEPLAN, que le diera un puesto a su amigo guatemalteco. Así lo hizo y poco después, cuando Patojo desapareció, Boti comprendió que el Che había utilizado el puesto como medio para hacerlo desaparecer de los lugares que solía frecuentar y «lavar» su salida del país.

Al regresar a Guatemala, Patojo halló un clima propicio para la revolución. Se habían realizado elecciones parlamentarias en medio de acusaciones generalizadas de fraude. A fines de enero de 1962, el jefe de la policía secreta de Ydígoras Fuentes murió en un atentado y dos semanas después las guerrillas de Yon Sosa y Turcios Lima llevaron a cabo los primeros ataques relámpago contra cuarteles militares en las cercanías de Puerto Barrios. El grupo, llamado Movimiento Guerrillero 13 de Noviembre Alejandro de León en recuerdo de una insurrección anterior frustrada y en

homenaje a un camarada muerto, difundió sus objetivos en febrero por medio de un comunicado: llamaba a la rebelión contra la «tiranía» para restaurar el estado democrático. En esa misma época, Patojo inició su misión independientemente de ellos y con el respaldo del PGT, el partido comunista guatemalteco.

En marzo de 1962, cuatro meses después de la partida de Patojo, el Che recibió la noticia de que su amigo había muerto en acción. Unos meses más tarde, su antigua amiga en común Myrna Torres fue a ver al Che en La Habana y le entregó un cuaderno de apuntes que Patojo le había dejado en México cuando iba rumbo al campo de batalla. Allí había un poema dedicado a su novia en Cuba. El Che escribió una elegía para Patojo publicada en agosto en *Verde Olivo*, una parábola de redención severa y a la vez tierna, dirigida a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Tras un breve relato de la vida de Patojo y su relación con él (su vida y su trabajo como fotógrafos itinerantes en México; el deseo de Patojo de participar en la expedición del *Granma*, que no se pudo cumplir; su posterior viaje a Cuba para aportar sus esfuerzos a la revolución triunfante), escribió las líneas siguientes:

> Después de llegar a Cuba, vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que el Patojo quería cuando a veces lo veía estudiando con ahínco alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llegado la hora y que debía cumplir con su deber.
>
> El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante... Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho...?
>
> Se fue el Patojo y, al tiempo, llegó la noticia de su muerte... Y no él solo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, tan inteligentes, quizás, pero no conocidos personalmente por nosotros.
>
> Queda una vez más el sabor amargo del fracaso...
>
> Nueva sangre joven ha fertilizado los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando el Patojo se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni tenía casi ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la revolución, a la patria y a una mujer. A esa mujer que el Patojo conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Tómalo, es sólo un corazón
Tómalo en tu mano
y cuando llegue el día,
Abre tu mano para que el sol lo caliente...

El corazón del Patojo ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América.

La llorada muerte de Patojo señaló sólo el comienzo de una nueva oleada de actividad guerrillera en América Latina con el respaldo cubano, porque gracias a los esfuerzos del Che, en 1962 la isla se convirtió en una efectiva «usina guerrillera» que enviaba recursos humanos y materiales a remotas subestaciones de revolución armada a lo largo y a lo ancho del hemisferio. Frente a la hostilidad implacable de Washington, el aislamiento regional de Cuba y la amenaza constante de una invasión militar norteamericana, el sueño del Che de la «revolución continental» adquiría sentido estratégico: la amenaza creciente de la guerrilla ayudaba a desviar las presiones norteamericanas de la isla, a la vez que obligaba a Washington a pagar un alto precio por su política de contención regional.

Más importante aún, Fidel la había oficializado. En una réplica a la expulsión de Cuba de la OEA en enero de 1962, el 4 de febrero proclamó en su «Segunda Declaración de La Habana» la «inevitabilidad» de la revolución en Latinoamérica, que los timoratos gobiernos de la región consideraron una tácita declaración de guerra contra sus países.

Juan Carretero, alias «Ariel», un alto oficial de inteligencia en esa época, dijo que en 1962 empezó a colaborar con el Che en la creación de un «teatro revolucionario latinoamericano» transcontinental y antiimperialista. El superior inmediato de Ariel era Manuel Piñeiro Losada, alias «Barbarroja», el segundo de Ramiro Valdés en la Seguridad del Estado y supervisor de los planes guerrilleros.*

En la primavera de 1962 ya se había puesto en marcha un plan supervisado por el Che para reclutar y organizar aspirantes a guerrilleros entre los centenares de estudiantes latinoamericanos que iban a Cuba con becas revo-

* Véanse más detalles en el apéndice.

lucionarias; uno de ellos era Ricardo, hermano menor de su ex esposa Hilda. En 1958, después de terminar el secundario en Perú, había ido a estudiar periodismo en la prestigiosa Universidad de La Plata, en la Argentina, un polo de atracción para los estudiantes de todo el continente. Allí se había unido al movimiento juvenil aprista y, como muchos de sus amigos, abrazó rápidamente la causa revolucionaria cubana como modelo para la transformación política latinoamericana. Tenía el incentivo adicional de ser cuñado del Che Guevara. Dedicaba su tiempo libre a colaborar con el padre del Che en el Comité de Apoyo al Movimiento 26 de Julio en Buenos Aires.

En 1960, decidió ir a Cuba a terminar sus estudios y participar en la revolución que había ganado todas sus simpatías. Hilda ya no era la esposa del Che, pero vivía ahí y podía facilitarle las cosas. Lo primero que supo al llegar fue que no podría continuar sus estudios de periodismo. El proceso oficial de reforma universitaria estaba en marcha y la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana –una profesión que no era de las prioritarias en la nueva Cuba– estaba, en sus palabras, un tanto «desorganizada». Decidió estudiar economía. El decano era nada menos que el venerable «comunista viejo» Carlos Rafael Rodríguez. Cuando se produjo la invasión de Playa Girón respaldada por la CIA, Ricardo y muchos de sus condiscípulos latinoamericanos se presentaron como voluntarios en las milicias revolucionarias con la esperanza de ir al frente, pero los extranjeros recibieron la misión de vigilar los edificios públicos en La Habana. A pesar de la desilusión, Ricardo no se dejó arredrar y permaneció en la milicia universitaria.

A principios de 1962, cientos de estudiantes latinoamericanos llegaban a la isla en respuesta a una invitación general del gobierno a los partidos oositores comunistas e izquierdistas del hemisferio. Entre los bolivianos, venezolanos, argentinos, uruguayos, nicaragüenses, guatemaltecos y colombianos había unos ochenta peruanos, y Ricardo se unió inmediatamente a sus compatriotas. Sin embargo, no tardó en producirse una división entre aquellos que «sólo querían estudiar» y los que, como dijo Ricardo, «querían tener acceso a la experiencia revolucionaria de Cuba para aprender esa experiencia, con la idea de regresar a nuestro país y contribuir a nuestra propia revolución». Llegado el momento de decisión, Ricardo optó por este último grupo.

Su decisión coincidió con el golpe militar peruano de marzo de 1962 que anuló las elecciones, suspendió el Congreso y puso en tela de juicio al sistema político en su conjunto. Para los peruanos que querían aplicar el modelo cubano a su país, era el momento de actuar.

A mediados de 1962, Ricardo Gadea y sus camaradas peruanos ya habían abandonado sus estudios universitarios para entrenarse como guerrilleros en la Sierra Maestra. Sus instructores eran veteranos de la guerra cubana; el mismísimo Fidel los arengaba y les daba consejos; pero el mentor revolucionario indiscutido, según Gadea, era el Che. «El Che era la persona... el dirigente más sensible, más comprometido, más carismático, como latinoamericano –dijo Ricardo–, que nos entendía y sabía que algunas cosas no habían funcionado..., nos ayudó incluso a resolver muchos problemas.»

Otro país cuya «liberación» era un anhelo muy sentido por el Che era Nicaragua. Desde la debacle inicial del verano de 1959 en la frontera hondureño-nicaragüense, los rebeldes que combatían a la dinastía de Somoza viajaban constantemente entre su país y la isla. Carlos Fonseca, el ideólogo del grupo, se había curado de sus heridas en Cuba y regresado a Centroamérica a intentar una alianza política de su grupo mayoritariamente estudiantil con otros exiliados y antisomocistas dentro del propio país.

Mientras Fonseca viajaba por la región, uno de sus discípulos, un ex estudiante de derecho menudo, rechoncho y de labios gruesos llamado Tomás Borge, fue a La Habana en busca de apoyo para su flamante Juventud Revolucionaria Nicaragüense. Con otro camarada llamado Noel Guerrero y Rodolfo Romero, amigo del Che, visitaron a éste en el Banco Nacional.

Borge dice que inició un florido discurso de salutación «en nombre de la juventud nicaragüense», pero el Che lo interrumpió con un lacónico, «dejémonos de discursos y vamos al grano». Pero cuando Borge le aseguró que su discurso «no era demagógico», el Che aceptó escucharlo. Al cabo de la sentida presentación, dijo Borge, el Che lo abrazó, dijo que «aceptaba» el saludo y le dio veinte mil dólares para que pudieran organizarse.

Rodolfo Romero fue designado jefe militar del grupo, y con los fondos del Che, Borge y los demás empezaron a traer nicaragüenses de toda la región a Cuba. En definitiva fueron una treintena en total. Reclutados por las milicias revolucionarias, adquirieron experiencia directa en la guerra de contrainsurgencia del Escambray. En 1961, Romero ingresó en la escuela de contrainteligencia para aprender el oficio de espía –«yo era el único nicaragüense», recordó con orgullo– y luego, con Borge, Fonseca y los demás, asistieron a un curso de artillería dictado por un instructor checo en una remota base militar de la isla.

Fonseca volvió a Nicaragua en julio de 1961 y para el verano siguiente su organización empezaba a crecer. Supervisaba las acciones clandestinas de propaganda, sabotaje y robo de bancos en las ciudades nicaragüenses mientras Tomás Borge y otros sesenta guerrilleros al mando de Noel Guerrero se infiltraban en la selva norteña desde la vecina Honduras. El grupo que con el tiempo se llamaría Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) estaba listo para entrar en acción.

Generoso con los futuros mandos de la revolución latinoamericana, el Che no lo era tanto con su familia, ya que negaba ayuda financiera a sus padres para que fueran a visitarlo. Después de su primera visita en 1959, Celia madre regresó en 1960 y al año siguiente Guevara Lynch escribió en una carta a Hilda que estaba ahorrando para volver una vez más con su esposa. Querían conocer a su nueva nieta Aleidita y ver nuevamente a Hildita. Sabían además que próximamente tendrían otro nieto porque Aleida estaba embarazada y debía dar a luz en mayo de 1962.

Cuando Hilda se tomó el atrevimiento de preguntar al Che por qué no ayudaba a sus padres, éste replicó con dureza: «Así que eres de las que no creen que gano un sueldo fijo y puedo usar los fondos públicos como se me

dé la gana.» Hilda, ofendida, respondió que no había querido decir eso. «Sólo insinué que pagaras el pasaje de tu padre porque quiere venir. Puedes devolver el dinero en cuotas.» Más sereno, el Che dijo: «Está bien, pero dejémoslo para más adelante. Ahora no es el momento.»[1]

Mientras tanto, un clima insurreccional se apoderaba de Venezuela debido a los cismas políticos en la coalición gobernante de Betancourt. Aparecían fuerzas guerrilleras en distintos lugares del país; en mayo de 1962 se sublevaron las tropas de una base naval vecina a Caracas. El Partido Comunista apoyó abiertamente la revuelta, y en represalia, Betancourt proscribió tanto a éste como al MIR.

En junio, otra sublevación naval fue aplastada por las tropas leales después de dos días de combates sangrientos. Oficiales y tropas disidentes huyeron al monte, donde muchos se unieron a las guerrillas incipientes. En diciembre, el Partido Comunista proscrito apoyó oficialmente la «lucha armada» y dos meses después, una coalición guerrillera llamada Fuerzas Armadas de Liberación Nacional anunció su existencia y la intención de librar la guerra contra el régimen de Betancourt. Este autoproclamado movimiento «democrático y nacionalista» tenía una fachada política, el Frente de Liberación Nacional, dominado por los comunistas. Los comunicados del FLN, como los de Fidel Castro durante la guerra, rechazaban las acusaciones del gobierno de que era «comunista» o «antiamericano» y llamaba a los venezolanos de todas las tendencias a conformar un «frente único» para que Venezuela fuera «dueña de su destino y sus propias riquezas».

Así como los movimientos guerrilleros de Nicaragua, Perú y Guatemala, la nueva organización revolucionaria venezolana recibía ayuda del Che. Cada fusil que se empuñaba era un paso más hacia la materialización del sueño de una guerrilla continental contra el imperialismo norteamericano.

## II

Para entonces el Che planificaba un movimiento insurgente en su Argentina natal. Esa idea que germinaba en él desde tiempo atrás adquirió nuevo vigor tras el derrocamiento del presidente Frondizi por un golpe militar. El lugar elegido como teatro tentativo de guerra era la selva del norte argentino en Salta, no lejos de la escarpada frontera con Bolivia. Casualmente era el mismo lugar que había recorrido en moto en 1950 y donde se había detenido a reflexionar sobre el significado de la vida, la muerte y su propio destino.

1. Meses después, cuando Argentina rompió las relaciones con Cuba, el Che quiso invitar a su hermano Juan Martín a viajar en el vuelo que llevaría a los diplomáticos y a un grupo de comunistas argentinos a La Habana. Según María Elena, su esposa de entonces, Juan Martín estaba dispuesto a viajar, pero no pudo a raíz de dificultades de último momento. La necesidad de ganarse la vida y mantener a su esposa e hijos le impidieron volver a Cuba mientras su hermano estuvo con vida. Tampoco lo hicieron Guevara Lynch ni otros parientes salvo Celia madre.

El plan consistía en que el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti condujera un pelotón de vanguardia; su misión era conocer el terreno e instalar discretamente una base de operaciones para la guerrilla. Antes de hacer frente al enemigo, debía crear una base de apoyo entre los campesinos rurales y una infraestructura de apoyo civil en las ciudades argentinas. Más adelante, cuando las circunstancias fueran adecuadas, el propio Che iría a ponerse al frente de la fuerza.

Pidió a Alberto Granado que lo ayudara a reclutar argentinos para la operación guerrillera. En octubre de 1961, Alberto se había mudado con su familia de La Habana a Santiago para crear un instituto de investigaciones biomédicas en la universidad local, y en 1962 había utilizado su trabajo y su nacionalidad para evaluar a sus compatriotas con vistas a incorporarlos al plan de revolución argentina del Che. En Santiago se hizo amigo del pintor argentino Ciro Roberto Bustos, quien había llegado a Cuba como «voluntario» en la misma época que él. Bustos había instalado un pequeño taller de cerámica en el Oriente rural y dos veces por semana dictaba clases de pintura en la Universidad de Santiago; Granado lo invitó a alojarse en su casa cuando debía pernoctar en la ciudad. El tema de la «lucha armada» entró rápidamente en sus conversaciones, y al enterarse de que Bustos apoyaba la idea de una revolución de tipo cubano en su tierra, Granado transmitió al Che su impresión favorable del pintor. Poco después, concertó una reunión entre ambos.

Ese año, Granado fue a Argentina y viajó por el país; por medio del Partido Comunista argentino reclutaba «técnicos y otras personas capacitadas» para trabajar en Cuba: era una fachada sensata para reclutar posibles mandos guerrilleros. Sin embargo, como el mismo Granado reconoció años después, los servicios de seguridad sospechaban de él y evidentemente vigilaban sus movimientos, porque varias de las personas con las que se reunió fueron «detenidas temporalmente» después de su partida. A pesar de todo, pudo reclutar a un par de hombres que poco después viajaron a Cuba para recibir instrucción guerrillera.

Masetti ya no trabajaba en Prensa Latina. Después de la invasión de bahía de Cochinos había dirigido el interrogatorio televisado de los prisioneros y a continuación había desaparecido. La versión oficial decía que habían solicitado su renuncia; todos sabían que no era comunista y que lo habían despedido al cabo de un prolongado enfrentamiento con la doctrinaria célula comunista en la agencia. Más adelante se dijo que trabajaba para el departamento de propaganda de las fuerzas armadas, pero en realidad su jefe era el Che.

Después de abandonar Prensa Latina, Masetti hizo un curso de entrenamiento militar del que salió con el grado de capitán y realizó varias misiones secretas para el Che en Praga –una nueva estación de paso para el espionaje cubano en el exterior– y en Argelia, donde llevó clandestinamente, por vía de Túnez, un gran cargamento de armas norteamericanas requisadas en Playa Girón para los insurgentes del FLN. Lo acompañó un recluta de Granado, un mecánico argentino veinteañero llamado Federico Méndez que tenía ex-

periencia militar. Permanecieron durante varios meses en el cuartel general del FLN, donde Méndez instruyó a los argelinos en el manejo de las armas norteamericanas. Al regresar a Cuba, habían forjado vínculos estrechos con la agradecida conducción revolucionaria argelina y sus jefes militares.

El Che arrojaba sus redes a diestra y siniestra para sondear la situación política argentina. En marzo de 1962, cuando los diplomáticos cubanos fueron expulsados de la Argentina y volaron a la isla desde Uruguay, envió un telegrama a su viejo condiscípulo de secundaria y militante de la juventud radical Oscar Stemmelin para invitarlo a visitar la isla en el avión de los evacuados. Stemmelin y otro condiscípulo del colegio Deán Funes aceptaron la invitación y pasaron un mes en La Habana. Más adelante, Stemmelin no supo decir con certeza por qué Guevara lo había invitado a Cuba, aparte de que eran viejos amigos y él era uno de los pocos cordobeses conocidos del Che que actuaba en política. Durante su estancia, Stemmelin habló con el Che unas ocho o diez veces, sobre los viejos tiempos y también sobre la Revolución Cubana y la política argentina.

El 25 de mayo, cuando se conmemora la revolución argentina, los trescientos ochenta miembros de la comunidad argentina en La Habana se reunieron para festejarlo con un asado al aire libre y un espectáculo de música, danzas tradicionales y vestimenta típica. Cuando lo invitaron a ser el huésped de honor, el Che sugirió que invitaran también a la joven germano-argentina Haydée Tamara Bunke. Desde su llegada de Berlín, Tamara, como la llamaba todo el mundo, trabajaba como traductora de alemán-español en el Ministerio de Educación y demostraba gran entusiasmo por todo lo que vivía. Participaba en las sesiones de trabajo voluntario y la campaña de alfabetización, era miembro de una milicia y de su CDR local, y enseguida logró el reconocimiento de su fervor revolucionario. Asistía regularmente a las reuniones sociales de los guerrilleros latinoamericanos en La Habana y expresaba una gran simpatía por sus causas.

Orlando Borrego, el lugarteniente del Che, y ella habían reanudado la amistad iniciada en Berlín. Tamara no le ocultaba su deseo de combatir en alguna guerrilla latinoamericana y constantemente le pedía que la presentara al Che. Pero éste la desalentaba; mucha gente quería conocerlo, y él no quería que le hicieran perder su valioso tiempo. Tamara acabó por salirse con la suya: se anotó en una jornada de trabajo voluntario junto con él en una escuela en construcción cerca de su casa. «La subestimé», dijo Borrego con una sonrisa irónica.

En el asado del día de la Revolución de Mayo, el Che como siempre hizo un discurso sobre la lucha revolucionaria en Latinoamérica; en esta ocasión dedicado sobre todo a Argentina. Dijo que las «fuerzas antiimperialistas» argentinas debían superar sus divergencias ideológicas, y al respecto mencionó a los peronistas en particular. Un cubano que asistió a esa comida dijo que en determinado momento el Che escribió algo en una caja de cerillas y, sin decir palabra, la entregó al argentino sentado a su lado. Era la palabra «unidad». La caja pasó de mano en mano y todos comprendieron el mensaje. Basta de peleas intestinas sectarias.

Fue un momento importante para los peronistas presentes. Su dirigente John William Cooke pidió la palabra para insistir en el llamamiento del Che a la unidad revolucionaria y elogiar a Cuba por encabezar «la segunda emancipación» de América Latina. Cooke, antiguo dirigente de la Juventud Peronista y representante personal de Perón, vivía en Cuba desde hacía varios años, pero mantenía una correspondencia regular con el caudillo exiliado en Madrid. Ganado por la Revolución Cubana, Cooke la elogiaba en cartas a Perón y le transmitía la invitación de Fidel a que visitara la isla, donde se lo recibiría «con los honores de un jefe de Estado». (Perón jamás aceptó la invitación, pero envió varias respuestas halagadoras, de la misma manera que daba su bendición desde el exilio a las diversas alas peronistas que se disputaban su aprobación.)[1]

El Che preparaba sigilosamente el tablero para el juego de la guerrilla continental; el premio máximo era su tierra natal. Entrenaba a varios grupos de acción argentinos, separados por sus ideologías pero unidos en el anhelo de iniciar la guerra. Cuando llegara el momento, cada grupo se movilizaría para ocupar su puesto en un ejército unificado bajo su mando para la campaña argentina. El pelotón de vanguardia de Masetti fue la primera jugada del Che en ese tablero; los demás lo seguirían llegado el momento.[2]

Más allá de estas actividades clandestinas, habían sucedido una serie de acontecimientos que afectarían directamente el futuro del Che. En septiembre, el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, había muerto en un dudoso accidente aéreo sobre el Congo, donde las tropas de la ONU intervenían contra los rebeldes separatistas de la provincia cuprífera de Katanga apoyados por mercenarios belgas y sudafricanos. Su sucesor, el diplomático birmano U Thant, había heredado la tarea aparentemente imposible de resolver la crisis del Congo, donde el gobierno central en Leopoldville, apoyado por las potencias occidentales, disputaba el poder con los abanderados del difunto presidente Patrice Lumumba, asentados en la remota ciudad norteña de Stanleyville.[3]

1. Cooke soñaba con un regreso triunfal de Perón a la patria a la cabeza de una alianza revolucionaria reconstruida con apoyo cubano. Antiguos camaradas de Cooke dicen que después de demostrar cierta indiferencia debido a su escepticismo con respecto a Perón, el Che acabó por hacerse amigo de aquél y su esposa, Alicia Eguren. En el curso de varias conversaciones, los argumentos de Cooke permitieron al Che adquirir una perspectiva más amplia del peronismo como fuerza revolucionaria en potencia; a su vez, éste le ayudó a asimilar conceptos marxistas-leninistas. Esto ayudó a dar impulso a la «corriente» revolucionaria de Cooke, la Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Ese verano de 1962, con la aprobación del Che, los hombres de Cooke empezaron a entrenarse como guerrilleros con vistas a una futura guerra revolucionaria en Argentina.

2. Resulta irónico que ni el Che ni Masetti ni Cooke vivirían para verlo, pero con el tiempo, las fuerzas que ayudaron a poner en marcha desatarían un período de violencia revolucionaria y represión militar brutal que en años subsiguientes modificaría drásticamente el panorama político de la Argentina moderna.

3. Posteriormente se cambió el nombre del Congo por Zaire; la capital Leopoldville se llamó Kinshasa, y Stanleyville, Kisangani. [Después de escrito este libro, el país recuperó el nombre de República del Congo. *(N. del T.)*]

El cisma chino-soviético, disimulado durante largos años, salió a la luz en octubre de 1961 cuando el primer ministro chino Chou En-lai abandonó un congreso del Partido Comunista en Moscú. En la pugna por imponer su influencia en el mundo, las dos potencias presionaban a los partidos comunistas latinoamericanos –incluso el cubano– para que tomaran partido.

En marzo de 1962, Fidel denunció públicamente el «sectarismo» de los «viejos comunistas» del PSP, que intentaba controlar las Organizaciones Revolucionarias Integradas. (Éste era el nombre del nuevo partido oficial, dirigido por Fidel, que había subsumido al Movimiento 26 de Julio, el PSP y el Directorio Revolucionario.) La principal víctima de la purga fue Aníbal Escalante, secretario de organización de la ORI y antiguo ideólogo del PSP, acusado de usar su influencia para otorgar una gran cantidad de puestos de gobierno a los camaradas de su partido. Después de una fuerte censura pública, se fue al exilio en Moscú. Poco después, Fidel anunció el nuevo nombre de la organización: Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS), la nueva etapa hacia la creación de un nuevo partido comunista cubano.

La purga realizada por Fidel significó una gran satisfacción para el Che. Detestaba a los burócratas arrogantes que trataban de imponer sus directivas ideológicas en todo el país, y había otorgado puestos –y protección– en su ministerio a varias personas cuyas carreras se habían visto perjudicadas. En mayo emitió una directiva severa que prohibía las «investigaciones ideológicas» en el ministerio.

El «sectarismo», como se llamó a ese período de dogmatismo comunista, afectó incluso a extranjeros como Ciro Bustos. El Partido Comunista argentino, que seguía el ejemplo del chovinista PSP, quiso extender su control sobre todos los argentinos que vivían y trabajaban en Cuba. Cuando se encontraba en Holguín, Bustos fue convocado por el representante del partido en Cuba e interrogado sobre sus antecedentes políticos y filiación partidaria. Al responder que no estaba afiliado oficialmente al comunismo, se le advirtió que debía «regularizar» su situación, bajo pena de abandonar el país. Pero lo salvó la purga «antisectaria» y actuaba nuevamente con toda libertad cuando Granado concertó su entrevista con el Che en el verano de 1962.

El encuentro, que se produjo una medianoche de fines de julio en la oficina del Che en La Habana, fue decisivo. El Che le dijo que un «grupo» se preparaba para actuar en Argentina y lo invitó a participar. El pintor aceptó. Eso fue todo. Se le dijo que no saliera del hotel; unas personas pasarían a buscarlo. En la etapa siguiente de su metamorfosis revolucionaria, condujeron a Bustos a una casa en el barrio habanero de Miramar, donde lo recibió un hombre a quien reconoció por las fotografías de la prensa: Jorge Ricardo Masetti. Casualmente era el libro de éste sobre la guerra cubana, *Los que luchan y los que lloran,* publicado en 1959, el que había despertado el interés de Bustos sobre Cuba.

Aunque el «proyecto» era «del Che», dijo Masetti, el comandante todavía no podía partir de Cuba; por eso, él conduciría la fuerza guerrillera du-

rante la fase inicial. Posteriormente llegaría el Che y entonces comenzaría la guerra.

Preguntó a Bustos si estaba dispuesto a abandonarlo todo para unirse a la empresa, y nuevamente éste aceptó. Para conservar las apariencias, volvería a Holguín hasta que lo convocaran; una «beca» del Ministerio de Industrias para estudiar en Checoslovaquia serviría para justificar su desaparición posterior. Su esposa tendría que permanecer allá y conservar el secreto. Más adelante, una vez que la guerrilla se consolidara en un territorio liberado, ella podría someterse a entrenamiento y reunirse con él.

Antes del principio de septiembre, Bustos ya estaba alojado en una casa clandestina con otros tres argentinos: Leonardo, que era médico, Federico y Miguel; los dos últimos eran reclutas de Granado. Su nuevo hogar era una finca lujosa en el Country Club, un barrio exclusivo de las afueras al este de la capital. Desierto debido al éxodo de cubanos ricos y vigilado por las fuerzas de seguridad, el enclave arbolado de fincas amuralladas brindaba al grupo la mayor discreción. Los argentinos se instalaron en una mansión, para conocerse y prepararse para la vida que los aguardaba. La instrucción consistía en largas marchas y prácticas de tiro. Por las noches salían a patrullar la zona e intentaban (con escasa fortuna) atrapar a una pandilla de ladrones que entraban en las fincas abandonadas para robar lo que encontraran. «Siempre eran más vivos que nosotros –recordó Bustos–. Nosotros hacíamos mucho ruido.»

Masetti, el Che y oficiales de inteligencia como Ariel y Piñeiro los visitaban con frecuencia. Orlando «Olo» Tamayo Pantoja, un oficial del Che durante la guerra en la sierra, y Hermes Peña, uno de sus escoltas, participaban activamente de su instrucción, y no tardaron en enterarse de que el «capitán Hermes» sería el lugarteniente de Masetti en la expedición.

Ese mismo mes, agosto de 1962, Alberto Castellanos y Harry Villegas, que revistaban en el pelotón de seguridad del Che, advirtieron la ausencia de su camarada Hermes Peña. El Che siempre insistía en que sus hombres debían instruirse, y ambos volvían de un curso para los futuros administradores del Ministerio de Industrias. Ninguno de los dos estaba al tanto del proyecto guerrillero, pero la ausencia de Hermes indicaba que algo estaba a punto de suceder. Así lo dijo Castellanos al Che y añadió: «Yo vengo a decirle que si usted va para cualquier lado, yo estoy dispuesto a irme, además Villegas me dijo lo mismo que yo.» Sin confirmar ni desmentir sus sospechas, el Che dijo que «los tendría en cuenta».

Otro visitante asiduo de la casa clandestina era Abelardo Colomé Ibarra, alias «Furry», nada menos que el jefe de policía de La Habana. También él viajaría con los argentinos como comandante de la base de retaguardia a cargo de las comunicaciones con Cuba. El instructor principal no era cubano ni argentino sino un general hispano-soviético conocido solamente por el seudónimo de «Angelito». Ciro Bustos y sus camaradas sabían que no debían hacerle demasiadas preguntas; por entonces, la presencia de militares rusos en Cuba seguía siendo un secreto celosamente guardado. Angelito, llamado también Ángel Martínez, aunque nacido en Cataluña, era un

general en activo del Ejército Rojo y héroe de la Guerra Civil española. Se llamaba Francisco Ciutat y era uno de los seis exiliados republicanos españoles enviados a Cuba por la sede moscovita del Partido Comunista español para entrenar a las milicias en la «Lucha contra los bandidos». «Era un personaje –dijo Ciro–. Un tipo chiquito, de bastante edad... daba vueltas en el aire como un gimnasta.»

Hermes Peña, el segundo de Angelito, dirigía la instrucción cotidiana y reconstruía batallas de la sierra para que las estudiaran y emularan en sus ejercicios. Al poco tiempo cada hombre recibió una tarea especial acorde con las aptitudes demostradas. Leonardo sería el enfermero, Miguel el encargado de logística y Federico, que según Bustos era un hombre de malas pulgas y pocas palabras, sería el responsable del armamento. Por su parte, el pintor realizó un curso especializado de seguridad e inteligencia.

El Che siempre los visitaba a altas horas de la noche, entre las dos y las tres. Ciro Bustos recordó cómo los impresionó su primer encuentro colectivo con el Che. «Me acuerdo un poco de las primeras palabras, prácticamente él dijo: "Bueno, ustedes han aceptado, vamos a hacer toda la preparación, pero, a partir de este momento, ustedes están muertos, los que vivan, desde ahora hasta el momento que se haga efectiva la muerte, es de gratis."»

El Che arrojaba el guante en la cara de sus futuros guerrilleros tal como había hecho a su «columna de invasión» antes de marchar al Escambray durante la guerra cubana. Era esencial que cada uno se preparara psicológicamente para lo que habría de suceder, y Ciro lo comprendió muy bien. «Yo nunca pensaba vamos a tener éxito, no, nos van a sacar las pelotas a tiros... pero no se sabía si nosotros, ni siquiera él, llegaríamos al final del asunto.» Con todo, el Che les hizo saber que no los enviaba solos a enfrentarse a un destino incierto sino que se uniría a ellos lo antes posible.

## III

La crisis de los misiles en octubre obligó al Che a acelerar los preparativos de la fuerza guerrillera argentina. Como en la invasión de bahía de Cochinos, durante la crisis estuvo al mando del cuerpo de ejército occidental en Pinar del Río. Su comandancia ocupaba unas cuevas en las montañas cerca de uno de los emplazamientos misilísticos.

Al estallar la crisis, el Che llevó a sus guerrilleros bisoños consigo y los dejó en un batallón al mando de oficiales cubanos. Si había combate, debían participar.

En el momento de la máxima tensión, cuando un misil ruso SAM tierra-aire derribó un avión espía norteamericano U-2 y mató a su piloto, Fidel telegrafió a Jrushov diciéndole que en caso de una invasión norteamericana por tierra, esperaba que Moscú lanzara *previamente* los misiles; le aseguró que tanto él como su pueblo estaban preparados para morir en combate. Al día siguiente, Fidel se enteró de que Jrushov había ofrecido un acuerdo a

Kennedy a sus espaldas: retiraría los misiles a cambio del compromiso por parte de Estados Unidos de no invadir Cuba y de retirar sus misiles Júpiter de Turquía. Fidel estaba estupefacto y furioso; se dice que al enterarse de la noticia, rompió un espejo de un puñetazo. Al conocer la novedad, el Che ordenó lacónicamente que interrumpieran las comunicaciones entre su comandancia y la base soviética vecina y partió a La Habana a reunirse con Fidel.

Durante los días siguientes, Fidel recriminó amargamente a Jrushov, quien despachó al desventurado Mikoyán a La Habana para tratar de arreglar las cosas. Éste hizo lo que pudo, pero Fidel y el Che estaban convencidos de que Jrushov los había traicionado en aras de sus propios intereses estratégicos. Las conversaciones prosiguieron durante varios días y alcanzaron picos de gran tensión. En una ocasión, un error del intérprete ruso dio lugar a un enfrentamiento a gritos. Aclarado el malentendido, el Che sacó serenamente su pistola Makarov de la cartuchera y la ofreció al intérprete: «Si yo estuviera en su lugar, lo único que quedaría por hacer...» Según Alexeiev, todos rieron, incluso Mikoyán; el humor negro del Che había relajado el ambiente.

En público, las relaciones entre Moscú y La Habana seguían siendo «fraternales», pero bajo la superficie reinaba un clima sumamente tenso que persistió durante un cierto tiempo. En las calles de la capital, los cubanos indignados coreaban el estribillo: «¡Nikita, mariquita, lo que se da no se quita!»

Años después, en sus memorias, Jrushov admitió que en su decisión de emplazar los misiles el «interés soviético» había primado sobre toda otra consideración. «Me preocupaban la suerte de Cuba y el mantenimiento del prestigio soviético en esa parte del mundo... Un pensamiento rondaba constantemente por mi cabeza: ¿qué sucederá si perdemos Cuba? Sabía que hubiera sido un golpe terrible para el marxismo-leninismo. Reduciría drásticamente nuestra estatura en todo el mundo, pero sobre todo en América Latina. Si caía Cuba, otros países nos rechazarían; dirían que a pesar de nuestro poderío, la Unión Soviética había sido incapaz de ayudar a Cuba salvo con protestas huecas ante Estados Unidos.»

Sam Russell, corresponsal del diario socialista británico *Daily Worker*, entrevistó a Guevara unas semanas después de la crisis y lo halló aún echando chispas por la traición soviética. Entre bocanadas de humo de su cigarro y dosis del inhalador para el asma, Guevara dijo que, de haber controlado los misiles, Cuba los hubiera disparado. El Che despertó sentimientos contradictorios en Russell: era «un personaje cordial que desde el principio me cayó muy bien... evidentemente un hombre de gran inteligencia, pero con sus desvaríos sobre los misiles me pareció que estaba chiflado».

También hablaron sobre otro tema de gran interés para el Che: la estrategia comunista global. Guevara criticó severamente a los partidos comunistas occidentales por adoptar «una estrategia de poder pacífica y parlamentaria». «Dijo que entregarían a la clase obrera atada de pies y manos a la clase dominante.»

Desde luego, el Che había resuelto tomar las medidas correspondientes. Según Ciro Bustos: «Una vez relajadas las tensiones [de la crisis de los misiles], nos llevaron de vuelta a La Habana y el Che nos dijo: "Se van. No los quiero aquí." Eran días especiales. Aún temían una invasión [norteamericana]. Había un clima de guerra muy pesado... También había mala sangre con los soviéticos... Él se mostraba muy frío y furioso con los soviéticos.»

Se les dijo que debían eliminar todo rastro de su presencia y dejar la casa clandestina tal como la habían encontrado. Federico Méndez fue a que le enseñaran a utilizar la radio de campaña y Bustos a realizar un curso intensivo sobre el arte de las claves secretas y la criptografía que duró una semana. Le enseñaron un sistema soviético de claves basadas en diez números que jamás se repetían. «Todo era estilo James Bond –recordó–. Uno quemaba los papeles después de usar las claves.»

Después llegaron los «especialistas en pasaportes» de Piñeiro. Cada hombre recibió una nacionalidad distinta, Bustos la uruguaya. Pero su pasaporte no le gustó en absoluto. «Era insólito –dijo–. Me hacían aparecer como un hombre muy joven y rubio. Yo ya estaba bastante calvo y el poco pelo que me quedaba era negro.» Cuando se quejó, el especialista dijo que sólo lo usaría para llegar a Checoslovaquia, un país amigo donde nadie haría preguntas.

A esas alturas los hombres estaban enterados de que la instrucción continuaría hasta que el aparato de seguridad cubano pudiera instalar una base segura de retaguardia en Bolivia, cerca de su frontera meridional con Argentina. Aparte de eso, conocían pocos detalles, salvo que los cubanos dispondrían todo con ayuda de «amigos bolivianos». También sabían que el nombre del grupo sería Ejército Guerrillero del Pueblo. Todos recibieron nombres de guerra: Bustos era «Laureano»; Masetti era el «comandante Segundo». Desde luego, el comandante primero era el Che, por el momento una mano rectora invisible, bautizado como «Martín Fierro». La misión se llamaba «Operación Sombra». Todos eran juegos de palabras literarios: sus nombres y los de la operación correspondían a esos arquetipos gauchescos argentinos, Martín Fierro y don Segundo Sombra.

Los cinco llegaron a Praga, donde los recibió el mayor Jorge «Papito» Serguera, a quien habían conocido durante la instrucción en La Habana y que en aquellos momentos operaba desde la embajada cubana. Los condujo al lago Slapie, en una zona rural a una hora de viaje de la capital, donde se alojaron en un hotel lujoso. Era pleno invierno y no había nadie allí aparte de ellos y el personal del hotel. Para justificar su presencia habían acordado con los servicios de inteligencia checos que serían «un grupo de becarios cubanos que pasaríamos un tiempo allí», dijo Bustos.

Papito Serguera los visitó un par de veces, pero, aparte de eso, los aspirantes a guerrilleros estaban librados a sus propios medios. A falta de otra cosa que hacer, realizaban largas marchas sobre la nieve –«veinte a veinticinco kilómetros en todas las direcciones»– para mantenerse en forma. Por fin, llevados a la impotencia por el paso lento de los días, llamaron a Ser-

guera en la embajada. Éste les dijo que debían tener paciencia: aún no se había comprado la granja que les serviría de base en Bolivia ni concretado una serie de detalles necesarios para su viaje. Además les ordenó que cesaran las marchas. Los militares checos estaban enfadados porque aparentemente los habían visto deambular por una zona militar no autorizada.

Masetti y sus hombres pasaron un mes más incomunicados en el hotel del lago Slapie antes de que Serguera los autorizara a ir a Praga. Se les dijo que debían separarse porque los checos estaban disgustados por el fallo de seguridad; Ciro Bustos y los demás se alojaron en un hotel, Masetti en otro. «Masetti estaba muy inquieto –dijo Ciro–. Tuvimos más reuniones con Papito. Nos dijo que tuviéramos paciencia, que todo estaba casi resuelto.»

Pero ya era diciembre y los checos no ocultaban su disgusto por una estancia tan prolongada. Masetti, ya fuera de sus casillas, dijo que no soportaba más la situación y que iría a Argelia, donde el grupo podría continuar su instrucción; los revolucionarios argelinos le debían un favor y ahora podían pagarlo. En julio Argelia se había liberado de la dominación colonial francesa tras las negociaciones de paz con De Gaulle, y el Front de Libération Nationale gobernaba el país independiente. Ben Bella, el nuevo líder argelino, había visitado La Habana en vísperas de la crisis de los misiles, conocido al Che y a Fidel y firmado una declaración de confraternidad revolucionaria con Cuba.

«Masetti fue a Argel y volvió dos días después –dijo Bustos–. Nos dijo que Ben Bella y [el ministro de Defensa Houari] Boumedienne lo habían recibido en el aeropuerto y habían aceptado ayudarnos. Partimos inmediatamente.» Pero para llegar a Argel el grupo debía pasar varios días en París, lo cual era un problema para Bustos con su pasaporte «rubio». Para resolverlo decoloró su cabello ralo con peróxido. «De repente mi pelo era amarillo –dijo con una risita avergonzada–. Parecía un travestido de cabaret.»

Llegaron a París el día de Año Nuevo de 1963. Durante tres o cuatro días se alojaron en el Hotel Palais d'Orsay, encima de la estación ferroviaria. Conscientes de la necesidad de mantener su misión en secreto absoluto, tomaron algunas medidas de precaución: Bustos, como jefe de seguridad, tenía la última palabra sobre lo que podían hacer o no hacer. Le resultaba gracioso que Furry, jefe de policía de La Habana, tuviera que obedecer sus órdenes. Decidió que para evitar las sospechas se harían pasar por turistas. «Íbamos al Louvre y paseábamos muchísimo.»

El 4 de enero, un avión los dejó en la ciudad de Argel, con sus muros blancos, junto al Mediterráneo, donde detrás de la amplia avenida costanera francesa y los céntricos edificios coloniales de piedra se alza el barrio musulmán que cubre la ladera como una gran colmena cubista. A pesar de los agujeros de balas en los edificios y los escombros de viviendas destruidas por las bombas, perturbadoras señales de la reciente ferocidad humana, la prolongada sangría no había destruido la notable belleza de la ciudad.

Mientras asumían la transición de ejército de resistencia a gobierno de la nación, los argelinos llevaban a cabo la misma «limpieza» que la Cuba re-

volucionaria había realizado con sus chivatos y criminales de guerra cuatro años antes. Reinaba una verdadera psicosis bélica: hombres armados del FLN recorrían la ciudad en busca de presuntos colaboracionistas y ex torturadores. Los suspicaces civiles árabes miraban a todo europeo o extranjero con indisimulada hostilidad. Conscientes de los peligros que afrontaban los guerrilleros del Che en un clima tan inestable, los dirigentes argelinos enviaron a dos generales y toda una escolta de seguridad a recibirlos en el aeropuerto. De allí los llevaron a una finca aislada junto al mar en las afueras de la ciudad y los pusieron bajo guardia armada para su propia protección.

Después de unos días los trasladaron a una finca amurallada con jardín dentro de Argel, de la cual casi nunca salían por temor a que los tomaran por franceses. Cuando lo hacían, los acompañaban guardias argelinos armados.

Durante los meses siguientes, siempre protegidos por una escolta de veteranos de la revolución argelina, los argentinos practicaron tiro, hicieron gimnasia y realizaron cursos de sus respectivas especialidades militares. Los argelinos los llevaron a conocer el frente, la ingeniosa red de cuevas y túneles donde ocultaban hombres y pertrechos durante la guerra y también las trincheras francesas. Poco después llegó Papito Serguera, designado casualmente embajador cubano, para servirles de enlace con el Che. En su carácter de «jefe de seguridad», Bustos era el único autorizado a salir de la casa clandestina para ir a la embajada a recibir mensajes. Aún no había podido quitarse el peróxido del pelo, y Serguera lo llamaba en broma «el soviético».

Durante su estancia los argentinos establecieron lazos estrechos de afinidad con sus enlaces argelinos. Los anfitriones los agasajaron con un banquete y ellos devolvieron el gesto con un asado tradicional en la villa junto al mar al que asistió Houari Boumedienne. Pero el tiempo pasaba y con él aumentaba la impaciencia de Masetti. En respuesta a sus preguntas incesantes, Papito Serguera le transmitía mensajes «extraños y contradictorios» (Bustos *dixit)* de La Habana supuestamente enviados por el Che. Furry voló a La Habana para averiguar qué sucedía y volvió con una novedad perturbadora: el Che y él habían repasado los mensajes recibidos por el grupo, y éste había descubierto que algunos no eran suyos. Puesto que todas las comunicaciones pasaban por las manos de Barbarroja Piñeiro, también llamado «el Colorado», sospecharon de algún «desperfecto» en su aparato de seguridad. Bustos y otros llegaron a sospechar de algo aún más grave: acaso un «sabotaje» intencional de los planes del Che. El asunto seguiría siendo un misterio indescifrable, al menos para Bustos.[1]

En Cuba, los escoltas del Che, Alberto Castellanos y Harry Villegas, esperaban las órdenes de su comandante, pero habían pasado muchos meses

1. Aunque no respondió a algunas acusaciones, Piñeiro refutó la versión de Bustos al asegurar que todos los movimientos de Masetti estaba coordinados desde La Habana. «Si Masetti fue a Argelia, lo hizo con la aprobación previa del Che; si no, Ben Bella la hubiera pedido.»

sin que éste los llamara. Una vez finalizados sus estudios de administración, Castellanos había regresado a las fuerzas armadas e iniciado un curso de instrucción militar. Cuando a fines de febrero de 1963 fue a pasar un fin de semana en su casa de La Habana, casi había olvidado su conversación en agosto con el Che, pero entonces su jefe lo mandó llamar. Debido a la naturaleza perentoria de la llamada, el irresponsable de Castellanos pensó que lo esperaba un castigo. «Él [el Che] cada vez que mandaba buscar a uno, era para jalarle las orejas por algo –dijo–. Bueno, me dije, da la casualidad que yo había salido de pase, yo este fin de semana no hice nada, no me emborraché, no tengo ninguna idea a qué me querrá el Che.»

Preocupado, Castellanos se presentó en la oficina del Che y preguntó al secretario José Manresa qué sucedía. «Nada, todo es regular», dijo éste, enigmático.

Cuando entró en la oficina, el Che le preguntó: «¿Vos recordás una cosa?» Castellanos no supo qué decir, pero al ver la mirada intencionada de su jefe, bruscamente se le hizo la luz. «Ah, sí, ¿para irnos? ¿Cuándo nos vamos?», preguntó, excitado. El Che le dijo que se serenara y presta atención. Después de recordarle que debía pensar también en su esposa, le advirtió que no era una misión para tomar a la ligera: «Y la misión esta es veinte años peleando o no vienes más nunca.»

Le dijo que lo pensara bien antes de tomar una decisión. Castellanos dice que lo «pensó» unos instantes antes de insistir: «¿Cuándo me tengo que ir?» «Bueno –dijo el Che–... No te vayas a disfrazar de indio, que vos no sos indio, y avisale a Villegas que él no se va con vos porque es negro, y para donde vos vas no hay negros.»

El Che no quiso ser más específico; sólo le dijo que a donde iba había ciertas personas que ya conocía. Luego añadió: «Tú me vas a esperar con un grupo de compañeros que voy a mandar. Vos vas a ser el jefe hasta que yo llegue.» Dijo que se reuniría con ellos a finales de año. Castellanos fue a hablar con Piñeiro para recibir instrucciones, una nueva «leyenda» (identidad clandestina) y el itinerario.

## IV

En esos días, la joven germano-argentina Tamara Bunke empezó a recibir instrucción en el arte del espionaje en el departamento de Piñeiro después de someterse a lo que su biografía oficial cubana llama «meses de investigaciones de seguridad».

«Vino a vernos y pidió que la tuviéramos en cuenta para una misión», dijo Ariel, el segundo de Piñeiro. Los servicios secretos la «verificaron» y habilitaron para recibir instrucción. Según Ariel, en esa época la consideraron un elemento valioso para realizar actividades de espionaje en Argentina «cuando fuera necesario».

En vista del misterio persistente que rodea a «Tania», como se conoce-

ría posteriormente a Tamara Bunke, vale la pena detenerse en la referencia significativa de Ariel a su habilitación para realizar tareas de seguridad. Según los archivos de la Seguridad del Estado de Alemania Oriental, antes de ir a Cuba en 1961 ella era una «IM» (informadora informal) de la Stasi, la policía secreta. En esa época, la división de espionaje en países de ultramar, la HVA, consideraba la posibilidad de enviarla como agente ultrasecreta, primero a Argentina y eventualmente a Estados Unidos.

Dados el estricto sistema de control de la seguridad interior de la República Democrática Alemana y la formación marxista-leninista de la propia Tamara, no es casual que se convirtiera en informadora de los servicios secretos de su país. «Informar» sobre sus conciudadanos o los visitantes extranjeros era una tarea patriótica al servicio del Estado comunista en el cual creía con fervor, que ella hubiera realizado –y sin duda realizó– sin remordimientos. Pero ¿quién utilizaba los servicios de Tania en Cuba: los cubanos, la inteligencia de Alemania Oriental o los dos? Su amigo Orlando Borrego reconoce que «es posible que trabajara para los servicios alemanes, pero aun así, no tenía la menor duda sobre su lealtad a la Revolución Cubana». Casi tres décadas después de la muerte de Tania, en un Moscú extraordinariamente cambiado, el veterano agente del KGB Alexander Alexeiev sugirió que era una agente alemana adscrita a los cubanos. «Yo creo que los alemanes también querían ayudar –explicó–. Trataban de tener una amistad con la Cuba revolucionaria tan buena como nosotros, y querían hasta más, por eso ellos satisfacían cualquier deseo y cualquier capricho de los dirigentes [cubanos], más que nosotros.»

Al solicitársele mayores detalles, Alexeiev insinuó que en el caso de asistir al Che en sus emprendimientos revolucionarios en el exterior, las inteligencias alemana y soviética habían acordado una «división de tareas». «Los alemanes se consideraban más, un poco más... revolucionarios, más agresivos. Eran más jóvenes; nosotros ya teníamos experiencia, madurez... Me parece que si nosotros [el KGB] hubiéramos entrado en el asunto, seguro que hubiera sido mayor el riesgo de fracasar... Nuestros servicios eran una gran burocracia; los alemanes técnicamente [estaban mejor equipados]... El problema de Tania era probablemente el más importante.»

Alexeiev coincidió con Borrego en que sin duda era leal «a los cubanos, a Fidel y el Che». Reflexionó que el Che la había «conquistado con sus ideas; era una personalidad muy seductora y atractiva».

Un argentino, estrecho colaborador del Che, quien también conoció a Tania, ofreció la siguiente opinión: «Mi impresión era que Tania trabajaba para los servicios alemanes y fue transferida al servicio de inteligencia del Che, pidió licencia para ello. Ni al Che ni a los alemanes les hubiera complacido que enviara informes a dos lugares al mismo tiempo. El Che no era estúpido; no permitía la división de lealtades.»

Según los archivos recientemente abiertos de la antigua Stasi alemana oriental, Tamara Bunke había sido reclutada como informante por un agente de contraespionaje llamado Gunter Mannel, jefe del departamento de Estados Unidos de la HVA.

En 1961, un mes después de la partida de Tamara a Cuba, Mannel pasó clandestinamente a Berlín Occidental, desertó y poco después empezó a trabajar para la CIA. No tardó en delatar a varios agentes suyos, detenidos en Occidente, y cabe suponer que también informó a la CIA sobre Tamara, la joven, inteligente y fervorosa agente comunista que acababa de viajar a Cuba.

Es evidente que la HVA llegó a la misma conclusión. Según un informe interno del 23 de julio de 1962, inmediatamente después de la deserción de Mannel, la agencia envió una carta a Bunke en Cuba para prevenirla sobre el peligro y pedirle que no intentara «ir a América del Sur o del Norte, y que en todo caso debía consultarnos previamente».

El informe añade que después no hubo nuevos contactos con Tamara, pero se «sabía» que «progresivamente se ganaba el respeto» en Cuba, colaboraba con varias instituciones del gobierno e «importunaba» a las delegaciones de la República Democrática Alemana para ser su intérprete. Dice también que «aparentemente ha abandonado su decisión de ir a Argentina [ya que] su intención es permanecer en Cuba y obtener la ciudadanía cubana. Tiene estrechos vínculos con la seguridad cubana [y] autorización para llevar uniforme militar, que viste constantemente».

Los archivos de la Stasi sugieren que la agencia de contraespionaje alemana oriental tenía un acuerdo con Tamara Bunke, pero que ella interrumpió el contacto a partir de su llegada a Cuba. No obstante, de los archivos surge una serie de preguntas. Cuando la inteligencia cubana aceptó los servicios de Tamara, ¿informó a sus superiores sobre sus vínculos anteriores con la inteligencia alemana o sobre el hecho de que su antiguo jefe hubiera desertado un mes después de su llegada? Si es así, ¿por qué los cubanos la enviaron a la misma región –Bolivia y Argentina– donde la HVA pensaba utilizar sus servicios? Sin duda, debían de dar por sentado que después de la deserción de Mannel, tanto la CIA como los servicios de inteligencia aliados conocían la identidad y las futuras funciones de espionaje de Tamara.

En respuesta a estas preguntas, Barbarroja Piñeiro dijo: «Yo dirigí a Tania directamente. Le pregunté si la habían reclutado los servicios [de inteligencia] alemanes. Dijo que no.» Añadió que si hubiera sabido lo sucedido con Mannel y la carta que le habían enviado, de todas maneras la hubiera habilitado porque demostraba «excelentes cualidades» de agente y por su parte él tenía plena confianza en la capacidad de su organización para forjarle una identidad clandestina nueva e indetectable.

## V

Mientras Tania iniciaba su instrucción en Cuba y los hombres de Masetti continuaban la suya en Argelia, el Che analizaba los procesos políticos en su Argentina natal, ya que quería tener toda la información posible para resolver cuándo debía entrar en acción. Un medio para ello era invitar a sus

amigos y conocidos argentinos –como Oscar Stemmelin el año anterior– para conversar con ellos durante semanas, extraerles información, exponerles sus teorías y discutirlas punto por punto. En febrero invitó a Ricardo Rojo. «Quiero conversar», le dijo cuando llegó. Disentían en materia política –Rojo era liberal, «antiimperialista» aunque no socialista–, pero se conocían desde mucho antes y el Che sabía que era un analista político agudo, con muchos contactos. Además, Rojo le había presentado a Hilda, había enviado a Masetti a Cuba y en los últimos tiempos mantenía una amistad estrecha con la madre del Che.

Lo alojó en una casa lujosa reservada para huéspedes del gobierno en el distrito Country Club de Miramar, no lejos de la antigua casa clandestina del grupo de Masetti. Permaneció allí durante dos meses y tuvo conversaciones frecuentes con el Che. Más adelante Rojo escribió que Guevara estaba desalentado por el creciente aislamiento regional de Cuba y todavía furioso por el «paternalismo» soviético durante la crisis de los misiles. En sus conversaciones, el Che expresó claramente su convicción de que Cuba no se sacudiría el chaleco de fuerza regional hasta que se produjeran revoluciones socialistas en otros países latinoamericanos, y no ocultó que estaba abocado al estudio de los medios para iniciar ese proceso. Rojo recuerda que analizaron cada país de la región hasta que un día el Che le pidió que abordaran «sistemáticamente» la situación argentina.

Mientras conversaban, el Che tomaba apuntes. Rojo advirtió que demostraba especial interés por los movimientos obrero y estudiantil y que quería actualizar sus conocimientos sobre el «quién era quién» en la oposición política. También analizaron la perdurable adhesión de la clase obrera a Perón, y el Che le mostró una carta del caudillo depuesto en la que expresaba admiración por la Revolución Cubana. Rojo tuvo la impresión de que ponderaba los pros y los contras de una alianza con los peronistas como medio para hacer explotar la insurgencia. Gobernaba una dictadura militar impopular y aumentaban los conflictos obreros; el Che se preguntó en voz alta cómo «reaccionarían las masas» si Perón fuera a vivir a Cuba; desde hacía algún tiempo, su discípulo izquierdista John William Cooke trataba de convencerlo de que dispusiera los medios para ello.

A principios de abril de 1963, poco antes de la partida de Rojo de Cuba, en Buenos Aires se produjo una breve y cruenta sublevación de la marina. Aunque el ejército la aplastó rápidamente, el Che creyó ver en el hecho una señal de graves divergencias en las filas militares. En su opinión, le dijo a Rojo, empezaban a aparecer las «condiciones objetivas para la lucha», y era el momento de crear las «condiciones subjetivas» para demostrarle al pueblo que podía derrocar al régimen por medios violentos. Rojo replicó que la revolución había triunfado en Cuba porque los norteamericanos estaban desprevenidos, pero el momento había pasado y tanto Estados Unidos como sus aliados regionales estaban sobre aviso. El Che le dio la razón, pero, como siempre, se negó a reconocer que el triunfo cubano era «una excepción» imposible de repetir en otra parte.

El Che no le dijo concretamente a Rojo que estaba preparando un foco guerrillero en Argentina, pero hizo insinuaciones suficientes para que su amigo sacara sus propias conclusiones. Por ejemplo, había viajado a La Habana con un guerrillero peronista de izquierdas que había encabezado una breve insurgencia en la provincia de Tucumán en diciembre de 1959. También él venía a ver al Che. Además, recordaba las palabras de despedida del Che cuando se aprestaba a partir de la isla: «Ya verás que la clase dominante argentina nunca aprende. Sólo una guerra revolucionaria cambiará las cosas.»[1]

En Argelia, Masetti se enteró de que por fin los agentes de Piñeiro habían comprado una finca que les serviría de base en Bolivia, pero aún no había señales sobre cuándo el grupo se pondría en marcha. Decidió que ya no podía esperar más y pidió a los argelinos que los ayudaran a viajar a Bolivia y éstos accedieron inmediatamente.

«Los argelinos nos dieron de todo –dijo Bustos–. No nos dieron más armas porque no podían llevarlas, obviamente, porque no podían con tantos hierros; íbamos a atravesar fronteras, cosas, países... pero nos dieron todo el equipo de tropa militar, pasaportes...»

En mayo de 1963, siete meses después de la partida de La Habana, el grupo de Masetti por fin partió rumbo a Sudamérica. Pero les faltaba un hombre. Miguel, uno de los reclutas de Alberto Granado,[2] había sido dejado atrás en forma bastante desalentadora.

Durante la prolongada espera, Miguel había demostrado una inclinación creciente a las discusiones y la indisciplina. Una de las normas más estrictas que habían adoptado desde su paso a la clandestinidad –y cuya aplicación era responsabilidad de Ciro Bustos– era que nadie debía enviar cartas a su familia, «ni siquiera a su madre». Miguel la había violado; Bustos lo había sorprendido en el intento de enviar unas cartas cuando se encontraban en París. Fue apenas el comienzo de una espiral descendiente: en Argelia, Miguel había multiplicado sus críticas a Masetti y puesto en tela de juicio sus dotes de dirigente, lo cual había generado malestar en el grupo. Las pendencias entre ambos eran constantes y además competían ferozmente; un día, en el afán de superar a Miguel durante una instrucción física, Masetti había sufrido una distensión lumbar, lesión que le causaría mucho dolor durante los meses siguientes.

La crisis se produjo en vísperas de la partida de Argelia: Miguel dijo que no quería partir bajo el liderazgo de Masetti y vaticinó que acabarían por pelearse a tiros. Según el recuerdo de Bustos: «Masetti no se quedó atrás, había sido marino en Argentina y siempre era un poco el machote de la película.» Los dos estuvieron a punto de enzarzarse en una pelea a puñetazos. Los otros los separaron, pero Masetti quería su venganza. Dispuso que se realizara un

1. En su libro *Mi amigo el Che*, Rojo dice que Masetti estuvo presente en algunas de las sesiones con el Che; en cambio, Ciro Bustos asegura que Masetti jamás se separó del grupo salvo durante el breve viaje a Argelia desde Praga.

2. Aparentemente sus camaradas supervivientes han olvidado el nombre verdadero de «Miguel», pero todos recuerdan que era un judío argentino instruido, un detalle significativo a la luz de lo que sucedió con el grupo cuando llegó a Argentina.

«juicio sumario» para determinar si Miguel debía permanecer en el grupo. Designaron fiscal a Bustos y «abogado» defensor a Federico.

La opinión de Bustos en ese momento era que Miguel, en un ataque de cobardía, había provocado la riña con Masetti para que lo dejaran fuera del grupo. Como fiscal, alegó que la actitud negativa de Miguel causaba un problema de seguridad, y puesto que durante el periplo difícil que los aguardaba debían cruzar varias fronteras nacionales, la única decisión razonable era dejarlo atrás. Federico, su defensor, no se opuso a esa solución.

Pero Masetti no estaba satisfecho. Alegó que el deseo de Miguel de abandonar el grupo equivalía a una «deserción», un delito que suponía la pena de muerte, y pidió que condenaran a Miguel al paredón. Más aún, añadió, podía disponer que sus amigos, los militares argelinos, ejecutaran la sentencia. Masetti impuso sus argumentos y el grupo lo condenó unánimemente a muerte. Masetti, Papito Serguera y Furry (Colomé Ibarra) hablaron con los argelinos; vino un pelotón y se llevó al condenado.

Aunque convencido de que la decisión había sido acertada, Bustos se sintió muy mal. «Un día vino una unidad militar y se lo llevó, nos dejó muy jodidos, porque quedamos convencidos de que lo llevaban a fusilar... El tipo preparó las cosas y salió muy bien, yo creo que ésa fue una de las cosas que más nos afectó, que salió como un hombre, correctamente, sin ningún tipo de lamentaciones ni de pedir...»

A partir de entonces jamás volvieron a referirse a Miguel por su nombre sino como «el Fusilado», su primer sacrificio en la causa de la revolución argentina. Sólo mucho tiempo después se enterarían de su error al referirse a él en pasado.

Separados en grupos, con nombres falsos y pasaportes diplomáticos argelinos y acompañados por los dos agentes que durante los últimos tiempos permanecían constantemente con ellos, Masetti y sus hombres volaron a Roma, donde se reunieron. Desde allí, Masetti y Furry siguieron un itinerario propio mientras Bustos, Federico, Leonardo y Hermes volaron a São Paulo, Brasil, siempre acompañados por los dos argelinos, que transportaban su equipo guerrillero en sus valijas diplomáticas selladas. Luego viajaron en tren a Santa Cruz de la Sierra, en la llanura tropical del oriente boliviano. Por razones de seguridad, los argelinos los abandonaron allí y siguieron viaje a La Paz, donde dejaron los pertrechos en un lugar convenido antes de proseguir su «misión diplomática» en los países vecinos de Bolivia al servicio del nuevo régimen. Poco después, Bustos y sus camaradas llegaron a La Paz, donde se reunieron con sus contactos, jóvenes militantes del Partido Comunista Boliviano. Allí, Furry se reunió con ellos.

Después del encuentro se dirigieron hacia su base de operaciones; Masetti se reunió con ellos en las montañas cerca de Sucre, la capital histórica del país. Se hicieron pasar por socios argentinos y bolivianos de una empresa conjunta que se dedicaría a la agricultura y ganadería en tierras que acababan de comprar. Llegaron a su «finca» en una zona remota donde el río Bermejo, que forma el límite argentino-boliviano, vira bruscamente hacia el

sur. La hacienda estaba situada estratégicamente en el centro de este triángulo de montañas selváticas bordeado en ambos lados por Argentina. Había un solo camino de tierra para llegar o partir y sus vecinos más próximos estaban a varios kilómetros de distancia.

En la finca los esperaba el «encargado», un militante del Partido Comunista Boliviano; era un hombre mayor que prácticamente no hacía otra cosa que cocinar sopa de cacahuete. Furry, el «administrador» iba y venía en su jeep para traer provisiones y armas, pero quedaron atónitos al ver los pertrechos comprados en el país por los agentes de Piñeiro y sus contactos bolivianos. «Eran pantalones de nailon de ese delgadito –dijo Bustos–. Camisas también de tipo nailon, esas camisas ordinarias que se inventaron para las milicias supuestas, y cartucheras tipo Tom Mix con estrellitas... Realmente, parecía un chiste.»

Las mochilas y los borceguíes eran de pésima calidad, pero afortunadamente los argelinos los habían provisto de buenos pertrechos yugoslavos: uniformes, cananas y prismáticos de campaña. El arsenal, traído de contrabando desde Cuba, era abundante y estaba en buenas condiciones: lanzagranadas chinos, pistolas, una metralleta Thompson, fusiles automáticos, municiones en cantidad. Ciro Bustos recibió una pistola con silenciador.

Después de explorar varias rutas de acceso a Argentina, Masetti decidió que estaban en condiciones de partir. El 21 de junio, los cinco hombres del pelotón de vanguardia del Ejército Guerrillero del Pueblo cruzaron la frontera argentina.

## VI

Un mes antes de la misión de Masetti, otra fuerza guerrillera formada en Cuba había sido derrotada en Perú. En mayo, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Héctor Béjar, una columna de cuarenta guerrilleros entrenados en Cuba, fue detectado y rechazado en su intento de entrar en Perú desde Bolivia. La misión de Béjar consistía en llegar al Valle de la Convención, en los Andes del sur peruano, donde los militares trataban de acorralar a una pequeña banda de rebeldes dirigida por el dirigente campesino trotskista Hugo Blanco. Ésta se encontraba en fuga desde noviembre, cuando atacó un puesto de la Guardia Civil, y los cubanos consideraban que el alboroto significaba una buena oportunidad para que el ELN entrara en acción.

Para los guerrilleros, tanto de Masetti como de Béjar, Bolivia era el país más lógico desde el cual efectuar su entrada: grande, subdesarrollado, situado en el corazón del continente, compartía fronteras porosas y mal vigiladas con Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil. Otro elemento a su favor era la buena relación entre Cuba y el gobierno centroizquierdista del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro, uno de los pocos en América Latina que aún mantenía relaciones con La Habana. El embajador cubano era Ramón Aja Castro, un hombre cercano al Che, que

lo había acompañado a la conferencia de Punta del Este; entre sus colaboradores estaba Ariel, un agente de Piñeiro. Para colmo de bienes, el Partido Comunista era legal y podía proporcionar contactos, casas clandestinas y transportes a los guerrilleros. Cuba les había pedido que ayudaran a la columna de Béjar a llegar a la frontera con Perú y la de Masetti al límite con Argentina. El partido accedió y asignó algunos de sus hombres a los dos grupos, pero lo hizo por razones tácticas y a regañadientes.

El Partido Comunista Boliviano (PCB), legal desde 1956, quería ante todo conservar esa legitimidad conquistada en arduas batallas y, como la mayoría de sus vecinos latinoamericanos, ganar terreno por medio de la política electoral. Después de años de clandestinidad, represión policial, cárcel y exilio, sus dirigentes agradecían la oportunidad de funcionar en la legalidad. Habían descartado la lucha armada que propugnaba Cuba –y el Che en particular– para buscar «una cuota» de poder en sus países. El partido boliviano tenía relaciones amistosas con el gobierno de Paz Estenssoro y quería conservarlas.

En el fondo, los comunistas bolivianos accedieron a prestar ayuda a los planes guerrilleros de La Habana en Argentina y Perú con la esperanza de desalentar un eventual proyecto cubano de iniciar la insurgencia en su país. El ala juvenil del partido contenía una fracción de militantes pro cubanos que bien podía constituir el núcleo de un grupo insurgente, pero al permitir que ayudaran a los argentinos y peruanos tal vez canalizarían su fervor revolucionario hacia otras latitudes, con lo cual se evitaría un cisma como el que había desgarrado al partido peruano. Mario Monje, entonces jefe del comunismo boliviano, era contrario al proyecto guerrillero, y todo indica que desde el primer momento intentó sabotearlo. Monje dice que los primeros en abordar el asunto con él fueron los diplomáticos cubanos en La Paz.

«Me dijeron que necesitaban ayuda para ciertos jóvenes comunistas peruanos que habían recibido entrenamiento y querían volver a su país. Pensaban que lo mejor era ingresar desde la región del altiplano boliviano.» Monje dice que respondió a los cubanos que no estaba de acuerdo con esa estrategia, que la experiencia cubana era única e irreproducible. También dijo que no haría nada a espaldas de sus camaradas del Partido Comunista peruano; les informaría del plan y pediría su opinión. Cuando Monje transmitió la propuesta a los peruanos en reuniones en Chile y Uruguay, dice que éstos se opusieron férreamente. «No querían tener nada que ver con la guerrilla.»

Aunque coincidía con ellos, Monje dice que trató de disuadir a los peruanos de una ruptura precipitada con La Habana; los instó a «ser flexibles y tratar de controlar la situación». En caso contrario, advirtió, la exportación cubana de la lucha armada «se extenderá por todas partes, perjudicará a los peruanos y a todo el mundo».

Sin embargo, a esas alturas, Monje y sus camaradas habían oído «rumores» de que La Habana también quería iniciar una guerra de guerrillas en Bolivia. El Buró Político boliviano votó unánimemente en contra del concepto de la lucha armada en su país y luego Mario Monje viajó a La Habana con otro miembro del Buró, Hilario Klaure. Su misión, según

Monje, era expresar la política oficial del partido boliviano contra el «intervencionismo» cubano en la región en general, a la vez que «mediar» entre La Habana y los indignados peruanos.

En una reunión con Manuel Piñeiro, eminencia gris de la agencia cubana de apoyo a las guerrillas, Monje alegó que en la década de 1930, durante la época de Stalin, los soviéticos habían apoyado las guerrillas en América Latina, con malos resultados. «Empujaron guerrillas por aquí, luchas armadas por allí –dijo a Piñeiro–. Fue en diferentes países y fracasaron, y ustedes lo están repitiendo.»

Piñeiro sugirió una reunión con Fidel, en la cual, dice Monje, insistió en la oposición de su partido y el peruano al plan. Fidel respondió que la experiencia revolucionaria cubana era una alternativa legítima al método tradicional de los partidos comunistas y que no podía ni quería negar esa posibilidad a jóvenes guerrilleros ávidos de emular la lucha de Cuba. «Los vamos a ayudar –dijo Fidel a Monje–. Yo entiendo la posición que ustedes tienen, pero yo diría que nosotros tenemos que ayudar a los que lleguen a su país ahora. No pido ayuda al partido peruano, te la pido a ti.»

Evidentemente convencidos de que habían comprado la gratitud de Fidel y que éste no autorizaría la actividad guerrillera en Bolivia a espaldas de su partido, Monje dice que él y Klaure accedieron a la petición del líder cubano; ayudarían al grupo de Béjar a entrar en Perú sin informar a los comunistas de ese país. Un encuentro posterior con el Che resultó menos cordial. Éste expuso su defensa del proyecto guerrillero «con agresividad y firmeza», dice Monje, y el clima no fue de confianza sino de tensión.

Klaure dio una versión sutilmente distinta de las conversaciones en La Habana. Aunque coincidió con Monje en que expusieron claramente su oposición a una guerra de guerrillas en Bolivia, según él Fidel se mostró evasivo y «diplomático» mientras que el Che rechazó sus argumentos con «soberbia»: «Eso nos decían los comunistas cuando queríamos hacer la Revolución Cubana. Si los hubiéramos escuchado, no hubiera habido revolución.»

Klaure dice que regresaron a La Paz con la sospecha de que los cubanos seguirían adelante con sus planes, cualesquiera que fuesen, a pesar del Partido Comunista Boliviano, y a partir de entonces vigilaron estrechamente los movimientos de La Habana. Poco tardaron en advertir que sus sospechas estaban bien fundadas. En una visita posterior a La Habana, Monje dice que se encontraba tendido en la hierba junto al Che y conversando cuando éste dijo: «Oye, Monje, ¿por qué no empiezas una guerra de guerrillas en Bolivia?» Éste respondió: «¿Por qué? ¿Qué conseguiríamos con eso?» «Tienes miedo, ¿no es cierto?», dijo el Che, provocador. «No, lo que pasa es que tú tienes una ametralladora clavada en el cerebro y no imaginas otra manera de llevar adelante una lucha antiimperialista.» Monje dice que el Che rió y no insistió más.

Aparte de sus diferencias conceptuales con los cubanos sobre teoría revolucionaria, Monje y sus camaradas sospechaban que Cuba fomentaba la guerrilla en beneficio propio, no de Bolivia. Según Monje, poco después de la conversación con el Che, un «alto funcionario cubano» le dijo que «sería

extraordinario» que su partido iniciara la lucha armada en Bolivia «porque distraería a los imperialistas y aliviaría la presión sobre nosotros».

Por el momento, Monje trató en lo posible de mantener relaciones fraternales con los cubanos. Para mostrarse conciliador y a la vez mantenerse al tanto de las intenciones cubanas, pidió permiso para enviar algunos cuadros jóvenes a la isla porque su partido deseaba ávidamente «aprender de su experiencia revolucionaria». Al mismo tiempo, asignaron varios militantes jóvenes a los grupos de Béjar y Masetti, a los que proporcionaron casas clandestinas, alimentos, provisiones y transporte. Antes de que Masetti y su grupo partieran de Argelia, los bolivianos compraron la finca junto al río Bermejo que les serviría de base de operaciones en la retaguardia. Y después de algunas demoras y cambios de itinerario, condujeron la columna de Béjar desde La Paz hasta la frontera con Perú, un largo trayecto fluvial a través de la selva oriental boliviana que culminó en mayo.

Es evidente que para entonces las autoridades peruanas estaban al tanto de sus intenciones. Un pelotón de avanzada fue detectado por la policía apenas cruzó la frontera, en el pueblo de Puerto Maldonado; en el tiroteo murieron varios combatientes, entre ellos el joven y talentoso poeta Javier Heraud. Béjar, Papi Martínez –un agente de Piñeiro– y la mayoría del grupo lograron volver a Bolivia. Si bien los dirigentes eludieron a la policía boliviana, una decena de sus seguidores cayeron presos y luego recuperaron discretamente su libertad en un aparente gesto de buena voluntad de Paz Estenssoro hacia Cuba. A fines de mayo, Hugo Blanco también estaba preso en Perú. A principios de junio, la junta militar peruana convocó elecciones tal como había prometido al tomar el poder un año antes y el ganador fue el candidato centroderechista Fernando Belaúnde Terry, un ingeniero formado en Estados Unidos. La primera aventura guerrillera en Perú había sido un fracaso lamentable, pero Béjar y sus camaradas empezaron a reorganizarse y poco después realizarían un segundo intento.[1]

Las sospechas póstumas sobre la detección inmediata del grupo de Béjar recayeron rápidamente sobre los partidos comunistas locales; el propio Béjar acusó al partido de Monje de acceder a la petición de los comunistas peruanos de que frustrara sus esfuerzos: señaló que los bolivianos habían demorado su entrada al guiar sus fuerzas hacia un lugar a cientos de kilómetros del teatro de operaciones de Blanco. En respuesta a las críticas, los dirigentes bolivianos adujeron que habían cumplido con los deseos de Cuba: sus cuadros habían escoltado al ELN hasta la frontera y después de la debacle les habían brindado refugio y otras clases de ayuda. Con todo, las sospechas de desleal-

1. En vista de la incapacidad persistente y demostrada del aparato de seguridad cubano para ejecutar con éxito los proyectos guerrilleros del Che, muchos ex militantes como Ciro Bustos y varios de sus camaradas echaron la culpa a Piñeiro. Sin embargo, éste tenía una tarea ingrata. Además de asistir a los grupos de Béjar y Masetti, su departamento ayudaba a las guerrillas guatemalteca, colombiana y venezolana, entre otras. Y había problemas en todos los frentes, desde dificultades logísticas y de comunicaciones hasta rupturas en distintas facciones, así como reveses militares y políticos.

tad interna persistieron a lo largo de los años. Años después, Humberto Vázquez Viaña, entonces militante de la juventud del PCB, diría en tono cáustico que su organización había tratado de «estar bien con Dios y con el diablo».

Por su parte, Ricardo Gadea, ex cuñado del Che, no había participado en el fiasco de Béjar. Después de una ruptura, él y otros aspirantes a guerrilleros formaron el MIR, que optó por un modelo distinto del adoptado por Cuba y el ELN: pensaban que antes de iniciar la guerra, debían constituir una base social y organizativa en el país. Los cubanos no estaban de acuerdo, y Gadea dijo que él y sus camaradas estaban «congelados» en la isla. Piñeiró confirmó la versión de Gadea al afirmar que «la diferencia de trato tenía que ver con las diferencias de concepción». Béjar estaba dispuesto a pasar a la acción inmediatamente, lo que para Cuba era el mejor plan; el grupo de Gadea tenía un proyecto menos concreto, a más largo plazo y por lo tanto menos atractivo. Por eso, mientras Béjar y su grupo viajaban a Bolivia, el grupo de Gadea fue a las montañas del Escambray a combatir a los «bandidos» contrarrevolucionarios. Sus demandas de volver a Perú eran rechazadas o ignoradas por las autoridades, y al cabo de varios meses comprendieron que los retenían contra su voluntad. Sólo después del fiasco de Béjar y de un viaje a La Habana de su dirigente Luis de la Puente Uceda les permitieron partir. Antes de hacerlo, Gadea vio al Che por última vez.

«Esa conversación con él para mí era importante –dijo Gadea–, porque era la primera vez que el Che reconocía en mí un compromiso no sólo familiar, ni estudiantil digamos, sino que mi salida se debía a este tipo de decisión que se estaba tomando con respecto a la revolución en Perú.» El Che le dijo que no había encono entre ellos y le dio su bendición. «Él fue tan claro como para decirme: "Bueno, haz tu experiencia, toda persona tiene que probarse y tiene que conocer y aprender a través de la experiencia."»

Sus sentimientos al partir de Cuba, dijo Gadea, eran similares a los de un adolescente que abandona su hogar pese a la desaprobación de sus padres y atormentado por las dudas de sus propias fuerzas, pero resuelto a ponerse a prueba. Más de treinta años después, aún está orgulloso del hecho de que todos los miembros de su grupo llegaran a Perú sin ser detenidos, iniciaron su trabajo de organización clandestina y en menos de dos años estuvieron preparados para la guerra.

Mientras tanto, ocupado con sus propios planes, el Che aguardaba ansioso el resultado del intento de Masetti de instalar un foco guerrillero en Argentina.

## VII

Aleida no quería que el Che partiera, pero sabía que no podría detenerlo. Lo había conocido como combatiente revolucionario y jamás había dejado de serlo. Desde el principio le había dicho con toda claridad que tarde o temprano iría a llevar la revolución a su patria.

Hasta 1962, su partida había parecido una abstracción, pero desde que se constituyó el grupo de Masetti y empezó a entrenarse, ya no podía pasar por alto esa perspectiva.

En mayo de 1962 nació Camilo, su segundo hijo. Así como Aliusha había heredado el pelo oscuro del Che, el nuevo bebé era rubio como su madre. Conservaría ese pelo rubio, pero con la frente amplia y la mirada intensa de su padre. Durante la crisis de los misiles Aleida quedó embarazada nuevamente y se mudaron a una casa más grande en la calle 47, en el barrio residencial de Nuevo Vedado, a pocas manzanas del zoológico y cerca de los edificios públicos en torno de la Plaza de la Revolución. El 14 de junio de 1963, cuando el Che cumplió treinta y cinco años, Aleida dio a luz a otra hija a quien llamaron Celia, como su abuela.

El nombre era un homenaje conmovedor a la madre del Che porque en ese momento Celia madre estaba en la cárcel. Los había visitado en Cuba durante tres meses a partir de enero de 1963; a su regreso en abril, la habían detenido y acusado de poseer propaganda subversiva cubana y ser una agente del infame de su hijo.

El 9 de junio, Celia le escribió desde el Correccional de Mujeres de Buenos Aires. «Querido mío, me pediste que te escribiera y desde entonces ha pasado mucho tiempo. El correccional no es un lugar demasiado bueno para escribir una carta...»

«Comparto mi reino actual con 15 personas, casi todas comunistas.» Eran buenas compañeras, observó Celia, aparte de «una disciplina excesivamente férrea y un dogmatismo irredento» que le resultaba molesto. Fuera de eso no lo pasaba mal. No sabía cuándo la liberarían, «pero sabés que si hay alguien bien constituido para sobrellevar la prisión con buen humor, soy yo. También me servirá como ejercicio en la humildad...».

«Lo único que me incomoda es no tener un momento de intimidad en todo el día. Comemos, dormimos, leemos y trabajamos en nuestra celda de 14 por 6 y [hacemos ejercicios] en una galería donde se ve el cielo a través de los barrotes y de donde nos echan cuando viene un preso común. Parece que podemos infectarlos con una terrible enfermedad contagiosa...»

«Desayuno a las ocho, [hago] ejercicios; de tres a cuatro jugamos al voleibol en el patio. Soy prácticamente la más vieja [del equipo], aparte de Consuelo, una detenida de setenta años, y hay un grupo de seis jovencitas, todas estudiantes. Me proclamaron por unanimidad la mejor jugadora y mi equipo es el campeón [de la cárcel].» Aprendió a hacer muñecos de papel maché. «Son horribles, pero es la mejor manera de pasar el tiempo.»

Tenía una buena cama, una manta decente y la comida era aceptable y los guardias no aplicaban «castigos innecesarios». Su mayor queja, aparte de la falta de intimidad, eran los cacheos a los que la sometían antes y después de cada visita; sobre todo le parecía humillante que leyeran sus cartas. «Estos cacheos incluyen caricias dudosas: casi todas las presas son lesbianas y

sospecho que las celadoras eligieron este trabajo maravilloso porque tienen las mismas inclinaciones...»

«No sé, o mejor dicho sí sé por qué el gobierno ha querido colocarme en este lugar... Te digo como cosa curiosa que una de las preguntas que me hicieron en la DIPA [policía secreta] es "¿cuál es su función en el gobierno de Fidel Castro?".»

Para tranquilizar al Che, le aseguró que no la habían maltratado. Los agentes que la habían interrogado ni siquiera le habían «levantado la voz», pero igual pensaba que eran unos «hijos de puta». En cuanto a la junta militar que gobernaba el país, esperaba que les dieran «una buena patada en el culo» en las elecciones convocadas para julio.

«Como ves, siempre provocan pensamientos elevados. [La cárcel] es un deformatorio maravilloso, tanto para los presos comunes como para los políticos: si sos tibio, te volvés activo; si sos activo, te volvés agresivo; y si sos agresivo, te volvés implacable.»

En verdad, desde que su hijo Ernesto se había transformado en el «Che», Celia había sufrido una drástica radicalización política. En los últimos tiempos apoyaba a Ismael Viñas, un ex radical que había roto con Frondizi para formar un partido de izquierda. Se decía «socialista», pero no comunista, y según sus íntimos no sentía estima ni confianza por Fidel. Le disgustaban sobre todo esa dominación que parecía ejercer sobre su hijo y la subordinación del Che a Fidel, pero a pesar de sus íntimas reservas sobre la desorganización y la incompetencia cubanas, defendía enérgicamente por principio el derecho del país a decidir su destino. Sobre todo, defendía la revolución debido al papel que cumplía su hijo en ella.

Fueran cuales fuesen las sospechas de las fuerzas de seguridad argentinas, había una amarga ironía en el hecho de que la hubieran encerrado con militantes del Partido Comunista argentino. Aunque en su carta restó importancia al hecho, lo cierto era que la vida con sus compañeras de cautiverio tan doctrinarias era extremadamente penosa. Su nuera María Elena Duarte dice que le hacían la vida «imposible», hasta el punto de que Celia lloraba al relatarlo durante las visitas.

«Compartían todas la celda y disposiciones que los carceleros no ponían... Celia pedía por favor que la dejaran leer y había que apagar las luces a tal hora y se apagaban las luces; o Celia quería practicar un deporte en el patio, a la hora que Celia lo quería practicar, ese deporte no se practicaba, pero era una cosa tan obviamente contra ella, era una cosa tan cruel, que Celia me llegó a decir que eran peores que los carceleros.»

La dirigente de las comunistas, y según María Elena Duarte la principal responsable del maltrato que sufría Celia, era Fanny Edelman, veterana activista del partido y fundadora de la Unión de Mujeres Argentinas, un grupo que servía de pantalla para las actividades del partido. Muchos años después, Edelman reconoció que habían «organizado la vida en la cárcel» e impuesto «normas de conducta muy rigurosas». Pero le indignó la sola idea de que hubieran perseguido a Celia. «Éramos un grupo armonioso. Al con-

trario, la respetábamos muchísimo, precisamente porque era la mamá del Che.»[1]

Poco después de escribir esa carta al Che, Celia quedó en libertad, pero su vida había cambiado. La habían separado de sus raíces, sus hijos eran adultos y vivían sus propias vidas y ya no tenía un hogar verdadero.

Después del incidente de la bomba el año anterior, Celia y su hijo menor Juan Martín, de diecinueve años, habían dejado la casa de la calle Aráoz al cuidado de su doméstica india Sabina Portugal y alquilado un apartamento pequeño. Allí fue a vivir también la novia de Juan Martín, María Elena. Cuando Celia estaba en la cárcel, María Elena había dado a luz un bebé; una vez liberada, para no causarles inconvenientes les cedió el apartamento y se fue a vivir con su hija Celia en una casa vieja y sombría de la calle Negro.

Apenados, María Elena y Juan Martín le pidieron que viviera con ellos. «Justamente como nos llevamos tan bien –dijo Celia– no vamos a vivir juntos, para seguir llevándonos bien.» Se veían con frecuencia, pasaban los fines de semana en la casa de Roberto, pero Celia llevaba una vida sumamente solitaria, desconocida en ciertos aspectos por sus propios hijos. Por ejemplo, le encantaba ir al cine, pero después de su muerte encontraron talones de entradas en los bolsillos de sus abrigos y descubrieron que generalmente iba sola.

Desde luego, el hecho de ser la madre del Che había puesto su vida patas arriba. La transformación de Ernesto en líder revolucionario había alterado las vidas de todos los Guevara. Sus amistades dicen que fue una «explosión» que obligó a todos a asumir posiciones políticas propias y a sufrir persecuciones por el solo hecho de ser parientes del célebre «comandante comunista». Para Celia madre, las consecuencias fueron más drásticas que para los demás. Así como la revolución y la guerra eran parte de la vida del Che, las bombas, la cárcel y la persecución política entraron en la suya. De una manera extraña, esa singular simbiosis entre madre e hijo que Ernesto había roto durante sus años de introspección y de trotamundos se había recompuesto.

Celia estaba en conflicto con su propia sociedad, así como el Che se encontraba ante una nueva vertiente en su patria adoptiva. En la carta desde la cárcel, Celia le deseaba un feliz cumpleaños; imaginaba que lo pasaría

1. Edelman reconoció que su partido era «dogmático» y «reformista», carecía de espíritu revolucionario y rechazaba de plano la «lucha armada» como medio para conquistar el poder. «Era un período histórico en la vida de nuestro partido en que todas las guerrillas, todos los grupos armados, eran tabú.»

En efecto, a pesar de sus sonoras proclamas de solidaridad revolucionaria con la Cuba socialista, en su país el Partido Comunista argentino era una burocracia monolítica y arraigada, interesada sobre todas las cosas en obtener la legalidad política. Como los partidos afines de Bolivia, Perú y Chile, se oponía enérgicamente a los llamamientos a la lucha armada provenientes de sus militantes jóvenes, inspirados por el ejemplo cubano. El Che lo sabía y por eso no sólo intentaba crear un foco guerrillero a espaldas del partido sino que contaba con que los comunistas disidentes se incorporarían como combatientes.

«sumergido en el Ministerio y sus problemas» y añadía: «Casi me olvido, ¿puedes contarme sobre el progreso de la economía de Cuba?»

Sin duda, sabía que no había tal progreso. La visita más reciente de Ricardo Rojo a la isla había coincidido con la suya, y él había advertido una decadencia notable desde su viaje anterior. Los carteles de neón que antes iluminaban La Habana estaban apagados; en lugar de cigarrillos norteamericanos, se vendían Criollos, Dorados y otras marcas locales; los automóviles y autobuses estaban arruinados por falta de repuestos y mantenimiento, cientos de tractores norteamericanos abandonados se oxidaban en el campo por la misma razón.

Evidentemente, los revolucionarios cubanos no habían ponderado exhaustivamente las consecuencias de una ruptura total con Estados Unidos. El viejo sistema había dejado de funcionar y el nuevo aún no satisfacía las necesidades presentes –por no hablar de los ambiciosos planes para el futuro– del país. El petróleo soviético, con su alto contenido de azufre, corroía las tuberías de las refinerías construidas por los norteamericanos, y los técnicos del bloque oriental carecían de los conocimientos para manejar la moderna tecnología norteamericana abandonada en la isla. El menor detalle logístico causaba problemas inmensos: por ejemplo, las herramientas soviéticas eran métricas y no se adaptaban a la maquinaria de fabricación norteamericana.

Abundaban los motivos de desilusión: buena parte de la maquinaria adquirida en el bloque soviético era tosca y anticuada. Oscar Fernández Mell recuerda la indignación que embargó al Che al ver el torno para pulir que había comprado en Rusia. «El Che exclamó: "¡Ésa es la mierda que hemos comprado!"» Decía que el sistema sólo servía para producir unas piezas metálicas toscas y alargadas que se sumergían luego en una pintura plateada.

Acosado por una multitud de problemas prácticos, el Che dijo a Rojo que para iniciar la industrialización tenía que producir materiales para la construcción, pero que tenía dos enormes hornos ociosos debido a la falta de ladrillos refractarios. «Tenemos que improvisar hasta los tornillos», dijo. Las plantas textiles habían cerrado porque la calidad del hilo que producían era «demasiado desigual». Y así sucesivamente.

«Si tuviera que sacar una conclusión sobre el estado de ánimo de Guevara durante esos meses, diría que la lucha minaba su optimismo –escribió Rojo–. Su ingenio parecía embotado, su espíritu sofocado bajo la montaña de estadísticas y métodos de producción.»

Según Alberto Granado, el malestar del Che también se debía a la pérdida de fe en el modelo soviético defectuoso que en un principio había abrazado con tan ingenuo fervor. Lo enfurecía la desidia con que se intentaba trasplantarlo a Cuba con toda su ineficiencia, burocracia y retórica triunfalista. Granado recordó cómo el Che había descrito su conversión al marxismo en Guatemala y México. Había sido un «escéptico» hasta que «descubrió a Stalin» en los libros y esas lecturas le cambiaron la vida. «Empezó a descubrir un mundo que no era puras consignas y manifiestos, un

mundo importante, y creo que eso lo intoxicó, le hizo pensar que en la Unión Soviética estaba la solución a la vida, que allá se había aplicado lo que había leído en los libros. Pero en 1963 y 1964, cuando comprendió que lo habían engañado (el Che no toleraba la mentira, sabe) se produjo la reacción violenta.»

Como había observado Sartre, la «luna de miel» de la revolución había terminado a fines de 1960, lo que en términos revolucionarios significaba mucho tiempo atrás. En el umbral de la edad madura, padre de cuatro hijos, ministro del gobierno, el Che se encontraba en el pináculo de su carrera en la Cuba revolucionaria. Su aire era grave, menos alegre que antes. Estaba envejecido. Se había cortado los largos bucles que le habían crecido en el monte y había conservado durante el primer año de la «Cuba libre». Bajo la boina, su cara estaba redonda e hinchada. Le había dicho a Ricardo Rojo que la hinchazón se debía a la «cortisona», pero en verdad había engordado. También Aleida estaba más gorda después de la serie de embarazos.

Iconoclasta sin remedio, el Che llevaba los faldones de la camisa por fuera del pantalón del uniforme verde oliva y el cinturón encima de ésta: era el único comandante que se negaba a vestir reglamentariamente. Generalmente llevaba los pantalones por fuera de las botas. Desde luego, nadie se atrevía a criticarlo. «El Che es como es», decían sus colegas, y se encogían de hombros.

En casa, pasaba horas encerrado entre las estanterías cargadas de libros del austero despacho instalado en la planta alta; allí leía, escribía y estudiaba. Los únicos adornos eran un bajorrelieve en bronce de Lenin, una estatuilla de bronce de Simón Bolívar y un gran retrato enmarcado de Camilo Cienfuegos. Cuando le preguntaban por qué nunca se tomaba un descanso, pretextaba el exceso de trabajo. Nunca tenía mucho tiempo para Aleida y los niños. Con frecuencia el deber lo alejaba durante largos días. En Cuba inspeccionaba fábricas, unidades militares, cooperativas y escuelas; pronunciaba discursos; recibía a dignatarios extranjeros; asistía a recepciones diplomáticas. Cuando era posible, Aleida lo acompañaba. La semana laboral comenzaba los lunes, terminaba los sábados e incluía las noches; los domingos por la mañana participaba en el trabajo voluntario. Sólo dedicaba a su familia los domingos por la tarde.

Entonces se tendía en el suelo de la sala a jugar con sus hijos y su perro, un pastor alemán llamado «Muralla», que lo acompañaba a la oficina. Su hija mayor, Hildita, pasaba los fines de semana en la casa; juntos miraban el boxeo o el fútbol por televisión y apostaban en broma sobre quién ganaría. A veces visitaba a Hilda. Ella advertía su cansancio extremo. Años después recordaría que alzaba a su hija en brazos y prometía llevarla consigo en algún viaje, pero nunca lo hizo.

Otras veces afloraba su vena disciplinaria. En una ocasión, cuando Aliusha tuvo un berrinche, el padre le dio una fuerte zurra en el trasero. Los chillidos se volvieron más fuertes. Sofía, la niñera, quiso cogerla y reconfortarla, pero el Che le ordenó que la dejara en el suelo para que recordara por qué la había castigado. Era sumamente severo con los escoltas, que ocupaban un

anexo de la casa. La novia de uno recuerda el día que el Che obligó a Harry Villegas, su favorito, a desnudarse y encerrarse en un armario como castigo por alguna falta. Celia madre, que estaba de visita, le gritó que no debía ser tan estricto. El Che le dijo que no se metiera, que él sabía lo que hacía.

Así era «Che el Implacable», el ángel vengador y máximo comisario político de la Revolución Cubana, que exigía lo imposible a sus prójimos pero a quien nadie podía reprochar una falta porque era el primero en obedecer sus propias normas estrictas. Era objeto de respeto y admiración, de odio y miedo, pero nunca de indiferencia. Para sintetizar la personalidad singular de su antiguo camarada, Manuel Piñeiro dijo: «En el Che había algo de misionero.»

Acaso su innovación disciplinaria más polémica fue Guanacahabibes, que al igual que las jornadas de trabajo voluntario formaba parte de su plan para forjar una nueva moral revolucionaria. Era un campo de rehabilitación en el extremo occidental de Cuba, un páramo remoto, rocoso y sumamente caluroso adonde enviaba a los transgresores del Ministerio de Industrias a rehabilitarse mediante el trabajo físico extenuante. Eran sanciones «voluntarias» que duraban de un mes a un año según la gravedad de la ofensa, generalmente la violación de una norma ética. Quien practicara el nepotismo, ocultara intencionalmente un error o tuviera una aventura con la esposa de un camarada debía comparecer ante el Che. Éste le daba la opción de «aceptar» el castigo de una temporada en Guanacahabibes o bien renunciar al ministerio. Los que cumplían la sanción y demostraban que habían adquirido conciencia de sus faltas podían volver al ministerio sin una mácula en su hoja de servicios. Los que se negaban, perdían el puesto. (Con el tiempo, a raíz de los excesos de su director, Guanacahabibes adquirió fama de ser el equivalente cubano de los gulag de Siberia. A pesar de la destitución del director no mejoraron las cosas, y alrededor de la época en que el Che se fue de Cuba, Guanacahabibes fue clausurado.)

Otro proyecto preferido por el Che era la Granja Experimental Ciro Redondo en la provincia de Matanzas. Era una granja cooperativa cuyos miembros, en su mayoría guajiros analfabetos de su antigua columna en la sierra, llevaban una vida comunal acorde con su doctrina de los incentivos morales. Insistía en que debían progresar mediante la alfabetización y les había asignado un maestro. Los visitaba con frecuencia en la avioneta Cessna que su piloto particular, Eliseo de la Campa, le había enseñado a pilotar.

En una ocasión, acompañado por el economista Regino Boti, hizo un examen de lectura a varios hombres. Uno de ellos lo hizo tan mal que el Che lo insultó: «Tú a lo que estás aspirando es a sustituir a un buey dentro de veinte años.» Se alejó, y el guajiro, humillado, se fue a llorar. Boti le dijo al Che que no debía haberse mostrado tan duro, que volviera a hablar con el hombre y le levantara el ánimo.

Semejantes episodios eran de lo más comunes. Con frecuencia un amigo o acompañante debía ejercer un poco de diplomacia para atemperar la severidad del Che. Parecía no tener conciencia de cómo sus palabras intimidaban a la gente. Al mismo tiempo, su prestigio solía dar lugar a incidentes graciosos.

Uno de esos incidentes se produjo en el Malecón de La Habana cuando el Che, un pésimo conductor, chocó contra el coche que lo precedía. El hombre reaccionó a la manera cubana: salió del coche maldiciendo al padre y la madre de quien lo había golpeado. Al ver al Che, su furia se trocó inmediatamente por adulación servil, y su rostro colérico se volvió beatífico: «Comandante –dicen que suspiró–, ¡es para mí un honor que usted me haya chocado!» Acarició la abolladura y dijo que jamás la haría reparar, la conservaría como valioso recuerdo de su encuentro personal con el Che Guevara.

Cuentos como ése perduran en el folclore habanero. La mayoría ilustra sus famosas jornadas de trabajo, su desdén por los aduladores y su austeridad personal. Evidentemente era tan estricto con Aleida como con sus subordinados en el Ministerio de Industrias. Se dice que una vez Celia Sánchez, la gran dispensadora de favores de Fidel, le envió a Aleida un par de zapatos italianos, y el Che la obligó a devolverlos. ¿Acaso el común de los cubanos podía calzar zapatos importados de Italia? No. Pues ella tampoco.

Cuando se mudaron de la calle 18 de Miramar a su nuevo hogar en Nuevo Vedado, el Che la sorprendió instalando lámparas decorativas en las paredes. Cuando explicó que las había traído de su antigua casa, el Che tuvo un ataque de cólera y la obligó a devolverlas. En otra ocasión, cuando uno de los niños estaba enfermo, Aleida pidió el coche para llevarlo al hospital. El Che le dijo que tomara «el ómnibus como todo el mundo»; la gasolina era «del pueblo», para usarla en sus funciones públicas, no para fines «personales».

Iniciado el racionamiento, cuando un colega se quejó, el Che lo criticó por ello y dijo que su familia comía bien con lo que les asignaba el gobierno. El colega replicó que el Che comía bien gracias a una ración suplementaria. Éste investigó la acusación, descubrió que era verdad y exigió que se eliminara el privilegio; su familia no recibiría favores especiales.

Circulaban rumores de que a veces los Guevara no tenían suficiente para comer y que Aleida pedía dinero furtivamente a los escoltas para poder arreglárselas. Timur Gaidar, corresponsal de *Pravda* en Cuba en esa época, recuerda que en una recepción diplomática un funcionario de la embajada soviética introdujo algunos entremeses en la cartera de Aleida tras asegurarse de que el Che no podía verlo. ¿Era el Che tan severo como sugieren estas anécdotas? Hoy su viuda se niega a responder; se siente en el deber de proteger la imagen del hombre convertido en mito internacional e insiste que era «un hombre sin defectos».

La relación del Che con Aleida despertaba la curiosidad de muchos, ya que era difícil encontrar mayor contraste en una pareja. Él era un intelectual, un estudioso y lector asiduo. Ella prefería el cine y las reuniones sociales. Él era austero y desdeñaba los placeres de la vida; Aleida, como la mayoría de las personas, los disfrutaba y anhelaba las comodidades que poseían la mayoría de las esposas de los comandantes, incluso en la Cuba revolucionaria. Esto originaba frecuentes disputas.

Algunos cubanos que los conocieron bien comparan su relación con la

de Karl Marx y su esposa Jenny Westphalen, carente de intereses intelectuales. Mientras el Che trabajaba, filosofaba y elaboraba teoría revolucionaria con la cabeza en las nubes, Aleida manejaba la casa, pagaba las cuentas y se ocupaba de los niños. Era una compañera devota. Y a pesar de las diferencias, disfrutaban de su mutua compañía, sentían una fuerte atracción física el uno por el otro y, según el consenso general, eran fieles. Ambos disfrutaban de la conversación sin inhibiciones, a veces con otros. Una vez, cuando visitaba a su suegra en Santa Clara, la anciana le preguntó si quería bañarse y él respondió con una sonrisa maliciosa: «Sólo con Aleida.»

Ambos eran románticos de corazón, aunque este rasgo del Che rara vez afloraba en público. De noche, en la intimidad de la alcoba, él solía leerle poesía, hábito que encantaba a Aleida. Como siempre, su autor preferido era Pablo Neruda.

Otro rasgo común era la franqueza. Aleida sabía ser aún menos diplomática y más brutalmente frontal que el Che. Si alguien le disgustaba, se lo decía en la cara. El Che solía decir que era uno de los rasgos que amaba en ella.

Pero sus amigos íntimos dicen que el Che la amaba sobre todo porque Aleida le había brindado un «hogar», algo que nunca había tenido en el sentido convencional. El Che sentía cariño por su padre que tanto se había ocupado de él en su infancia, pero que con sus «locuras» le parecía un hombre inmaduro, incluso más joven que él. (Aleida misma nunca prestó demasiada atención a Guevara Lynch y reconoció que después de la muerte del Che tuvieron un enfrentamiento en público: en una reunión, oyó decir al anciano que era él quien había inculcado las primeras inclinaciones socialistas en su hijo. Ella le reprochó la mentira, cosa que él jamás le perdonó.)

Distinta era la relación con Celia. Madre e hijo eran «astillas del mismo palo», como dicen los latinoamericanos. Según Aleida, durante sus visitas a La Habana, conversaban durante horas y «peleaban» constantemente. Discutían sobre todo, desde la situación latinoamericana hasta opiniones sobre figuras de prestigio mundial; por ejemplo, Celia aún defendía a su héroe «imperialista» de la Segunda Guerra Mundial, Charles de Gaulle. «Celia era muy política, tenía opiniones firmes, y al escucharlos uno tenía la impresión de que estaban arreglando el mundo, pero era sólo su manera de discutir.»

Pero a pesar de su amor por su madre, Celia nunca mostraba físicamente sus sentimientos como él anhelaba. Así como en su adolescencia el Che había buscado afecto maternal en su tía Beatriz, en la madurez lo buscaba en Aleida. Consciente de esa necesidad suya, Aleida se la brindaba con mimos, lo vestía e incluso lo bañaba.

Aleida dijo que todas las mañanas, antes de que se fuera a la oficina, ella se aseguraba de que estuviera «todo en orden» porque él era muy negligente con su aspecto personal. El motivo para llevar los faldones de la camisa fuera del pantalón, el cinturón sobre ésta a la manera cosaca y el botón del cuello desabrochado era que la alta humedad cubana agravaba su asma. Jamás tuvo alfombras en su casa ni en su oficina. Muchos visitantes recuerdan que se sentaba en el suelo porque era el lugar más fresco. Como le dis-

gustaban los climatizadores, la solución en la oficina era sellar las ventanas para que el aire no pudiera entrar ni salir. Era la única manera de controlar el asma, dijo Aleida. (El asma del Che fue una herencia perdurable: la «heredaron» dos de sus cuatro hijos y ahora, una generación después, algunos de sus nietos son asmáticos.)

Estas excentricidades alimentaban el mito popular que ya se creaba en torno a su figura en Cuba. El Che lo sabía, y aparentemente no le importaba que algunos lo consideraran un «bicho raro». Según una cubana que lo conoció, «el Che era un tipo verdaderamente extraño en Cuba. Un hombre cuya diversión preferida eran las matemáticas y cuyo deporte favorito era el ajedrez».

En realidad, a pesar del mito póstumo que se creó en Cuba, el Che se diferenciaba de casi todos cuantos lo rodeaban. Algunos cubanos veían en ello un desdén por la cultura nacional. No le gustaban las fiestas –el pasatiempo preferido en la isla–, rara vez recibía visitas en su casa ni visitaba a otros. Borrego, uno de sus amigos más íntimos, dice que en todos los años que vivió en la isla el Che pasó por su casa una sola vez, aunque estaba a escasas dos casas de la suya. En un país que ama el baile y los sensuales ritmos afrocaribeños son la sangre misma de su cultura, el Che escuchaba tangos, pero no tenía oído musical ni bailaba. En una isla caribeña con playas hermosas, adonde huyen los cubanos para escapar del calor del verano, el Che no nadaba. En un país donde el ron es el medio preferido para amenizar el descanso y la charla con los amigos, el Che no bebía. A lo sumo bebía vino tinto cuando podía conseguirlo. Era otro hábito que llamaba la atención, porque a la mayoría de los cubanos no les gusta el vino. En una nación de bebedores de café, donde el común de los habitantes bebe varias tazas de *espresso* dulce y caliente a lo largo del día, el Che prefería la infusión de yerba mate, propia del Cono Sur. La comida preferida de los cubanos es, de lejos, el cerdo asado; la del Che era un bistec a la parrilla. El sentido del humor de los cubanos es desinhibido, libidinoso y escatológico; el del Che era irónico, ingenioso y filoso.

A pesar de la ciudadanía honorífica y el paso del tiempo, desde el punto de vista cultural el Che nunca dejó de ser un argentino de pies a cabeza. Consecuente con su concepción de la fraternidad socialista de las naciones del hemisferio, le gustaba enfatizar su carácter de «latinoamericano». Pero en el fondo era argentino y aun en Cuba sus mejores amigos, aquellos con quienes se sinceraba, eran los de su mismo origen, como Alberto Granado, su amigo más entrañable.

Granado era uno de los pocos que podían criticarlo abiertamente y con impunidad. Solía fustigarlo por «irreflexivo», por ejemplo, al humillar públicamente a los que consideraba «cobardes», mentirosos o aduladores. Y aunque lo ayudó a reclutar gente para la expedición de Masetti y evidentemente le sirvió de enlace con varios guerrilleros venezolanos, Granado no creía como él que fuera posible «detonar» un clima de revolución en América Latina mediante la guerra de guerrillas. Discutieron el asunto muchas veces y jamás se pusieron de acuerdo.

En una conversación que tuvieron, Granado expuso lo que consideraba que era la diferencia fundamental entre los dos. Cuando veía a un soldado a través de la mira de su fusil, el Che era capaz de apretar el gatillo porque al matarlo ayudaba a reducir la represión y «salvar a 30.000 niños futuros de una vida de hambre»; en cambio, lo que veía Granado era un hombre con esposa e hijos.

Con su afición al baile, la bebida y la diversión, Granado se adaptó de buen grado a la sociedad cubana. No así el Che, cuya naturaleza cáustica disgustaba a mucha gente, según reconoce Granado a pesar de la inquebrantable lealtad que aún profesa por su amigo. Para muchos, su absoluta seriedad en materia de la revolución revelaba a un moralista inflexible, un verdadero santurrón.

El hábito intrínsecamente cubano que el Che sí adquirió fue el del habano, a pesar del mal que le hacía a su asma. Pero aun en esto demostraba una determinación singular, consumía los «tabacos» hasta la colilla para no «derrochar» un producto del trabajo humano.

El asma era otra paradoja de su presencia en la isla. Con su clima húmedo, Cuba tiene una incidencia altísima de asma y es uno de los peores lugares del mundo para quienes padecen el mal.

Si bien muchos de sus subordinados intentaban emularlo –en verdad, infructuosamente–, su «austeridad» constituía un reproche vivo y constante a la vida de placeres y amoríos que llevaban muchos de sus colegas revolucionarios. En un país donde muchos hombres tenían segundas y hasta terceras «esposas» aparte de sus matrimonios, engendraban hijos con varias mujeres y no ocultaban sus aventuras, todos los relatos coinciden en que el Che era consecuentemente monógamo a pesar de que las mujeres lo acosaban en tropel como las adolescentes a las estrellas del rock.

Dada la indudable atracción que ejercía sobre las mujeres, Borrego le preguntó una vez, con la franqueza propia de los cubanos, por qué se había casado con una mujer tan «fea» como Hilda Gadea. El Che le regañó por ello, pero reconoció que no era físicamente hermosa. Sin embargo, dijo que había sido una gran «compañera» para él y añadió en su defensa que la belleza no era condición indispensable para ser una amante apasionada.

Uno de sus ayudantes asistió a una reunión social donde una joven bonita coqueteó descaradamente con el Che. En lugar de sentirse halagado y responder con galanteos, la regañó severamente y le dijo que se «portara bien». Pero no siempre era tan estricto; sabía apreciar la belleza de una mujer. Otro amigo asistió con él a una cena en una embajada extranjera, donde les asignaron la mesa presidida por la bellísima hija del diplomático. Era evidente que el anfitrión «ofrecía» a su hija como prenda para «hacerse amigo» del Che. Según el amigo, era «tan hermosa» que cualquier hombre hubiera sacrificado sus votos matrimoniales o revolucionarios para pasar una noche con ella. Y el Che había llegado al límite de su resistencia, porque se volvió hacia él y le dijo: «Busca una excusa para sacarme de aquí antes de que ceda. Ya no puedo más.»

El Che sospechaba de todos los que le hacían un favor no solicitado, ya que veía en ello una señal de adulación servil o, peor aún, de corrupción moral. Abundan las anécdotas de su tiempo en la sierra y durante toda su vida en Cuba. Un ejemplo clásico es el del escolta bisoño que le lustró las botas. El Che le dio un puntapié en el trasero y lo llamó *guataca* (adulador). Humillado, el soldado arrojó las botas al medio de la calle. Para castigarlo, el Che le retrasó una semana la paga del salario.

Pero el afecto que demostraba por quienes ganaban su confianza era recompensado con una lealtad férrea. Llamados por todos «los hombres del Che», entre ellos había escoltas, contables, economistas, combatientes revolucionarios. Para ellos, el Che era «la revolución» personificada, y por eso, a pesar de todo, hombres como Hermes Peña, Alberto Castellanos y Jorge Ricardo Masetti abandonaron de buen grado trabajo, esposa e hijos para combatir en sus guerras.

## VIII

Durante dos semanas, Masetti y su pequeña banda se abrieron paso a machetazos a través de la selva del norte argentino en busca de su objetivo, al sur de la ciudad de Orán. Sin embargo, en su camino se toparon con enormes precipicios en medio de la jungla. Finalmente abandonaron el intento y volvieron a la granja para recuperarse antes de intentar una nueva ruta.

Al volver, descubrieron que en Argentina se había producido un cambio político fundamental. Los militares habían convocado elecciones para el 7 de julio y puesto que los peronistas –que concentraban la mayoría de los votos– estaban proscritos, Masetti y casi todos los argentinos pensaban que el ganador sería el general derechista Aramburu, candidato de las fuerzas armadas. Pero el candidato de la centrista Unión Cívica Radical del Pueblo, el doctor Arturo Illia, un respetado médico cordobés de sesenta y tres años, se impuso por un margen estrecho.

La novedad provocó una crisis mayúscula en el incipiente EGP. Todos comprendían que declarar la guerra a un presidente civil democráticamente electo era muy distinto que hacerlo contra un régimen ilegítimo. Todas las noticias provenientes de la Argentina hablaban de la «apertura democrática». «Entonces se desinfla todo aquel proyecto –dijo Bustos–, y pasaron unos días de nada, de presión.»

Masetti decidió cancelar la operación. Furry fue a La Paz a notificar a La Habana por intermedio de la embajada y envió a Federico «el Flaco» Méndez a Argentina a reunirse con Jorge «el Loro» Vázquez Viaña, un joven comunista boliviano que les servía de enlace. La misión del Loro era coordinar las actividades con un grupo escindido de trotskistas cuyos militantes querían unirse a la lucha armada, y ahora Masetti quería que suspendiera todo.

Mientras él y su gente se preguntaban cuáles serían sus próximos pasos, el Che viajaba a Argelia a asistir a los festejos por el primer aniversario de la

revolución triunfante. Como sus subordinados argentinos, recorrió los campos de batalla de la guerra y sin duda agradeció al presidente argelino la ayuda que su gobierno había prestado a Masetti y sus compañeros. Volvió a La Habana a tiempo para los festejos del 26 de Julio, llevando consigo al ministro de Defensa argelino Houari Boumedienne, en una demostración pública de que Argelia y Cuba eran firmes aliados revolucionarios, dos eslabones importantes de la «lucha antiimperialista» en África, Asia y América Latina.

Para entonces, Masetti había cambiado de opinión nuevamente. Apenas dos días después de despachar a Furry y Federico con la orden de suspender las operaciones, había vuelto a analizar las elecciones argentinas y resuelto que seguirían adelante. Lo primero que hizo fue escribir una «Carta de los rebeldes» al presidente electo Illia.

Después de elogiar su fama de hombre de espíritu cívico digno de respeto, Masetti lo fustigó por «rebajarse» al juego de los militares al prestarse «al fraude electoral más escandaloso de la historia del país». Lo instó a renunciar para recuperar su prestigio y a aliarse con los argentinos que querían liberarse de los militares, «matones extorsionadores y guardaespaldas del imperialismo y la oligarquía». Anunció que el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) estaba armado, organizado y se encontraba en la montaña. «Somos los únicos hombres libres de esta república oprimida... y no bajaremos salvo para presentar batalla.» Firmó la carta: «Segundo comandante, Ejército Guerrillero del Pueblo, 9 de julio de 1963, Campamento Augusto César Sandino... Revolución o Muerte.»

A continuación, ordenó a Ciro Bustos que fuera en busca de Federico para rescindir la orden de suspensión. Luego debía llevar la carta abierta a Illia a los medios, viajar a todas las ciudades donde tuviera conocidos y sentar las bases para una red urbana de apoyo a la fuerza rebelde.

Durante varias semanas, Bustos viajó por toda Argentina, entre Córdoba, Buenos Aires y su Mendoza natal. La carta causó escasa impresión en el público ya que sólo la publicó *Compañero*, una revista de la izquierda peronista marginal. Con la red urbana tuvo más fortuna. En Córdoba abordó a un académico de izquierda que conocía desde su infancia: Oscar del Barco, cofundador y director de la revista intelectual marxista *Pasado y Presente*, a quien dio a conocer su misión y pidió ayuda. Al día siguiente, Del Barco reunió a un grupo, en su mayoría intelectuales y comunistas disidentes como él, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba. Bustos expuso el plan de acción del EGP con toda franqueza: dijo que el proyecto era respaldado por el Che, que el núcleo inicial se había entrenado en Cuba y Argelia y que poseían los fondos necesarios. Necesitaban reclutas para engrosar sus filas en la montaña, casas clandestinas, contactos urbanos y proveedores: en síntesis, una infraestructura urbana clandestina en todo el país.

Era precisamente lo que propugnaban esos intelectuales, la «acción revolucionaria», el motivo de su expulsión del conservador Partido Comunista argentino. En pocos días empezaron a organizarse con todo entusiasmo y no pasó mucho tiempo antes de que empezara a surgir una red pequeña

pero bien coordinada en media docena de ciudades, de Buenos Aires a Salta, con epicentro en Córdoba.

Para entonces, una nueva e importante personalidad se había unido a la base guerrillera. José María «Papi» Martínez Tamayo era capitán del ejército cubano y uno de los elementos más valiosos del aparato de inteligencia de Piñeiro, quien lo había puesto al servicio del Che. Después de combatir con Raúl durante la guerra, Papi siguió en el ejército y a partir de 1962 fue enviado itinerante de Piñeiro a diversos grupos guerrilleros latinoamericanos. Estuvo con Turcios Lima en Guatemala, fue instructor de Tania en Cuba y también del grupo trotskista argentino del Vasco Bengochea, y últimamente había trabajado con el grupo peruano de Béjar.

Apuesto, fuerte y enérgico –«un conspirador apasionado», según Bustos, «y un tipo macanudo»–, Papi acudió para asistir al foco guerrillero en sus etapas iniciales y ayudar a preparar el terreno para la llegada del Che.

También venía a aliviarle la carga a Furry, que además de comandante permanente de la base y enlace del grupo con la embajada cubana en La Paz se ocupaba de las comunicaciones, la logística y la provisión de armas. Ahora que Papi podía encargarse de algunas de esas tareas, Furry se dedicaría a cumplir su papel de «finquero», la fachada del grupo. Durante los meses siguientes Papi viajó constantemente entre Bolivia, la Argentina y Cuba.

En septiembre ya había señales de que era hora de ponerse en marcha. La finca había despertado la curiosidad de la policía boliviana, que sin duda había escuchado rumores sobre idas y venidas poco habituales en la zona. Afortunadamente había un solo camino para llegar a la finca y el ruido de un motor de automóvil se oía desde lejos; la policía llegó, hurgó desganadamente y se fue sin que nada despertara sus sospechas. Por las dudas de que regresara, los combatientes levantaron otro campamento en un bosque cercano donde ocultarse de los fisgones.

Pero «a fines de septiembre o principios de octubre», cuando Papi llegó a la finca con Alberto Castellanos, Masetti y sus hombres aún se encontraban allí. Masetti acababa de regresar de una incursión de exploración en Argentina. Los exploradores debían observar una cautela extrema y en general trasladarse de noche, porque los agentes de la Gendarmería Nacional Argentina, distribuidos en puestos por toda la región, realizaban patrullas constantes en busca de contrabandistas. Además, en el norte rural escasamente poblado, los forasteros llamaban la atención, sobre todo si eran barbudos, armados y uniformados.

Castellanos tenía orden de esperar al Che, pero puesto que uno de los hombres de Masetti estaba enfermo y él mismo anhelaba entrar en acción, pidió al jefe que lo aceptara como combatiente. Escribió una carta al Che para explicar su decisión y la envió con Papi. El grupo era diminuto. Aparte del jovial y orejudo Castellanos, a quien todos llamaban «el Mono», sólo se habían unido uno o dos hombres más. En vista del éxito inicial de Bustos en la organización de la red urbana, Masetti lo designó enlace con el mundo exterior y lo envió a reclutar voluntarios.

Entre los primeros estuvieron los hermanos Jouve, que venían de un pueblo en la provincia de Córdoba. Emilio y Héctor eran hijos de un inmigrante vascofrancés de tendencias anarquistas. Veinteañeros, ex militantes de la Juventud Comunista disgustados por la inactividad del partido, habían organizado un «grupo de acción» en Córdoba cuyas actividades se reducían a reunir armas, pintar leyendas en los muros y poco más. Apenas apareció el «Pelao» Bustos en busca de voluntarios, aprovecharon con avidez la oportunidad de ir a «la montaña».

El grupo había comprado un camión, y un médico cordobés amigo de Bustos, «el Petiso» Canelo, llevó a los reclutas al norte. En Salta instalaron una «librería» como fachada para un local donde almacenarían provisiones para los guerrilleros. Desde Buenos Aires llegaron otros tres voluntarios.

En octubre Masetti y su grupo cruzaron la frontera y se instalaron en un campamento en el bosque junto al río Pescado, a unos quince kilómetros del pueblo fronterizo de Aguas Blancas. Se encontraban cerca del camino de Salta a Orán, al sur de ésta. Entre idas y venidas de Bustos, el grupúsculo crecía y recorría las montañas en busca de campesinos para realizar «propaganda armada». Ésta consistía en reuniones improvisadas donde trataban de elevar la conciencia de los campesinos al explicarles que venían a liberarlos de la pobreza y la injusticia. Los primeros intentos fueron desalentadores.

«Era una cosa realmente espantosa –recordó Bustos–. A eso no se le puede decir ni siquiera campesinos; no eran campesinos, eran gente que vivían ahí en los claritos del monte, llenos de pulgas y de perros y de esas cosas, sin ninguna vinculación con el mundo real, con el mundo del país... Ni siquiera vivían en las condiciones de los indios, que por lo menos tenían su comida, sus coas, sus tribus. Éstos eran gentes realmente perdidos, dejados a un lado totalmente; no se pueden considerar parte del país y, pensándolo hoy, era muy difícil plantearse que eso era una base social... Estaban viviendo problemas reales, pero su miseria era tan grande que yo creo que no tenían ni problemas, estaban totalmente espoliados.»

En la zona elegida, donde la población era sumamente escasa, para llegar a una población aislada tenían que caminar durante horas a través de abruptas laderas selváticas, cruzando ríos caudalosos. Era la época de las lluvias y los ríos estaban crecidos, de manera que pasaban mucho tiempo empapados hasta los huesos. Les dolían los músculos, tenían llagas en los pies, los atacaban las pulgas y las nubes de mosquitos. Dada la escasez de agricultores, faltaba comida y dependían totalmente de las provisiones que traía el camión desde la ciudad. Esa tarea exigía suma cautela para no despertar sospechas.

El EGP era cualquier cosa menos una fuerza indígena. A falta de un caudillo campesino como Crescencio Pérez, que había proporcionado a la diminuta fuerza rebelde de Fidel sus primeros guías, mensajeros y combatientes locales, Masetti y sus hombres eran extraños en otro país. La mayoría de sus voluntarios eran muchachos de la ciudad, universitarios movidos por la visión de convertirse en guerrilleros heroicos, creadores de una nueva sociedad utópica. Algunos habían pasado por el servicio militar obligatorio,

estaban en buena forma física y sabían manejar armas, otros se adaptaron, pero la mayoría no estaba en condiciones de afrontar el terreno escabroso, las marchas extenuantes, la falta de comida y la férrea disciplina militar impuesta por Masetti.

El lado oscuro de la personalidad del jefe aparecía con frecuencia creciente. La sensación de impotencia ante la lentitud de los primeros pasos, exacerbada por la transformación política de la Argentina, generó una suerte de rabia contenida al conducir a sus guerrilleros bisoños en sus vagabundeos por la selva saturada de agua. La descargaba sobre todo en los más nuevos, los que más sufrían las dificultades de la nueva vida, a quienes llamaba desdeñosamente «pan blanco» y sometía a castigos rudos por errores pequeños: horas adicionales de guardia, trabajo de «mula» (transporte de provisiones) y en algunos casos «dietas de hambre» de dos o tres días. En esto lo respaldaba Hermes, rudo guajiro del Oriente cubano, veterano de la guerra y de la estricta disciplina del Che.

Uno de los favoritos de Masetti era Héctor «el Cordobés» Jouve, a quien designó comisario político a la vez que encargó al Pelao que continuara en funciones como coordinador entre el foco y la ciudad. Jouve era alto, fuerte y había hecho el servicio militar; adoptó la vida guerrillera con facilidad. Los que no lo hicieron, no tardaron en padecer la bruta vigilancia de Masetti. Así como el infortunado Miguel había sido objeto de su hostilidad en Argelia, ahora dirigió su mirada a los muchachos que se habían unido a él en busca de algún «desertor en potencia». No tardó en hallarlo.

Adolfo Rotblat era un muchacho porteño judío de veinte años a quien llamaban «Pupi». Sufría de asma, se rezagaba en las marchas y se quejaba del rigor de la vida guerrillera. Evidentemente no era apto, pero en lugar de dejarlo partir, Masetti lo llevaba a rastras. Cada día que pasaba, el estado físico y mental de Pupi se deterioraba aún más. En poco tiempo acabó por derrumbarse.

En octubre, cuando volvió para pasar unas semanas con los guerrilleros, Bustos encontró a Pupi en un estado lamentable. Vivía aterrado, lloraba, se rezagaba en las marchas y demoraba a todos. Tenían que enviar hombres para obligarlo a avanzar. Todos le tenían asco. «Comenzó un proceso de degradación», dijo Bustos.

Un día salió con Pupi a explorar y se perdieron. Al llegar a un río Bustos pudo orientarse, pero Pupi se negó a cruzarlo. «Quería que lo matara ahí. Discusiones, cosas... al fin saqué la pistola y se la puse en la cabeza y lo hice caminar así, más o menos a la fuerza, prácticamente a patadas en el culo. Lo hice caminar hasta que cayó la noche.»

Era imposible hallar el camino en la oscuridad, de manera que pasaron la noche en el bosque. Bustos trató de sacar a Pupi de su profunda depresión. Al día siguiente reanudaron la marcha. A mitad de camino se toparon con Hermes, a quien habían enviado a buscarlos. Una vez más el grupo se había retrasado por culpa de Pupi.

«La cosa fue poniéndose insoportable –dice Bustos–, y entonces Segundo dijo: "Este tipo está arruinando psicológicamente toda la guerrilla y ya

no lo soporta nadie, nadie quiere cargar con él; hay que tomar una medida que sanee psíquicamente al grupo, que lo libere de esa cosa que lo está corroyendo." Esto es más o menos el planteo, y Segundo decidió fusilarlo...»

Masetti decidió matar a Pupi la misma noche que llegaron tres voluntarios nuevos al campamento. Para ejecutar la tarea escogió a uno de ellos, un estudiante llamado «Pirincho» que pertenecía a una aristocrática familia porteña. Según Bustos, la personalidad cordial y diplomática «molestaba» a Masetti, quien quería endurecerlo. «Quería combatientes rudos..., tipos de fierro.»

Sin advertirle, habían «preparado» a Pupi para la ejecución, suministrándole un sedante y atándolo a su hamaca, colgada cerca del campamento. Reunieron a todos los hombres. Masetti explicó lo que había que hacer y dio la orden a Pirincho. Éste estaba aterrado –su expresión lo delataba–, pero lo hizo.

«Pirincho fue... y oímos el disparo –dijo Bustos–. Entonces vino Pirincho desesperado, diciendo: "No se muere"... y me mandaron a mí... Voy allá y veo que tiene una bala [en la cabeza] y que estaba muerto, pero tenía convulsiones, así que decidí liquidarlo.»

Bustos sacó su pistola, disparó a la cabeza de Pupi y volvió con sus camaradas. La cara de Pirincho mostraba que estaba desolado, pero la alegría embargó a los demás. «De repente fue una euforia... Ocurrió una cosa muy extraña, que me recordó cuando se muere alguien, y hay la necesidad de hacer un almuerzo y todo el mundo brinda... Segundo repartió ascensos y empezó a hacer planes para trasladarnos a otra zona.»

Era el 5 de noviembre de 1963. El EGP había consagrado su razón de ser con el derramamiento de sangre. Momentáneamente de buen ánimo, Masetti estaba resuelto a seguir adelante.

Pero era tarde. Los rumores que corrían por la zona sobre un grupo de forasteros armados en los bosques vecinos a Orán habían llegado a oídos de la gendarmería. Se indagó discretamente a ganaderos y tenderos rurales que los habían visto, y las sospechas empezaron a tomar cuerpo; para fin de año había pocas dudas de que los hombres del bosque eran los mismos «rebeldes» que habían enviado el comunicado a Illia. Las fuerzas de seguridad hicieron planes para infiltrar la zona.

Papi comunicó a Masetti su opinión de que habían permanecido demasiado tiempo en el lugar y que la zona de operaciones no era la mejor para instalar un foco guerrillero. Propuso abrir un segundo frente en el Chaco, al este de la zona precordillerana donde se encontraban. El Flaco Méndez había vivido muchos años allá y tenía buenos contactos. En cuanto a los combatientes, Papi propuso que convocaran al grupo trotskista del Vasco Bengochea en Tucumán, que él mismo había entrenado en Cuba; él sería el jefe militar y Héctor Jouve el «responsable político».

Masetti rechazó la idea con furia y acusó a ambos de pretender disminuir su autoridad. «Siempre quisiste ser comandante –le dijo a Jouve–. Pero no lo permitiré, te quedarás aquí, conmigo.»

Papi se fue y volvió. En noviembre había llevado a un hombre de confianza del Che al campamento base en Bolivia. Era Miguel Ángel Duque de Estrada, «auditor» del Che en el Escambray, juez de tribunales sumarios en La Cabaña y jefe de «Operaciones Especiales» en el INRA. Su tarea era esperar al Che en la finca e ir con él a la zona de guerra.

Castellanos había contraído una infección grave en la garganta, y en diciembre se hizo evidente que debían operarlo. El correo, doctor Canelo, lo llevó a Córdoba, donde consiguió que lo atendiera un médico sin despertar sospechas. Castellanos se hacía pasar por Raúl Dávila, peruano. Pasó la Navidad y el Año Nuevo en Córdoba, lo operaron y pasó todo enero en la ciudad hasta restablecerse.

El mismo mes, Papi volvió para informar a Castellanos de que el Che demoraría su viaje y había convocado a Duque de vuelta a La Habana. El Che ordenaba que «siguieran explorando... sin reclutar campesinos hasta que estemos listos para combatir».

## IX

En La Habana, el Che sentía que la tierra se movía bajo sus pies. Tenía más enemigos en la isla y en el extranjero. El departamento ideológico del Kremlin estaba preocupado por indicios crecientes de que las afinidades del Che Guevara no estaban en Moscú sino en Pekín. Un alto funcionario de la burocracia del Kremlin fue a La Habana a tomar su pulso político.

El cisma chino-soviético era más enconado que nunca. Pekín y Moscú se disputaban las lealtades de los partidos comunistas; en América Latina, las fracciones «pro chinas» rompían para formar sus propios partidos. La mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, como la misma Cuba, se alinearon rápidamente con la Unión Soviética, fuente de los subsidios de los cuales dependía su supervivencia. Puesto entre la espada y la pared, el gobierno cubano por fin abandonó su posición oficial de neutralidad en la disputa; el mismo Fidel dio su apoyo implícito a los soviéticos en una visita a Moscú en la primavera boreal de 1963. Para su gran regocijo, Jrushov le dispensó honores de héroe conquistador. En una declaración conjunta, Moscú dio a Cuba su pleno reconocimiento de miembro de la comunidad socialista y se comprometió formalmente a defender su «independencia y libertad», a la vez que Fidel reafirmó el apoyo de La Habana a la «unidad socialista» y a la política de «coexistencia pacífica» con el Occidente capitalista. Era un apoyo retórico y más tibio del que esperaba Jrushov, pero suficiente para poner nerviosos a los chinos sin enemistarse del todo con ellos. Fidel probablemente pensó que era un trueque justo y volvió a la isla cargado de más ayuda económica. Ésta llegó justo a tiempo, porque la economía cubana estaba en graves dificultades: la zafra de 1963, inferior a cuatro millones de toneladas, era la peor de los últimos años y la economía se derrumbaba.

Por más que fuera el arquitecto original de la relación cubano-soviética,

el Che era objeto de preocupación. Sus llamamientos incesantes a la lucha armada, en contradicción directa con la política de «coexistencia pacífica», su insistencia en la guerrilla *rural,* su obstinada decisión de entrenar, armar y financiar a grupos comunistas disidentes –y aun trotskistas– a pesar de las protestas de las organizaciones nacionales generaban sospechas en Moscú de que se prestaba al juego de Mao.

En efecto, desde fines de 1962, el Kremlin había colocado un agente del KGB entre los colaboradores del Che. Se llamaba Oleg Darushenkov y aunque su puesto oficial en La Habana era de agregado cultural de la embajada, éste servía de fachada para su tarea especial de intérprete ruso-español del Che. Su antecesor Yuri Pevtsov, propenso a sufrir insolaciones, había sido retirado después de pasar un año en la isla y poco antes de la crisis de los misiles. No se sabe oficialmente qué pensaba el Che de Darushenkov, pero varias personas que en esa época formaban parte de su círculo íntimo han dicho, con la condición de que no se las identificara, que estaban convencidas de que el ruso era un «provocador» enviado para espiarlo.

Sobre todo a partir de la crisis de los misiles, muchos en el Kremlin temían que el apoyo creciente de Cuba a las «aventuras» guerrilleras, impulsado como todos sabían por el Che Guevara, arrastrara a la Unión Soviética a un nuevo enfrentamiento con Estados Unidos. «Después de la crisis, había preocupación soviética sobre lo que harían los cubanos –dijo Giorgi Kornienko, suplente del embajador Anatoli Dobrinin en Washington durante la crisis–. No queríamos que esas actividades complicaran [aún más] nuestras relaciones con Estados Unidos.»

Feder Burlatsky, un antiguo asesor de Jrushov, dice que las opiniones en los círculos más altos del Comité Central soviético estaban divididas entre los que apoyaban al Che y un grupo predominante que desconfiaba de él. Burlatsky se contaba entre éstos. «Nos disgustaba la posición del Che. Era un modelo para los aventureros que hubieran podido causar una confrontación entre la Unión Soviética y Estados Unidos.»

Según el funcionario, la opinión de que el Che era un «personaje peligroso» adquirió mayor peso después de la crisis de los misiles, cuando dijo que los soviéticos «deberían haber usado los misiles». Si Fidel lo había dicho en la intimidad, el Che lo había dicho en público; y si bien aquél no tardó en cambiar su retórica, pocos dudaban de que éste hablaba en serio. Muchos cubanos pensaban como el Che, pero lo más embarazoso era que esas palabras provinieran de una figura revolucionaria del más alto nivel; peor aún, respondían a la acusación china de que Moscú había «capitulado» ante Washington.

«Por eso se lo consideraba peligroso y contrario a nuestra estrategia», dijo Burlatsky. Sin embargo, reconoció que, «aunque era contrario a nuestros intereses, el Che despertaba simpatías... con su aureola de revolucionario que evocaba la Revolución Rusa... Las opiniones estaban divididas... Algunos lo comparaban con Trotski o con los terroristas bolcheviques. Asesores de Jrushov como [Mijaíl] Suslov, que se consideraban revolucionarios, sentían simpatía por el Che».

La punta de lanza de la oposición al Che, que adquirió gran vigor después de las expediciones guerrilleras «intervencionistas» en Perú y Argentina, era el poderoso Partido Comunista argentino de Victorio Codovilla. Kiva Maidanek, eminente analista de asuntos latinoamericanos para el Partido Comunista soviético, estaba muy al tanto de las presiones argentinas contra el Che en Moscú y sus repercusiones.

«El [partido argentino] acusaba al Che de aventurero, pro chino y trotskista. Eso ofendía muchísimo al Che. Pero esa posición tenía peso aquí, sobre todo en el departamento latinoamericano del Comité Central. Todo lo que estuviera a la izquierda de la línea soviética era chinófilo o trotskista. La Unión Soviética empezó a inclinarse a favor de los partidos comunistas [latinoamericanos]. A partir de 1964, se empezó a visualizar la región latinoamericana como un campo de batalla no tanto entre Estados Unidos y la Unión Soviética como entre China y la Unión Soviética.»

Como si quisiera hacer el juego a quienes lo acusaban de hereje, el Che seguía probando los límites de la tolerancia soviética. En septiembre de 1963, envalentonado por la práctica y por la Segunda Declaración de La Habana (en la que Fidel decretaba la inevitabilidad de la revolución en América Latina) que citaba como filosofía rectora de la Revolución Cubana, el Che esbozó su llamamiento a la guerra de guerrillas continental en un trabajo complementario, ideológicamente más elaborado, de su manual práctico *La guerra de guerrillas*. Este trabajo se llamaba «La guerra de guerrillas: un método».

Allí fustiga a los partidos comunistas latinoamericanos por pretender el derecho de dirigir las luchas en sus países: «Ser el partido de vanguardia significa estar al frente de la clase obrera en la lucha para conquistar el poder. Significa saber guiar esta lucha por atajos a la victoria.»

Después de una cita de Fidel para respaldar sus argumentos, escribe: «Las condiciones subjetivas de cada país, los factores de conciencia revolucionaria, de organización, de dirección, pueden acelerar o demorar la revolución, según su estado de desarrollo. Tarde o temprano, en cada época histórica, a medida que maduran las condiciones objetivas, se adquiere conciencia, se logra organización, surge una dirección y se produce la revolución.»

En este llamamiento a las armas aparece un elemento nuevo: en lugar de «lucha armada», el viejo eufemismo comunista, prefiere el término mucho más franco de «violencia». «La violencia no es el monopolio de los explotadores y como tal los explotados también pueden usarla, más aún, deben hacerlo cuando llega el momento... No debemos temer la violencia, partera de las nuevas sociedades; pero se debe desatar la violencia en el momento preciso en que los dirigentes han encontrado las circunstancias más favorables... La guerra de guerrillas no es autodefensa pasiva; es defensa con ataque... Tiene como objetivo final la conquista del poder político. Hay que modificar el equilibrio entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La dictadura trata de funcionar sin recurrir a la fuerza. Debemos tratar de obligar a la dictadura a recurrir a la fuerza, desenmascarando así su verdadera naturaleza de dictadura de las clases sociales reaccionarias.»

Y por último: la revolución latinoamericana debe ser de carácter continental para engañar a los yanquis, que harán todo lo posible para dividir, conquistar y reprimir la rebelión de los pueblos. «A la unidad de las fuerzas represivas hay que oponer la unidad de las fuerzas populares. En todos los países donde la opresión alcanza proporciones intolerables, se debe alzar la bandera de la rebelión; y esta bandera por necesidad histórica tendrá un carácter continental. Como dijo Fidel, la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de América Latina; y los inmensos territorios que abarca este continente serán el escenario de una lucha de vida o muerte contra el imperialismo... Esto significa que será una guerra prolongada; tendrá muchos frentes; y costará mucha sangre e incontables vidas durante un largo período de tiempo... Esto es una predicción. La hacemos con la convicción de que la historia nos dará la razón.»

La rica nación argentina era una presa codiciada por el Kremlin desde hacía muchos años; los dirigentes de su Partido Comunista recibían trato preferencial en Moscú y ejercían una influencia poco común sobre la política soviética en América Latina. Con pocas excepciones, los demás partidos regionales sumaban sus voces a la posición argentina, y a fines de 1963 todos enviaban el mismo mensaje: había que ajustarle las riendas al Che para que dejara de entrometerse en sus países.

Al principio, el deseo entusiasta de Jrushov de mantener una relación «informal» con la Cuba revolucionaria se había impuesto a los escépticos conservadores del Kremlin; éstos hubieran preferido una relación normal de partido a partido que pudieran dominar, como las que tenían con sus Estados satélites de Europa Oriental. Para ellos, Cuba aún era un arribista problemático en el bloque socialista, y a pesar de la adhesión declarada de Fidel al socialismo y su intención de construir un partido comunista de tipo soviético en la isla, los desconcertaba un proceso que no podían controlar.

Nikolái Metutsov, delegado del secretario del partido Yuri Andropov a cargo de las relaciones con los Estados socialistas no europeos, reconoció que la Unión Soviética realizó grandes esfuerzos para ejercer un mayor control sobre Cuba. «Todo un grupo de camaradas opinaba que debíamos instruir a los camaradas cubanos..., que debíamos enseñarles a convertirse en marxistas, auténticos marxistas, debido a su insuficiente preparación teórica. Entre algunos dirigentes del departamento del Comité Central donde trabajaba yo prevalecía la opinión de que debíamos abrazar a nuestros amigos cubanos con la mayor fuerza posible, estrecharlos para que no pudieran respirar.»

Este grupo de presión soviético había motivado a los «viejos» comunistas cubanos y sus camaradas argentinos a buscar un mayor control del partido sobre las riendas del Estado cubano, proceso que culminó en la purga de Fidel en 1962. El paso atrás de Jrushov en la crisis de los misiles había debilitado la posición de éste y fortalecido la de los escépticos. Enfurecidos por la morosa neutralidad cubana en la disputa chino-soviética, la escalada de las actividades guerrilleras auspiciadas por Cuba en América Latina y las divisio-

nes en los partidos comunistas de la región, los ideólogos exigían la adhesión incondicional de La Habana. El Che era visto como la mosca en la sopa.

Metutsov, cuyo último puesto en el extranjero había sido Pekín, fue enviado por el Kremlin para sondear la filiación ideológica del Che. «Para mí, como subjefe del departamento... la posición ideológica de los dirigentes cubanos tenía importancia primordial –dijo Metutsov–. Para mí, para Andropov, para Jrushov desde luego y para otros miembros del Buró Político lo primero era clasificar las posiciones teóricas e ideológicas de los dirigentes cubanos.» Era imperioso determinar sobre todo sus posiciones sobre lo que llamó «los problemas teóricos del proceso revolucionario global», eufemismo referido a la rivalidad entre Pekín y Moscú.

A fines de 1963, Metutsov viajó a Cuba con una delegación encabezada por el presidente del Presidium del Soviet Supremo, Nikolái Podgorny. Años después, al hablar sobre la misión, destacó que Fidel y Raúl no eran el problema. «Conocíamos el proceso por el cual llegaron al marxismo, la sinceridad de su comprensión del marxismo... Sabíamos que Fidel era esencialmente un demócrata liberal burgués y que su hermano Raúl, más afín a los comunistas, era miembro del partido. En cuanto al Che Guevara: me parecía el hombre más preparado en materia de teoría de toda la dirección política.»

Por cierto que justamente ahí residía el problema. El Che, mentor de Fidel en el camino hacia el socialismo y la relación con la Unión Soviética, se había convertido en el primer hereje de la revolución, un *enfant terrible* con aspiraciones internacionales.

Metutsov, que tuvo muchas conversaciones con el Che, recuerda detalladamente una que duró toda una noche a principios de enero de 1964. Conversaron hasta el amanecer en la biblioteca de la residencia del embajador soviético y luego nadaron juntos en la piscina.

«Inició la conversación... con un reproche –recordó Metutsov–. Dijo que le habían llegado noticias de que en la Unión Soviética, en el Comité Central del partido, se consideraba al Che Guevara un chinófilo, es decir, la persona de tendencia maoísta en la dirección. Y desde luego, éste era el problema crucial.»

A continuación, el Che empezó a explicarle «por qué» no era maoísta. «Yo le dije: "Che, créame... esas apreciaciones... de esta aureola maoísta que lo rodea... Le digo que alguien está tejiendo una telaraña... No existe esa actitud hacia usted en nuestro partido; alguien quiere sembrar la discordia entre nosotros.»

Mientras hablaba y trataba de tranquilizar al joven, dijo, empezó a embargarlo una sensación extraña. Hombre de mejillas gruesas, cejas espejas, orejas enormes y ojos celestes muy pálidos, Metutsov descubrió que se estaba «enamorando» del Che.

«Le dije: "Sabe, yo sé que soy un poco mayor que usted, pero me gusta, sobre todo me gusta su cara"..., y confesé, confesé mi amor por él porque era un joven muy atractivo... Conocía sus defectos, [teníamos] tantos informes, tanta información sobre él, pero en nuestra conversación, en

nuestro trato, bromeábamos, reíamos, hablábamos de cosas poco serias, y olvidé sus defectos... Me sentí atraído por él, ¿entiende? Quería alejarme, separarme, pero me atraía, lo ve... Tenía ojos bellísimos. Magníficos, tan profundos, tan generosos, tan honestos, una mirada tan franca que uno no podía dejar de advertirlo... y hablaba muy bien, con una animación interior, su conversación era así, tan impetuosa, como si sus palabras lo exprimieran a uno.»

Metutsov salió bruscamente de su ensoñación romántica y dijo que en el transcurso de la conversación se convenció de que el Che era sincero. «[Dijo que] según sus convicciones ideológicas y teóricas marxistas tenía mayor afinidad con nosotros que con los chinos... y me pidió que lo tuviera en cuenta, que transmitiera [a mis camaradas] que era un amigo de verdad de la Unión Soviética y el partido leninista.»

Con todo, la evaluación final de Metutsov era que el Che Guevara desafiaba las definiciones superficiales. «Externamente se podía decir con sinceridad que sí, el Che Guevara estaba contaminado por el maoísmo porque enarbolaba la consigna maoísta de que el fusil puede crear el poder. Y por cierto que se lo puede calificar de trotskista porque fue a Latinoamérica a fomentar el movimiento revolucionario... pero en todo caso pienso que éstas son señales externas, superficiales y que en el fondo, en lo más profundo de su ser, predominaba la aspiración de ayudar a la humanidad sobre la base del marxismo-leninismo.»

La «peculiaridad» del Che, observó Metutsov, era su adhesión personal a la causa revolucionaria. «Comprendía que su sobrenombre "Che" se había convertido en la expresión de su personalidad. En nuestras conversaciones tuve la impresión de que él sabía que su retrato ya colgaba en las paredes de la historia, la historia del movimiento de liberación nacional. Su inteligencia le permitía ser consciente de ello sin soberbia, y mientras tanto seguía siendo una persona normal que con sus camaradas buscaba la manera de construir el socialismo en Cuba y hacer de su retrato histórico algo más significativo, más permanente.»

El problema del apoyo del Che a la «lucha armada» tal vez preocupaba a ciertos miembros del Comité Central, no así a los líderes del Kremlin o al mismo Jrushov, dijo Metutsov. «¿Le interesaba a la Unión Soviética desarrollar el movimiento revolucionario global? Sí. Entonces, ¿qué tenía de malo que Cuba aportara su grano de arena? Todo iba a parar al mismo saco.»

Mientras Metutsov y el Che pasaban la noche conversando, Fidel preparaba un nuevo viaje a la Unión Soviética. El 2 de enero de 1964, en el quinto aniversario de la revolución y en vísperas de su viaje, dirigió un largo discurso al pueblo cubano.

Evidentemente, la misión había despertado grandes expectativas en él; ya se preparaba para arrojar por la borda su neutralidad en la disputa chino-soviética y alinearse abiertamente con la política exterior de Moscú. Habló con hiperbólico entusiasmo sobre el futuro de la economía cubana y ensalzó la relación con la Unión Soviética. Reiteró el apoyo de Cuba a la política de coexistencia pacífica y su deseo de vivir «en paz» con todos los paí-

ses, incluso Estados Unidos, cualesquiera que fuesen sus sistemas políticos.

Evidentemente, el otro destinatario del discurso era Estados Unidos. Apenas dos meses antes, Fidel y el presidente Kennedy habían iniciado un acercamiento entre bastidores en busca de la distensión; mensajes de sondeo habían circulado entre ambas capitales con vistas a «normalizar» las relaciones, hasta que Kennedy fue asesinado en Dallas.[1] En su discurso a la nación, Fidel indicó claramente su esperanza de que el nuevo presidente, Lyndon Johnson, reanudara la iniciativa interrumpida de manera tan brusca.

Regresó de Moscú portando en una mano un generoso acuerdo a seis años por veinticuatro millones de toneladas de azúcar y en la otra un comunicado soviético-cubano. Esta vez se había comprometido plenamente; Cuba y la Unión Soviética rechazaban la «actividad faccionalista y sectaria» en el movimiento comunista mundial, aceptaban la unidad según los términos moscovitas y, lo más importante, Cuba estaba «dispuesta a hacer todo lo necesario para establecer relaciones de buena vecindad con los Estados Unidos de América sobre la base de los principios de coexistencia pacífica». Jrushov elogió la nueva «orientación» cubana que ayudaría a «consolidar la paz y aliviar las tensiones internacionales».

Según Maurice Halperin, un politólogo y economista norteamericano que daba clases en Cuba por invitación del Che, el documento firmado por Fidel en Moscú era inequívoco. «El respaldo a la "línea" soviética con respecto a China se veía enormemente fortalecido por la firma de Fidel en un documento de la categoría de un comunicado conjunto.» Al mismo tiempo: «El mensaje a Estados Unidos –y por cierto a Latinoamérica– era claro: Castro ofrecía negociar un acuerdo con Washington, Jrushov lo aprobaba y de ahí se infería inevitablemente que Castro estaba dispuesto a abandonar la revolución latinoamericana en aras de un acuerdo.»

Desde luego, al igual que la mayoría de las «posiciones» que Fidel expresaba con tanta vehemencia, ésta no era sino una pose destinada al público, que modificaría en poco tiempo y volvería a modificar en el futuro. El apoyo a la «coexistencia pacífica» era poco más que una declaración de intenciones, una carta más en las anheladas negociaciones con Washington. En esos momentos, armas y efectivos cubanos participaban directamente en una serie de conflictos en Latinoamérica y por lo menos uno en África. Mientras Fidel hablaba, los hombres de Masetti rondaban por la selva de Orán, la columna guerrillera del ELN de Héctor Béjar se infiltraba nuevamente en Perú y apenas dos meses antes las autoridades venezolanas habían secuestrado un cargamento de trescientas toneladas de armas enviadas por Cuba a los guerrilleros en ese país. El ex jefe de la policía revolucionaria Efi-

1. Es evidente que el Che Guevara era sospechoso de cuanta cosa rara sucediera en el mundo, porque su nombre apareció en varios expedientes de la comisión Warren que investigaba el asesinato de John Kennedy. Los agentes del FBI de J. Edgar Hoover solían enviar informes extravagantes. Uno dijo haber visto al Che Guevara con Jack Ruby –el asesino de Lee Harvey Oswald– en Panamá.

genio Ameijeiras y otros militares cubanos se encontraban clandestinamente en Argelia, donde ayudaban a comandar un batallón blindado en la guerra fronteriza con el vecino Marruecos.

Para el Che, la «coexistencia pacífica» era algo detestable, una frase diplomática destinada a apaciguar al sistema capitalista. Por el momento se calló la boca, pero no cabía duda de que su camino se apartaba del de Fidel. El objetivo de éste era consolidar el bienestar económico de Cuba y su propia supervivencia política, y con ese fin estaba dispuesto a negociar. La misión del Che era extender la revolución socialista. Se acercaba la hora de abandonar Cuba. Depositaba una gran confianza en que Jorge Ricardo Masetti podría darle esa oportunidad.

## X

En febrero, el guerrillero cubano Alberto Castellanos regresó de Córdoba al «teatro de guerra». Estaba gordo y debilitado después de un mes de inactividad, mucha cerveza y buena comida en la ciudad. Durante la caminata de tres horas hasta el campamento guerrillero se desmayó tres veces. Cuando llegó, Masetti le informó que el EGP entraría en actividad. Los guerrilleros iban a «dar un pingazo» el 18 de marzo, segundo aniversario del golpe militar que había derrocado a Frondizi.

Pero con el paso de los meses en la selva saturada de agua de Orán, los rasgos autoritarios de Masetti se habían vuelto aterradores; sus manías sobre las deserciones en potencia adquirían un carácter paranoico. El objeto de su persecución era Henry Lerner, un joven estudiante de medicina cordobés que llegó al campamento la noche que ejecutaron a Adolfo «Pupi» Rotblat.

Lerner, como Rotblat, era judío, pero en ese momento no se le ocurrió que eso tuviera algo que ver. Hijo de un comunista veterano, acérrimo «estalinista» según él mismo, Lerner estaba orgulloso de su fortaleza y convicciones y daba por sentado que soportaría la disciplina militar. Pero a medida que crecía la hostilidad del comandante, el cual le asignaba las tareas más rudas, Lerner empezaba a pensar que Masetti lo consideraba indigno de ser guerrillero y trataba de quebrarlo.

Estaba desesperado. Llevado por el reflejo condicionado de obedecer las órdenes y respetar al jefe, trataba de esforzarse al máximo y ganarse la aprobación de Masetti realizando bien todas sus tareas. Pero nada era suficiente; evidentemente, éste lo consideraba «pan blanco».

En Navidad, la red urbana había enviado a los guerrilleros un cargamento de manjares exquisitos. Después de la cena, con la espalda apoyada en un árbol y fumando un cigarrillo, Lerner se dejó embargar por la nostalgia. Pensaba en su familia, en la esposa que lo esperaba en la ciudad, cuando Masetti se acercó por detrás. «Oiga, ¿en qué está pensando?», preguntó perentoriamente. Lerner le dijo la verdad. «O sea que está pensando en desertar, ¿eh?»

Entonces comprendió la gravedad de su situación. Ya conocía la historia del Fusilado, y además la noche de su llegada había presenciado la ejecución de Pupi. Masetti consideraba que la mera sospecha de que uno pensaba en desertar merecía la muerte. También Bustos advertía el aumento de la tensión; veía una nueva «situación Pupi» en ciernes y estaba alarmado.

Lerner habló en secreto con Bustos y le pidió ayuda. Éste intercedió ante Masetti para decirle que se equivocaba: Lerner era un buen combatiente, leal a la causa, decididamente no era un desertor en potencia. Instó a Masetti a que le diera una oportunidad para «demostrar lo que valía». Por fin, éste cedió: le asignó a Lerner la tarea de vigilar la conducta de otros dos combatientes que según él merecían castigo.

Uno era Nardo, un recluta nuevo cuyo nombre verdadero era Bernardo Groswald. Era judío, tenía diecinueve años y era empleado bancario en Córdoba. La selva implacable lo había destrozado casi al comienzo, y mostraba los mismos síntomas que habían acabado con Pupi. Lerner, que lo había guiado en la primera marcha al campamento, dijo que evidentemente el joven no sabía en qué se había metido.

«Nardo me preguntó si dábamos charlas, si había reuniones... como si viniera a una especie de juegos florales, literarios, y a los dos días ya estaba hecho polvo. Tenía los pies planos, le daba miedo bajar por una parte inclinada y se fue animalizando; era de verdad repelente y su aspecto físico, a medida que fueron pasando los días, se fue animalizando. Para bajar una cuesta bajaba de culo (para un guerrillero o un comandante debe ser una imagen patética), caminaba en cuatro patas, muy sucio, muy desaseado, y, bueno, ya estaba castigado... [le daban] las tareas más duras, ese tipo de cosas.»

El otro detenido era «Grillo» Frontini, fotógrafo, hijo de un abogado porteño prominente y acomodado. Como coordinador del EGP en Buenos Aires, había derrochado irresponsablemente el dinero de la organización. Masetti ordenó a Bustos que lo detuviera y lo llevara a las montañas para juzgarlo.

«Arrestó» a los dos jóvenes y asignó a Lerner la tarea de vigilarlos mientras acampaban en la selva durante una semana. Debía observar su conducta, conversar con ellos, determinar si merecían confianza y presentar un informe; de acuerdo con éste, se realizaría un juicio sumario para decidir la suerte de ambos.

Reinaba un clima de demencia. Masetti veía enemigos en todas partes. Sus estados de ánimo eran imprevisibles. En un momento pasaba de la euforia a la más profunda depresión, que le duraba varios días. Padecía dolores espantosos en la columna debido a la distensión del nervio ciático que había sufrido en Argelia durante las competiciones con el Fusilado.

Preocupado por la suerte de Nardo, Bustos suplicó a Masetti que no hiciera nada y le permitiera disponer su evacuación. Sabía de una finca donde había gente de confianza; podían encerrarlo ahí hasta que las circunstancias permitieran liberarlo. Masetti prometió que esperaría.

Mientras tanto, Pirincho había partido en misión especial. Aunque angustiado por la muerte de Pupi, había ocultado sus sentimientos, ganado la

confianza de Masetti y convencido a éste de que le permitiera volver a Buenos Aires. Un agente cubano debía llegar a Uruguay con un cargamento de armas. Pirincho debía reunirse con él y traer las armas clandestinamente, cruzando el Río de la Plata en el yate de su familia.

Masetti quería esas armas para su nuevo plan de acción. La CGT, la gran central obrera argentina dominada por el peronismo, desairada por el gobierno de Illia, había anunciado una huelga general. El plan consistía en entregar las armas al grupo de Bengochea y lanzar una serie de ataques relámpago simultáneos contra blancos militares rurales en la zona limítrofe entre las provincias de Salta y Tucumán. La coincidencia de los ataques con la huelga permitiría al EGP anunciar su presencia y a la vez demostrar su apoyo al movimiento obrero. A continuación, los guerrilleros escaparían por la cordillera andina a una nueva base de operaciones situada unos cientos de kilómetros al sur; Masetti ya había realizado una exploración preliminar en busca de vías de fuga. Su desaparición desconcertaría a las fuerzas de seguridad al crear la impresión de un grupo guerrillero mucho más grande de lo que era en realidad. Fidel y el Che habían empleado esa táctica con éxito durante los primeros tiempos de la guerra, y Masetti quería emularlos.

Además, le preocupaba el problema de la organización. En febrero pidió a Bustos que se pusiera en contacto con Pirincho en la ciudad para preguntar cómo marchaba la entrega de las armas. Bustos fue a Buenos Aires y concertó una cita, pero Pirincho no apareció. Lo mismo sucedió en una segunda cita. Finalmente, aceptó reunirse con él en la estación del ferrocarril Belgrano. Cuando llegó a la cita, Bustos vio que había tomado precauciones: Pirincho evidentemente temía que lo hubieran señalado para una «medida extrema». No sólo había escogido un lugar público para el encuentro, sino que varios amigos suyos vigilaban atentamente las salidas.

«Pirincho me dijo que había asistido al encuentro para darme explicaciones a mí, no a Segundo –recordó Bustos–, quería explicarme a mí porque sabía que yo lo iba a entender... [Me contó] su quiebra, que él había perdido al fe en el grupo cuando lo del asesinato y que él sabía que había una cosa [guerrillera] más allá de la personalidad de Segundo, y eso es lo que él respetaba y le iba a hacer mantenerse leal. [Dijo:] "Yo quiero salir de acá, me voy a ir a Europa, nadie va a decir una palabra, doy mi palabra de que no voy a decir nada."»

Durante la ausencia de Bustos, Masetti violó su promesa sobre Nardo. Después de pasar una semana con sus dos presos, Lerner había regresado al campamento y presentado su informe. Grillo era «recuperable», pero no había «nada que decir» sobre Nardo, cuya conducta había empeorado.

«No hablaba –recordó Lerner–... No podía con su alma, se ponía a cuatro patas, se arrastraba, estaba animalizado, pobrecito, lloraba, se masturbaba. Así se higienizaba, era una higiene primitiva.»

Masetti dispuso el juicio. Federico era el fiscal, Héctor el abogado defensor y Hermes el presidente del tribunal. Lerner recuerda que se sentaron

en torno del tribunal «como un coro». Su memoria ha bloqueado la mayor parte del proceso, que duró diez o quince minutos, pero sí recuerda haber pensado que Nardo «había decidido inculparse» porque no respondió a la acusación de que si lo liberaban y caía preso, revelaría todo lo que sabía.

Desde luego que el veredicto estaba pretederminado y no tardó en llegar. «Se lo condenó a muerte –dijo Lerner–. Iba a ser fusilado por no cumplir las leyes revolucionarias.»

Pero la agonía de Nardo aún no había terminado; pasaría una noche más con vida, estrechamente vigilado. Masetti resolvió que lo matarían al amanecer del día siguiente, 19 de febrero, y que los voluntarios más recientes formarían el «pelotón de fusilamiento», así empezarían a hacerse duros.

Al alba cavaron la fosa y lo fusilaron junto a ella. Lerner miraba desde un costado. A último momento, cuando se dio la orden de fuego, vio que Nardo hinchaba el pecho. «Hinchó el pecho, miró de frente y no lloró, no tembló, no se cayó, no pidió nada.»

Después, nadie dijo nada. «Todos nos escondíamos de nosotros mismos», dijo Lerner. Masetti actuaba como si nada hubiera sucedido. Dio la orden «de seguir con la tarea. Se le enterró, se le tapó, se siguió la vida normal... Era parte de la vida guerrillera.»

El EGP se había liberado nuevamente del «contagio» de la presencia de «panes blancos» en su seno. Se levantó el manto de sospecha sobre Henry Lerner y Masetti empezó a tratarlo mejor. Pasaron muchos años antes de que Lerner asumiera el hecho de que había estado a punto de ser una víctima más de Masetti. El hecho era que Miguel, Pupi, Nardo y él mismo eran judíos, y que Masetti había hecho sus primeras armas políticas en la ultranacionalista y antisemita Alianza Libertadora Nacionalista.

Bustos regresó. Estaba trastornado por la suerte de Nardo, pero no había nada que hacer, y debían ocuparse de problemas más graves. Cuando informó sobre la deserción de Pirincho, Masetti no quiso creerle: Pirincho era un muchacho ejemplar, jamás desertaría. Sabía que tenía problemas con su novia, seguramente ése era el problema, Bustos lo había interpretado mal. Le ordenó que volviera a Buenos Aires y regresara con él.

Pero era demasiado tarde. No sólo para Pirincho, que había viajado a Europa y desaparecido tal como había dicho. La suerte del Ejército Guerrillero del Pueblo estaba echada. Pocos días después de la partida de Bustos hacia la ciudad, llegaron cinco voluntarios nuevos enviados por una célula comunista disidente de Buenos Aires. Dos eran agentes clandestinos de la DIPA, la policía secreta argentina. Su misión era infiltrarse en el EGP, descubrir su base de operaciones y volver con la información.

Simultáneamente con la infiltración, la gendarmería había detectado a los guerrilleros. El proveedor y correo del grupo en Salta, el joven y culto Enrique Bolini-Roca, no había sabido hacerse pasar por un librero provinciano; no podía explicar por qué hacía tantos viajes en su camioneta y era demasiado apuesto. Lo acosaban las mujeres, llamaba la atención. Los gendarmes descubrieron y empezaron a vigilar el sitio aislado en la ruta Salta-

Orán adonde solía ir. A continuación enviaron una primera patrulla de reconocimiento a la selva.

Ésta se topó inmediatamente con un grupo de guerrilleros en el pequeño campamento donde almacenaban las provisiones antes de enviarlas al grupo principal en las montañas. Allí estaban, entre otros, Castellanos, Lerner, Grillo Frontini y un combatiente conocido como «el Marqués». Dijeron que habían salido a cazar «pavos silvestres» en el monte. No les creyeron. También cayeron los dos agentes de la DIPA, quienes revelaron su identidad y presentaron su informe. La gendarmería envió otras patrullas y poco a poco el EGP empezó a caer.

El 18 de abril, el pelotón de vanguardia del Che estaba totalmente liquidado. Hermes murió en una emboscada en la casa de un campesino. Con él murieron un estudiante de filosofía llamado Jorge, el campesino y uno de los soldados. Masetti y el resto de los guerrilleros se dividieron en grupos para intentar la fuga a través de las montañas.

Treparon y treparon. En poco tiempo llegaron al bosque húmedo y brumoso de la alta montaña, a unos tres o cuatro mil metros sobre el nivel del mar. No tenían alimentos. Andaban a ciegas debido a la niebla. Tres de los bisoños murieron de hambre mientras dormían.

Masetti, incapaz de caminar debido a la lesión de la espalda, integraba otro grupo con Atilio, Héctor y Antonio Paul. Envió a estos dos a buscar a los demás. Cuando descendían la montaña, Antonio se cayó de un precipicio sobre un río; Héctor trató de agarrarlo, pero cayó a su vez. Antonio se desnucó contra una roca; Héctor cayó al agua. Se arrastró hasta él, le inyectó una dosis de morfina y permaneció a su lado hasta que murió.

En pocos días capturaron al resto de los supervivientes. Bolini-Roca y los demás miembros de la red urbana cayeron en Jujuy, Orán y Buenos Aires. Bustos y los integrantes de la red cordobesa pasaron a la clandestinidad y huyeron a Uruguay. Furry volvió a Cuba sin que lo descubrieran.

De Masetti y Atilio nunca se supo nada más. La gendarmería rastreó el bosque y salió con las manos vacías. A fines de abril dieciocho guerrilleros estaban encerrados en la cárcel de Orán; entre ellos se contaban Castellanos, Lerner, Frontini, Federico y Héctor Jouve. El grupo se mostró hermético e impenitente. Reconocieron y reivindicaron sus objetivos revolucionarios, pero ocultaron los vínculos con Cuba e incluso guardaron el secreto de la identidad de Alberto Castellanos, el escolta del Che.

Con todo, la conexión cubana salió a la luz rápidamente. La policía encontró el diario de Hermes; el análisis de la jerga empleada le permitió determinar la nacionalidad cubana del difunto. Las fuerzas de seguridad verificaron el origen de las armas incautadas: los fusiles automáticos belgas FAL eran parte de un cargamento vendido por la Fabrique Nationale a Cuba. Varios dólares hallados entre los efectos de los guerrilleros también procedían de la isla. En cuanto a las armas de fabricación soviética, no podían provenir de otro país en el hemisferio.

La prensa especuló en voz alta. ¿Era el Che Guevara la fuerza motriz

que se escondía detrás del EGP? Cuando se reveló que el difunto Hermes Peña era uno de sus escoltas, fue fácil establecer la conexión. Y al identificarse al desaparecido Comandante Segundo con Jorge Ricardo Masetti, a quien el Che elogió públicamente como un «revolucionario heroico», el asunto se convirtió en objeto de polémica.

Ni el Che ni ninguno de los participantes en la aventura dieron detalles más concretos. El episodio de la «guerrilla salteña» perduró como un enigma, un pequeño incidente relegado inmediatamente por sucesos más importantes y dramáticos. Sólo un puñado de gente conocía la importancia del episodio para el Che y sabía que el fracaso de Masetti había alterado el curso de su vida y de la historia.

Jamás hallaron a Masetti. Sus compañeros supervivientes creen que hay sólo tres explicaciones posibles para su suerte. Según una teoría, Masetti y Atilio se suicidaron al comprender que no tenían escapatoria. Según otra, murieron de hambre. La tercera dice que los gendarmes los hallaron, se quedaron con los veinte mil dólares que se dice que Masetti llevaba consigo y los asesinaron para conservar el secreto.

Poco después se inició el juicio de los guerrilleros. Aunque contaban con un buen equipo de abogados que incluía al padre de Grillo, Norberto Frontini, al abogado izquierdista cordobés Horacio Lonatti, Ricardo Rojo y Gustavo Roca, todos recibieron condenas de cuatro a catorce años. Federico «el Flaco» Méndez recibió la sentencia más larga por haber sido el fiscal en la ejecución de Nardo; Héctor Jouve fue condenado a doce años por su papel en el mismo proceso. Las sentencias de Castellanos y Lerner fueron de cinco años. Todos apelarían, pero por el momento era poco lo que se podía hacer por ellos.[1]

La horrible caída de su foco fue un golpe rudo y desconcertante para el Che. Recibió la noticia en Europa, donde asistía como orador a la conferencia de fundación de la UNCTAD, la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, iniciada a finales de marzo de 1964 en Ginebra. De allí fue a París, donde Gustavo Roca lo puso al tanto del desastre en curso. Después de breves escalas en Argel y Praga, llegó a Cuba el 18 de abril, el mismo día que mataron a Hermes. Con el paso de las semanas sin noticias de Masetti, el Che comprendió que probablemente estaba muerto. Además de una tragedia personal, los planes que había trazado con tanto cuidado para lanzar la lucha armada en la Argentina habían sufrido un duro revés. No sólo había perdido a dos de sus discípulos más entrañables –Hermes y Masetti–, sino que evidentemente ellos habían hecho caso omiso de sus advertencias y cometido una serie de errores que habían provocado su caída.

1. Gustavo Roca era marxista, *enfant terrible* de una destacada dinastía conservadora de Córdoba, primo de Chichina Ferreyra, el amor juvenil del Che, y amigo de éste en la adolescencia. Durante los meses y años siguientes, Roca hizo lo posible por denunciar las «violaciones a los derechos humanos» cometidas con los guerrilleros detenidos y las irregularidades de su proceso, pero su función más importante era servir de correo personal entre el Che, los presos y los supervivientes de la red clandestina de apoyo en Argentina.

Pocos conocían la profunda nostalgia que sentía el Che por su tierra natal. La periodista argentina Rosa María Oliver creyó vislumbrar sus sentimientos durante una conversación en febrero de 1963. Tomaban mate y conversaban nostálgicos sobre su país, cuando el Che se golpeó la rodilla con una mano y exclamó en un tono casi suplicante:

–Bueno, basta, no hablemos más de Argentina.

–¿Por qué, si usted la quiere mucho? –preguntó Oliver.

–Por eso mismo...

Poco después de recibir la noticia de la desaparición de Masetti, Alberto Granado fue a verlo a su despacho y lo halló tan deprimido que trató de levantarle el ánimo con bromas:

–¿Qué te pasa, Che, que tenés cara de perro muerto?

–Petiso, aquí me ves detrás de un escritorio, jodido mientras mi gente muere en las misiones adonde la envío.

El Che se puso a pensar en voz alta: ¿por qué Hermes, un guerrillero experimentado, no había seguido sus instrucciones de estar siempre en movimiento? La perdición del grupo fue haber permanecido en un lugar hasta que los descubrió la gendarmería argentina. La norma fundamental de la guerra de guerrillas era el movimiento constante: si Masetti lo ignoraba, Hermes debía saberlo. Por eso lo había enviado, para que aportara a la misión sus instintos y conocimientos de guerrillero veterano, pero había sido en vano.

El fracaso de la guerrilla en Salta significó para el Che un momento crucial. Una vez más, hombres «buenos» pero inexpertos habían sido incapaces de poner a prueba sus teorías de la guerra de guerrillas. Por consiguiente, le incumbía a él demostrar la efectividad de sus ideas. Así como la Revolución Cubana había contado con un Fidel como caudillo para reunir y aglutinar las distintas fuerzas revolucionarias en una máquina de combate eficaz, el éxito de la revolución continental dependía de la presencia física de un dirigente reconocido: él mismo.

# 26. EL LARGO ADIÓS

## I

En el verano de 1964, el Che había resuelto abandonar Cuba y volver al campo de batalla revolucionario. La pregunta era adónde ir. En alguna parte tenían que darse las condiciones necesarias. A partir de entonces, ese objetivo se convirtió en su mayor obsesión.

Su presencia ya no era indispensable en la isla. La revolución difícilmente podía estar más consolidada. Aunque abundaba la actividad contrarrevolucionaria auspiciada por la CIA y los aviones de espionaje U-2 seguían sobrevolando el espacio aéreo, una invasión norteamericana parecía improbable en el futuro inmediato; después de todo, Kennedy lo había prometido a cambio del desmantelamiento de los misiles nucleares soviéticos. Ninguna promesa era inviolable, pero el sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson tenía otras cosas de que ocuparse: el áspero debate sobre los derechos civiles de los negros, la inminente campaña presidencial y la escalada del conflicto en Vietnam con la intervención directa de las tropas norteamericanas para apuntalar al inestable Vietnam del Sur contra el Norte comunista.

Jrushov ensalzaba a Cuba como «la hija» de la Unión Soviética y en La Habana ya no se cantaba en público «Nikita mariquita». La ayuda soviética a la isla era más generosa que nunca, pero con ella se incrementaba la dependencia cubana de Moscú. La situación disgustaba al Che, pero al menos, por el momento, Fidel parecía tener menos reservas y en todo caso no le quedaban alternativas a la vista.

El Che aún estaba convencido de que a largo plazo, la independencia de Cuba no dependía de los subsidios soviéticos sino del triunfo de la revolución latinoamericana. Al compartir sus recursos colectivos, una comunidad fraternal de Estados revolucionarios latinoamericanos podría reducir la dependencia tradicional de sus países de las fuerzas externas, incluido Moscú, e inaugurar una nueva era socialista en el mundo en desarrollo.

Otros factores motivaban la decisión del Che de partir. Ya existían en 1962, cuando el foco de Salta aún estaba en la etapa de planificación, pero en 1964 se habían agudizado. El clima político cubano se volvía cada vez más claustrofóbico; la nómina de enemigos del Che en el país y el exterior crecía sin cesar.

La exportación de la lucha armada a sus países había enfurecido a los

partidos comunistas tradicionales de la región. Indignados por el episodio salteño, el Partido Comunista argentino y su venerable caudillo Victorio Codovilla habían condenado enérgicamente el foco de Masetti, señalando que los comunistas del grupo eran extremistas «expulsados» de la organización. De más está decir que tanto los comunistas peruanos como Monje y sus camaradas bolivianos se mostraban afines a la posición de Codovilla y, como él, se lo hacían saber a Moscú.

A pesar de las afirmaciones repetidas del Che, en el Kremlin persistía la convicción generalizada de que era un maoísta, un extremista peligroso, un «trotskista». Los chinos estaban al tanto de los rumores y lo perseguían obstinadamente. En Ginebra, durante la conferencia de la ONU sobre comercio y desarrollo, agentes chinos lo seguían a todas partes, vigilaban el vestíbulo de su hotel y tomaban nota de los que subían en el ascensor hasta su piso.

Sergo Mikoyán, presente en Ginebra durante la conferencia, trató de concertar un encuentro informal del Che con el ministro de Comercio Exterior soviético Nikolái Patolichev con el fin de que se conocieran y a la vez disipar los rumores.

En el hotel, Mikoyán advirtió la presencia de los chinos en el vestíbulo. Subió a la habitación donde el Che lo recibió con alborozo, aceptó inmediatamente reunirse con Patolichev y a continuación preguntó: «¿Vio usted chinos en el vestíbulo?» Ante la respuesta afirmativa, el Che asintió: «Ustedes los de Moscú creen que soy agente chino o que tengo relaciones con ellos, pero [no es así]. La verdad es que me siguen constantemente.»

Pero la mayoría de la dirigencia soviética desconfiaba de semejantes declaraciones de inocencia. En Cuba, todos sus ayudantes conocían su favoritismo para con los chinos debido a sus muestras «desinteresadas» de solidaridad revolucionaria. Orlando Borrego señaló que los únicos técnicos chinos que trabajaban en la isla lo hacían en el ministerio del Che y gratuitamente, en tanto los soviéticos exigían sueldos y vivienda pagaderos con los créditos concedidos por Moscú al gobierno de Fidel. El Che no ocultaba su opinión de que los chinos demostraban una «moral» socialista «más auténtica». En aquellos tiempos ideológicos, cuando la menor desviación de la política del Kremlin era señal de herejía o peor aún, de traición, el Che se había mostrado de acuerdo una y otra vez con la línea china para la revolución socialista. Si recibía atenciones de Pekín, sin duda las había solicitado.

Así cayó un manto de sospechas sobre todas sus actividades en Cuba, incluso en el trato con sus camaradas más entrañables como Raúl Castro, quien había forjado vínculos fuertes con los militares soviéticos y los líderes del partido. Desde los días en México y en la sierra, cuando Raúl era el aliado más firme del Che y le demostraba una total consideración, la relación entre ambos había variado de acuerdo con sus divergencias de visión política, y si bien aún persistía cierta afinidad, se dice que discutían con frecuencia. Algunos cubanos dicen que el punto de inflexión fue la negociación por los misiles soviéticos en el verano de 1962, cuando el Che recibió la orden de «hacer limpieza» después de la partida de Raúl. A medida que se

agriaban las relaciones del Che con Moscú, Raúl se volvía cada vez más pro soviético y se dice que le gustaba hacer chistes a costa del Che como «el agente de China» en la isla.

En otro frente, la política industrial del Che estaba en tela de juicio y se desarrollaba una polémica ideológica rabiosa, aunque fraternal, sobre la orientación y el control de la economía. Se había generado una violenta oposición a su concepción del «sistema financiero presupuestario» en virtud del cual las empresas estatales compartían sus bienes y recursos en lugar de competir entre ellas según el sistema de «capitalismo de Estado» aplicado en la Unión Soviética y por el cual abogaban los soviéticos. Sus adversarios principales eran Carlos Rafael Rodríguez, a quien Fidel había puesto a cargo de la agricultura desde la dirección del INRA, y Marcelo Fernández, su antiguo oponente en el 26 de Julio, ahora funcionario del Ministerio de Comercio Exterior.

La disputa ideológica se libraba en torno a la posición del Che de establecer «incentivos morales» además de «incentivos materiales» para desarrollar una conciencia comunista entre los trabajadores cubanos. El sistema empleado en la Unión Soviética derivaba de la Nueva Política Económica adoptada por Lenin en 1924 para provocar el despegue de la economía estancada de la posguerra civil. Admitía formas de competencia capitalista entre las fábricas y los obreros individuales como un medio para aumentar la producción. El Che pensaba que con ese sistema los obreros jamás podrían adquirir respeto socialista por su trabajo, una actitud que sólo se podía generar por medio de incentivos morales. Tal era la idea motriz de su plan de trabajo voluntario, la demostración de que uno estaba «dispuesto a sacrificarse» por el bien común.

También estaba en discusión la futura orientación de la economía. El sueño del Che de industrialización rápida se había estancado muy pronto. Él aceptaba que parte de la responsabilidad era suya por haberse «apresurado» con una mano de obra no calificada y recursos insuficientes, pero existían otros factores que no podía controlar: la incompetencia, la falta de conocimientos técnicos y, con frecuencia, la mala calidad de los equipos y materiales importados de la Unión Soviética: algo que lo enfurecía y que no dejaba de destacar. La alternativa era volver a «Su Majestad el Azúcar». A mediados de 1964, tras la firma de un nuevo acuerdo azucarero y con la oferta de Jrushov de ayudarlos a inventar una nueva máquina para mecanizar la zafra, estaba bastante claro que el futuro de Cuba no estaba en la industria sino en la agricultura. En cierta medida, esta realidad atentaba contra el sueño del Che de crear el Hombre Nuevo Socialista.

Por último, el Che no era cubano sino argentino, y aunque jamás lo dijo en público, seguramente persistía en él la sensación de que éste era el país «de ellos». Hombres leales formados por él, que creían en sus métodos, podían dirigir la batalla en su ausencia, pero para él había llegado el momento de abandonar la escena.

Acaso también era consciente de su edad. A punto de cumplir los trein-

ta y seis años, aún podía marchar, combatir y liderar hombres, pero si dejaba pasar el tiempo sería demasiado tarde.

## II

Su primera tarea era reconstruir y extender la infraestructura guerrillera clandestina en Sudamérica, golpeada pero no destruida por el fiasco salteño. Aparte de Alberto Castellanos, los bolivianos y cubanos habían salido ilesos, así como también la red clandestina urbana en Córdoba, Buenos Aires y otras ciudades argentinas. El mayor daño lo habían sufrido los propios guerrilleros y la red clandestina de apoyo inmediato en Salta. Cuando la columna de Masetti se derrumbaba, el Che enviaba un efectivo nuevo y valioso a Sudamérica; Tania estaba en camino.

Había terminado su instrucción como espía en marzo de 1964 y el Che la había convocado a su oficina en el Ministerio de Industrias; Renán Montero, uno de los agentes principales de Piñeiro, también estaba presente. Había participado en varias misiones, incluida la infortunada aventura nicaragüense de Rodolfo Romero en 1959. El Che le dijo a Tania que quería enviarla a Bolivia como agente secreto. Debía adquirir una identidad legal y conocer al mayor número de gobernantes que fuera posible. Permanecería allí por tiempo indeterminado para entrar en acción cuando llegara el momento. Según Piñeiro, escogieron a Tania para ir a Bolivia entre otros motivos porque hablaba alemán y eso le facilitaría el ingreso en la influyente comunidad de inmigrantes de esa nacionalidad. Según él, no le dijeron que más adelante el Che se reuniría con ella.

La embargaba el orgullo; el Che había reconocido sus méritos y le había asignado una misión clave en la revolución continental. Poco después partió de Cuba para viajar por Europa Occidental para poner a prueba su «leyenda» (su identidad falsa), y conocer los lugares de su biografía ficticia.

A continuación, el Che convocó a Ciro Bustos a La Habana para interrogarlo y darle nuevas instrucciones. Después de la debacle, Bustos se había dedicado a tareas de limpieza mientras esperaba órdenes de «la isla», como llamaban a Cuba en los círculos clandestinos. Con ayuda de los académicos cordobeses había formado el equipo de abogados defensores de los presos. También había alquilado una casa en Montevideo, Uruguay, que serviría de guarida para Furry y otros dos conspiradores, Petiso Bellomo y Emilio Jouve, el hermano de Héctor, a quienes ayudó a salir clandestinamente del país.

Más importante aún, Bustos había dirigido la transferencia de las armas destinadas al foco salteño a dos grupos independientes. Uno era el grupo trotskista disidente del Vasco Bengochea, que pensaba iniciar un foco nuevo en Tucumán; el otro era la organización incipiente de «cañeros» izquierdistas uruguayos dirigida por Raúl Sendic.

«Sendic pidió la reunión por intermedio de unos contactos del Petiso Bello-

mo –dijo Bustos–. El encuentro tuvo lugar un domingo por la tarde en una playa del Cerro, en el cordón industrial de Montevideo. Él se disfrazó de pobre pescador viejo y yo de paseante solitario. Un poco más allá, no muy lejos, sus muchachos jugaban al fútbol en la playa. Un poco más cerca estaba el gordo Emilio, el hermano de Héctor, que pescaba y me servía de "campana". Sendic me interrogó exhaustivamente sobre las razones del fracaso [en Salta] y pidió dos cosas: un curso de instrucción en medidas de seguridad y algunos "fierros" [armas].»

Bustos aceptó instruir a uno de los hombres de Sendic en los rudimentos de la seguridad y otros conocimientos básicos. (Tres décadas más tarde, dijo Bustos con cierta ironía, su antiguo «pupilo» era un conocido y respetado economista que colaboraba con el gobierno uruguayo.) También autorizó a Emilio a entregar parte de las armas del EGP ocultas en Uruguay al grupo de Sendic. Aunque en ese momento no lo sabía, su decisión de ayudar a los uruguayos tendría consecuencias históricas. Desde ese humilde punto de partida, la organización de Sendic se convertiría rápidamente en la célebre y consumada guerrilla urbana de Tupamaros, cuyas acciones estremecerían a la sociedad uruguaya hasta la médula.

Bustos viajó a La Habana con Pancho Aricó, director de *Pasado y Presente* y mentor ideológico del grupo de apoyo cordobés. Éste era el único miembro del grupo que había visitado a Masetti en el monte antes de su muerte y desde entonces, tanto él como sus compañeros Oscar del Barco y Héctor «Toto» Schmukler se habían convencido de que la teoría guevarista del foco era inaplicable en la Argentina.

«Pancho fue a Cuba a ver al Che con la intención de exponerle nuestras críticas, nuestro pensamiento de que la cosa [la guerrilla rural] no funcionaría tácticamente –dijo Toto Schmukler–. Pero no pudo abrir la boca. El Che habló dos o tres horas y Pancho no dijo nada.» Posteriormente, Pancho dijo a sus compañeros que al encontrarse frente al Che, se sintió tan abrumado por la fuerza de su presencia y sus argumentos, tan intimidado, que no pudo contradecirlo. «Era el *Che»:* ésa fue su explicación.

Lo mismo le ocurrió a Bustos, que se reunió con el Che varias veces después de lo ocurrido en Salta para decidir un nuevo plan de acción. El Che le dijo que no podía entender por qué algunos hombres se habían muerto de hambre. Bustos quiso explicarle las condiciones de la jungla de los alrededores de Orán, una región prácticamente sin campesinos ni ninguna clase de comida; las dificultades de la caza, cómo en un punto los guerrilleros habían abatido un tapir imposible de comer más tarde porque la carne se había podrido. «Cuando se lo conté, el Che dijo que habrían tenido que hervirla más tiempo, para que los ácidos se transformaran o algo parecido, y no hubiera pasado nada.»

El punto de vista del Che era evidente. Podía formarse un foco de guerrilla rural, pero había que hacerlo bien. Bustos tenía sus dudas, pero a diferencia de Aricó no había perdido todas sus esperanzas. Pensaba que el nuevo intento debería concentrarse en la construcción de infraestructura que se

extendiera a varias zonas, a fin de asegurar la supervivencia. Los guerrilleros no podían esperar vivir de la caza, ni podían confiar, como el grupo de Masetti, en el suministro de comida enlatada de la ciudad, con camiones de reparto yendo y viniendo, y una organizada red de abastecimiento que al final había despertado las sospechas de la policía.

Según Bustos, el Che estaba de acuerdo con él. «Me dijo: "Vete allá y vamos a hacer, pon en marcha tu plan, con tiempo, sigue haciendo las relaciones políticas y hay gente que hay que ver."»

Bustos entendió que tenía que trabajar con cualquier grupo que quisiera comprometerse con la lucha armada y al mismo tiempo organizar un frente guerrillero nacional coordinado. No se iba a nombrar por el momento ningún jefe político-militar ni habría una inminente llamada para echarse al monte; su trabajo, de duración indefinida, era sólo preparatorio.

El dinero era uno de los obstáculos más importantes. Bustos dice que el Che no le asignó ningún presupuesto para trabajar sobre esta base, aunque le proporcionó «ciertas ayudas». Hablaron de recaudar fondos y Bustos le mencionó la estrategia de «expropiación» que defendían los compañeros más activos: atracar bancos. Era la misma propuesta que había hecho el Che cuando se había puesto al mando de las fuerzas revolucionarias de Las Villas a finales de 1958, pero la situación era distinta; Cuba estaba entonces en plena guerra civil y el Che ejercía el mando de manera directa y personal. Las condiciones no eran iguales en Argentina y no quería que las cosas se le escaparan de las manos antes de que calara la insurrección. El Che descartó el plan de atracar bancos. «No –dijo a Bustos–. Empiezas asaltando bancos, y se termina el asunto...»

Antes de partir, Bustos se reunió con Furry, Ariel y Papi, y prepararon vías de entrada y puntos de contacto para recibir y enviar mensajes, personal, dinero y material hacia y desde La Habana. Uruguay, uno de los pocos países latinoamericanos que todavía tenían relaciones diplomáticas con Cuba, sería su estación de relevos mientras fuera posible.

El 20 de mayo, estando aún en Cuba, Bustos recibió un telegrama informándole de una explosión en la calle Posadas, en el centro de Buenos Aires. Vasco Bengochea y cuatro de sus hombres habían estado fabricando bombas en la sexta planta de un edificio de viviendas y los cinco habían volado en pedazos. Fue el fin del grupo Tucumán. Fue un duro revés, pero según contaría Bustos al Che no pareció afectarle el episodio. «Asumía las cosas con mucha calma.»

Tras la partida de Bustos, el Che y Fidel tuvieron divergencias temporales sobre estrategia. Bombardeados por el lenguaje hostil del gobierno Johnson, que endurecía las sanciones comerciales y renovaba las medidas (de inspiración norteamericana) para que la Organización de Estados Americanos aislase Cuba, Fidel se inclinaba por una política de apaciguamiento.

En una serie de entrevistas que concedió en julio a Richard Elder, corresponsal del *New York Times*, Fidel, de manera indirecta, se ofreció a terminar con el apoyo de Cuba a los movimientos revolucionarios de Latinoa-

mérica a cambio de que cesaran las actitudes hostiles contra Cuba. Para Fidel era una cuestión de realismo político. Había aprendido la lección en la línea dura del arte del toma y daca observando a Jrushov durante y después de la crisis de los misiles (el mandatario ruso había atajado la crisis entrando en conversaciones con Washington y firmando en agosto de 1963 un tratado de prohibición de las pruebas nucleares) y pensaba que podía aprovechar la situación contemporánea en beneficio de Cuba. Fidel dio a entender a Elder que adoptaba aquella nueva postura por consejo soviético y expresó sus deseos de que en las inminentes elecciones presidenciales de noviembre Johnson ganara a su rival, el senador republicano Barry Goldwater, y reanudara las conversaciones de tanteo en favor de un entendimiento con Cuba que ya había comenzado John Kennedy.

Veinticuatro horas después de publicarse la entrevista con Fidel, el Departamento de Estado norteamericano hizo unas declaraciones rechazando taxativamente la oferta; no habría negociaciones con Cuba mientras la isla estuviera vinculada a la Unión Soviética y siguiera «fomentando la subversión en América Latina». Fidel, a pesar de aquella muestra de desprecio, guardó un silencio diplomático que daba fe de la seriedad con que se había tomado el asunto.

Ni siquiera quiso ceder a la tentación de responder a las provocaciones, por ejemplo cuando el 19 de julio un soldado cubano fue muerto de un tiro por un norteamericano de la base de Guantánamo. Raúl tomó la palabra durante el multitudinario entierro con que se honró al difunto y dejó claro que seguía las indicaciones de su hermano. El disparo, dijo, iba contra Cuba, contra el presidente Johnson y contra la paz. Si salía elegido Goldwater, habría guerra.

Pocos días después, el Che expresó públicamente sus posiciones intransigentes. El 24 de julio, en una fábrica de Santa Clara, recordó a su auditorio que tenían el deber de combatir al imperialismo «dondequiera que aparezca y con todas las armas a nuestra disposición». No importaba a quién elegían presidente los norteamericanos: el enemigo era el mismo. Nunca estuvo tan próximo a refutar públicamente la doctrina del «jefe máximo», y si Fidel se lo echó en cara, lo hizo a puertas cerradas. En todo caso, esta vez la posición del Che resultó más realista que la de Fidel.

Dos días después, la OEA aprobó una resolución vinculante para todos sus miembros de imponer sanciones a Cuba y ordenó a todos los que no habían roto relaciones que lo hicieran inmediatamente. Brasil, tras su resistencia inicial, lo había hecho en mayo, y ahora lo siguieron los demás morosos; Bolivia y Chile lo hicieron en agosto, Uruguay en septiembre. La única nación que se negó a aceptar la resolución fue México.

Mientras Washington cantaba victoria, Fidel repetía su oferta de una distensión. El 26 de julio dijo que Cuba estaba dispuesta a aceptar las «normas del derecho internacional» a cambio de una normalización de las relaciones con sus vecinos. Si el país debía desistir de su «ayuda a otros revolucionarios» en aras de la paz, que así fuera, siempre que hubiera gestos de reciprocidad. Para no dejar lugar a dudas de que la oferta estaba concebida

en el marco de la política exterior soviética de la «coexistencia pacífica», afirmó en conclusión: «Nuestra posición es que estamos dispuestos a vivir en paz con todos los países, todos los Estados de este continente, independientemente de los sistemas sociales. Estamos dispuestos a vivir bajo un sistema de normas internacionales a ser cumplidas sobre bases iguales por todos los países.»

Después de ofrecer la zanahoria a los norteamericanos, Fidel blandió el garrote para salvar las apariencias: «El pueblo de Cuba advierte que si no cesan los ataques de piratería procedentes del territorio norteamericano y la cuenca del Caribe... así como el envío de agentes, armas y explosivos a territorio cubano, el pueblo de Cuba se considerará en el mismo derecho de ayudar con todos los recursos a su disposición al movimiento revolucionario en todos aquellos países que intervengan de la misma manera en los asuntos internos de nuestra patria.»

No cabía duda de que Fidel hacía una cautelosa oferta de paz, pero al igual que la oferta que el Che había hecho en Punta del Este en 1961, el gesto fue para los estrategas políticos norteamericanos una señal de debilidad, merecedora del mismo desprecio. El discurso apaciguador de Fidel, que coincidía con la resolución de la OEA, generó un estado de ánimo triunfalista: la presión sobre Cuba empezaba a dar resultados y había que mantenerla hasta liquidar a Castro. Desde luego, se equivocaban por completo. Al fracasar su oferta de paz respaldada por el Kremlin, Fidel volvió al camino de la confrontación instigado obstinadamente por el Che.

Los sucesos internacionales dieron un fuerte impulso a este viraje. El 5 de agosto, los aviones norteamericanos bombardearon Vietnam del Norte en represalia por presuntos ataques de buques artillados de Hanoi a las fuerzas navales de Estados Unidos en el golfo de Tonkín. Dos días después, el Congreso aprobó la Resolución del Golfo de Tonkín, que le daba a Johnson luz verde para intensificar la intervención militar en Vietnam. Así comenzó lo que los norteamericanos llamarían la Guerra de Vietnam. Cuba denunció el bombardeo norteamericano en términos vibrantes y reclamó la «unidad» del campo socialista mundial en defensa de Vietnam contra la «agresión imperialista yanqui». Para La Habana, la crisis vienamita representaba una oportunidad extraordinaria para reparar la ensalzada fraternidad socialista dañada por la disputa entre los dos colosos del comunismo.

El Che saltó a la palestra. El 15 de agosto, en una ceremonia de entrega de premios a obreros comunistas que se habían destacado en el trabajo voluntario, aseguró al país que a pesar del aislamiento creciente, era parte de una comunidad internacional de Estados revolucionarios. Y en las naciones latinoamericanas que se habían alineado con la política de «contención» de Washington triunfarían luchas armadas revolucionarias que extenderían aún más la alianza socialista.

«No importa que los tiempos sean tiempos donde soplen vientos de fronda, donde las amenazas germinen día a día, donde los ataques piratas se desaten contra nosotros y contra otros pueblos del mundo; no importa que

nos amenacen con que si Johnson o si Goldwater...; no importa que cada día el imperialismo esté más agresivo, los pueblos que han decidido luchar por su libertad y mantener la libertad alcanzada, no se pueden dejar intimidar por eso. Y juntos construiremos la nueva vida, juntos, porque estamos juntos, nosotros aquí en Cuba, la Unión Soviética o la República Popular China allá, y Vietnam luchando en el sur de Asia.»

Recordó al público que en América Latina dos luchas revolucionarias –en Guatemala y Venezuela– avanzaban al «infligir derrota tras derrota al imperialismo». En toda África los movimientos de liberación nacional estaban en ascenso. En el ex Congo Belga, los herederos del ejemplo revolucionario de Patrice Lumumba aún combatían y sin duda iban a triunfar. En la colonia portuguesa de Guinea, el ejército de liberación liderado por Amílcar Cabral ya controlaba la mitad del territorio nacional: éste no tardaría en ganar su libertad, lo mismo que Angola. Zanzíbar había conquistado recientemente su independencia y el Che reconocía sin rodeos que Cuba había desempeñado un papel en ese desenlace feliz. «Zanzíbar es nuestro amigo, le dimos también nuestra pequeña ayuda, pero nuestra fraterna ayuda, nuestra revolucionaria ayuda, en el momento en que fue necesario hacerlo.»

Pero en esa ocasión el Che estaba dispuesto a ir más allá que nunca al defender públicamente la naturaleza de la guerra inminente e incluso evocar el espectro del apocalipsis atómico. Dijo que era una perspectiva real dada la inexorable confrontación entre los «movimientos de liberación» y las «fuerzas del imperialismo» que podían desatar una guerra nuclear debido a un «error» de cálculo.

«Millones de seres morirán en todos lados; pero la responsabilidad será de ellos [los imperialistas], y su pueblo sufrirá también... A nosotros eso no nos debe preocupar... Como país sabemos que dependemos de la gran fuerza de todos los países del mundo que forman el bloque socialista, y los pueblos que luchan por su liberación, y en la fuerza y cohesión de nuestro pueblo, en la decisión de luchar hasta el último hombre, hasta la última mujer, hasta el último ser humano capaz de empuñar un arma.»

Si alguien no había comprendido el verdadero sentido de su teoría, reiterada y pulida a lo largo del tiempo, en aquel momento acababa de expresarla en términos inequívocos. La batalla global contra el imperialismo era una lucha por el poder mundial entre dos fuerzas históricas diametralmente opuestas, y no tenía sentido prolongar la agonía del pueblo mediante intentos vanos de forjar alianzas tácticas a corto plazo con el enemigo ni estrategias de apaciguamiento como la «coexistencia pacífica». Las raíces de los problemas persistirían y provocarían conflictos inevitables; con la moderación se corría el riesgo de darle al enemigo la posibilidad de tomar ventaja. La historia, la ciencia y la justicia estaban de parte del socialismo; por consiguiente, éste debía librar la guerra necesaria para triunfar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, incluso la guerra nuclear. El Che no temía ese desenlace y decía a los demás que tampoco debían temerlo. Muchos morirían en el proceso revolucionario, pero los supervivientes se alzarían de las

cenizas de la destrucción para crear un orden mundial nuevo, justo, basado en los principios del socialismo científico.

Para que ello sucediera era esencial que surgiera el Hombre Nuevo Socialista. La conciencia revolucionaria auténtica era el factor crucial para engendrar una nueva sociedad. Al fin y al cabo, ésta era la esencia de su discurso de agosto, titulado «Creación de una nueva actitud». Para empezar, había citado un poema del español León Felipe que describe la tragedia del trabajo humano. «Nadie ha podido cavar al ritmo del sol y que nadie todavía ha cortado una espiga con amor y con gracia.»

> Quería citarles estas palabras porque nosotros podíamos decirle hoy a ese gran poeta desesperado que viniera a Cuba, que viera cómo el hombre después de pasar todas las etapas de la enajenación capitalista, y después de considerarse una bestia de carga uncida al yugo del explotador, ha reencontrado su ruta y ha reencontrado el camino del fuego. Hoy en nuestra Cuba el trabajo adquiere cada vez más una significación nueva, se hace con una alegría nueva.
>
> Y lo podríamos invitar a los campos de caña para que viera a nuestras mujeres cortar la caña con amor y con gracia, para que viera la fuerza viril de nuestros trabajadores cortando la caña con amor, para que viera una actitud nueva frente al trabajo, para que viera que no es el trabajo lo que esclaviza al hombre, sino que es el no ser poseedor de los medios de producción; y que cuando una sociedad llega a cierta etapa de su desarrollo, y es capaz de iniciar la lucha reivindicatoria, destruir el poder opresor, destruir su mano armada, que es el ejército, instalarse en el poder, otra vez se adquiere frente al trabajo la vieja alegría, la alegría de estar cumpliendo con un deber, de sentirse importante dentro del mecanismo social, de sentirse un engranaje que tiene sus particularidades propias (necesario aunque no imprescindible para el proceso de la producción) y un engranaje consciente, un engranaje que tiene su propio motor y que cada vez trata de impulsarlo más y más, para llevar a feliz término una de las premisas de la construcción del socialismo: el tener una cantidad suficiente de bienes de consumo para ofrecer a toda la población.

Este hábito de referirse a la gente, a los trabajadores, como piezas de una maquinaria, como hormigas obreras de una vasta empresa colectiva revolucionaria agroindustrial, permite vislumbrar su distanciamiento afectivo de la realidad individual. Con la fría mente analítica del investigador médico y el ajedrecista, se refiere a los seres humanos individuales con términos reduccionistas y deshumanizantes, a la vez que idealiza el valor de su trabajo en el contexto social con términos líricos y afectuosos. Pero al describir al campesino u obrero cubano como un «diente feliz en la rueda» (y al asimilar a los guerrilleros anónimos que combatían en el mundo a abejas en una «colmena», como hizo en su artículo «La guerra de guerrillas: un método») también se refería a sí mismo.

El Che había hallado una forma de felicidad, un sentido a su propia vida al identificarse como un revolucionario dentro de la gran familia socialista. Existe un paralelismo evidente entre sus propias vivencias –el anhelo de compañerismo en sus aventuras juveniles que culmina en la adopción del credo marxista y el descubrimiento de la verdadera camaradería en el torbellino de la guerra de guerrillas– y su nueva prédica de una metodología para acceder a la conciencia revolucionaria. La naturaleza fraternal de la vida guerrillera, en la cual los hombres están unidos por la causa común independientemente de sus respectivos pasados y por la disposición consciente a sacrificarse frente a la perspectiva dual de la muerte inminente o la victoria final, había sido el crisol de su propia transformación, la experiencia en la cual se había cristalizado su hombría. Ahora extrapolaba esa experiencia al mundo en general. Para alcanzar el estado comunista, era necesario extender esa conciencia singular, convertirla en parte de la naturaleza del hombre. Puesto que la sociedad necesitaba tanto obreros como combatientes, ambos debían percibir sus roles bajo la luz de esa significación consagrada.

Y así, a los obreros voluntarios congregados frente a él les dijo: «Y para ustedes, compañeros, para ustedes que son la vanguardia de la vanguardia, para todos los que en el frente del trabajo han demostrado su espíritu de sacrificio, su espíritu comunista, su nueva actitud frente a la vida, debe valer siempre la frase de Fidel... "Lo que fuimos en las horas de mortal peligro sepamos serlo también en la producción: ¡sepamos ser trabajadores de Patria o Muerte!"»

Pero la realidad discrepaba con esta concepción filosófica. Para muchos, incluso entre aquellos que se creían socialistas y coreaban jubilosos la consigna de «libertad o muerte», la conciencia comunista que había alcanzado el Che seguía siendo un estado del ser esquivo, abstracto, incluso indeseado. Tal vez él había alcanzado el estado mental que hace que una persona esté dispuesta a sacrificar el bienestar material y la propia vida por la causa, pero la mayoría de los hombres y las mujeres no, y probablemente tenían poco interés en buscarlo. Finalmente, la feliz confraternidad socialista global de la que hablaba en realidad era una casa fragmentada por enconadas divisiones intestinas; la disputa chino-soviética había provocado divisiones en varios partidos comunistas latinoamericanos, donde los militantes pro chinos se escindían para formar organizaciones propias.

El Che expresó su posición en agosto al decir que la disputa chino-soviética era «uno de los hechos más tristes para nosotros» y destacar a la vez que Cuba no había tomado partido. «La posición de nuestro partido no es decir quién tiene razón y quién se equivoca. Elegimos una posición y, como dicen en las películas norteamericanas, "cualquier parecido es pura coincidencia".»

En la propia Cuba socialista, el malestar provocado por la purga de los «sectarios» había terminado oficialmente desde el acercamiento de Fidel a Moscú, pero no se había disipado. Aníbal Escalante se desmoronaba en su exilio moscovita, pero algunos camaradas suyos tenían influencia sobre Fi-

del. En marzo, cuando el Che se encontraba en Ginebra, se había realizado un juicio extravagante para determinar la culpabilidad de un ex militante del PSP llamado Marcos Rodríguez. Faure Chomón, ex líder del Directorio, lo acusó de entregar a varios camaradas a la policía batistiana después del asalto al palacio en 1957. Debido a los vínculos de Rodríguez con eminentes comunistas de la «vieja guardia», al principio el proceso tenía el aspecto de una purga. Pero entonces intervino Fidel, evidentemente para evitar que salieran más trapos sucios al sol. Se realizó un nuevo juicio en el que se reivindicó el honor de los comunistas, y Marcos Rodríguez –declarado un «solitario» perverso y resentido– fue al paredón.

El Che, que estaba en Ginebra, había logrado evitar cualquier relación con ese juicio repugnante. Su disgusto con el sectarismo del Partido Comunista era de conocimiento público. Al escoger a José Manresa, un ex sargento del ejército de Batista, como secretario particular, había sentado un precedente, y siempre estaba dispuesto a defender a quien demostrara sinceridad y disposición a trabajar por la revolución, independientemente de su anterior trabajo o filiación. En el Ministerio de Industrias había acogido a revolucionarios expulsados o caídos en desgracia, fuesen víctimas del chovinismo de la vieja guardia comunista o de las purgas fidelistas de mandos aún valiosos.

Había recibido a Enrique Oltuski, su antiguo rival en el 26 de Julio, después de que perdiera el puesto de ministro de Comunicaciones en 1961 por presión de los comunistas. Había salvado a Jorge Masetti de las iras de la célula comunista en Prensa Latina. Alberto Mora, hijo de un mártir del asalto al palacio del Directorio, era otro de sus protegidos. Fue ministro de Comercio Exterior hasta que Fidel lo despidió a mediados de 1964; el Che lo designó asesor de su ministerio aunque Mora era uno de los críticos más francos de su política económica.

Otro era el poeta y escritor Heberto Padilla, un viejo amigo de Mora. Al principio de la revolución, Padilla había sido corresponsal de Prensa Latina en Nueva York y luego en Londres; en La Habana había trabajado en *Revolución* bajo las órdenes de Carlos Franqui y en su ahora difunto suplemento literario *Lunes de Revolución,* que dirigía el novelista Guillermo Cabrera Infante. En el clima intelectual represivo que empezaba a apoderarse de la isla se los consideraba un par de disidentes molestos y ambos acabaron como diplomáticos en Europa, un exilio del cual jamás volverían.

Padilla, que acababa de finalizar una temporada de trabajo en la revista moscovita en español *Novedades de la Unión Soviética,* estaba al tanto de las intrigas y el autoritarismo que empezaban a sofocar las libertades culturales en Cuba. A pesar de sus reservas y las advertencias de Franqui, decidió volver.

En La Habana, Mora le concertó una reunión con el Che, admirador de su poesía. Mora aún era ministro de Comercio Exterior y estaba enzarzado en una discusión académica con Guevara: contra el Che, que prefería un plan centralizado al estilo soviético, él abogaba por una economía orientada hacia el mercado. Y puesto que Padilla tenía una visión desfavorable de lo

que había visto en la Unión Soviética, Mora quería que explicara su posición al Che.

Cuando llegaron a su despacho, lo hallaron en medio de un ataque de asma, tendido en el suelo, con el torso desnudo y tratando de controlar su respiración; permaneció allí cuando sus invitados iniciaron la conversación. Padilla apenas tuvo tiempo para decir algunas frases críticas sobre la Unión Soviética cuando el Che lo interrumpió: «Debo decirle que no necesito escuchar eso que usted dice porque estuve ahí y es una porquería, yo mismo lo vi.»

A continuación el Che dijo que el modelo a estudiar no era Rusia sino China, que hacía un auténtico esfuerzo para construir el comunismo. «Muchos me critican porque dicen que exagero al poner el acento en el sacrificio, pero éste es un elemento fundamental en la educación comunista. Los chinos lo comprenden mucho mejor que los rusos.»

Hacia el final de la conversación, que abarcó también la poesía de Padilla, el Che instó a Mora a que le diera un puesto en Comercio Exterior y observó secamente que «éstos no son buenos tiempos para el periodismo». Designaron a Padilla director general de un departamento a cargo de bienes culturales. Después de su despido, Mora obtuvo una beca para estudiar economía política con el economista marxista francés Charles Bettelheim (también enfrascado en una polémica teórica con el Che). Padilla también pudo partir con un puesto de funcionario itinerante del ministerio; su oficina estaba en Praga.

Antes de marcharse, los dos fueron a despedirse del Che. Mora no pudo ocultar su tristeza; dijo que al despertarse por la mañana siempre se sentía deprimido. Dice Padilla: «El Che se acercó lentamente a Alberto, le puso las manos sobre los hombros y lo sacudió suavemente, mirándolo a los ojos. "Yo vivo partido en dos las veinticuatro horas del día, totalmente partido en dos y no tengo a quien contárselo. Si lo hiciera, no me creerían."»[1]

Por tratarse del Che, fue un momento de intensa revelación personal, una de las pocas ocasiones que se recuerden en la que dejó entrever las increíbles tensiones que asumía para sustentar su personaje del revolucionario comunista ejemplar. Había dicho a Padilla y Mora que «el sacrificio es un elemento fundamental en la educación comunista» y se utilizaba a sí mismo como conejillo de indias, pero el resultado del experimento había sido muy alto. Su padre, aunque en general muy miope con respecto a su hijo, lo había advertido al escribir que «Ernesto embruteció su propia sensibilidad» para hacerse revolucionario. Su madre dijo al periodista uruguayo Eduardo Galeano que en la infancia, su hijo asmático «... vivía tratando de

1. Después de la partida del Che de Cuba, tanto Padilla como Mora sufrieron una suerte lamentable. Mora jamás se recuperó de su caída en desgracia y se suicidó de un balazo en la cabeza en 1972. El mismo año, Padilla fue detenido por la Seguridad del Estado. El Sindicato (oficial) de Escritores Cubanos lo sometió al rito humillante de una «confesión» pública de sus presuntos crímenes como «autor contrarrevolucionario». Padeció cárcel, arresto domiciliario, años de persecución oficial y ostracismo hasta que finalmente se le permitió emigrar.

demostrar que era capaz de hacer lo que no era capaz de hacer, y así pulió su increíble fuerza de voluntad».

Celia dijo a Galeano que solía mofarse del Che por ser «intolerante y fanático» y explicó que la motivación de sus acciones era «una tremenda necesidad de totalidad y pureza». «Así –escribió Galeano–, se había convertido en el más puritano de los dirigentes comunistas occidentales. En Cuba era el jacobino de la revolución: "Cuidado, ahí viene el Che", decían los cubanos, mitad en broma y mitad en serio. Todo o nada: este intelectual refinado seguramente libró batallas agotadoras contra su propia conciencia plagada de dudas.»

Provisto de estos conceptos por Celia de la Serna, Galeano conoció al Che en agosto de 1964 y le pareció advertir síntomas de impaciencia en el célebre revolucionario. «El Che no era un hombre de escritorio: era el creador de revoluciones, y eso saltaba a la vista. De alguna manera, la tensión de león enjaulado que traicionaba su calma aparente tenía que explotar. Necesitaba la sierra.» Por más que Galeano tuviera la ventaja de la visión retrospectiva, no se puede negar que es una apreciación exacta. Mientras hablaban, mientras trabajaba hasta el límite de sus fuerzas para elaborar la política industrial de Cuba, el Che buscaba el camino de regreso al campo de batalla.

Aparecían varias posibilidades. Además de los grupos insurgentes en Guatemala, Venezuela y Nicaragua, una organización guerrillera apoyada por Cuba ya operaba en Colombia: era el Ejército de Liberación Nacional (ELN), creado en julio. En Perú, la fuerza guerrillera de Héctor Béjar y el MIR de Luis de la Puente Uceda se aprestaban a iniciar sus campañas revolucionarias. Pero el corazón del Che estaba en el Cono Sur y en su patria argentina. Lo cual significaba un problema, porque Ciro Bustos y sus camaradas tenían mucho que hacer antes de que se dieran las condiciones para un nuevo intento insurreccional en la región y Tania aún viajaba por Europa, en ruta hacia su futuro destino en Bolivia.

De todos los campos de batalla potenciales para el futuro inmediato, probablemente el más «prometedor» estaba en África. En todo el continente habían surgido grupos rebeldes para luchar en los últimos reductos coloniales: las colonias portuguesas de Angola y Mozambique, Sudáfrica con su régimen blanco y el antiguo Congo Belga, esa vasta nación en el corazón geográfico de África.

En octubre de 1963 se había formado un autoproclamado Consejo de Liberación Nacional, una coalición antigubernamental integrada por una mezcolanza de ex funcionarios lumumbistas y caudillos regionales sin filiación política, en su mayoría de base tribal. El consejo tenía su sede en Brazzaville, capital de la República Popular del Congo (ex África Ecuatorial Francesa) al otro lado del río Congo con respecto a Leopoldville. Estos rebeldes habían obtenido ayuda tanto china como soviética, ya que ambas superpotencias se disputaban sus favores. Los dirigentes rebeldes aliados habían provocado insurrecciones en el sur, el este, el centro y el norte del

Congo, donde se habían apoderado de ciudades provinciales y enormes porciones del casi indefenso territorio nacional. En agosto de 1964, una columna rebelde apoyada por China se había apoderado de la remota ciudad norteña de Stanleyville y proclamado la República Popular del Congo. En septiembre ya se gestaba una nueva escalada de la crisis congoleña mientras el gobierno se esforzaba por responder a la rebelión.

Esa reacción no se haría esperar. Y ante los informes sensacionalistas sobre las atrocidades cometidas contra la población blanca de Stanleyville por los llamados rebeldes Simba, los países de Occidente se aprestaban a echar una mano. Ante las nuevas amenazas rebeldes, el ambicioso trío que gobernaba el Congo –integrado por el ex caudillo Moise Tshombé, el presidente Joseph Kasavubu y el comandante en jefe militar Joseph Mobutu– se apresuró a apuntalar la fuerza de combate de los restos de su ejército; para ello convocó al comandante mercenario sudafricano Mike Hoare y le pidió que reclutara un millar de combatientes blancos en su país y Rodesia.

La resistencia africana y en particular el conflicto congoleño ocupaban espacios crecientes en la prensa cubana y los discursos del Che. En efecto, ya estudiaba seriamente la posibilidad de trasplantar su programa revolucionario al continente africano. Con ese fin, Fidel había asignado a la agencia de Barbarroja Piñeiro la tarea de preparar el camino. Aunque el Che había resuelto no tomar una decisión definitiva sobre la mejor base para una lucha guerrillera panafricana hasta después de recorrer la región y conocer a los diversos dirigentes guerrilleros, el inmenso Congo, en el centro del continente, parecía ofrecer un ambiente y condiciones perfectos para una guerrilla de base rural que pudiera «irradiarse» hacia sus vecinos.

El combate en África ofrecía ventajas adicionales: a los soviéticos les preocupaba menos la intervención directa allí que en el «patio trasero» latinoamericano de Washington, y la naturaleza de las guerras contra regímenes coloniales extranjeros blancos –o en el caso del Congo, contra una dictadura respaldada por Occidente con escasa legitimidad política– se sustentaba sobre un amplio apoyo popular. Por último, el conflicto ya estaba encendido en todo el continente; no era necesario «crear» una situación, como había sucedido con la infortunada misión de Masetti a la Argentina. Los soviéticos, los chinos y los norteamericanos con sus aliados europeos, todos estaban presentes en África, donde proporcionaban fondos, armas y asesores a sus respectivas facciones. No faltaban caudillos nacionales antiimperialistas amigos de Cuba, cuyos territorios estratégicamente situados podían brindarles valiosas bases de retaguardia, puntos de transbordo y medios de acceso a las zonas de conflicto. Además de los regímenes que detentaban el poder en Mali y la República Popular de Brazzaville, estaban Ben Bella en Argelia, Sekou Touré en Guinea, Kwame Nkrumah en Ghana, Julius Nyerere en Tanzania y Gamal Abdel Nasser en Egipto. Estos Estados «extremistas» estaban indignados por el espectro de la intervención de mercenarios blancos y potencias occidentales «neocoloniales» en apoyo del régimen de Leopoldville y apoyaban abiertamente al gobierno rebelde de Stanleyville.

En África, el Che veía la oportunidad de materializar un sueño largamente acariciado: la creación de una nueva alianza antiimperialista internacional dirigida por Cuba para reemplazar la ineficaz Organización Afroasiática de Solidaridad Popular con sede en El Cairo. Al forjar un consejo coordinador de luchas afines en África y Asia, sus planes para la inminente revolución continental en Latinoamérica adquirirían una auténtica dimensión global. En un mundo ideal, la alianza dirigida políticamente por Fidel sería financiada y armada por las dos superpotencias socialistas, China y la Unión Soviética. En síntesis, el Che imaginaba que el peso compartido de la guerra ayudaría a sanar el cisma chino-soviético.

Pulió su idea durante el otoño de 1964 y obtuvo autorización de Fidel para viajar al exterior y sondear la situación. La idea de proyectarse internacionalmente siempre atraía a Fidel, quien después del desaire norteamericano estaba nuevamente dispuesto a escuchar al Che. Mientras se esforzaba por evitar la impresión de que tomaba partido por Pekín, nuevamente puso en tela de juicio la validez de la línea del Kremlin sobre la «coexistencia pacífica», que hasta entonces había respetado con escaso beneficio para él.

En septiembre, una nueva resolución de la OEA endureció aún más las sanciones comerciales impuestas a Cuba. Al mismo tiempo, los ataques de los exiliados cubanos respaldados por la CIA crecían en intensidad: los secuestros, ataques y asaltos tipo comando a las naves cubanas se repetían con frecuencia alarmante. El 24 de septiembre, un pelotón de asalto marino de la CIA con base en Nicaragua atacó el buque español *Sierra de Aránzazu,* que navegaba hacia Cuba con un cargamento de equipos industriales. Los atacantes mataron al capitán y dos tripulantes, incendiaron e inutilizaron la nave. El incidente provocó una protesta internacional y recriminaciones dentro de la CIA, sobre todo cuando se supo que los asaltantes habían confundido al carguero con el *Sierra Maestra,* un buque de la marina mercante cubana. El agente que había autorizado el ataque desde la base era Félix Rodríguez.

Desde fines de 1963, Rodríguez era el jefe de comunicaciones de una brigada comando anticastrista con sede en Nicaragua, dirigida por Manuel Artime y financiada por la CIA. El grupo tenía más de trescientos miembros activos en Nicaragua, Miami y Costa Rica. Los exiliados estaban bien provistos: tenían dos «buques escolta» de 80 metros, dos lanchas rápidas de 15 metros y otros barcos de asalto, un avión de transporte C-47, varias avionetas Cessna y un hidroavión Beaver. Tenían una base de abastecimiento de combustible y provisiones en la República Dominicana y un depósito de 200 toneladas de armas en Costa Rica con cañones antiaéreos de 20 milímetros, fusiles sin retroceso de 50 y 75 milímetros y ametralladoras calibre 50. Según Rodríguez, en dos años los comandos utilizaron unos seis millones de dólares de la CIA y realizaron catorce asaltos sobre blancos cubanos; uno de los más efectivos fue el ataque de comando al ingenio de Cabo Cruz –no lejos del lugar de desembarco del *Granma*–, que causó graves daños.

Pero a fines de 1964 la operación había sufrido recortes presupuestarios

a medida que Vietnam desplazaba a Cuba de la lista de prioridades del gobierno de Johnson, y el vergonzoso ataque al *Sierra de Aránzazu* significó su sentencia de muerte. «Posteriormente descubrimos que el barco transportaba una caldera para un ingenio azucarero cubano y algunas golosinas de Navidad –escribió Rodríguez–. Nos sentimos muy mal. Poco después del incidente, cancelaron nuestras operaciones. La agencia nos quitó los botes rápidos y los envió a África, donde actuaron en el Congo. Varias personas que sirvieron conmigo en Nicaragua se ofrecieron como voluntarios para combatir en África.»

De regreso en Miami, Félix Rodríguez reanudó sus tareas en la «oficina» de la CIA. Pasarían casi tres años antes de que recibiera la llamada telefónica que le asignaría la misión más importante de su vida: cazar al Che Guevara.

## III

El 4 de noviembre de 1964, Raúl Castro, el ministro de Relaciones Exteriores Raúl Roa y Emilio Aragonés fueron al aeropuerto de La Habana a despedir al Che. La presencia del jefe de las fuerzas armadas, el canciller y el «secretario de organización» del gobernante Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS),[1] era un hecho simbólico de gran significación. Una vez más, el Che sería el emisario ungido de la revolución a la «madre patria» del socialismo mundial: a la cabeza de una delegación cubana, asistiría en Moscú a los festejos del cuadragésimo séptimo aniversario de la Revolución Bolchevique y la inauguración de la flamante Casa de la Amistad Cubano-Soviética. También Aleida fue a despedirlo con dos de sus hijos. Su vientre estaba abultado por el sexto mes de embarazo del cuarto y último hijo de su matrimonio con el Che Guevara.

El último viaje del Che a Moscú se produjo exactamente tres años después del primero. Nuevamente se presentó en la Plaza Roja en un frío noviembre, pero las cosas habían cambiado. Ya no era el partidario incondicional de 1961, lleno de esperanzas para el futuro color de rosa de las relaciones cubano-soviéticas; demasiada agua podrida había pasado bajo los puentes. También la Unión Soviética mostraba grandes cambios. Nikita Jrushov, desacreditado por la mala gestión de la economía en el país y por lo que se consideraba su temerario aventurerismo en el exterior (en especial por la crisis de los misiles en Cuba), había sido destituido de su cargo unas semanas antes; Leonid Bréznev era el nuevo primer ministro.

1. En 1962, después de expulsar a Aníbal Escalante de su puesto influyente en las Organizaciones Revolucionarias Integradas y purgar a los «viejos comunistas» sectarios, Fidel anunció que el PURS reemplazaría a las ORI como partido de gobierno, en una etapa más de la transformación gradual de Cuba en un Estado unipartidista. Ese proceso, que liquidaría al Movimiento 26 de Julio, al Partido Socialista Popular y al Directorio Revolucionario, culminaría en octubre de 1965 con la fundación oficial del Partido Comunista cubano.

El momento elegido para la visita obedecía también a otros motivos. Aparentemente a petición del jefe del Partido Comunista argentino, Victorio Codovilla, aún furioso por la incursión de Masetti auspiciada por los cubanos, el Kremlin había propiciado una conferencia de partidos comunistas latinoamericanos, la primera de la historia, prevista para unas semanas después en La Habana. La decisión soviética obedecía a un doble propósito: por un lado, indicaba el respeto del Kremlin por el liderazgo regional de Fidel; por el otro, el gesto conllevaba la expectativa implícita de que se forjaría una alianza de los partidos de la región que aislaría aún más a Pekín. En los últimos tiempos los chinos habían intensificado la disputa con Moscú con una agresiva política de captación de simpatizantes de la línea maoísta. El Partido Comunista peruano estaba gravemente debilitado desde enero de 1964, cuando una fracción pro china se escindió para formar un partido rival; en Bolivia y Colombia se preveían rupturas similares; en Guatemala surgía una fracción trotskista que poco después rompería la alianza FAR respaldada por Cuba.

Ahora que el Che y Fidel estaban dispuestos a desafiarla, era un buen momento para sondear las intenciones de los nuevos líderes soviéticos. En octubre el presidente Dorticós, portavoz de Fidel, había dado rienda suelta al estado de ánimo del jefe cubano en una conferencia cumbre de la flamante asociación de países no alineados en El Cairo. Aunque aseguró que Cuba aún apoyaba la línea soviética de coexistencia pacífica con Occidente como medio para reducir el riesgo de una «conflagración mundial» nuclear, Dorticós sostuvo que esa política era incompatible con la «agresión imperialista contra países pequeños» en curso. Dada la nueva situación mundial, con la escalada de la intervención de Estados Unidos y sus aliados occidentales en el sudeste asiático, el Congo y en las campañas de contrainsurgencia en América Latina, el Kremlin debía demostrar mayor solidaridad hacia sus camaradas del Tercer Mundo.

En Moscú, el Che se sometió al rito formal de la aparición en la Plaza Roja y juntamente con el cosmonauta Yuri Gagarin inauguró la Casa de la Amistad. También se reunió en secreto con funcionarios del Kremlin a quienes deseaba exponer su idea de mediar en el conflicto chino-soviético y sondear sus opiniones acerca de las propuestas cubanas para la revolución latinoamericana. En aquella ocasión el intérprete no fue su viejo conocido Nikolái Leonov. Desde su visita anterior a Rusia, el KGB lo había enviado nuevamente a México, donde entre otras tareas debía prestar apoyo a las guerrillas guatemaltecas.*

En esta oportunidad se alternaron como intérpretes Oleg Darushenkov, el traductor enviado por el Kremlin a Cuba, y el agente de inteligencia Rudolf Petrovich Shlyapnikov. Éste era subordinado de Yuri Andropov en la sección cubana del Departamento Internacional del Comité Central y especialista en juventudes comunistas latinoamericanas; había conocido al Che

* Véanse más detalles en el apéndice.

en sus viajes a Cuba. Durante la estancia del Che en Moscú, dijo Shlyapnikov, ambos adquirieron la costumbre de jugar al ajedrez hasta la madrugada. Mientras conversaban y jugaban, el Che bebía leche y él coñac.*

Según Shlyapnikov, el Che se reunió con varios altos funcionarios soviéticos, entre ellos su jefe Yuri Andropov y Vitali Korionov, el sexagenario subjefe del Departamento América del Comité Central. Korionov tenía a su cargo las relaciones con los partidos comunistas de los países capitalistas, que incluían a todos los latinoamericanos salvo el cubano; dice que el Che pidió la reunión con él para discutir «las actitudes» de los partidos comunistas latinoamericanos.

Varios dirigentes de estos partidos –en particular el boliviano Mario Monje y el venezolano Jesús Faría– se habían quejado amargamente de las presiones que ejercía el régimen cubano para enrolarlos en el plan de la guerra de guerrillas para la «revolución continental». Los bolivianos habían rechazado formalmente la idea, mientras el Partido Comunista venezolano recapacitaba sobre su participación en la coalición guerrillera FALN apoyada por Cuba.[1]

En aquella reunión, Korionov comprendió que la propuesta del Che y Fidel era nada menos que una repetición moderna de la epopeya de la liberación liderada más de un siglo atrás por San Martín y Bolívar: los ejércitos marxistas de los países norteños Venezuela, Colombia y Ecuador marcharían hacia el sur como las tropas de Bolívar, mientras que los del sur –Chile, Perú, Uruguay y Argentina– lo harían hacia el norte como San Martín. El punto de encuentro sería la nación que llevaba el nombre del «Libertador»: Bolivia.

Korionov dijo que «entre muchas copas de buen coñac armenio», el Che le preguntó qué opinaba el Kremlin de la política de los partidos latinos, muchos de cuyos dirigentes se encontraban en Moscú para conocer al nuevo liderazgo soviético.

El ruso respondió con toda franqueza, de manera que al partir de Moscú, «el Che comprendía perfectamente que la línea de Guevara y Fidel sobre la lucha armada no tenía el apoyo [de los comunistas latinoamericanos]». Puesto que el Kremlin mantenía oficialmente la posición de «respetar» las políticas de los partidos regionales, no había lugar a dudas. Moscú se oponía a la iniciativa cubana. Korionov llegó a varias conclusiones acerca del Che Guevara: el argentino estaba resuelto a seguir adelante con la lucha armada en América Latina, desconfiaba de la política de coexistencia pacífica y, en el cisma chino-soviético, tomaba partido por los primeros.

La actitud del Che tras su regreso de Moscú frente al congreso comunista reunido en La Habana difícilmente puede calificarse de alentadora

* Véanse más detalles en el apéndice.

1. Pocos meses después, en abril de 1965, un plenario del partido venezolano resolvió dar «prioridad» a las formas legales de transformación política, lo que eventualmente provocaría una enconada ruptura entre éste y las guerrillas dirigidas por Douglas Bravo con respaldo cubano.

para los partidos latinoamericanos o la cúpula del poder soviético. Ostensiblemente ausente del foro, permaneció durante toda la semana en Oriente. Pero no guardó silencio. El 30 de noviembre pronunció un discurso en Santiago en el que fustigó la reticencia de los partidos latinoamericanos a luchar por el poder.

Dedicó largos pasajes de su discurso al Congo, donde unos días antes paracaidistas belgas transportados por aviones norteamericanos habían expulsado a los revolucionarios lumumbistas de su reducto en Stanleyville. En tono emotivo, presentó las «masacres» de Stanleyville como un ejemplo de la «bestialidad imperialista, bestialidad que no tiene una frontera determinada ni pertenece a un país determinado. Bestias fueron las hordas hitlerianas, como bestias son los norteamericanos hoy, como bestias son los paracaidistas belgas, como bestias fueron los imperialistas franceses en Argelia, porque es la naturaleza del imperialismo lo que bestializa a los hombres, la que los convierte en fieras sedientas de sangre que están dispuestas a degollar, a asesinar, a destruir hasta la última imagen de un revolucionario, de un partidario de un régimen que haya caído bajo su bota o que luche por su libertad».

Posteriormente fueron a comer pizza en el restaurante Fontana de Trevi con Aleida, Alberto Granado y su esposa Delia. Los viejos amigos Mial y Fúser jamás volverían a encontrarse. Más adelante Granado comprendería que el encuentro había sido un «adiós callado». En efecto, aunque pocos en Cuba lo comprendían, la no aparición del Che en la conferencia de La Habana era la primera señal visible de un cambio fundamental. Para quien quisiera advertirlo, el Che se apartaba de su rutina normal y poco después desaparecería de la vista.[1]

Mientras tanto, la conferencia de La Habana había ratificado una resolución de compromiso aprobada por Fidel. Aunque se inclinaba francamente a favor de la política exterior del Kremlin, aprobaba el apoyo a los movimientos guerrilleros en los países donde ni los partidos ni Moscú veían posibilidades de actuar abierta y «legalmente». También se resolvió enviar una delegación mixta a Moscú y Pekín para pedir la ratificación del acuerdo e intentar una mediación en la disputa chino-soviética.

Una semana después de su regreso de Oriente a La Habana, el Che partió nuevamente, esta vez a Nueva York, la ciudad que, según había dicho

1. Según fuentes cubanas consultadas por el autor, el Che ya le había dicho a Fidel que no quería permanecer en el gobierno revolucionario. Había tomado esa decisión después del viaje a Moscú, convencido de que Fidel no podría resistir las presiones soviéticas para aplicar el modelo socialista del Kremlin. Un pequeño círculo de camaradas que conocían la decisión del Che le rogaron que se quedara por lo menos dos años más para «demostrar» que su modelo económico de «financiación presupuestaria» era mejor para Cuba que el que recomendaban los soviéticos. El Che se negó: esos dos años eran innecesarios, ya que su ministerio funcionaba de acuerdo con sus teorías y había demostrado su validez.

Después de presentar su renuncia –que Fidel aceptó–, inició su viaje en diciembre de 1964 con miras a decidir cuál sería su destino siguiente.

una vez a su tía Beatriz, deseaba conocer a pesar de su odio visceral por Estados Unidos. Pero iba como portavoz oficial de la Cuba revolucionaria, y el hecho de representarla ante la Asamblea General de las Naciones Unidas era una señal elocuente de que, a pesar de sus concesiones diplomáticas a los soviéticos, Fidel seguía considerándolo su hombre para una estrategia «antiimperialista» más agresiva. Llegó a Nueva York un frío 9 de diciembre; las fotografías lo muestran envuelto en un abrigo de invierno, con la boina y la expresión hosca y distante de quien ha puesto pie en tierra enemiga. Sería su segunda y última incursión en tierra yanqui y esta vez, a diferencia de su estancia en Miami en 1952, su presencia no pasó inadvertida.

## IV

Cuando se presentó ante la Decimonovena Asamblea General de las Naciones Unidas, el 11 de diciembre, el Che se acicaló cuidadosamente para la ocasión: tenía las botas lustradas, el uniforme verde oliva planchado, el pelo y la barba bien peinados. No obstante, presentaba un fuerte contraste con los diplomáticos de traje oscuro que atestaban el salón, y no decepcionó a los que anticipaban una arenga digna del célebre apóstol del socialismo revolucionario.

El Che venía a anunciar la muerte del colonialismo, fustigar el intervencionismo norteamericano y aplaudir en nombre de Cuba las «guerras de liberación» que estaban en curso en América Latina, Asia y África. En una referencia mordaz al conflicto congoleño, fustigó a las Naciones Unidas que se dejaba arrastrar y utilizar como instrumento del imperialismo occidental, «un animal carnívoro que se alimenta de los indefensos». En cuanto a la reciente operación belga-norteamericana en Stanleyville, que había devuelto la ciudad a las tropas de Tshombe a costa de cientos de muertos, declaró: «Todos los hombres libres del mundo deben aprestarse a vengar el crimen del Congo.» Luego vinculó la acción «imperialista blanca» en el Congo con la indiferencia de Occidente ante el régimen del *apartheid* en Sudáfrica y la desigualdad racial en Estados Unidos. «¿Cómo puede constituirse en gendarme de la libertad quien asesina a sus propios hijos y los discrimina diariamente por el color de la piel, quien deja en libertad a los asesinos de los negros, los protege además, y castiga a la población negra por exigir el respeto a sus legítimos derechos de hombres libres?»

Con respecto a uno de los asuntos principales de la asamblea, el debate sobre el desarme nuclear global, dijo que Cuba apoyaba ese concepto, pero destacó que se negaba a ratificar el acuerdo hasta que Estados Unidos desmantelara sus bases militares en Puerto Rico y Panamá. En su discurso también reiteró que Cuba seguiría una línea independiente en los asuntos globales. Si bien «construía el socialismo», Cuba se consideraba un «país no alineado» porque se identificaba con los de la nueva comunidad de Estados africanos, asiáticos y del Oriente Próximo que «combatían al imperialis-

mo». Dadas las circunstancias, esto se podía interpretar como una crítica velada de la inacción soviética en nombre de esas luchas. En distintas referencias a las superpotencias socialistas en pugna, dijo que Cuba respaldaba enérgicamente la posición soviética en el Congo, pero instó a la incorporación de China en las Naciones Unidas y la expulsión del gobierno nacionalista chino de Chiang Kai-shek, apoyado por Estados Unidos.

Desde luego, el discurso del Che suscitó una enérgica protesta del embajador norteamericano Adlai Stevenson y algunos delegados latinos, mientras que en la calle frente a la sede de la ONU, exiliados cubanos denunciaban furiosamente su presencia. Algunos hicieron mucho más. Varios «gusanos» fueron detenidos después de disparar con lanzagranadas al edificio de la ONU desde el otro lado del East River. En otra parte, una mujer fue detenida cuando intentaba acuchillar al Che. Durante el alboroto, éste mantuvo la compostura e incluso parecía encantado de ser el objeto de tanta furia. A los gusanos que vociferaban insultos respondió con el gesto universal de la mano que significa «jódanse».

La presencia del Che no disgustó a todo el mundo. El célebre activista negro norteamericano Malcolm X acababa de regresar de un viaje por África y el Oriente Próximo y había expresado cuanto había visto en una serie de discursos. Como el Che, estaba furioso por el conflicto congoleño, y equiparó la intervención blanca en África con el racismo en Estados Unidos. Habían descubierto una causa común. Se decía que en su paso por Ghana, Malcolm X había conversado con el embajador cubano en Accra sobre la posibilidad de enviar negros norteamericanos a combatir en las guerras africanas.

El 13 de diciembre, en un mitin que se celebró en el Salón Audubon de Harlem, Malcolm presentó a un invitado especial proveniente de la isla de Zanzíbar, frente a la costa oriental de África. Menos de un año antes, el movimiento político de Abdul Rahman Muhammad Babu, formado en Cuba, había conquistado el poder en el antiguo sultanato y después se había unificado con la vecina Tanganyika en África continental para formar la nueva nación de Tanzania. Antes de que Babu apareciera en la tribuna, Malcolm X leyó un mensaje del Che Guevara.

> Amo a los revolucionarios –dijo Malcolm X a la audiencia–. Y uno de los hombres más revolucionarios en este país iba a venir con nuestro amigo el jeque Babu, pero cambió de opinión. Sin embargo, envió este mensaje que dice:
>
> «Queridos hermanos y hermanas de Harlem. Hubiese querido estar con ustedes y el hermano Babu, pero las circunstancias actuales no permiten este encuentro. Reciban cálidos saludos del pueblo cubano y en especial de Fidel, que recuerda con entusiasmo su visita a Harlem hace unos años. Unidos venceremos.»
>
> Este mensaje es del Che Guevara –dijo Malcolm X–. Me alegra escuchar ese aplauso tan cordial porque le dice al hombre [blanco] que

no puede venir a decirnos a quién podemos o no podemos aplaudir. Y por aquí no se ven cubanos anticastristas: nos los comemos crudos.[1]

Según Pedro Álvarez Tabío, el historiador oficial de Fidel Castro, que formó parte de la comitiva del Che en la ONU, éste no concurrió al acto para evitar que Estados Unidos lo acusara de «intromisión» en sus asuntos internos.

El Che no regresó de Nueva York a Cuba. El 17 de diciembre, después de brindar una serie de entrevistas virulentas a los medios norteamericanos, voló a Argel. Así comenzó una odisea de tres meses por el continente africano, después se fue a China y nuevamente a África con escalas en París, Irlanda y Praga. Oficialmente se presentaba como embajador itinerante que transmitía los buenos deseos de Fidel a las naciones africanas emergentes, pero tenía un importante motivo oculto: quería conocer el continente que sería escenario de su próxima aventura. Había resuelto que África sería el campo de ensayos de su sueño de una alianza «tricontinental» contra Occidente.

Entre la Navidad de 1964 y principios de febrero de 1965 recorrió el continente africano, de Argelia a Mali, de ahí al Congo-Brazzaville, Guinea y Ghana, Dahomey y nuevamente Ghana y Argelia. Se reunió con el argelino Ben Bella, el ghanés Kwame Nkrumah, el dirigente del Congo-Brazzaville Alphonse Massamba-Débat y el del movimiento independentista angoleño Agostinho Neto; a éste le prometió que Cuba enviaría instructores militares a las guerrillas del MPLA que operaban desde el enclave adyacente de Cabinda.[2]

En todas partes, su mensaje era el mismo: Cuba se identificaba con las luchas por la liberación africana; los movimientos anticoloniales y antiimperialistas del mundo debían buscar la unidad y hacer causa común con la comunidad socialista. Dedicaba largos pasajes de sus declaraciones al Congo y también al remoto Vietnam, antiguo dominio colonial cuyo pueblo combatía a las tropas norteamericanas.

Dio una entrevista para la publicación *Révolution Africaine* de Josie Fanon, viuda del difunto revolucionario martiniqués Frantz Fanon, autor del fogoso manifiesto anticolonialista *Los malditos de la tierra.* Le dijo que Cuba consideraba a África «uno, si no el más importante, campo de batalla, contra todas las formas de explotación que existen en el mundo: contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo». Consideraba que existían «grandes posibilidades de triunfo debido a la agitación actual», pero también muchos peligros, entre ellos las divisiones que el colonialismo había sembrado entre los africanos. Lo positivo, dijo, como si parafraseara a su di-

1. Apenas dos meses después, el 21 de febrero de 1965, Macolm X fue asesinado por matones rivales de Nation of Islam mientras pronunciaba un discurso en Nueva York. Tenía treinta y nueve años.

2. La llegada de los instructores, poco después, significó el inicio de más de dos décadas de presencia militar cubana en Angola.

funto esposo, era «el odio que el colonialismo ha sembrado en la mente del pueblo».

A la pregunta de Fanon sobre las perspectivas de la revolución en América Latina, el Che respondió que era un tema «muy próximo» a su corazón y en realidad el de su «mayor interés». Pensaba que la lucha sería «larga y dura» debido a la escalada de las medidas norteamericanas de contrainsurgencia.

«Es por esta razón que prevemos la organización de un frente continental de lucha contra el imperialismo y contra sus aliados internos. Ese frente será producto de una labor muy prolongada, pero cuando materialice, será un golpe severo contra el imperialismo. No sé si será exactamente un golpe definitivo, pero será muy duro.»

A principios de febrero, el Che voló a China. Lo acompañaban el ministro de la Construcción, Osmany Cienfuegos (hermano de su difunto amigo Camilo) y el influyente «secretario de organización» del PURS, Emilio Aragonés, que había asistido a las negociaciones secretas de 1962 con la Unión Soviética por los misiles nucleares. Los dos tendrían una importante intervención en las operaciones clandestinas de Cuba en África, y su presencia al lado del Che en esta coyuntura sugiere que también participaron en su planificación.

En efecto, a esas alturas Fidel ya había autorizado una misión militar secreta al Congo; correspondía al Che determinar hacia dónde convenía orientar los servicios de Cuba y con cuáles de las facciones rebeldes se debía realizar la misión. Un mes antes, en enero de 1965, se había ofrecido a un grupo escogido de cubanos negros el honor de participar voluntariamente en una «misión internacionalista» no especificada, y ya se entrenaban en tres campamentos separados en la isla. Otra señal de la operación inminente era la reciente designación de Pablo Ribalta –miembro del PSP y viejo amigo del Che desde los días de la sierra– como enviado a Tanzania, limítrofe con el Congo.

El gobierno cubano nunca dio a conocer lo que sucedió a puertas cerradas en el viaje de Guevara a la China. Humberto Vázquez Viaña, un antiguo militante del Partido Comunista Boliviano que está bien informado sobre el particular, dijo que la delegación del Che se reunió con Chou En-lai y otros altos funcionarios de la República Popular, pero no con el mismo Mao.[1]

Al elaborar sus planes congoleños, el Che seguramente vio la posibilidad de revertir la desgracia en que había caído Cuba con respecto a China. El historiador británico Richard Gott, especialista en movimientos revolucionarios latinoamericanos –quien como periodista cubrió la campaña guerri-

1. Un funcionario chino dijo que el desaire no estaba dirigido al Che, quien se «portaba correctamente», sino a Osmany Cienfuegos, quien había ofendido a los chinos al «alzar la voz» y «hablar demasiado»; se temía que provocara un incidente molesto en la sacrosanta presencia de Mao. En realidad, parece probable que después de la desastrosa visita de la delegación comunista latinoamericana, una gestión con la cual se identificaba al Che en virtud de su posición en Cuba, la ausencia de Mao fuera una táctica para obligar a Guevara a adoptar una posición más claramente chinófila.

llera del Che en Bolivia y en la década de 1970 trabajó en Tanzania– considera que el motivo de la misión de Guevara a China era conversar con los principales patrocinadores de los revolucionarios congoleños. «Desde luego que África interesaba mucho a los chinos –argumenta Gott–. Chou En-lai viajaría dos veces ese año; además, en esa época apoyaban los conceptos estratégicos de Lin Piao, el ministro de Defensa, quien en un célebre discurso abogaba por que los campesinos revolucionarios rodearan las ciudades degeneradas. Desde luego, esto era música para los oídos de Guevara.»

Desde China viajó a París, donde se tomó un descanso de las tareas revolucionarias para recorrer el Louvre. Luego regresó a África. Durante el mes siguiente, en Argelia, Tanzania y Egipto, se reunió con Gamal Abdel Nasser, Ben Bella y Julius Nyerere, y empezó a sondear la situación con vistas a sus ambiciosos planes para una revolución panafricana.

Una escala crucial en su itinerario fue Dar es Salam, donde la dominación colonial blanca estaba fresca en la memoria. La ciudad portuaria construida junto a una laguna vecina al océano Índico en la década de 1860, donde se encontraba el palacio estival del sultán árabe de Zanzíbar, había sido la capital del África Oriental alemana hasta la Primera Guerra Mundial. Después había sido la colonia británica de Tanganyika hasta que ésta obtuvo su independencia en 1961. Desde entonces, bajo el gobierno del presidente izquierdista Julius Nyerere, Dar es Salam se había convertido en la sede de varios grupos guerrilleros africanos. Era un puesto de avanzada interesante: el año anterior, Estados Unidos había cerrado su embajada a raíz de la ruptura de relaciones y Cuba había abierto la suya.

Pero las reuniones iniciales con los revolucionarios africanos decepcionaron al Che. En el capítulo «Primer acto» de un libro –*Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*–[1] sobre la experiencia congoleña escrito ese mismo año, el Che recordó esas reuniones con hombres a quienes llamó desdeñosamente en inglés *Freedom Fighters* [combatientes por la libertad]. Observó que había un leitmotiv común a casi todos: vivían cómodamente en los hoteles de Dar es Salam y en general solicitaban «entrenamiento militar en Cuba y ayuda monetaria».

Lo primero que le llamó la atención sobre los dirigentes rebeldes del Congo fue «la extraordinaria cantidad de tendencias y opiniones diversas». Uno de ellos era Gaston Soumaliot, autoproclamado jefe del gobierno nororiental del Congo, cuyas fuerzas habían liberado una franja en el este del país, a la que accedían desde Tanzania cruzando el lago Tanganyika. Impresionó al Che como un hombre vago e inescrutable –«mucho menos desarrollado políticamente»–, de ninguna manera un «conductor de pue-

1. Este manuscrito, de ciento cincuenta y tres páginas, del cual se decía que sólo se hicieron cinco copias, permaneció guardado bajo siete llaves en los más altos niveles del gobierno revolucionario cubano durante casi tres décadas. A mediados de los noventa, unas pocas copias llegaron a manos de algunos investigadores, incluido el autor de estas líneas. Finalmente, en 1999, treinta y cuatro años después de que el Che lo escribiera, el gobierno cubano autorizó su publicación.

blos». Destacó asimismo la rivalidad de Soumaliot con algunos de sus camaradas del consejo, en especial con Christophe Gbenye, cuyos combatientes habían tomado Stanleyville.

El caudillo rebelde que sí le causó una buena impresión fue Laurent Kabila, un congolés veinteañero educado en Francia, comandante general del frente oriental de Soumaliot. A diferencia de éste, Kabila expuso su lucha de manera «clara, concreta y firme», aunque dejó entrever su oposición a otros jefes del Consejo de Liberación tales como Gbenye y el mismo Soumaliot.

Más adelante, el Che descubrió que Kabila le había mentido en su primer encuentro: decía venir «del interior del país», pero sólo había estado en Kigoma, un puerto repleto de bares y burdeles en la orilla tanzana del lago Tanganyika que los rebeldes empleaban como base de retaguardia para su «descanso y recuperación». Sin embargo, optó por pasar por alto las fanfarronadas de Kabila a la luz de su visión del mundo decididamente izquierdista. «Kabila se daba perfecta cuenta de que el enemigo principal era el imperialismo norteamericano –escribió el Che–, y se manifestaba dispuesto a luchar consecuentemente hasta el final contra él. Sus manifestaciones y su acento de seguridad me hicieron... muy buena impresión.» Una vez que se pusieron de acuerdo, el Che le ofreció asistencia: «Le ofrecí en nombre del gobierno [cubano] unos 30 instructores y las armas que pudiéramos tener y aceptó encantado. Recomendó premura en el envío de ambas cosas, lo que también hizo Soumaliot en otra conversación; este último señaló la conveniencia de que los instructores fueran negros.»

A continuación decidió sondear a los demás *Freedom Fighters* que se encontraban en la ciudad. Aunque pensaba conversar informalmente con cada grupo por separado, por «un error» de la embajada cubana se realizó una «reunión "tumultuaria" en la cual participaron cincuenta o más personas, representantes de movimientos de diez o más países, cada uno dividido en dos o más tendencias».

Se encontró ante una sala repleta de guerrilleros que «casi unánimemente» pedían ayuda monetaria y entrenamiento para sus hombres en Cuba. Para exasperación de los presentes, el Che declinó todas las peticiones: señaló que el entrenamiento en Cuba sería un derroche costoso de fondos, que el auténtico combatiente guerrillero no se forja en la «academia» militar sino en el campo de batalla. «Por tanto, les propuse que el entrenamiento no se realizara en nuestra lejana Cuba, sino en el Congo cercano, donde se luchaba no contra un títere cualquiera como era Tshombe, sino contra el imperialismo norteamericano.»

La lucha congoleña era sumamente importante, insistió. Su victoria o su derrota tendrían «repercusiones continentales». Su visión era la de un «gran foco» dirigido por Cuba en la zona oriental del país en la que podrían participar las guerrillas de países vecinos y así, al combatir en la guerra para «liberar» al Congo, ganarían experiencia de combate y organización para utilizarla en sus propios países.

«La reacción fue más que fría –observó el Che en *Pasajes–;* aunque la mayoría se abstuvo de toda clase de comentarios, hubo quienes pidieron la

palabra para reprocharme violentamente por ese consejo. Aducían que sus pueblos, maltratados y envilecidos por el imperialismo, iban a reclamar si se producían víctimas... en una guerra por liberar otro Estado. Traté de hacerles ver que aquí no se trataba de lucha dentro de fronteras, sino de guerra contra el amo común, omnipresente tanto en Mozambique como en Malawi, Rodesia o Sudáfrica, el Congo o Angola.»*

Ninguno de los presentes coincidió con él, escribió. «Fría y cortésmente se despidieron.» Le quedó una clara impresión de que África debía recorrer un largo camino antes de alcanzar una «verdadera madurez revolucionaria». Quedaba planteada «la tarea de seleccionar un grupo de cubanos negros y enviarlos, voluntariamente por supuesto, a reforzar la lucha del Congo».

## V

Guevara viajó luego a El Cairo, donde reveló sus planes para el Congo a Nasser según su yerno y asesor personal, Muhammad Heikal. Cuando dijo que tenía la intención de dirigir personalmente la expedición militar, el líder egipcio se sobresaltó. Dijo al Che que sería un error participar directamente en el conflicto, y se equivocaba al pensar que podía cumplir el papel de «Tarzán, un hombre blanco que conduce y protege a los negros». Nasser pensaba que semejante iniciativa sólo podía terminar mal.

A pesar de esa amonestación, la mala acogida que recibieron sus estrategias en Dar es Salam, sus propias reservas sobre los dirigentes rebeldes que había conocido y su falta de información fehaciente sobre la verdadera situación interna del Congo, el Che decidió seguir adelante con sus planes.

Su último discurso en el continente africano fue también su canto del cisne como figura pública o, como suelen decir discretamente en Cuba, «su último cartucho». El 25 de febrero, ante el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática realizado en Argel, el Che dejó de lado toda ambigüedad para reclamar a las superpotencias socialistas su apoyo desinteresado a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y suscribir los costos de la transformación de esas naciones subdesarrolladas en sociedades socialistas.

Se dirigió a las cuarenta y tantas delegaciones africanas y asiáticas –representantes de una gama pintoresca de Estados tercermundistas, flamantes naciones independientes y movimientos guerrilleros en actividad– llamándolos «hermanos». «En nombre de los pueblos de América», dijo que la causa que unía su región del mundo con la de ellos era «la aspiración común de derrotar al imperialismo». Advirtió que muchos de los presentes provenían de naciones que combatían el colonialismo a la antigua o se habían liberado recientemente de éste, mientras que Cuba había vencido la otra forma de imperialismo que dominaba las Américas: el neocolonialismo, la cooptación

* Véanse más detalles en el apéndice.

y explotación de los países subdesarrollados por medio del «capital monopolista». Para que esto no sucediera en las nuevas sociedades en formación, era «imperioso obtener el poder político y liquidar a las clases opresoras».

«No hay fronteras en esta lucha a muerte; no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo; una victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos. El ejercicio del internacionalismo proletario es no sólo un deber de los pueblos que luchan por asegurar un futuro mejor; además, es una necesidad insoslayable... Si no hubiera ningún otro factor de unión, el enemigo común debiera constituirlo.»

Por consiguiente, argumentó, los países socialistas desarrollados tenían no sólo el «interés vital» sino también el «deber» de ayudar a concretar esa separación entre las nuevas naciones subdesarrolladas y el mundo capitalista. «De todo esto deber extraerse una conclusión –prosiguió–; el desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación debe costar a los países socialistas. Lo decimos así, sin el menor ánimo de chantaje o de espectacularidad, ni para la búsqueda fácil de una aproximación mayor al conjunto de los pueblos afroasiáticos; es una convicción profunda. No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construida el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista.»

Después de sentar las bases de su argumentación, el Che increpó duramente a los Estados socialistas desarrollados que hablaban de acuerdos comerciales de «beneficio mutuo» con los más pobres. «¿Cómo puede significar "beneficio mutuo", vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente? Si establecemos ese tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial. Se puede argüir que el monto del intercambio con los países subdesarrollados constituye una parte insignificante del comercio exterior de estos países. Es una gran verdad, pero no elimina el carácter inmoral del cambio. Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de Occidente.»

Estaba claro para todos los presentes que el Che dirigía su ataque directamente contra Moscú, que junto con China tenía representantes en el foro. Si bien elogió a las dos naciones por comprarle azúcar a Cuba en términos ventajosos para ésta, añadió que era apenas el primer paso. Se debían fijar precios que permitieran el desarrollo real de las naciones pobres, y las potencias socialistas debían extender esa nueva concepción fraternal del comercio exterior a todas las naciones subdesarrolladas que iniciaban el camino hacia el socialismo.

No era la primera vez que el Che criticaba a los soviéticos por «especular» a la manera capitalista en su comercio con otras naciones en desarrollo

–la élite revolucionaria de La Habana conocía muy bien sus puntos de vista–, pero sí era la primera vez que lo hacía abiertamente en un foro internacional. Con ello sobrepasaba consciente e intencionalmente los límites de lo permitido, con la evidente esperanza de hacerle sentir «vergüenza» a Moscú para obligarlo a actuar... y aún no había terminado.

Reclamó la formación de un «gran bloque compacto» de naciones que ayudara a otras a liberarse del imperialismo y de las estructuras económicas impuestas por éste. Los países socialistas poseedores de una industria bélica debían entregar armas «sin el menor costo y en las cantidades determinadas por sus necesidades y disponibilidad a los pueblos que las pidan».

Nuevamente hizo una pausa para elogiar a la Unión Soviética y a China por aplicar ese principio al otorgar ayuda militar a Cuba, pero a continuación volvió a fustigarlos. «Somos socialistas, y esto constituye la garantía del uso correcto de esas armas; pero no somos los únicos, y todos deben recibir el mismo trato.» Destacó a los acosados norvietnamitas –cuyo país era blanco de bombardeos norteamericanos sistemáticos desde apenas dos semanas antes– y a los congoleños como pueblos dignos de recibir la «solidaridad incondicional» que exigía.

Por cierto que el discurso indignó a los soviéticos. Calificar al Kremlin de «cómplice del imperialismo» constituía una violación pasmosa del protocolo interno del bloque socialista. En vista de la ayuda financiera otorgada a Cuba, semejante discurso era una bofetada en la cara y una señal de la mayor ingratitud.

Durante los últimos tramos de la prolongada peregrinación del Che (de Argelia nuevamente a Egipto, antes de volar a Praga el 12 de marzo) los sucesos en el Congo parecían dar la razón a Soumaliot y Kabila cuando pedían premura en el cumplimiento de su promesa de enviarles instructores y armamentos cubanos. Los mercenarios blancos reunidos por Mike Hoare habían entrado en acción contra los rebeldes, conducían a las tropas del gobierno en asaltos por tierra y realizaban incursiones aéreas. Tomaron varios baluartes clave y apuntaron rápidamente al «territorio liberado» en la margen oriental del lago Tanganyika. Si Cuba pensaba participar en el conflicto congolés, el momento de actuar se acercaba a toda prisa.

## VI

Así como los expertos del Kremlin en busca de señales de cambios en la cúpula observaban cuidadosamente la ubicación de los miembros del Politburó en las ceremonias de la Plaza Roja, el recibimiento del Che en La Habana después del escandaloso discurso de Argel fue objeto de minuciosos estudios en busca de pruebas de camaradería o conflicto entre él y Fidel.

El 15 de marzo, cuando llegó al aeropuerto de Rancho Boyeros, además de Aleida lo esperaban Fidel, el presidente Dorticós y, acaso la presencia más significativa, Carlos Rafael Rodríguez. Hasta el día de hoy Aleida se

niega a revelar lo que sucedió a continuación, y Fidel Castro no ha dicho nada al respecto, pero los informes coinciden en que éste y el Che se fueron directamente del aeropuerto a una reunión a puertas cerradas que duró varias horas. A falta de información oficial, y dada la posterior desaparición del Che, la interpretación tradicional de los observadores escépticos es que el encuentro fue la culminación irrevocable de las presuntas tensiones acumuladas entre los dos. Ante una pregunta sobre este asunto aún delicado, una fuente bien informada del gobierno cubano optó por una respuesta elíptica: Fidel «probablemente» recriminó al Che con «vehemencia», pero no porque hubiera una divergencia de fondo entre ambos sino por su «falta de tacto» en el discurso de Argel. En este contexto, se podría decir que Carlos Rafael Rodríguez se hizo presente en representación de los ánimos caldeados del Kremlin.

Distinta es la interpretación del historiador Maurice Halperin. «El discurso, que leí unos días más tarde, me causó estupor –escribió–. Cuando pregunté a un alto funcionario del Ministerio de Comercio Exterior qué significaba la filípica del Che, me respondió con una sonrisa maliciosa: "Representa el punto de vista cubano."» Halperin llegó a la conclusión de que muy probablemente era así en vista de las declaraciones recientes de Fidel y porque además le constaba que éste estaba «cada vez más molesto con los métodos comerciales soviéticos en el ministerio». En definitiva, pensó, Fidel había ido al aeropuerto a recibir al Che en su regreso a Cuba con el fin de demostrarle su aprobación. En efecto, el hecho de que el discurso del Che fuera publicado en *Política Internacional*, la revista trimestral del gobierno, aparentemente elimina cualquier duda que pudiera persistir acerca de la posición de Fidel.

En realidad, la mayoría de los indicios sugieren que ambos trabajaban en equipo, hasta el punto de acordar lo que dirían en público. El 2 de enero, en su discurso por el sexto aniversario de la Revolución, Fidel criticó con vehemencia el modelo socialista soviético –sin nombrarlo– y por primera vez habló al pueblo cubano sobre los «problemas» en el seno de la hermandad de las naciones socialistas. El pueblo cubano, dijo, tenía el derecho de expresarse con su propia voz y de interpretar las ideas de Marx, Engels y Lenin de acuerdo con su propia visión y circunstancias, y debía prepararse para sobrevivir por sus propios medios si se interrumpiera bruscamente la ayuda que estaba recibiendo del exterior. Era un mensaje inequívoco a Moscú: Fidel no permitiría que los soviéticos impusieran su modelo político en Cuba.

El 13 de marzo, dos días antes del regreso del Che a La Habana, Fidel habló nuevamente en público, esta vez para aludir en términos vehementes a la rivalidad y demagogia de China y la Unión Soviética que tanto hablaban de apoyar la «liberación de los pueblos» pero no acudían en ayuda de los vietnamitas frente a la escalada militar norteamericana. «¡Proponemos que se dé a Vietnam toda la ayuda que sea necesaria! ¡Ayuda en armas y hombres! ¡Nuestra posición es que el campo socialista corra todos los riesgos que sean necesarios!»

En su discurso en la Universidad de La Habana, dijo que la clase de solidaridad que reclamaba tenía un precedente: la misma Cuba. Durante la crisis de los misiles, se había mostrado dispuesta a afrontar el riesgo de la «guerra termonuclear» con la instalación de misiles soviéticos en su territorio a fin de fortalecer el campo socialista. Cuba aún creía que era su deber histórico combatir el imperialismo yanqui, y tenía lazos con los que llevaban adelante una lucha similar en otras partes del mundo.[1]

Con todo, como siempre, en su discurso de Argel el Che había superado a Fidel al decir todo lo que pensaba y creía... y al diablo con las consecuencias. Había arrojado el guante y no había retroceso posible. En un nivel más directo, demostraría personalmente cómo se llevaba a la práctica el «internacionalismo proletario», y que los demás lo siguieran. Sin embargo, después de esas palabras a Fidel se le hacía más difícil que nunca defender a su amigo «maoísta» ante los soviéticos. Por eso le «sugirió» que partiera inmediatamente de la isla y regresara a África para dirigir el contingente guerrillero que ya se entrenaba para su misión en el Congo. El corazón del Che estaba en Sudamérica, pero las condiciones aún no estaban maduras, mientras que África parecía ofrecer perspectivas verdaderamente revolucionarias. Aceptó.

Según el agente de inteligencia cubano Juan Carretero («Ariel»), él mismo con su jefe Piñeiro y Fidel «instaron» al Che a que aceptara la misión. Ésta duraría un par de años y, entretanto, prometieron, la gente de Piñeiro continuaría la tarea de construir una infraestructura guerrillera en América Latina hasta que las condiciones fueran propicias para su traslado allá. La guerra del Congo sería un ejercicio valioso para endurecer a los combatientes del Che y un buen filtro para determinar quiénes lo acompañarían a Sudamérica. Según Piñeiro, no fue difícil convencerlo. «El Che estaba tan entusiasmado con sus contactos africanos que Fidel le dijo: "¿Por qué no vas a África?" Estaba realmente alterado por el paso del tiempo y su incapacidad para cumplir con [lo que consideraba era] su misión histórica.»

Los pasos siguientes se sucedieron con rapidez. El 22 de marzo, el Che informó a sus colegas del Ministerio de Industrias sobre el viaje por África, pero sin anunciar su partida inminente. Una semana después, visitó a los guajiros veteranos de su antigua columna en la sierra que trabajaban en la granja experimental Ciro Redondo en Matanzas y les dijo que se iría a «cortar caña» por algún tiempo.

De regreso en La Habana, reunió a sus camaradas más íntimos del ministerio y les contó la misma historia. Muy pocos sabían que el Che se aprestaba a partir definitivamente de Cuba, pero ésa era su intención. Du-

1. Fidel también aludió al enfado que le provocaba el hecho de que chinos y soviéticos trasladaran sus rivalidades a la isla. Refiriéndose a China sin nombrarla, deploró el intento de distribuir propaganda política no autorizada en tierra cubana. Dijo que sólo el partido de gobierno tenía derecho a hacer propaganda, y que no lo toleraría. Sin embargo, a pesar de esta advertencia, el problema aún no había llegado a su punto culminante. (Véanse más detalles en el apéndice.)

rante los últimos quince días en la capital, desapareció gradualmente de la vista, evitó las apariciones públicas y se despidió de un puñado selecto de personas en las que podía confiar que guardarían el secreto. El 15 de marzo, fecha de la publicitada llegada al aeropuerto después de su viaje por África, sería la última vez que el pueblo cubano, en general, vería al Che.

Sería también la última vez que sus hijos lo verían en calidad de padre, y el menor de ellos no guardaría el menor recuerdo de él. Una vez más, un hijo suyo había nacido durante su ausencia; el 24 de febrero, mientras volaba de Argel a El Cairo, Aleida había dado a luz a su último hijo, un varón a quien llamó Ernesto.

Aleida estaba trastornada. Pidió al Che que no se fuera, pero la decisión era irrevocable. Sin embargo, le prometió que la mandaría llamar cuando la revolución alcanzara una «etapa más avanzada».

La víspera de la partida, cuando almorzaban con la niñera Sofía, el Che le preguntó qué había sido de las viudas de los cubanos muertos durante la revolución. Sofía respondió que muchas habían vuelto a casarse. El Che se volvió hacia Aleida y señaló su pocillo de café: «En ese caso, este café que me sirves, que puedas servírselo a otro.» Conmovida aún hoy por ese recuerdo, Sofía comprendió que le daba su bendición a Aleida si decidía volver a casarse en caso de que él muriera.

Al amanecer del 1 de abril, salió de la casa donde había vivido los últimos ocho años, no como el Che Guevara sino como un hombre bien rasurado, de gafas y aspecto sobrio llamado Ramón Benítez.

# 27. LA HISTORIA DE UN FRACASO

## I

«Un buen día aparecí en Dar es Salam –escribió el Che–. Nadie me conoció; ni el mismo embajador [Pablo Ribalta], viejo compañero de lucha... pudo identificarme a mi llegada.»

El 19 de abril, el Che aún disfrazado, llegó a Dar es Salam por una ruta indirecta que lo llevó previamente a Moscú y El Cairo. Lo acompañaban su emisario guerrillero itinerante Papi Tamayo y Víctor Dreke, un oficial cubano –negro, como correspondía– que había sido designado comandante «oficial» de la brigada internacionalista.

El Che conservaba su anonimato, pero estaba lleno de esperanzas al regresar al continente que alguna vez había soñado visitar al cabo de un viaje de diez años por el mundo: «África por las aventuras, y después se acabó el mundo», había escrito a su madre diez años antes. Paradójicamente, desde entonces había conocido más mundo de lo que jamás hubiese imaginado, pero generalmente dentro de las restricciones impuestas por sus funciones de ministro y su imagen de personalidad internacional. En aquel momeno se abría un capítulo nuevo, viajaba de incógnito y había recuperado la libertad para ser él mismo, aunque no dejaba de pensar con nostalgia en la vida y los seres queridos que había dejado atrás. Más adelante escribiría en *Pasajes:* «Dejaba atrás casi once años de trabajo para la Revolución Cubana al lado de Fidel, un hogar feliz, hasta donde puede llamarse hogar la vivienda de un revolucionario consagrado a su tarea, y un montón de hijos que apenas sabían de mi cariño. Se reiniciaba el ciclo.»

Había iniciado un primer ciclo al separarse de su familia y sus raíces en Argentina para formarse como revolucionario; éste había culminado con el abandono de Hilda y su hija recién nacida para consumar la transformación en el «Che». Era mucho más lo que abandonaba al poner fin a su ciclo cubano: su esposa Aleida, sus hijos, su ciudadanía cubana con el grado de comandante y el puesto de ministro, además de los amigos y camaradas, las vivencias compartidas durante una década intensa.

## II

Mientras esperaban la llegada de otros miembros de la brigada cubana, que divididos en varios grupos seguían distintos itinerarios, Ribalta alojó al Che y sus dos camaradas en una finca pequeña de las afueras de Dar es Salam que había alquilado. De un diccionario swahili el Che escogió los nombres de guerra de los tres. En adelante, Dreke sería «Moja» (Uno); Papi sería «Mbili» (Dos) y él sería «Tato» (Tres).

Ante la ausencia inesperada de Kabila y otros dirigentes rebeldes congoleños que asistían a una reunión cumbre de revolucionarios en El Cairo, se pusieron en contacto con un representante de mediana jerarquía en Dar Es Salam, un joven llamado Godefroi Chamaleso, a quien sólo dijeron que los tres constituían la avanzada del contingente cubano prometido. Para justificar la presencia de blancos, dijeron que el hombre llamado Tato era médico, hablaba francés y era veterano de la guerrilla, en tanto que Mbili aportaría una vasta e invalorable experiencia combatiente.

Pero desde luego que estos subterfugios sólo eran un remedio provisional; la decisión de cuándo y a quién revelar la identidad del jefe del grupo se les presentaba como un auténtico dilema. El Che le dijo a Chamaleso que el número de cubanos que acudirían sería mayor que el previsto inicialmente: ciento treinta. Frente a esta revelación, su interlocutor pareció no inmutarse. El Che dijo entonces que querían entrar en territorio congoleño lo más pronto posible. Mientras Chamaleso –aun sin darse cuenta de que el hombre con quien se había reunido era el Che– se marchó a El Cairo para informar a Kabila de su llegada, el trío esperó, enviando a un encargado de organizar el cruce del lago Tanganyika en tanto que otros compraban en el mercado de la ciudad los suministros que necesitaban: mochilas, mantas, cuchillos y plásticos.

«No había comunicado a ningún congolés mi decisión de luchar en su país –escribiría el Che más adelante–. En la primera conversación con Kabila no podía hacerlo porque no había nada decidido y, luego de aprobarse el plan [por Fidel], hubiera sido peligroso que se conociera mi proyecto antes de llegar a destino; había que atravesar mucho territorio hostil. Decidí, pues, presentar un hecho consumado y actuar de acuerdo a cómo reaccionaran ante mi presencia. No se me ocultaba el hecho de que una negativa me colocaba en una posición difícil, pues ya no podría regresar, pero también calculaba que para ellos sería difícil negarse. Estaba realizando un chantaje de cuerpo presente.»

El regreso a Cuba era imposible, no porque hubiera reñido con Fidel sino porque su decisión de partir era irrevocable. Se había forjado una reputación de no faltar jamás a la palabra empeñada, y no había circunstancia concebible que pudiera modificar esa actitud. Había prestado el mismo juramento de dedicación total que había exigido a los hombres de Masetti cuando se preparaban para combatir en Argentina: en adelante debían considerarse hombres muertos; si sobrevivían, lo cual era dudoso en la mayoría de los casos, pasarían los diez o veinte años siguientes de sus vidas en combate. El Che acababa de asumir la misma obligación.

En verdad, al partir de Cuba había quemado las naves en una nota manuscrita a Fidel que éste debía dar a conocer al público cuando lo estimara oportuno. Era simultáneamente un resumen de su vida en común, una despedida, una declaración jurada que liberaba al gobierno cubano de toda responsabilidad por sus acciones futuras y un testamento.

La encabezaba un simple «Fidel»:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia [en Ciudad de México], de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que ya es mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba...

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario.[1]

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis [de los misiles] del Caribe.

Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días...

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo donde quiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

1. Evidentemente se refería a cuando perdió momentáneamente la confianza en Fidel a raíz del Pacto de Miami durante la revolución.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti... Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse...

*Hasta la victoria siempre. ¡Patria o Muerte!*

Te abraza con todo fervor revolucionario

Che.

También dejó una carta para que la enviaran a sus padres:

Queridos viejos:

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo.

Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consciente, mi marxismo está enraizado y depurado. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo.

Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño, soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme solamente, hoy. Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas fláccidas y unos pulmones cansados. Lo haré.

Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condotiero del siglo XX... Un gran abrazo de hijo pródigo y recalcitrante para ustedes.

Ernesto

Para Aleida, grabó sus poemas de amor preferidos, entre ellos varios de Neruda. Y a sus cinco hijos dejó una carta que sólo debían conocer después de su muerte:

Si alguna vez tienen que leer esta carta, será porque yo no esté entre ustedes.

Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos no se recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.

Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo más importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada. Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un gran abrazo de

Papá.*

En cuanto a Hilda madre, aunque había sido la esposa del Che, durante los últimos años sus encuentros habían sido más bien formales, generalmente limitados a las visitas a la hija de ambos. La última vez que se vieron fue en vísperas de su viaje para hablar ante las Naciones Unidas en noviembre de 1964, cuando él fue a despedirse de ella e Hildita. Al mostrarle una carta del padre del Che que ella había recibido en la que decía que pensaba viajar próximamente a La Habana, según Hilda, el Che sorprendido y a la vez preocupado exclamó: «¡Por qué no vino antes! ¡Qué lástima! *Ahora ya no hay tiempo.*»

En ese momento no comprendió qué quiso decir; más adelante cayó en la cuenta de que seguramente ya pensaba en su proyecto guerrillero en África. Meses después, a su regreso de Argel el 15 de marzo, su hija Hildita estaba en el aeropuerto para recibirlo. El Che la llevó a su casa y partió inmediatamente hacia su reunión con Fidel en La Habana. No tuvo tiempo para conversar con Hilda, pero dijo a su hija que volvería más tarde. «Dos o tres días después me llamó para decirme que vendría a conversar conmigo –escribió Hilda–, pero a último momento llamó otra vez para decir que se iba al campo a cortar caña y que me visitaría cuando regresara del trabajo voluntario.» Desde luego que ni Hilda ni Hildita volverían a verlo.[1]

Para un puñado de amigos íntimos había escogido varios libros de la biblioteca de su oficina e inscrito dedicatorias personales en cada uno; los dejó en el anaquel para que los encontraran, sin decir nada a nadie. A su viejo amigo Alberto Granado dejó un libro de historia del azúcar, *El ingenio*, con la siguiente dedicatoria:

«No sé qué dejarte de recuerdo. Te obligo, pues, a sumergirte en la caña de azúcar. Mi casa rodante volverá a tener dos pies y mis sueños ningún límite, al menos hasta que hablen las balas. Te espero, gitano sedentario, cuando se disipe el olor de la pólvora.»

* Véanse más detalles en el apéndice.

1. El Che tenía buenos motivos para ocultar sus planes secretos a Hilda. Según un amigo íntimo suyo que sí conocía esos planes, Hilda representaba un riesgo debido a su afición por hacerse «hada madrina» de cualquier guerrillero latinoamericano que visitara La Habana. Algunos eran auténticos, otros sólo aspirantes y por lo menos uno, que venía de México, resultó ser un agente de la CIA. Los servicios de seguridad cubanos lo detuvieron y desenmascararon.

Orlando Borrego había querido acompañarlo, pero el Che se negó: su joven protegido era ministro del azúcar, y sus servicios eran demasiado valiosos para que abandonara el puesto. Le dejó los tres tomos de *El capital* y una dedicatoria:

«Borrego: Ésta es la fuente, aquí aprendimos todos juntos a tropezones buscando lo que todavía es una intuición apenas. Hoy que marcho a cumplir mi deber, y quedas cumpliendo tu deber contra tu anhelo, te dejo constancia de mi amistad, que pocas veces se expresó en palabras. Gracias por tu firmeza y tu lealtad. Que nada te separe de la ruta. Un abrazo, Che.»

(Después de su partida, Borrego asumió una misión especial propia para honrar a su maestro: la publicación de una edición especial de obras escogidas del Che, un compendio de ensayos, artículos, discursos y cartas. Sería el legado literario del Che a Cuba, un medio para asegurar que sus principios revolucionarios sobrevivieran en la isla.)

En un primer momento las cartas de despedida del Che no fueron difundidas, pero además del discurso de Argel, que fue su última aparición pública en esferas internacionales, dejó un manifiesto que sólo se puede calificar de obra final. Era un ensayo largo, escrito durante su viaje de tres meses por África y enviado como carta al director del semanario uruguayo *Marcha* antes del regreso a Cuba. «El socialismo y el hombre en Cuba» apareció en marzo, y aun antes de la desaparición del Che provocó una conmoción en los círculos izquierdistas del hemisferio. Apareció en la revista cubana *Verde Olivo* del 11 de abril, cuando el Che volaba de regreso a Tanzania.

«El socialismo y el hombre en Cuba» es la cristalización del mensaje doctrinario del Che y a la vez un autorretrato sumamente revelador. Allí reafirma el derecho de Cuba de ocupar el puesto de «vanguardia» y timonel de la revolución latinoamericana a la vez que fustiga en los términos más duros a los socialistas que aplican sumisamente los dogmas soviéticos. Desarrolla su crítica del modelo soviético y reitera su argumento a favor de los incentivos «morales» en oposición a los materiales.

El Che niega que la construcción del socialismo signifique la «abolición del individuo». Por el contrario, el individuo es la esencia de la revolución: la lucha cubana había dependido de los individuos que combatieron y ofrendaron sus vidas por ella. En la vorágine de esa lucha había nacido una nueva concepción del yo: la «etapa heroica» comenzó cuando esos individuos empezaron a competir por «un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber... En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro».

Al leer estas líneas es difícil evitar la sensación de que el Che expresaba su verdad personal, que si bien se extendía a otros era sobre todas las cosas una justificación de su propia transformación revolucionaria. Aquí estaba la esencia de la filosofía del Che: convencido de que había consumado la sublimación de su yo, su ser individual, había accedido a un estado mental que le permitía sacrificarse conscientemente por la sociedad y sus ideales. Si él podía hacerlo, otros podían imitarlo.

Para finalizar, escribió:

Hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de masas. Todos los días hay que luchar por que ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización...

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

## III

El 20 de abril, en medio de los rumores crecientes de que había «sucedido» algo al Che, Fidel rompió el silencio con el anuncio enigmático de que estaba bien y se encontraba donde sería de «mayor utilidad a la revolución». Se negó a decir más.

El mismo día, Hildita recibió una carta firmada por él. Le decía que estaba «un poco lejos» haciendo un trabajo que le habían encomendado y que pasaría «un poco de tiempo» antes de que pudiera volver. Le dijo que cui-

dara a sus «otros» hermanos y hermanas, que velara por que hicieran sus tareas escolares y que «siempre pensaba» en ella.

En esa misma época, el padre del Che había recibido un indicio sobre la parte del mundo donde se hallaba. Era una postal, enviada después de su partida de Cuba, con apenas un par de líneas:

«Viejo: desde el sol del Sahara a tus neblinas [argentinas]. Ernesto se renueva y va por la tercera [vuelta]. Un abrazo de tu hijo.»

Las palabras tranquilizadoras de Fidel no pusieron fin a la ola de rumores. Uno de los primeros decía que se encontraba en la vecina República Dominicana, donde había estallado una crisis de gran magnitud a los pocos días de su desaparición. El presidente norteamericano Lyndon Johnson (quien había derrotado al republicano Barry Goldwater en las elecciones de noviembre de 1964) había enviado a los marines a aplastar una insurrección armada izquierdista, en la primera invasión militar de un país del hemisferio occidental en varias décadas. En las calles de Santo Domingo se libraba una batalla campal entre los rebeldes leales al depuesto presidente Juan Bosch y los militares dominicanos.[1]

Agentes de los servicios secretos cubanos han insinuado que el rumor sobre «el Che en Santo Domingo» pudo haberse generado intencionalmente en La Habana; durante su viaje al Congo, cuando era vulnerable a la detección o la captura, era de suprema importancia conservar el secreto de su paradero. Con el paso del tiempo, otros informes lo situarían en Vietnam y en toda una gama de lugares exóticos; algunos eran trascendidos falsos sembrados por la inteligencia cubana, otros probablemente eran diseminados por la CIA para echar un manto de sospechas sobre el régimen castrista. Uno de los informes más sensacionalistas tenía aroma soviético. Según un memorándum presuntamente secreto, el Che padecía una depresión nerviosa y se encontraba en una clínica psiquiátrica donde pasaba el tiempo leyendo a Trotski y escribiendo cartas a Fidel en las que promovía su idea de crear una «revolución permanente». (El llamado «Memorándum R» indicaba con exactitud alarmante el verdadero paradero del Che al decir que uno de los lugares mencionados por el Che en sus cartas era Zanzíbar, donde se podía «trabajar con los chinos».)

En efecto, según Sergo Mikoyán, los primeros informes que trascendieron en Moscú indicaban que Fidel y el Che se habían enfrentado y que éste se encontraba en el exilio o castigado. «La opinión general entre los *apparatchiks* era que había un pleito entre Fidel y el Che. O quizás no un pleito, pero que quizás Fidel ya no quería al Che en Cuba: quería ser el único líder, y el Che competía con él...» Mikoyán subrayó que él jamás creyó en esas versiones. «Conocía al Che y a Fidel y sabía que el Che no era

1. Los combates finalizaron rápidamente. Las tropas norteamericanas y de países latinoamericanos aliados se retiraron luego de un cese de fuego acordado con la mediación de la OEA que incluía la convocatoria de elecciones. En estos comicios, realizados en 1966, Bosch fue derrotado por su oponente derechista Joaquín Balaguer, quien dominaría la política nacional y ocuparía la presidencia varias veces durante los treinta años siguientes.

ambicioso en absoluto... Él ni se imaginaría competir con Fidel [por el liderazgo]. Esta versión era ridícula, y yo no la creía. Pero nuestra gente pensaba en Stalin, Trotski, Jrushov y después Bréznev, todos peleando... y pensaban que era lo mismo [en Cuba].»

El embajador soviético Alexander Alexeiev conocía los rumores, pero para entonces estaba enterado de la verdad. En marzo, Fidel lo había invitado a una ceremonia especial: pensaba encabezar una brigada voluntaria de revolucionarios que iría a cortar caña en Camagüey. Al advertir que el Che, ya de regreso de Argel, no participaba en la ceremonia, Alexeiev se preguntó si los rumores de una ruptura no serían verídicos.

A continuación el Che desapareció y la fábrica de rumores empezó a trabajar a todo gas. En Camagüey, Fidel llevó a Alexeiev a donde no pudieran escucharlo: «Alejandro, probablemente advertiste la ausencia del Che. Está en África, fue allá a quedarse y organizar un movimiento [revolucionario]. Pero esto te lo digo sólo a ti. De ninguna manera lo comuniques [al Kremlin] por cable.»

Alexeiev interpretó que no debía enviar un mensaje *escrito* que pudiera caer en manos de terceros y trascender, pero tenía el deber de informar a su gobierno, y así lo hizo. Treinta años después, no supo recordar con exactitud cómo había transmitido la información –pensaba que la había confiado a una persona «de gran confianza» que había viajado a La Habana con una delegación soviética–, pero insistió en que no lo había hecho «por escrito». Durante una visita a Moscú, informó directamente a Leonid Bréznev.[1]

A la luz del reciente deterioro de las relaciones entre La Habana y Moscú, al susurrar la misión del Che en los oídos del embajador soviético Fidel comunicaba discretamente al Kremlin que él seguía siendo leal a pesar de sus provocaciones públicas al oso ruso. Si el Che respaldaba una fracción chinófila en el Congo, ello no debía afectar las relaciones entre el Kremlin y La Habana. Tal vez Fidel esperaba que al confiarle este secreto y presentarle un hecho consumado, el nuevo Buró Político –que ya brindaba alguna ayuda a los rebeldes del Congo– daría su apoyo directo a los proyectos guerrilleros cubanos en África. Cuando Fidel reveló el secreto a Alexeiev, la columna de vanguardia de esa iniciativa, dirigida por el Che, se aprestaba a entrar en acción.

## IV

Al amanecer del 24 de abril, el Che y trece cubanos desembarcaron en la orilla congoleña del lago Tanganyika. Acababan de dejar atrás una extensión

1. Alexeiev dice que Bréznev «no mostró demasiado interés» y por eso no entró en detalles sobre la reunión. Pero insinúa que Bréznev jamás hubiera permitido que el asunto afectara las relaciones con Cuba: «Bréznev estaba *con* Fidel; trataba de aprovechar la amistad de Fidel con Jrushov y tener con él la misma [clase de relación].»

de cincuenta kilómetros de agua que los separaba del refugio de Tanzania y su vasta sabana que se extendía hasta el océano Índico, la tierra que habían cruzado en automóvil durante dos días y dos noches desde su partida de Dar es Salam. Frente a ellos se alzaba el borde occidental del valle de la Gran Grieta, una abrupta escarpa selvática junto al lago. Más allá de ésta se encontraba el inmenso territorio «liberado» por los rebeldes. Su «frente» septentrional comenzaba ciento setenta kilómetros al norte, en el pueblo de Uvira a orillas del lago Tanganyika. Esta población de la frontera con Burundi era la base de retaguardia de los rebeldes desde la caída de Bukavu, más al norte, donde se unen las fronteras del Congo, Ruanda y Burundi. Desde allí el reducto de los rebeldes se extendía cien kilómetros hacia el sur hasta la aldea lacustre de Kibamba, donde se encontraban el Che y sus hombres. El territorio se extendía tierra adentro por doscientos kilómetros hasta Kasongo, sobre el río Lualaba, en el límite norteño de la provincia de Katanga. Según el jefe mercenario Mike Hoare, era un territorio de extensión similar a Gales, una región de llanuras extensas y montes selváticos surcada por ríos bravos, habitada por manadas de elefantes y por un mosaico complejo de tribus que vivían de la agricultura de subsistencia o de la caza y recolección. Los caminos y las poblaciones eran escasos; los puntos en el mapa indicaban aldeas nativas, antiguas guarniciones coloniales belgas, misiones y puestos comerciales.

Godefroi Chamaleso, el comisario político de Dar es Salam, los acompañaba para allanarles el camino; hasta entonces era el único enlace oficial del Che con los revolucionarios que venía a entrenar y disciplinar. Kabila había mandado avisar desde El Cairo que llegaría en quince días, y hasta entonces el Che debía permanecer de incógnito. «Para ser sincero –admitiría más adelante– estos inconvenientes no me desagradaban mucho, pues tenía interés en la lucha del Congo y temía que mi ofrecimiento provocara reacciones demasiado agudas y algunos de los congoleses, o el mismo gobierno amigo [de Tanzania], me pidieran abstenerme de entrar en la lid.»

Hasta entonces todo estaba muy bien. Pero ya en Kigoma, el puerto de Tanzania sobre la margen izquierda del lago, el Che había visto las primeras señales de indisciplina y falta de liderazgo de los rebeldes congoleños a los que se había unido. Un funcionario tanzano se había quejado de los rebeldes, que cruzaban el lago para ir de juerga por los bares y prostíbulos del pueblo. Además, el bote para cruzar el lago se había hecho esperar un día y medio a pesar de los esfuerzos de su hombre de avanzada. Y después de cruzar a Kibamba en la margen opuesta, halló que la comandancia rebelde se encontraba demasiado cerca de la aldea y de la «válvula de escape» de Tanzania para su gusto.

En ausencia de Kabila, el Che tuvo que tratar con un grupo de «comandantes de campo», jefes de las «brigadas militares» acantonadas alrededor de la zona rebelde. Afortunadamente para él, algunos de ellos hablaban francés, y pudo advertir rápidamente que existían graves divisiones entre ellos. En la primera reunión con los comandantes, el entusiasta Chamaleso quiso establecer un lazo entre sus compatriotas y los recién llegados: para ello propuso que el «jefe» Víctor Dreke y otro cubano elegido por él participaran en todas

las reuniones y decisiones del estado mayor. Los oficiales congoleños se negaron a responder. «Observé la cara de los circunstantes –escribió el Che con sorna– y no pude constatar aprobación a la propuesta; parecía que Tremendo Punto no gozaba de particular simpatía entre los jefes.»

Lo cual era cierto, y se debía a que Chamaleso sólo ocasionalmente salía de Dar es Salam para visitar el frente, razón por la cual los militares se sentían abandonados por la sede política. Además había inquina entre los comandantes que permanecían en el frente y aquellos que partían en interminables misiones a Kigoma y sus varios prostíbulos. Los combatientes rasos eran campesinos que hablaban sus lenguas tribales o en algunos casos el swahili; el Che tenía la impresión de que vivían en un mundo completamente distinto del de sus oficiales.

También descubrió con desagrado que la creencia en la brujería estaba muy difundida. Todos creían en la *dawa*, una poción «mágica» que los volvía invulnerables. Se enteró de la existencia de esta «magia» en su primera reunión con los comandantes congoleños. Un simpático oficial «con aire festivo» que se presentó como teniente coronel Lambert «me explicó cómo para ellos los aviones no tenían ninguna importancia porque poseían la *dawa*, medicamento que hace invulnerable a las balas».

Lambert le aseguró que le habían disparado varias veces y las balas habían caído sin fuerza al suelo. «Lo explicó entre sonrisas y me sentí obligado a festejar el chiste en que veía una forma de demostrar la poca importancia que se le concedía al armamento enemigo. Al poco me di cuenta de que la cosa iba en serio y que el protector mágico era una de las grandes armas de triunfo del ejército congolés.» Evidentemente escuchó la exposición con aplomo diplomático, pero en poco tiempo tendría motivos para preocuparse, ya que la *dawa* sería uno de los obstáculos más desconcertantes que encontraría en su misión de crear al Hombre Nuevo revolucionario en África.

Después de su primera reunión con los jefes, en la que no se tomó resolución alguna, el Che llevó a Chamaleso a un lado y le reveló su identidad. «Le expliqué quién era –escribió–; la reacción fue de aniquilamiento. Repetía las frases "escándalo internacional" y "que nadie se entere, por favor, que nadie se entere"; aquello había caído como un rayo en día sereno y temí por las consecuencias, pero mi identidad no podía seguir ocultándose durante más tiempo si queríamos aprovechar la influencia que pudiera ejercer.»

El temeroso Chamaleso partió hacia Dar es Salam y luego El Cairo para informar a Kabila de la presencia del Che. A fin de poner en marcha su programa de instrucción, Tato trató de convencer a los jefes congoleños de que le permitieran instalar una base permanente para sus hombres a cinco kilómetros de ahí, en lo alto de la cresta de Lualaborg, pero entonces comenzaron las dilaciones: los jefes dijeron que no se podía hacer nada hasta el regreso del comandante de la base, que se encontraba en Kigoma. En cambio, sugirieron que iniciara la instrucción en el cuartel general de Kabimba. A su vez el Che propuso entrenar una columna de cien hombres dividida en grupos

de a veinte durante cinco a seis semanas y luego enviarla al mando de Mbili (Papi) a realizar acciones militares; durante la ausencia de éstos, entrenaría a una segunda columna, que iría a luchar al regreso de la primera. Después de cada expedición seleccionaría a los mejores hombres para construir una fuerza guerrillera eficaz. Nuevamente, respondieron con evasivas.

Pasaban los días. Los botes cruzaban el lago para llevar hombres de permiso a Kigoma o traerlos de vuelta, pero el comandante no regresaba. A falta de otra actividad, el Che empezó a echar una mano en la clínica de los rebeldes donde ya trabajaba un médico cubano a quien llamaban «Kumi». Le causó estupor la gran incidencia de enfermedades venéreas, que atribuyó a las visitas a Kigoma. Traían heridos de los distintos frentes, pero eran accidentes, no heridas de guerra. «Casi nadie tenía la más mínima idea de lo que era un arma de fuego –escribió el Che– y, jugando con ellas o por descuido, se disparaban.» Los rebeldes también bebían *pombe,* un licor a base de maíz y yuca; el espectáculo de las riñas, intoxicaciones y faltas a la disciplina era tan frecuente que resultaba angustioso.

Enterados de la presencia de «médicos» en la zona, multitudes de campesinos acudían al dispensario. La provisión de material sanitario empezaba a agotarse, pero los salvó la llegada de una partida de medicamentos soviéticos arrojada de cualquier manera sobre la playa juntamente con un gran cargamento de armas y municiones, pero cuando el Che pidió permiso para organizar el depósito logístico de los rebeldes, la petición nuevamente cayó en saco roto. Entretanto, la playa parecía un «mercado gitano» donde los comandantes rebeldes se presentaban a exigir medicamentos para «sumas fabulosas de hombres». Un oficial dijo que tenía cuatro mil hombres, otro dijo dos mil y así sucesivamente, pero «todas eran cifras inventadas».

A principios de mayo el Che recibió la noticia de que la conferencia de El Cairo había sido un éxito, pero que Kabila demoraría su regreso durante varias semanas porque tenía que operarse de un quiste. Ante los primeros síntomas de malestar provocados por la falta de actividad, el Che dispuso que sus hombres recibieran clases diarias de francés, swahili y «cultura general». «Todavía nuestra moral se mantenía alta, aunque ya comenzaban las murmuraciones entre los compañeros que veían pasar los días infructuosamente», escribió.

A continuación empezaron a padecer paludismo y fiebres tropicales. El Che les suministraba antipalúdicos, pero advertía que éstos dejaban secuelas de debilidad, desgano general y falta de apetito que exacerbaban el «incipiente pesimismo» de los cubanos y que, según admitió con reticencia, empezaba a embargarlo a él mismo.

Mientras tanto, un informante llamado Kiwe lo ponía al tanto de la situación en el seno del movimiento rebelde. Éste era un oficial sumamente locuaz del estado mayor, un «conversador inagotable que habla francés a una velocidad casi supersónica» y tenía mucho para contar. Fiel a su vieja costumbre, el Che escribió jugosas semblanzas basadas en la información de Kiwe y adornadas por sus propias observaciones.

Sobre el «general» Nicholas Olenga, «libertador» militar de Stanleyville, Kiwe dijo que era un soldado enviado por él para explorar ciertas zonas del norte. Olenga había empezado a realizar ataques por su cuenta y ascenderse de grado cada vez que tomaba una aldea.

El «general» Olenga había «liberado» Stanleyville por cuenta del actual presidente del consejo rebelde, Christophe Gbenye, quien según Kiwe era un sujeto peligroso, inmoral. Lo consideraba responsable de un atentado contra el jefe del estado mayor militar del consejo, Laurent Mitoudidi. En cuanto a Antoine Gizenga, una de las primeras figuras revolucionarias que había surgido después de la muerte de Lumumba, Kiwe lo consideraba un oportunista de izquierdas, interesado solamente en aprovechar el movimiento rebelde para construir su propio partido político. Como escribió más adelante, las conversaciones con Kiwe resultaron útiles para tener una idea de las complejas rivalidades intestinas en el no muy revolucionario Consejo de Liberación del Congo.

El 8 de mayo, el jefe del estado mayor rebelde Laurent Mitoudidi volvió por fin, con dieciocho cubanos más y el mensaje de Kabila de que el Che debía conservar el secreto de su identidad. Mitoudidi partió casi inmediatamente, pero fue el primer oficial congoleño después de Kabila que causó al Che una buena impresión de «seguridad, seriedad y espíritu de organización». Más importante aún, Mitoudidi estuvo de acuerdo en el traslado del Che a la «base superior» en el monte Lualaborg.

El Che y sus hombres escalaron el monte hasta la gran meseta fértil en la cima de la escarpadura. El cabo de cuatro horas de ascenso penoso por la abrupta ladera llegaron a un lugar húmedo y frío a dos mil setecientos metros sobre el nivel del mar, pero al estudiar la escena el Che sintió que renacía su optimismo. Las manadas de vacas y las aldehuelas de los tutsi ruandeses estaban diseminadas por la llanura; como buen argentino, tomó nota de la abundancia de la «preciosa carne vacuna que cura, casi, hasta la nostalgia».

Inmediatamente puso manos a la obra para construir chozas donde alojar a sus combatientes y a una veintena de congoleños aburridos y nostálgicos. Una vez más, dispuso que tomaran clases diariamente para combatir la desgana que amenazaba con abrumarlos, pero no tardó en advertir que debería lidiar con otros problemas. Se enteró de que además de los pastores civiles de la zona, había varios miles de tutsis armados que se habían aliado con los congoleños. Habían huido de Ruanda unos años antes, cuando ésta se independizó de Francia, y sus enemigos tradicionales de la etnia hutu empezaron a masacrarlos. Combatían con la esperanza de que la victoria en el Congo extendiera la revolución a su país, pero a pesar del matrimonio de conveniencia, ruandeses y congoleños se llevaban muy mal, y en los meses siguientes esa enemistad causaría tantos problemas como la *dawa*.

Al cabo de unos días lo afectó una fiebre muy alta con delirios y tardó un mes en recuperar las fuerzas y el apetito. No fue el único afectado; diez de los treinta cubanos padecieron algún tipo de fiebre. «Durante el primer mes –escribió–, no menos de una decena de compañeros pagaron el novi-

ciado en la tierra hostil con estas fiebres violentas cuyas secuelas eran tan molestas.»

Apenas recuperó la salud, Laurent Mitoudidi le dio la orden de conducir una fuerza de dos columnas rebeldes contra un bastión enemigo en Albertville. «La orden es absurda –escribió–... nosotros somos sólo 30, de los cuales hay 10 enfermos o convalecientes.» Pero a pesar de sus reservas, quiso evitar un paso en falso y dijo a sus hombres que se prepararan para combatir.

Se ocupaban de esos preparativos cuando el 22 de mayo llegó un mensajero congoleño con la noticia de que había llegado «un ministro cubano». A esa altura el Che estaba habituado a los rumores más inverosímiles, ya que la «Radio Bemba» de los congoleños era tan activa como la de Cuba, pero al día siguiente, para su estupor, llegó nada menos que Osmany Cienfuegos a la cabeza de un contingente de diecisiete cubanos. Otros catorce permanecían en Kigoma a la espera de un bote para cruzar el lago. Así, los guerrilleros cubanos sumaban más de sesenta.

«En general, las noticias que traía [Osmany] eran muy buenas –escribió el Che–. Personalmente, sin embargo, trajo para mí la noticia más triste de la guerra: en conversaciones telefónicas desde Buenos Aires, informaban que mi madre estaba muy enferma, con un tono que hacía presumir que ése era simplemente un anuncio preparatorio... Tuve que pasar un mes en la incertidumbre, esperando los resultados de algo que adivinaba pero con la esperanza de que hubiera un error en la noticia, hasta que llegó la confirmación del deceso de mi madre... No llegó a conocer una carta de despedida para ella y mi padre dejada en La Habana.»[1]

El hecho de incluir un pasaje tan íntimo en su crónica es revelador de hasta qué punto lo había conmovido la noticia, pero «triste incertidumbre» era un eufemismo. Entre los efectos del Che devueltos posteriormente a Aleida había tres obras breves, especie de cuentos muy sombríos y angustiosos, escritos con ese simbolismo atormentado de sus obras juveniles, incluyendo uno que expresaba su dolor por la muerte de Celia madre.[2]

En realidad, Celia había muerto el 19 de mayo, tres días antes de la llegada de Osmany al campamento del Che. A los cincuenta y ocho años, había sucumbido al cáncer, igual que varios hermanos suyos. En los últimos tiempos vivía sola en un pequeño apartamento adyacente al de su hija Celia; veía a sus escasas amistades durante la semana y a sus hijos y nietos los sábados y domingos. Pocos estaban enterados de su enfermedad. Según su nuera María Elena Duarte, la ocultó hasta poco antes del fin, cuando sólo quedaba velar su agonía.

El 10 de mayo la internaron en la exclusiva Clínica Stapler de Buenos Aires, en un cuarto privado con gran ventanal. Cada vez que la visitaba,

1. El Che advirtió que la carta a sus padres fue enviada en octubre de 1965, después que Fidel rompiera el silencio y divulgara su carta de despedida.

2. Durante mucho tiempo, Aleida se negó a compartir estos escritos, argumentando que eran demasiado íntimos para divulgarlos. Pero ya se han publicado dos de ellos: *La duda* y *La piedra*. Véanse más detalles en el apéndice.

María Elena encontraba a su suegra mirando por la ventana con embeleso: «Sólo pido un día más», decía Celia.

Amigos como Ricardo Rojo y Julia «Chiquita» Constenla la visitaban y se turnaban en acompañarla. Desesperado por ayudarla a pesar de la prolongada separación, Ernesto padre buscaba la manera de salvarle la vida; incluso fue a la embajada soviética al oír que los rusos habían descubierto una cura para el cáncer. Su presencia seguramente fue reconfortante para Celia, quien confió a María Elena que él era el primer y único hombre en su vida y a pesar de todo aún lo amaba.

Pero el espectro del Che no dejaba de acosarlos. Cuando la administración de la clínica expresó su desagrado ante la presencia de la madre de tan prominente «comunista», la familia la trasladó a otra institución.

Los últimos pensamientos de Celia fueron para Ernesto. Rogó a Ricardo y Julia que llamaran a Aleida en La Habana para conocer su paradero. En marzo, Gustavo Roca, su amigo de la infancia, había visitado al Che en La Habana y llevado una carta para Celia donde decía que estaba a punto de renunciar a sus puestos, cortar caña durante un mes y luego trabajar en una fábrica del Ministerio de Industrias para estudiar los problemas desde abajo. Pero Celia recibió la carta el 14 de abril, cuando el Che había desaparecido y circulaba toda clase de rumores, y la misiva de su hijo la alteró aún más. Al día siguiente escribió una respuesta que Ricardo debía enviar a La Habana con un amigo de confianza.

Unos días después, Rojo se enteró de que Cuba le había negado el visado a su amigo. Celia le pidió que conservara la carta hasta que otro pudiera llevarla.

El 16 de mayo, cuando la muerte de Celia era inminente y aún se desconocía el paradero del Che, Rojo llamó a Aleida por teléfono, pero ella sólo dijo que él no estaba ahí y no podía comunicarse rápidamente. El 18 de mayo, Aleida llamó a Celia. Rojo, que estaba presente, escribió: «Celia estaba casi en coma, pero se sentó en la cama como si hubiera recibido corriente eléctrica. Fue una conversación frustrante, con mucho griterío y una sensación de impotencia.»

Celia no se enteró de nada con esa conversación y por eso, en un último esfuerzo inútil, Rojo envió un telegrama al «comandante Ernesto Guevara, Ministerio de Industrias, La Habana. Tu madre muy enferma quiere verte. Te abraza tu amigo. Ricardo Rojo». No hubo respuesta y Celia falleció al día siguiente.

Tres años después, Rojo dio a conocer la última carta de Celia a su hijo en su libro *Mi amigo el Che*. En ella, expresa su inquietud por la suerte de su hijo, ya que evidentemente da por sentado que el rumor sobre el distanciamiento entre él y Fidel era en cierta medida veraz.

Mi querido:

¿Mis cartas te parecen extrañas? No sé si hemos perdido la naturalidad con que solíamos hablarnos o si nunca la tuvimos y siempre hemos

hablado con ese tono levemente irónico que usamos en las orillas del Plata, exagerado por nuestro propio código familiar privado...

Desde que hemos adoptado este tono diplomático en nuestra correspondencia... tengo que encontrar significados ocultos entre líneas y tratar de interpretarlos. Leí tu última carta como leo las noticias..., descifrando o tratando de descifrar los verdaderos significados y las implicancias de cada frase. El resultado ha sido un mar de confusión y una mayor ansiedad y alarma.

No voy a usar lenguaje diplomático. Voy derecho al grano. Me parece una verdadera locura que, con tan pocas cabezas en Cuba capaces de organizar, se vayan todos a cortar caña por un mes... cuando hay tantos y tan buenos cortadores de caña en el pueblo... Un mes es mucho tiempo. Debe haber razones que no conozco. Hablando de tu propio caso, si después de ese mes te vas a dedicar a la administración de una fábrica, una tarea realizada con éxito por [Alberto] Castellanos y [Harry] Villegas, me parece que la locura se ha transformado en ridículo.

No es una madre la que habla. Es una vieja que espera ver el mundo entero convertido al socialismo. Creo que si seguís adelante con esto, no prestarás el mejor servicio a la causa del socialismo mundial.

Si todos los caminos en Cuba se te han cerrado por cualquier razón, en Argel hay un señor Ben Bella que apreciaría que le organizaras la economía o lo aconsejaras sobre ella; o un señor Nkrumah en Ghana que agradecería la misma ayuda. Sí, siempre serás un extranjero. Parece ser tu destino permanente.

Durante su funeral, la foto enmarcada del Che ocupó un lugar prominente sobre el féretro, y María Elena recuerda que sintió mucho pesar por los otros hijos de Celia: «Como si no estuvieran presentes, como si Celia tuviera un solo hijo, el Che.» Y por más que doliera a los otros, la observación era atinada. Ese lazo que había unido a Celia con su primer hijo, Ernesto, excluyó hasta cierto punto a los demás y perduró hasta el fin, a la vista de todos.

## V

Deprimido aún por las malas noticias de Osmany, el Che se sentó con Laurent Mitoudidi a discutir los planes militares. Lo convencería de que el ataque a Albertville era prematuro, que antes debían conocer la situación real en todos los sectores del frente. Él no tenía una visión precisa y el estado mayor tampoco, ya que dependía de informes de comandantes de campo alejados; y el Che empezaba a descubrir que éstos en general no eran fiables. Finalmente, Mitoudidi aceptó su propuesta de enviar cuatro grupos de guerrilleros a los distintos frentes.

El Che inmediatamente envió a varios hombres y en pocos días empe-

zó a recibir informes. En un par de frentes los hombres estaban bien armados y parecían dispuestos a combatir, pero la desgana y el caos generalizado reinaban en todas partes. Los jefes solían beber hasta quedar atontados y desmayarse a la vista de sus tropas como si fuera un pasatiempo normal. Los rebeldes iban y venían en jeep por los caminos que controlaban, pero se preocupaban poco por desarrollar la guerra. Ocupaban posiciones estáticas, no hacían instrucción ni salían de reconocimiento ni buscaban información. Contaban para su abastecimiento con los intimidados campesinos de la región. Éstos temían a los rebeldes que, como señaló el Che, los sometían a frecuentes «vejámenes y malos tratos». Su conclusión fue que «la característica del Ejército Popular de Liberación era la de ser un ejército parásito».

El Che empezó a descubrir que los congoleños eran gente perezosa. Durante las marchas sólo cargaban sus armas, municiones y mantas; si se les pedía que llevaran algo más, respondían, *Mimi hapana motocar* (no soy un camión). Con el tiempo empezaron a decir, *Mimi hapana cuban* (no soy cubano). Los cubanos se hicieron rápidamente una pésima opinión de sus camaradas congoleños.

En el frente de Lulimba, Víctor Dreke observó que los rebeldes ocupaban una posición elevada a siete kilómetros del puesto enemigo y hacía meses que no bajaban de allí. En lugar de realizar ataques, pasaban los días disparando un gran cañón de 75 milímetros sin retroceso hacia el enemigo, que estaba lejos del alcance del arma. El jefe de este frente, que se hacía llamar «general Mayo», no ocultaba su hostilidad hacia Kabila y Mitoudidi, que según él eran un par de «extranjeros». Mayo había desobedecido la orden de Mitoudidi de presentarse ante él.

En Lualaborg, Mitoudidi hacía lo posible por disciplinar a sus hombres: castigaba a los bebedores de *pombe* enterrándolos hasta el cuello, suspendía la distribución de armas y pronunciaba filípicas severas. Cuando el Che dijo que se sentía aislado de los combatientes por falta de conocimiento del idioma, Mitoudidi le envió a uno de sus ayudantes, un adolescente llamado Ernesto Ilanga, para que le diera clases diarias de swahili.

A principios de junio, el Che se sentía cada vez más angustiado por el tedio; escribió que la vista desde el campamento, enmarcada por dos colinas que permitían ver una pequeña parte del lago, se le hacía «odiosa». Envió otros grupos de reconocimiento, pero no podían emprender acciones sin la autorización de Laurent Kabila, el superior de Mitoudidi. Recibían mensajes de que Kabila estaba a punto de llegar, que se retrasaba, que llegaría mañana sin falta, o pasado mañana. «Y seguían arribando barcos con una buena cantidad de armas de gran calidad; era verdaderamente lastimoso observar cómo se desperdiciaban recursos de los países amigos, de China y de la Unión Soviética fundamentalmente, el esfuerzo de Tanzania, la vida de algunos combatientes y de civiles para realizar tan poca cosa.»

El 7 de junio, el Che fue a despedir a Mitoudidi a la base de Kibamba; el campamento del estado mayor se desplazaría a un punto cercano sobre la

orilla del lago, y el jefe quería inspeccionarlo. Antes de despedirlo, le pidió que le dijera la verdad sobre la ausencia de Kabila; Mitoudidi confesó que el jefe no vendría aún porque el primer ministro chino Chou En-lai era esperado en Dar es Salam, y Kabila quería conversar con él sobre sus peticiones de ayuda.

El Che inició el ascenso de la montaña, pero antes de llegar a la cima lo alcanzó un mensajero con la noticia de que Mitoudidi se había ahogado en el lago. Fue un golpe duro, porque había depositado en él sus esperanzas de hacer algo en el Congo. Este capítulo de *Pasajes* se titula «Muere una esperanza» y, en realidad, las circunstancias turbias que rodearon el deceso de Laurent Mitoudidi parecen una síntesis de los problemas de la «revolución» a la que el Che quería prestar ayuda.

Según un par de cubanos que estaban en el bote, soplaba un fuerte viento y había olas en el lago, y la caída de Mitoudidi al agua fue «accidental». Sin embargo, el relato despertó las sospechas del Che, quien escribió: «A partir de ese momento se suceden una serie de hechos extraños, que uno no sabe si atribuir directamente a la imbecilidad, a la extraordinaria superstición (ya que el lago está poblado de toda clase de espíritus) o a algo más serio.» Mitoudidi había permanecido a flote y pidiendo auxilio durante diez o quince minutos, pero dos hombres que se arrojaron al agua para salvarlo también se ahogaron. Los hombres del bote habían parado el motor, y cuando volvieron a encenderlo «parecía que alguna fuerza mágica no les permitía acercarse a donde estaba Mitoudidi; por fin, mientras éste todavía continuaba pidiendo auxilio, la barca se dirigió a la orilla y los compañeros lo vieron desaparecer poco después».

La muerte de Mitoudidi era un revés trágico, pero había que sobreponerse. A fines de junio, después de dos meses de no hacer «absolutamente nada», los cubanos iniciaron su guerra en el Congo. El tutsi ruandés Mudandi, un comandante rebelde formado en China, llegó de Dar es Salam con órdenes de Kabila: habían abandonado el plan de atacar Albertville; el Che debía atacar la guarnición militar y planta hidroeléctrica del fuerte Bendera. El plan no le agradó; sabía por los tutsis de Mudandi que Bendera era un puesto bien fortificado, defendido por trescientos soldados y cien mercenarios blancos. Le pareció un objetivo demasiado grande para sus fuerzas mal preparadas, pero finalmente decidió llevar a cabo el plan de Kabila, ya que un poco de acción era mejor que nada. Pero ante la falta de respuesta de Kabila a su petición de que se le permitiera acompañar la fuerza de ataque siquiera en calidad de «comisario político», el Che tuvo que quedarse atrás; a fines de junio, la columna de cuarenta cubanos y ciento sesenta congoleños y tutsis ruandeses partió hacia Bendera.

Atacaron el 29 de junio, con resultados catastróficos. El jefe de asalto, Víctor Dreke, informó que al iniciarse el combate, muchos tutsis abandonaron sus armas y huyeron, mientras que muchos congoleños se negaron a combatir. Más de un tercio desertó antes del inicio de las acciones. Además, murieron cuatro cubanos y el diario personal de uno de ellos cayó en manos enemigas. Debido a ello, los mercenarios y la CIA norteamericana

–que había enviado a exiliados anticastristas en misiones de bombardeo y reconocimiento para las fuerzas del gobierno– se enteró de que había cubanos combatiendo con los rebeldes. En efecto, el comandante mercenario Mike Hoare escribiría más adelante que la audacia del ataque había despertado sus sospechas de que los rebeldes recibían ayuda del exterior; el diario secuestrado, que entre otras cosas mencionaba un itinerario de viaje de La Habana a Praga y Pekín, fue la primera prueba irrefutable de la presencia de guerrilleros cubanos en la región.

Al hacer el balance del fiasco, el Che tuvo que confrontar la perniciosa *dawa* en todo su vigor. Los africanos atribuían la derrota a una «mala *dawa*» y decían que su *muganga* (brujo) era «ineficiente». «Éste trató de defenderse echándoles la culpa a las mujeres y al miedo, pero allí no había mujeres, y no todos (algunos más sinceros sí) estaban dispuestos a confesar sus debilidades –escribió–. El brujo se las vio negras y fue sustituido.»

La derrota de Bendera humilló y desmoralizó a los congoleños y ruandeses, pero los cubanos estaban furiosos; si los congoleños no combatían por su propia causa, ¿por qué habrían de hacerlo ellos? El Che había abrazado el espíritu del «internacionalismo proletario» con profunda convicción, pero las circunstancias adversas revelaron que no todos sus camaradas cubanos lo habían asimilado en el mismo grado, y se oyó decir a varios que querían volver a su país.

«Se palpaban síntomas de descomposición en nuestra tropa –confesó el Che–... Mantener la moral [de los cubanos] era una de mis preocupaciones fundamentales.» Ansioso por entrar en acción, envió una carta al estado mayor en Kibamba en la que expresó su disgusto por la labor de las tropas en Bendera y preguntó qué querían que hiciera con el nuevo contingente de cubanos a punto de llegar. En carta a Kabila, dijo que debía permitirle participar en futuras operaciones militares.

Hacia finales de mes el Che escribió en su diario: «Es el balance más pobre hasta el momento actual. Cuando todo parecía indicar que iniciábamos una nueva era, sucede la muerte de Mitoudidi y la nebulosa es más densa. El éxodo [de combatientes] hacia Kigoma continúa, Kabila ha anunciado su ingreso en reiteradas oportunidades y nunca lo ha hecho, la desorganización es total.»

Mientras evacuaban a los heridos del campo de batalla, desde la base de Kibamba junto al lago llegó un cuarto grupo de cubanos. Entre los treinta y nueve estaba Harry Villegas, su joven escolta de Sierra Maestra, excluido de la misión de Masetti por ser negro. Fidel lo había escogido personalmente para que velara por la seguridad del Che y lo librara de peligros en el Congo. Villegas se había casado con una de las secretarias del Che, una bonita mulata de origen chino llamada Cristina Campuzano, pero había abandonado a ella y a su hijo recién nacido para acompañar a su jefe y maestro. Recibió el seudónimo de «Pombo», que con el tiempo sería más famoso que su propio nombre.

El Che aprovechó la llegada del contingente para dirigirles unas pala-

bras de ánimo y a la vez una solemne advertencia. Apeló a la «combatividad» para aplacar la disuasión entre los cubanos. «Enfático sobre la necesidad de mantener una disciplina rígida», escribió. A continuación criticó públicamente a uno de los cubanos por sus «manifestaciones derrotistas». «Fui muy explícito con respecto a lo que nos esperaba; no solamente hambre, balas, sufrimientos de toda clase, sino, incluso, en algunas oportunidades, el ser muerto por los propios compañeros [africanos] que no tenían nociones de tiro. La lucha sería muy difícil y larga; hacía esta advertencia porque estaba dispuesto en ese momento a aceptar que los recién llegados plantearan sus dudas y retornaran [a Cuba], si así lo deseaban; después no sería posible.»

Ninguno de los recién llegados dio «señales de debilidad», pero para su consternación, tres de los participantes en el asalto a Bendera sí lo hicieron. «Les recriminé su actitud y les previne que iba a pedir las más fuertes sanciones contra ellos.»

La indignación se trocó por una sensación de deslealtad personal cuando Sitaini, escolta suyo durante los últimos seis años y combatiente de la Sierra, también pidió el regreso. Fue «más doloroso aún porque utilizó argumentos mezquinos pretendiendo desconocer lo que a todo el mundo le había prevenido sobre la duración de la guerra, vaticinando tres años con buena suerte, de lo contrario, cinco. Ése era un estribillo que tenía para hacer las prevenciones de la duración y dureza de la lucha y Sitaini lo conocía mejor que nadie porque continuamente me acompañaba. Le negué la salida, tratando de hacerle comprender que sería un desprestigio para todos; él tenía la obligación de quedarse allí».

A partir de entonces, escribió, Sitaini fue «casi cadáver». Un par de meses después, el Che le dio permiso para partir, pero evidentemente no volvió a dirigirle la palabra. Sus conocidos en Cuba dicen que Sitaini nunca se recuperó de su abrupta y humillante caída en desgracia.

Desde lejos llegaron otras malas noticias. El 19 de junio, su amigo el presidente argelino Ben Bella había sido derrocado por un golpe de Estado encabezado por su propio ministro de Defensa, Houari Boumedienne. Era un mal presagio para las operaciones cubanas en África; Argelia era un socio esencial de las operaciones multilaterales en apoyo de los rebeldes congoleños contra el régimen pro occidental de Leopoldville. La inmediata y furiosa condena de Fidel al golpe y el nuevo gobierno parecían poner fin de una tacada a la laboriosa «unidad» entre los dos Estados revolucionarios.

Antes de que el Che tuviera la oportunidad de organizar una fuerza combatiente eficaz, la operación pareció derrumbarse. Muerto Mitoudidi, debía tratar con hombres carentes de formación política, del sentido de su misión y, por supuesto, de espíritu combativo. Habían pasado tres meses y Kabila no aparecía. En los últimos tiempos el comandante congoleño había adquirido el hábito de enviarle breves notas mordaces en las que lo instaba a tener «coraje y paciencia», le recordaba en tono condescendiente, «usted es un revolucionario, debe soportar todas las dificultades» y desde luego, repetía que llegaría de un momento a otro.

Aunque seguramente estaba indignado, el Che respondía con exquisita diplomacia, reiterando su lealtad y respeto tanto por la causa congoleña como por Kabila como «su» comandante, insistiendo en que debía hablar con él y disculpándose por haber llegado de manera clandestina. Para entonces sospechaba que Kabila estaba ofendido por su presencia y que tal vez ése era el motivo de su ausencia del frente. «Hay indicios serios de que no le causa la menor gracia mi presencia –escribió–. Falta saber si es miedo, celos o sentimientos lastimados por el método [empleado para legar].»

Las tropas del gobierno con sus jefes mercenarios empezaban a adentrarse profundamente en el territorio rebelde en sus incursiones, enviaban aviones de reconocimiento a sobrevolar el lago y ametrallar los botes y la base de Kibamba. Esto alarmó al estado mayor, y en respuesta a su petición el Che envió con reticencia a varios cubanos a manejar las ametralladoras pesadas a modo de defensa antiaérea.

«Mi ánimo estaba bastante pesimista esos días –confesó–, pero bajé con cierta alegría el 7 de julio, cuando se me anunció que había llegado Kabila. Por fin estaba el jefe en el lugar de operaciones.»

En efecto, Kabila había llegado, llevando consigo al comandante Ildefonse Masengo para reemplazar a Mitoudidi. Pero en una nueva señal de que las cosas no marchaban bien en el seno de la dirección rebelde, tuvo fuertes críticas para su jefe político Gaston Soumaliot, a quien calificó de demagogo, entre otras cosas. Volvió a Tanzania al cabo de cinco días con la explicación de que debía reunirse con Soumaliot para resolver la situación. Durante esos días, su presencia motivó a las tropas, que se pusieron a cavar trincheras de defensa antiaérea y construir una nueva clínica con todo entusiasmo. Sin embargo, tras su partida –algunos cubanos amargados habían hecho apuestas sobre la duración de su permanencia– todo se derrumbó. Los congoleños abandonaron las palas y se negaron a trabajar.

La verdad era que en el seno del Consejo de Liberación se libraba una lucha por el poder entre los dirigentes políticos, cada uno de los cuales derivaba su fuerza de su presunto poder militar por medio de alianzas variables con los dirigentes guerrilleros regionales. Esos hombres eran los rostros visibles de la rebelión congoleña ante el mundo exterior (realizaban conferencias cimeras, se entrevistaban con jefes de Estado como Nasser, Nyerere y Chou En-lai) y recibían enormes cantidades de ayuda exterior. Los chinos todavía eran los principales proveedores de armas y, en algunas zonas, incluso de asesores militares, pero los soviéticos y búlgaros competían con ellos, enviando ayuda como el cargamento de medicamentos soviéticos que el Che había visto desparramado en la orilla. Combatientes congoleños asistían a cursos de instrucción militar y política en los tres países.

En el frente aparecían nuevos problemas: las relaciones entre los congoleños y los tutsis ruandeses estaban más deterioradas que nunca. Mudandi, el comandante tutsi a quien el Che consideraba responsable de la lamentable actuación de los combatientes en Bendera, expresó sus propias quejas. Sus hombres no combatieron en Bendera, dijo, porque los congole-

ños no lo hicieron a pesar de que se trataba de *su* país y *su* guerra. El rencor de Mudandi fue creciendo hasta extenderse a Kabila y todo el consejo, a cuyos dirigentes acusó de abandonar deliberadamente a los hombres en el frente.

La situación empeoró aún más. Llegó la noticia de que Mudandi había matado a tiros a su propio lugarteniente, culpándolo aparentemente de la «mala *dawa*» en Bendera. Un oficial rebelde congoleño fue al campamento de Mudandi a investigar el informe y lo echaron sin miramientos. Este oficial amenazó con irse del Congo si no fusilaban a Mudandi, quien mantuvo su actitud de rebeldía frente a Kabila y el Consejo de Liberación: declaró desde su zona que sus hombres no volverían a combatir a menos que lo hicieran los congoleños.

Para colmo de males, además de maltratarse entre ellos y a los campesinos, tanto los tutsis como los congoleños trataban a sus prisioneros con extraordinaria crueldad. Un día el Che se enteró de que habían capturado a un mercenario francés en el lago y, de acuerdo con la costumbre, lo habían enterrado hasta el cuello en el campamento. Cuando envió mensajeros a pedir su liberación con el fin de interrogarlo, el comandante respondió con evasivas. Al día siguiente les dijeron que el hombre había muerto.

Entre los cubanos cundía el disentimiento. Cuatro hombres más, entre ellos dos médicos, pidieron permiso para retirarse. «Fui menos violento y mucho más hiriente con los dos médicos que con los simples soldados, que reaccionaban ante los hechos en una forma más o menos primitiva», escribió el Che. Pero el espectro de una deserción masiva de sus hombres lo indujo a una reflexión más profunda.

«Lo real era que al primer revés serio... varios compañeros se descorazonaron y decidieron retirarse de una lucha a la que venían a morir, si era necesario, voluntariamente además, rodeados de un halo de bravura, espíritu de sacrificio, de entusiasmo; de invencibilidad en una palabra. ¿Qué significado tiene la frase: "Hasta la muerte, si es necesario"? La respuesta entraña la solución de problemas serios en la creación de nuestros hombres del mañana.»

En cuanto a la situación militar, el Che había llegado a una encrucijada. Hasta entonces se había aferrado obstinadamente a la esperanza de que de alguna manera podría poner en marcha a los congoleños y revertir el deterioro de la situación, pero después de Bendera comprendió que se necesitaban medidas drásticas para mejorar la capacidad combativa de los rebeldes; en caso contrario, estaban perdidos. A fines de julio comprendió que el plazo inicial que había calculado para la victoria de la «revolución congoleña» estaba muy alejado de la realidad, y reflexionó que «cinco años constituían una meta muy optimista...».

Mientras tanto, trataba de mantener la presión sobre el enemigo por medio de emboscadas conducidas por cubanos; además, en vista de la inutilidad de la red de información rebelde, estas patrullas trataban de descubrir las posiciones enemigas. Estas misiones producían resultados tragicómicos. Un pelotón conducido por el cubano Aly atacó una unidad policial, pero,

como apuntó el Che con malhumor, «de los 20 congoleses que fueron con él... 16 se dieron a la fuga». En otra acción con mejor fortuna, Papi Martínez Tamayo montó una emboscada de cubanos y congoleños en el camino que unía el fuerte de Albertville con el de Bendera. Dio un golpe respetable al destruir un convoy de dos vehículos blindados con un jeep y matar a siete de los mercenarios blancos que lo conducían. Pero en otra emboscada con los ruandeses a un camión militar, éstos huyeron despavoridos, disparando sus armas al aire, y el «fuego amigo» le arrancó un dedo a uno de los cubanos. En compensación, el comandante ruandés sacó su cuchillo y ofreció amputarle los dedos al culpable, pero Papi lo disuadió. A continuación, el comandante y sus hombres procedieron a beber el whisky y las cervezas que hallaron en el camión emboscado. Totalmente borrachos, mataron a un campesino que pasaba, asegurando que era un «espía».

El 12 de agosto, en un mensaje franco a sus combatientes cubanos, el Che reconoció que la situación era mala y pasó revista a las debilidades de la organización rebelde a la que pretendían ayudar. Los dirigentes no iban al frente, los combatientes no combatían ni tenían el menor sentido de la disciplina o el sacrificio. «Naturalmente, con esas tropas no se gana una guerra», confesó. Por otra parte, comprendió que su plan original de traer guerrilleros de otros países a formarse en la «escuela» congoleña de la guerra de guerrillas era inconcebible. (Unos días después, Pablo Ribalta le hizo saber que enviaba a un grupo de cubanos a organizar una base de instrucción para las guerrillas de Mozambique y otros países africanos. El Che le aconsejó que no lo hiciera, ya que se encontrarían con un panorama «de indisciplina, de desorganización, de desmoralización completa».)

Desde la derrota en el fuerte Bendera, el Che había redoblado sus esfuerzos para convencer a los congoleños de que aceptaran sus propuestas. Esbozó un plan que incluía una nueva estructura de mando militar central unificado, un riguroso programa de instrucción, un sistema eficiente y disciplinado de abastecimientos y una red de comunicaciones. Propuso que se formara un pelotón rebelde para perseguir y desarmar a los desertores que asolaban la región, tanto para restaurar el orden como para recuperar armas valiosas. Importunaba a Kabila con una andanada constante de peticiones que habitualmente recibían respuestas indirectas o evasivas y perseguía sus objetivos en reuniones frecuentes con Masengo. El nuevo jefe del estado mayor congoleño parecía abierto a sus sugerencias, pero carecía de autoridad para tomar decisiones y la situación se prolongaba sin solución.

Cuando pidió una vez más que se le permitiera visitar el frente, Masengo reaccionó alarmado, invocando su inquietud por la «seguridad personal» del Che. Éste rechazó la explicación y preguntó perentoriamente si el problema verdadero era la «desconfianza» en él. Masengo, que lo negó con vehemencia, acabó por acceder a llevarlo a conocer algunos comandos regionales. La conclusión del Che fue que en realidad Masengo y Kabila sabían que su ausencia había generado rencor entre los combatientes y temían que una visita suya a los frentes que ellos jamás habían pisado los «pondría en evidencia».

Masengo cumplió su promesa de llevarlo en una breve gira de inspección de las bases cercanas, pero entonces llegó un mensaje de Kabila que exigía la presencia del jefe del estado mayor en Kigoma. La lucha por el poder en el seno de la dirección rebelde había alcanzado su clímax. A principios de agosto, Gaston Soumaliot destituyó a Christophe Gbenye como jefe del Consejo Nacional Revolucionario Congoleño con el argumento de que había traicionado a sus camaradas al negociar clandestinamente con el régimen. Masengo prometió regresar al día siguiente. Pero una semana después aún no había regresado, y entonces el Che partió hacia el frente rebelde cerca del fuerte Bendera para conocer la situación de primera mano. Era el 18 de agosto.

## VI

Mientras tanto, entusiasmado como un maestro de ajedrez que olfatea la victoria, Fidel enviaba más contingentes cubanos a Tanzania. A principios de septiembre de 1965 llegó el quinto grupo. Entre sus integrantes estaban el corpulento secretario del PURS, Emilio Aragonés –quien se ganó inmediatamente el mote de «Tembo» (Elefante)–, y el viejo camarada de guerra y huésped permanente del Che, entonces jefe de estado mayor del ejército occidental de Cuba, doctor Oscar Fernández Mell, llamado «Siki» (Vinagre) debido a su personalidad supuestamente agria.

La llamada de La Habana sorprendió a Fernández Mell de vacaciones en la playa de Varadero. Oscarito era uno de los pocos que conocían la desaparición del Che (le había tomado moldes dentales para fabricarle una dentadura postiza como parte de su disfraz al salir de Cuba), pero no sabía ni le había preguntado cuál era su destino, dando por sentado que era algún país sudamericano.

«Siempre hablaba de eso, ya lo había propuesto en los tiempos de la Sierra Maestra –dijo Mell–. Decía que después de Cuba liberaría su país [Argentina]. Era su meta final, ésa es la gran verdad... Cuando me llamaron, pensé que era para *eso*, pero cuando [me dijeron] que era para África, ni siquiera lo pensé, y me dije: "Bueno, si está allá, vamos allá."»

En Cuba reinaba una sensación general de euforia en torno de la misión africana del Che, dijo Fernández Mell. «Decían que todo estaba bien, que las cosas marchaban, que habían librado batallas victoriosas, etcétera. Y que nuestra misión era darle una mano al Che en lo que hiciera falta y servirle de reserva.» Aragonés y él habían partido embargados por el optimismo y el entusiasmo, aunque Fidel había dicho con preocupación que el Che parecía «demasiado pesimista» sobre las perspectivas. Al aterrizar, no tardaron en descubrir que la situación no era como la pintaban.

En Dar es Salam conocieron a Kabila, quien para disgusto de Mell andaba por la ciudad en un Mercedes Benz. En Kigoma no les permitieron cruzar el lago en la «lancha de Kabila», un potente bote de motor, reciente donación cubano-soviética; tuvieron que hacerlo en una embarcación más

grande y lenta. Cuando llegaron a Kibamba, lo primero que les dijo Kumi, el médico cubano del dispensario, fue: «Ya verán lo que es esto, una mierda.» Pombo, el escolta del Che, bajó a recibirlos y durante el penoso ascenso se enteraron en detalle de lo mal que andaban las cosas. El Che, harto de que lo «retuvieran» en la base, había partido, lo cual no sorprendió en absoluto a su amigo Mell.

«Bajo ese exterior sereno, escribiendo, leyendo y pensando, el Che era un hombre de tremenda actividad. Era un volcán en erupción que quería hacer cosas y que en el Congo quería que fuese como en la Sierra Maestra, quería pelear, quería ir a donde estaban los mercenarios.»

Enterado de su llegada, el Che volvió inmediatamente a la base con el íntimo temor de que tuvieran órdenes de llevarlo de vuelta a Cuba. Para su alivio y satisfacción, le dijeron que habían viajado voluntariamente ya que deseaban participar en la misión.

La breve gira de inspección le había levantado el ánimo. Por primera vez, había establecido un contacto cordial con los campesinos, algo que nunca dejaba de encantarle. «Como los campesinos de cualquier lugar del mundo, éstos eran receptivos al menor interés humano en ellos», escribió. Había realizado un poco de «acción social» al distribuir semillas para la siembra y prometer visitas regulares de médicos a la zona. Incluso volvió a su antigua profesión al suministrar inyecciones de penicilina para la enfermedad «tradicional» de la región, la gonorrea, y pastillas contra el paludismo. En un lugar los aldeanos se vistieron de «demonio de la selva», bailaron una danza ritual en torno a un ídolo de piedra y sacrificaron un cordero. «El ritual parece complicado, pero lo esencial es sumamente simple; al dios, la piedra ídolo, se le hace un sacrificio y después se come el animal sacrificado y se aprovecha la ocasión para comer y beber en profusión.»

En todas partes el Che trató de convencer a los jefes de que enviaran a sus hombres a recibir instrucción en la base, pero la respuesta invariable era que querían *recibir* instructores cubanos en sus campamentos, ya que su presencia les daba prestigio. Había programado algunas emboscadas en las cuales, por primera vez, los ruandeses habían participado activamente en lugar de huir. Poca cosa, en verdad, para alimentar el optimismo, pero después de tantos meses de depresión e inactividad el Che pensaba que se habían dado algunos pasos y tenía esperanzas en el futuro.

En septiembre tuvo que volver a la realidad. El gobierno de Tanzania empezaba a obstaculizar la acción de los congoleños, a quienes se les hacía difícil trasladar hombres y provisiones desde Kigoma. En el mismo Congo, los simpatizantes de Gbenye causaban problemas en las zonas rebeldes periféricas y se habían producido enfrentamientos entre facciones partidarias y adversarias del Consejo. En varias aldeas partidarias de Gbenye hubo disparos contra Masengo, quien debió batirse en retirada. La situación se volvía peligrosa para los cubanos: no se sabía quién era amigo o enemigo. El Che quería lanzar acciones coordinadas contra los mercenarios antes de que tomaran la iniciativa. Después de enviar unidades a reforzar las defensas, fue a

la aldea de Fizi, la plaza fuerte del autoproclamado «general» Moulana, cuya única defensa antiaérea era una ametralladora manejada por un mercenario griego que había caído prisionero. El Che trató de convencerlo de que enviara a sus hombres a la base del lago para instruirlos, pero el general se negó. En todo caso, el viaje no fue una pérdida de tiempo total, ya que Moulana le brindó uno de los espectáculos más pintorescos de toda su estadía en el Congo. Invitó al huésped distinguido a su aldea natal de Baraka y se vistió especialmente para la ocasión. Su indumentaria consistía en «un casco de motociclista con una piel de leopardo arriba, lo que le confería un aspecto bastante ridículo», comentó el Che. Su ingenioso escolta Carlos Coello –llamado Tumaini– lo bautizó rápidamente como el Cosmonauta. En Baraka, los cubanos tuvieron que soportar un desfile militar «chaplinesco». Lo más deprimente, comentó el Che después, era que los combatientes congoleños preferían los desfiles a la instrucción de combate.

A continuación visitó la casa del «general Lambert», un rival de Moulana, el primero que le había hablado sobre la *dawa*. Éste se embriagó con *pombe* y resultó un borracho tan simpático que el Che no se tomó la molestia de sermonearlo. Partió con la promesa de Lambert de enviarle «350 hombres» para atacar la guarnición de Lulimba. (Por supuesto, Lambert jamás reunió semejante fuerza.)

A principios de octubre el Che comprendió que sería imposible llevar a cabo un ataque victorioso sin un cambio drástico de sus métodos. Cuando volvió Masengo, ya había elaborado un plan. Para dejar de tratar con los rebeldes existentes –que en su opinión eran absolutamente incorregibles–, el Che quería reclutar combatientes entre los campesinos de la zona para conformar una columna independiente bajo su mando. «Haríamos una especie de academia combatiente –escribió–... Además, organizaríamos un estado mayor más racional que permitiera dirigir operativamente todos los frentes.»

Mientras discutía con Masengo sobre la manera de «hacer surgir de las ruinas al Ejército de Liberación», uno de los cubanos dejó caer su encendedor, y al instante comenzó un incendio. Una tras otra, las chozas de paja estallaron en llamas. Pombo pudo salvar el diario personal y otros efectos del Che, pero empezaron a estallar las granadas y todo el mundo huyó despavorido. El Che condenó al infeliz culpable, que por otra parte era un buen camarada, a pasar tres días sin comer.

«Cuando estábamos en plena fiesta de balas y granadas explotando –escribió–..., llegó Machadito, nuestro ministro de Salud Pública, con unas cartas y un mensaje de Fidel.»

José Ramón Machado Ventura, Machadito, el médico que en la sierra le había extraído al Che una bala de M-1 del pie, venía a inspeccionar los problemas de salud en territorio rebelde a raíz de una petición insólita de Gaston Soumaliot de que le enviaran cincuenta médicos cubanos. Semanas antes, al enterarse de que Fidel pensaba recibir a Soumaliot en La Habana, el Che le había enviado un mensaje urgente en el que le aconsejaba no reu-

nirse con él ni darle ayuda material. Fidel no recibió la misiva a tiempo o decidió pasarla por alto, porque recibió a Soumaliot con toda la pompa. Éste pintó «un cuadro idílico» de la revolución congoleña y pidió «cincuenta médicos» cubanos, a lo que Fidel accedió inmediatamente. Después de escuchar las férreas objeciones del Che y conocer la situación de primera mano, Machadito prometió informar a Fidel.

«Ya antes había recibido a través de Tembo [Aragonés] la impresión de que se pensaba en Cuba que mi actitud era muy pesimista –escribió el Che–. Esto estaba reforzado ahora por un mensaje personal de Fidel en el cual me aconsejaba no desesperarme, pedía que me acordara de la primera época de la lucha [en Cuba] y recordaba que siempre estos inconvenientes sucedían.»

Aprovechando la partida inmediata de Machadito, le escribió una larga carta al jefe. «Querido Fidel: Recibí tu carta que provocó en mí sentimientos contradictorios ya que en nombre del internacionalismo proletario cometemos errores que pueden ser muy costosos. Además, me preocupa personalmente que, ya sea por mi falta de seriedad al escribir o porque no comprendas totalmente, se pueda pensar que padezco la terrible enfermedad del pesimismo sin causa... Te diré solamente que aquí, según los allegados, he perdido mi fama de objetivo manteniendo un optimismo carente de base, frente a la real situación existente. Puedo asegurarte que si no fuera por mí este bello sueño estaría totalmente desintegrado en medio de la catástrofe general.»

A continuación le explicó con franqueza brutal cómo los congoleños derrochaban la ayuda exterior: «Llegaron tres lanchas soviéticas de paquete [flamantes] hace poco más de un mes y ya dos están inservibles y la tercera, en la que cruzó el emisario, hace agua por todos lados.» Sólo pedía que le enviaran cien cubanos más –«que no deben ser todos negros»–, algunas bazucas, fulminantes eléctricos para las minas y un poco de explosivo R-4.

En cuanto a la asistencia sanitaria solicitada: «Con cincuenta médicos la zona liberada del Congo contaría con la envidiable proporción de uno para cada mil habitantes, nivel que han pasado la Unión Soviética, Estados Unidos y dos o tres de los países más adelantados del mundo.»

«Confíen un poco en mi criterio y no juzguen por las apariencias», escribió en conclusión. Pidió a Fidel que «sacudiera» a sus informantes, quienes según él «presentan imágenes utópicas, que nada tienen que ver con la realidad. He tratado de ser explícito y objetivo, sintético y veraz. ¿Me creen?».

Efectivamente, los rebeldes congoleños derrochaban los recursos enviados por Cuba y otros países. Un grupo de combatientes acababa de llegar a la base del lago después de seis meses de instrucción en Bulgaria y China. El Che comentó con sorna que su primera inquietud fue pedir quince días de permiso para visitar a sus familias. «Luego estirarían ese plazo por resultarles corto. En todo caso, ellos eran cuadros entrenados por la Revolución, no podían arriesgarse en la pelea, sería una irresponsabilidad; venían a verter sobre sus compañeros la montaña de conocimientos acumulados en seis

meses de estudios teóricos, pero no se podía cometer el crimen de lesa revolución de hacerlos combatir.»

Se abocó a la tarea que tenía entre manos: su visión de una «academia combatiente» que en su versión más reciente tendría doscientos diez hombres, entre campesinos y rebeldes de los tres frentes principales. Después de lo que había visto, dudaba de la capacidad o disposición del general Moulana para defender la estratégica llanura de Fizi, por la que avanzaría una eventual ofensiva del gobierno. Envió a Mell y varios hombres a tratar de convencer al «general cosmonauta» de que tomara medidas para organizar la defensa de Fizi.

Una vez más tuvo que aleccionar a sus descontentos efectivos cubanos. «Les expresé que la situación era difícil –escribió–. Se desmoronaba el Ejército de Liberación y había que luchar para salvarlo de la ruina. Nuestro trabajo sería muy duro y muy ingrato y no les podía pedir a ellos que tuvieran confianza en el triunfo; personalmente creía que se podían arreglar las cosas aunque con mucho trabajo y multitud de fracasos parciales. Tampoco les podía exigir que tuvieran confianza en mi capacidad de dirección, pero sí, como revolucionario, podía exigirles que tuvieran respeto por mi honestidad. Fidel estaba al tanto de las cosas fundamentales y ninguno de los hechos ocurridos se ocultó; no había venido a ganar glorias propias en el Congo y no iba a sacrificar a nadie por mi honor personal.» Lo importante era ganar la obediencia de sus hombres, pero comprendía que no los había convencido. «Quedaba muy atrás la época romántica en que amenazaba a los indisciplinados con enviarlos de vuelta a Cuba; si lo hubiera hecho ahora, quedaba reducido a la mitad de los actuales efectivos, con buena suerte.»

Para colmo, la malaria y la gastroenteritis hacían estragos entre los cubanos. Él mismo las padeció, como apuntó con humor sombrío: «En el diario de campaña tenía apuntado, hasta que el rigor de las carreras venció al espíritu científico, la estadística de mi caso; en 24 horas más de 30 deposiciones. Cuántas más, lo sabe la manigua.»

Mientras tanto, sus intentos de ganar a los combatientes congoleños no registraban progresos. Un día, cuando se negaron a realizar una tarea, el Che estalló: «Les hablé en francés, enfurecido; les espetaba las cosas más terribles que podía encontrar en mi pobre vocabulario y, en el colmo de la furia, les dije que había que ponerles faldas y hacerles cargar yuca en una canasta (ocupación femenina), porque no servían para nada, que eran peor que mujeres, prefería formar un ejército de mujeres antes que con individuos de esa categoría. Mientras el traductor vertía la "descarga" al swahili, todos los hombres me miraban y se reían a carcajadas con ingenuidad desconcertante.»

Había ciertas barreras culturales que jamás pudo superar. Frente a una de ellas, la *dawa*, optó por una solución pragmática: trajo a un brujo, o *muganga*, para las tropas congoleñas. «Ocupó su puesto en el campamento [e] inmediatamente se hizo cargo de la situación», apuntó.

A mediados de octubre, al comenzar la estación de las lluvias, se inició

la esperada ofensiva del gobierno. El Che y sus hombres aún no estaban preparados. Apoyados por una flota de lanchas armadas, botes veloces y una pequeña fuerza aérea compuesta por bombarderos, helicópteros y aviones espía, los mercenarios de Mike Hoare empezaron a penetrar en territorio rebelde, en una maniobra de tenaza a tres bandas. Tomaron fácilmente el frente del general Moulana en Baraka y Fizi y avanzaron hacia Lubonja. Las defensas del general Lambert se desmoronaron; sus hombres y los cubanos que los acompañaban huyeron hacia el lago. El Che envió a Mell y Aragonés con Masengo a hacerse cargo del lago mientras él establecía un campamento nuevo en la base de las estribaciones.

## VII

El nudo en torno del Che se estrechó aún más, no por la acción de los mercenarios de Hoare sino debido a un acuerdo político del gobierno congoleño de Leopoldville y los partidarios del Ejército de Liberación en la Organización de Unidad Africana, entre los cuales se contaba Tanzania.

El régimen del primer ministro congoleño Moise Tshombé estaba en la lista negra de la OUA debido a su alianza *non sancta* con las fuerzas belgas y mercenarias blancas. El 13 de octubre, el presidente Kasavubu destituyó a Tshombé y diez días después, en una reunión de presidentes africanos en Ghana, anunció que expulsaría a los mercenarios blancos. Pero era un acuerdo de *quid pro quo*. Si partían los mercenarios, los Estados que apoyaban a los rebeldes tendrían que desistir de su actitud. El cese de toda intervención extranjera en el Congo incluiría a los cubanos.

La noticia no agradó a Mike Hoare, quien se reunió con el comandante del ejército congoleño Joseph Mobutu para exigir que se cumplieran los contratos de sus hombres. Mobutu convenció a Kasavubu de que no expulsara a los mercenarios hasta que terminaran de aplastar la rebelión.

El Che estaba advertido sobre las presiones externas crecientes a favor de un acuerdo negociado; sabía por Masengo y otros que Tanzania escatimaba su cooperación. Pero los sucesos en el campo de batalla se precipitaron con una rapidez tal que no tuvo tiempo para reaccionar eficazmente, ni mucho menos para reflexionar sobre las intrigas políticas en curso. La mañana del 24 de octubre, al cumplirse seis meses de su llegada al Congo, las tropas del gobierno invadieron su campamento. Tuvo tiempo para ordenar que incendiaran las chozas, pero en la confusión de la retirada abandonaron grandes cantidades de armas y municiones, equipos de comunicaciones, alimentos, papeles y dos monos que el Che conservaba como mascotas.

Durante la retirada, el Che se hizo duros reproches a sí mismo por haberse dejado sorprender. No había apostado centinelas en la ruta de ataque del enemigo porque estaba convencido de que no avanzarían por ahí. Su amargura fue mayor al enterarse de que los primeros informes sobre el avance de la vanguardia enemiga habían sido errores provocados por el pánico: en realidad

eran campesinos que huían de las tropas del gobierno. Si hubiera esperado a conocer la verdad, hubiera podido montar una buena emboscada y darle al enemigo un golpe severo. Pero se había perdido esa oportunidad.

«Personalmente, tenía la moral terriblemente deprimida –escribió luego–; me sentía culpable de aquel desastre por imprevisión y debilidad.» A medida que el Che y los cubanos se retiraban, los congoleños huían por sus propias rutas, y cuando llegaron a una cima donde varios hombres debían esperarlo, encontró que habían resuelto seguir adelante. Miró al pequeño grupo que aún lo acompañaba: Víctor Dreke, Papi, sus guardaespaldas Pombo y Tumaini y Chamaleso, su primer contacto en el Congo. «Hice la amarga reflexión de que éramos trece, uno más que los que tuvo Fidel en el momento dado [después del desembarco del *Granma*], pero no era el mismo jefe.»

Continuaron la marcha durante toda la noche a través de un paisaje desolado de aldeas abandonadas; los campesinos se habían unido a los rebeldes en la fuga hacia el lago. Al amanecer llegaron a una aldea donde encontraron a un cubano, Bahaza, con una grave herida de bala en un pulmón.

Después de hacer lo posible para aliviarlo, el Che ordenó continuar la marcha y abandonaron el valle en busca de refugio en las montañas. Las seis horas siguientes fueron un martirio para todos, ya que debieron ascender por una senda fangosa y resbaladiza, turnándose para cargar a Bahaza. Llegaron a una aldea atestada de refugiados famélicos, donde los campesinos furiosos increparon al Che: los soldados habían raptado a sus esposas, y ellos no habían podido defenderlas porque sólo tenían lanzas. Los rebeldes no les habían dado armas para defenderse.

Bahaza murió al amanecer del día siguiente. «Era el sexto hombre que perdíamos y el primero que podíamos honrar de cuerpo presente –escribió el Che–. Y ese cuerpo era una acusación muda y viril, como lo fuera su conducta desde el momento de la herida, contra mi imprevisión, mi estupidez.» El Che reunió a los hombres e inició un «soliloquio cargado de reproches contra mí mismo».

«Reconocí los errores en que había incurrido y manifesté, lo que era una gran verdad, que de todas las muertes acaecidas en el Congo para mí la más dolorosa era la de Bahaza, porque había sido el compañero al que había reprendido seriamente[1] por su debilidad y porque había respondido como un verdadero comunista en la forma en que lo hizo [al reconocer su falta], pero yo no había sabido estar a la altura de mis responsabilidades y era el culpable de esa muerte. Por mi parte haría todo lo que de mí dependiera para borrar la falta, con más trabajo, con más entusiasmo que nunca.»

Pero no pudo ser. Mientras el Che trataba de levantar defensas en el nuevo campamento, llegaron las recriminaciones de los rebeldes congoleños. Se supo que Lambert y otros comandantes culpaban al Che de la de-

1. Días antes el Che había recriminado a Bahaza por abandonar un arma durante el éxodo del frente de Lambert.

rrota, acusaban a los cubanos de cobardes y traidores a la causa. Desde la base de Kibamba junto al lago, Fernández Mell y Aragonés enviaban mensajes instándolo a abandonar esa posición; en cualquier momento se podía producir un ataque enemigo que le cortaría fácilmente la retirada hacia el lago.

Ahora que el frente militar estaba al borde del derrumbe, el gobierno congoleño trataba de aprovechar el impulso para forjar alianzas con algunos dirigentes rebeldes. Masengo había informado a Aragonés y Fernández Mell que el presidente Kasavubu, en un mensaje secreto, le ofrecía un ministerio si abandonaba la lucha. «Si se han acercado a Masengo –advirtieron Aragonés y Mell–, también deben estar "tallando" a Soumaliot y Kabila.»

El 30 de octubre, en una nueva nota apremiante, lo instaron a bajar al lago. Los aviones lanzaban bombas incendiarias sobre las posiciones en torno de Kabimba y temían que ése fuera el preludio al asalto final. En la base reinaba el caos; se había convertido en un refugio para toda clase de «desertores, delincuentes y traidores» fuera de todo control. «La cosa es realmente alarmante –escribieron–... Creemos que te estamos escribiendo bastante y que te tenemos al corriente tanto de la situación internacional como de la de aquí. Casi parecemos dos viejas chismosas. Te rogamos que hagas lo mismo con nosotros, ya que siempre estamos ansiosos de noticias (así las viejas chismosas seremos tres).»

Finalmente, el Che decidió escuchar el consejo. Dejó a Papi y un grupo de congoleños en la nueva base con órdenes de continuar la instrucción militar y bajó a Kabimba. Aunque todos estaban convencidos de que la llamada revolución congolesa estaba en los últimos estertores, el Che se negaba a abandonar toda esperanza e intentaba reforzar los frentes que aún no habían cedido. En su habitual resumen mensual, escribió que octubre había sido un «mes de desastre sin atenuantes... En resumen, entramos en un mes [de noviembre] que puede ser definitivo».

Pero mientras escribía, el suelo bajo sus pies se convertía en arenas movedizas. El 1 de noviembre, el gobierno de Tanzania convocó al embajador Ribalta para informarle de que en virtud de los acuerdos de Accra, Tanzania había resuelto poner fin al «carácter de su ayuda» al Movimiento de Liberación del Congo. Se envió un mensaje urgente al Che para transmitirle la novedad.

«Ése era el golpe de gracia dado a una Revolución moribunda», escribió. En vista de lo delicado de la novedad, decidió no comunicarla a Masengo, y esperar el desarrollo de los acontecimientos de los días siguientes antes de tomar una decisión. El 4 de noviembre, la embajada le telegrafió el resumen de una carta de Fidel, cuyo texto completo le llegaría después por mensajero. Ésta era la síntesis de los conceptos de Fidel:

«1.º Debemos hacer todo menos lo absurdo. 2.º Si a juicio de Tatú [Che] nuestra presencia se hace injustificable e inútil debemos pensar retirarnos. Deben actuar conforme situación objetiva y espíritu hombres nues-

tros. 3.º Si consideran deben permanecer trataremos de enviar cuantos recursos humanos y materiales estimen necesario. 4.º Nos preocupa que ustedes erróneamente tengan temor o actitud que asumen sea considerada derrotista o pesimista. 5.º Si deciden salir, Tatú puede mantener statu quo regresando aquí o permaneciendo en otro sitio. 6.º Cualquier decisión la apoyaremos. 7.º Evitar todo aniquilamiento.»

El Che envió un mensaje por el radio de campaña a Dar es Salam para ser transmitido a Fidel, en el que lo ponía al tanto de la situación. Unos días antes, dijo, en medio de rumores de una fuga en masa de dirigentes rebeldes congoleños a Tanzania, él había resuelto permanecer allí con veinte guerrilleros escogidos. Su intención era formar una nueva fuerza guerrillera; si fracasaban, se trasladarían en busca de «otro frente» o pedirían asilo político en Tanzania. Pero esta alternativa dejó de existir cuando el gobierno resolvió suspender su apoyo.

Propuso que una delegación de alto nivel visitara Tanzania para presentar a Nyerere la posición cubana, planteada en los siguientes términos: «Cuba ofreció ayuda sujeta a la aprobación de Tanzania, ésta aceptó y la ayuda se hizo efectiva. Era sin condiciones ni límites de tiempo. Comprendemos las dificultades de Tanzania hoy, pero no estamos de acuerdo con sus planteamientos. Cuba no retrocede de sus compromisos ni puede aceptar una fuga vergonzosa dejando al hermano en desgracia [congoleño] a merced de los mercenarios. Sólo abandonaríamos la lucha si, por causas fundadas o razones de fuerza mayor, los propios congoleses nos lo pidieran, pero lucharemos para que eso no suceda.»

Le pidió a Fidel que solicitara un apoyo mínimo a Tanzania: permiso para mantener las comunicaciones con Dar es Salam y para seguir recibiendo armas y alimentos a través del lago. Finalmente, aconsejó a Fidel que entregara copias de la carta a los soviéticos y los chinos «para prevenir cualquier maniobra de descrédito».[1]

Para el 10 de noviembre, los hechos se producían en el perímetro del reducido territorio rebelde. Cayó una posición defendida por los tutsi ruandeses y el enemigo continuó su avance hacia el lago. En Kibamba escaseaban los alimentos y medicamentos. El Che envió el siguiente telegrama a las oficinas cubanas en Kigoma y Dar es Salam: «Presión enemiga aumenta y tentativa del bloqueo del lago se mantiene. Urgen cantidades sustanciales

1. Un agente de inteligencia cubano que participó en las tareas administrativas de la operación cubana en el Congo dijo al autor que la rivalidad entre chinos y soviéticos afectó de manera directa el desenlace congoleño: «Creo que los soviéticos querían verse libres del Che», aseguró, y añadió que la cooperación soviética con la alianza rebelde apoyada por Cuba y los países africanos tenía por objeto principal competir en un terreno que los chinos consideraban propio; que apenas cambió la dirección del viento, Moscú dio todo su apoyo a la solución negociada, con lo cual condenó a muerte la causa revolucionaria congoleña... además de los esfuerzos del Che. Este análisis se ve reforzado por un alto funcionario de La Habana, que dijo haber leído en los apuntes del Che (presumiblemente en su diario inédito del Congo) que éste sospechaba que los soviéticos habían ejercido «presiones» sobre el presidente tanzano Nyerere para que exigiera el retiro de los cubanos.

de dinero congolés previniendo aislamiento. Ofensiva se mantiene y avanza. Hay que moverse rápido. Nos preparamos para defender la base.»

El 14 de noviembre, el capitán cubano de la lancha del Che, llamado «Changa», cruzó el lago desde Tanzania. Llevaba alimentos y a un agente de inteligencia cubano con una nueva carta de Fidel, que advertía que el gobierno de Tanzania no daba señales de modificar su posición. El emisario de Dar es Salam preguntó si, dada la posición oficial, debía empezar a preparar una «base clandestina» para el Che en Tanzania y éste respondió que sí.

Como detalle grotesco, el capitán también traía un contingente de más de cuarenta rebeldes congoleños que acababan de «graduarse» de un curso de instrucción en la Unión Soviética. Como sus camaradas entrenados en Bulgaria y en China, lo primero que hicieron al llegar fue pedir dos semanas de permiso. También se quejaron de que no tenían lugar donde guardar su equipaje. «Resultaría un poco cómico si no fuera tan triste ver la disposición de esos muchachos en los que la revolución había depositado su fe», comentó el Che.

A pesar de los esfuerzos de los jefes de campo cubanos, las defensas rebeldes se derrumbaban una tras otra. El 16 de noviembre, el Che envió un mensaje de alerta a la embajada cubana en Dar es Salam y pidió armas del depósito en Kigoma. Acusó a las autoridades de Tanzania de cortar sus líneas de abastecimiento y pidió a la embajada que les exigiera una declaración categórica de sus intenciones. Las lanchas de combate enemigas surcaban el lago; había que actuar.

Ese día, Papi envió desde las montañas una petición urgente de refuerzos. Sus ruandeses habían desertado en masa esa mañana llevándose sus armas y ahora los congoleños también lo abandonaban. Era una catástrofe: no tenía hombres suficientes para contener el avance enemigo.

El Che convocó una reunión para discutir la estrategia con los dirigentes congoleños que aún permanecían ahí: Masengo, Chamaleso y dos o tres más (a pesar de sus ruegos, Kabila no había cruzado el lago). En su opinión, había solamente dos posibilidades: defender la posición hasta el fin o bien tratar de atravesar las líneas enemigas para escapar hacia el norte o el sur. Descartaron la primera opción porque no se podían fiar de los combatientes y decidieron probar suerte yendo hacia el sur a través de una zona llamada Bondo. Guevara ordenó a sus oficiales Dreke y Aly que exploraran rápidamente la zona para conocer las posibilidades.

Aly explotó: dijo que estaba harto de andar «corriendo lomas sin tener la cooperación de esa gente; le contesté cortantemente que organizaríamos la evacuación desde Bondo y que él podía salir con el grupo que dejara la lucha. Replicó inmediatamente que se quedaba conmigo hasta el final».*

Convencido de que era injusto conservar el secreto, el Che informó a Masengo de la decisión tanzana de retirar su apoyo y le dijo que sacara sus propias conclusiones. Evidentemente, la noticia terminó de quebrantar a

* Véanse más detalles en el apéndice.

Masengo y sus camaradas. Esa noche, Chamaleso le informó de que todos los oficiales rebeldes del campamento habían resuelto poner fin a la campaña. Furioso, el Che dijo que quería la decisión por escrito. Le explicó a Chamaleso que «había una cosa llamada historia que se compone a partir de muchos datos fragmentarios y puede ser tergiversada». Quería ese documento por las dudas de que los congoleños fueran a decir luego que los cubanos habían ordenado la retirada. Chamaleso respondió que en su opinión Masengo se negaría a firmar semejante carta, pero fue a conferenciar.

En ese momento, el Che recibió una llamada por el teléfono de campaña: la base superior acababa de caer, sus hombres se batían en retirada, avanzaban los contingentes enemigos. Inmediatamente informó a Masengo y le propuso organizar la retirada inmediata, cosa que éste aceptó. Chamaleso dijo que había hablado nuevamente con los oficiales y que todos ellos querían retirarse «definitivamente» de la batalla. Pero eso ya estaba resuelto, apuntó el Che: «A los cinco minutos habían desaparecido los telefonistas, toda la policía militar había huido y el caos estaba entronizado en la base.»

## VIII

Era el 18 de noviembre y se acercaba la noche. El Che envió un radiograma a Kigoma para informar de su retirada y pedir que los botes estuvieran dispuestos para la evacuación. Dio la orden de incendiar las chozas, ocultar todo el equipo posible en los depósitos secretos, pero conservar las armas pesadas si se veían obligados a resistir. Al amanecer se dirigieron lentamente a la orilla del lago, agobiados por el peso de los pertrechos; algunas piezas quedaron abandonadas al borde del camino. En las caras de algunos hombres el Che vio un «cansancio que parecía de siglos», y trató de hacerles apretar el paso. A sus espaldas se escuchó una serie de explosiones, mientras llamaradas y humo se elevaban hacia el cielo: habían incendiado el depósito de municiones. La mayoría de los congoleños había huido; no trató de impedirlo porque sabía que en el lago no habría transporte suficiente para todos.

Durante la marcha hacia el punto de encuentro convenido en la orilla del lago, diez kilómetros al sur de Kibamba, el Che intentaba comunicarse por radio con Kigoma para que los botes estuvieran dispuestos esa noche. Por la tarde llegaron al punto de evacuación; el Che envió un nuevo mensaje para decir que se encontraban en el lugar convenido, la guerra había terminado y la retirada era urgente. Por fin obtuvo respuesta: «Comprendido.» Así lo comentó: «La expresión de todos los compañeros presentes cuando se escuchó el "comprendido" del lago cambió como si una varita mágica hubiera tocado los rostros.»

Pero los botes no llegaron esa noche ni la siguiente. Mientras los esperaban con ansiedad creciente, el Che montó emboscadas para proteger el

perímetro y envió a varios hombres en busca de rezagados. Uno apareció al día siguiente con un esguince de tobillo, pero no había noticias de otros dos cubanos. Esa tarde del 20 de noviembre, comunicó a Changa en Kigoma que debía evacuar doscientos hombres. Éste respondió que lo habían demorado las autoridades tanzanas, pero que cruzaría esa noche.

«La gente estaba eufórica», escribió el Che. Ya había acordado con Masengo y su estado mayor que un oficial congoleño se quedaría atrás con sus hombres, mientras los demás partirían con los cubanos. Pero para ello era necesario engañar a los congoleños; el Che y Masengo decidieron echar mano de «pretextos» para embarcar a los que debían quedarse y llevarlos a una aldea vecina. Una vez que se perdieran de vista empezaría la «verdadera» evacuación.

Pero no resultó tan sencillo. Buena parte de los congoleños abordó el primer barco, pero los que quedaron atrás «se olieron algo» y quisieron quedarse. El Che ordenó a sus hombres que seleccionaran a los congoleños que habían demostrado el «mejor comportamiento» para llevarlos «como cubanos».

De pie junto a la orilla del lago, mientras supervisaba la evacuación final de la misión cubana al Congo, el Che aún se preguntaba si no era posible continuar la lucha. «Para mí la situación era decisiva; dos hombres a los que habíamos enviado a una misión... quedarían abandonados si no llegaban dentro de pocas horas; apenas nos fuéramos caería sobre nosotros el peso de todas las calumnias, dentro y fuera del Congo...; podía extraer, según mis investigaciones, hasta veinte hombres que me siguieran, a estas alturas con el ceño fruncido. Y después, ¿qué haría? Todos los jefes se retiraban, los campesinos demostraban cada vez más hostilidad hacia nosotros. Pero la idea de desalojar completamente..., dejando allí campesinos indefensos y hombres armados pero indefensos..., derrotados y con la sensación de haber sido traicionados, me dolía profundamente.»

Una de las alternativas que había ponderado en los últimos días era la de cruzar el Congo para unirse a la fuerza guerrillera de Pierre Mulele, pero el territorio de éste se encontraba a cientos de kilómetros a través de la selva. El solo hecho de sobrevivir a esa odisea, por no hablar de organizar una guerrilla eficaz, hubiera sido una hazaña.

Mientras esperaban los botes, repasaba una por una las opciones, y todas eran malas. «En realidad, la idea de quedarme siguió rondándome hasta las últimas horas de la noche», confesó en su diario. Una de las cosas que más lo perturbaba era lo denigrante de la retirada, a la manera de un fugitivo, así como la necesidad de engañar a los combatientes congoleños para dejarlos atrás. Lo torturaban pensamientos del recuerdo que él y sus camaradas dejarían entre esos hombres.

«Pasé así las últimas horas, solitario y perplejo, y al fin, a las dos de la mañana, llegaron los barcos», escribió.

En primer lugar los abordaron los enfermos y los heridos, luego Masengo, su estado mayor y unos cuarenta congoleños escogidos para acompañarlos, y finalmente el Che con sus cubanos.

«Empezó un espectáculo doloroso, plañidero y sin gloria; debía rechazar a hombres que pedían con acento suplicante que los llevaran; no hubo un solo rasgo de grandeza en esa retirada, no hubo un gesto de rebeldía. Estaban preparadas las ametralladoras y tenía los hombres listos por si, siguiendo la costumbre [los combatientes abandonados] querían intimidarnos con un ataque desde tierra, pero nada de eso se produjo, sólo quejidos mientras el jefe de los huidizos imprecaba al compás de las amarras al soltarse.»

# 28. SIN RETORNO

## I

Días después del desastre en el Congo, el Che se encontraba a salvo en la residencia del embajador cubano situada en las afueras de Dar es Salam, donde se le había asignado un pequeño apartamento de dos cuartos. El embajador Ribalta había evacuado a todos los empleados salvo un criptógrafo telegrafista, un secretario y un cocinero, que nunca se enteró de la presencia de un extraño en la planta alta.

Los demás cubanos participantes en la desventurada expedición habían viajado en camión a Dar es Salam, desde donde los soviéticos los trasladaron a Moscú para abordar el vuelo a La Habana. Fernández Mell se quedó atrás en Kigoma para dirigir la búsqueda de los dos cubanos desaparecidos y la evacuación de los congoleños; tardaría casi cuatro meses en hallarlos, en una odisea que lo llevaría casi a la frontera con Ruanda.

El Che y sus hombres cruzaron el lago Tanganyika sin otro inconveniente que un encuentro muy cercano con un patrullero del gobierno. En una audaz maniobra, el Che hizo montar los fusiles de 75 milímetros sin retroceso sobre las proas de los botes para dar la apariencia de que estaban bien armados y preparados para el combate. Era una jugada temeraria: si disparaba, morirían muchos de sus propios hombres. Fuese porque el alarde lo intimidó o porque tenía órdenes superiores de permitir la fuga, el patrullero no se acercó.

En Kigoma los aguardaba un bote a motor dirigido por un cubano. Antes de abordarlo junto con Papi y los escoltas Pombo y Tumaini –o «Tuma»–, el Che se despidió de los demás: dijo que esperaba verlos otra vez, probablemente en «otro país», y que esperaba que algunos fueran a combatir en otras tierras. Fue un momento turbador y de profunda emoción para los combatientes cubanos, jubilosos ante la perspectiva de regresar a sus hogares, junto a sus familias, pero con sentimientos encontrados con respecto a su experiencia y al hombre a quien habían seguido hasta África.

Una vez en tierra, se enfrentó a sus tres jóvenes acompañantes y, según Pombo, dijo: «Nosotros continuamos. ¿Están dispuestos a continuar?» Comprendieron lo que les quería decir: él no volvería a Cuba. «¿A qué lugar?», preguntó Pombo. «"A donde sea." Él no tenía una concepción definida en esos momentos de a qué lugar íbamos a dirigirnos realmente.»

Harry «Pombo» Villegas tenía veinticinco años, Carlos «Tuma» Coello un año más, los dos eran íntimos del Che desde 1957, cuando eran adolescentes y se unieron a él en la Sierra Maestra. José María «Papi» Martínez, de veintinueve años, había sido el hombre fuerte de Piñeiro en los proyectos guerrilleros del Che desde 1962, primero en Guatemala, después con la misión de Masetti; también había contribuido a la instrucción clandestina de Tania. Eran tres de la media docena de hombres en quienes el Che podía confiar que lo seguirían «sin el ceño fruncido», y no lo decepcionaron. En respuesta a su pregunta en la orilla de Tanzania, los tres dijeron «sí».*

«No podía volver a Cuba sin... lograr una victoria –dijo Pombo–. Pensaba que lo mejor era seguir adelante. Por sus propios medios, cualesquiera que fuesen las posibilidades, tenía que llevar adelante la lucha.»

En realidad había cruzado algo más que un lago, y a su espalda dejaba mucho más que una revolución moribunda en el Congo. Había hecho planes para combatir durante cinco años, y en seis meses se había terminado todo. Un mes antes, en la ceremonia inaugural del Partido Comunista cubano, Fidel había divulgado su carta de despedida. Ahora, siquiera por amor propio, no podía reaparecer en público. Se había comprometido ante el mundo a prestar servicios en «nuevos campos de batalla». Más aún, la presencia supuestamente clandestina de Cuba en el Congo había salido a la luz en junio, cuando un guerrillero cubano perdió su diario personal en Bendera. Si la CIA no estaba al tanto de la presencia del Che en la zona, seguramente lo sospechaba y había que dar por sentado que lo buscaba.

A finales de noviembre de 1965, el Che era probablemente el revolucionario marxista más conocido del mundo, un hombre cuyo objetivo del «internacionalismo proletario» no conocía fronteras. Pero por el momento no tenía adónde ir: era un apátrida en todo el sentido de la palabra.

## II

El 25 de noviembre, tres días después de que el Che y sus hombres abandonaran el Congo, el jefe de las fuerzas armadas, Joseph Mobutu, derrocó al presidente Kasavubu. Así se inició un régimen dictatorial despótico con respaldo de Occidente que durante las tres décadas siguientes desangró al país; en verdad, era el fin de la «revolución» congoleña.

Tuma y Pombo pasaron unos días en Dar es Salam, luego volaron a París, Moscú y Praga. En la capital checa el servicio de inteligencia los alojó en una casa clandestina para esperar la llegada del Che. Encerrado en su diminuto apartamento de la capital de Tanzania, visitado solamente por Pablo Ribalta y por el telegrafista cubano a quien le dictaba, se abocó a redactar sus memorias del Congo.

* Véanse más detalles en el apéndice.

Así como había emprendido sus últimas acciones pensando en el juicio de la historia, escribió la crónica con la intención de publicarla –«en el momento oportuno»– como un aporte a los anales de la revolución socialista mundial. Al titularla *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, igual que su libro sobre la Revolución Cubana, quería decir que el Congo era sólo una etapa más en una lucha histórica cuyo objetivo final era la «liberación» de los oprimidos del mundo.

Pero existe una diferencia notable entre ambas crónicas. Aunque la primera contiene muchos relatos de errores y sacrificios, es ante todo un himno triunfal al heroísmo de los guerrilleros cubanos; una apoteosis de la dirección infalible de Fidel que los condujo a la victoria y un relato moral que otros debían emular. La segunda memoria es un crudo reflejo negativo de la primera. Como dice en una de las primeras páginas: «Ésta es la historia de un fracaso.»

Al dedicarla «a Bahaza y sus compañeros caídos, buscándole un sentido al sacrificio», indicaba que quería lavar sus pecados mediante la clásica autocrítica marxista. Al final del libro, después de relatar la experiencia y exponer largamente los errores y deficiencias tanto del movimiento congoleño como de los combatientes cubanos, se refiere a sus propias culpas. «Mantuve mucho tiempo una actitud que podría calificarse de excesivamente complaciente, y, a veces, tuve explosiones muy cortantes y muy hirientes, quizá por una característica innata en mí.»

Añadió que el único grupo con el que mantuvo relaciones correctas fue el de «los campesinos», pero se fustigó por no haber aprendido bien el swahili. Al hablar en francés, se comunicaba con los jefes, pero no con los soldados rasos.

> En cuanto al contacto con mis hombres, creo haber sido lo suficientemente sacrificado como para que nadie me imputara nada en el aspecto personal y físico... La incomodidad de tener un par de botas rotas o una muda de ropa sucia o comer la misma pitanza que la tropa y vivir en las mismas condiciones, para mí no significa sacrificio. Sobre todo el hecho de retirarme a leer, huyendo de los problemas cotidianos, tendía a alejarme del contacto con los hombres, sin contar que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil el intimar. Fui duro pero no creo haberlo sido excesivamente, ni injusto; utilicé métodos que no se usan en un ejército regular, como el de dejar sin comer: es el único eficaz que conozco en tiempos de guerrilla. Al principio quise aplicar coerciones morales y fracasé. Traté de que mi tropa tuviera el mismo punto de vista que yo en cuanto a la situación y fracasé; no estaba preparada para mirar con optimismo un futuro que debía ser avizorado a través de brumas tan negras en el presente...
>
> Por último, pesó en mis relaciones con el personal... la carta de despedida a Fidel. Ésta provocó el que los compañeros vieran en mí, como hace muchos años, cuando empecé en la Sierra, un extranjero en con-

tacto con cubanos... Había ciertas cosas comunes que ya no teníamos, ciertos anhelos comunes a los cuales tácita o explícitamente había renunciado y que son los más sagrados para cada hombre individualmente: su familia, su tierra, su medio. La carta que provocó tantos comentarios elogiosos en Cuba y fuera de ella me separó de los combatientes.

Tal vez parezcan insólitas estas consideraciones psicológicas en el análisis de una lucha que tiene escala casi continental. Sigo fiel a mi concepto del núcleo; yo era el jefe de un grupo de cubanos, una compañía nada más, y mi función era la de ser su jefe real, su conductor a la victoria que impulsaría el desarrollo de un auténtico ejército popular, pero mi peculiar situación me convertía al mismo tiempo en soldado, representante de un poder extranjero, instructor de cubanos y congoleses, estratega, político de alto vuelo en un escenario desconocido y un Catón-censor, repetitivo y machacón... Al tirar de tantos hilos, se formó el nudo gordiano que no tuve decisión para cortar...

He aprendido en el Congo; hay errores que no cometeré más, otros tal vez se repitan y cometa algunos nuevos. He salido con más fe que nunca en la lucha guerrillera, pero hemos fracasado. Mi responsabilidad es grande; no olvidaré la derrota ni sus más preciosas enseñanzas.

## III

Desde que salió del Congo, la protección y supervivencia del Che pasaron a depender totalmente de los servicios secretos cubanos. Por primera vez en su vida adulta, no era el dueño de su destino.

La red de inteligencia y apoyo a las guerrillas de Barbarroja Piñeiro operaba en toda África, como en América Latina y otras partes del mundo, generalmente bajo la cubierta diplomática. El encargado de negocios cubano en El Cairo, José Antonio Arbesú, era agente de Piñeiro, lo mismo que Ulises Estrada, jefe de la sección de África y Asia. Ulises era el negro alto y delgado que había sido el amante de Tania en la isla, además del jefe de Masetti antes de que éste viajara a la Argentina. Durante el período congoleño, Ulises había cumplido una función fundamental de enlace al viajar constantemente entre Cuba y Tanzania para coordinar los envíos de armas, hombres e información. Después de la debacle, debía ocuparse del regreso de los combatientes cubanos a La Habana y la coordinación de los desplazamientos futuros del Che. Por el momento, el futuro de éste era una incógnita. Fidel quería que volviera a Cuba, pero él se negaba; decía que quería viajar «directamente» a Sudamérica. Pero ¿adónde? El lugarteniente de Piñeiro, Juan Carretero, alias Ariel, que ayudó a organizar las expediciones de Béjar en Perú y Masetti en Argentina, participó en las discusiones y descubrió lo difícil que era tratar con el Che.

«Las discusiones con él eran arduas –dijo Ariel–. Tenía una mentalidad de asceta. Después de la carta [de despedida] no quería volver públicamente

a Cuba porque tenía una obligación con la causa revolucionaria. Esa posibilidad estaba descartada de plano.»

Pasaban las semanas, las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y el Che seguía recluido. A principios de enero de 1966, a petición suya, Ariel acompañó a Aleida a Tanzania. Años después, ella conservaba dos fotografías distintas correspondientes a las identidades clandestinas que asumió para el viaje. En una aparece una mujer madura de rostro regordete y pelo negro rizado, en la otra una mujer esbelta de cabello negro y lacio cortado por encima de los hombros según la moda de los años sesenta.

A su llegada a Dar es Salam, Ariel la condujo directamente a la residencia diplomática donde se alojaba el Che. Sólo alcanzó a ver que era un edificio de dos plantas, porque apenas bajó del coche la obligaron a entrar y subir las escaleras prácticamente a la carrera. Allí estaba la suite de dos cuartos que ocupaba el Che. La cama estaba en un cuarto oscuro fotográfico; el otro cuarto era una sala de estar donde pasaban las horas del día. Durante seis semanas ninguno de los dos abandonó el apartamento; las cortinas de las ventanas estaban siempre cerradas. Una vez Aleida arriesgó una breve mirada al exterior: no había otras casas a la vista, sólo una pequeña arboleda. Su único visitante era Pablo Ribalta, que les llevaba la comida. En la sala de comunicaciones de la misma planta trabajaba el criptógrafo y el mecanógrafo del Che, un cubano llamado Coleman Ferrer. Nadie más conocía sus identidades o siquiera los veía.

Según Aleida, la reclusión no parecía molestar al Che porque tenía mucho que hacer. Cuando ella llegó, ya había terminado de redactar sus memorias del Congo y había iniciado otros dos trabajos: «Apuntes filosóficos»[1] y «Notas económicas», el esbozo de un libro basado en su crítica del *Manual de economía política* soviético, la biblia socialista desde los tiempos de Stalin. Cuando no escribía, leía toda clase de libros, incluso novelas y poesía. También preparó un «programa» de lecturas para Aleida, que ambos discutían al final de cada día.

Aunque el problema del futuro del Che pendía sobre ellos como una nube ominosa, Aleida guarda un recuerdo entrañable de ese interludio compartido con él, «la primera vez que estuvimos solos» y lo más parecido a una «luna de miel» que llegó a conocer. Insinuó entre risitas que supieron hacer muy buen uso de la cama en el cuarto oscuro. Agregó que en el pasado solían hablar de un viaje que harían por México y Argentina, pero «no hubo tiempo para eso ni jamás lo habría».

A fines de febrero, Aleida partió hacia Cuba tal como había llegado: bajó la escalera, salió por la puerta principal rápidamente hacia el coche que la esperaba y de allí fue al aeropuerto. Años después, lamentaba el hecho de no haber visitado los famosos parques de vida salvaje del África oriental. «Tiempo después vi lo que me había perdido en una película con Yves Montand y Candice Bergen.»

1. Posteriormente el Che legó este esbozo inédito de un manual de filosofía a Armando Hart, quien había virado radicalmente a la izquierda después de la victoria rebelde. Hart llegó a ser miembro del Buró Político, y desde 1976 hasta 1997 ocupó el cargo de ministro de Cultura.

## IV

Antes de la marcha de Aleida, el Che se había dejado convencer por Ariel de que era más conveniente ir a Praga antes de viajar a Sudamérica. Allá estaría a salvo para esperar hasta que Cuba determinara su nuevo destino.*

Antes de su partida de Tanzania en marzo, Fernández Mell fue a verlo. Había logrado reunir a los cubanos perdidos, rescatar a los combatientes congoleños abandonados junto al lago y atar los últimos cabos sueltos de la operación cubana en Kigoma. El Che dio a leer a su amigo los pasajes de sus memorias del Congo donde lo criticaba y le dijo: «¿Ves cómo te cago?» Fernández Mell replicó que cualquier crítica afectaría directamente al Che, ya que él se había limitado a obedecer sus órdenes.

La experiencia del Congo los había distanciado. Aunque conservaban su amistad, ya no compartían las mismas ideas. «Oscarito» había meditado profundamente sobre la concepción guevarista de la «guerra de guerrillas continental» y empezaba a dudar de las bondades de esta estrategia, al menos en el caso de África. Y pensaba que el Che, en su obstinación por imponerla, se había engañado a sí mismo.

En el Congo, «el Che nos había dicho cosas que estoy convencido él mismo sabía que no eran realistas –dijo Fernández Mell–, aunque no era la clase de hombre que dice lo que no siente... Pero en realidad el Che estaba convencido del triunfo [en el Congo]... Tenía metido en la cabeza que había encontrado el camino para liberar al pueblo y que tendría éxito, y lo presentaba como la verdad absoluta. Por eso no podía aceptar que su intento en el Congo refutaba una estrategia que había elaborado en todos los detalles».

Fernández Mell sabía que el Che probablemente iría a Sudamérica y en definitiva –como siempre había previsto– a su patria argentina. Antes del Congo, ambos daban por sentado que iría con él, pero en ese momento no hablaron del asunto. Mell no le preguntó qué planes tenía ni se ofreció para acompañarlo. Ese silencio era elocuente: dos amigos seguían caminos distintos. Días después, Fernández Mell volvió a La Habana con el manuscrito de *Pasajes de la guerra revolucionaria* que el Che enviaba a Fidel. Jamás volvería a verlo.

## V

Cuando el Che y Papi llegaron a Praga, Pombo y Tuma los esperaban en su escondite, una casona señorial en las afueras de la capital discretamente oculta detrás de una hilera de enebros altos.

Poco después de la victoria fidelista en 1959, los servicios de inteligencia cubanos y checos acordaron que éstos les entregarían varias casas clan-

* Véanse más detalles en el apéndice.

destinas en Praga para que las utilizaran como quisieran. Estas casas eran «herméticas», dijo Ariel, y los cubanos las administraban sin interferencia de los checos. «El Che llegó como cualquier otro revolucionario latinoamericano con una identidad falsa. Los checos ni siquiera sabían quién era.»

Pombo recuerda que a partir de la llegada del Che llevaron una vida sosegada en la finca, «matando el tiempo» y afilando sus habilidades con prácticas de tiro. Terminó el invierno y empezó la primavera. Aleida fue a pasar algunas semanas con él, esta vez con otra identidad. Ulises Estrada, el agente de Piñeiro, iba y venía con mensajes entre su jefe, Fidel y el Che. (Según otro agente, Ariel reemplazó a Ulises, que por ser negro «llamaba la atención» en Praga.)

Según Ariel y Pombo, Fidel trató de convencer al Che de que volviera a Cuba, pero éste se negó obstinadamente. «El Che no quería volver bajo ninguna circunstancia», dijo Pombo. Los amigos íntimos insinúan que otro factor decisivo además de su amor propio fue haber comprendido que representaba una carga para Fidel en su trato con los soviéticos, quienes al fin y al cabo financiaban la nave del Estado cubano. El Che era más útil en el extranjero, donde podía llevar adelante la política exterior revolucionaria cubana mientras Fidel lo apoyaba discretamente con el argumento de que era un «viejo camarada».

La partida del Che había coincidido con el regreso de Fidel a una posición agresivamente «internacionalista». En su discurso del Primero de Mayo de 1965, rechazó el concepto de la «coexistencia pacífica», y desde entonces mantenía una posición belicosa. En enero de 1966, en la Primera Conferencia Tricontinental (una derivación promovida por los cubanos de la Organización de Solidaridad Popular Afroasiática con sede en El Cairo), Fidel volvió a aprovechar las riñas entre las dos superpotencias socialistas, y esta vez lo hizo en presencia de cientos de delegados de ochenta países de América Latina, Asia y África, varios «movimientos de liberación armados», además de representantes chinos y soviéticos. Para consternación de Moscú, hizo aprobar una resolución de elogio a los movimientos guerrilleros que combatían en Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú. No dejó de hostigar a los chinos con una mención de los «malentendidos» entre La Habana y Pekín debido a la decisión china de reducir los envíos de arroz que Cuba tanto necesitaba. (En febrero, Fidel dejaría de lado el lenguaje diplomático para aparecer en público con una lista de quejas contra China, a la que acusaba de entrometerse en los asuntos cubanos y utilizar el arroz como un garrote para asegurar su docilidad política.)

Pero Fidel aún tenía otras intenciones en la Tricontinental: quería aplacar los rumores de un distanciamiento entre él y el Che y crear la posibilidad de que su camarada argentino entrara en un nuevo campo de batalla. En la conferencia, Fidel proclamó que 1966 era el «Año de la Solidaridad» y juró que haría causa común con las luchas guerrilleras en curso contra el imperialismo en todo el mundo. Si alguna vez el tiempo le había brindado una oportunidad al Che, ésta se acababa de abrir. En efecto, cediendo por fin a

la insistencia del Che sobre la necesidad de llevar adelante la «lucha armada», Fidel dio instrucciones a Piñeiro de que le buscara un lugar adonde ir.

La elección no era fácil. A principios de 1966, América Latina presentaba un panorama revolucionario dinámico, pero en un estado de cambio tan desconcertante como violento. En los partidos comunistas de Bolivia, Perú y Colombia habían surgido tendencias chinófilas, y por todas partes aparecían grupos guerrilleros de muy diverso signo. Cuba había enviado agentes a las guerrillas de Venezuela y Colombia, pero la situación era incierta en aquellos países donde el auge guerrillero había provocado una mayor presencia norteamericana, tanto militar como de la CIA.

En Guatemala, la coalición rebelde apoyada por Cuba estaba a punto de sufrir una escisión provocada por un movimiento trotskista. A pesar de las divisiones internas, en los últimos tiempos los guerrilleros habían realizado algunas acciones espectaculares, entre ellas el asesinato del jefe de la misión militar norteamericana y, unos meses después, el del viceministro de Defensa guatemalteco.

En junio de 1965, al cabo de dos años de entrenamiento clandestino, las guerrillas peruanas del MIR dirigidas por Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón habían entrado en acción. En septiembre lo hizo el ELN pro cubano de Héctor Béjar, ya recuperado de su derrota de 1963. El gobierno peruano suspendió las garantías constitucionales y sus tropas lanzaron una feroz guerra de contrainsurgencia con ayuda norteamericana. Mataron a De la Puente Uceda en octubre de 1965 y a Lobatón tres meses después; los combatientes del acéfalo MIR se dispersaron. En diciembre el ELN estaba en la misma situación y poco después el propio Béjar cayó preso.

En Colombia se presentaba un cuadro similar. En mayo de 1965, tras la aparición de la guerrilla del ELN apoyada por Cuba, se había impuesto el Estado de sitio. En diciembre, un elocuente sacerdote católico revolucionario llamado Camilo Torres se unió al ELN, al que aportó una combinación carismática de visión social y la posibilidad de atraer a sectores más amplios de la población. Torres murió en febrero de 1966, pero la insurgencia colombiana continuaría durante muchos años, a través de mutaciones y la aparición de grupos nuevos.

En la organización guerrillera venezolana FALN, también apoyada por los cubanos, empezaban a surgir problemas. El Partido Comunista había apoyado la «lucha armada» en 1962, pero ahora daba un paso atrás debido al encarcelamiento de varios de sus dirigentes. En abril de 1965, un plenario del comité central había votado orientarse hacia la «lucha legal», decisión que Fidel criticó públicamente. En marzo de 1966, el gobierno venezolano liberó a los dirigentes comunistas como gesto de reconocimiento a la nueva política moderada del partido. Pero las guerrillas apoyadas por Cuba repudiaron a los comunistas y continuaron la lucha.

Bolivia estaba sumida en una crisis. En noviembre de 1964, una junta militar había derrocado al presidente civil Víctor Paz Estenssoro. Juan Lechín, carismático presidente de la poderosa Central Obrera Boliviana, había

conducido una vigorosa campaña de oposición al régimen. En mayo de 1965, Lechín se fue al exilio, se llevó a cabo una huelga general de protesta y los militares decretaron el Estado de sitio. El rusófilo Partido Comunista Boliviano dirigido por Mario Monje era renuente a lanzar la «lucha armada». Una fracción pro china formada en abril de 1965 bajo la dirección del líder estudiantil Oscar Zamora había pedido y recibido el apoyo del Che para lanzar una guerra de guerrillas, pero durante el tiempo que éste pasó en el Congo las relaciones chino-cubanas se habían deteriorado, y ni la agencia de Piñeiro ni el mismo Zamora habían adelantado en sus planes.

En marzo de 1966, cuando el Che aún se encontraba en Praga, las opciones se redujeron aún más. Las fuerzas de seguridad guatemaltecas irrumpieron en una reunión clandestina de la dirección del Partido Comunista y asesinaron a los veintiséis dirigentes capturados. Esa masacre, sumada al cisma creciente en el movimiento guerrillero, decapitó momentáneamente a la conducción rebelde apoyada por los cubanos y soviéticos.

Según Pombo, la primera alternativa que propuso el Che para su destino siguiente fue Perú. Para ello necesitaba la ayuda de los bolivianos, estratégicamente situados en el país vecino. En abril, envió a Papi a Bolivia como explorador de avanzada con la intención de seguirlo si éste daba «luz verde». «Lo primero era entrar en contacto con los peruanos, conocer el verdadero estado de su movimiento y [obtener] el apoyo del Partido Comunista Boliviano –dijo Pombo–. El partido boliviano había ayudado en el asunto de Masetti y en el de Puerto Maldonado [el ELN de Héctor Béjar]; había gente de probada lealtad a las ideas de la revolución, que había trabajado con nosotros en estos movimientos y además se había entrenado en Cuba.»

Los hombres bolivianos «leales» a los que se refería conformaban un grupo de jóvenes comunistas que habían tomado partido por la política cubana de lucha armada. Entre ellos estaban los hermanos Roberto («Coco») y Guido («Inti») Peredo, miembros de una familia importante en la provincia del Beni, en el nordeste boliviano, y veteranos militantes del Partido Comunista. Su hermano menor Osvaldo («Chato») Peredo estudiaba en Moscú. Estaban los hermanos Humberto y Jorge Vázquez Viaña, hijos de un conocido historiador que se habían formado en Europa; Jorge, llamado «Loro», había colaborado con Furry y Masetti en la campaña de 1963-1964 en Salta. Otro era Rodolfo Saldaña, ex minero y sindicalista que había ocultado a Ciro Bustos y sus camaradas en su casa de La Paz tras su llegada de Argelia. Loyola Guzmán, una joven de sangre indígena quechua, era hija de un profesor comunista de las comunidades mineras, graduada de la prestigiosa escuela de cuadros comunistas de Moscú; además, había colaborado con la logística para las guerrillas argentina y peruana. Ese puñado de bolivianos, algunos de los cuales ya se entrenaban en Cuba, eran el núcleo de activistas que merecían confianza para apoyar la guerra de guerrillas en Perú o iniciarla en Bolivia.

Hasta el día de hoy perdura la polémica sobre cuál era el destino verdadero de la siguiente –y última– empresa guerrillera del Che. Según Pombo,

los planes de ir a Perú se modificaron y se empezó a estudiar las posibilidades de Bolivia después de su llegada con Tuma a este país. La versión de Ariel es distinta: Piñeiro y Fidel ya pensaban en Bolivia cuando lograron sacar al Che de su reclusión en Tanzania.[1]

«Uno de los recursos que usamos para convencerlo de que viajara a Praga fue entusiasmarlo con las posibilidades en Bolivia, donde ya existían algunos acuerdos y se hacían preparativos. Habíamos pensado en Venezuela y Guatemala, pero Bolivia ofrecía muchas ventajas. Primero, su proximidad a la Argentina era muy importante para el Che. Segundo, debido a los acuerdos, la experiencia previa, los recursos humanos y las tradiciones combativas del Partido. Y, finalmente, por su situación geográfica, que ofrecía buenas posibilidades para la "irradiación" de guerrilleros formados en el frente boliviano a los países vecinos de Argentina, Perú, Brasil y Chile. Entusiasmado por esta posibilidad, aceptó viajar a Praga.»

Éste es tal vez el interrogante más crucial sobre la vida de Ernesto Che Guevara que aún no tiene respuesta: *¿quién* decidió que fuera a Bolivia? ¿Cuándo y por qué se tomó esa decisión? Fidel ha dicho que el Che eligió Bolivia y que él trató de demorarlo, instándolo a esperar mejores condiciones. Manuel Piñeiro coincide con esta versión. Dice que Fidel convenció al Che de que volviera a Cuba cuando se enteraron por Papi de que estaba a punto de viajar a Bolivia desde Praga sin que hubiese preparativos para recibirlo. Con la esperanza de impedir que su obstinado lugarteniente argentino se arrojara de cabeza al peligro, Fidel le ofreció ayuda cubana para escoger y entrenar a sus hombres y para sentar las bases de un foco guerrillero en Bolivia. Las versiones de Fidel y Piñeiro no concuerdan con las de Ariel y Pombo, pero es igualmente cierto que las de estos últimos tampoco concuerdan entre sí. ¿Cómo se explican las contradicciones entre Ariel y Pombo –un alto funcionario de inteligencia y diplomático, y un general del ejército y condecorado «Héroe de la Revolución»–, así como sus divergencias con las de Piñeiro y el jefe máximo? La respuesta verdadera se encuentra tal vez en este preámbulo inédito del diario de Pombo, iniciado en Praga y escrito luego sobre la base de sus apuntes.

> Siete meses después de la terminación de las operaciones guerrilleras en territorio africano y durante un período intenso de preparativos y organización para nuestra siguiente aventura, concebida para realizar-

1. Pombo dijo al autor que enviaron a Papi desde Praga a Bolivia con la intención de pedir a Monje que los ayudara a viajar a Perú y poner en marcha los preparativos para recibir al Che; que él y Tuma fueron luego a Perú a ayudar a Papi. Dijo que estando ellos en Bolivia, comenzó el derrumbe de las guerrillas peruanas y cundió la sospecha de que estaban «infiltradas»; que en ese momento empezaron a discutir la idea de iniciar una guerra en Bolivia. El problema de esta versión –además de contradecirse con la de Ariel– es que Pombo llegó a Bolivia en julio de 1966, pero la desintegración de los rebeldes peruanos había comenzado meses antes, con la muerte de Guillermo Lobatón y Luis de la Puente Uceda y la captura de Héctor Béjar producida en marzo.

se en territorio peruano... Ramón [Che][1] reunió a Pacho, a Tuma y a mí y nos leyó una carta que acababa de recibir en la que Fidel analizaba [la situación] y lo instaba a revisar fríamente su decisión, y como consecuencia de ese análisis proponía:

El regreso [del Che] a Cuba por un breve período de tiempo y al mismo tiempo señalaba las perspectivas para luchar en Bolivia, los acuerdos con Estanislao (Mario Monje) para lanzar la lucha armada.

[El Che] nos dijo que ante lo acertado de estas propuestas había resuelto enviar a Francisco[2] a La Paz para explorar las posibilidades de la lucha... Aguardamos ansiosos el regreso de Francisco. Esto sucedió en los primeros días de junio. Su informe es que los resultados son positivos. Papi afirmó que las condiciones eran propicias, incluso para nuestro arribo aquí [en Bolivia]. No obstante eso, Francisco dijo a Ramón que quería abandonar la nave, pidiéndole que no nos lo dijera porque sentía vergüenza; como razón, citó sus sentimientos sobre morir lejos de Cuba.[3]

De aquí se desprende que fue Fidel quien, en algún momento de la primavera de 1966, convenció al Che de que iniciara la lucha en Bolivia, y que los planes se pusieron en marcha tras el regreso de Francisco desde La Paz, cuando él y Papi coincidieron en que la situación era propicia.

El Che envió a Pombo y Tuma clandestinamente a La Paz, mientras él y Pacho volvieron a Cuba, donde llegaron alrededor del 21 de julio. Aunque había estado ausente durante más de un año, éste no era un «regreso al hogar». Lo alojaron clandestinamente en una finca en la provincia de Pinar del Río, a un par de horas de camino al oeste de La Habana; apenas un puñado de personas estaban al tanto de su presencia.

## VI

La mayoría de los participantes en la planificación secreta de la misión del Che a Bolivia coinciden en que en cierto momento Cuba había logrado un acuerdo con el dirigente comunista boliviano Mario Monje. El único que no coincide es el mismo Mario Monje. Casi tres décadas después, des-

1. El Che, que se había llamado «Tato» en África, adoptó el nuevo seudónimo de «Ramón» en Praga; lo usaría también en Bolivia junto con los de «Mongo» y «Fernando».

2. Jamás se ha divulgado la identidad de «Francisco». En la versión publicada del diario de Pombo se dice que era «un enlace cubano» que decidió abandonar la empresa. Piñeiro dice que era un hombre valiente, formado en el combate urbano, pero que quiso retirarse por «razones psicológicas» que no reveló.

3. Durante su estancia en Cuba, el autor obtuvo una copia parcial del diario manuscrito de Pombo, el original mecanografiado posterior y una copia de las correcciones para la versión publicada. Este pasaje es del documento mecanografiado. En 1996, después de tres décadas, la versión *corregida* del diario de Pombo apareció en Cuba y Argentina con la autorización del gobierno cubano, pero sin este pasaje clave. (Pombo, cuyo nombre verdadero es Harry Villegas, es un general en actividad de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y fidelista leal.)

de su hogar en el gélido Moscú donde vive en exilio voluntario, el ex dirigente se explayó larga y sinceramente sobre sus complicados tratos, a menudo llenos de hipocresía, con Piñeiro, Fidel y el Che.

La relación de Monje con la Revolución Cubana se remontaba a los primeros días de ésta; aprobó la decisión de su partido de apoyar las guerrillas de Béjar y Masetti con la esperanza de que no tratarían de iniciar una guerra en su país. Sin embargo, esos episodios no habían disipado su desconfianza de las intenciones cubanas, y vigilaba sus actividades con ojo atento, en especial las del Che Guevara.

En 1965, cuando el Che desapareció de Cuba y empezaron a circular rumores sobre su paradero, Monje tomó nota. Lejos de dar crédito a los cuentos sobre una ruptura entre Fidel y el Che, sabía que estaban de acuerdo en el objetivo de extender la revolución y sospechaba que éste se encontraba en algún lugar de África.

Así estaban las cosas en septiembre de 1965, cuando el partido recibió una invitación del gobierno cubano para enviar a tres miembros a la Conferencia Tricontinental, convocada para enero del año siguiente en La Habana. Pero Monje se enteró de que Oscar Zamora, dirigente del Partido Maoísta Boliviano, también había recibido una invitación y se le permitía una delegación más grande. Para él y sus camaradas del Buró Político era evidente que por algún motivo los cubanos otorgaban sus preferencias al partido pro chino. En noviembre, los camaradas instaron a Monje a que viajara a La Habana anticipadamente para desentrañar el misterio.

Su temor era que detrás de la invitación al grupo de Zamora hubiera algo más inquietante que un mero desaire protocolar: temía que los cubanos estuvieran planificando una insurrección en Bolivia. Sabían que Zamora había ofrecido aportar sus fuerzas para esa alternativa y, más importante aún, tenía relaciones cordiales con el Che. Fue entonces, dijo Monje, cuando empezó a preguntarse: ¿dónde está el Che? ¿Qué papel desempeña en todo esto?

A partir de entonces empezó a estudiar las noticias cuidadosamente en busca de pistas sobre el paradero del Che. Dijo a sus camaradas que en La Habana se mostraría conciliador, trataría de congraciarse con los cubanos para averiguar sus intenciones. Su idea era decirles que su partido no se oponía a «prepararse» para la eventualidad de una lucha armada con ayuda cubana y que tanto él como otros miembros querían recibir instrucción militar.

Con «ciertas reservas», en diciembre de 1965 Monje partió hacia Praga, donde se reunían muchas delegaciones que se dirigían a la Conferencia Tricontinental para volar desde allí a La Habana. En el avión hacia la capital cubana reconoció a Régis Debray, un joven teórico marxista francés a quien sabía estrechamente relacionado con Fidel y el aparato cubano de seguridad y que había estado en Bolivia el año anterior. Entonces era muy conocido por una serie de artículos combativos de los que era autor que lo mostraban como un activo propiciador del modelo revolucionario cubano en América Latina.*

* Véanse más detalles en el apéndice.

Cuando llegó a la Habana, Monje dijo al servicio de seguridad cubano que no estaba allí sólo para la Conferencia Tricontinental sino para tratar «otro asunto». Fue rápidamente transferido del hotel a una casa de seguridad de la inteligencia cubana donde se le unieron dos camaradas bolivianos elegidos para servirle de escoltas. Más adelante llegarían los otros dos miembros de la delegación a la Tricontinental.

Monje se puso en contacto con el círculo de «estudiantes» bolivianos en La Habana, todos ellos miembros de la Juventud Comunista, y se enteró de que varios recibían instrucción militar sin la autorización del partido. En lugar de enfrentarlos, decidió «unirse» a ellos. En una reunión con funcionarios del Ministerio del Interior –la gente de Piñeiro–, Monje dijo que le interesaba recibir instrucción militar junto con otros camaradas. «Se pusieron muy felices», recordó.

En efecto, estaban tan felices que con esa maniobra pudo desplazar totalmente al grupo de Zamora. En lo que según él constituyó una maniobra de gran audacia, exigió que los cubanos reconocieran como delegación oficial a su grupo –dispuesto a tomar las armas– o al de Zamora. El reconocimiento fue para su delegación, mientras que el grupo de Zamora, según Monje, fue enviado «de viaje» por el campo.

En la conferencia, Monje comprendió rápidamente que lo importante no eran los discursos sino lo que sucedía entre bambalinas. «Los cubanos comenzaron a buscar contactos con unos y con otros –recordó–, pero siempre con una intención de ver cómo crear nuevos focos guerrilleros en América Latina. Prestaban mayor atención a aquellos grupos más radicales, aquellos que se proyectaban más, aquellos que desafiaban más, y en cierta medida entraban en contradicción con los comunistas.»

Consciente de que la campaña de reclutamiento de guerrilleros también incomodaba a los soviéticos, apenas terminó la Tricontinental decidió hacer un viaje relámpago a Moscú para «sondear la situación». Para su sorpresa, lo llevaron directamente a la oficina de Boris Ponomoriov, jefe supremo del Departamento Internacional del Comité Central.

«Comenzamos a conversar sobre Bolivia, sobre las relaciones, y él me preguntó sobre la Tricontinental, el criterio que tenía el partido comunista para que se preparara. Yo le di mi criterio, más o menos, qué es lo que pensábamos hacer. Y entonces me preguntó si yo sabía dónde estaba el Che, y yo le dije que sí sabía que estuvo en el África, pero había salido ya.» Monje tuvo la impresión nítida de que era una novedad para Ponomoriov.[1]

Asimismo, comprendió que el Kremlin estaba «inquieto» por lo sucedido en la Tricontinental, donde los cubanos habían alentado a «los movimientos más radicales». «Podían crear problemas, y entonces querían saber cuál era el papel [del Che] o dónde estaba la figura [detrás de todo eso].» Los sovié-

1. Monje se daba más importancia de la que merecía. Desde luego que el Kremlin estaba al tanto del paradero del Che, del que Alexeiev había informado a Bréznev, y en los últimos tiempos había ayudado a evacuar a los combatientes cubanos de Tanzania.

ticos y Monje habían llegado a la misma conclusión: el principal impulsor de la Conferencia Tricontinental era el hombre que había brillado por su ausencia, el Che Guevara.

Después de las conversaciones en el Kremlin, Monje volvió a Cuba para iniciar su intrucción militar con los bolivianos. También traía un plan para demorar el regreso a Bolivia de los estudiantes que habían completado su instrucción; les pediría que se quedaran hasta que todos finalizaran el entrenamiento militar y luego irían a Moscú para recibir «instrucción teórica». Con esta maniobra pensaba frustrar cualquier intento subrepticio de enviar a los jóvenes a combatir sin autorización del partido, como sospechaba que era la intención de los cubanos. La instrucción duraría tres o cuatro meses, tiempo suficiente para prevenir a sus camaradas en Bolivia.

A fines de enero de 1966, cuando estaba por iniciar su instrucción, Fidel lo convocó a su oficina, donde se encontraban también Piñeiro y varios agentes. Fidel le preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a los cuadros bolivianos en Cuba.

Monje le dio una respuesta que no era del todo sincera pero sí creíble. Recordó que Bolivia tenía toda una tradición de insurrecciones populares y dijo que en la situación imperante, bajo una dictadura militar, era posible que se produjera una nueva. «Si hay algún levantamiento –dijo a Fidel– tendremos la posibilidad de tener el control de la situación... Si eso me obliga a la guerra civil, entonces lo veo para buscar una salida electoral..., una salida en que [los comunistas] salgamos fortalecidos.»

No era la respuesta que quería Fidel. ¿Y las posibilidades de una lucha guerrillera? Monje respondió que no le parecía una alternativa realista en Bolivia. En ese momento le respondieron los agentes de Piñeiro; Monje se dio cuenta de que habían estado en Bolivia y estudiado la situación.

Después de la reunión, dijo Monje, Piñeiro lo puso contra la pared y le dijo: «La entrevista no le gustó a Fidel. Tu plan no le gusta porque no piensas en la lucha guerrillera, y esta gente que se prepara tiene que ser para la lucha guerrillera. Tú tienes dos o tres meses. Revisa tus puntos de vista y entra a la lucha guerrillera.»

Con el pretexto de que no había previsto una ausencia tan prolongada y debía atender a ciertos problemas en su país, pidió a Piñeiro que mandara llamar a Ramiro Otero, representante del Partido Comunista Boliviano en Praga. «Yo hice ese juego porque sabía que ellos no me podían dejar salir», dijo Monje.

En febrero, cuando llegó Otero, Monje lo llevó al jardín de la casa clandestina para darle instrucciones precisas: «Anda a Bolivia, pide reunión con el Buró Político y diles que [los cubanos] están preparando la lucha guerrillera en Bolivia.»

Mientras Otero volaba a La Paz, Monje inició su instrucción. A los treinta y cinco años era el mayor del grupo –los demás tenían entre veinticinco y treinta–, pero trataba de realizar los ejercicios a la par de ellos. Otero volvió con malas noticias. No había podido hablar con el Comité Cen-

tral sino sólo con el Secretariado –un organismo inferior– y no creían a Monje. Además, éste debía suspender la instrucción militar y regresar inmediatamente porque durante su ausencia se habían sembrado dudas sobre sus actividades y en cualquier momento su reemplazante podía quedarse con su puesto.

Monje se sintió atrapado entre la espada y la pared. Según su explicación un tanto tortuosa, había fingido aceptar los planes cubanos de una guerra en Bolivia sólo para prevenirla, pero ahora los camaradas de su partido estaban muy alarmados. Debía volver al país para explicar la situación a ciertos dirigentes clave del partido y aclarar los malentendidos, pero eso despertaría las sospechas de los cubanos. Su plan original –de enviar a los cuadros a la Unión Soviética para mantenerlos lejos de Bolivia– era irrealizable porque estaban ansiosos por volver a su país apenas terminara la instrucción. Desesperado, Monje pidió una reunión con Fidel a la que asistiría también otro miembro del Buró Político boliviano, Humberto Ramírez, para definir la situación. En mayo volaron a Santiago para conversar con Fidel durante su viaje a La Habana en coche.

Por el camino, dijo Monje, Fidel habló de cualquier cosa menos de Bolivia. «En el camino algunas veces paraba y nos explicaba cómo había hecho sus emboscadas... Él estaba interesado en que nosotros viéramos cómo se desarrolla la lucha guerrillera y nos pusimos a disparar en el camino, a hacer puntería, a probar armas.»

Llegaron en coche a Camagüey, donde pernoctaron. Aún no se había dicho una palabra sobre Bolivia. Al día siguiente tomaron el avión a La Habana. Monje, que ocupaba el asiento al lado de Ramírez, temía que su misión hubiera fracasado. Entonces vino Papi a decirle que Fidel quería hablar a solas con él.

Apenas se sentó, éste le preguntó cómo «veía las cosas». Pero no le dio tiempo para responder: «Sabes, has sido un buen amigo para nosotros. Has desarrollado una política internacionalista hacia nosotros. Francamente quiero agradecer toda tu ayuda, y ahora resulta que un amigo común quiere volver a su país, alguien cuyo calibre revolucionario nadie puede poner en tela de juicio. Y nadie puede negarle el derecho de regresar a su país. Y él piensa que el mejor lugar por donde pasar es Bolivia. Te pido que le ayudes a pasar por tu país.»

No hacía falta preguntar quién era el amigo común. Monje prometió ayudarlo. Entonces Fidel añadió: «Mira, tus planes los sigues desarrollando. Si ustedes quieren que ayudemos con más gentes para preparar, manda más gentes para ayudar a preparar. Nosotros no vamos a intervenir en los asuntos de ustedes.» Monje le dio las gracias y repitió que estaba dispuesto a ayudar al amigo común en su «paso» por Bolivia.

Con esa combinación de halagos y enigmas que lo caracterizaba, Fidel dijo: «Tú siempre has sabido escoger gentes, yo quiero que tú escojas gente que lo reciba a él [al Che] y que lo acompañe en el país, y lo acompañe hasta la frontera. Ahora si tú y el partido y ellos están de acuerdo, puedes

acompañarlo dentro de su país, para que recojan experiencias, o si no, llegan a la frontera y ahí terminó la historia.»

Pidió algunos nombres. Monje nombró a los cuatro mandos autorizados por él para recibir instrucción en Cuba: Coco Peredo, Loro Vázquez Viaña, Julio «Ñato» Méndez y Rodolfo Saldaña. Papi, que lo escuchaba, comentó que era una elección «excelente». Fidel anotó los nombres y dijo: «Eso es todo.» Era el fin de la reunión.

Con gran alivio, Monje dijo a Humberto Ramírez que no había motivos para preocuparse, que sus sospechas sobre los planes cubanos eran infundadas, pero aun así debían informar al partido.

En junio Monje finalizó su entrenamiento. Envió a los cuatro camaradas escogidos a Bolivia, pero a los demás les dijo que «continuaran sus estudios» en la isla hasta que el partido decidiera su destino. Escribió una carta a Jorge Kolle Cueto, su reemplazante en La Paz, para informarle de su promesa a Fidel de que el partido ayudaría al «amigo común» a pasar por Bolivia. Pero antes de regresar, decidió viajar a Moscú.

Antes de partir, dijo Monje, los cubanos sugirieron que hiciera una escala en Praga donde «alguien» quería verlo. Pero decidió no pasar por la capital checa por temor a una «trampa». «Me esperaban en Praga. ¿Para qué?» Pensó que querían presentarle un hecho consumado: al realizar la instrucción militar, había aprobado la lucha armada y ahora no tenía otra alernativa que iniciarla.

Monje no explicó el motivo de ese viaje a Moscú ni con quién se reunió. A juzgar por sus otros dichos, es razonable suponer que habló en el Kremlin sobre la petición de Fidel y reveló el destino siguiente del Che. Y en vista de la irritación creciente que los «incendiarios» cubanos provocaban en el Kremlin, también se puede presumir cuál fue su reacción. Sin duda le dijeron a Monje que hiciera valer sus derechos como jefe del partido boliviano y no se dejara matonear por el Che y Fidel. Tal como sucedieron las cosas, eso es precisamente lo que Monje trataría de hacer.

## VII

Con ayuda de Fidel, el Che ponía en marcha sus piezas; preparaba el tablero para su siguiente «aventura con causa». Desde luego, su plan era ir a Argentina, pero el país aún no estaba preparado; debía crear las condiciones desde Bolivia. Allí irían a combatir guerrilleros de los países vecinos y luego se irradiarían para formar guerrillas aliadas en sus naciones de origen. Cuando la rebelión argentina estuviera en marcha, él partiría de Bolivia para tomar el mando.

Según los cubanos, el Che tenía en mente este objetivo final al enviar a Tania a La Paz. Al principio les enviaría información valiosa sobre el régimen y la situación política bolivianos, pero más adelante serviría de enlace entre las insurgencias en curso en los países vecinos, sobre todo en Argentina.

Hasta entonces su elección como agente daba buenos frutos. Con

su identidad de «Laura Gutiérrez Bauer», una mujer atractiva, soltera y blanca, una etnóloga argentina con ingresos propios, penetró rápidamente en el círculo pequeño, racialmente estratificado, de la sociedad paceña. Dos meses después de su llegada a La Paz, en noviembre de 1964, Tania había logrado establecer valiosos contactos en la comunidad política y diplomática, había obtenido su residencia y permiso de trabajo e incluso un puesto voluntario en el Comité de Investigaciones Folklóricas del Ministerio del Interior. Además enseñaba alemán a un grupo de estudiantes.

Uno de sus mejores contactos era Gonzalo López Muñoz, secretario de prensa del presidente Barrientos, quien le dio documentos con el membrete de su oficina y una credencial de representante de ventas de una revista semanal dirigida por él.[1] A fines de 1965 consiguió un «novio» adecuado, un joven estudiante de ingeniería boliviano, y unos meses después se casó con él. Con ello logró conseguir la ciudadanía; en cuanto al esposo, se deshizo de él mediante una oportuna beca de estudios en el exterior, una idea que ya había implantado en su ingenua cabeza de novio.

En enero de 1966 la visitó «Mercy» un agente de Piñeiro que se hacía pasar por hombre de negocios. («Mercy» era un revolucionario guatemalteco cuyo nombre verdadero era Carlos Conrado de Jesús Alvarado Marín. Había conocido al Che en 1954, cuando, después de la caída de Jacobo Arbenz, estuvieron refugiados juntos en la embajada argentina de la capital guatemalteca. Después del triunfo de la revolución en Cuba, Alvarado fue a la isla para prestar sus servicios, y, desde entonces, había trabajado en tareas clandestinas de apoyo a los grupos revolucionarios latinoamericanos.) Le traía a Tania una carta en el tacón hueco de su zapato y la noticia de que se la había honrado con la afiliación al flamante Partido Comunista cubano. Tania dijo a sus conocidos que le habían ofrecido un trabajo de intérprete y a finales de febrero partió hacia La Paz para reunirse con Mercy en San Pablo, Brasil. En una casa veraniega cercana a San Pablo repasaron técnicas de contraespionaje durante varias semanas. A finales de marzo, Tania hizo un breve viaje en solitario a Uruguay, aparentemente por su propia iniciativa, para afinar su historia de cobertura. A principios de abril, a su regreso de Brasil, Tania voló a México. Allí se reunió con Ariel, quien había llegado con órdenes del Che de asegurar que Tania estuviera en condiciones de trabajar en la red de apoyo para el núcleo guerrillero que pensaba formar en Bolivia. Ariel le explicó que muy pronto se iniciaría la lucha intercontinental, y que se preparara para asumir nuevas responsabilidades. Antes de que Tania viajara de vuelta a La Paz, con un nuevo pasaporte falso argentino, a finales de abril, Ariel le dijo que un agente cubano contactaría con ella a su regreso con nuevas instrucciones. Por razones de seguridad, no le explicó que éste sería Papi.

1. Más adelante, descubierta la presencia de los guerrilleros, las autoridades detuvieron a López Muñoz y lo acusaron de colaborar con ellos. Él dijo que era inocente puesto que lo habían engañado, y quedó en libertad. Pero en realidad, participaba de buen grado en el plan guerrillero. Lo había reclutado Inti Peredo, cuya esposa y la de López Muñoz eran primas.

«Mercy», escribió un extenso y detallado informe sobre Tania. Dijo que estaba profundamente comprometida con la causa y entregada a su tarea, pero que padecía una extrema tensión nerviosa y emocional, hasta el punto de sufrir ataques de histeria. Decidió que esa conducta se debía al estrés de vivir por tanto tiempo sola en un «país capitalista», pero concluyó su informe con una frase optimista y propagandística: «Creo que es consciente del honor de ser un eslabón de la cadena que en un futuro no muy lejano estrangulará al imperialismo, y está orgullosa de haber sido escogida para una tarea especial en ayuda de la Revolución Latinoamericana.»[1]

Sin embargo, un poema escrito por ella en abril revela un estado de ánimo sentimental y melancólico en el que aparentemente se pregunta si valió la pena llevar una vida clandestina y borrar su verdadera identidad. El título del poema es «Para dejar un recuerdo»:

> Pues bien, ¿debo partir, como flor que se marchita?
> ¿Algún día caerá en olvido mi nombre
> Y nada de mí quedará en la tierra?
> Al menos, flores y canto.
> Entonces, ¿cómo debe portarse mi corazón?
> ¿Es en vano que vivimos, que aparecemos sobre la tierra?

Para proteger la cobertura de Tania, en La Paz, el Che dio órdenes de que Papi tuviera escaso contacto con ella. Era un conocido mujeriego, y temía que si pasaba demasiado tiempo con ella acabaría por delatar su identidad. Ordenó además que no se la usara en la etapa de preparación de la guerra. Era un valioso efectivo clandestino que no se debía perder; además, el Che quería usarla como correo capaz de viajar sin despertar sospechas a Argentina, Perú y otros países donde pudiera reclutar combatientes.

Sin embargo, cuando Pombo y Tuma llegaron a fines de julio con las órdenes del Che, Papi mantenía contactos regulares con Tania desde dos meses antes. Le había revelado los planes guerrilleros e incluso la había presentado al hombre que sería el enlace permanente de la misión con La Habana, Renán Montero, también llamado «Iván». Ella lo había conocido dos años antes en La Habana, cuando el Che le había explicado su misión.

Como siempre, Argentina ocupaba un lugar principal en los pensamientos del Che, y ahora que faltaban pocos meses para el viaje a Bolivia, trató de poner en marcha los planes en ese frente. En mayo de 1966, cuando aún se encontraba en Praga, pidió a Piñeiro que convocara a su lugarteniente argentino Ciro Bustos a La Habana. Se habían visto por última vez en el verano de 1964, seis meses antes de que el Che partiera en su gira

1. La verdadera identidad de «Mercy» se mantuvo en secreto hasta algún tiempo después de que éste muriera en Cuba, en 1997. Según Ulises Estrada, esto se debía al hecho de que su hijo, Percy Alvarado, también miembro de la seguridad del Estado cubano, estaba en activo, infiltrado como un doble agente en los grupos anticastristas radicados en Miami.

mundial y desapareciera de vista. Allí le había ordenado que volviera a Argentina y continuara sus tareas organizativas «apoyándose en las escisiones», es decir, que evitara los contactos con el Partido Comunista argentino y reclutara cuadros de sus fracciones distanciadas. Bustos había dedicado dos años a esa tarea con la esperanza de formar un futuro grupo guerrillero. La tarea no era fácil por cuanto carecía de plazos firmes del Che para atraer a los aspirantes, pero Bustos había logrado hacer progresos. La desaparición del Che en abril de 1965 no lo arredró: sabía que estaba realizando su trabajo revolucionario en alguna parte y que algún día vendría a hacerse cargo de la red guerrillera que estaba construyendo para él.

En mayo de 1966, Bustos recibió la orden de viajar a Cuba. Daba por sentado que se reuniría con el Che, pero lo dejaron solo en una casa clandestina, una mansión en el barrio habanero de Marianao. Un camión pasaba regularmente para dejarle comida y cerveza. Lo hicieron esperar durante varias semanas sin darle explicaciones sobre cuánto tiempo pasaría allí ni qué debía hacer. Finalmente, hirviendo de rabia y enterado de que su amigo Furry era el comandante militar en Oriente, voló a Santiago y se reunió con él en una base en Mayarí.

Bustos presentó su retahíla de quejas y a continuación Furry se comunicó por radioteléfono con alguien –según él, con el Colorado Piñeiro– con quien mantuvo una larga y acalorada conversación. Exigió que atendiera a Bustos «como corresponde» y concertara su encuentro con «el hombre», presumiblemente Guevara. Bustos guarda un recuerdo muy nítido de la insólita escena. Mientras Furry hablaba, «oficiales soviéticos se paseaban nerviosos en medio de la niebla a las cinco de la mañana».

De regreso en la casa clandestina de La Habana, «todo cambió», dijo Bustos. Le dijeron que el Che necesitaba un informe suyo inmediatamente; trajeron a un taquígrafo para que se lo dictara. «Dicté un informe sobre nuestro trabajo y la situación política [argentina] en el que vaticiné que habría un golpe militar. Éste se produjo antes de que yo volviera al país», dijo Bustos. Finalmente, le dijeron que no vería al Che en esa ocasión; que debía regresar a Córdoba a esperar un «contacto», pero no le dijeron cuándo se produciría ni con quién.[1]

1. Antes de regresar a Argentina, Bustos se vio envuelto en una odisea muy extraña y enigmática. Invitado por el gobierno de Mao, fue a China, donde lo recibieron con toda pompa como el lugarteniente guerrillero del Che en la Argentina. En varias reuniones los funcionarios del gobierno chino ofrecieron dar instrucción militar a los «hombres del Che» además de apoyo material y financiero. Pero la tentadora oferta tenía una trampa, revelada en una reunión con el vicepresidente del Congreso Nacional del Pueblo en Pekín: Bustos debía denunciar públicamente a Fidel Castro como «aliado del imperialismo». Atónito, Bustos se negó a hacerlo y su «gira de buena voluntad» terminó poco después. Cuando se reunió con el Che en Bolivia, Bustos relató el encuentro con cierto fastidio. El Che respondió entre carcajadas: «Tuviste suerte. Era el comienzo de la Revolución Cultural, pudiste perder las pelotas.» El Che no le aclaró si él había concertado la reunión ni qué clase de trato tenía con los chinos. Poco después los sucesos empezaron a precipitarse y no tuvieron otra oportunidad para discutir el asunto.

En Córdoba, Bustos se disfrazó con una peluca para visitar a los camaradas encarcelados en Salta y «conferenciar» en susurros con el «estado mayor». Habían apelado sus condenas, pero el fallo se demoraba y las perspectivas bajo el nuevo régimen militar eran sombrías. En Cuba, Bustos había estudiado la posibilidad de organizar la fuga, y Ariel, el lugarteniente de Piñeiro, había prometido que lo estudiaría.[1] Por el momento, sólo le quedaba volver a su hogar y reanudar la «vida normal» a la espera del «contacto» prometido que lo llevaría hacia el Che.

## VIII

A finales del verano, las tropas para la misión boliviana del Che ya estaba seleccionadas y reunidas en un campamento de instrucción secreto en la provincia de Pinar del Río, al este de Cuba. Estaba en una zona llamada Viñales, caracterizada por unas formaciones geológicas particulares llamadas «mogotes», una serie de cerros selváticos truncos que se alzan abruptamente de la tierra roja de los tabacales y los valles ribereños. La elección del campamento revelaba un espíritu irónico. En la cima de un mogote había una lujosa finca campestre con piscina alimentada por un arroyo de montaña que había pertenecido a un norteamericano acusado de ser agente de la CIA. Se llamaba San Andrés de Caiguanabo. La habían expropiado y ahora servía de plataforma de lanzamiento para la siguiente expedición antiyanqui del Che.

Para esta empresa el Che había elegido un conjunto ecléctico de hombres. Algunos habían combatido en el Congo, otros en la sierra y también había algunos miembros de su cuerpo de escoltas. Habían volado desde distintos puntos de la isla a La Habana, donde los habían llevado directamente a la oficina de Raúl Castro. Todos reconocieron a viejos amigos que no veían desde hacía un tiempo. Ninguno conocía el motivo de la reunión. Finalmente, Raúl les dijo que se los honraba con su elección para una «misión internacionalista». Para la mayoría, era la consumación de un sueño: no había mayor aspiración para un cubano en las fuerzas armadas que la de ser un revolucionario internacionalista.

Eran una docena de hombres. Uno de ellos era Dariel Alarcón Ramírez, llamado «Benigno», un guajiro enjuto de algo menos de treinta años, veterano de la sierra y de la columna de Camilo que había demostrado ser un combatiente esforzado. Otro era Eliseo Reyes, «Rolando», veintiséis años, otro veterano de la sierra que había participado en la larga marcha del Che al Escambray. Inteligente, leal, había sido jefe de la inteligencia policial y luego combatido a los contrarrevolucionarios en Pinar del Río.

1. Ariel dijo al autor que habló con varios grupos izquierdistas clandestinos en Argentina, entre ellos los dirigentes de un pequeño «grupo bastante terrorista». Decidieron que era demasiado difícil y recurrieron a la «opción legal» de apoyar los intentos de Gustavo Roca y otros abogados para que se redujeran las sentencias.

Olo Pantoja, «Antonio», de treinta y seis años, había sido oficial rebelde del Che en la sierra e instructor del grupo de Masetti. René Martínez Tamayo, «Arturo», hermano menor de Papi, había realizado tareas clandestinas para la seguridad estatal y el ejército. Gustavo Machín de Hoed, «Alejandro», de veintinueve años, venía del Directorio Revolucionario y se había unido al Che en Escambray; luego había sido uno de sus viceministros de Industria. «Manuel», o Miguel Hernández Osorio, treinta y cinco años, había conducido el pelotón de vanguardia en la marcha al Escambray.

También estaba el compañero de viaje del Che desde Praga y su mensajero personal con La Paz, Alberto Fernández Montes de Oca, de treinta y un años. Llamado «Pacho» o «Pachungo», había sido maestro antes de ingresar a la red clandestina urbana del 26 de Julio durante la guerra. Octavio de la Concepción y de la Pedraja, o «Moro», llamado «Morogoro» en el Congo, de treinta y un años, ex estudiante de medicina y veterano de la lucha contra Batista que era oficial de carrera en las fuerzas armadas cubanas. Había dos negros aparte de Pombo. Un veterano de las tropas de Raúl, Israel Reyes Zayas, «Braulio», de treinta y tres años, otro militar de carrera, había combatido en el Congo con el seudónimo de «Azi». Y Leonardo «Tamayito» Tamayo, llamado «Urbano», había sido escolta del Che desde 1957.

El robusto Juan «Joaquín» Vitalio Acuña, que a los cuarenta y un años era el mayor de todos, había combatido en la columna del Che y lo habían ascendido a comandante durante el avance final hacia el poder. Otro oficial de carrera y miembro del Comité Central, Antonio Sánchez Díaz, llamado «Marcos» o «Pinares», había sido oficial de Camilo Cienfuegos y lo habían ascendido a comandante después de la victoria rebelde. Por último, estaba el extrovertido treintañero Jesús Suárez Gayol, «Rubio», amigo de Orlando Borrego desde el Escambray y en ese momento su segundo en el Ministerio del Azúcar.

Nadie sabía adónde iban a combatir ni quién sería su comandante. Un día apareció un extraño en el campamento, un hombre maduro de calvicie incipiente y vestido de paisano. Dijo llamarse «Ramón» y empezó a pasearse delante de los hombres formados mientras los insultaba mordazmente. Después de un buen rato, cuando Eliseo Reyes dio muestras de estar ofendido, Ramón les reveló su identidad: era el Che. A partir de entonces vivió con ellos, supervisó el entrenamiento físico, la instrucción de tiro y, como siempre, les dio cursos, esta vez de «educación cultural»: francés y un idioma nuevo, el quechua. Su destino era Bolivia.

Para agosto ya se había elegido una base de operaciones en Bolivia, una remota extensión de mil quinientas hectáreas de selva en el sudeste, una de las regiones atrasadas del país, atravesada por el Ñancahuazú, un río estacional. Era una región de bosques montañosos lindante con las estribaciones orientales de la cordillera andina y con el límite del Chaco, el vasto desierto tropical que se extiende hacia Paraguay, la frontera más cercana. Se encontraba a doscientos cincuenta kilómetros al sur de Santa Cruz junto a un camino de tierra y a igual distancia del límite con Argentina. La población más cercana, el antiguo puesto fronterizo colonial de Lagunillas, esta-

ba a unos veinte kilómetros. Viajando al sur unas horas más se llegaba a Camiri, un pueblo petrolero donde había una guarnición militar.

Desde su regreso, Monje había cumplido su promesa a Fidel de asignar a los cuadros entrenados en Cuba los preparativos para la llegada del Che: la compra de armas y pertrechos, el alquiler de casas clandestinas y la obtención de medios de transporte. Papi, que había ido a Bolivia sin directivas claras sobre el lugar donde debía establecer la base, aceptó la recomendación de Monje de comprar la propiedad de Ñancahuazú.

Años después, Monje confesó que la elección fue casi arbitraria, de ninguna manera «estratégica». Envió a Coco, Loro y Saldaña en busca de una buena base «cerca» del límite con la Argentina –porque suponía que el Che iría en esa dirección– y dos semanas después volvió Loro con su informe sobre Ñancahuazú. Monje encontró el lugar en un mapa, decidió que parecía estar «cerca» de la Argentina y dio la luz verde. El 26 de agosto, Loro y Coco compraron la tierra, haciéndose pasar por criadores de cerdos.

A finales de julio llegaron Pombo y Tuma, quienes dijeron a Monje que los «planes habían cambiado», que las operaciones de la guerrilla «continental» comenzarían en Bolivia en lugar de Perú; éste dijo que estaba de acuerdo. Para sondearlo, los cubanos dijeron que tal vez el Che participaría en persona; Monje respondió que estaba dispuesto a combatir y aceptó darles más hombres para un frente guerrillero, aunque insistió en que prefería una «insurrección popular».

Pero a los pocos días cambió de tono, dijo que no recordaba haberles prometido más hombres y les recordó en tono amenazante que podía negarles el apoyo del partido. Dijo que debía controlar lo que se hacía en su país y que lo ofendía que los cubanos impusieran condiciones a los bolivianos. Para hacer valer su autoridad, insinuó que había conversado sobre *sus* planes en Moscú y que solicitaría la ayuda soviética cuando llegara el momento oportuno. Sí, había acordado que su partido ayudaría al Che a llegar a Argentina y apoyaría las guerrillas en Brasil y Perú, pero que Bolivia jamás había estado en discusión. Los cubanos protestaron y Monje se echó atrás, pero a partir de entonces el clima quedó cargado de desconfianza mutua.

La reticencia de Monje se debía entre otras razones al resultado de las elecciones generales realizadas a fines de julio. Cuando el Partido Comunista obtuvo autorización para presentar candidatos, Monje y los demás burócratas del Buró Político decidieron participar, pero a la vez dijeron a los jóvenes extremistas formados en Cuba como Coco Peredo que no abandonaban sino sólo postergaban la «lucha armada». El partido había obtenido algunos votos, un porcentaje mínimo pero el más alto de su historia. Para los moderados, era un argumento de peso a favor de seguir actuando dentro del sistema.

A principios de septiembre, mientras Monje aún vacilaba y enviaba señales contradictorias, el Che envió a Pacho a La Paz a evaluar la situación. Los cubanos empezaron a sondear a los mandos del Partido Comunista Boliviano para conocer sus preferencias; ¿se unirían a una guerra de guerrillas indèpendiente del partido? Coco Peredo dijo que combatiría con ellos hasta

la muerte, pero otros eran leales a la jerarquía partidaria y evidentemente no se podía contar con ellos. Mientras tanto, el Che envió el mensaje de que quería instalar la base guerrillera en el Alto Beni, una zona agrícola tropical en la divisoria de aguas de la cuenca amazónica, situada en el otro extremo del país con respecto a Ñancahuazú. Dijo a sus hombres que compraran tierras allá y trasladaran las armas almacenadas en Santa Cruz.

Por su parte, Monje recibió informes de que se había visto a Régis Debray explorando el terreno en Cochabamba, el Chapare y el Alto Beni, regiones todas que los cubanos analizaban como posibles bases para la guerrilla. Debray se había reunido con Moisés Guevara, un dirigente minero disidente y hombre de acción que acababa de romper con la fracción comunista pro china de Oscar Zamora. Monje acusó a los cubanos de moverse a sus espaldas y preguntó perentoriamente si tenían trato con el «fraccionalista» Guevara. Los del equipo de avanzada negaron conocer la presencia de Debray y le aseguraron que no se habían reunido con Moisés Guevara. Desde luego que mentían. El Che les había enviado un mensaje para explicar la misión de Debray: reclutar la fuerza de Moisés Guevara y evaluar la región del Alto Beni que había escogido para lanzar la guerra.

Pombo, Papi y Tuma quedaron atrapados en el medio. Ya tenían una base de operaciones, pero en el sudeste. Tenían el apoyo aparente del Partido Comunista Boliviano y habían creado una red. Todo eso lo habían realizado mediante sus tratos con Monje, y por difícil que fuera descubrir sus verdaderas intenciones, el dirigente partidario era el único apoyo con que contaban por el momento. Por su parte, Moisés Guevara había prometido unirse a la lucha armada, pero hasta entonces no había traído a un solo hombre y en cambio les pedía dinero. Instaron al Che a reconsiderar las alternativas.

Para colmo de complicaciones, también debían tratar con los guerrilleros peruanos, quienes esperaban que el Che fuera a combatir con ellos. Los dirigía un peruano de origen chino parecido a Mao llamado Juan Pablo Chang, viejo amigo de Hilda Gadea, que trataba de reconstruir la infraestructura clandestina destruida después de la muerte de Lobatón y Uceda y el encarcelamiento de Ricardo Gadea y Héctor Béjar. Chang había enviado a su hombre José Dagnino Pacheco, alias «Sánchez», a colaborar con los cubanos en La Paz, pero tanto él como sus camaradas estaban molestos porque el Che había cambiado de planes al poner el foco de la lucha en Bolivia. Los cubanos actuaron diplomáticamente y le dijeron a Sánchez que después de la llegada del Che se celebraría una reunión para apaciguarlo y explicar la nueva estrategia.

Por último, los lugartenientes del Che tenían muchas dificultades para cumplir la orden de hallar una base en el Beni. Le enviaron una larga carta llena de argumentos a favor de Ñancahuazú, señalando que la región del Beni estaba densamente poblada, que no había en venta tierras de la extensión requerida y que en una finca pequeña aumentaba el riesgo de que los descubrieran antes de tiempo. Por fin el Che cedió: la propiedad ya comprada serviría por el momento.

Era octubre, pero aún había muchos factores sin resolver. En un nuevo cambio de actitud, Monje dijo que su Comité Central había votado a favor de la lucha armada, pero, como siempre, subrayó que deberían dirigirla los bolivianos. Dijo que iría a La Habana a explicar su política. Sin embargo, a pesar de que el tiempo apremiaba, realizó previamente una larga visita a Bulgaria; no llegó a la capital cubana hasta fines de noviembre. Allí descubriría que el hombre que se convertía en su pesadilla había desaparecido. La verdad era que el Che ya había partido hacia Bolivia sin avisar a nadie salvo a su círculo más íntimo de camaradas cubanos.

En la reunión con Fidel, dice Monje, el dirigente cubano no negó ni ratificó el cambio de planes. Escuchó decir a Monje que la revolución boliviana la debían dirigir los bolivianos, pero en respuesta se limitó a sugerir que el Che y él debían «reunirse a conversar». ¿Dónde estaría Monje en Navidad?, preguntó Fidel. En Bolivia, dijo aquél. Entonces concertarían una reunión para esa época, «fuera» de Bolivia pero cerca de la frontera.

Pero Monje dice que para entonces ya sabía dónde era ese lugar: no estaba fuera de Bolivia sino en Ñancahuazú. A mediados de diciembre volvió a La Paz, más convencido que nunca de que los cubanos lo habían engañado.[1]

## IX

El Che permaneció oculto hasta los últimos días de su estancia en Cuba. Aparte de Fidel, los hombres en el campamento de instrucción y un puñado de dirigentes revolucionarios, Orlando Borrego era uno de los muy pocos que estaban al tanto de su presencia. Aún no había cumplido treinta años, era ministro del Azúcar, pero ardía en deseos de acompañarlo al frente de guerra. Enterado de que habían escogido a su segundo, Jesús Suárez Gayol, para ir a Bolivia, Borrego dijo que él también quería ir. El Che rechazó su petición, pero prometió que lo mandaría llamar en una etapa más avanzada, cuando la revolución estuviera más consolidada.

El Che tenía otros motivos para que su protegido permaneciera en Cuba. Después de uno de sus encuentros clandestinos con el Che en el exterior, Aleida había regresado con un presente especial para Borrego. Era la edición subrayada por el Che de *Economía política,* el manual oficial soviético de la era estalinista para la «recta» interpretación de las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin y su aplicación en la construcción de una sociedad socialista. La acompañaba un grueso bloc de hojas con anotaciones y comentarios, muchos de los cuales criticaban o ponían en duda ciertos principios fundamentales del «socialismo científico» tal como estaba codificado en la Unión Soviética. También había un esbozo teórico del «sistema financiero presupuestario» que consideraba preferible a las teorías que seguían la línea moscovita. Su idea

1. Aunque Monje se negó a admitirlo, en Cuba se cree que pasó por Moscú de regreso a Bolivia con el único fin de quejarse en el Kremlin sobre los planes cubanos para su país.

era redactar un nuevo manual de economía adaptado a los tiempos modernos para uso de las naciones en desarrollo y las sociedades revolucionarias del Tercer Mundo. Además quería exponer su teoría económica en forma de libro. Sabía que no tendría tiempo para completar esos proyectos y, al enviárselos a Borrego, le encomendaba implícitamente esa tarea.

Con el paquete iba una carta dirigida a Borrego por su apodo de «Vinagreta». Con referencia al material que le enviaba por intermedio de «Tormenta» (una alusión burlona a Aleida), el Che le pedía que hiciera «lo mejor que puedas» con él. También le recomendaba fuera «paciente» con respecto a Bolivia, pero que estuviera «preparado para la segunda etapa».

En su crítica del manual estalinista, el Che señaló que aparte de unos cuantos escritos de Stalin y Mao, era poco lo que se había hecho después de Lenin para actualizar las apreciaciones del marxismo. Lenin, que en la década de 1920 había introducido formas de competencia capitalista para provocar el despegue de la economía soviética, era «culpable» de muchos errores, dijo el Che, y aunque reiteró su «admiración y respeto por ese culpable», advirtió en letras de molde que la Unión Soviética y el bloque soviético estaban condenados a «regresar al capitalismo».

En medio de su estupor, Borrego pensó: «El Che es demasiado audaz; ¡esto es una herejía!» En ese momento pensó que el Che iba demasiado lejos y que su vaticinio funesto no se cumpliría. Desde luego, el tiempo daría la razón al Che.*

Según lo entendió Borrego, el Che esperaba que algún día esos escritos saldrían a la luz. «Aunque comprendiera que el camino que proponía no se podía implantar aquí por varias razones, probablemente esperaba poner algo en marcha y probarlo si tomaba el poder en Bolivia o alguno de esos países.» En la Cuba cada vez más sovietizada de los años siguientes, Borrego nunca encontró el «momento oportuno» para pedir que se publicaran los escritos del Che. Se dice que aún hoy Fidel los considera un material muy delicado para autorizar su publicación.[1]

Durante la estancia del Che en el Congo y Praga, Borrego y Enrique Oltuski habían trabajado arduamente durante meses para editar las «obras escogidas». Finalmente compilaron una edición de siete tomos llamada *El Che en la revolución cubana* que incluía *La guerra de guerrillas, Pasajes de la guerra revolucionaria*, discursos y una selección de cartas y artículos inéditos. El Che quedó sorprendido y encantado al ver el producto final, pero los hojeó y dijo con la sorna que lo caracterizaba: «Hicieron un verdadero popurrí.»

Borrego hizo imprimir doscientos ejemplares y entregó el primero de todos a Fidel, pero el público cubano no llegó a conocerlos. Los libros fueron enviados a los dirigentes revolucionarios y a una lista de individuos preparada por el Che poco antes de partir de Cuba. Al final sólo se entregó un centenar; los demás quedaron almacenados en un depósito.

* Véanse más detalles en el apéndice.

1. Finalmente, en 2001, Borrego publicó algunos extractos de las críticas del Che en su libro *Che: El camino del fuego.*

# X

La partida inminente del Che era una situación muy penosa para Borrego, que trató de pasar el mayor tiempo posible con él. Viajaba frecuentemente a la casa de Pinar del Río, lo mismo que Aleida, quien pasaba ahí los fines de semana y cocinaba para todos. Sus hijos se quedaron sin saber que su padre estaba en Cuba, pero, en una ocasión, Aleida llevo al bebé Ernestito –que el Che apenas había visto antes de marcharse al Congo– y también a Celita, que, con sólo tres años, no lo reconocía. Borrego estaba ahí, y dijo que fue una de las experiencias más desgarradoras que jamás presenció. Ahí estaba el Che con su hijita, sin poderle decir quién era ni abrazarla como padre, porque no podía confiar en que guardara el secreto.

Borrego presenció la última metamorfosis física del Che. Aparte de colocarse una prótesis bucal para inflarse las mejillas, debía hacerse depilar una buena parte del cráneo para mostrar la calvicie avanzada de un cincuentón. Borrego se sentó a su lado cuando un barbero empezó a arrancarle los pelos uno por uno. Ante un chillido de dolor, Borrego dijo bruscamente al «especialista en fisonomías» de la inteligencia cubana a cargo de la operación que tuviera cuidado, pero el Che gruñó: «¡Tú no te metas!» Para que la calvicie pareciera natural era necesario arrancar el pelo de raíz, y el dolor era una prueba más a soportar.

Un día de octubre, poco antes de la partida, Borrego llevó unos quince litros de su helado preferido de fresas al campamento de instrucción. Era un día de fiesta y todos ocupaban una mesa larga. Cuando todos habían comido, Borrego fue a servirse más helado, pero el Che exclamó: «Oye, Borrego. Tú no vas a Bolivia, ¿por qué vas a servirte más? ¿Por qué no lo dejas para los hombres que sí van?»

Esa crítica oída por todos lo desgarró; no pudo contener las lágrimas. Se alejó sin decir palabra, ardiendo de indignación y vergüenza. Sentado sobre un tronco, escuchó a sus espaldas las risitas de los rudos guerrilleros que luego se volvían carcajadas y supo que se mofaban de él. Momentos después escuchó unos pasos. Una mano se posó sobre su cabeza y le revolvió el pelo. «Perdona por lo que dije –susurró el Che–. Vamos, no tiene importancia. Vuelve a la mesa.» Borrego no alzó la vista: «Vete a la mierda», dijo, y se quedó donde estaba un buen rato más. «Es lo peor que jamás me hizo», dijo Borrego.

Con traje y sombrero, el Che tenía un ligero parecido con el actor mexicano Cantinflas, como había descubierto el difunto Jorge Ricardo Masetti. Así es como Fidel presentó a su «amigo» extranjero a un grupo de ministros de Cuba uno o dos días antes de la partida del Che. Nadie reconoció al hombre de traje. «Era perfecto, de veras –diría Fidel años después–. Nadie lo reconoció, ni siquiera los compañeros más íntimos, que hablaban con él como si fuera un huésped. Llegamos a hacer chistes sobre eso el día antes de su partida.»

Fidel dijo que se despidieron con un abrazo viril, como corresponde a

dos viejos camaradas de armas. Como ambos eran hombres recatados, poco dados a las demostraciones públicas de afecto, su abrazo «no fue muy efusivo». Pero Benigno, uno de los guerrilleros presentes en el banquete de despedida del Che, dice que fue un momento cargado de gran emoción.

Por fin había llegado el momento: la operación para «liberar» a Sudamérica estaba en marcha y todos los presentes sintieron la solemnidad de la ocasión. Se había preparado una comida especial, asado de vaca y de cerdo, vino tinto y cerveza, porque el Che había pedido un menú «argentino-cubano». Pero Benigno recuerda que a medida que Fidel se explayaba, daba consejos y aliento y recordaba los tiempos de la sierra, todos dejaron de comer y lo escucharon fascinados. Pasaron las horas. Casi al amanecer, cuando era el momento de partir, el Che se levantó de un salto.

Se abrazaron brevemente, luego se tomaron de los hombros y se miraron a los ojos durante un largo rato. Acto seguido el Che subió a su vehículo, dijo al conductor: «¡Vamos, carajo!», y desapareció. Un silencio melancólico cayó sobre el campamento, dice Benigno. Fidel no se fue: sólo se apartó de los demás y se sentó. Así permaneció un largo rato con la cabeza gacha. Los hombres se preguntaron si lloraba, pero ninguno osó acercarse.

Los últimos días fueron de gran emoción para todos, pero los momentos más penosos fueron los que pasó con Aleida y los niños. Un día antes de su partida de Cuba, al Che lo trasladaron de la finca a una casa segura en La Habana. Pidió ver a los hijos una última vez. Aleida los llevó a todos, menos a Hildita, que ya tenía diez años y quizás podría reconocerlo. Para el Che el encuentro era la prueba suprema de su disfraz; si sus propios hijos no lo reconocían, nadie lo haría. Y así fue: el Che no reveló su identidad: dijo que era el «tío Ramón». Les traía noticias de su padre, ausente desde hacía tanto tiempo, quien le había encargado que les transmitiera su amor y algunos consejos. Almorzaron juntos; tío Ramón ocupaba la cabecera como solía hacer «papá».

Como en su encuentro anterior con Celita, el Che no pudo manifestarles su cariño de padre. Lo único que se atrevió a hacer fue pedirles que le dieran un beso para transmitírselo a su padre. En determinado momento, Aliusha se cayó y se lastimó la cabeza. Él la atendió y le dio un beso en la mejilla. Ella corrió hacia su madre y le susurró: «Mamá, creo que ese hombre está enamorado de mí.» El Che la oyó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aleida estaba conmocionada, pero contuvo las lágrimas hasta que pudo alejarse de los niños.

En el momento de la despedida, «tío Ramón» agitó la mano para saludar a su esposa y sus hijos. Fue la última vez que se vieron y, tal como había predicho en su carta de despedida, sus hijos menores no guardarían recuerdo de él.

# 29. SACRIFICIO NECESARIO

Bolivia debe ser sacrificada para que puedan comenzar las revoluciones en los países vecinos

CHE GUEVARA,
diciembre de 1966,
hablando a sus guerrilleros en Bolivia

En qualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea.

CHE GUEVARA,
abril de 1967, «Mensaje a la Tricontinental»

## I

En su análisis posterior del desastre del Congo, el Che reconoció que uno de sus errores más graves fue el «chantaje de cuerpo presente» al presentarse sin anuncio previo a los rebeldes congoleños. Eso había provocado encono y suspicacias en la dirigencia rebelde, según escribió en *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo,* y era uno de los errores cuyas lecciones se comprometía a aprovechar. Pero cuando voló a Bolivia a principios de noviembre de 1966, repitió precisamente el «chantaje» del Congo: nuevamente apareció en tierra extranjera sin ser invitado, convencido de que la dirección comunista boliviana no retrocedería ante la guerra de guerrillas inminente una vez que le presentara el hecho consumado de su presencia. Esta vez, el error resultaría fatal.*

Las cosas empezaron bastante bien. El 3 de noviembre, cuando el Che –mejor dicho, Adolfo Mena González, un maduro empresario uruguayo enviado a recoger información económica por la Organización de Estados Americanos– llegó a La Paz, lo aguardaban sus colaboradores más íntimos: Papi, Pombo, Tuma y Renán. Ocupó una suite en el tercer piso del cómodo Hotel Copacabana sobre el elegante y arbolado bulevar Prado, en el centro de la ciudad, con vista al Illimani, el cerro que tanto le gustaba, con su corona de nieve.

Se fotografió a sí mismo en el espejo del armario. Sentado en la cama del hotel, el hombrecito regordete de cabeza calva devuelve una mirada intensa e inescrutable.

El interludio reflexivo fue breve, porque el Che no estaba de ánimo

* Véanse más detalles en el apéndice.

para perder el tiempo. Dos días después, bajó de la diáfana frescura del altiplano al polvo y el calor del chaco en la estación seca. Con Pombo, Tuma, Papi, Pacho y el boliviano Loro Vázquez Viaña inició un viaje de tres días a Ñancahuazú.

En una parada para almorzar, el Che reveló su identidad a Loro, pero le pidió que no revelara su presencia al partido hasta que tuviera tiempo de hablar con Monje. Según Pombo: «Le dijo a Loro que su decisión de venir a Bolivia era porque el país presentaba las mejores condiciones para una base guerrillera en el continente». Luego agregó: «Vine para quedarme y la única manera que saldré de aquí será muerto o disparando mientras cruzo la frontera.»

## II

Para el Año Nuevo le había empezado a crecer el pelo y tenía otra vez su barba rala. Sus camaradas cubanos y el guerrillero peruano Eustaquio ya estaban en Ñancahuazú y se entrenaban junto con los bolivianos. Tenía un ejército de veinticuatro hombres, de los cuales sólo nueve eran bolivianos. Entre ellos se encontraban Inti Peredo, el hermano mayor de Coco, y Freddy Maymura, un ex estudiante de medicina boliviano de padres japoneses. Ambos se habían entrenado en Cuba.

Sus hombres habían instalado un campamento base y un vivac secundario oculto en el bosque sobre un abrupto cañón de piedra roja, a varias horas de caminata río arriba del lugar que llamaban «Casa de Calamina»: una casa de ladrillos con techo de cinc, la «fachada» legal del futuro «establecimiento porcino y maderero» de Ñancahuazú.

Había un horno de barro para cocer el pan, una choza para el secado de carne, una enfermería rústica y hasta mesas y bancos toscos de madera para comer. Habían cavado una letrina, así como un sistema de túneles y cuevas para almacenar los alimentos, las armas y los documentos comprometedores. En una cueva estaba instalada la radio que utilizaban para enviar y recibir comunicaciones cifradas de La Habana, cuyo nombre en clave era «Manila». La red urbana de La Paz empezaba a consolidarse; bolivianos como Rodolfo Saldaña, Coco Peredo y Loro Vázquez Viaña –«propietario» de la finca– iban y venían con provisiones, mensajes, reclutas y armas.

El predominio de los extranjeros en su «ejército boliviano» preocupaba al Che.[1] Peor aún, advertía señales de discordia competitiva entre los cubanos y los bolivianos, que trataba de corregir con sermones sobre la disciplina. El anuncio de que los cubanos serían los oficiales de la pequeña tropa hasta que los bolivianos adquirieran experiencia evidentemente no cayó

1. En definitiva, sin contar la red urbana de apoyo, la fuerza guerrillera comprendería a un argentino (el Che), una alemana (Tania), tres peruanos, dieciséis cubanos y veintinueve bolivianos.

bien entre estos últimos. Cuando Juan Pablo Chang anunció que enviaría veinte combatientes peruanos, el Che le pidió que esperara; no quería «internacionalizar» la lucha sin la participación de Monje. Necesitaba una sólida base de apoyo local y quería contar con un mínimo de veinte bolivianos antes de iniciar las operaciones. No los conseguiría sin ayuda de Monje.

A pesar de todas las precauciones, la presencia de los forasteros despertó rápidamente la curiosidad de los escasos vecinos de esa selva remota, tal como había sucedido con la base de Masetti en el río Bermejo, más al sur. En realidad, antes de la llegada del Che, los hombres del pelotón de vanguardia se enteraron de que Ciro Algañaraz, su vecino más próximo, expresaba sospechas de que los forasteros fueran traficantes de cocaína, un negocio que empezaba a florecer en la nación productora de coca. La casa y el criadero de cerdos de Algañaraz estaban junto al camino que conducía a la finca, y los guerrilleros debían pasar por ahí para llegar a la Casa de Calamina. Algañaraz pasaba la semana en Camiri, pero tenía un casero permanente en la finca. En una de sus primeras batidas de exploración al monte, Pombo y Pacho habían sido avistados por el hombre al que llamaban el «chófer de Algañaraz».

A fines de diciembre, el Che esperaba a Monje en el campamento. Antes de su llegada, expuso a sus hombres las propuestas que haría al secretario del Partido Comunista. Ante todo, él sería el comandante militar y estaría a cargo de las finanzas; en cambio, no tenía interés en ejercer la jefatura política. En cuanto al apoyo externo, pediría ayuda tanto a la Unión Soviética como a China. Moisés Guevara podría llevar a Pekín una carta suya a Chou En-lai en la que pediría ayuda «sin condiciones»; Monje podría viajar a Moscú «junto con un camarada que al menos atestiguara cuánto [dinero] recibía».

Las propuestas demuestran que a pesar de lo avanzado del proceso, podía allanar las diferencias entre los comunistas pro chinos y pro soviéticos bolivianos y aprovechar esa unidad para comprometer a los dos colosos socialistas en una causa común. Si pudiera forjar la paz en algún lugar de Sudamérica, tal vez habría esperanzas para alcanzar la unidad socialista en escala mayor. Por último, dijo: «Bolivia será sacrificada por la causa de crear las condiciones para la revolución en otros países. Debemos crear un nuevo Vietnam en las Américas con su centro en Bolivia.»

Desde su primitivo campamento en la remota selva boliviana, el Che preveía una sucesión asombrosa, incluso fantástica de acontecimientos, de la cual el inicio de la guerra y su extensión a las naciones vecinas eran apenas las dos etapas iniciales. En la tercera etapa, las guerras en Sudamérica forzarían la intervención norteamericana; eso favorecería la causa de las guerrillas al dar a sus campañas un tinte nacionalista; como en Vietnam, combatirían contra un invasor extranjero. Al desplegar y dispersar sus fuerzas en Latinoamérica, Estados Unidos se debilitaría en todos los frentes, tanto el boliviano como el vietnamita. Por último, al extenderse la conflagración, China y Rusia deberían abandonar sus riñas y alinearse con los revolucionarios en todas partes para la derrota final del imperialismo nortea-

mericano. Para el Che, lo que sucedía en Bolivia era nada menos que el disparo inicial de una nueva guerra mundial que determinaría en última instancia si el planeta sería socialista o capitalista. Pero antes debía tratar con Mario Monje.

El 31 de diciembre Monje llegó a Ñancahuazú y por fin los dos rivales se encontraron frente a frente. Se apartaron para conversar en el bosque. Dos fotografías de pésima calidad son la única prueba visual de ese encuentro. En una de ellas el Che está tendido en el suelo y clava su mirada sarcástica en Monje, sentado con las piernas encogidas en actitud defensiva.

Monje exigió que se le entregara el mando general de la lucha armada y que no se concertara una alianza con los «pro chinos». El Che respondió que podía descartar la alianza con los comunistas sinófilos, pero en cuanto al mando no cedería un ápice. Era el comandante militar porque estaba mejor capacitado que nadie para ello. Además, pensaba que sus decisiones políticas eran más acertadas que las de Monje. Pero le ofreció designarlo «jefe nominal» de la operación guerrillera si eso le permitía «salvar las apariencias».

Más tarde, en el campamento, Monje dijo a los hombres que renunciaría a su puesto en la dirección del partido y volvería para tener el orgullo de combatir con el Che, no como dirigente sino como «Estanislao», un combatiente raso. Ahora se iba a La Paz a informar al partido sobre la inminencia de la guerra para que todos tomaran precauciones; renunciaría a su puesto y volvería en diez días.

Eso era una fanfarronada con el fin de arrancarle al Che un nuevo gesto que salvara las apariencias o bien una mentira lisa y llana. A la mañana siguiente, antes de partir, reunió a los bolivianos para decirles que el partido no apoyaba la lucha armada, que se los expulsaría si permanecían ahí y se suspenderían las asignaciones a sus familias. Sólo cuatro hombres –Coco, Saldaña, Ñato y Loro– estaban autorizados por el partido para estar ahí y se respetaría eso, pero el resto debía elegir entre el partido y la guerra. Optaron por ésta, Monje se fue y jamás volvió.

Rafael Segarra, dirigente comunista en Santa Cruz, dijo que Monje pasó a verlo de regreso de Ñancahuazú y le advirtió: «La mierda va a saltar. La cosa está en marcha y si no la enterramos, nos va a enterrar a nosotros.» Aconsejó a Segarra que se ocultara o desapareciera y durante los días siguientes repitió el mismo consejo a los militantes del partido en todos lados.

Sobre las acciones equívocas de Monje aún pesa el manto de intrigas y sospechas tejido por él. Treinta años después, Pombo asegura que Monje perpetró un acto de «traición consciente» y Aleida, que lo llama «ese indio feo», dice que es el hombre que traicionó a su esposo.

El encuentro del Che con Monje había culminado en un desastre, provocado tanto por la falta de tacto de aquél como la hipocresía y la indecisión de éste. La suerte estaba echada. A partir del 1 de enero de 1967, el Che y sus dos docenas de combatientes estaban librados prácticamente a sus propios medios.

## III

Satisfecho por la lealtad de un puñado de jóvenes comunistas bolivianos y convencido de que el magnífico poder de persuasión de Fidel desharía el entuerto con la conducción partidista, el Che no permitió que la ruptura con Monje afectara su visión del futuro. En carta a Fidel, conocido ahora con su nombre en clave «Leche», relató lo sucedido sin demostrar la menor alarma.[1]

En realidad, parecía que las cosas progresaban con pocos tropiezos. Tania había llegado a Ñancahuazú el mismo día que Monje, y el Che la envió a Buenos Aires en busca de Ciro Bustos y Eduardo Jozami, un joven periodista, estudiante de derecho y dirigente de una fracción disidente del Partido Comunista argentino, para ver si podían poner en marcha el movimiento guerrillero allá. Mientras tanto, su gente se apresuraba a organizar la red clandestina por toda Bolivia.

Moisés Guevara vino de visita en respuesta a su invitación. El Che le dijo que debería disolver su grupo y unirse a él como soldado raso, ya que no toleraría la actividad faccional. El Guevara boliviano lo escuchó con estupor, pero finalmente dijo que volvería al altiplano a reclutar más hombres para regresar con ellos.

En Ñancahuazú, los hombres del Che patrullaban la zona y en el campamento reinaba una aparente disciplina militar. Montaban guardia, traían agua y leña, se turnaban para cocinar y lavar, y organizaban «góndolas», como llamaban a las misiones de transporte para abastecer el campo. Algunos salían de caza para traer pavos y mulitas para la olla, y se reanudaron las clases de quechua. Desde luego, sufrían las penurias habituales de la vida en el monte: insectos molestos, tajos y raspaduras, ataques de fiebre palúdica, pero el Che tomaba las cosas con aplomo. «Día del "boro" –escribió el 11 de enero–. Se le sacaron larvas de moscas a Marcos, Carlos, Pombo, Antonio, Moro y Joaquín.»

Se sumaban a esto los problemas habituales de conducta, y el Che se mostraba tan estricto como siempre al imponer la disciplina. Loro se tomaba demasiadas libertades y encontraba tiempo para «enamorar» a las mujeres cuando salía en busca de provisiones; Papi, a quien el Che había decidido conservar consigo, estaba deprimido, convencido de que había caído en desgracia porque Tania se había quejado de sus insinuaciones amorosas y el jefe lo había regañado por ello y también por lo que el Che llamó sus «muchos errores» en el trabajo de avanzado en Bolivia. Marcos, su lugarteniente, y de quien Tania se había quejado en Cuba, se mostró abusivo con los bolivianos. Tal como acostumbraba en la Sierra Maestra, el Che lo recriminó públicamente y lo degradó; en su lugar designó a Joaquín, el hombre de más edad.

1. Poco después Fidel respondió en una carta que el comunista boliviano Simón Reyes ya estaba ahí y que Jorge Kolle Cueto iría a buscar una solución negociada a la crisis.

El vecino Ciro Algañaraz era otro motivo de irritación. Lo habían visto husmear por ahí con otro hombre y un día Algañaraz se decidió a hablar con Loro. Le dijo que era un «amigo», que era de fiar, y quería saber qué tramaban Loro y sus compañeros. Éste se lo quitó de encima con brusquedad, pero días después un pelotón de soldados llegó al campamento, interrogó a Loro, secuestró su pistola, advirtió que los estaban vigilando y que si «pasaba algo» los tendrían muy en cuenta. Evidentemente, los vecinos creían que los guerrilleros eran contrabandistas y querían obtener algún beneficio.

El 1 de febrero, el Che dejó a unos pocos hombres en el campamento y partió con el resto para pasar una quincena de entrenamiento en el chaco circundante. Pero la quincena se transformó en una penosa odisea de cuarenta y ocho días plagados de extravíos, lluvias torrenciales, hambre, sed y marchas agotadoras. Tuvieron que subsistir con palmitos, monos, halcones y loros. El cansancio y la desmoralización provocaron riñas. También hubo desgracias. Dos jóvenes bolivianos se ahogaron en los ríos crecidos, lo cual, como advirtió Pombo, era una espeluznante coincidencia con el comienzo de la aventura congoleña cuando Laurent Mitoudidi murió ahogado. Por su parte, el Che lamentó esas muertes pero también la pérdida de seis armas valiosas.

El 20 de marzo, antes de llegar al campamento, el Che se dio cuenta de que algo andaba muy mal. Un pequeño avión volaba en círculos sobre Ñancahuazú. Enseguida se enteró del motivo por una partida que había salido a su encuentro.

Durante su ausencia habían llegado varios «voluntarios» de Moisés Guevara, pero estaban decepcionados por la vida en el campamento y porque los encargados cubanos los habían relegado a las tareas domésticas. Dos habían desertado, caído en manos del ejército y confesado todo lo que sabían: hablaban de «cubanos» y de un «comandante» llamado «Ramón». Días antes, las fuerzas de seguridad habían allanado la Casa de Calamina, afortunadamente en momentos en que estaba desierta. Se decía que el ejército había iniciado operaciones. El avión visto por el Che unos días antes evidentemente estaba espiando; los hombres le dijeron que hacía tres días que sobrevolaba la zona.

Al reanudar la marcha, se encontró con mensajeros que traían malas noticias. El ejército había regresado a la «finca», confiscado una mula y el jeep y detenido a un mensajero que partía para hablar con Moisés Guevara. El Che apretó el paso para llegar al campamento. Lo primero que vio allí fue «un ánimo de derrota», nuevos reclutas, «caos total» e indecisión entre sus hombres.

Para colmo debía ocuparse de varios huéspedes: Régis Debray, Ciro Bustos, Tania y Juan Pablo Chang. Tras llevar a Monje al campamento en Año Nuevo, Tania había estado muy ocupada: después de viajar a Argentina por orden del Che, había acompañado a Chang y a dos camaradas peruanos a Ñancahuazú y había regresado de nuevo con Debray y Bustos.

El Che se ocupó en primer término del Chino Chang, quien llegaba desde Cuba donde había pedido ayuda a Fidel para crear una nueva columna

guerrillera en Perú; éste le dijo que debía obtener la aprobación del Che. «Quiere cinco mil dólares mensuales durante diez meses –escribió–... Le dije que en principio sí, sujeto a que en seis meses se alzara.» Chang tenía el plan de formar un grupo de quince hombres e iniciar operaciones en la región andina de Ayacucho, en el sudeste peruano. El Che acordó enviarle algunos cubanos y armas; además analizaron la manera de comunicarse por radio.

En ese momento llegó el Loro. En su puesto de guardia río abajo del campamento había sorprendido y matado a un soldado. Era evidente que la guerra estaba por empezar, lo quisiera o no el Che.

Se apresuró a pulir los detalles con Chang y a continuación atendió a Debray. El francés menudo y pálido quería combatir, pero el Che le dijo que era más útil que promoviera la causa mediante una campaña de solidaridad en Europa. Lo enviaría a «la isla» con noticias y también escribiría una carta a Bertrand Russell, paladín de la paz internacional, para pedir que apoyara la creación de un fondo de ayuda al Movimiento de Liberación Boliviano.

Llegó el turno de Ciro Bustos, quien esperaba a su «contacto» en Argentina desde su regreso de Cuba y China el verano anterior. Éste había llegado al cabo de cinco meses: era Tania, quien le dijo que fuera a La Paz. Así tuvo el primer indicio de que el Che estaba en Bolivia. En aquella época, empezaba a dudar de la teoría del Che sobre la guerra de guerrillas basada en el campo. Pidió consejos a sus camaradas de confianza en Córdoba, quienes manifestaron dudas similares y lo instaron a expresarlas cuando viera al Che.

Con un pasaporte falso obtenido a última hora, voló a La Paz a finales de febrero. Allí recibió instrucciones de coger cierto autobús hacia la ciudad de Sucre. En él vio a otro hombre de aspecto europeo (era Régis Debray, como se enteraría poco después), y cuando el autobús ya salía de la ciudad, lo detuvo un taxi que llegaba a toda prisa y Tania subió de un salto. Bustos pensó que su manera de actuar y el transporte elegido eran el colmo de la imprudencia, pues llamaban mucho la atención. «Era una cosa muy extraña, los tres extranjeros en el bus, eran tres moscas, ahí seguimos un poco mirándonos así, yo no muy conforme con la cosa.»

No fue la única muestra de imprudencia. Esa noche, en Sucre, fueron al mismo hotel y por iniciativa de Tania se alojaron en una sola habitación. «Seguro que se preguntaban si íbamos a hacer una orgía o algo así», dijo Bustos entre carcajadas al recordar las caras de los empleados del hotel. Para su estupor, Tania se desnudó despreocupadamente –al «estilo europeo»– frente a él y Debray y se metieron en la cama.

Continuaron el viaje en un jeep conducido por Tania a velocidad suicida. Al día siguiente, en el restaurante donde debían reunirse con Coco Peredo, Tania se puso a hablar en voz alta, empleando gráficos modismos cubanos como «comemierda» y «coño». Para Bustos, era una muestra más de su conducta infantil.

En el campamento había varios reclutas bolivianos, pero el Che y la mayoría de los cubanos aún no habían regresado de la expedición. Al poco rato de su llegada, Tania sacó varios paquetes de fotografías tomadas en su

visita anterior. Ahí estaban casi todos, posando con sus fusiles, entrenándose, cocinando, leyendo o conversando. Atónito, Bustos habló con Olo Pantoja, el cubano a cargo del campamento, y éste ordenó inmediatamente que le entregaran las fotos.

Durante la prolongada ausencia del Che había desaparecido la disciplina; Bustos dice que Olo estaba avergonzado porque la situación se le había escapado de las manos. Al día siguiente, dos «voluntarios» de Moisés Guevara se fueron de cacería con sus fusiles y no volvieron. Sonaron las alarmas; los dos habían visto las fotografías y oído a los demás hablar abiertamente sobre «Cuba» y otros asuntos delicados. Después de que una partida los buscó en vano, Olo ordenó la evacuación del campamento y todos se trasladaron a una guarida en el monte. Al cabo de pocos días, cuando los aviones empezaron a sobrevolar el campamento, comprendieron que sus temores estaban bien fundados: el ejército había capturado a los desertores. Fue entonces cuando regresaron los primeros hombres de la expedición del Che.

Bustos contempló al Che con estupor. «Estaba hecho pomada, totalmente desgarrado, no tenía ropa, tenía colgajos de camisa, del pantalón se le salía la rodilla, completamente destrozada la ropa..., y además muy flaco, pero imperturbable. Nos dimos un abrazo, fue muy emotivo para mí porque no hubo palabras ni nada.»

Se quedó cerca para ver cómo el Che se hacía cargo de la situación mientras comía. Arengó a Olo y los otros hombres a cargo del campamento con un grado de «violencia verbal» que sorprendió a Bustos, quien nunca había presenciado nada parecido. Más tarde comprendería que era habitual en la conducta del Che. «Después estaba todo tranquilo, se ponía a leer sereno, y los tipos quedaban hechos mierda por ahí.»

Cuando por fin pudieron conversar, lo primero que preguntó el Che fue por qué no había llegado antes. Bustos respondió que Tania no le había dado un plazo concreto. Nuevamente fue testigo de su severidad. Llamó a Tania y la recriminó furiosamente por haber tergiversado sus instrucciones: «Tania, coño, ¿qué te dije que le dijeras al Pelao?... ¡Para qué mierda digo yo las cosas!»

«No puedo repetírtelo exactamente –añadió Bustos–, pero eran cosas muy violentas, que no tenían nada de gracia y ella se puso a temblar... y se fue llorando.» Más tarde el Che sintió pena por ella y pidió a Bustos que la consolara. (Estaba furioso con ella porque se había arriesgado al volver al campamento, cosa que él le había prohibido. Además, su otro huésped argentino, Eduardo Jozami, había llegado a Bolivia pero regresó a su país porque ella no concurrió a la cita concertada.)[1]

En cuanto al asunto que concernía a Bustos, el Che le dijo: «Mi objetivo

1. Loyola Guzmán, «secretaria nacional de finanzas» y miembro de la red urbana del Che en La Paz, ha dicho que Tania regresó la segunda vez por culpa del grupo, que decidió enviarla con los visitantes porque todos estaban demasiado ocupados.

estratégico es la toma del poder político en Argentina. Yo para esto quiero formar un grupo, preparar un par de columnas, columnas de argentinos, guerrearlas un poco por acá y entrar, en un plazo no muy corto... Quiero que ésa sea tu tarea, que me mandes a la gente, que la aguantes todo lo que puedas hasta que sea seguro, quiero que estés de coordinador para mandarme gente.»

El Che agregó que había que hacer las cosas bien, «no como esta mierda donde cada uno hace lo que quiere». Dijo que debía acordar con Papi la manera de trasladar a la gente, y con Pombo el problema de las provisiones; mencionó los nombres de varias personas que servirían de enlaces para distintos fines. Añadió que su idea era constituir un mando central dividido en dos columnas, unos quinientos hombres en total entre bolivianos, argentinos y peruanos que más adelante se separarían para llevar la guerra a otras zonas.

Mientras el Che continuaba su exposición, Bustos se preguntaba cómo haría para montar una ruta de abastecimiento entre Ñancahuazú y Argentina. Y cómo establecería un enlace con Pombo si éste se encontraba con el Che en el monte. En ese momento no entraron en esos ni otros detalles, pero Bustos ya advertía una falta total de realismo. «Era algo mágico –dijo–. Fuera de este mundo...»

El Che dijo a Bustos que la primera prioridad era sacarlo de ahí para que llegara a salvo a Argentina, pero reinaba un clima denso de tensión e incertidumbre. La presencia de los guerrilleros había salido a la luz. Habían matado a un soldado. La aparición de una patrulla militar en su búsqueda era sólo cuestión de tiempo.

## IV

Sucedió dos días después, el 23 de marzo, jornada que el Che mencionó en su diario como «de acontecimientos guerreros». Había montado varias emboscadas en un perímetro defensivo, y a las ocho de la mañana Coco vino a informar que habían copado una unidad militar, matado a siete soldados y tomado veintiún prisioneros, cuatro de los cuales estaban heridos. Además se habían hecho con un buen botín: tres morteros, dieciséis carabinas, dos bazucas y tres metralletas Uzi. Además capturaron un documento que exponía el plan operativo del ejército. Al ver que era un avance a dos puntas, el Che envió a varios hombres a montar una emboscada en el otro extremo del cañón. Inti Peredo, que le había causado muy buena impresión y a quien pensaba designar comandante de los bolivianos, tuvo a su cargo el interrogatorio de dos oficiales prisioneros, un mayor y un capitán. «Hablaron como cotorras», anotó el Che.

Dedicó unas líneas breves a la victoria: le preocupaba el abastecimiento ahora que los accesos a Ñancahuazú estaban bloqueados y habían abandonado el campamento donde almacenaban todas sus provisiones. Otro problema, muy grave, era que el transmisor estaba descompuesto: podían recibir mensajes de «Manila», pero no enviarlos.

Al día siguiente no aparecieron tropas, pero un avión bombardeó los alrededores de la Casa de Calamina. Inti interrogó nuevamente a los prisioneros y después los dejaron en libertad; los soldados tuvieron que desnudarse y dejar sus uniformes; los oficiales pudieron conservar los suyos. Le dieron plazo al comandante hasta el mediodía del 27 de marzo para que volviera en busca de sus bajas.

Después de la partida de los prisioneros, el Che se ocupó de sus hombres. Marcos se había insubordinado varias veces, su maltrato de los bolivianos había causado rencor y quejas, y ya estaba advertido de que en caso de no modificar su conducta lo expulsarían de la guerrilla. En esa ocasión lo relevaron de su cargo de jefe del pelotón de vanguardia y designaron a Miguel en su lugar.

La guerrilla del Che en ningún momento había demostrado ser una «familia» feliz, y después de las deserciones había crecido la tensión entre los reclutas bolivianos y sus camaradas cubanos. La «firmeza» revolucionaria de los cuatro bolivianos reclutados por Moisés Guevara –Paco, Pepe, Chingolo y Eusebio– estaba en duda; eran objeto de desprecio y sospechas, y se los llamaba desdeñosamente la «resaca». El 25 de marzo, el Che los degradó y les dijo que si no trabajaban no recibirían comida. Suspendió sus raciones de tabaco y entregó sus efectos personales a «otros camaradas que los necesitaban más». A otro boliviano, llamado Walter, lo criticó por su «debilidad» durante la expedición y por el «miedo» demostrado durante el bombardeo aéreo de la víspera. Tuvo palabras de aliento para un par de hombres que habían cumplido con su deber. Por último, ese día bautizó a su pequeña fuerza como «Ejército de Liberación Nacional», o ELN.

Dedicaron los días siguientes a la búsqueda de alimentos. Los exploradores avistaron grupos de soldados a poca distancia; había unos sesenta con un helicóptero acantonados en la casa de Algañaraz. El 27 de marzo, el Che escribió: «Hoy hizo explosión la noticia acaparando todo el espacio radial y produciendo multitud de comunicados, incluida una conferencia de prensa de [el presidente] Barrientos.» Anotó que el ejército se jactaba de haber matado a quince guerrilleros y tomado cuatro prisioneros, entre ellos dos «extranjeros». Decidió enviar el primer comunicado de la guerrilla para refutar las afirmaciones del ejército y a la vez anunciar su presencia.

«Es evidente que los desertores o el prisionero hablaron –escribió–, sólo que no se sabe exactamente cuánto dijeron y cómo lo dijeron. Todo parece indicar que Tania está individualizada [ha sido descubierta], con lo que se pierden dos años de trabajo bueno y paciente... Veremos en el futuro.»

## V

Lo que pasó fue un torbellino de actividad bélica que obligó al Che a arrojar sus planes por la borda y continuar la guerra que había iniciado casi involuntariamente por acumulación de una serie de errores y desventuras.

No tenía otra alternativa que combatir, permanecer en movimiento y tratar de sobrevivir. Ese imperativo dominaría el breve resto de su vida.

El estallido de la guerra de guerrillas cayó sobre Bolivia como una bomba. A los pocos días de la emboscada, las noticias se volvían cada vez más exageradas a la vez que el gobierno movilizaba sus tropas. Barrientos, que al principio había negado la existencia de los guerrilleros, utilizó las pruebas halladas en el campamento –incluidas las fotografías de Tania– para calificarlos de invasores extranjeros, agentes del «castrocomunismo» y apelar al patriotismo de sus conciudadanos para resistir a los extranjeros. En una nación intensamente nacionalista, la xenofobia constituía un arma eficaz para aislar a los civiles de los guerrilleros; Barrientos recurriría incesantemente a destacar el carácter «foráneo» de los «rojos» y lo mismo haría el ejército.

Por el momento, era poco lo que se podía hacer para contrarrestar la propaganda aparte de redactar comunicados. Lo más apremiante era evitar la aniquilación. Escuchando los informes que se emitían por la radio, el Che llegó a la conclusión de que el ejército conocía perfectamente la posición de su banda. Ordenó que se excavaran cuevas para depositar las armas en un campamento más pequeño que llamaron «El oso» por haber matado allí un oso hormiguero.

En Cuba, algo más de dos docenas de guerrilleros se entrenaban para intervenir en la «segunda etapa». Borrego y su cuñado Enrique Acevedo no estaban entre ellos, pero suplicaron a Fidel que los enviara a Bolivia. Él se negó. Dijo que la guerrilla se había dado a conocer prematuramente, la situación era demasiado inestable y, para colmo, se había perdido el contacto directo con el Che, por lo cual no había manera de asegurar que se encontrarían con él. Borrego y sus camaradas leían los informes de Bolivia con angustia creciente: el Che y su grupo parecían encaminados inexorablemente al desastre.

En el resumen del mes correspondiente a marzo, el Che escribió brevemente: «Éste [mes] está pletórico de acontecimientos...» Después de analizar la situación general y de sus tropas añadió: «Evidentemente tendremos que emprender el camino antes de lo que yo creía... La situación no es buena, pero ahora comienza otra etapa de prueba para la guerrilla, que le ha de hacer mucho bien cuando la sobrepase.»

Pasaban los días en marcha constante, en busca u ocultándose del ejército que en número creciente parecía rodearlos por todas partes. El 10 de abril atacaron un pelotón de soldados que bajaba por el río. «Pronto llegaron las primeras noticias, con un saldo desagradable –escribió el Che en su comandancia–. El Rubio, Jesús Suárez Gayol, estaba herido de muerte. Y muerto llegó a nuestro campamento; un balazo en la cabeza.»

Era su primera baja en acción, un cubano, pero tres soldados habían muerto y varios más habían caído en manos de los guerrilleros. Después de interrogar a los prisioneros y determinar que se acercaban más tropas enemigas, decidió que la emboscda seguiría en el mismo lugar. La tarde si-

guiente otros soldados cayeron en la trampa. «Esta vez hay siete muertos, cinco heridos y un total de veintidós prisioneros.»

Esa noche, el Che hizo algo que a Bustos le pareció muy extraño. El cadáver de Rubio quedó tendido en el suelo en el centro del campamento durante toda la noche. Fue una especie de velatorio, dijo Bustos. Nadie hablaba del cuerpo, pero ahí estaba a plena vista, una macabra advertencia de lo que podía sucederles. Al día siguiente, el Che pronunció unas palabras sobre el coraje de Rubio Suárez Gayol –y su imprudencia– y lo enterraron. Al liberar a los prisioneros, entregó al oficial al mando su Comunicado N.º 1 que anunciaba el inicio de hostilidades por parte del ELN. Tomó nota de la composición abigarrada de los hombres enviados a perseguirlo. «Hay rangers, paracaidistas y soldados de la zona, casi niños.»

A pesar suyo tuvo que admitir que los informes de la prensa podían ser veraces: el ejército había descubierto el campamento original y hallado las fotografías, entre otros indicios de su presencia. Un grupo de periodistas había visitado el lugar; el 11 de abril escuchó a un reportero decir por la radio que había visto la foto de un hombre «sin barba con una pipa». Era un retrato del Che, pero aún no habían descubierto su identidad. Dos días después escuchó la noticia de que Estados Unidos enviaba asesores militares a Bolivia, lo cual –decía– no tenía nada que ver con «los guerrilleros» sino que era parte de un antiguo convenio de asistencia militar entre los dos países. El Che no se dejó engañar y escribió con cierta esperanza: «Quizás estemos asistiendo al primer episodio de un nuevo Vietnam.» En parte tenía razón, ya que Estados Unidos enviaba a los asesores para ayudar a los bolivianos a aniquilar la amenaza guerrillera, pero se equivocaba en cuanto a la posibilidad de que se produjera una campaña de resistencia nacional como en Vietnam. El 20 de abril sufrió un nuevo golpe rudo: el ejército capturó a Debray y Bustos cuando intentaban abandonar el «frente» desde la aldea de Muyupampa.

Desde el comienzo de las hostilidades un mes antes, el problema de los dos emisarios había quedado en suspenso mientras la banda trataba de resolver los asuntos apremiantes. Ya estaba acordado que el Chino Chang permaneciera por el momento con la guerrilla, lo mismo que Tania, cuya identidad falsa había salido a la luz al descubrirse en Camiri su jeep abandonado y los documentos a nombre de «Laura Gutiérrez Bauer». Mientras tanto, Debray se mostraba cada vez más nervioso, y el Che, que evidentemente lo consideraba «pan blanco», apuntó el 28 de marzo: «El francés planteó con demasiada vehemencia lo útil que podría ser fuera.» Unos días después, mientras trataba de salir del encierro, explicó a Bustos y Debray que tenían tres opciones: seguir con la guerrilla, abandonarla por sus propios medios o seguir hasta que llegaran a un pueblo donde pudieran separarse con seguridad. Optaron por esta última.

Desde entonces habían pasado tres semanas dramáticas, con nuevos choques y marchas constantes. El gobierno había declarado ilegal el Partido Comunista e impuesto el Estado de emergencia en todo el sudeste.

Emulando las tácticas de los primeros tiempos en la sierra, el Che deci-

dió sorprender al enemigo al operar en otra zona, cerca del pueblo de Muyupampa; si era posible, Bustos y Debray se separarían allá. Luego él y sus hombres se desplazarían hacia el norte hasta la precordillera andina oriental.

Redactó un Comunicado N.º 2 para que lo divulgara Debray y un mensaje cifrado a Fidel para informarle de su situación. Dijo a Bustos que era esencial que las noticias sobre su situación real llegaran a la isla. Necesitaba una radio nueva, y que Fidel enviara a los hombres que se estaban entrenando en Cuba a un frente nuevo, más al norte, para aliviar la presión sobre su grupo.[1]

En las proximidades de Muyupampa, el Che se unió a la columna de vanguardia y dejó a Joaquín a cargo de la retaguardia en el cruce de un río. Para avanzar con mayor rapidez, dejó en la retaguardia a los enfermos verdaderos –Tania y Alejandro padecían fiebres altísimas– y a los simulados, como la resaca boliviana. Joaquín debía revelar su presencia pero evitar el combate frontal y esperar el regreso del Che para tres días después. Siguieron su marcha a través de una región donde los campesinos evidentemente estaban aterrados por su presencia. En las cercanías de Muyupampa descubrieron que el ejército se había atrincherado en el pueblo y enviado espías de paisano a buscar a los guerrilleros. Los hombres de avanzada del Che capturaron a los civiles, quienes confesaron su misión. Los acompañaba un personaje sospechoso, un periodista anglochileno llamado George Andrew Roth quien decía querer una entrevista con el líder de los rebeldes.

Después de que Inti Peredo concediera una «entrevista» a Roth, Bustos y Debray elaboraron un plan. Utilizarían la excusa de Roth para separarse de la guerrilla y hacerse pasar por periodistas. Pero no pudieron engañar a los soldados, que los detuvieron apenas entraron al pueblo. Al enterarse, el Che anotó cuáles eran las probabilidades de que sobrevivieran; la situación de Bustos «parece mala», pero Debray «probablemente saldrá bien».[2]

Ahora todos sus esfuerzos estaban dirigidos a reunirse con Joaquín y la columna de retaguardia y luego explorar una ruta hacia el río Grande. Más

1. Fidel le había comunicado que intentaba ayudarlo por todos los medios. Se había reunido con el dirigente sindical Juan Lechín, quien prometió aportar fondos y hombres a la causa. Volvería clandestinamente a Bolivia en pocas semanas. Pero Lechín tenía problemas propios y, como tantos otros bolivianos que en algún momento prometieron ayudarlo, al final hizo poco o nada. Anteriormente Fidel le había comunicado que sus reuniones con los comunistas bolivianos Kolle Cueto y Simón Reyes habían dado buen resultado; eran «comprensivos» y prometían ayudarlo. Se suponía que Kolle visitaría al Che; desde luego que eso quedaba descartado. El ejército había invadido la zona y detenía a cualquier civil sospechoso de tener trato con los guerrilleros. Desde que Barrientos proscribió al partido, los dirigentes habían pasado a la clandestinidad.

2. Al día siguiente, escucharon por la radio el ominoso anuncio de que «tres mercenarios extranjeros» habían «muerto en la batalla». El Che escribió en su diario que tomaría represalias si resultaba cierto que el ejército los había asesinado. Afortunadamente para los tres, el reportero de un diario local los había fotografiado cuando estaban con vida. Posiblemente la publicación de esa foto salvó sus vidas, porque a fin de mes se dijo que estaban en la cárcel de Camiri.

allá estaban las montañas del centro del país, la puerta de acceso a los Andes, donde esperaban escapar de la redada. Sin embargo, durante los días siguientes se toparon con otras patrullas y sufrieron nuevas bajas. Loro desapareció durante una escaramuza. Eliseo Reyes («Rolando»), camarada del Che desde su adolescencia, cuando se unió a su columna en la sierra como mensajero, cayó herido de muerte en una emboscada. Murió a pesar de los intentos del Che, quien por primera vez en Bolivia expresó en su diario el sentimiento que le provocaba el deceso. «Hemos perdido al mejor hombre de la guerrilla... de su muerte oscura sólo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar: "Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma."»

Los exploradores enviados en busca del grupo de Joaquín volvieron con malas noticias. Se habían topado con el ejército, perdido las mochilas en una escaramuza y no tenían la menor idea de dónde estaba la columna de retaguardia. La escaramuza se había producido en Ñancahuazú: por lo tanto, las dos salidas fluviales hacia el río Grande estaban cortadas. Tendrían que cruzar las montañas.

Desesperados por reunirse con el grupo de Joaquín, el Che y su grupo se desplazaron hacia el norte, abriéndose paso en la maleza a golpes de machete. El resumen de abril describe una perspectiva sumamente sombría. Después de mencionar las muertes de Rubio y Rolando, así como la inexplicable desaparición de Loro,[1] escribió en conclusión: «El aislamiento sigue siendo total; las enfermedades han minado la salud de algunos compañeros, obligándonos a dividir fuerzas, lo que nos ha quitado mucha efectividad; todavía no hemos podido hacer contacto con Joaquín; la base campesina sigue sin desarrollarse; aunque parece que mediante el terror planificado, lograremos la neutralidad de los más, el apoyo vendrá después. No se ha producido una sola incorporación [boliviana].»

El empleo descarado de la fuerza para ganar una base civil siempre había sido parte de la guerra de guerrillas; tanto él como Fidel la habían empleado en la sierra. Desde luego que en sus escritos publicados sobre la guerra cubana jamás había empleado la palabra «terror» sino que había presentado la alianza guerrillero-campesina como una suerte de matrimonio colectivo idílico, una simbiosis orgánica. Pero ahora que estaba en juego la supervivencia, no había tiempo para la poesía; había que recurrir a cualquier táctica que pareciera facilitarla.

En el lado positivo señaló que el «clamor» público sobre la actividad de la guerrilla era igualado en intensidad por la propaganda cubana. El Che había redactado un llamamiento a las armas titulado «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», publicado ese mismo mes en la

1. Se informó de que Jorge Vázquez Viaña cayó herido y fue apresado. Luego el ejército dijo que se había «fugado». La verdad es que lo secuestraron del hospital, lo ejecutaron y arrojaron su cuerpo desde un helicóptero a las montañas cubiertas de bosques cerca de Lagunillas.

isla. «Luego de la publicación en La Habana de mi artículo no debe haber duda de mi presencia aquí.» También observó que si bien el ejército adquiría mayor eficiencia operativa, hasta el momento no había movilizado a los campesinos en su contra, sólo algunos espías que eran «molestos», pero a los que se podía «neutralizar».

La captura de Debray y Bustos significó un duro revés para el Che. Ellos habían sido su única posibilidad de comunicarse con el mundo exterior y ahora no tenía medios para ponerse en contacto con La Paz o Cuba. «Dantón [Debray] y Carlos [Bustos] cayeron víctimas de su apuro, casi desesperación por salir –escribió–, y de mi falta de energía para impedírselo, de modo que también se cortan las comunicaciones con Cuba (Dantón) y se pierde el esquema de acción en la Argentina (Carlos).»

En verdad, el Che y sus hombres estaban librados exclusivamente a sus propios medios. El enemigo estaba avisado, sus fuerzas estaban divididas y en fuga; no tenía el respaldo de Cuba o de las ciudades bolivianas ni el apoyo de los campesinos. Las cosas difícilmente podían estar peor. Sin embargo, frente a esa amarga realidad, el Che concluyó el resumen de abril con una extraña nota de optimismo: «En resumen: un mes en el que todo se ha resuelto dentro de lo normal, considerando las eventualidades necesarias de la guerrilla. La moral es buena en todos los combatientes que habían aprobado su examen preliminar de guerrilleros.»

## VI

Según los hombres que lo interrogaron, fue Régis Debray quien confirmó definitivamente la presencia del Che Guevara en Bolivia.[1] Al principio, Debray insistió que era un periodista francés y no tenía nada que ver con las guerrillas, pero la dureza del interrogatorio acabó por quebrarlo y finalmente confirmó que el comandante guerrillero llamado «Ramón» era el Che Guevara.

Lo cierto es que Debray no hubiera podido ocultar la verdad por mucho tiempo, ya que sus vínculos con Cuba eran de conocimiento público. Meses antes el gobierno cubano había publicado su libro *Revolución en la revolución*, que al circular por América Latina había suscitado fuertes polémicas en los círculos izquierdistas. En esa monografía basada en apuntes de sus conversaciones con Fidel, conceptos de los escritos y discursos del Che y sus propias observaciones en los campos de batalla guerrilleros de la región, Debray trataba de establecer las bases teóricas para fundamentar el ar-

1. A fines de junio, el general Ovando Candia confirmó públicamente la presencia del Che en Bolivia. Éste escribió en su diario el 30 de junio: «Lo más importante es la declaración oficial de Ovando de que yo estoy aquí... Se basa en las declaraciones de Debray que, parece, habló más de lo necesario, aunque no podemos saber qué implicaciones tiene esto, ni cuáles fueron las circunstancias en que dijo lo que haya dicho.»

gumento de Cuba a favor de la «opción guerrillera», contra la posición de los partidos comunistas latinoamericanos. Su argumento, más explícito que el del Che o Fidel, era que el foco o núcleo guerrillero rural debía ser la élite de vanguardia de la lucha revolucionaria, de la cual nacería la futura dirección del partido. (Debray llevó un ejemplar de su libro al Che, quien lo leyó de un tirón y lo sintetizó en una serie de apuntes que utilizó luego para dar un cursillo a los combatientes.)

Por su parte, Bustos dijo a sus interrogadores que era un «viajante de comercio» de ideas izquierdistas, que no sabía muy bien cómo se había metido en esa situación. Sin embargo, su verdadera identidad salió a la luz un par de semanas después, cuando peritos forenses de la policía argentina tomaron sus huellas digitales y las compararon con el juego que tenían en sus archivos en Buenos Aires. Conocidos los resultados del peritaje, Bustos acabó por confesar la verdad. Por ser artista profesional, los interrogadores le pidieron que dibujara retratos de los guerrilleros. Así lo hizo, y también croquis de los campamentos y redes de cuevas en Ñancahuazú. Afortunadamente no salió a la luz que era el enlace del Che con la guerrilla argentina; así sus camaradas de la red clandestina nunca estuvieron en peligro de caer presos.

Los norteamericanos ya participaban directamente en las operaciones de Bolivia. El ministro del Interior, Antonio Arguedas, estaba en la nómina de la CIA.[1] Uno de sus colaboradores más estrechos, un agente cubano-norteamericano que se hacía llamar «Gabriel García García», asistió a los interrogatorios de Debray y Bustos. Apenas se supo que el Che estaba en Bolivia, el mecanismo se puso en marcha. Un grupo de las Fuerzas Especiales norteamericanas (los «Boinas Verdes») fueron rápidamente a Bolivia para crear un batallón Ranger de contrainsurgencia, y la CIA empezó a reunir a ciertos agentes para una nueva misión: hallar al Che e impedir que encontrara apoyo en el país.

Uno de los candidatos para la misión era Félix Rodríguez, el joven paramilitar cubano-norteamericano que había participado en la operación clandestina anticastrista desde el principio. Trabajaba en la oficina de la CIA en Miami, desde su retirada de Nicaragua en 1964, y hasta mediados de 1967 uno de los enigmas que confundía a la agencia era el paradero del Che.

«Si yo recuerdo bien –dijo Rodríguez–, había alguna gente algo alto en la agencia que habían reportado el hecho de que el Che murió en África, así es que cuando decían que estaba en Bolivia, pues había dos tendencias dentro de la agencia, unos decían que no estaba ahí... Así que cuando vino la evidencia de Debray estaba ya confirmado, ahí es cuando realmente decidieron adelantar y poner un esfuerzo máximo en Bolivia.» (Rodríguez aseguró

1. El enigmático Arguedas no sólo trabajaba para la CIA sino que era un ex comunista y amigo de Mario Monje. Durante los años siguientes operó como triple agente para la CIA, el Partido Comunista Boliviano y también para los cubanos. Treinta años después, ninguno de sus antiguos colegas en los diversos servicios puede decir con certeza a quién le era leal en un momento dado. (Véanse más detalles en el epílogo y el apéndice.)

que la agencia hubiera iniciado acciones mucho antes de no haber sido por la teoría del «Congo», que según él era defendida por un alto funcionario de la CIA que había jugado toda su reputación a favor de esa versión.)

En junio de 1967, Rodríguez recibió una llamada de su superior en la agencia. En la oficina lo presentaron a un jefe de división de la CIA que expuso un proyecto nuevo. Se creía que el Che Guevara estaba en Bolivia, y la agencia quería enviar hombres a «capturarlo»; ¿aceptaba formar parte de la misión? Rodríguez no titubeó.

Era la misión de su vida, y sabía que la agencia le otorgaba una alta prioridad. «Creo que temían... el hecho de que [el Che] podía agarrarse de Bolivia –recordó–. Con una base segura cubana allí, expandirían la revolución hacia países importantes como Brasil, Argentina...» Además de esas preocupaciones existía la clara impresión de que la operación del Che era dirigida desde La Habana, que hablaba de crear «varios Vietnam» en América Latina.

En efecto, el Mensaje a la Tricontinental, escrito por el Che en vísperas de su partida de Cuba, apareció en abril e inmediatamente provocó una conmoción. Convocaba a los revolucionarios del mundo a crear «dos, tres... muchos Vietnam» en la guerra internacional contra el imperialismo. El mensaje comenzaba con una cita de José Martí: «Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.» Luego rechazaba la validez de la llamada «paz» del mundo injusto de la posguerra y exigía un conflicto global «largo y cruel» para provocar la «destrucción» del imperialismo con el fin de gestar un nuevo orden mundial basado en la «revolución socialista». En una letanía de las cualidades que requería la batalla, enumeró las siguientes: «El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.»

Sería una «guerra total» contra los yanquis, desde la periferia del imperio hasta llegar a su propio territorio. Había que librar la guerra en «su hogar», en sus «centros de diversión»; cuando se sintiera como una «bestia acorralada» y su «fibra moral» empezara a debilitarse, ése sería el primer síntoma de su «decadencia» y de la victoria de las fuerzas populares. Instó a los hombres en todas partes a asumir las causas justas de sus hermanos como parte de la guerra global contra Estados Unidos. «Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen...»

> No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final...
>
> ¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña

para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!...

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos...

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

No era la primera vez que empleaba un lenguaje apocalíptico en un manifiesto; pero éste, que expresaba sus verdaderas convicciones de manera implacable y sin tapujos, era tanto más estremecedor y dramático por cuanto todos sabían que el Che se encontraba en algún lugar del campo de batalla para tratar de llevar a cabo precisamente lo que proponía: en esencia, provocar una nueva guerra mundial con la esperanza de que fuera definitiva.

Para impedirlo, la CIA eligió a dos hombres que debían meter en cintura al Che. Uno era Félix Rodríguez. Convocado a Washington, leyó las confesiones de Debray y Bustos y vio los croquis que éste había dibujado. Le interesó especialmente un nombre mencionado por Debray, el de José Castillo Chávez, alias Paco. Según el francés, era parte de la «resaca» boliviana, un desertor en potencia, trastornado porque lo habían llevado a la zona guerrillera con argumentos falsos.

Rodríguez y el otro agente cubano-norteamericano, Gustavo Villoldo, disfrazados como los empresarios «Félix Ramos» y «Eduardo González», respectivamente, llegaron a La Paz el 1 de agosto, listos para unirse a la caza del Che Guevara.

## VII

En agosto, tanto el Che como muchos de los veintitantos hombres que aún lo acompañaban estaban enfermos y exhaustos. El 7 de agosto, al cumplirse el noveno mes de la creación del ejército guerrillero, escribió: «De los seis primeros [hombres], dos están muertos, uno desaparecido y dos heridos; yo con asma que no sé cómo cortarla.»

En los tres meses transcurridos desde la caída de Debray y Bustos, se habían abierto paso a golpes de machete a través de la brutal maleza espino-

sa del sudeste, bajo la lluvia y el viento helado o bajo un sol abrasador, buscando vanamente la columna de retaguardia comandada por Joaquín, tratando de obtener agua y alimentos. Se perdían, a veces se topaban con una patrulla militar, y escuchaban Radio Habana, que era su único contacto con el mundo exterior.

En los campamentos, el Che dedicaba buena parte del tiempo a leer, escribir su diario y llenar cuadernos con anotaciones sobre la economía socialista, como si estuviera distanciado de la realidad que lo rodeaba. En sus apuntes del diario despuntaba un fatalismo novedoso, teñido de humor negro. Observaba las riñas constantes y los robos de comida entre sus hombres con curiosidad distante; en algunas ocasiones se hacía cargo de la situación, con amonestaciones y regaños. Pero la mayor parte del tiempo estaba demasiado débil para actuar con severidad. Una vez, a principios de junio, dejó pasar un camión del ejército que transportaba a «dos soldaditos envueltos en frazada» sin abrir fuego. «No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlo; lo dejamos pasar.» En otra ocasión, al apresar a un policía que se hacía pasar por comerciante para espiarlos, pensó en matarlo, pero finalmente lo dejó partir «con una advertencia severa». El 14 de junio, al cumplir los treinta y nueve años, reflexionó: «Se acerca inexorablemente una edad que da que pensar sobre mi futuro guerrillero. Por ahora, estoy "entero".»

Trataron de enviar una petición de ayuda por medio de un joven simpatizante campesino, pero el intento fracasó. En una escaramuza perdieron el grabador del Che y ya no pudieron descifrar los mensajes enviados por Radio Habana. También perdió sus apuntes sobre el libro de Debray y un tomo de Trotski que estaba leyendo, y deploró que el ejército tuviera un arma más para su campaña propagandística.

Los últimos restos de la red de apoyo habían desaparecido. En marzo, Piñeiro había retirado a Renán porque su pasaporte había caducado y aún no había enviado un reemplazante.[1] Sin contacto con el Che ni La Habana, los dirigentes urbanos como Loyola Guzmán, Rodolfo Saldaña y Humberto Vázquez Viaña no sabían qué hacer, y se limitaban a escuchar los boletines de la radio comercial con la vana esperanza de recibir algún mensaje del Che. Consideraron la idea de hacerse pasar por viajantes de comercio para ir a la zona de guerra con la esperanza de toparse con los guerrilleros, pero la abandonaron. Presionados por Fidel, los camaradas de Monje en el partido adoptaron una posición más conciliadora hacia los mandos que se habían unido al Che, pero su ayuda se limitaba a poco más que algunas expresiones de solidaridad y la oferta de imprimir los panfletos propagandísticos de la célula urbana.

1. Según Piñeiro, era importante llevar a Renán de vuelta a Cuba para proveerlo de nuevos documentos e interrogarlo con el fin de descubrir si lo habían «detectado». Ariel dice que lo retiraron porque estaba muy enfermo de «parasitosis aguda». Fuera como fuese, Piñeiro no le permitió regresar a Bolivia porque temía por su seguridad. Hoy reconoce que la decisión no cayó bien: «Renán me echa la culpa por negarle la oportunidad de participar en una misión histórica.»

En Cuba, los amigos y camaradas del Che seguían las noticias de Bolivia con angustia creciente. Varias decenas de guerrilleros se entrenaban para unirse a él, pero no tenía sentido enviarlos mientras no hubiera contacto. Según Piñeiro: «Después de perder el contacto con el Che sentimos una tremenda incertidumbre, pero también confiábamos en que saldría bien parado.»

El Che estaba muy debilitado, y cuando era posible viajaba a lomos de una mula o de un caballo. Los guerrilleros robaban animales al ejército o los compraban a los campesinos, pero la mayoría de éstos les tenían miedo. Enfermo y demacrado, el Che sufrió un ataque de asma a fines de junio, cuando ya no tenía medicamentos para tratarse. En una ocasión, los vómitos y la diarrea le hicieron perder el sentido y tuvieron que llevarlo en camilla durante todo un día; al despertar, estaba cubierto con sus propios excrementos. «Me prestaron un pantalón, pero sin agua hiedo a mierda a una legua.» A pesar del hedor, había sufrido una regresión a la época en que no se lavaba y lo llamaban Chancho. El 10 de septiembre apuntó un suceso histórico. «Se me olvidaba recalcar un hecho: hoy, después de algo más de seis meses, me bañé. Constituye un récord que ya varios están alcanzando.»

Todos estaban debilitados por la fatiga, el hambre y la falta de vitaminas; los problemas de salud y el hambre dominaban los pensamientos de todos y las anotaciones del diario del Che. En una ocasión, después de comer un cerdo que habían comprado a un campesino, escribió: «Permanecimos en una inmovilidad absoluta, tratando de asimilar el puerco. Tenemos dos latas de agua. Yo estuve muy mal hasta que vomité y me compuse.» Al día siguiente llamó a asamblea para discutir el problema de la comida. «Haciendo críticas a Benigno por comerse una lata y negarlo; Urbano por comerse un *charqui* a escondidas.»

Durante semanas vivieron de sus propias monturas, sacrificando caballos y mulas para comerlos. En una ocasión estaban tan hambrientos que quisieron matar la mula del Che, pero éste no lo permitió. Sus esperanzas revivieron cuando el animal cayó espectacularmente dando tumbos por una ladera abrupta. Contuvieron el aliento a la espera de que se partiera el cuello, pero para su desilusión y para alivio del Che, la mula sobrevivió.

La tensión del mando y la propia incapacidad del Che salieron dramáticamente a la luz el día que apuñaló el flanco de la yegua que montaba porque se negaba a apurar el paso. Posteriormente reunió a los hombres para hablar del incidente. «Estamos en una situación difícil –dijo–... yo soy una piltrafa humana y el episodio de la yegüita prueba que en algunos momentos he llegado a perder el control; eso se modificará pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevarla debe decirlo. Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres.» Algunos callaron, pero casi todos dijeron que estaban dispuestos a seguir adelante.

No habían establecido relaciones con la gente de la zona, y a finales de

junio el Che dijo que la «falta de enrolamientos» entre los escasos campesinos era «un círculo vicioso». Para crecer, debían tener presencia en una zona más poblada, pero para eso necesitaban hombres. Por el momento tenía apenas los efectivos suficientes para sobrevivir día a día, de modo que ni siquiera podía pensar en dedicarse a las tareas de concienciación y reclutamiento. Su llegada suscitaba el pánico entre los civiles, y para obtener comida e información debían recurrir a la fuerza; solían enviar a algún poblador a hacer los recados mientras retenían a sus amigos o familiares como rehenes. Un par de veces pudieron secuestrar camionetas de la empresa petrolera estatal en Camiri y disfrutar el extraño lujo desusado de desplazarse rápidamente hasta que se agotaba el combustible o se estropeaba el motor.

El 6 de julio, seis guerrilleros secuestraron un camión en la ruta principal de Santa Cruz a Cochabamba y entraron en el pueblo de Samaipata. Esta población, donde había un antiguo templo inca, servía de parada para viajeros y era suficientemente grande para poseer su propio hospital, además de una pequeña unidad militar. Paradójicamente, su misión más audaz hasta el momento no tenía un objetivo militar: sólo pretendían conseguir medicamentos para el asma del Che y los males de otros guerrilleros, comida y algunas provisiones. Tras un breve tiroteo en el que murió un soldado, tomaron el cuartel y luego, a la vista de los civiles estupefactos, fueron a la farmacia a comprar medicamentos. Tomaron como rehenes a diez soldados y tras abandonar el pueblo los despojaron de sus uniformes y los dejaron en libertad.

La acción de Samaipata fue una victoria propagandística del Ejército de Liberación Nacional, pero desde el punto de vista del Che fue un fracaso; en su prisa por escapar, los guerrilleros habían olvidado los medicamentos para el asma. Días después escribió que se «inyectó varias veces para poder seguir», pero temía que fuera necesario regresar a Ñancahuazú a buscar los medicamentos ocultos allá. Esta posibilidad quedó eliminada a mediados de agosto cuando escucharon por radio la noticia de que el ejército había hallado los últimos depósitos de provisiones en Ñancahuazú. «Ahora estoy condenado a padecer asma por un tiempo no definible –escribió–. También nos tomaron documentos de todo tipo y fotografías. Es el golpe más duro que nos hayan dado; alguien habló. ¿Quién? Es la incógnita.»[1]

Era inevitable que sufrieran más bajas. El 26 de junio, Carlos Tuma Coello recibió un balazo en el vientre al quedar atrapado entre dos fuegos. El Che trató desesperadamente de salvarlo, pero tenía el hígado destrozado y los intestinos perforados; Tuma murió en sus brazos. «Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento ya desde ahora casi como la de un hijo.» Le quitó el reloj y lo puso en su muñeca con la intención de dárselo en Cuba al hijo recién nacido que Tuma no había alcanzado a conocer.

1. Eusebio y Chingolo, desertores de la columna de Joaquín, habían conducido allí al ejército el 8 de agosto.

El 30 de julio, José María Martínez Tamayo, Papi, murió cuando una patrulla militar los sorprendió en su campamento poco antes del amanecer. En el tiroteo, un hombre de Moisés Guevara llamado Raúl murió de un balazo en la boca. Pacho sufrió una herida superficial en los testículos. En su diario, el Che escribió que Papi era «el más indisciplinado» de los cubanos, pero «un extraordinario combatiente y un viejo compañero de aventuras». En cuanto al boliviano: «Raúl no puede ser casi catalogado, dada su introspección; era poco combativo y poco trabajador».

A finales de junio, las bajas habían reducido la fuerza del Che a veintidós hombres, de los cuales dos estaban heridos «y yo con mi asma a todo vapor». Al mismo tiempo, advirtió con satisfacción que había logrado internacionalizar el conflicto boliviano. El presidente militar argentino, general Juan Carlos Onganía, había cerrado la frontera con Bolivia por precaución y se informaba de que Perú también tomaba medidas. En el resumen de julio, el Che tomó nota de estos sucesos: «La leyenda de las guerrillas adquiere dimensiones continentales.» La otra cara de la moneda era que ciertas cosas no habían cambiado. Radio Habana informó que los checos rechazaban su mensaje a la Tricontinental. «Los amigos [checos] me llaman un nuevo Bakunin y se lamentan de la sangre derramada y de la que se derramaría en caso de tres o cuatro Vietnam.»

Siempre atento a las noticias sobre Joaquín, esperaba que la radio informara sobre escaramuzas o actividad rebelde en otras zonas. Buscaba la columna perdida al norte del río Grande porque daba por sentado que se había dirigido en esa dirección, pero en realidad Joaquín había permanecido al sur del río. A mediados de agosto, la radio informó sobre una escaramuza cerca de Muyupampa en la que murió un guerrillero y dio su nombre: pertenecía a la columna de Joaquín. Días después, el gobierno presentó en público a dos presos –Eusebio y Chingolo– que habían desertado de la columna. Entonces el Che comprendió que Joaquín estaba al sur del río y enfiló en esa dirección, mientras éste casualmente se dirigía hacia el norte en busca de la columna principal.

Sus caminos estuvieron a punto de cruzarse. Al atardecer del 31 de agosto, el grupo de diez guerrilleros de Joaquín, que incluía a la enferma Tania, llegó a la casa de Honorato Rojas, uno de sus pocos colaboradores campesinos. Desde allí se dirigieron al río Masicurí al norte de su confluencia con el río Grande. Joaquín no sabía que el ejército había detenido, presionado y «dado la vuelta» a Honorato Rojas, quien ahora respondía al capitán Mario Vargas Salinas, de la Octava División del ejército con sede en Santa Cruz. Rojas condujo a los confiados guerrilleros río abajo hacia donde estaba emboscado Vargas Salinas, quien aguardó a que se encontraran muy cerca antes de dar la orden de abrir fuego.

Fue una masacre. A costa de una baja, los soldados aniquilaron la columna de Joaquín, quien murió junto con Tania, el ex viceministro cubano de industria Gustavo Machín y Moisés Guevara. El ejército recogió los cadáveres y los llevó a su cuartel de campaña en Vallegrande para exhibirlos al

público; sólo faltaba el de Tania, que aparecería río abajo días después, quemado y desfigurado. Los únicos supervivientes a la vista eran el boliviano José Castillo Chávez, Paco, y Freddy Maymura, un estudiante de medicina boliviano de padres japoneses que se había entrenado en Cuba; los soldados lo asesinaron pocas horas después.[1] Cuatro días más tarde apresaron y mataron al tercer superviviente, el médico peruano José «el Negro» Cabrera.

Al enterarse de que toda una columna guerrillera había sido «liquidada» en Masicurí, el Che se negó a creerlo, sospechando que era información falsa difundida por el ejército. Sin embargo, a medida que se daban a conocer los nombres y las descripciones de los miembros del grupo, comprendió que era verdad. Si hubieran tenido un día más, las columnas se hubieran encontrado. El 1 de septiembre, el grupo del Che cruzó el río, llegó a la casa de Honorato Rojas y partió inmediatamente al ver las señales de la presencia del ejército; Honorato y su familia habían desaparecido.

El Che había perdido un tercio de su fuerza combatiente en la emboscada. Al mismo tiempo, libre de la obligación moral de buscar a Joaquín, podía concentrarse en la tarea de salvar a su grupo, escapar a una zona más poblada y hacer contacto con la red de apoyo en La Paz y con Cuba. Para los militares bolivianos, la masacre de Vado del Yeso fue una victoria para elevar la moral; la festejaron con desfiles y una visita del presidente Barrientos, los generales y sus esposas a Vallegrande. Barrientos ascendió a comandante al capitán Vargas Salinas, héroe de la jornada, y felicitó públicamente al «héroe civil» Honorato Rojas: un gesto imprudente que más adelante le costaría muy caro al campesino.

Los cuerpos hinchados y destrozados de los guerrilleros fueron macabramente expuestos en el lavadero del hospital Nuestro Señor de Malta, administrado por la Iglesia, y finalmente fueron enterrados clandestinamente, de noche, en las afueras del pueblo por un pelotón al mando del teniente coronel Andrés Selich. Hombre alto, delgado y de bigotes, descendiente de yugoslavos y anticomunista acérrimo, Selich era el subjefe del regimiento Pando de ingenieros militares con sede en Vallegrande.

El 8 de septiembre hallaron el cuerpo irreconocible de Tania. Por tratarse de una mujer, el presidente Barrientos ordenó que se la honrara con oficios religiosos y «cristiana sepultura». Para una comunista fervorosa como Tamara Bunke, el «honor» conferido por Barrientos era el colmo de la ironía. Colocaron el cadáver en un ataúd y un capellán ofició una breve ceremonia en el puesto militar, frente al cementerio. Pero no la enterraron ahí. Esa noche, a las once, Selich encabezó el operativo para enterrarla clandestinamente como a los demás. Esta extraña y morbosa política oficial de

1. Vargas Salinas dice que accedió a la «ejecución» a petición de los soldados, que querían vengar la muerte de su camarada. Según él, Maymura se mostraba «desafiante», mientras que Paco estaba aterrado. Mientras lo meditaba, notaba que Paco, sentado junto a él, trataba de meter las piernas debajo de las suyas para protegerse. En ese momento, dice Vargas Salinas, señaló a Maymura con un gesto de la cabeza y sus hombres lo mataron al instante. Le perdonaron la vida a Paco.

«desaparecer» a los guerrilleros muertos continuaría hasta el final de la campaña contrainsurgente.

Otra costumbre de los militares era guardar reliquias de los guerrilleros a modo de talismanes. La mayoría de los documentos, libretas de direcciones y cartas eran enviados a la inteligencia militar o al ministro del Interior Arguedas y a García, su asesor de la agencia norteamericana de espionaje, pero los oficiales conservaron muchos otros artículos. Entre los objetos que quedaron en posesión del teniente coronel Selich –junto con fotos macabras de los cadáveres acribillados de los guerrilleros y otras de él con los prisioneros–, hay un trozo de papel con los versos manuscritos de una melancólica canción argentina llamada «Guitarrero».

No te vayas, guitarrero,
que se me apaga la luz del alma.
Quiero volver a amanecer
para morir en las cacharpayas.[1]

Sucio, harapiento y con una barba larga y enmarañada, Paco fue trasladado a Vallegrande con los cadáveres de sus camaradas y presentado como un trofeo de guerra. Los oficiales se hacían fotografiar junto al joven boliviano que parecía un hombre salvaje del bosque. Aterrado, psicológicamente destrozado, Paco empezó a hablar.

Los agentes cubano-norteamericanos de la CIA Félix Rodríguez y Gustavo Villoldo estaban por entonces muy implicados en la operación antiguerrilla en el propio campo (de hecho, según Villoldo, él y Rodríguez habían participado personalmente en la emboscada de la columna de Joaquín con las tropas de Vargas Salinas, camuflados con uniformes del ejército boliviano). Félix dijo que él comprendió de inmediato que Paco podría serles útil. A pesar de las objeciones del primer interrogador, el teniente coronel Selich, que quería ejecutarlo, el prisionero fue entregado en custodia a Rodríguez. Éste interrogó a Paco a diario durante semanas y poco a poco obtuvo un cuadro bastante claro de la vida en el seno de la guerrilla. Esta información, dice Rodríguez, le permitió saber quién había muerto y quién tenía probabilidades de seguir vivo, además de conocer los puntos fuertes y débiles de cada uno y sus relaciones con el Che.

Después de tratar de deducir qué le había sucedido a la columna de Joaquín, el Che y sus hombres decidieron volver hacia el norte. El 6 de septiembre abandonaron el río Grande y empezaron a escalar las montañas, alejándose de la región que había sido su hogar –y su cementerio– durante diez meses.

1. Una fiesta andina de despedida en la que se canta, se baila y se bebe. El teniente coronel Selich confiscó el poema y su viuda se lo enseñó al autor.

## VIII

Al norte del río Grande los macizos selváticos se elevan hacia el cielo, alzándose en remolinos celestes hacia la piedra lunar parda del remoto altiplano andino. Por encima del límite de la vegetación arbórea aparece un paisaje de cerros pelados y mesetas frías separados por profundas gargantas, donde los caseríos están unidos entre sí por sendas y algún que otro camino de tierra. Los pobladores, en su mayoría indios y mestizos, crían cerdos o vacas; sus plantaciones de maíz y hortalizas forman dibujos geométricos sobre las laderas en torno de sus casas de adobe. La vegetación es escasa; los nativos son capaces de descubrir a un forastero a varios kilómetros de distancia.

Durante dos semanas el grupo del Che avanzó cuesta arriba, cruzando ríos, escalando precipicios y topándose en un par de ocasiones con patrullas del ejército que los rastreaban con perros. A esas alturas todos exhibían algún síntoma de depresión nerviosa. Éste acusaba a aquél de comer un bocado de más, otro decía que lo habían insultado y, como niños, llevaban sus reclamaciones y acusaciones mutuas al Che. Lo más alarmante fue lo que le sucedió a Antonio –Olo Pantoja–, quien un día aseguró que veía venir a cinco soldados; resultó una alucinación. Esa noche el Che se preguntó, inquieto, cómo afectaría la moral de sus hombres esa perturbadora aparición de un síntoma de psicosis bélica.

Escuchó por la radio que Barrientos había puesto un precio a su cabeza (apenas cuatro mil doscientos dólares), a la vez que decía estar convencido de que el Che había muerto. El juicio a Debray, que atraía el interés de los medios internacionales, fue postergado hasta el 17 de septiembre. Otro día comentó: «Un diario de Budapest critica al Che Guevara, figura patética y, al parecer, irresponsable, y saluda la actitud marxista del partido chileno que toma actitudes prácticas frente a la práctica. Cómo me gustaría llegar al poder nada más que para desenmascarar cobardes y lacayos de toda ralea y refregarles en el hocico sus cochinadas.»

Tal vez a causa de su impotencia para modificar el curso de los acontecimientos recuperó su humor ácido. Radio Habana informó que la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad reunida en la capital cubana había «recibido un mensaje de apoyo del ELN»; un mensaje, comentó, que sólo pudo llegar por un «milagro de la telepatía». El retrato emblemático del Che reproducido en enormes carteles y banderas presidió las deliberaciones; Fidel y todos los revolucionarios presentes lo aclamaron como héroe.

A mediados de septiembre llegó la noticia de la detención y el intento de suicidio de Loyola Guzmán, la joven boliviana a la que el Che había designado secretaria general de finanzas en los primeros días, cuando todo parecía tan prometedor. Durante un descuido de sus interrogadores, Loyola se había arrojado por la ventana del tercer piso del Ministerio del Interior para que no pudieran obligarla a delatar a sus camaradas. Aunque sufrió heridas graves, sobrevivió.

El 21 de septiembre el grupo llegó a una altura de dos mil metros, la más alta alcanzada hasta entonces. Por un camino de tierra bajo la luz de la luna se dirigieron a pie hacia Alto Seco, una aldea de cincuenta casas sobre la gran cima rocosa de un cerro. Durante la marcha del día siguiente el Che observó que «la gente tiene mucho miedo y trata de desaparecer de nuestra presencia». Aquella tarde llegaron a Alto Seco, donde los recibieron con una «mezcla de miedo y curiosidad». Allí se enteraron de que el corregidor, o alcalde, había partido el día anterior para avisar al ejército de su presencia. En represalia, el Che se apoderó de las provisiones del pequeño almacén del corregidor, sin escuchar las súplicas plañideras de su mujer de que le pagaran por ellas.

En lugar de partir inmediatamente, pasaron la noche en Alto Seco y reunieron a los pobladores en la escuela, donde Inti explicó la «revolución» a un «grupo de quince asombrados y callados campesinos». El único que se atrevió a hablar fue el maestro, quien les hizo preguntas capciosas sobre el socialismo. El Che lo describió como «una mezcla de zorro campesino, letrado e ingenuidad de niño».

Para esa gente que vivía tan aislada, los guerrilleros barbudos, sucios y armados que irrumpieron en su pueblo eran algo insólito. Algunos los creían seres sobrenaturales. Después de una visita de los guerrilleros, una vecina de Honorato Rojas dijo al ejército que creía que eran brujos porque parecían saber todo sobre todos los pobladores de la zona. Le habían pagado su comida con dinero y ella pensó que eran papeles embrujados que perderían su valor.

Mientras tanto, el ejército había llevado a cabo una guerra psicológica eficaz. Además de sus programas de «acción cívica» a gran escala (construcción de caminos, difusión de propaganda antiguerrillera, entrega de títulos de propiedad a los campesinos y de provisiones a las escuelas rurales), el ejército y la policía habían empezado a recoger información en las comunidades campesinas desde hacía meses. Antes de que los guerrilleros abandonaran Ñancahuazú para operar al norte del río, el pueblo de Vallegrande, sus seis mil habitantes y su guarnición ya estaban en pie de guerra. En abril los militares declararon el Estado de emergencia en toda la provincia, impusieron la ley marcial y advirtieron a la población que «grupos de tendencia castrocomunista, en su mayoría extranjeros, han infiltrado nuestro país con el único fin de sembrar el caos y detener el Progreso de la Nación, realizar actos de bandolerismo, pillaje y asalto a la propiedad privada, especialmente entre el campesinado... Las Fuerzas Armadas, conscientes de sus obligaciones específicas, se han movilizado para detener y destruir la invasión extranjera, tan maliciosa como vandálica».

Desde fines del verano, Vallegrande era la base principal de operaciones de contrainsurgencia militar y reinaba un clima de histeria bélica. Un altavoz en la plaza pública emitía propaganda antiguerrillera, el puñado de estudiantes izquierdistas de la zona estaba en la cárcel, cualquier extraño de aspecto extranjero era detenido e interrogado. El 23 de agosto, según el

parte diario del teniente coronel Selich, toda la población de Vallegrande se «movilizó ante un posible ataque Rojo».

El 1 de septiembre, el comunicado del capitán Vargas Salinas dando cuenta de su emboscada a la columna de Joaquín la noche anterior causó euforia –y confusión– en la comandancia de Vallegrande porque en la lista inicial de «exterminados» figuraba el nombre de «Guevara». Los jefes de estado mayor reunidos en La Paz escucharon el comunicado, y el jefe del ejército, general David La Fuente, no pudo disimular su emoción al exigir una aclaración a Vallegrande: «¿Se refiere al *Che* Guevara?» Poco tardaron en enterarse de que el muerto no era el legendario comandante guerrillero sino Moisés Guevara, pero igualmente expresaron su satisfacción por la victoria.

Para entonces los militares sabían que el Che Guevara estaba hambriento y enfermo y su fuerza estaba muy reducida. Anselmo Mejía Cuellar, uno de los tres soldados tomados prisioneros durante cinco días en agosto, dijo a Selich que se desplazaban poco y muy lentamente, abriéndose paso en el monte a golpes de machete, y estaban «muy sucios». Describió las armas y los deberes de cada guerrillero e hizo algunas observaciones interesantes sobre el Che. «El jefe viaja a caballo... [y] los demás lo sirven como a un Dios, le hacen la cama y le llevan yerba mate. Fuma una pipa de plata... y viaja en el centro [de la columna] con el hombre herido [Pombo, que se recuperaba de una herida en la pierna]; tiene pantalones verdes y camisa de camuflaje con una boina color café... y lleva dos relojes, uno de ellos muy grande.» Valerio Gutiérrez Padilla, compañero de cautiverio de Cuellar, dijo que el Che «nunca se quejaba», pero evidentemente estaba «muy mal» porque sus hombres tenían que bajarlo del caballo.

Cuando los guerrilleros llegaron a Alto Seco, el ejército ya sabía de su presencia y se movilizaba para perseguirlos. El 24 de septiembre, la guarnición de Vallegrande envió un regimiento a instalar una base de operaciones de vanguardia en la aldea de Pucará, quince kilómetros al noroeste del avance guerrillero.

Los guerrilleros partieron de Alto Seco y durante dos días deambularon a paso lento y al descubierto. En medio de lo que llamó un «ataque al hígado», el Che parecía estar perdido en un ensueño al describir «un naranjal lindísimo» donde se detuvieron a descansar. Al acercarse al poblado siguiente, Pujío, anotó al pasar que compró un cerdo «al único campesino que quedó en su casa... El resto huye al vernos».

Al leer estos pasajes, es inevitable la conclusión de que el Che se distanciaba de su situación y se convertía en testigo curioso de su propia marcha inexorable hacia la muerte. Porque violaba las normas más sagradas de la guerra de guerrillas: se desplazaba al descubierto sin saber qué le aguardaba, sin el apoyo de los campesinos y con la conciencia de que el ejército conocía sus movimientos.*

Un poema escrito por él durante esa odisea sugiere que él sabía que su

* Véanse más detalles en el apéndice.

tiempo estaba a punto de acabar. Dirigido evidentemente a Aleida, era una especie de testamento titulado «Contra viento y marea»:

Este poema (contra viento y marea) llevará mi firma.
Te doy seis sílabas sonoras,
una mirada que siempre lleva (como un pájaro herido) ternura,
una ansiedad de agua tibia y profunda,
una oficina oscura donde la única luz es la de estos versos míos
un dedal muy usado para tus noches aburridas,
una fotografía de nuestros hijos.

La bala más hermosa en esta pistola que siempre me acompaña,
la memoria imborrable (siempre latente y profunda) de los niños
que, un día, tú y yo concebimos,
y el pedazo de vida que me resta.

Esto lo doy (convencido y feliz) a la Revolución.
Nada que pueda unirnos tendrá mayor poder.

A medida que los campesinos propagaban la noticia de su avance lento, los corregidores de las aldeas corrían a avisar al enemigo. El 26 de septiembre, en el miserable caserío de La Higuera, situado en una pequeña cuenca entre dos crestas, hallaron solamente mujeres y niños porque todos los hombres, incluidos el corregidor y el telegrafista se habían marchado. El Che envió una partida a explorar el camino hacia el pueblo siguiente, llamado Jagüey, pero en la primera loma al salir de La Higuera cayeron en una emboscada. Allí murieron inmediatamente los bolivianos Roberto Coco Peredo y Mario Julio Gutiérrez, junto con el cubano Manuel «Miguel» Hernández. Camba y León, bolivianos, aprovecharon la oportunidad para desertar. Benigno, Pablo y Aniceto sobrevivieron para volver a La Higuera, pero Benigno estaba malherido y Pablo se había fracturado un pie.

El golpe devastador era obra de los soldados de Vallegrande. Desde su base, el teniente coronel Selich informó sobre los tres guerrilleros muertos y a continuación se jactó de que sus soldados «no habían sufrido una sola baja, herida o siquiera un rasguño. Una victoria suprema obtenida por el Tercer Grupo Táctico para el Ejército Boliviano».

Ahora que husmeaban la victoria inminente, las unidades competían para ver cuál ganaría el trofeo máximo: la derrota final del Che Guevara. El coronel Joaquín Zenteno Anaya, jefe de la Octava División; su jefe de inteligencia, coronel Arnaldo Saucedo, y el asesor de la CIA Félix Rodríguez estaban en Vallegrande. Distintas unidades patrullaban la zona desde bases situadas delante y detrás del grupo guerrillero, en Alto Seco y Pucará. El flamante cuerpo de rangers, entrenado por el ejército norteamericano, fue a reforzar la unidad en Pucará.

Después de la emboscada a la salida de La Higuera, el Che y los super-

vivientes intercambiaron disparos con el enemigo apostado en las alturas y huyeron hacia un cañón. Al día siguiente, buscando una salida de la trampa, treparon a una altura mayor y encontraron un bosquecillo donde ocultarse. Permanecieron allí durante tres días, observando a los soldados que pasaban por un camino situado en la ladera, frente a ellos. Otros soldados estaban apostados en una casa vecina. Cuando los soldados desaparecieron de la vista, el Che envió exploradores a buscar agua, espiar los movimientos del enemigo y hallar una ruta de fuga hacia el río Grande. Pero por el momento estaban rodeados.

Los tres guerrilleros muertos, transportados a Vallegrande en mula y en jeep, estaban tendidos en su propia sangre en el hospital Nuestro Señor de Malta. El 27 de septiembre, Selich observó que «el pueblo asombrado de Vallegrande sólo se atreve a mirarlos desde lejos». La noche siguiente, las tropas que realizaron la emboscada regresaron a la base y se les «rindió tributo» en un festejo dispuesto por el coronel Zenteno Anaya. Después de que una comisión del gobierno procedente de La Paz identificara los cadáveres, Selich cumplió nuevamente la tarea de enterrarlos. Según su anotación del 29 de septiembre a las once de la noche: «En absoluto secreto y en alguna parte, los restos de los mercenarios rojos muertos en la acción de [La] Higuera fueron enterrados.»

El 30 de septiembre, el presidente Barrientos llegó a Vallegrande con un gran séquito de funcionarios y periodistas para festejar la reciente victoria. Esa misma noche, a escasos cincuenta kilómetros de allí, el exhausto Che y sus hombres salieron de su escondite para descender cautelosamente hacia el desfiladero, evitando el contacto con los campesinos cuyas parcelas diminutas estaban desparramadas por la región. La radio difundía noticias de la gran movilización militar en curso; un informe hablaba de mil ochocientos soldados en la zona; otro decía que «el Che Guevara estaba rodeado en una quebrada»; otro, que sería «juzgado en Santa Cruz». Entonces se informó de la captura de Camba y León. Evidentemente habían «hablado», hasta el punto de revelar que el Che Guevara estaba enfermo. «Así acaba la historia de dos heroicos guerrilleros», anotó con disgusto en su diario.

El 7 de octubre, los guerrilleros se encontraban en un desfiladero abrupto cerca de La Higuera, donde un estrecho pasadizo natural desciende hacia el río Grande. Avanzaban lentamente porque el Chino Chang había perdido las gafas y de noche estaba casi ciego. De todas maneras, el ánimo del Che era bastante bueno ya que anotó en su diario: «Se cumplieron los once meses de nuestra inauguración guerrillera sin complicaciones, bucólicamente.»

Al mediodía sorprendieron a una anciana que sacaba a pastar sus cabras y la tomaron prisionera por precaución. Dijo que no sabía nada sobre los soldados, ni sobre ninguna otra cosa. El Che, suspicaz, envió a Inti, Aniceto y Pablo con ella a su choza miserable donde vivía con una hija enana. Le dieron cincuenta pesos y le dijeron que no hablara con nadie, aunque «con pocas esperanzas de que cumpla», anotó el Che.

Quedaban diecisiete guerrilleros. Esa noche partieron cuesta abajo «con

una luna muy pequeña», caminando por una hondonada estrecha cuyos bordes estaban sembrados de patatas. A las dos de la mañana detuvieron la marcha debido a la ceguera nocturna de Chang. El Che escuchó un informe «extraño» según el cual las tropas habían rodeado a los guerrilleros en un lugar entre los ríos «Acero» y «Oro». «Parece una noticia diversiva», escribió. También apuntó la altura: «2.000 metros». Es la última anotación de su diario.

## IX

La madrugada del día siguiente, 8 de octubre, una compañía de flamantes rangers bolivianos conducida por un joven capitán del ejército, Gary Prado Salmón, se apostó en los riscos que dominaban el desfiladero. Un campesino había delatado la presencia de los guerrilleros.

Al amanecer, éstos vieron a los soldados en los riscos pelados que se alzaban a ambos lados. Estaban atrapados en la Quebrada del Churo, una hondonada boscosa de trescientos metros de largo y apenas cincuenta de ancho; en algunos puntos era bastante más angosta. Tendrían que abrirse paso a tiros. El Che apostó a sus hombres en tres grupos. Pasaron varias horas tensas. El combate comenzó a las 13.30, cuando los soldados detectaron a un par de guerrilleros que se desplazaban. Apenas los soldados abrieron fuego con morteros y ametralladoras, el boliviano Aniceto Reinaga cayó muerto.

Siguió un tiroteo prolongado en el que cayeron Arturo y Antonio, y los guerrilleros se perdieron de vista. Oculto parcialmente detrás de una gran roca en el medio de un sembrado de patatas, el Che disparó su carabina M-2 hasta que un proyectil le dio en el caño y la inutilizó. Aparentemente había perdido el cargador de su pistola; estaba desarmado. Una bala lo hirió en la pantorrilla izquierda y otra le atravesó la boina. Con ayuda del boliviano Simón Cuba, Willy, trató de escalar la quebrada para huir. Los observaban varios soldados ocultos. Cuando estaban a unos pocos metros, el sargento Bernardino Huanca, un indio menudo y robusto del altiplano, se alzó de la maleza y les apuntó con su fusil. Según Huanca, el Che le dijo: «No dispare. Soy el Che Guevara. Valgo más vivo que muerto.»

Momentos después, avisado por los gritos de Huanca de que había capturado a dos guerrilleros, llegó el capitán Prado. Pidió al Che que se identificara y éste lo hizo. Prado desplegó uno de los retratos de Ciro Bustos y confirmó la identidad del Che por su frente pronunciada y la cicatriz junto a la oreja, recuerdo del accidente que casi lo había matado durante la invasión de bahía de Cochinos. Luego ató las manos del Che con su propio cinturón. Envió un radiograma a Vallegrande y después de ordenar a los soldados que vigilaran al Che y Willy, volvió al combate.

A las 15.15, el teniente coronel Selich recibió por radio el informe sobre el «combate sangriento» que libraban los rangers con «¡el grupo de rojos comandados por el CHE GUEVARA!» Al enterarse de que Guevara era pri-

sionero, Selich abordó inmediatamente un helicóptero y se dirigió a La Higuera. De allí fue directo al campo de batalla.

Acompañado por el servicial corregidor de La Higuera, Selich bajó al cañón donde tenían a Guevara. Mientras tanto continuaba el combate en otras partes de la quebrada. Al bajar se cruzaron con un pelotón que cargaba a un camarada herido de muerte; le dijeron que había otros dos soldados muertos más abajo. Al llegar al lugar donde se encontraba el Che, Selich mantuvo un breve diálogo con él, que luego reprodujo en un informe confidencial.

«Le dije que nuestro ejército no era como él imaginaba, y respondió que estaba herido y una bala había destruido el caño de su carabina y en esas circunstancias no tenía otra alternativa que rendirse...»

Mientras caía la noche y el combate se prolongaba en la quebrada, Selich condujo a sus dos prisioneros a La Higuera. Para entonces lo acompañaban el capitán Prado y el jefe de éste, teniente coronel Miguel Ayoroa. Dos soldados tuvieron que ayudar al Che a escalar la abrupta ladera del desfiladero porque sólo podía apoyarse en su pierna derecha. Detrás iban varios campesinos con los cuerpos de los cubanos René Arturo Martínez Tamayo y Orlando Olo Pantoja («Antonio»).

Esa tarde tendieron al Che atado de pies y manos en el suelo de tierra entre las paredes de barro de la escuela de La Higuera. Junto a él colocaron los cadáveres de Antonio y Arturo. En otra sala encerraron a Willy, vivo e ileso.

Debido a la oscuridad, el ejército suspendió la persecución de los guerrilleros prófugos hasta las cuatro de la mañana, pero Selich apostó centinelas en La Higuera por si intentaban rescatar al Che. A las 19.30, Selich preguntó a Vallegrande qué debía hacer con el Che; le dijeron que lo tuviera «en custodia hasta nueva orden». Entonces entró en la escuela con Prado y Ayoroa para conversar con el Che. Luego sintetizó la conversación de cuarenta y cinco minutos en breves apuntes.

–Comandante, lo encuentro algo deprimido –dijo Selich al Che según sus anotaciones–. ¿Puede explicar las razones por las que tengo esta impresión?

–Fracasé –dijo el Che–. Se acabó, ésa es la razón por la que me encuentra en este estado.

A la pregunta de por qué había elegido combatir en Bolivia en lugar de su «propio país», el Che respondió con evasivas, pero reconoció que «tal vez hubiera sido mejor». Empezó a elogiar el socialismo como la mejor forma de gobierno para los países latinoamericanos, pero Selich lo interrumpió.

–Preferiría no referirme a ese tema –dijo el oficial, y agregó que en todo caso Bolivia estaba «vacunada contra el comunismo». Acusó al Che de haber «invadido» su país y señaló que la mayoría de sus guerrilleros eran «extranjeros». En ese momento, dice Selich, el Che volvió la mirada a los cuerpos de Antonio y Arturo:

–Mírelos, coronel. Estos muchachos tenían todo lo que querían en Cuba, y sin embargo [vinieron aquí] a morir como perros.

Selich trató de sacarle información sobre los guerrilleros que continuaban prófugos.

–Entiendo que Benigno está gravemente herido desde la batalla de La Higuera [del 26 de septiembre], donde murieron Coco y los demás. ¿Puede decirme, comandante, si está vivo?

–Coronel, tengo muy mala memoria, no lo recuerdo, ni siquiera sé cómo responder a su pregunta.

–¿Es usted cubano o argentino? –preguntó Selich.

–Soy cubano, argentino, boliviano, peruano, ecuatoriano, etcétera... Usted me entiende.

–¿Qué lo hizo venir a operar en nuestro país?

–¿No ve el estado en que viven los campesinos? –preguntó el Che–. Son casi salvajes, viven en un estado de pobreza que deprime el corazón, tienen un solo cuarto donde dormir y cocinar, nada de ropa, abandonados como animales...

–Lo mismo que en Cuba –dijo Selich.

–No, eso no es verdad. No niego que en Cuba todavía existe pobreza, pero [al menos] los campesinos allá tienen la ilusión de progresar mientras que el boliviano vive sin esperanzas. Así como nace, muere sin ver mejoras en su condición humana.[1]

Los oficiales se pusieron a estudiar los documentos que llevaba el Che. Hallaron dos volúmenes de su diario de campaña en Bolivia y se quedaron leyendo hasta el amanecer.

El 9 de octubre a las 6.15, un helicóptero aterrizó en La Higuera. Traía al coronel Joaquín Zenteno Anaya y al «capitán Ramos», el agente de la CIA Félix Rodríguez.

Sin duda molesto por su anterior conflicto sobre la custodia del prisionero Paco, Selich no recibió con agrado al agente de la CIA; lo vigiló estrechamente y observó que traía, además de un poderoso radiotransmisor de campaña, una cámara con lente especial para fotografiar documentos. El grupo entró en la escuela donde Zenteno Anaya «conversó con el Jefe Guerrillero durante aproximadamente treinta minutos», según Selich.

Rodríguez escribió un relato detallado del macabro encuentro con su archienemigo. El Che estaba tendido de costado sobre la tierra, las manos atadas a la espalda, los pies también atados, junto a los cadáveres de sus amigos. La sangre le manaba de la herida en la pierna y parecía «un montón de basura».

«Estaba hecho un desastre –escribió Rodríguez–. El pelo enmarañado, la ropa harapienta y rota.» Ni siquiera llevaba botas; sus pies sucios de barro calzaban unas fundas toscas de cuero como las que hubiera usado un campesino medieval. Mientras Rodríguez lo observaba, «absorto en el momento»,

1. Después de guardar un silencio total durante veintinueve años, en 1996 Socorro Selich permitió al autor estudiar y copiar los documentos de su difunto esposo. Entre ellos hay fotografías, telegramas, memorándums internos del ejército, el diario militar de Selich de 1967, las notas fragmentarias de sus conversaciones con el Che Guevara y un informe secreto al general La Fuente sobre la forma y las circunstancias de la ejecución del Che Guevara. Véanse más detalles en el apéndice.

el coronel boliviano preguntó al Che por qué había llevado la guerra a su país. No hubo respuesta. «No había otro ruido que la respiración del Che.»

Inmediatamente después, bajo la mirada suspicaz de Selich, «Mister Félix Ramos [Rodríguez]... instaló su radio portátil y transmitió un mensaje cifrado... a un lugar desconocido.» Luego se puso a fotografiar el diario del Che y otros documentos sobre una mesa colocada fuera de la escuela. Zenteno Anaya y Ayoroa fueron a la quebrada, donde se habían reanudado las operaciones militares, dejando a Selich a cargo de La Higuera. Cuando volvieron, alrededor de las diez, Rodríguez aún tomaba fotos. A las once terminó su tarea y pidió a Zenteno Anaya permiso para hablar con «el señor Guevara». El desconfiado Selich, «considerando que mi presencia era necesaria en esa conversación», entró en la escuela con él. En sus notas consta que conversaron sobre «diversos temas de la Revolución Boliviana además de la Revolución Cubana».

En sus memorias sobre el encuentro, Rodríguez no menciona la presencia de Selich, pero sí advierte como él la soberbia desafiante del Che. Desde el principio le advirtió que no admitiría un interrogatorio, pero cedió cuando el agente de la CIA dijo que sólo quería intercambiar opiniones. Según Rodríguez, el Che reconoció su derrota, que atribuyó a la mentalidad «provinciana» de los comunistas bolivianos que lo habían aislado. En cambio, cuando Rodríguez trató de extraerle información sobre sus operaciones militares, se negó a responder. Sobre todo se negó a «hablar de Fidel» a pesar de los intentos del agente.

Finalmente, el Che le hizo una pregunta. Evidentemente no era boliviano; a juzgar por su conocimiento de Cuba, era un cubano o puertorriqueño al servicio de la inteligencia norteamericana. Rodríguez respondió que era cubano de nacimiento y miembro de la anticastrista Brigada 2506 entrenada por la CIA. El Che se limitó a responder con un «ja».

A las 12.30 llegó un mensaje del alto mando en La Paz para el coronel Zenteno Anaya, quien dio una orden a Selich. Según los apuntes de éste, la orden era «proceder a la eliminación del señor Guevara». Dijo a Zenteno que correspondía al teniente coronel Ayoroa hacerse cargo de las ejecuciones como jefe de la unidad que había apresado a Guevara. «Ayoroa ordenó el cumplimiento de la orden», escribe Selich.

Mientras Ayoroa y Rodríguez permanecían en La Higuera, Selich y Zenteno Anaya volvieron en helicóptero a Vallegrande con su botín de documentos y armas. A su llegada, alrededor de las 13.30, les dijeron que se había cumplido la orden de ejecutar al Che Guevara.[1]

Según la versión de Félix Rodríguez, fue él, no Zenteno Anaya, quien re-

1. Según el informe de Selich, ninguno de los oficiales de La Higuera –incluidos Félix Rodríguez y él mismo– estaba de acuerdo con la decisión de ejecutar a Guevara. «Pensábamos que era mejor conservar al señor Guevara con vida porque a nuestro juicio hubiera sido más ventajoso presentarlo ante la opinión mundial derrotado, herido y enfermo, y obtener una compensación [de Cuba] por los gastos incurridos en el combate contra los guerrilleros y para compensar a las familias de los soldados asesinados por la Banda Guerrillera.»

cibió el mensaje cifrado con la orden de matar al Che; dice además que llevó al oficial a un lado para tratar de disuadirlo. El gobierno de Estados Unidos quería «conservar al dirigente guerrillero con vida cualesquiera que fueran las circunstancias»; aviones norteamericanos aguardaban para transportar al Che a Panamá donde lo someterían a interrogatorio. Zenteno Anaya respondió que no podía desobedecer una orden que venía directamente del presidente Barrientos y el Estado Mayor Conjunto. Dijo que enviaría el helicóptero de vuelta a las 14.00; quería su palabra de honor de que para entonces el Che estaría muerto y que se ocuparía de llevar el cadáver a Vallegrande.

Después de la partida de Zenteno y Selich, Rodríguez estudió sus alternativas. Esa mañana, después de identificar a Guevara, había enviado el mensaje a la CIA y pedido instrucciones, pero éstas no habían llegado y ya era tarde. Podía desobedecer a Zenteno y desaparecer con el Che, pero en ese caso existía la posibilidad de cometer un error de magnitud histórica; Batista había encarcelado a Fidel Castro, pero con ello no había podido detener su acción. Al fin y al cabo, escribió: «La decisión era mía. Y mi decisión fue dejarlo en manos de los bolivianos.» Mientras aún trataba de decidirse, oyó un disparo en la escuela. Corrió a la sala donde se encontraba el Che, quien lo miró desde el suelo. Fue a la sala contigua, donde vio a un soldado con su fusil aún humeante y más allá estaba Willy «derrumbándose sobre una mesita. Literalmente escuché cómo se le escapaba la vida». El soldado dijo que Willy había «tratado de escapar».

Según su cronología de los acontecimientos, Rodríguez volvió a conversar con el Che y lo sacó fuera para fotografiarlo. Esas fotos, que la CIA conservó en secreto durante años, aún existen. En una se ve a Rodríguez, de rostro juvenil y regordete, rodeando con un brazo al Che, que parece una bestia sometida, la cara demacrada vuelta hacia el suelo, el pelo enmarañado, las manos atadas delante del cuerpo.

Luego regresaron a la escuela y reanudaron la conversación hasta que los interrumpió una serie de disparos. Esta vez el ejecutado fue aparentemente el Chino Chang,[1] a quien habían llevado allí aquella mañana, herido pero con vida; para entonces también habían traído los cuerpos de Aniceto y el cubano Alberto Fernández («Pacho»), muertos en la quebrada. «El Che dejó de hablar –recordó Rodríguez–. No dijo nada sobre los disparos, pero su rostro expresó tristeza y meneó la cabeza lentamente de izquierda a derecha varias veces. Tal vez en ese momento comprendió que era hombre muerto, aunque yo no se lo dije hasta poco antes de la una de la tarde.»

1. El relato de Rodríguez se contradice en algunos aspectos con los de los oficiales bolivianos que estuvieron presentes en La Higuera, pero las discrepancias entre éstos son igualmente notables. Por ejemplo, según el ex teniente coronel Miguel Ayoroa, encerraron a Willy y Juan Pablo Chang juntos en la otra aula de la escuela y los ejecutaron simultáneamente. Este testimonio coincide con la versión más ampliamente aceptada de los acontecimientos, según la cual la versión fotográfica del Che con Rodríguez tuvo lugar *antes* de la ejecución de Willy, y, después, el Che, Willy y Juan Pablo Chang fueron ejecutados prácticamente al mismo tiempo por «voluntarios» del ejército boliviano.

Rodríguez salió para ordenar sus documentos y «postergar lo inevitable». En ese momento se acercó la maestra del pueblo a preguntar cuándo matarían a Guevara. Le preguntó a su vez por qué quería saberlo, y ella dijo que según la radio, el Che ya había muerto de heridas recibidas en combate.[1]

Rodríguez comprendió que no podía demorarlo por más tiempo y entró en la escuela. Dijo al Che que lo «lamentaba», que había hecho todo lo posible pero que la orden venía del alto mando boliviano. No dijo nada más, pero el Che comprendió. Según Rodríguez, palideció por un instante y dijo: «Mejor así... no debí permitir que me tomaran con vida.»

Rodríguez preguntó si quería enviar un mensaje a su familia. «Dígale a Fidel que pronto verá una revolución triunfante en América... Y dígale a mi esposa que vuelva a casarse y trate de ser feliz.»

En ese momento, Rodríguez se adelantó y lo abrazó. «Fue un momento de tremenda emoción para mí. Ya no lo odiaba. Le había llegado el momento de la verdad, y se portaba como un hombre. Enfrentaba la muerte con coraje y dignidad.»

Rodríguez abandonó la sala. A petición del teniente coronel Ayoroa, un hombre ya se había ofrecido como voluntario, un sargento menudo y de aspecto rudo llamado Mario Terán que esperaba afuera. Su cara resplandecía como si hubiera bebido. Terán había participado en el tiroteo el día anterior y quería vengar la muerte de tres camaradas,

«Le dije que no disparase al Che a la cara sino del cuello para abajo –dijo Rodríguez–, porque debían presentar el aspecto de heridas recibidas en combate. Subí la cuesta y empecé a escribir mis notas. Cuando oí los disparos miré mi reloj. Eran las 13.10.»

Las versiones difieren, pero según la leyenda, las últimas palabras del Che al ver a Terán en la puerta fueron: «Sé que viene a matarme. Dispare, cobarde, sólo va a matar a un hombre.» Terán titubeó, apuntó su fusil semiautomático y le disparó a los brazos y las piernas. Mientras el Che se retorcía en el suelo y aparentemente se mordía una muñeca para contener los gritos, Terán disparó otra ráfaga. La bala fatal le perforó el tórax y sus pulmones se llenaron de sangre.

El 9 de octubre de 1967, a los treinta y nueve años de edad, el Che Guevara había muerto.

1. La versión de la maestra, Julia Cortez, entonces una joven mujer de veintidós años, ha sido impugnada por los militares que estuvieron presentes, pero ella asegura que le permitieron ver al Che esa mañana a petición de él. Estaba nerviosa, y cuando entró el Che clavó en ella una mirada que no pudo sostener. Señaló el pizarrón, indicó un error gramatical en lo que ella había escrito y a continuación dijo que la suciedad de la escuela era vergonzosa, que en Cuba sería una prisión. Ella salió después de conversar brevemente. El Che volvió a llamarla poco antes de su ejecución, pero ella tuvo miedo de regresar.

# EPÍLOGO: SUEÑOS Y MALDICIONES

## I

La noche del 8 al 9 de octubre, cuando el Che estaba maniatado y tendido en el suelo de la escuela en La Higuera, Aleida se despertó bruscamente con una sensación inexplicable de que su esposo estaba en grave peligro. La premonición fue tan fuerte que a la tarde siguiente, cuando aparecieron en su puerta los hombres enviados por Fidel desde La Habana, ella los esperaba.

Durante meses había recibido las noticias de Bolivia con angustia creciente; Fidel la visitaba regularmente para mantenerla al tanto y ella sabía que la situación del Che era mala. Aleida se encontraba en los montes Escambray, donde había conocido al Che, para realizar una investigación de campo. Había reanudado sus estudios de historia en la Universidad de La Habana, como la había instado él para «mantenerse ocupada».

En La Habana, Fidel analizaba los informes de Bolivia con una mezcla de recelo y preocupación creciente. El 9 de octubre informaron de que el Che había caído y luego que estaba «muerto a causa de sus heridas». Cuando llegó la primera fotografía del cuerpo que se decía que era el suyo, Fidel observó un cierto parecido, pero no pudo creer que aquel cadáver demacrado fuera el del hombre que había partido de Cuba once meses antes.

Apenas llegó a La Habana, Aleida se reunió con Fidel y juntos estudiaron los informes y las fotografías. Al principio se negaron a creerlo, pero cuando Aleida identificó la caligrafía del Che en las fotos del diario secuestrado, ya no quedaron dudas.

En medio de la ola de rumores, Fidel se dirigió a la nación el 15 de octubre en un discurso televisado. Confirmó que los informes sobre la muerte del Che eran «desgraciadamente ciertos», decretó tres días de luto oficial y anunció que desde entonces el 8 de octubre sería el «Día del Guerrillero Heroico» en conmemoración del último combate del Che.

Aleida sufrió un colapso emocional. Fidel la llevó con los niños a su casa y la atendió durante una semana. Después los instaló en otra casa, donde estaban incomunicados y lejos de la atención del público. La visitaba todos los días, y gradualmente ella empezó a recuperarse.

Orlando Borrego sufrió una crisis emocional que duró varios meses. Según él, la muerte del Che lo afectó más que la de su padre. Al principio

su dolor quedó en suspenso mientras reconfortaba a Aleida y los niños, pero luego lo golpeó con fuerza. «Fue como si perdiera el equilibrio –recordó–. No podía hacerme a la idea de que el Che estaba muerto, tenía sueños recurrentes en los que se me aparecía con vida.»

La noche del 18 de octubre, en la Plaza de la Revolución de La Habana, Fidel se dirigió a uno de los auditorios más grandes de su vida. Casi un millón de personas asistieron al velatorio nacional del Che. Con voz enronquecida por la emoción, Fidel rindió un fervoroso homenaje a su antiguo camarada, al que exaltó como la encarnación de las virtudes revolucionarias. «Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che! Si queremos expresar cómo deseamos que sean nuestros hijos, debemos decir con todo el corazón de vehementes revolucionarios: ¡queremos que sean como el Che!»

## II

La tarde del 9 de octubre, el cuerpo empapado de sangre del Che fue colocado en una camilla sujeta al tren de aterrizaje de un helicóptero y transportado sobre los áridos cerros a Vallegrande. Lo acompañaba Félix Rodríguez, vestido con uniforme de capitán del ejército boliviano. Poco después de aterrizar, se perdió en la multitud y desapareció.

Días después se encontraba nuevamente en Estados Unidos para informar a sus jefes en la CIA. Llevaba consigo algunas reliquias de su viaje, entre ellas uno de varios relojes Rolex del Che y un resto de tabaco a medio fumar sacado de su pipa y envuelto en papel; más adelante lo pondría en una burbuja de cristal encajada en la culata de su revólver preferido. Pero el recuerdo más insólito que aún conserva es la falta de aliento que empezó a padecer poco después de su llegada a Vallegrande. «Al caminar en el aire fresco de la montaña, me di cuenta de que jadeaba y se me hacía difícil respirar –escribió Rodríguez veinticinco años después–. El Che estaba muerto, pero su asma, un mal que nunca había padecido en mi vida, se me había transmitido. Aún hoy mi crónica falta de aliento es un recuerdo constante del Che y sus últimas horas de vida en la aldea de La Higuera.»

Colocado sobre una pila de hormigón en el lavadero del jardín del hospital Nuestro Señor de Malta en Vallegrande, el cuerpo del Che permaneció en exhibición esa noche y todo el día siguiente con la cabeza alzada y los ojos pardos muy abiertos. Para detener la descomposición, un médico le abrió la garganta y le inyectó formaldehído. Una multitud de soldados, pobladores curiosos, fotógrafos y periodistas desfilaron junto al cuerpo, que daba la macabra impresión de estar vivo. Entre las monjas del hospital, la enfermera que lavó el cadáver y las mujeres de Vallegrande se difundió rá-

pidamente la impresión de que presentaba un parecido extraordinario con Jesucristo; varias de ellas cortaron mechones de su cabello para conservarlos como talismanes.

El teniente coronel Andrés Selich y el mayor Mario Vargas Salinas se hicieron fotografiar junto al cuerpo. Selich se llevó el portafolio de cuero del Che y uno de varios relojes Rolex; el capitán Gary Prado se quedó con otro. El verdugo Mario Terán se llevó la pipa. El coronel Zenteno Anaya se llevó como trofeo personal la dañada carabina M-2 y autorizó a Prado a repartir el dinero hallado en poder del Che –varios miles de dólares y una buena cantidad de pesos bolivianos– entre los suboficiales y la tropa.

A esas alturas se había resuelto que el Che no tendría tumba. Sus restos, como los de sus camaradas que habían muerto antes, acabarían «desaparecidos». Para contrarrestar las expresiones de incredulidad procedentes de La Habana, el general Alfredo Ovando Candia propuso decapitar al Che y conservar su cabeza como prueba. Félix Rodríguez, quien aún se encontraba en Vallegrande, dice que calificó la propuesta de «excesivamente bárbara» y propuso que conservaran un dedo. Ovando Candia cedió en parte: le amputarían las manos. La noche del 10 de octubre se realizaron dos máscaras mortuorias de cera y se tomaron las impresiones digitales; se amputaron las manos para ser conservadas en frascos de formaldehído. Dos peritos forenses de la policía argentina llegaron para comparar las huellas con las del expediente de «Ernesto Guevara de la Serna» en Buenos Aires; coincidían totalmente.

En las primeras horas del 11 de octubre, el cuerpo del Che fue enterrado, como siempre, por el teniente coronel Andrés Selich acompañado, según él, por el mayor Mario Vargas Salinas y otro oficial en calidad de testigos. La viuda de Selich dice que lo arrojaron a una tumba secreta abierta por una excavadora bajo la maleza cerca del campo de aviación de Vallegrande; en otra tumba colectiva cercana enterraron a seis de sus camaradas.[1]

Esa mañana llegó Roberto, el hermano del Che, con la esperanza de identificarlo y llevarse los restos, pero ya era tarde. El general Ovando Candia dijo que lo lamentaba, pero ya habían incinerado el cadáver. Esta y otras versiones contradictorias de los generales bolivianos empezarían a circular durante los días siguientes, y el paradero de los restos del Che sería un enigma sin solución durante los veintiocho años siguientes.

1. Socorro, la viuda de Selich, dijo al autor en 1996 que varios años después, su esposo –que nunca le había revelado los detalles de su papel en el entierro del Che– le mostró en un mapa las coordenadas de las tumbas secretas del Che y los demás guerrilleros. Esas coordenadas han desaparecido, pero según su esposo, el Che fue enterrado aparte de los demás. Vargas Salinas dice que todos ocupan una tumba colectiva. Es interesante observar que el cuaderno en el que Selich anotaba sus tareas está en blanco desde el 9 de octubre a las 15.45 hasta el 11 de octubre a las 09.00, no menciona al Che Guevara ni qué se hizo con sus restos.

Entretanto, para añadir más confusión al asunto, el ex agente de la CIA Gustavo Villoldo dice haber presidido personalmente el entierro del Che con varios de los hombres de Selich, pero niega que Selich o Vargas Salinas estuvieran presentes.

A Roberto, de expresión sombría y traje oscuro –tan parecido a su célebre hermano y a la vez tan distinto–, no le quedaba otra cosa que hacer que volver a Buenos Aires, donde lo esperaban su padre y sus hermanos. Todos aceptaron la triste noticia menos la tía Beatriz, quien jamás reconoció la muerte de su sobrino preferido ni aceptó hablar del asunto.

## III

En los días siguientes, otros cuatro guerrilleros prófugos –Moro, Pablo, Eustaquio y Chapaco– fueron perseguidos, asesinados y enterrados en tumbas colectivas secretas cerca de Vallegrande.[1]

Por increíble que parezca, los cubanos Pombo, Benigno y Urbano juntamente con los bolivianos Inti Peredo, Darío y Ñato escaparon de la quebrada. El ejército los persiguió y el 15 de noviembre tuvieron una escaramuza en la que Julio Méndez (Ñato) cayó gravemente herido y pidió a sus camaradas que lo mataran. Benigno ha dicho que fue él quien disparó el tiro de gracia y después los cinco escaparon del encierro. Con ayuda de algunos miembros del Partido Comunista Boliviano que, siquiera tardíamente, reunieron el coraje suficiente para salvar a los últimos supervivientes de la insurgencia del Che, reaparecieron tres meses después en los Andes nevados. Allí los rescataron los partidos socialista y comunista de Chile; el senador socialista Salvador Allende voló con ellos a la isla de Pascua, de donde volvieron a La Habana pasando previamente por Tahití, Etiopía, París y Moscú.

Harry Pombo Villegas siguió la carrera militar y fue comandante de las fuerzas expedicionarias cubanas en Angola. Ascendido a general y declarado en vida «Héroe de la Revolución», vive en un apartamento modesto no lejos de la vieja casa del Che en La Habana. Leonardo «Urbano» Tamayo es coronel del ejército en activo; a su regreso sufrió una crisis nerviosa, pero se recuperó y lleva una vida discreta en la capital cubana. Dariel Alarcón Ramírez –«Benigno», el diestro machetero del Che en Bolivia– trabajó en el sistema de prisioneros cubano y hasta la década de 1980 instruyó a guerrilleros de más de una docena de países latinoamericanos. Sin embargo, en los últimos tiempos se sintió decepcionado por el régimen que ayudó a instaurar en su juventud. En 1996, en Francia, publicó un libro en el cual criticó duramente el régimen de Fidel, a quien hizo responsable de varios crímenes, incluido el presunto «abandono» del Che y sus guerrilleros en

1. Moro o El Médico eran los nombres de guerra del médico cubano Octavio de la Concepción y de la Pedraja; los nombres verdaderos de los bolivianos Pablo y Chapaco eran Francisco Huanca y Jaime Arana, respectivamente. Lucio Edilberto Galván, llamado Eustaquio, era peruano.

En diciembre de 1995, tras las revelaciones del general Mario Vargas Salinas, aparecieron cuatro esqueletos de hombres, enterrados en una cañada en las afueras de Vallegrande. Después de su exhumación, fueron identificados como Moro, Pablo, Chapaco y Eustaquio. El cadáver de Tuma fue encontrado en otro sitio en junio de 1996.

Bolivia. Considerado un traidor en Cuba, actualmente vive en el exilio en París.

A pesar de las acusaciones de Benigno y algunas dudas persistentes sobre hasta qué punto Cuba ayudó al Che en Bolivia, la mayoría de las pruebas indican que La Habana hizo lo que pudo dentro de sus posibilidades. Una vez conocida la presencia del Che y tras la llegada de los norteamericanos, el margen de maniobra de los agentes cubanos en Bolivia se hizo extremadamente estrecho. Las fronteras estaban cerradas o fuertemente custodiadas; el Partido Comunista, proscrito. En esas condiciones, cualquier guerrillero que llegara para unirse al Che sería detectado fácilmente. Los militares detenían a todos los extranjeros de aspecto sospechoso. Según Ariel, Cuba empleaba varios medios para estar al tanto de la situación. En la primavera de 1967, Régis Debray pudo informar a los servicios secretos cubanos sobre la situación del Che gracias a su novia venezolana Elizabeth Burgos, que pudo visitarlo en la cárcel de Camiri. Por su parte, Ciro Bustos pidió a su esposa Ana María que transmitiera a La Habana la petición desesperada de un nuevo equipo de radio, además de su recomendación de iniciar un segundo foco para distraer la atención. Ana María envió una carta, pero debido a una serie de problemas ésta llegó a La Habana en vísperas de la caída del Che. En septiembre de 1967 agentes cubanos en París pidieron a Toto Schmukler, el amigo de Bustos, que viajara a Argentina y Bolivia para averiguar todo lo que pudiera sobre la situación del Che. Schmukler tuvo la impresión de que los cubanos estaban «muy preocupados». Viajó como le pidieron, pero cuando llegó a Argentina a principios de octubre, ya era tarde.

El apoyo de Cuba a la guerrilla boliviana no terminó con la muerte del Che. Inti Peredo y Darío llegaron a Cuba y en 1969 regresaron a su país con un nuevo contingente de bolivianos para reanudar la guerra. Pero ese mismo año, antes de que pudiera iniciar las operaciones, Inti murió en un tiroteo en una casa clandestina de La Paz; Darío (David Adriazola) fue apresado y asesinado unos meses después. Chato, el hermano menor de Inti, tomó el mando y con setenta y tantos estudiantes bolivianos, en su mayoría carentes de instrucción militar, inició una nueva guerrilla en la remota ciudad minera de Teoponte, al norte de La Paz, cerca de la cabecera del río Beni.[1] Después de unos meses de campaña, desorganizado, famélico y rodeado por el ejército, el segundo intento de foco guerrillero del ELN murió en un torbellino de sangre y vidas derrochadas. Chato sobrevivió y en la actualidad es un prestigioso psicoterapeuta en Santa Cruz, Bolivia; su especialidad es llevar a sus pacientes «de regreso al útero».

El ministro del Interior boliviano Antonio Arguedas, que observó impa-

1. En el verano de 1967, cuando el Che y los hermanos Coco e Inti estaban vivos y combatiendo, Chato era estudiante en Moscú. Pidió a los soviéticos que lo entrenaran junto con otros estudiantes bolivianos para que pudieran volver a su país y unirse a la lucha. Le respondieron que esa petición debía ser presentada a través del Partido Comunista Boliviano y aprobada por éste.

sible el desenlace fatal de la guerrilla del Che, en 1968 redescubrió inexplicablemente sus tendencias marxistas y con ayuda de amigos comunistas, envió clandestinamente las manos del Che y un microfilm de su diario a Cuba. Posteriormente cayó bajo sospecha, huyó del país y reapareció en La Habana convertido en una suerte de «héroe secreto» de todo el episodio. En una serie de piruetas desconcertantes, se fue de Cuba, reanudó sus contactos con la CIA y volvió a Bolivia. Arguedas trabajó por un tiempo como abogado, pero su vida seguía turbia. En los ochenta pasó tres años en la cárcel acusado de pertenecer a una banda de secuestradores. A finales de los noventa vivía semiclandestinamente en La Paz, llevando, en apariencia, una vida gangsteril. En febrero de 2000, Arguedas apareció muerto en una misteriosa explosión en La Paz. Según la policía, la explosión ocurrió cuando una bomba que él mismo portaba estalló por error.

Desplazado de la dirección del Partido Comunista Boliviano, Mario Monje se exilió en Moscú, donde aún vive. Según él, los agentes de inteligencia soviéticos le dieron orden de «no hablar», que acató hasta los años noventa. Durante décadas recibió un subsidio del Instituto América Latina, una oficina de investigaciones políticas del Partido. Desde la caída de la Unión Soviética, Monje es un hombre sin un país ni un «hermano mayor» que lo mantenga.

La mayoría de los supervivientes de la guerrilla de Masetti, encarcelados en Salta, recuperaron la libertad en 1968 gracias a su abogado Gustavo Roca. Estando en la cárcel, sufrieron una violenta conmoción al recibir la visita del «Fusilado», el hombre condenado a muerte por Masetti en Argelia. Dijo que los argelinos le perdonaron la vida, lo encerraron en una celda donde permaneció aislado del mundo durante uno o dos años, hasta que un día lo liberaron sin darle explicaciones y lo enviaron a Cuba. Cree que posiblemente el Che se enteró de su situación durante su visita en 1965 y ordenó que lo liberaran. De regreso en Cuba, fue a combatir a los contrarrevolucionarios en el Escambray y una vez «rehabilitado», lo enviaron a estudiar la posibilidad de organizar la fuga de sus antiguos camaradas. Dijo que no les guardaba rencor; sólo estaba feliz de haber conservado la vida. Según Henry Lerner, que lo conoció allí, «el Fusilado» era judío como él.

Al cabo de tres años y ocho meses de cárcel, Alberto Castellanos, escolta del Che, fue expulsado del país y pudo regresar a Cuba. Las apelaciones de Héctor Jouve y Federico Méndez fueron denegadas, y sus sentencias de catorce y dieciséis años ampliadas a cadena perpetua. Se beneficiaron con una amnistía en 1973, tras el regreso de Juan Perón a Argentina, pero huyeron del país cuando los militares derrocaron a Isabel, la tercera esposa de Perón, e iniciaron una oleada de represión anticomunista. Restaurado el régimen civil a principios de la década de los ochenta, ambos regresaron al país. Méndez murió hace algunos años; Jouve vive con su familia en Córdoba. Es psicoterapeuta y un hombre profundamente reflexivo.

Henry Lerner, que estuvo a punto de morir a manos de Masetti, fue apresado por los militares argentinos y durante tres años estuvo «desapare-

cido», esperando la ejecución. Se salvó gracias a una insólita mediación de la Iglesia católica, por la cual un centenar de personas detenidas a disposición del gobierno fueron liberadas y expulsadas del país. Por ser judío, Lerner obtuvo asilo en Israel. Posteriormente emigró a Madrid, donde es psicoterapeuta como su antiguo camarada Héctor Jouve.

En la llamada «guerra sucia» argentina contra la izquierda, que adquirió pleno vigor a partir de 1976, la familia Guevara fue una de las primeras víctimas. Guevara Lynch huyó a Cuba con su nueva novia Ana María Erra, una artista treinta años menor que él. Allí formaron una nueva familia y llamaron a uno de sus hijos Ramón, en recuerdo del nombre de guerra del Che en Bolivia. Después de la muerte de su hermano, Roberto giró hacia la izquierda y junto con Juan Martín participó en un movimiento guerrillero «guevarista» en Argentina. Roberto alternó entre Cuba y Europa, pero Juan Martín cometió el error de volver de Cuba a combatir en su país; lo detuvieron en menos de un mes y pasó nueve años en la cárcel. Su hermana Celia pasó buena parte de los años setenta y principios de los ochenta en Londres, donde trató de obtener su libertad a través de Amnistía Internacional.

Al finalizar la guerra sucia, los hermanos del Che volvieron gradualmente a la Argentina. Roberto es abogado de varios sindicatos izquierdistas; Juan Martín tiene una librería en Buenos Aires. Ana María, la hermana menor del Che, murió de enfermedad hace unos años; Celia Guevara lleva una vida discreta en Buenos Aires. Su padre no regresó. «El viejo» Guevara murió en La Habana en 1987, a los ochenta y siete años. Dedicó sus últimos años a escribir libros sobre su hijo después de estudiar su correspondencia y diarios. Su esposa e hijos (hermanastros del Che) viven en Cuba.

Ciro Bustos y Régis Debray fueron condenados a treinta años de prisión, pero en 1970, antes de cumplir los tres años, quedaron en libertad por orden del nuevo presidente militar boliviano, el general reformista Juan José Torres; fueron a Chile, donde el socialista Salvador Allende era presidente. Debray, que se hizo famoso durante su juicio público en Bolivia, siguió siendo una figura destacada en los círculos intelectuales de la izquierda europea; en la década de los ochenta fue asesor del presidente francés François Mitterrand sobre asuntos latinoamericanos. Poco a poco, su amor por la revolución boliviana se fue desvaneciendo. En memorias publicadas en 1996, criticó con dureza a Fidel Castro, a quien calificó de «megalómano». Sobre el Che dijo que era «más admirable» pero menos «simpático» que Castro, y lo acusó de mostrarse rudo e insensible con sus hombres en Bolivia.

Entre los supervivientes de la aventura boliviana, acaso ninguno sufrió tanto como el pintor Ciro Bustos. Aunque sus ex carceleros dicen que Debray colaboró con ellos, fue Bustos quien cargó con la infamia de «delatar» la presencia del Che en Bolivia por medio de sus retratos. Denigrado por Debray, rechazado por Cuba, Bustos trabajó durante algunos años en Chile, hasta que el golpe militar de 1973, encabezado por el general Augusto Pinochet con respaldo de la CIA, lo obligó a huir. Volvió a la pintura en su Argentina natal, pero la guerra sucia lo obligó a huir nuevamente. Ahora

vive discretamente en Suecia, donde pinta hermosos retratos de personas sin rostro.

Loyola Guzmán, la secretaria nacional de finanzas del Che en Bolivia, fue liberada en 1970, en un trueque de prisioneros con el ELN que había secuestrado a dos ingenieros alemanes con ese fin. Finalmente llegó a Cuba. Aleida la tomó bajo su protección porque Loyola descubrió que nadie en los servicios secretos quería recibirla ni darle alguna explicación sobre el desastre de 1967 y que el Che era innombrable en su patria adoptiva. Fidel había sucumbido por fin al abrazo del oso soviético, que duraría diecisiete años. Por el momento, el «aventurerismo» del Che había caído en el descrédito.

Loyola Guzmán y otros camaradas regresaron a Bolivia por sus propios medios para reanudar la campaña guerrillera. Pero en 1972, los militares rodearon la casa clandestina donde se encontraba con su esposo y varios camaradas más. Los hombres escaparon, pero los mataron después. Loyola, que estaba embarazada, pasó dos años en la cárcel, donde dio a luz su primer hijo; lo llamó Ernesto en homenaje al Che. Años después, a medida que los ejércitos de la región apoyados por Estados Unidos adoptaban métodos cada vez más brutales para aniquilar las insurgencias marxistas inspiradas por el Che, Loyola se convirtió en una reconocida representante de los familiares de «los desaparecidos» de Bolivia y de América Latina. Participó activamente en la búsqueda de los restos del Che y sus guerrilleros en Vallegrande; fue ella, además, la que logró los primeros resultados, cuando los campesinos le informaron dónde estaban los restos de Moro, Pablo, Chapaco y Eustaquio. Hoy viven en La Paz, y es abuela, pero sigue en su abnegada misión de esclarecer las muertes y ubicar los restos de las más de ciento cincuenta personas desaparecidas en Bolivia durante los regímenes militares.

El recibimiento tenso y hostil que encontró Loyola en la Cuba de 1970 era un indicio de los muchos golpes de timón que sufriría la isla durante el prolongado mandato de Fidel como «jefe máximo». En efecto, la clara subordinación de Cuba a la línea soviética sufrió un asombroso giro de ciento ochenta grados en menos de tres años, porque inmediatamente después de la muerte del Che las relaciones entre los dos países entraron en un estado de hibernación. Furioso por el apoyo implícito de Moscú a la línea del Partido Comunista Boliviano y por las duras críticas al Che y la «exportación» de la revolución publicadas en *Pravda*, Fidel rehuyó al Kremlin. El embajador Alexander Alexeiev, considerado demasiado afín a Fidel, fue trasladado en 1968 a la remota Madagascar.

Como expresión de su disgusto, en 1967 Fidel envió apenas a su ministro de Salud a la festividad anual que se celebraba en noviembre en la Plaza Roja. A principios de 1968 inició una nueva purga de «viejos comunistas», supuestamente al descubrir que una facción disidente conspiraba contra él con personal de la embajada soviética. Tal como en la purga de los «sectarios» de 1962, el protagonista de la conspiración era el temible Aníbal Escalante, pero en esta ocasión su condena no fue el exilio en Moscú sino quin-

ce años de prisión. Uno de los crímenes de los que quedaron constancia en las grabaciones fue el haber criticado al Che.

A continuación, invocando el espíritu del Che, Fidel se lanzó a la conquista desesperada de la autosuficiencia económica. Proclamó que en 1970 se obtendría una zafra sin precedentes de diez millones de toneladas de azúcar y volcó los escasos recursos de la nación en ese objetivo. Orlando Borrego, ministro del Azúcar, dijo a Fidel que dudaba que se pudiera alcanzar esa cifra; lo destituyeron. Efectivamente no se alcanzó, y el tremendo esfuerzo debilitó enormemente la economía cubana. En la práctica esto significó el fin de cualquier esperanza de autonomía. Los soviéticos, alentados por la declaración de apoyo de Fidel a su invasión de Checoslovaquia, impusieron rápidamente sus criterios. El Ministerio de Industrias fue dividido en varios departamentos menores, purgado de elementos leales al Che, y muchos extranjeros que habían acudido a trabajar con él abandonaron la isla. Se clausuró el campo de rehabilitación de Guanacahabibes y la granja experimental Ciro Redondo y se destruyó el «departamento de control» con sus expedientes que detallaban las aptitudes revolucionarias y laborales de más de cuarenta mil individuos. A pesar de su destitución en 1968, Orlando Borrego sigue siendo leal a Fidel y a la Revolución; ahora, a los setenta años, es asesor del Ministerio de Transportes y y de la denominada «Cátedra Che Guevara» en la Universidad de La Habana.

A pesar de la «hibernación» de una década y media inducida por el gobierno, el Che resurgió como una piedra de toque revolucionaria en Cuba. A finales de los ochenta, cuando Mijaíl Gorbachov empezó a introducir cambios en la Unión Soviética, Fidel se opuso a las reformas liberales de la *glasnost* y la *perestroika* con lo que llamó el proceso de «rectificación»: la readopción de las ideas del Che Guevara como las pautas a seguir por los comunistas cubanos. Sin embargo, el proceso no alcanzó a empezar porque coincidió con el derrumbe del bloque soviético y el fin de treinta y un años de subsidios de Moscú a Cuba. Aunque la situación la obligó a permitir las inversiones extranjeras limitadas y otras «reformas de mercado» para rescatar su maltrecha economía, Fidel ha persistido en la resurrección del Che como ratificación espiritual de lo poco que queda de la Cuba «revolucionaria». De acuerdo con la tradición revolucionaria de ponerle un nombre oficial a cada año, 1997 quedó consagrado como el «Año del Trigésimo Aniversario de la Muerte en Combate del Guerrillero Heroico y Sus Camaradas».

## IV

Muchos de los hombres asociados con la muerte de Guevara en Bolivia también murieron de manera violenta, lo que dio lugar a la leyenda de la «maldición del Che». La primera víctima fue el presidente militar del país, general René Barrientos, cuyo helicóptero se estrelló en abril de 1969, en circunstancias jamás aclaradas. Honorato Rojas, el colaborador campesino

que delató a la columna de Joaquín, fue ejecutado por el «segundo» ELN a fines de 1969. En 1971, el coronel Roberto Quintanilla, jefe de inteligencia de Arguedas en el Ministerio del Interior, que tomó las huellas digitales del Che, murió asesinado en Alemania.

El presidente populista Juan José Torres –que como general del Estado Mayor Conjunto de Barrientos votó a favor de la ejecución del Che en 1967– fue asesinado por paramilitares argentinos en 1976, después de su derrocamiento y fuga al exilio. Dos semanas antes, el coronel Joaquín Zenteno Anaya había sido asesinado en París en una acción reivindicada por una desconocida «Brigada Internacional Che Guevara».

El capitán Gary Prado, considerado el héroe militar de la «derrota del Che», ascendió rápidamente en el escalafón hasta alcanzar el grado de coronel. En 1981, durante una operación para aplastar una insurrección armada en Santa Cruz, sufrió heridas que lo dejaron paralizado de la cintura para abajo. Se retiró con el grado de general para dedicarse a la política, se alió con la centroizquierda y fue embajador en Londres. El capitán Mario Vargas Salinas también llegó a general y en los años setenta fue ministro del dictador Hugo Bánzer Suárez.

De todos los que tuvieron participación directa en la captura y ejecución del Che Guevara, al teniente coronel Andrés Selich le tocó la peor suerte. En 1971, encabezó una revuelta militar que derrocó al presidente Juan José Torres y llevó al poder al general derechista Hugo Bánzer Suárez. Fue su ministro del Interior durante seis meses, pero luego lo marginaron y enviaron al exilio diplomático como embajador en Paraguay. Allí empezó a conspirar contra el dictador, volvió clandestinamente a Bolivia en 1973 para iniciar una nueva revuelta, pero fue atrapado y asesinado a golpes por matones militares a las órdenes de Bánzer. El mayor retirado Miguel Ayoroa vive discretamente en Santa Cruz y niega haber tenido participación en la muerte del Che, que atribuye exclusivamente al difunto Andrés Selich.

El verdugo Mario Terán es un personaje patético, un hombre que vive oculto –a veces usa pelucas y disfraces–, convencido de que Cuba o sus aliados lo buscan para asesinarlo. El ejército le asigna tareas serviles, por ejemplo la de encargado del bar en el casino de oficiales del cuartel general de la Octava División en Santa Cruz. Terán, un hombre sumamente amargado, se considera chivo expiatorio de sus superiores, que escribieron libros y ganaron gloria y ascensos con la derrota del Che. Acepta responder sobre los sucesos de La Higuera del 9 de octubre de 1967, pero sólo por dinero. Gordo, desaliñado, con el rostro marcado por una cicatriz curva que parte su labio superior, Terán estalla de furia cuando le preguntan si siente algún remordimiento. «¿Qué se cree? –dice–. ¿Se imagina que entré así nomás en esa sala y tiré del gatillo? ¡Estuve en la quebrada el día antes, estuve ahí! Vi morir a tres de mis amigos.»

Félix Rodríguez también cree que Cuba lo quiere asesinar; menciona un incidente en los años setenta, cuando la inteligencia norteamericana le advirtió sobre un plan para secuestrar el avión en el que estaba a punto de

viajar. Su carrera de espía continuó en Vietnam, El Salvador y otros países desgarrados por la guerra, hasta que a finales de los ochenta tuvo que comparecer ante el comité del Senado norteamericano que investigaba el asunto de Irán y los contras. Rodríguez había trabajado para Oliver North en el suministro de ayuda ilegal a la contra nicaragüense y en operaciones contra los guerrilleros salvadoreños del Farabundo Martí. Hoy es un hombre corpulento, y el estudio de su casa en un suburbio residencial de Miami está repleto de los recuerdos cabalísticos que reunió durante su larga carrera al servicio de la CIA: en un marco de cristal exhibe el sujetador de una comandante guerrillera salvadoreña capturada por él; granadas, fusiles, placas y diplomas de varios servicios de contrainsurgencia, una carta de «agradecimiento por los servicios prestados» de George Bush. El espacio más grande de una pared atestada de recuerdos está ocupado por una foto enmarcada en la que aparece junto al Che Guevara, herido y condenado.

Una extraña simbiosis vincula a todos los que conocieron al Che, fuese como amigos o enemigos: no sólo los une el respeto por él, sino también, en muchos casos, la conciencia de que si alguna vez se escriben sus necrológicas, será porque tuvieron algo que ver con el Che.

Ricardo Rojo, compañero ocasional y amigable contrincante político, escribió el best seller internacional *Mi amigo el Che* cuando aún duraba la conmoción provocada por su muerte. Por un lado le dio fama y algo de fortuna, pero por el otro le granjeó el rechazo enconado de Cuba y los camaradas del Che, porque perpetuó la historia de que Guevara se había distanciado de Fidel. Rojo huyó de Argentina en los años setenta y volvió después de la restauración del régimen civil en 1983 para dedicarse a la abogacía. Polemista agudo y tan encantador como siempre, fue una figura destacada en los círculos políticos y periodísticos de Buenos Aires hasta su muerte, de cáncer, en 1996.

Alberto Granado, el amigo del Che, aún vive en Cuba. A sus ochenta y tantos años, es un patriarca jovial que disfruta del ron y los buenos tangos. Venerado como «amigo» del Che, ha escrito algunos libros sobre su relación con él y viajado por el mundo para dar conferencias sobre sus correrías. En 2004, Granado se vio consagrado en la pantalla grande como «Mial» en la exitosa película *Diarios de motocicleta,* dirigida por Walter Salles, sobre las aventuras que él y «Fuser» tuvieron por las carreteras sudamericanas en 1952.

Los otros fieles amigos argentinos del joven Ernesto Guevara, Calica Ferrer y Carlos Figueroa, siguen en Argentina, reuniéndose a menudo para rememorar los viejos tiempos. En 2005, Calica publicó las memorias de su viaje con Ernesto en 1953, y también en 2005 Julia Constenla escribió un libro sobre su antigua amiga Celia Guevara de la Serna.

Myrna Torres, la amiga de Ernesto y de Hilda Gadea en Guatemala, vive en Cuba desde los años sesenta. Su casa en La Habana ha servido de santuario para toda una generación de revolucionarios latinoamericanos. Su primer marido y el padre de sus dos hijos, Humberto Pineda –uno de los

dos hermanos de quienes el Che decía que tenían los «huevos bien puestos»–, fue uno de los fundadores de la guerrilla guatemalteca. En 1966 fue capturado, torturado y asesinado, y en 1975, su hermano Luis Arturo fue «desaparecido» también. Myrna volvio a enamorarse, de un cubano, pero ahora ha vuelto a enviudar. Regresó a Nicaragua en 1979 con el triunfo de la Revolucion Sandinista y trabajó en el gobierno como encargada de la prensa extranjera, pero cuando cayó el sandinismo, en 1990, retornó a La Habana. Es una mujer elegante y de espíritu joven, y cuando no está viajando para ver a sus hijos, que viven en México, suele escribir sus memorias.

El 11 de marzo de 1998, en La Habana, murió Manuel «Barbarroja» Piñeiro, a los sesenta y cinco años, cuando perdió el control de su coche al volver a su casa después de participar en una recepción en la embajada de México. A pesar de haber sido apartado de su antiguo cargo como jefe del Departamento de las Américas unos años antes, Barbarroja se había mantenido fiel a Fidel Castro y a la revolución cubana. Muy afable y excelente narrador, con su barba larga ya blanca, le gustaba reunirse con sus amigos en la cocina de su casa en Miramar, llena de libros y papeles, para fumar, tomar whisky y hablar de política internacional. Por más que le gustara hablar, Barbarroja tenía muchos secretos guardados, y la mayoría se los llevó con él a la tumba.

Los hijos del Che se criaron en Cuba bajo las miradas protectoras de «tío» Fidel y «tío» Ramiro Valdés. Sus hijos Ernesto y Camilo cursaron los cinco años de estudios en la academia del KGB en Moscú. Camilo trabajó por un tiempo en el Ministerio de Pesca con Enrique Oltuski, el viejo amigo del Che, y Ernesto con Ramiro Valdés en una empresa electrónica estatal. Aliusha se licenció en medicina, con especialización en alergias, como su padre. Contra los deseos de su madre, realizó tareas internacionalistas en Nicaragua y Angola en los años ochenta, cuando la presencia cubana en esos países era mayor. Durante un tiempo estuvo casada con un hijo de Gustavo Machín de Hoed, uno de los hombres que murió con el Che en Bolivia. Celia es bióloga marina y trabaja con los delfines y leones marinos en el acuario de La Habana.

Así como Ernesto, Celia y su madre Aleida rehúyen de la luz pública, en cambio, en los últimos años, Aliusha y Camilo desempeñan un papel cada vez más destacado en la representación internacional del legado de su padre, viajando a eventos internacionales donde lo conmemoran y hablando sobre él en público. De los dos, Camilo es el que más se parece físicamente al Che, aunque es más fornido y con el cabello rubio de su madre. Aliusha es ya una mujer madura de cuarenta y tantos años. De su padre posee el cabello oscuro y la lengua afilada, aunque no su sentido del humor.

Aleida volvió a casarse, como quería el Che, y se mudó de la casa en la calle 47 a una nueva en Miramar, en la misma manzana que Alberto Granado y justo enfrente de la viuda del «viejo» Guevara. Durante años fue delegada en el congreso del Partido Comunista cubano y miembro activo de

la Federación de Mujeres. Una atractiva abuela cercana a los setenta años, de pelo teñido de rubio y risa juvenil, Aleida ha abandonado esas tareas públicas para dedicarse a su familia y, con el apoyo de sus hijos Aliusha y Camilo, a la perpetuación de la memoria del Che desde un nuevo Centro de Estudios Ernesto Che Guevara, construido en 2005. Queda justo enfrente de su antigua casa, que todo el mundo sigue conociendo como «la casa del Che».

Cuando Hilda, la primera esposa del Che, murió de cáncer en 1974, su hija Hildita se fue a Europa. Llevó una vida dura de trabajos temporales y viajes constantes por Italia y otros países a la manera de los hippies de la época. Luego vivió en México, donde se casó con un guerrillero llamado Alberto. Se instalaron en Cuba, pero las actividades conspiradoras de Alberto contra el aliado más firme del país incomodaron al régimen de Fidel, y se le pidió que se fuera de la isla. Hildita se fue con él, pero con el tiempo se divorciaron y ella regresó con sus dos hijos. Desde mediados de los años ochenta trabajó en la Casa de las Américas, la principal institución cultural del país, como archivista e investigadora, y empezó a compilar una bibliografía de los escritos de su venerado padre.

Leal a la revolución pero sin pelos en la lengua en cuanto a lo que consideraba eran sus defectos, las declaraciones y conducta de Hildita le granjearon los reproches del régimen. Cuando su hijo adolescente Canek, roquero heavy-metal, criticó al gobierno de Fidel frente a la prensa extranjera, un manto de oprobio cayó sobre el pequeño clan. En 1995, Hildita murió de cáncer a los treinta y nueve años, la misma edad que tenía su padre cuando lo mataron. Ni Fidel ni Raúl asistieron a su velatorio, pero enviaron grandes coronas de flores. En el funeral en el enorme cementerio Colón, donde la enterraron en el Panteón de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, no hubo discursos.

«La casa del Che», como la llaman, está pintada de azul marino; la terraza y la entrada están cubiertas de buganvillas rojas y púrpuras. Las paredes del vestíbulo están adornadas con retratos del Che, pero deterioradas por las filtraciones de agua. El pequeño despacho del Che en la planta superior está tal como él lo dejó, con su mesita de madera barnizada y tapa de formica blanca, su silla de oficina con ruedas y respaldo de vinilo y las ventanas de doble hoja en ambos extremos que dan a una vista similar.

Allí están sus libros: las obras de Marx, Engels y Lenin repletas de anotaciones en los márgenes; las biografías de Fouchet y María Antonieta, de Stefan Zweig. En un nicho debajo del escritorio están los últimos libros que leyó, sobre Bolivia, África y la revolución argelina, varios de ellos en francés; hay un libro de «T. Buchanan» sobre el asesinato de Kennedy.

En la pared detrás del escritorio aún cuelga el retrato de Camilo, y sobre la estantería se encuentran el busto de Simón Bolívar y el bajorrelieve en bronce de Lenin. Una calabaza para mate con su bombilla de plata ocupa un estante lateral, y en el suelo acumula polvo una estatua de bronce que representa al «Nuevo Hombre Soviético». Dentro de un armario estre-

cho hay ciertos efectos que el Che dejó: una mochila verde oliva, correajes y otras prendas militares, todo deteriorado por la humedad.

## V

La fe inquebrantable del Che en sus propias convicciones se afirmaba en la combinación insólita de una pasión romántica y un pensamiento frío y analítico. En esta mezcla paradójica se encuentra probablemente el origen de la estatura cuasi mística que adquirió, pero también la fuente de sus debilidades intrínsecas: la soberbia y la ingenuidad. Aunque singularmente dotado para comprender y elaborar una estrategia a gran escala, parecía incapaz de advertir los pequeños detalles humanos que constituían el cuadro mayor, como lo demuestra la nefasta elección de Masetti para conducir el «foco» argentino. Allí como en Cuba, el Congo y Bolivia, los hombres en los que depositó su confianza lo decepcionaron una y otra vez; por su parte, él nunca aprendió a modificar la naturaleza fundamental de los demás para convertirlos en «comunistas abnegados». Pero errores aparte, lo que más se recuerda del Che es su ejemplo personal, encarnación de la fe, la fuerza de voluntad y el sacrificio.

Como me dijo «Santiago», un veterano agente de inteligencia cubano: «Hacia el fin el Che sabía qué le esperaba y se preparó para una muerte ejemplar. Sabía que su muerte sería un ejemplo en la causa de la revolución latinoamericana, y tenía razón. Hubiéramos querido tenerlo con vida aquí en Cuba, pero la verdad es que su muerte fue una ayuda tremenda para nosotros. Difícilmente hubiéramos tenido tanta solidaridad revolucionaria en todos estos años si el Che no hubiera muerto como lo hizo.»

Hoy el Che vuelve a ser una figura tan controvertida y universalmente reconocida como en la época en que la rebeldía estudiantil lo adoptó como su icono. Después de caer en el olvido durante los años setenta y ochenta, en los noventa ha resurgido como símbolo perdurable de combate intransigente contra un poder arraigado.

Los que creían que el Che o la guerra de guerrillas habían pasado de «moda» tras el eclipse de la insurgencia marxista y el fin de la guerra fría estaban equivocados. Así lo demuestra la insurrección indígena zapatista dirigida por el enmascarado Subcomandante Marcos en el sur de México. Sus tácticas militares escasamente agresivas y sus objetivos políticos –la autonomía de los pueblos indígenas de Chiapas– son mucho más modestos que los del Che, pero su legado se hace evidente en el rechazo por parte de los guerrilleros de la subordinación mexicana a los intereses capitalistas norteamericanos, así como en sus reclamaciones de una amplia reforma social, política y económica. La figura carismática de Marcos –con su arma, su pipa, su aire a la vez reflexivo, irónico y lírico– ha despertado la fascinación popular como alguna vez lo hizo la del Che. En verdad, es difícil no ver en Marcos un Che Guevara redivivo y adaptado a los tiempos modernos –menos utópico, pero

idealista y dispuesto a pelear por lo que cree–, que acaso aprendió de los errores de su predecesor pero aun así sigue su modelo.

En otras partes del mundo, el espectro del Che reaparece dondequiera que subsisten los conflictos no resueltos de su época. En diciembre de 1996, la toma de rehenes en la embajada japonesa en Lima, Perú, por el grupo guerrillero «guevarista» Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, atrajo la atención del mundo sobre una causa hasta ese momento ignota y estremeció a un régimen que hasta entonces se consideraba sólido. Semanas antes, en África, en medio de las tensiones regionales provocadas por la presencia de millones de refugiados hutu ruandeses en el Zaire oriental y las milicias armadas ocultas entre ellos, irrumpió de manera espectacular un movimiento rebelde zaireño hasta entonces desconocido que obligó a los refugiados a regresar a Ruanda, tomó varias ciudades y dispersó las milicias hutu.

El hombre que estaba al frente de esa rebelión no tardó en aparecer. Era Laurent Kabila, el caudillo rebelde a quien el Che había tratado de ayudar tres décadas antes, y que ahora resurgía de la oscuridad para enarbolar nuevamente la bandera.

En mayo de 1997, después de una vertiginosa campaña militar, Kabila derrocó la dictadura de treinta y un años de Mobutu, tomó el poder y rebautizó Zaire con el nombre de República Democrática Popular del Congo. Pero muy pronto Kabila demostró que no había aprendido de sus errores del pasado, y como líder de su país fue igual de decepcionante que cuando ostentaba «liberarlo» con la generosa ayuda del Che. Al año y medio de su llegada al poder, el antiguo Zaire estaba envuelto en una nueva guerra, más grande que todas los anteriores, con milicias tribales y tropas invasoras de cinco países vecinos combatiendo por un lado u otro y apoderándose de sus ricos yacimientos de cobre, diamantes y oro. En enero del 2001, Kabila fue asesinado por un guardia presidencial en una intentona de golpe de Estado. Fue sucedido por su hijo Joseph, de apenas 29 años, que ha logrado mantenerse en el poder desde entonces. Sin embargo, la guerra en la República Democrática del Congo no se detuvo, y se calcula que cuatro millones de personas han muerto en el baño de sangre. Sea como sea, lo que pasa en el Congo es una prueba más de que algunas de las batallas libradas por el Che en la década de los sesenta aún esperan su desenlace.

En el pueblo de Vallegrande, en Bolivia, el empeño para hallar y exhumar el cadáver del Che finalmente dio sus frutos en julio de 1997. Tal como había dicho el general Mario Vargas Salinas, apareció junto con otros seis cadáveres –los de Pacho, Aniceto, Willy, el Chino Chang, Arturo y Antonio– debajo de la pista del aeródromo, cuando un equipo forense argentino-cubano encontró el esqueleto sin manos. Una vez exhumados, los restos de los guerrilleros fueron colocados en ataúdes y enviados a La Habana. Allí los recibieron en una ceremonia discreta y emotiva, presidida por Fidel y Raúl Castro, juntamente con Aleida y sus hijos. El Che Guevara había regresado a su patria adoptiva a tiempo para el funeral de Estado organizado

para el trigésimo aniversario de su «última batalla.» En octubre, después de unas exequias en la Plaza de la Revolución, los ataúdes del Che y sus compañeros fueron llevados en una procesión de honor por carretera hasta Santa Clara. Allí fueron colocados en un mausoleo especial construido en las afueras de la ciudad que él había liberado cuarenta y un años antes. Un año después, en otra ceremonia en el mausoleo de Santa Clara, los restos de Tania y de algunos otros guerrilleros caídos, rescatados de sus tumbas anónimas en Bolivia, fueron sepultados al lado del Che.

La historia sigue dando sus vuelcos. El 14 de junio del 2006, el nuevo presidente de Bolivia, Evo Morales, asistió a un acto en La Higuera en conmemoración del 78.º cumpleaños del Che. Junto con él estaba el hijo del Che, Camilo Guevara, y los embajadores de Cuba y de Venezuela. El carismático presidente de Venezuela, Hugo Chávez, quien propugna una «revolución bolivariana» en America Latina, es también un devoto del Che. Con los recursos provenientes del petróleo venezolano, Chávez se ha convertido en el principal baluarte económico de Cuba, y ahora promete serlo de Bolivia también. Para algunos, la nueva alianza entre Fidel, Chávez y Evo Morales representa el renacimiento del viejo sueño del Che, de crear una «revolución continental» pero esta vez sin balas.

Durante su investidura como presidente, unos seis meses antes, Morales había calificado su victoria, y la lucha que tenía por delante, como «una continuación de la lucha del Che Guevara». No fue, al parecer, una invocación puramente retórica. En mayo, Morales nacionalizó de golpe los hidrocarburos de Bolivia y mandó tropas para ocupar las refinerías e instalaciones privadas y extranjeras. Algunas semanas después, en La Higuera, Morales pidió un minuto de silencio en memoria al Che, y dijo: «Jamás traicionaremos la lucha del Che Guevara, de Fidel, de Chávez, y esto lo decimos en el lugar en el que nuestro hermano mayor perdió la vida.» En una alusión a los Estados Unidos, agregó: «Hoy el imperio levanta armas contra los pueblos, y si lo hiciera contra Cuba o Venezuela o Bolivia, estamos dispuestos a poner nuestra propia sangre.»

En Vallegrande quedó una leyenda escrita en la pared de adobe de la oficina telefónica...: *Che, vivo como nunca te quisieron.* Esta frase describe acaso mejor que ninguna otra el verdadero legado del Che. Su poderosa presencia que trasciende el tiempo y el espacio sigue viva en la imaginación popular. Siempre juvenil, valiente, implacable y desafiante, con esa mirada intensa e indignada, el Che ha desafiado la muerte. Mientras sus amigos y camaradas más entrañables se marchitan con los años o sucumben al bienestar de una existencia que ya no da cabida a «la revolución», el Che permanece inalterable. Es inmortal porque otros lo quieren así, ejemplo solitario del Hombre Nuevo que vivió alguna vez y desafió a otros a seguirlo.

Pág. 108: En su libro *Mi amigo el Che*, publicado en 1968, Rojo relata la vida de Guevara y su amistad con él. Tal vez porque lo escribió con prisa para aprovechar la tan publicitada muerte del Che, el libro está repleto de errores.

Aparentemente, Rojo quiso describir una relación más estrecha de la que realmente existió, pero no es el único que trató de hallar un lugar entre las candilejas de la horda póstuma de amigos y conocidos. Lo cierto es que se conocieron, fueron amigos y por eso ciertos aspectos del libro de Rojo poseen valor histórico.

Rojo dice que, desde La Paz en adelante, viajó con Calica y Ernesto durante la mayor parte del trayecto. No es verdad. Se reunieron en Lima, Guayaquil, Costa Rica, Guatemala y México, pero viajaron siempre por separado. Más adelante visitaría al Che en Cuba varias veces.

Pág. 127: «Nota al margen» apareció en la edición de *Notas de viaje* publicadas años después por su viuda, Aleida March, aunque el Che le había dejado instrucciones precisas de quemar este y otros escritos juveniles en caso de su muerte. Afortunadamente, ella lo desobedeció. Cree que la persona enigmática descrita aquí puede ser un ser ficticio compuesto de varias personas que conoció durante su viaje, o bien un recurso literario empleado para evocar la escena de autorrevelación.

Alberto Granado no recuerda a nadie que coincida con esta descripción; aún le desconcierta que su amigo Fúser tuviera esos pensamientos mucho antes de revelar su aceptación del marxismo a sus amigos y familiares.

Pág. 148: De la corriente de Operación Éxito surgieron varios hombres cuyas trayectorias tendrán mucho que ver con la de Ernesto Guevara. Uno de ellos fue Daniel James. Como director y principal corresponsal en Latinoamérica del semanario anticomunista *New Leader*, James participó en la campaña periodística norteamericana contra Arbenz. A mediados de 1954 escribió el libro *Red Design for the Americas* en el que abogaba por el derrocamiento del gobierno de Arbenz. Según los autores del libro más fiable sobre el golpe, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guate-*

*mala*, los vehementes argumentos de James de que los comunistas controlaban el país resultaron «tan convincentes» que la CIA compró cientos de ejemplares para distribuirlos entre los periodistas norteamericanos y otros «formadores de opinión».

En 1968, James obtuvo los derechos exclusivos para publicar los documentos de la guerrilla boliviana del Che capturados por la CIA, incluso el diario de Guevara. Un año después publicó una biografía sumamente mordaz de Guevara.

Pág. 209: Según Aleida March, existen sólo dos ejemplares del diario del Che en la sierra de 1957-1959: el suyo y el de Fidel. Cuando el autor estaba en Cuba, se estaba «purgando» el diario de los nombres de funcionarios en activo que merecieron observaciones críticas u hostiles del Che, con la idea de publicarlo más adelante.

Pág. 230: El Che estudió un documento traído por los visitantes que esbozaba el programa ideológico del Movimiento 26 de Julio y que le causó una impresión moderadamente buena. En él, escribió, se planteaba «una serie de decretos revolucionarios bastante avanzados, aunque algunos tan líricos como el anuncio de que no se establecerán las relaciones diplomáticas con las dictaduras [latino]americanas».

Probablemente se refería a la edición más reciente de *Revolución*, el nuevo órgano clandestino del movimiento dirigido por Carlos Franqui, un ex comunista que trabajaba de periodista en La Habana y manejaba la propaganda clandestina del Movimiento 26 de Julio. En *Revolución* de febrero de 1957 aparecía un artículo titulado «La necesidad de la revolución», extracto de un borrador de panfleto llamado *Nuestra razón*. Franqui había encargado el borrador a Mario Llerena, un analista político, para que fuera el «Manifiesto-Programa» del Movimiento 26 de Julio.

El artículo describía la «Revolución» en los siguientes términos: «Un proceso histórico continuo... La Revolución lucha por la transformación completa de la vida cubana, por profundas modificaciones en el sistema de propiedad y por un cambio en las instituciones... De acuerdo con sus objetivos y como consecuencia de la realidad histórica, geográfica y sociológica de Cuba, la Revolución es democrática, nacionalista y socialista.»

Sin embargo, cuando apareció *Nuestra razón* unos meses después, Fidel se distanció de ella, sin duda para evitar cualquier pronunciamiento ideológico que pudiera enemistarlo con adherentes potenciales al 26 de Julio.

Pág. 284: En la carta a Daniel (publicada en el *Diario de la revolución cubana* de Carlos Franqui), el Che escribió: «Debido a mi formación ideológica, soy de los que creen que la solución de los problemas del mundo se encuentra detrás de la llamada cortina de hierro, y considero a este Movimiento como uno más de los que se inspiran en el deseo de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo. Siempre he visto en

Fidel a un auténtico dirigente de la burguesía izquierdista, aunque esta imagen es realzada por cualidades personales de un brillo extraordinario que lo elevan por encima de su clase. Inicié la lucha con ese espíritu: honestamente sin esperanzas de ir más allá de la liberación del país; plenamente dispuesto a partir cuando las condiciones de lucha posteriores giraran la acción del Movimiento hacia la derecha (hacia lo que representan todos ustedes). Pero nunca conté con un cambio drástico en sus ideas fundamentales para aceptar el Pacto de Miami. Parecía imposible y más adelante descubrí que lo era... Afortunadamente, la carta de Fidel llegó en el ínterin... y explicó cómo sucedió lo que podemos llamar una traición.»

En cuanto al problema de las provisiones, dijo, ni él ni Fidel recibían las necesarias con suficiente rapidez, de manera que tomaría sus propias medidas. Si su principal proveedor era un «personaje turbio», se creía perfectamente capaz de tratar con él sin correr riesgos. Subrayó que él no comprometía sus valores, como sí lo hicieron los que aceptaron el Pacto de Miami, donde «lo único que sucedió es que se ofreció un culo en lo que fue probablemente el acto de "sodomía" más detestable de la historia cubana. Mi nombre en la historia (que pienso ganarme por medio de mi conducta) no puede estar vinculado con ese crimen y por la presente dejo constancia de ello... Si esta carta le duele porque la considera injusta o porque se considera inocente del crimen y quiere decírmelo, bárbaro. Y si le duele tanto que corta las relaciones con esta parte de la revolución, tanto peor».

Cuatro días después, Daniel le respondió con una elocuente refutación; dijo que escribía para dejar «constancia de su integridad revolucionaria». En cuanto a no dar a conocer la carta, como pedía el Che, Daniel dijo que la había dado a leer al resto del Directorio; por consiguiente, la respuesta era de todos ellos. «No me interesa en lo más mínimo dónde me sitúa usted, ni siquiera trataré de hacerle cambiar su opinión personal sobre nosotros... Éste no es el momento de discutir "dónde se encuentra la salvación del mundo"... Nuestras diferencias fundamentales son que nos interesa llevar a los pueblos oprimidos de "nuestra América" gobiernos que respondan a sus anhelos de Libertad y Progreso... Queremos una América fuerte, dueña de su destino, una América que pueda mostrarse orgullosa frente a Estados Unidos, Rusia, China o cualquier otra potencia que trate de socavar su independencia política y económica. Por otra parte, los de su formación ideológica piensan que la solución de nuestros males consiste en liberarnos de la nociva dominación "yanqui" por medio de una no menos nociva dominación "soviética".»

Pág. 306: Al divulgar los detalles de la disputa entre la sierra y el llano en un artículo publicado poco antes de su partida de Cuba, el Che rompió el silencio sobre un asunto declarado oficialmente tabú desde el triunfo de la Revolución. Optó por pasar por alto el desacuerdo de Faustino Pérez con las decisiones de la cumbre de mayo y dejar la impresión de que esa brecha estaba definitivamente cerrada.

Debe recordarse que cuando el Che escribió su artículo, Faustino esta-

ba en su mismo «bando», era un miembro destacado de la dirección revolucionaria y sus antiguas diferencias habían perdido importancia, hasta el punto de que no era conveniente detenerse públicamente en ellas.

En su carrera posterior, además de las virtudes enumeradas por el Che, Faustino Pérez demostró que era un superviviente consumado. El antiguo opositor del caudillismo de Fidel se convirtió en uno de los grandes visires del fidelismo; el antiguo anticomunista ingresó en el Comité Central del Partido Comunista cubano inaugurado oficialmente por Fidel en 1965 y fue un miembro destacado del aparato hasta su muerte en 1993.

Pág. 316: En su carta, Fidel advirtió a Raúl: «Debemos considerar la posibilidad de que elementos de la dictadura, explotando este incidente, estén preparando un plan de agresión física contra ciudadanos norteamericanos; dada la situación sin salida de Batista, esto pondría en nuestra contra a la opinión pública internacional, que reaccionaría indignada a la noticia, por ejemplo, de que varios de esos norteamericanos fueron asesinados por los rebeldes. Es esencial declarar categóricamente que no utilizamos el sistema de rehenes, por mucho que se justifique nuestra indignación contra las actitudes políticas de cualquier gobierno... Debes tener en cuenta que en asuntos que pueden tener consecuencias gravosas para el Movimiento, no puedes actuar por tu propia iniciativa o ir más allá de ciertos límites sin consulta alguna. Además, eso daría la falsa impresión de anarquía total en los círculos internos de nuestro ejército» (Franqui, *Diario de la revolución cubana).*

Pág. 326: A fines de 1958, el Che ya había reclutado o conocía a la mayoría de sus futuros camaradas de guerrilla. Eliseo Reyes, luego llamado «Rolando», Carlos Coello, alias «Tuma», Orlando «Olo» Pantoja («Antonio») y Manuel Fernández Osorio, alias «Miguel», estuvieron con él en la marcha a Las Villas, lo mismo que su escolta Harry Villegas, «Pombo», y Leonardo Tamayo, «Urbano», en la Escuadra Suicida del Vaquerito. El tercer cubano superviviente de Bolivia, Dariel «Benigno» Alarcón Ramírez, y Antonio «Pinares» Sánchez estaban en la columna invasora de Camilo. José María «Papi» Martínez y Octavio de la Concepción Pedraja, «el Moro», estaban con Raúl en Oriente. Juan Vitalio Acuña, llamado «Joaquín» en Bolivia, estaba en la Sierra Maestra, donde Fidel lo había designado comandante. Tres futuros combatientes se unirían a la fuerza del Che en Escambray: Alberto «Pachungo» Fernández Montes de Oca, Gustavo «Alejandro» Machín de Hoed y Jesús «Rubio» Suárez Gayol.

Pág. 505: El programa de guerrillas para América Latina tuvo el apoyo de Fidel desde el comienzo. La agencia secreta conocida como «Departamento de Liberación» de Manuel «Barbarroja» Piñeiro fue creada como un viceministerio técnico dentro del flamante Ministerio del Interior de Ramiro Valdés. Dice Piñeiro: «Yo era responsable de las organizaciones de inteli-

gencia y de la Dirección Nacional de Liberación Nacional, que se ocupaba de América Latina y África.» En ese sentido, dice, tuvo «una relación activa e intensa con el Che» y participó en muchos cónclaves de madrugada con revolucionarios de todas partes del mundo. Se dice que Valdés se concentraba en el «contraespionaje» dirigido contra Estados Unidos, pero también tuvo «alguna participación» en la puesta en marcha de los proyectos guerrilleros. Evidentemente, el papel de Raúl era menos directo; según una pauta establecida desde el comienzo por Fidel, se le permitía escoger a los cuadros militares para sus operaciones. Pero el verdadero supervisor era el Che. «Desde el primer día, el Che estuvo a cargo del movimiento de liberación armado apoyado por Cuba», dijo una fuente del gobierno cubano con acceso a los archivos secretos correspondientes.

Pág. 577: En noviembre de 1962, Leonov reveló una vez más su don de cruzarse con personalidades históricas en vísperas de sucesos trascendentales al conocer a Lee Harvey Oswald. Éste se había presentado en la embajada soviética en Ciudad de México para hablar con un funcionario. Al ver que estaba armado y nervioso, decidió que era un «psicópata peligroso» y llamó rápidamente al personal de la embajada para que lo sacaran del lugar. Leonov dice que se quedó atónito cuando poco después lo reconoció como el hombre detenido en Dallas y acusado de asesinar al presidente de Estados Unidos. En una conversación sobre las diversas teorías en torno del asesinato de Kennedy, Leonov descartó la idea de que Oswald trabajara para el KGB: recordó esa conducta «psicótica» que había presenciado y añadió que en teoría, si es que la agencia soviética hubiera querido matar a Kennedy, jamás hubiera usado a un sujeto tan desequilibrado y difícil de controlar.

En 1993 el autor mantuvo tres conversaciones con Leonov en Moscú, en las que éste habló de distintos aspectos de su vida, su carrera en la inteligencia y sus relaciones con el Che Guevara y otras personalidades. Durante una sesión habló con pasión sobre la causa revolucionaria guatemalteca y el asesinato de varios «amigos» comunistas suyos por los escuadrones de la muerte. No entró en detalles sobre esa relación salvo para decir que había apoyado su causa. En su libro *El oro de Moscú,* publicado en 1995, el bien informado periodista argentino Isidoro Gilbert, ex corresponsal de la TASS, dice que Leonov ayudó activamente a la causa revolucionaria guatemalteca y sugiere que lo hizo en el marco de un proyecto clandestino el KGB que contaba con la aprobación del gobierno. Manuel Piñeiro dijo elípticamente al autor que Leonov «siempre se mostraba solidario con los combatientes revolucionarios latinoamericanos y la Revolución Cubana».

A juzgar por un memorándum que el jefe del KGB, Alexander Shelepin, envió a Jrushov el 29 de julio de 1961, y que salió a la luz recientemente, los soviéticos no veían con malos ojos las guerras de guerrillas en los países donde el partido comunista local estaba proscrito y a veces les prestaban su apoyo.

Según pasajes publicados en *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, de Zubok y Pleshakov, el memorándum de Shelepin proponía una serie de acciones clandestinas alrededor del mundo para distraer a Estados Unidos del enfrentamiento en Berlín. «Shelepin abogaba por medidas "para activar por los medios accesibles al KGB insurrecciones armadas contra gobiernos reaccionarios prooccidentales". Las acciones subversivas comenzaron en Nicaragua, donde el KGB planificó un motín armado por medio de un "frente interno de resistencia" coordinado con los cubanos de Castro y el Frente Revolucionario Sandino. Shelepin propuso utilizar "fondos del KGB además de los otros 10.000 dólares norteamericanos para comprar armas". El plan incluía la instigación de una insurrección armada en El Salvador y una rebelión en Guatemala, donde las fuerzas guerrilleras recibirían 15.000 dólares para comprar armas.» (Jrushov autorizó el plan y el Comité Central Soviético lo aprobó el 1 de agosto de 1961.)

Pág. 578: Poco después de la visita del Che a Moscú, Rudolf Shlyapnikov viajó a Cuba para ocupar un puesto en la embajada soviética como oficial a cargo del millar de «voluntarios» del Komsomol soviético en Cuba. En febrero de 1968 fue expulsado de Cuba juntamente con otros agentes soviéticos acusados de conspirar con el recalcitrante Aníbal Escalante y otros «viejos comunistas» descontentos para socavar la autoridad revolucionaria de Fidel. Escalante fue condenado a quince años de prisión. Desde su puesto en la embajada en La Habana, Oleg Darushenkov ascendió rápidamente en la jerarquía partidaria hasta convertirse en jefe del departamento Cuba del Comité Central. Durante la década de 1980 fue embajador en México. Después de la caída del comunismo en la Unión Soviética, renunció y se instaló en México con un puesto de ejecutivo en la gran empresa Televisa. (El último puesto diplomático de Shlyapnikov, de cónsul soviético en Veracruz, México, coincidió con el de Darushenkov como embajador.)

Se considera que estos hombres representaban la línea soviética antiguevarista. Aleida March, la viuda del Che, cree que Oleg Darushenkov era un «agente infiltrado» y aún hoy se enfurece al recordar que después de su muerte, cuando fue a la casa a presentar sus condolencias, le dijo a boca de jarro: «¿Por qué fue a Bolivia si era extranjero?» Ofendida, Aleida recordó el precedente del general dominicano Máximo Gómez, que había combatido en la guerra de independencia cubana contra España. Por último, le increpó, cómo se atrevía a hacer semejante pregunta en «esta casa», la del Che.

Borrego, que conoció bien a Darushenkov, coincide con el juicio de Aleida: lo describe como un sujeto inteligente, capaz y sumamente ambicioso a la vez que «perverso», que hablaba mal de las personas y hacía comentarios malignos en una forma tal que sugerían una doble intención.

Pág. 586: Según Aleida March, entre los presentes en la habitación estaba Jonas Savimbi, joven dirigente de la resistencia angoleña. Más adelante, fundaría la guerrilla UNITA con ayuda china. Cuando Cuba dio su apoyo a

la guerrilla del MPLA, Savimbi buscó apoyo en Occidente. Pero en la batalla multilateral contra los portugueses que logró la independencia del país en 1974, se impuso el MPLA, que conquistó el poder e instauró un régimen marxista. Savimbi continuó haciéndole la guerra con apoyo militar sudafricano y de la CIA. En la década de 1980, el UNITA tenía lujosas oficinas en Washington, y el presidente Ronald Reagan calificó a su jefe de «combatiente por la libertad» contra el comunismo en la mejor tradición occidental. En 1992, Savimbi participó en un alto el fuego bajo mediación internacional y se presentó luego a las elecciones nacionales, en las que perdió. A continuación reanudó la guerra, en la que murieron cientos de miles de angoleños y buena parte del país quedó destruido. Finalmente, en febrero de 2002, Savimbi fue rodeado y murió en combate con las tropas del gobierno. Fue el principio del fin de la sangrienta guerra civil angoleña. A las pocas semanas de su muerte, UNITA y el gobierno del MPLA firmaron un alto el fuego, y en agosto de 2002, con la decisión de UNITA de convertirse en un partido político, el ejército guerrillero de Savimbi se desmovilizó, poniendo fin al conflicto. Desde entonces, Angola ha estado oficialmente en paz.

Pág. 590: Ésos no eran los únicos problemas de Fidel con los chinos. A fines de 1964, durante la ausencia del Che (cuando la cosecha de arroz se redujo drásticamente debido a la incompetencia revolucionaria y se presentó un problema grave de desabastecimiento) China aumentó sus exportaciones de arroz a la isla a petición de Fidel, pero a cambio de un trueque por azúcar muy ventajoso para Pekín. El hecho de haber tenido que firmar el acuerdo en la embajada sin duda mortificó a Fidel y le dolió durante mucho tiempo. El desaire, sumado a la injuriosa campaña de propaganda china en La Habana, provocó un aumento de la tensión. En un discurso en marzo de 1965, advirtió implícitamente a la embajada china que debía abandonar el «proselitismo», pero los panfletos continuaron circulando, y en septiembre de ese año visitó al embajador para exigir explicaciones. No las hubo, pero en diciembre los chinos suspendieron los envíos de arroz a Cuba. En febrero de 1966, Fidel divulgó el asunto y denunció la «insolencia» de los chinos. Un mes después, fustigó enérgicamente al gobierno comunista chino, al que calificó de «monárquico», e insinuó que su líder –Mao– era senil. Los dos países conservaron sus embajadas, pero las relaciones se redujeron prácticamente a cero y no mejoraron en la década de los setenta, cuando Cuba se alineó totalmente con los soviéticos. El asunto es tratado en detalle por Maurice Halperin en *The Taming of Fidel Castro.*

Pág. 596: Además de los poemas grabados, el Che le dejó un poema escrito por él. Aleida dice que jamás lo divulgará: «Es mío. El mundo podrá leerlo después de que yo muera.» Siempre ha ocultado los detalles de su vida con el Che con un celo casi obsesivo. Aliusha, su hija mayor, dice que fue el temor de perderla, cuando se preparaba para seguir las huellas de su padre al

presentarse para tareas internacionalistas como médico en Nicaragua, lo que hizo que su madre se sincerara un poco. Aleida le leyó una carta de amor del Che que guardaba bajo llave en un escritorio especial de la casa. Y cuando estaba en Nicaragua, le envió una copia de los poemas grabados.

Además de la carta «pública» de despedida a sus hijos, el Che les envió postales desde África y una grabación en las que les expresó su amor de padre. «El Che era machista, como la mayoría de los latinos», dice Aleida con un afectuoso tono de reprensión. En la carta a Camilo y Ernesto dijo que a fines de siglo –si estaba vivo y si «aún existía» el imperialismo– lo combatirían juntos o si no, se irían «juntos a la Luna en una nave espacial». En otra carta a las niñas les pidió que cuidaran a sus hermanos, en especial a Camilo, a quien debían inculcar que no debía decir palabrotas.

A mediados del 2006, Aleida estaba revisando sus memorias, y se supone que la versión publicada incluirá algunas de las cartas y los poemas que el Che le dejó, incluyendo, quizás, el último.

Pág. 605: *La duda* es un cuento corto, sin fecha, que trata de una meditación del Che sobre la creencia de los congoleños en el dawa, o brujería. El otro, *La piedra,* tampoco está fechado, pero al parecer fue escrito después de que Osmany Cienfuegos le comunicara la noticia de que Celia madre estaba agonizando. El relato es un reflexión muy sentida en donde el Che explora sus sentimientos hacia su madre, y también sobre la idea de la muerte. Así comienza: «Me lo dijo como se deben decir estas cosas a un hombre fuerte, a un responsable, y lo agradecí. No me mintió preocupación o dolor y traté de no mostrar ni uno ni el otro. ¡Fue tan simple! Además, había que esperar la confirmación para estar oficialmente triste. Me pregunté si podía llorar un poquito. No, no debía ser, porque el jefe es impersonal; no es que se le niegue al derecho a sentir, simplemente, no debe mostrar que siente lo de él; lo de sus soldados, tal vez.»

El resto del relato gira en torno a las pequeñas cosas imprescindibles que el Che llevaba consigo siempre: la pipa para fumar tabaco, la fosforera, sus libretas de apuntes y sus plumas, el vaporizador para el asma. El título tiene que ver con una piedrecita que pertenecía a un llavero que le había regalado su madre. La piedra se había despegado del llavero, y el Che la llevaba ahora, suelta, en el bolsillo.

Habla además de un pañuelo de gasa que le había regalado Aleida antes de partir, y escribe: «... Me lo dio ella por si me herían en el brazo, sería un cabestrillo amoroso. La dificultad estaba en usarlo si me partían el carapacho. En realidad había una solución fácil, que me lo pusiera en la cabeza para aguantarme la quijada y me iría con él a la tumba. Leal hasta la muerte. Si quedaba tendido en el monte o me recogían los otros no habría pañuelito de gasa; me descompondría entre las hierbas o me exhibirían y tal vez saldría en el *Life* con una mirada agónica y desesperada fija en el instante del supremo miedo. Porque se tiene miedo, a que negarlo.»

Pág. 624: En notas inéditas fechadas el 21 de noviembre de 1965 en su diario, partes del cual el autor pudo conocer en Cuba, Pombo escribió sobre algunos problemas omitidos por el Che en su crónica.

«Después de tomar la decisión de retirarnos de ese lugar y volver al país vecino de Tanzania, empezaron a aparecer discrepancias entre Tatú y otros altos dirigentes del partido designado para colaborar con él en el ejercicio de un deber tan difícil (Tembo, Siki, Uta, Karim).

»La raíz fundamental de las divergencias antes mencionadas está en la actitud de los compañeros hacia la realidad en la que nos encontramos, su escasa comprensión de la actitud asumida por Tatú [Che] frente a la situación sobre el terreno debido a que no confiaban en él como dirigente nacional de nuestra revolución y como dirigente de nuestro destacamento designado para combatir en esas tierras lejanas.

»Pensaban que Tatú era caprichoso en su decisión de permanecer ahí y que no había podido apreciar el hecho de que no existían las condiciones subjetivas para llevar a cabo la revolución; que aunque la insurrección triunfara, la revolución [congoleña] no tenía dirigentes para llevarla adelante porque eran todos seudorrevolucionarios, sin principios e incluso se podría decir que tenían poca moral.

»Pero la realidad es que Tatú era consciente de eso, era consciente de la imposibilidad de llevar a cabo una revolución social; nos lo había dicho a todos salvo a Siki [Fernández Mell] y a Tembo [Aragonés] que no estaban presentes porque estaban en la base, donde no fue enviada». (Pombo se refiere al "Mensaje a los combatientes", del 12 de agosto.)

»Yo dije personalmente que su posición de sacrificio se debía a su convicción de que el retiro de los cubanos debía ser una decisión que debía venir del gobierno cubano... [y] que nunca debíamos [suplicar o] clamar para que nos autorizaran a retirarnos...»

Pág. 629: Cuando se fue con el Che al Congo, Pombo dejó a su mujer, con quien se había casado tres años antes y a su hijito Harry. La esposa de Pombo, Cristina Campuzano, había sido secretaria del Che en los inicios de la «industrialización» y era amiga tanto de Hilda Gadea como de Aleida. En esa época, las familias de los hombres del Che estaban muy unidas: Tuma fue el padrino de la boda de Pombo y Cristina.

Eran tiempos «durísimos» para las mujeres, dice Cristina, porque veían muy poco a sus esposos. «En Cuba estaban con el Che a cualquier hora, y después se fueron al Congo y después a Bolivia.» Es lógico que las familias formaran un grupo muy estrecho. Cuando los esposos se fueron con el Che, se las «retiró» de la luz pública por razones de seguridad. Varias familias llevaban una vida semicomunitaria en un complejo de apartamentos en Miramar. En determinado momento, Cristina, como Aleida, debía reunirse con Pombo en Europa y se le dio una «leyenda» para estudiar. En ese momento Pombo estaba oculto en la embajada cubana en París.

Cuando Pombo se fue a Bolivia, le dijeron a Cristina –nuevamente,

como a Aleida– que podría ir allá «cuando las condiciones fueran adecuadas». Sin embargo, no había realizado instrucción militar; Pombo decía que su hijo Harry era demasiado pequeño para dejarlo y que no debían venir hasta que el «terreno estuviera asegurado».

Papi tenía esposa y un hijo pequeño. Tuma no tenía hijos, pero cuando volvió a Cuba desde Praga, dejó embarazada a su esposa; no llegaría a conocer a su hijo, nacido después de su partida a Bolivia.

Pág. 633: No existe un informe oficial detallado sobre los movimientos, las reuniones y el paradero del Che entre su partida del Congo y su reaparición en Cuba. El autor basó esta parte del libro en las fuentes más fiables a su alcance: su viuda Aleida March; el general Harry Villegas, alias «Pombo»; Manuel «Barbarroja» Piñeiro; el agente de inteligencia y diplomático cubano Juan Carretero, alias «Ariel»; y Oscar de Cárdenas, el segundo de Ulises Estrada en el departamento africano de la inteligencia cubana en la época en que el Che partió del Congo. Todos coinciden en que el Che fue de Tanzania a Praga y de allí a La Habana.

Sin embargo, hay otras versiones. Mario Monje, ex secretario del Partido Comunista Boliviano, dijo al autor que se enteró, por fuentes que se negó a identificar, de que el Che fue de Tanzania a la República Democrática Alemana, donde vivió «bajo la protección de los servicios de inteligencia alemanes».

Otra fuente cubana bien informada indicó que posiblemente el Che pasó «algún tiempo» en la República Democrática Alemana durante su permanencia en la clandestinidad, pero que esto sucedió después de su regreso secreto a Cuba, en viaje a Bolivia en el otoño de 1967. La fuente agregó que Aleida «tal vez» lo visitó allá. Si es verdad, hasta ahora ni Aleida ni el gobierno cubano están dispuestos a reconocerlo. (Hay un indicio de su presencia en la República Democrática Alemana, proporcionado por el Che en el momento de su captura. El primero de sus dos diarios bolivianos, iniciado en noviembre de 1966, está fabricado en la Alemania Oriental.)

Su viuda Aleida March dijo al autor que se reunió con el Che clandestinamente en tres ocasiones. La primera fue en enero-febrero de 1966 en Tanzania; la segunda, en Praga antes de su regreso a Cuba a mediados de 1966; se excusó de dar detalles sobre la tercera.

A este mosaico complejo de cronologías se suma la crónica de los biógrafos «oficiales» del Che en Cuba, el ex agente del Ministerio del Interior Froilán González y su esposa Adys Cupull, a quienes el ministerio facilitó los pasaportes falsos presuntamente utilizados por el Che en sus viajes a partir de su desaparición pública en abril de 1965.

Según ellos, el Che partió de Tanzania el 28 de diciembre de 1965 hacia un país no revelado de Europa Oriental donde permaneció hasta el 14 de julio de 1966; de allí viajó a Praga. Entre el 19 y el 20 de julio viajó de Praga a Viena, Ginebra, Zurich, Moscú y La Habana.

Pero Ariel, el segundo de Manuel Piñeiro, dijo al autor: «Los distintos

pasaportes en poder de la inteligencia cubana con sellos de distintos países no significan nada. Se le hubieran preparado varias leyendas [identidades e itinerarios clandestinos] y los sellos los hubiéramos colocado aquí en Cuba.»

Cuando el Che partió de Tanzania a Praga, Ariel difundía «desinformación» sobre él para confundir y despistar a los servicios de inteligencia occidentales.

Manuel Piñeiro confirmó que el Che no permaneció en Praga. En determinado momento viajó a París para poner a prueba su «leyenda» del momento.

Pág. 639: Según las fuentes cubanas del autor, Régis Debray y Tania integraban la red de inteligencia manejada por Manuel «Barbarroja» Piñeiro. Los encargados de Debray eran Ulises Estrada y Juan Carretero («Ariel»), quienes ponían en ejecución los proyectos guerrilleros de Cuba. Estas fuentes dicen que Debray empezó a participar en el proyecto cuando llegó a La Habana en 1961 como estudiante de posgrado de filosofía. Su «tapadera» de periodista francés para el viaje a Bolivia era legítima y útil, porque escribía notas sobre América Latina para el editor Maspero. Pero también era correo clandestino de «Barbarroja». Se dice que los cubanos lo consideraban más útil como propagandista y correo clandestino que como teórico y aliado en el nivel de mando.

Pág. 652: En estas notas inéditas, el Che atenuó sus críticas de Lenin al señalar que sus errores no lo convertían en «enemigo», y que escribía sus observaciones «en el espíritu de la crítica marxista revolucionaria» con el fin de «modernizar el marxismo» y rectificar sus «caminos equivocados» para ayudar a los países subdesarrollados que «luchaban por la libertad». Al anticiparse a los ataques de los que sería objeto por parte de otros socialistas si se publicaba su trabajo, señaló: «Algunos dirán que estos escritos son contrarrevolucionarios o reformistas.» Por eso, subrayó, debía elaborar bien sus argumentos y basarlos en fundamentos irrefutables.

Algunas observaciones anotadas en el margen del manual soviético son tan irreverentes como su observación sobre Lenin. Un pasaje sostenía: «El socialismo no siempre es alcanzado por medio de la violencia, como lo demuestran los Estados socialistas de Europa Oriental donde el cambio se produjo por medios pacíficos.» El Che dejó constancia de su incredulidad con esta nota al margen: «¿Qué hacía el ejército soviético, se rascaba las bolas?»

En La Habana, el 14 de junio de 2006, con ocasión del 78.º cumpleaños del Che, se publicó finalmente un libro, *Apuntes críticos a la economía política*, que incluía extractos de sus notas inéditas.

Pág. 655: Con respecto a la expedición boliviana, una fuente cubana dijo: «El Che no estaba al *mando* de la situación en la que fue insertado. Era el "Departamento de las Américas" [nombre elegido para el "Departamento de la Liberación" de Piñeiro cuando fue reestructurado] el que estu-

diaba las condiciones para la revolución en otros países y hacía las recomendaciones a Fidel.»

Parece que la gente de Piñeiro se extralimitó al asegurarle a Fidel que las condiciones eran adecuadas para que el Che fuera a Bolivia. En privado, muchos íntimos del Che en Cuba aún echan la culpa a Piñeiro y sus hombres por «joder las cosas» en Bolivia. Pocos insinúan que hubiera traición; más bien la incompetencia y la «guapería» –la soberbia– provocaron la cadena de errores múltiples que caracterizó la operación boliviana.

La mayoría de los supervivientes coinciden en que uno de los «errores» fue la decisión de retirar a «Renán» o «Iván» –el agente Renán Montero– de La Paz cuando la existencia del grupo salió prematuramente a la luz en marzo de 1967. Así, la pequeña célula urbana de Loyola Guzmán, Humberto Vázquez Viaña, Rodolfo Saldaña y otros perdió su único medio de comunicación tanto con La Habana como con los guerrilleros en el terreno. En efecto, hacia el verano de 1967, la operación guerrillera del Che en Bolivia estaba fragmentada en cuatro grupos sin comunicación entre ellos: el grupo del Che, aislado y en fuga, sin contacto con La Habana ni la ciudad; el grupo de Joaquín, separado de la columna del Che y del exterior; el grupo urbano, que no tenía la menor idea de lo que sucedía en ninguna parte; por último, la misma Cuba, donde el aparato de seguridad no podía hacer otra cosa que seguir los sucesos por medio de los informes de prensa.

¿Por qué retiraron a Renán en ese momento crucial? El autor ha dicho en otra obra que Piñeiro lo hizo, según él, para renovar sus documentos y verificar su fachada. Pero Loyola Guzmán, que se reunió varias veces con Renán en 1967, tuvo la impresión en su último encuentro de que estaba «muy asustado». Ariel dice que Renán estaba «muy enfermo». Preparaban a un reemplazante, pero los sucesos en Bolivia desbarataron ese plan: cuando el otro agente estuvo listo para partir, ya era tarde. Sin embargo, Loyola tiene algunas dudas. Envió dos cartas a La Habana por medio de mensajeros, en las que insistió en la necesidad de reemplazar urgentemente a Renán. Por el diario publicado del Che supo que las cartas habían llegado a destino porque en agosto él escribió que había recibido un mensaje cifrado de La Habana que en lo esencial reproducía esas cartas y avisaba que el reemplazante estaba en camino. «¿Cómo es posible que recibieran mi carta y la retransmitieran al Che, pero no tomaran medidas?»

A finales de agosto, Loyola Guzmán y sus compañeros en la ciudad resolvieron que ella fuera a La Habana a explicar el dilema. Antes de hacerlo, recibió un mensaje de que el partido estaba reevaluando su posición y estaba dispuesto a reunirse con ella en Cochabamba. Antes de partir, tuvo la impresión de que la vigilaban. Se lo dijo a Humberto Vázquez Viaña, quien hizo una prueba para saber si era cierto. Durante todo un día viajó por la ciudad, de autobús en autobús, seguida por Humberto a una distancia discreta. Al final del día pudo confirmarlo. La seguían.

La detuvieron unos días después.

En cuanto a las acusaciones contra él y sus agentes, Piñeiro sostiene con

vehemencia que su preocupación mayor era la supervivencia y el triunfo final del Che, y que cualquier insinuación de lo contrario es «repugnante».

Pág. 681: Entre sus amigos y compañeros en Cuba se reconoce *off the record* que la operación boliviana del Che fue una catástrofe del principio al fin. Dicen que el Che nunca tuvo el apoyo de los campesinos, que los guerrilleros cubanos y bolivianos nunca tuvieron buenas relaciones y que el Che, mayor y más débil que en la sierra, era reticente a tomar medidas contra los elementos flojos en sus filas. Según un funcionario cubano: «Al final, esta humanidad le costó caro, porque un hombre inferior hubiera realizado algunas ejecuciones, pero el Che no lo hizo; no quería asustar a la gente; quería que la gente se uniera a él y sabía que, al fin y al cabo, era extranjero.»

Por su parte, Manuel Piñeiro defiende las operaciones del Che en el Congo y Bolivia, las llama «hazañas heroicas» y en cuanto a si sus últimas batallas fueron derrotas, cita la frase de Fidel: «Yo siempre digo que el triunfo o la derrota no determinan si una política es correcta.»

Pág. 686: En su relato del encuentro, el autor utilizó pasajes de las notas de Selich sobre su conversación con el Che. El siguiente pasaje no estaba incluido:

> SELICH: ¿Cuál cree usted es la razón de su fracaso? Yo creo que fue la falta de apoyo de los campesinos.
>
> CHE: Puede haber algo de cierto, pero la verdad es que se debe a la organización eficaz del partido político de Barrientos, es decir, sus corregidores y alcaldes políticos que se encargaron de avisar al ejército sobre nuestros movimientos.

Las notas de Selich terminan abruptamente con una pregunta sin respuesta que le hizo a Guevara: «¿Por qué no pudo reclutar más elementos nacionales [bolivianos] como los campesinos de la zona?»

# NOTAS SOBRE LAS FUENTES*

## PRIMERA PARTE: UNA JUVENTUD INQUIETA

### *Trabajo de campo y entrevistas*

Para investigar la infancia y la historia familiar del Che, pasé tres meses en la Argentina en 1994, y durante buena parte de ese tiempo viajé con su amigo Alberto Granado. Roberto y Celia Guevara me ayudaron muchísimo con sus aclaraciones sobre la historia de la familia y sus reflexiones sobre su hermano el Che. Julia Constenla de Giussani, amiga de Celia Guevara de la Serna, me reveló la «verdadera» fecha de nacimiento. Ana María Erra, la segunda esposa de Ernesto Guevara Lynch, me ayudó con detalles sobre la historia de la familia Guevara.

Alberto Granado y yo viajamos juntos a Misiones y hallamos el lugar donde se encontraba el hogar de los Guevara en Puerto Caraguataí. Entrevistamos a varias personas que recordaban a los padres del Che, como Gertrudis Kraft y Johann Fahraven. Emiliano Rejala, el doctor Oscar Darú y Leonor y Epifanio Acosta me ayudaron a conocer la historia local.

Viajé con Alberto Granado y «Calica» Ferrer a Alta Gracia y Córdoba; Carlos Figueroa nos alojó en la vieja casa familiar de la calle Avellaneda, Alta Gracia, a pocas manzanas de las casas de los Guevara, Villa Chichita y Villa Nydia.

Escuché sus conversaciones que me transportaron al pasado; además me presentaron a otros amigos y conocidos de la infancia de Guevara: Rodolfo Ruarte, Sarah Muñoz, Enrique Martín, Paco Fernández, Carlos Barceló, Mario y Chicho Salduna, Blanca de Alboñoroz, Juan y Nelly Bustos, José Manuel Peña, Alberto Ferrer y Ofelia Moyano. Además conocí a Rosario González de López, la casera de los Guevara, y a Elba Rossi, la maestra de Ernesto en el tercer grado de la Escuela Liniers.

En Córdoba y Buenos Aires entrevisté a varios de sus condiscípulos en el Deán Funes, entre ellos Raúl Melivosky, Oscar Stemmelin, Roberto «Beto» Ahumada, Osvaldo Bidinosd, Carlos López Villagra, Jorge Iskaro y

* Para ampliar la lista de fuentes, véase la bibliografía.

José María Roque. Entre sus amigos de la adolescencia, Miriam Urrutia, Nora Feigin, Betty Feigin (viuda de Gustavo Roca), Tatiana Quiroga de Roca, Jaime «Jimmy» Roca, Carlos Lino y «Chacho» Ferrer. En España entrevisté a Carmen González-Aguilar y su hermano Pepe. En Cuba, Fernando Barral me dio sus recuerdos.

En Rosario, Alberto Granado y yo recibimos ayuda del periodista de *Página 12* Reynaldo Sietecase, un estudioso del Che, y juntos exploramos el lugar donde pasó su primer mes de vida. La prima de Granado, Naty López, recordó el día en que Alberto y el Che, entonces llamados «Mial» y «Fúser», atravesaron el pueblo en *La Poderosa* en su «fuga hacia el norte».

Con respecto a los años de Guevara en Buenos Aires y los de vagabundeo, hablé con Ricardo Rojo, Carlos Infante, el doctor Emilio Levine, Fernando Chávez, Adalberto Bengolea, Nelly Benbibre de Castro, Andro Herrero, Anita García, viuda de Gualo García, y Mario Saravia. Alberto Granado y Calica Ferrer me hablaron largamente de sus viajes con Ernesto.

Para el período guatemalteco y mexicano, tuve gran ayuda del periodista Phil Gunson, quien concertó todas las entrevistas; algunas las realizó él mismo. Entre los entrevistados estuvieron Ricardo Romero, Edelberto Torres hijo, Antonio del Conde («El Cuate»), Yuri Paporov, Alfonso Bauer Paiz, Fernando Gutiérrez Barrios, doctor David Mitrani, doctor José Montes Montes, doctor Baltasar Rodríguez y otros. Entrevisté a Nikolái Leonov en tres ocasiones en Moscú y a Myrna Torres en La Habana.

*Fuentes principales*

Sobre la infancia y juventud del Che consulté *Mi hijo el Che*, las memorias de su padre Ernesto Guevara Lynch. De ahí provienen los pasajes del primer viaje del Che por la Argentina, en 1951. El cuento «Angustia», que escribió en 1950 mientras navegaba, fue publicado en el suplemento «Primer plano» del diario argentino *Página 12* en 1992. Sobre los viajes de 1951-1952 con Alberto Granado, consulté el libro de éste, *En viaje con el Che por Sudamérica* y las *Notas de viaje* del Che, publicadas en inglés bajo el título *The Motorcycle Diaries*. Utilicé largos pasajes de *Ernestito, vivo y presente*, el libro de testimonios orales sobre la vida del Che de 1928 a 1953, recopilado por los historiadores cubanos Froilán González y Adys Cupull. Su cronología de la vida del Che, *Un hombre bravo*, sirvió como referencia para este y otros períodos. Asimismo, *El Che y los argentinos* de Claudia Korol y *Testimonios sobre el Che*, compilado por Mirta Rodríguez. Las citas de Dolores Moyano están tomadas de un artículo que escribió para *The New York Times* en 1968.

La viuda del Che, Aleida March, me permitió leer la colección completa del «diccionario filosófico» del Che basado en sus lecturas de filosofía, religión, mitología y psicología entre los diecisiete y veintiocho años y su «índice literario» de la misma época.

El relato de la vida del Che desde su partida de la Argentina a mediados de 1953 hasta el encuentro con Fidel Castro en México se basa en bue-

na medida en su diario inédito *Otra vez*, que pude leer gracias a Aleida March. Asimismo, en *Aquí va un soldado de las Américas*, las cartas a su familia recopiladas por su padre. Fernando Barral me dio a leer un original del mismo libro con cartas excluidas de la versión publicada.

Calica Ferrer me dio copias de las cartas a su familia escritas mientras viajaba con el Che en 1953. Anita de García me dio a leer las cartas de su difunto esposo Gualo y Andro Herrero me permitió leer pasajes de su diario íntimo, además de las cartas que recibió de Ernesto Guevara, Gualo García, Oscar Valdovinos y Ricardo Rojo cuando lo dejaron en Guayaquil y partieron hacia Guatemala.

Pude leer materiales originales de la vida del Che desde su infancia hasta su estancia en Ciudad de México –incluso cartas familiares inéditas y escritos de juventud– en los Archivos Históricos del Consejo de Estado cubano con permiso de su director, Pedro Álvarez Tabío. Heberto Norman Acosta, especialista en la historia del Movimiento 26 de Julio en el «exilio» antes del *Granma*, me permitió leer una versión censurada del interrogatorio del Che por la policía mexicana y otros materiales. Lionel Martin me prestó el ejemplar del difunto Harold White de la antología marxista que el joven Ernesto Guevara le ayudó a traducir en Guatemala.

Recurrí al libro de Hilda Gadea, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara*, para su versión de la relación entre ambos; esta obra contiene breves testimonios de Myrna Torres, Harold White, Lucila Velázquez, Juan Juarbe y Juarbe y Laura Meneses de Albizu Campos, entre otras personas.

Los *Recuerdos de la guerra revolucionaria cubana* del Che relatan también la época en México y Guatemala. El 17 de octubre de 1967, el diario del Partido Comunista cubano, *Granma*, dedicó una edición especial al Che después de su muerte; de aquí tomé varias citas, incluidos los recuerdos de Mario Dalmau y otras personas. La institución cultural cubana Casa de las Américas dedicó varias ediciones especiales al Che; las citas de Alfonso Bauer Paiz sobre el período de Guatemala y México están tomadas de ahí. Phil Gunson encontró artículos sobre los revolucionarios cubanos en los archivos de prensa mexicanos de 1956-1957.

La biografía de Tad Szulc, *Fidel: A Critical Portrait* y *Cuba: The Pursuit of Freedom* de Hugh Thomas son fuentes valiosas de consulta sobre ese período. Lionel Martin me proporcionó un verdadero tesoro de fichas de su archivo personal que incluyen citas de una serie de entrevistas realizadas en la década de 1960, cuando pensaba escribir una biografía del Che Guevara.

## SEGUNDA PARTE: LA GESTACIÓN DEL CHE

### *Trabajo de campo y entrevistas*

En Cuba entrevisté a varias personas que combatieron con el Che en la Sierra Maestra, entre ellas Harry Villegas («Pombo»), Ricardo Martínez,

Jorge Enrique Mendoza, Dariel Alarcón Ramírez («Benigno») y Oscar Fernández Mell.

Aleida March, Lolita Rossell, Miguel Ángel Duque de Estrada y Orlando Borrego me dieron a conocer detalles del período en el Escambray, la batalla de Santa Clara y la marcha sobre La Habana.

*Fuentes principales*

El relato de la segunda parte se basa principalmente en el *Diario de un combatiente*, trabajo inédito del Che que su viuda me permitió leer. También utilicé su crónica *Pasajes de la guerra revolucionaria cubana*, tanto la versión española como la inglesa.

*Cuba* de Hugh Thomas, *Fidel: A Critical Portrait* de Tad Szulc, *The Early Fidel* de Lionel Martin, *Diary of the Cuban Revolution* de Carlos Franqui y *Fidel Castro* de Robert Quirk son todas valiosas obras de referencia que utilicé largamente. Asimismo, *Los que luchan y los que lloran* de Jorge Ricardo Masetti, *M-26: Biography of Revolution* de Robert Taber, *The Cuba Story* de Herbert Matthews y *Diarios inéditos de la guerrilla cubana* de Heinz Dieterich. Para la correspondencia entre los rebeldes y las cartas del Che de ese período utilicé el *Diario* de Franqui, *Mi hijo el Che* de Guevara Lynch y la recopilación de informes, memorandos y despachos del ejército cubano y el 26 de Julio realizada por la Casa de las Américas. Utilicé también *Descamisado* de Enrique Acevedo y los libros autobiográficos sobre la guerra en la sierra del comandante cubano Juan Almeida.

El historiador cubano Andrés Castillo Bernal me facilitó su original inédito sobre la guerra, producto de una profunda investigación, y también recurrí a las historias orales *Ellos lucharon con el Che, Los doce, Testimonios sobre el Che* y *Entre nosotros.*

TERCERA PARTE: HACIA EL HOMBRE NUEVO

*Trabajo de campo y entrevistas*

Realicé entrevistas con Orlando Borrego, Alfredo Menéndez y Oscar Fernández Mell sobre el período de La Cabaña posterior a la victoria y los primeros tiempos de la revolución. Aleida March, Alberto Castellanos, Enrique Viltres, el coronel Ricardo Martínez y Nicolás Quintana también aclararon aspectos de esta época.

El doctor Salvador Vilaseca y Alfredo Menéndez relataron el viaje del Che a los países no alineados en 1959. Con respecto al trabajo del Che en el Banco Nacional, el Ministerio de Industrias y el Directorio de Planificación Central recibí ayuda de Aleida March, Orlando Borrego, el doctor Salvador Vilaseca, Regino Boti, Nicolás Quintana, Néstor Laverne, Tirso Sáenz, Juan Gravalosa y Cristina Campuzano. Ángel Arcos Vergnes y otras

personas enteradas me relataron los hechos. Acerca del viaje del Che a Punta del Este en 1961, Julia Constenla, Ricardo Rojo, Roberto Guevara y Carlos Figueroa me brindaron sus recuerdos.

En tres viajes a Moscú entrevisté a varios ex funcionarios soviéticos sobre la relación cubano-soviética y las negociaciones del Che con Moscú. Alexander Alexeiev, Giorgi Kornienko, Sergo Mikoyán, Nikolái Leonov, Yuri Paporov y otros hablaron del papel crucial del Che para establecer lazos entre Cuba y la Unión Soviética.

Entrevisté a Yuri Pevtsov, Vladimir Bondarchuk, Timur Gaidar, Feder Burlatsky, Nikolái Metutsov, Kiva Maidanek, Yuri Krasin, Yvgeny Kosarev, Marat Muknachov, Vitali Korionov, Rudolf Shlyapnikov y los ex generales soviéticos Gribkov y Garbus.

Los relatos más exhaustivos de los años cubanos del Che en todos sus aspectos, tanto públicos como privados, fueron los de su viuda Aleida March y su amigo Orlando Borrego. También obtuve detalles de Lolita Rossell, Sofía Gato, las hijas del Che, Hilda Guevara, quien murió poco después, y Aliusha Guevara; Alberto Granado, Fernando Barral, Pepe Aguilar, Harry Villegas y Alberto Castellanos. En cuanto a las relaciones con su familia en Argentina, Aleida March, Ana María Erra y María Elena Duarte fueron valiosas fuentes de información.

Para documentarme sobre las actividades guerrilleras del Che consulté con distintas personas en Moscú, La Habana, Argentina, Paraguay, Bolivia, España y Suecia. Entre ellas están Aleida March, Orlando Borrego, Manuel Piñeiro, Juan Carretero («Ariel»), Oscar de Cárdenas, Regino Boti, general Harry Villegas («Pombo»), Dariel Alarcón Ramírez («Benigno»), Alberto Castellanos, Ricardo Gadea, Rodolfo Saldaña, Ciro Roberto Bustos, Héctor Jouve, Henry Lerner, Alberto Granado, Oscar del Barco, Toto Schmukler, Alberto Coria, Alberto Korn, Néstor Laverne, Loyola Guzmán, Marlene Lorjiovaca, Humberto Vázquez Viaña, Ana Urquieta, Chato Peredo, Antonio Peredo, José Castillo («Paco»), Oscar Zalas, Jorge Kolle Cueto, Simón Reyes, Juan Lechín, Gustavo Sánchez y otros. Entrevisté a Mario Monje en dos ocasiones en Moscú.

Entre los enemigos del Che, hablé con el ex agente de la CIA Félix Rodríguez; los ex generales bolivianos Reque Terán, Gary Prado Salmón y Mario Vargas Salinas; el ex sargento Mario Terán y los ex mayores Rubén Sánchez y Miguel Ayoroa. El ex jefe de la CIA en La Paz, John Tilton, habló conmigo por teléfono desde su hogar en Georgia. En Asunción, Paraguay, Socorro, viuda del coronel Andrés Selich, me relató las actividades de su difunto esposo en la campaña contra el Che.

*Fuentes principales*

Se han escrito muchos libros sobre la Revolución Cubana y he leído casi todos. Los más útiles fueron *Cuba* de Hugh Thomas, *Fidel: A Critical Portrait* de Tad Szulc, *Rural Guerrillas in Latin America* de Richard Gott,

*Diary of the Cuban Revolution* y *Family Portrait of Fidel* de Carlos Franqui, *Fidel Castro* de Robert Quirk, *Guerrillas in Power* de K. S. Karol y *The Taming of Fidel Castro* de Maurice Halperin. Asimismo, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara* de Hilda Gadea, *Mi amigo el Che* de Ricardo Rojo y *Mi hijo el Che* de Ernesto Guevara Lynch.

Otras fuentes consultadas: *¿Revolución en la revolución?*, *Castroism: The Long March in Latin America* y *La guerrilla del Che en Bolivia* de Régis Debray. *El Che y los argentinos* de Claudia Korol; *Tania: Misión guerrillera en Bolivia* de Marta Rojas y Mirta Rodríguez; *Tania la guerrillera y la epopeya sudamericana del Che* de Ulises Estrada; la memoria de Simone de Beauvoir *All Said and Done; A Thousand Days* de Arthur Schlesinger Jr.; *Diario del Che en Bolivia; El Che Guevara en la Revolución Cubana*, siete tomos de obras escogidas del Che compilados por Orlando Borrego; *Che: el camino del fuego* de Orlando Borrego; *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967* compilado por Casa de las Américas; *An Encounter with Fidel* de Gianni Miná; la memoria de Harry Villegas *Un hombre en la guerrilla del Che* y la monografía de Humberto Vázquez Viaña, *Antecedentes de la guerrilla del Che en Bolivia;* la colección de cinco tomos de documentos y entrevistas *El Che en Bolivia*, compilada por Carlos Soria Galvarro. El primer libro escrito sobre los meses del Che en el Congo es *El año que estuvimos en ninguna parte*, de Paco Taibo II, Félix Guerra y Froilán Escobar; *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África. 1959-1976* de Riero Gleijeses; *La guerrilla inmolada* de Gary Prado, *No disparen, soy el Che* del general Arnaldo Saucedo Parada y *La campaña de Ñancahuazú* del general Reque Terán son lúcidas crónicas de la campaña del Che en Bolivia desde el punto de vista de los militares bolivianos, lo mismo que el largometraje documental de Richard Dindo *The Diary of Che in Bolivia.*

Además de estas entrevistas y fuentes, he tenido acceso a muchos documentos inéditos, entre ellos una reseña de las «Notas económicas», la crítica del Che del Manual Soviético de Economía Política; pasajes no censurados del diario de Pombo en Praga y Bolivia de 1966-1967; el borrador original de Inti Peredo para su libro *Mi campaña junto al Che*, escrito en Cuba después de su fuga de Bolivia; transcripciones de interrogatorios, fotografías y propaganda del ejército de los archivos del general Reque Terán; documentos y fotografías del archivo personal del difunto coronel Andrés Selich, que incluyen su diario de la campaña antiguerrillera de 1967, su sesión de preguntas y respuestas con el Che Guevara preso y su informe confidencial sobre la captura y ejecución del Che Guevara al general boliviano David La Fuente.

# BIBLIOGRAFÍA

## POR Y ACERCA DE ERNESTO CHE GUEVARA


Adams, Jerome R., *Latin American Heroes,* Nueva York, Ballantine Books, 1991.

Alexandre, Marianne, ed., *Viva Che,* Londres, Lorrimer, Third World Series, 1968.

Álvarez Batista, Gerónimo, *Che: Una Nueva Batalla,* La Habana, Pablo de la Torriente, 1994.

Anderson, Jon Lee, «Bones Now Seem to Prove That Che Is Dead», en *The New York Times* (5 de julio de 1997).

Ariet, María del Carmen, *Che: Pensamiento Político,* La Habana, Editora Política, 1993.

—, *El Pensamiento del Che,* La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1992.

Bourne, Richard, *Political Leaders of Latin America,* Londres, Pelican Books, 1969.

Bruschtein, Luis, *Che Guevara, Los Hombres de la Historia* (suplemento), Buenos Aires, *Página 12,* Centro Editor de América Latina, 1994.

Candía, Alfredo G., *La Muerte del Che Guevara,* La Paz, Bolivia, La Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos, República de China, 1971.

Castro, Fidel, *Che: A Memoir by Fidel Castro,* Melbourne, Australia, Ocean Press, 1994.

Centro de Estudios Sobre América, *Pensar al Che,* tomos 1-2, La Habana, Editorial José Martí, 1989.

«Che.» La Habana, Casa de las Américas, n.º 43 (enero-febrero 1968).

«Che», edición especial de *Moncada,* La Habana, Ministerio del Interior, 6 de octubre de 1987.

Cupull, Adys, y Froilán González, *Cálida Presencia: Su Amistad con Tita Infante,* Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1995.

—, *De Ñancahuazú a La Higuera,* La Habana, Editora Política, 1989.

—, *El Diario del Che en Bolivia,* La Habana, Editora Política, 1988.

—, *Entre Nosotros,* La Habana, Ediciones Abril, 1992.

—, *Ernestito, Vivo y Presente,* La Habana, Editora Política, 1989.

—, *La CIA contra el Che*, La Habana, Editora Política, 1992.
—, *Un hombre bravo*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1995.
Debray, Régis, *La Guerrilla de Che*, Barcelona, Siglo Veintiuno Editores, 1975 (orig. París, Maspero, 1974).
Escobar, Froilán, y Félix Guerra, *Che: Sierra adentro*, La Habana, Editora Política, 1988.
Espinosa Goitizolo, Reinaldo, y Guillermo Grau Guardarrama, *Atlas Ernesto Che Guevara: histórico, biográfico y militar*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1991.
Gadea, Hilda, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara: An Intimate Account of the Making of a Revolutionary by His First Wife, Hilda Gadea*, Londres y Nueva York, W. H. Allen, 1973.
Galvarro, Carlos Soria, *El Che en Bolivia: Documentos y Testimonios*, vols., 1-5, La Paz, Bolivia, CEDOIN Colección Historia y Documento, 1994-1996.
Gambini, Hugo, *El Che Guevara: La Biografía*, Buenos Aires, Grupo Planeta, 1968; edición revisada, 1996.
Garcés, María, *Materiales sobre la Guerrilla de Ñancahuazú: La Campaña del Che en Bolivia (1967) A través de La Prensa*, Quito, Ecuador, Editorial La Mañana, 1987.
García Carranza, Araceli, y Joseph García Carranza, eds., *Bibliografía Cubana del Comandante Ernesto Che Guevara*, La Habana, Ministerio de Cultura Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Investigaciones Bibliográficas, 1987.
González, Luis J., y Gustavo A. Sánchez Salazar, *The Great Rebel: Che Guevara in Bolivia*, Nueva York, Grove Press, 1969.
Granado, Alberto, *Con el Che Guevara de Córdoba a La Habana*, Córdoba, Argentina, Opoloop Ediciones, 1995.
—, *Con el Che por Sudamérica*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980.
*Granma:* edición especial, *«Dolorosamente cierta la muerte del Comandante Ernesto Guevara»*, La Habana, Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 17 de octubre de 1967.
Guevara, Ernesto Che, trad. de Carlos P. Hansen y Andrew Sinclair, *Bolivian Diary*, Londres, Jonathan Cape/Lorrimer, 1968.
—, *Bolivian Diary*, Nueva York, Pathfinder, 1994.
—, *Che Guevara and the Cuban Revolution: Writings and Speeches of Ernesto Che Guevara*, Nueva York, Pathfinder/Pacific & Asia, 1987.
—, *Che Guevara Speaks*, La Habana, Pathfinder/José Martí, 1988 (orig. 1967).
—, *Che Periodista*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, Unión de Periodistas de Cuba, 1988.
—, trad. de Victoria Ortiz, *Che: Reminiscences of the Cuban Revolutionary War*, Nueva York, Monthly Review Press, Inc., 1968.
—, ed. Bonachea y Valdes, *Che: Selected Works of Ernesto Guevara*, MIT Press, 1969.

—, *Diario del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Lagasa, 1994.
—, ed. de Orlando Borrego, *El Che Guevara en la Revolución Cubana*, La Habana, Ministerio de Azúcar, 1969.
—, *Ernesto Che Guevara (Obras)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1972.
—, *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, 1970.
—, ed. de Roberto Massari, *Ernesto «Che» Guevara: Scriti Scelti*, vols., 1 y 2, Roma, Erre Emme, 1993.
—, *Ernesto Che Guevara*, Temas Económicos, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988.
—, *Episodes of the Cuban Revolutionary War*, Nueva York, Pathfinder, 1996.
—, *Guerrilla Warfare*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1985.
—, *Ideario Político y Filosófico del Che*, La Habana, Editora Política/Olivo Colección, 1991.
—, *La Guerra de Guerrillas*, La Habana, Talleres de INRA, 1961.
—, trad. de Ann Wright, *The Motorcycle Diaries*, Londres, Verso, 1994.
—, *A New Society: Reflections for Today's World*, Melbourne, Australia, Ocean Press, 1991.
—, *Notas de Viaje*, La Habana, Editorial Abril, 1992.
—, *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*, La Habana, Ediciones Unión/Narraciones, UNEAC, 1963.
—, ed. de John Gerassi, *Venceremos: The Speeches and Writings of Che Guevara*, Londres, Panther Modern Society, 1969, 1972 (orig. Weidenfeld & Nicolson, 1968).
Guevara, Ernesto Che, y Raúl Castro, eds., Heinz Dieterich y Paco Ignacio Taibo II, *Diarios inéditos de la guerrilla cubana*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, 1995.
Guevara Lynch, Ernesto, *Aquí va un soldado de las Américas*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.
—, *Mi hijo el Che*, La Habana, Editorial Arte, 1988.
Harris, Richard L., *Death of a Revolutionary: Che Guevara's Last Mission*, Nueva York, W.W. Norton & Co., Inc., 1970.
Hodges, Donald C., *The Legacy of Che Guevara: A Documentary Study*, Londres, Thames & Hudson, 1977.
«In Cold Blood: How the CIA Executed Che Guevara», por Michele Ray, *Ramparts* (5 de febrero de 1968).
James, Daniel, *Che Guevara: A Biography*, Nueva York, Stein and Day, 1969 (ed. castellana: *Che Guevara: Una biografía*, México, Diana, 1971).
—, *The Complete Bolivian Diaries of the Che Guevara and Other Captured Documents*, Nueva York, Stein and Day Publishers, 1968.
Korol, Claudia, *El Che y los Argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, Colección Testimonial, 1988.

Lartéguy, Jean, *Los guerrilleros*, México, Diana, 1979.
Lavretsky, I., *Ernesto Che Guevara*, Moscú, Progress Publishers, 1977.
Maestre Alfonso, Juan, *Ernesto Che Guevara: Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.
Martínez Estévez, Diego, *Ñancahuazú: Apuntes para la historia militar de Bolivia*, La Paz, Bolivia, transcripción e impresión láser «Computación y Proyectos», 1989.
Martínez Heredia, Fernando, *Che, el socialismo y el comunismo*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1989.
Massari, Roberto, Fernando Martínez, *et al.*, *Che Guevara: grandeza y riesgo de la Utopía*, Tafalla, Txalaparta, 1993.
—, *Che Guevara: Pensiero e Politica della Utopia*, Roma, Erre Emme, 1993.
—, *Guevara para Hoy*, La Habana, Centro de Estudios Sobre América/La Universidad de Camilo Cienfuegos, Matanzas/Erre Emme, 1994.
—, *Otros documentos del Che en Bolivia*, La Paz, Bolivia, Ediciones Katari (sin fecha).
Moyano Martín, Dolores, «The Making of a Revolutionary: A Memoir of Young Guevara», en *The New York Times Magazine* (18 de agosto de 1968).
Peredo, Inti, *Mi campaña con el Che*, México, Editorial Diógenes S.A., 1992.
Pérez Galdos, Víctor, *Un hombre que actúa como piensa*, La Habana, Editora Política, 1988.
Prado Salmón, Gary, *La guerrilla inmolada: Testimonio y análisis de un protagonista*, Santa Cruz, Bolivia, coedición Grupo Editorial Punto y Coma, 1987.
Rodríguez Herrera, Mariano, *Con la adarga al brazo*, La Habana, Lectura para Jóvenes, Editorial Política, 1988.
—, *Ellos lucharon con el Che*, La Habana, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
Rojas, Marta, *Testimonios sobre el Che, Autores Varios*, La Habana, Colección Pablo de la Torriente, 1990.
Rojo, Ricardo, *My Friend Che*, Nueva York, Grove Press, 1969 (orig. Dial Press, 1968); ed. castellana, *Mi amigo el Che*, Buenos Aires, Legaza, 1985).
Saucedo Parada, Arnaldo, *No disparen, soy el Che*, Santa Cruz, Bolivia, Talleres Gráficos de Editorial Oriente, 1988.
Sinclair, Andrew, *Guevara*, Londres, Fontana/Collins, 1970 (ed. castellana, *Guevara*, Barcelona, Grijalbo, 1976).
«The Spirit of Che», *Evergreen Review*, n.º 51 (febrero de 1968).
Tallada, Carlos, Jack Barnes, Steve Clark y Mary-Alice Waters, *Che Guevara: Cuba an the Road to Socialism (Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez)*, Nueva York, New International, 1991.
Tablada Pérez, Carlos, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1987.
Taibo II, Paco Ignacio, *Ernesto Guevara: también conocido como el Che*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, 1996.

Terán, Reque, *La Campaña de Ñancahuazú: La Guerrilla del «Che» vista por el comandante de la IV División del Ejército Boliviano*, La Paz, Bolivia, 1987.
«Tras Las Huellas del Che en Bolivia», por Carlos Soria Galvarro, *La Razón* (9 de octubre de 1996).
Vargas Salinas, general Mario, *El Che: mito y realidad*, La Paz/Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1988.
Vázquez Viaña, Humberto, *Antecedentes de la guerrilla del Che en Bolivia*, Research Paper Series, n.º 46, Estocolomo, Institute of Latin American Studies, septiembre de 1987.
—, y Ramiro Aliaga Saravia, *Bolivia, ensayo de revolución continental*, Bolivia (publicación privada, sin fecha).
Villegas, Harry (Pombo), *Un hombre de la guerrilla del Che*, Buenos Aires y La Habana, Ediciones Colihue, Editora Política, 1996.
«Where Is Che Guevara Buried? A Bolivian Tells», por Jon Lee Anderson, *The New York Times*, 21 de noviembre de 1995.

CUBA, FIDEL CASTRO Y EL CHE

Acevedo, Enrique, *Descamisado*, La Habana, Editorial Cultura Popular, International Network Group, 1993.
Almeida Bosque, Juan, *¡Atención, recuento!* La Habana, Editora Política, 1988.
—, *La Sierra*, La Habana, Editora Política, 1989.
—, *La Sierra Maestra y más allá*, La Habana, Editora Política, 1995.
—, *Por las faldas del Turquino*, La Habana, Editora Política, 1992.
Arenas, Reinaldo, *Before Night Falls: A Memoir*, Nueva York, Viking Penguin, 1993 (edición original: *Antes que anochezca: autobiografía*, Barcelona, Tusquets, 1992).
Beschloss, Michael R., *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*, Nueva York, HarperCollins, 1991.
Borge, Tomás, *Fidel Castro: Un grano de maíz, Conversación con Tomás Borge*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1992.
Blight, James G., Bruce J., Allyn y David A. Welch, *Cuba on the Brink*, Nueva York, Pantheon, 1993.
Brugioni, Dino A, *Eyeball to Eyeball: The Inside Story of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, Random House, 1991.
Cabrera Infante, Guillermo, *Mea Cuba*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1994 (edición original, *Mea Cuba*, Madrid, Alfaguara, 1992).
—, *Vista del amanecer en el Trópico*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993.
Castro, Fidel, y Che Guevara, *To Speak the Truth*, Nueva York, Pathfinder, 1992.
Chang, Lawrence, y Pete Kornbluh, eds., *The Cuban Missile Crisis 1962*, Nueva York, New Press, 1992.

Chaviano, Julio O., *La lucha en Las Villas,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
Cuervo Cerulia, Georgina, ed., *Granma Rumbo a la Libertad,* La Habana, Editorial Gente Nueva, 1983.
Darushenkov, Oleg, *Cuba, el camino de la Revolución,* Moscú, Editorial Progreso, 1979.
Debray, Régis, *Prison Writings,* Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973.
—, *Revolution in the Revolution?* Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1968 (orig. París, Maspero, 1967) (ed. castellana: *¿Revolución en la revolución?,* La Habana, Casa de las Américas, 1967).
—, *Strategy for Revolution,* Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973.
Draper, Theodore, *Castroism: Theory and Practice,* Nueva York, Frederick Praeger, 1965.
Dumont, René, *Cuba: Socialism and Development,* Nueva York, Grove Press, 1970.
Ediciones Políticas, *Cinco Documentos,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1971.
Edwards, Jorge, *Persona Non Grata: An Envoy in Castro's Cuba,* Londres, The Bodley Head, 1977 (edición original: *Persona non grata,* Barcelona, Tusquets, 2000).
Franqui, Carlos, *Diary of the Cuban Revolution,* Nueva York, A Seaver Book, Viking Press, 1980 (edición original: *Diario de la revolución cubana,* Barcelona, R., Torres, 1976).
—, *Family Portrait with Fidel,* Nueva York, Vintage, 1985 (edición original: *Retrato de Familia con Fidel,* Barcelona, Seix Barral, 1982).
—, *The Twelve,* Nueva York, Lyle Stuart, Inc., 1968 (edición original: *El libro de los doce,* Barcelona, Saturno, 1973).
Galeano, Eduardo, *El Tigre Azul y otros relatos,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Editora Política, 1991.
Geyer, Georgie Anne, *Prince: The Untold Story of Fidel Castro,* Nueva York, Little, Brown & Co, 1991.
Gosse, Van, *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left,* Londres y Nueva York, Verso, 1993.
Habel, Janette, *Cuba: The Revolution in Peril,* Londres, Verso, 1991.
Halperin, Maurice, *The Taming of Fidel Castro,* Berkeley, University of California Press, 1979.
Hinckle, Warren, y William Turner, *The Fish Is Red: The Story of the Secret War against Castro,* Nueva York, Harper & Row, 1981.
Iglesias, Joel, *De la Sierra Maestra al Escambray,* La Habana, Letras Cubanas, 1979.
Jenks, L. H., *Nuestra Colonia de Cuba,* La Habana, La Empresa Consolidada de Artes Gráficas (orig. publicado en 1928).
Karol, K. S. *Guerrillas in Power,* Nueva York, Hill & Wang, 1970.

Kennedy, Robert, F. *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, A Mentor Book, Penguin, 1969.
Lara, Jesús, *Guerrillero Inti Predo*, Cochabamba, Bolivia, edición del autor, 1980.
Lazo, Mario, *Dagger in the Heart: American Policy Failures in Cuba*, Nueva York, Funk and Wagnall, 1968 (ed. castellana: *Daga en el corazón, ¡Cuba traicionada!* Nueva York, Minerva Books, 1972).
Llovio-Menéndez, José Luis, *Insider: My Life as a Hidden Revolutionary in Cuba*, Nueva York, Bantam, 1988.
Lockwood, Lee, *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, Nueva York, Westview Press, 1990.
Mallin, Jay, *Covering Castro: The Rise and Decline of Cuba's Communist Dictator*, New Brunswick, Nueva Jersey, U.S.-Cuba Institute, Transaction Publishers, 1994.
Martin, Lionel, *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Nueva York, Lyle Stuart, Inc., 1977 (ed. castellana: *El joven Fidel*, Barcelona, Grijalbo, 1984).
Martínez Víctores, Ricardo, *RR: La Historia de Radio Rebelde*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.
Masetti, Jorge Ricardo, *Los que luchan y los que lloran*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
Matthews, Herbert L., *The Cuban Story*, Nueva York, George Braziller, 1961.
—, *Castro: A Political Biograph*, Londres, Pelican Books, 1970.
Minà, Gianni, *An Encounter with Fidel*, Australia, Ocean Press, 1991 (ed. castellana: *Habla Fidel*, Madrid, Mondandori, 1988).
Nuñez Jiménez, Antonio, *En marcha con Fidel*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.
—, *Patria o Muerte*, La Habana, INRA, 1961.
Padilla, Heberto, *Self-Portrait of the Other: A Memoir*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1990 (edición original: *La mala memoria*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989).
Pérez, Louis A., *Cuba: Between Reform and Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.
Quirk, Robert E., *Fidel Castro*, Nueva York, Norton, 1993.
Robbins, Carla Anne, *The Cuban Threat*, New York, ISCHI Publications, 1985.
Rodríguez, Félix Y., y John Weisman, *Shadow Warrior: The CIA Hero of a Hundred Unknown Battles*, Nueva York, Simon & Schuster, 1989.
Rojas, Marta, y Mirta Rodríguez, *Tania la guerrillera inolvidable*, La Habana, Instituto del Libro, 1970 (ed. inglesa: *Tania: The Unforgettable Guerrilla*, Nueva York, Random House, 1971).
Rueda, Mario, y Luis Antezana Ergueta, «Una leyenda llamada Tania», en *La Razón*, «Ventana», 15 de octubre de 1995.
Salkey, Andrew, *Havana Journal*, Londres, Penguin Books, 1971.

Sarabia, Nydia, *Médicos de la Revolución*, Apuntes Biográficos, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1983.
Stubbs, Jean, *Cuba: The Test of Time*, Londres, Latin America Books, 1989.
Szulc, Tad, *Fidel: A Critical Portrait*, Nueva York, William Morrow Co., 1986 (ed. castellana: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987).
Taber, Robert, *M-26: The Biography of a Revolution*, Nueva York, Lyle Stuart, 1961.
Thomas, Hugh, *Cuba or The Pursuit of Freedom*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1971 (ed. castellana: *Cuba*, Barcelona, Grijalbo, 1973).
Timmerman, Jacobo, *Cuba*, Nueva York, Vintage Books, 1992.
Welch, Richard E., Jr., *Response to Revolution: The United States and the Cuban Revolution, 1959-61*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1985.
Wyden, Peter, *Bay of Pigs*, Nueva York, Simon & Schuster, 1979.

SOBRE ARGENTINA

Barnes, John, *Evita: First Lady – A Biography of Evita Perón*, Nueva York, Grove Press, 1978.
Baschetti, Roberto, ed., *Documentos 1970-1973: De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, Editorial de la Campana, 1995.
Crasweller, Robert, *Perón and the Enigmas of Argentina*, Nueva York, W. W. Norton, 1987.
Gilbert, Isidoro, *El oro de moscú: La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires, Planeta/Espejo de la Argentina, 1994.
Luna, Félix, *La Argentina: de Perón a Lanusse, 1943-1973*, Buenos Aires, Planeta, Espejo de la Argentina, 1993.
Main, Mary, *Evita: The Woman with the Whip*, Londres, Corgi Books, 1977, 1978 (ed. castellana: *La mujer del látigo*, Buenos Aires, La Reja, 1955).
Rock, David, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, Berkeley, University of California Press, 1993.
Scobie, James R. *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.
Tulchin, Joseph S. *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*, Nueva York, Macmillan, 1990.

SOBRE AMÉRICA LATINA

Aguilar, Luis E., *Marxism in Latin America: A Borzoi Book on Latin America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1968.
Borge, Tomás, *The Patient Impatience*, Nueva York, Curbstone, 1992 (edición original: *La paciente impaciencia*, La Habana, Casa de las Américas, 1989).

Brown, Michael F., y Eduardo Fernández, *War of Shadows: The Struggle for Utopia in the Peruvian Amazon*, Berkeley, University of California Press, 1991.
Cajías, Lupe de, *Juan Lechín, Historia de una leyenda*, La Paz, Bolivia, Los Amigos del Libro, 1994.
Castañeda, Jorge G., *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1994 (edición original: *La utopía desalmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Barcelona, Ariel, 1995).
Dunkerley, James, *Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia 1952-1982*, Londres, Verso, 1984.
Gerassi, John, *The Great Fear in Latin America*, Nueva York, Collier, 1963 (ed. castellana: *El gran miedo de América Latina*, Barcelona, Península, 1969).
Gott, Richard, *Guerrilla Movements in Latin America*, Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1970 (reeditado como *Rural Guerrillas in Latin America*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973).
—, *Land without Evil: Utopian Journey sacross the South American Watershed*, Londres, Verso, 1993.
Gunson, Chamberlain, Thompson, *The Dictionary of Contemporary Politics of Central America and the Caribbean*, Nueva York, Simon & Schuster, 1991.
Herrera, Hayden, *Frida: A Biography of Frida Kahlo*, Nueva York, Harper-Collins, 1984 (ed. castellana: *Frida: una biografía de Frida Kahlo*, Barcelona, Planeta, 2002).
Lindqvist, Sven, *The Shadow: Latin America Faces the Seventies*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1969.
Minà, Gianni, *Un continente desaparecido*, Barcelona, Península, 1996.
Pendle, George, *History of Latin America*, Londres, Penguin, 1963, 1990.
Schlesinger, Stephen, y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Nueva York, Anchor Press/Doubleday, 1983.
Szulc, Tad, *Twilight of the Tyrants*, Nueva York, Henry Holt & Co., 1959.
Ydígoras Fuentes, Miguel, *My War with Communism*, Nueva York, Prentice-Hall, Inc., 1963.

SOBRE CUBA Y ÁFRICA

Barreto, José, «Comrade Tato», en *Prensa Latina* (junio de 1993).
Bridgeland, Fred, *Jonas Savimbi: A Key to Africa*, Nueva York, Paragon House Publishers, 1987.
Carrasco, Juana, «Tatú: Un Guerrillero Africano», en *Verde Olivo* (junio de 1988).

García Márquez, Gabriel, Jorge Risquet y Fidel Castro, *Changing the History of Africa, Angola and Namibia*, Australia, Ocean Press, 1989.
Gott, Richard, «Che's Missing Year: Che Guevara and the Congo», en *New Left Review*, n.º 220 (1996).
Heikal, Mohammed Hassanein, *The Cairo Documents*, Nueva York, Doubleday, 1971.
Jiménez Rodríguez, Limbania, *Heroínas de Angola*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
Moore, Juan Carlos, *Castro, the Blacks and Africa*, Berkeley, Center for Afro-American Studies, University of California Press, 1988.
Taibo II, Paco Ignacio, Froilán Escobar y Félix Guerra, *El año que estuvimos en ninguna parte*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Planeta, 1994.

SOBRE LA GUERRA FRÍA

Andrew, Christopher, y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story*, Londres, HarperCollins, 1990 (ed. castellana: *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998).
Frankland, Mark, *Khrushchev*, Lanham, Maryland, Madison Books, UPA, 1969.
Goodwin, Richard, *Remembering America: A Voice from the Sixties*, Boston, Little Brown & Co., 1988.
Grose, Peter, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1994.
Kwitny, Jonathon, *Endless Enemies: The Making of an Unfriendly World*, Nueva York, Viking Penguin, 1986.
Ranelagh, John, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1986.
Schlesinger, Arthur Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1965 (ed. castellana: *Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Ayma, 1966).
Steele, Jonathon, *World Power: Soviet Foreign Policy under Brezhnev and Andropov*, Londres, Michael Joseph, 1983.
Thomas, Evan, *The Very Best Men: Four Who Dared–The Early Years of the CIA*, Nueva York, Touchstone, Simon & Schuster, 1995.
Zubok, Vladislav, y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Massachusetts, Harvard University Press, 1996.

MISCELÁNEA

Allaine, Marie-Françoise, *Conversations with Graham Greene*, Londres, Penguin, 1991.

Anderson, Benedit, *Imagined Communites*, Londres, Verso, 1991 (orig. 1983).
Armiño, Mauro, ed. *La lucha de guerrillas según los clásicos del marxismo-leninismo*, Madrid, Júcar, 1980.
Bottomore, Tom, ed., *A Dictionary of Marxist Thought*, Oxford, Blackwell's, 1991.
Cantor, Jay, *The Death of Che Guevara*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1983 (ed. castellana: *La muerte del Che Guevara*, Barcelona, Grijalbo, 1985).
De Beauvoir, Simone, *All Said and Done*, Londres, Penguin Books, 1977 (orig. París, Gallimard, 1972) (ed. castellana: *Final de cuentas*, Barcelona, Edhasa, 1990).
—, *The Force of Circumstance*, Londres, Penguin Books, 1968 (orig. París, Gallimard, 1963) (ed. castellana: *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa, 1987).
Debray, Régis, *Loués Soient Nos Seigneurs: Une Éducation Politique*, París, Gallimard, 1996 (ed. castellana: *Alabados sean nuestros señores: una educación política*, Madrid, Del taller de Mario Muchnik, 1999).
Desmond, Adrian, y James Moore, *Darwin*, Nueva York, Warner Books, 1992.
Fanon, Frantz, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1982 (orig. París, Maspero, 1963) (ed. castellana: *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963).
Greene, Graham, *Fragments of Autobiography*, Londres, Penguin, 1991.
—, *Our Man in Havana*, Londres, Heinemann, 1958 (ed. castellana: *Nuestro hombre en La Habana*, Madrid, Alianza, 2002).
Harris, Nigel, *National Liberation*, Londres, Penguin, 1990.
Malcom X, ed., George Breitman, *Malcom X Speaks*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1990 (orig. 1965).
Nehru, Jawaharlal, *The Discovery of India*, Oxford University Press, 1985 (orig. Calcutta, Signet Press, 1946).
Neruda, Pablo, ed., y trad. Ben Bellit, *Five Decades: A Selection (Poems 1925-1970)*, Nueva York, Grove Press, 1974.
Payne, Robert, *The Life and Death of Lenin*, Nueva York, Simon & Schuster, 1964 (ed. castellana: *Vida y muerte de Lenin*, Barcelona, Destino, 1965).
Salisbury, Harrison, *The New Emperors: China in the Era of Mao and Deng*, Nueva York, Avon Books, 1992.
Schama, Simon, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Londres, Penguin, 1989.
Snow, Edgar, *Red Star over China*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1973 (orig. Random House, 1938).
Westoby, Adam, *The Evolution of Communism*, Nueva York, The Free Press, Macmillan, Inc., 1989.

Abd-El-Krim, 183
Acevedo, Enrique, 269-270, 274, 287, 326-327n, 347, 354, 665
Acevedo, Rogelio, 269, 326
Acosta, Armando, 345, 368, 393
Acosta, Heberto Norman, 166, 195
Acosta Ferrals, Clodomira, 327
Acuña, Juan Vitalio («Vilo», «Joaquín»), 251-252, 648, 659, 667-668, 673, 675n, 676-678, 681, 699
Acuña, Sergio, 222, 226
Adler, Alfred, 133
Adriazola, David («Darío»), 693-694
Agramonte, Roberto, 366, 396, 414
Aguilar, Pepe, 72-74, 99n, 486
Aguirre, Severo, 395
Ahumada, Roberto («Beto»), 50, 486-487
Aja Castro, Ramón, 525
Alarcón Ramírez, Dariel («Benigno»), 647, 654, 674, 682, 686, 693-694
Alberti, Rafael, 49, 364
Alberto, 702
Albizu Campos, Laura, 178, 213
Albizu Campos, Pedro, 168
Alegría, Ciro, 49
Aleksei, Alexandr, 57
Alexander, Robert, 134
Alexeiev, Alexander, 394-396, 409, 416-417, 419-422, 424-425, 434, 441-443, 449, 463, 466, 469, 476, 496-500, 515, 520, 600n, 640n, 697
Algañaraz, Ciro, 657, 660, 664
Allende, Salvador, 86 y 86n, 693, 696
Almeida, Juan, 192-193, 209, 210-211, 217, 231, 241, 251, 254, 258, 293, 313, 328
Alvarado, Percy, 645n
Alvarado Marín, Carlos Conrado de Jesús, «Mercy», 644 y 645n, 677
Álvarez Tabío, Pedro, 313n, 582
Aly (dirigente pelotón cubano), 613, 624
Ameijeiras, Efigenio, 367, 404, 552-553
Amoedo, Julio, 438
Andropov, Yuri, 496, 549-550, 577-578
Antonio Paul (guerrillero de Masetti), 557
Aragonés, Emilio («Tembo»), 271, 500-501, 576, 583, 615, 618, 620, 622
Aragoneses Cruz, Fernando, 372
Aramburu, Pedro Eugenio, 214, 540
Arana, Jaime («Chapaco»), 693 y 693n
Arbenz, Jacobo, 108, 124-125, 127, 130-131, 134-135, 142, 144-145, 148, 150-151, 151n, 152-156, 156n, 161, 163, 177, 193, 372, 401-402, 404, 443, 453, 463, 644
Arbesú, José Antonio, 631
Arenas, Reinaldo, 362 y 362n
Arencibia, Armando, 131, 142n
Arévalo, Juan José, 124
Argañaraz, Luis Rodríguez, 163, 314-315, 369
Argudín, José, 346, 405, 411-412
Arguedas, Antonio, 670 y 670n, 678, 694, 695, 699
Arias, Carmen, 24

Arias, Edmundo («Marqués de Arias»), 38, 51
Aricó, José («Pancho»), 564
Ariet, María del Carmen, 136, 192
Aristidio (guajiro), 274-275
Aristóteles, 49
Armand, Pierre, 377
Armas, Castillo, 134, 137, 145, 148, 150-151, 151n, 152, 155-158, 377
Artaud, Antonin, 160
Arteaga, Manuel, 456
Artime, Manuel, 447, 449, 575
Asturias, Miguel Ángel, 49, 155
Asturias Amado, Rodrigo («Gaspar Ilom»), 155n
Atila, 66
Atilio (guerrillero de Masetti), 557-558
Ayoroa, Miguel, 685, 687, 688n, 689, 699

Babu, Abdul Rahman Muhammad, 581
Babún (hermanos), 249
Bahaza (guerrillero cubano), 621 y 621n, 630
Balaguer, Joaquín, 599n
Balanza, Juan, 272
Baldo (revolucionario), 260
Banderas, Teodoro, 254, 256 y 256n
Bánzer Suárez, Hugo, 699
Barco, Oscar del, 541, 564
Barnes, Tracy, 444
Barquín, Ramón, 305, 348, 355, 360, 367
Barral, Fernando, 63, 466
Barrera Pérez, Pedro A., 243, 253
Barrientos, René, 644, 664-665, 667n, 677, 679, 683, 688, 699
Barroto, Juan, 338
Batista, Francisco («Panchín»), 354
Batista, Fulgencio, 97, 110, 119, 122-123, 131, 135, 154, 164, 168-171, 176-177, 179, 189-190, 193-195, 197, 200, 202-203, 208-209, 213-214, 226, 229, 231, 233, 235, 238-240, 243, 247, 253, 255, 257, 262-265, 271-273, 277, 281-283, 285, 290-291, 297, 300-303, 305, 307, 309, 312, 316, 318-320, 323, 327, 329-330, 341, 344, 346, 348-349, 353-354, 359, 361-362, 365-367, 371, 374-375, 378-379, 387, 390-391, 396, 402, 406, 408, 415-417, 423, 430, 446, 451, 475, 571, 647, 688
Baudelaire, Charles, 40
Bauer Paiz, Alfonso («Poncho»), 130, 135, 197, 202
Bayo, Alberto, 183, 186, 188, 190-193, 213
Beals, Carleton, 390
Beatón, Manuel (Manolo), 250 y 250n, 251, 447
Beatón, Papo, 250 y 250n
Beauvoir, Simone de, 445, 458-459
Béjar, Héctor, 525-528 y 528n, 529, 542, 552, 555, 557, 573, 631, 635-636, 639, 650
Belaúnde Terry, Fernando, 528
Bella, Ben, 517, 518n, 574, 582, 584, 607, 611
Bellomo, Petiso, 563, 563-564
Bengochea, Vasco, 542, 545, 555, 563, 565
Benson, Charles, 22
Bergen, Candice, 632
Betancourt, Rómulo, 122-123, 389, 453-454, 473, 494
Bettelheim, Charles, 572
Beveraggi, Domingo, 123-124
Beveraggi, Walter, 123-124 y 124n
Bidinosd Payer, Osvaldo, 43-44, 49, 75
Bingham, Hiram, 120
Biryusov, Serguéi («Petrov»), 497-498
Bissell, Richard, 444, 472, 474
Blanco, Hugo, 157, 525, 528
Blanco Rico, Manuel, 202
Bolini-Roca, Enrique, 556
Bolívar, Simón, 534, 578, 702
Boluarte, Zoraida, 91, 93
Bonaparte, Napoleón, 176
Bonsal, Philip, 389, 429, 438, 460
Bordón Machado, Víctor, 324, 331, 334, 339, 349-350, 352, 355, 417
Borge, Tomás, 507
Borrego, Orlando («Vinagreta»), 336, 338, 370-371 y 371n, 372, 379, 391-393, 400, 405, 406, 417-419, 430, 466, 471, 477-478, 510, 520,

538-539, 561, 597, 648, 650-653, 665, 690, 697-698
Borroto, Juan, 364, 386
Bosch, Juan, 122-123, 599n
Boti, Regino, 366, 451, 503, 535
Boudish, James, 472n
Boumedienne, Houari, 518, 541, 611
Braddock, Daniel, 376-378, 391, 438
Braden, Spruille, 61, 84, 125, 263
Bravo, Douglas, 578n
Breton, André, 160
Bréznev, Leonid, 576, 600 y 600n, 640n
Broz, Josip («Tito»), 409
Buchanan, Thomas, 701
Buchman, Victor, 245
Bunke, Haydée Tamara («Tania», «Laura Gutiérrez Bauer»), 466, 510, 519-521, 542, 563, 573, 629, 631, 643-644 y 644n, 645, 656n, 659-662 y 662n, 664-667, 676-677, 705
Bunke, R., 57
Burgos, Elizabeth, 694
Burlatsky, Feder, 547
Burroughs, William S., 160
Bush, George, 700
Bustos, Ciro Roberto («Laureano», «Pelao»), 480, 509, 512-514, 516-518 y 518n, 523 y 523n, 524-525, 528n, 540-545, 554-557, 563-565, 573, 636, 645-646 y 646n, 647, 659-663, 666-667, 669-670, 672, 684, 694, 696

Cabral, Amílcar, 568
Cabrera («la Negra»), 46, 71
Cabrera, José («el Negro»), 677
Cabrera Infante, Guillermo, 571
Cáceres, Julio Roberto («Patojo»), 159 y 159n, 383, 426, 431, 503-505
Calvento, Margarita, 98
Camacho, Julio, 271
Campa, Eliseo de la, 418, 535
Campos, Ricardo, 59
Campuzano, Cristina, 428, 610
Camus, Albert, 49
Canek, 702
Canelo (médico cordobés, «Petiso»), 543, 546
Cantillo, Eulogio, 310-311, 320, 329, 348-349, 353-355, 360
Cantinflas (Mario Moreno), 160, 653
Cárdenas, Lázaro, 160, 197
Cardero, Gilberto, 251
Carreras, Jesús, 331 y 331n, 458
Carretero, Juan («Ariel»), 505, 513, 519-520, 526, 565, 590, 631-634, 637 y 637n, 647 y 647n, 673n, 694
Carrillo, Javier, 406
Carrillo, Justo, 271, 305, 318, 348, 366, 431n, 449, 458
Carrillo, Ugalde, 448
Casals, Violeta, 417, 419, 434
Casillas, Joaquín, 225, 235, 241, 250, 267, 349, 353-355 y 355n, 366
Castañeda, Roberto, 156
Castellanos, Alberto («el Mono»), 345-346, 361, 404, 513, 518-519, 540, 542, 546, 553, 557-558, 563, 607, 695
Castillo, Ramón, 36, 41-42, 71
Castillo Chávez, José («Paco»), 672, 677-678, 686
Castro, Ángel, 174
Castro, Julio («el Gaucho»), 404, 486
Castro Ruz, Fidel Alejandro, 97, 110, 131, 164, 168-172, 174-178, 182-183, 185-203, 208-209, 211 y 211n, 212-213, 216-223, 225-235, 237-245 y 245n, 246-254, 256-258 y 258n, 259 y 259n, 260, 262-267, 269, 271-273, 275-277, 280-283 y 283n, 284-286, 289-296 y 296n, 297, 300-301 y 301n, 302-313 y 313n, 315-318 y 318n, 319-323, 325-327 y 327n, 328-330, 333-335, 338, 347-349, 353-355, 360-368, 372, 374, 377 y 377n, 380-383, 386-398 y 398n, 399-409, 413-418, 420-424 y 424n, 426-429 y 429n, 430-431, 434-435, 438-446, 448-453, 456-458, 460, 463, 466, 468-469, 471-472 y 472n, 474-476, 480-486, 490-492, 495-500, 505-506, 508, 511-512, 514, 517, 520, 527, 531, 536, 543, 546-553, 555, 559-562, 565-567, 570-571, 574-

575, 576n, 577-579, 579n, 580, 582-583, 588-590 y 590n, 592-594 y 594n, 596, 598-600 y 600n, 605n, 606, 611, 615, 617-619, 622-624, 629-631, 633-635, 637-639, 641-643, 646n, 649, 650-654, 659 y 659n, 660, 665, 667 y 667n, 668-670, 673, 679, 687-691, 693, 696-698, 700-702, 704, 705
Castro Ruz, Raúl, 110, 164, 169-170, 172-174, 179, 183, 188, 192-193, 202, 211, 213, 217, 221-222, 226, 230, 235, 241, 256, 259n, 283, 290, 293, 302-303, 315-316, 320 y 320n, 321, 329-330, 348, 360, 365, 367-368, 371, 374, 378, 381, 385, 388, 391, 395-396, 398-400, 402, 404, 418, 423-424 y 424n, 428, 430, 431n, 434-435, 441, 443-444, 447-448, 458, 471, 474, 498-500, 542, 550, 561-562, 566, 576, 647-648, 702, 704
César, Julio, 176
Chaikovski, Piotr Ilich, 461
Chamaleso, Godefroi, 593, 601-602, 621, 624-625
Chang, Juan Pablo («Chino»), 275, 650, 657, 660-661, 666, 683-684, 688 y 688n, 704
«Changa» (capitán cubano), 624, 626
Chávez, Fernando («Petit»), 101
Chávez, Hugo, 705
Chávez, Ñuflo, 110
Chiang Kai-shek, 581
Chibás, Eduardo («Eddy»), 170, 175, 182, 185, 193, 244
Chibás, Raúl, 244, 257-258, 266
Chingolo (boliviano reclutado), 664, 675n, 676
Chomón, Faure, 284, 293, 331-332, 339-340, 352, 363, 365, 442, 571
Chou En-lai, 464, 512, 583-584, 609, 612, 657
Churchill, Winston, 74, 151
Cienfuegos, Camilo, 251, 273-275, 277-279, 292-293, 303, 305, 313, 321-323, 325, 330, 333, 336, 344-345, 347-349, 355, 359-360, 362-363, 365, 367-368, 385, 404-405, 428-429 y 429n, 431n, 447, 471, 475, 477, 534, 647-648, 702
Cienfuegos, Osmany, 431n, 583 y 583n, 605, 607
Ciutat, Francisco («Angelito», «Ángel Martínez»), 513-514
Codovilla, Victorio, 548, 561, 577
Coello, Carlos («Tumaini» o «Tuma»), 617, 621, 628-629, 633, 637-638, 645, 649-650, 655-656, 659, 675, 693n
Colomé Ibarra, Abelardo («Furry»), 513, 517-518, 524-525, 540-542, 557, 565, 636, 646
Concepción y de la Pedraja, Octavio de la («Moro», «Morozo», «Morogoro»), 648, 659, 693 y 693n
Conde, Antonio del («el Cuate»), 189, 201
Constenla de Giussani, Julia («Chiquita»), 23, 488-490, 606, 700
Cooke, John William, 511 y 511n, 522
Córdova Iturburu, Cayetano («Policho»), 34, 47, 49
Córdova Iturburu de la Serna, Carmen («la Negrita»), 47, 63
Cortez, Julia, 689n
Corzo Izaguirre, Raúl, 311
Cowley, Fermín, 281
Crespo, Luis («el Guajiro»), 221, 223, 237, 258, 259n
«Crucito» (poeta guajiro), 272
Cuba, Simón, Willy, 684, 685, 688 y 688n, 704
Cubela, Rolando, 332, 350, 427
Cuervo, René, 256n, 268, 270
Cuervo Navarro, Pelayo, 240

Dagnino Pacheco, José («Sánchez»), 650
Dalmau, Mario, 131
Darío, Miran, 130
Darío, Rubén, 49, 130, 135, 152
Darío López, Antonio («Bigotes»), 131
Darushenkov, Oleg, 547, 577
Darwin, Charles, 19
Dávila, Raúl, 546
Debray, Régis, 639, 649-650, 660-661, 666-667, 669 y 669n, 670, 672-673, 679, 694, 696

Dejoie, Luis, 377
Delia (muchacha venezolana), 451
Delia (mujer de Alberto Granado), 579
Derdón, Marco Antonio («Terremato»), 157
Díaz, Epifanio, 229-231, 234-235, 237-240, 242, 265
Díaz, Higinio, 447
Díaz Lanz, Pedro Luis, 301n, 330, 367, 415, 428-430, 434
Díaz Rodríguez, Ovidio, 325, 338
Díaz Rozzoto, Jaime, 130
Díaz Tamayo, Martín, 253
Díaz-Balart, Rafael, 290
Dillon, Douglas, 485
Dobrinin, Anatoli, 501-502, 547
Doce Sánchez, Lidia, 308, 312, 327
Donne, Gino, 343
Dorticós Torrado, Osvaldo, 366, 415, 438, 443, 498, 577, 588
Dostoievski, Fiódor, 155
Drecher, Garry («Frank Bender»), 398 y 398n, 444
Dreke, Víctor («Moja»), 592-593, 601, 608-609, 621, 624
Duarte, Eva («Evita»), 50, 58, 63, 87, 100, 258n
Duarte, María Elena (cuñada), 487, 508n, 531-532, 605-607
Dubois, Jules, 290, 298, 309
Ducatillon, R. P., 58
Dulles, Allen, 125, 145, 150, 155, 159 y 156n, 168, 282, 439, 444, 471-472, 475, 481, 495
Dulles, John Foster, 125, 141, 144, 148, 151, 155-156, 397
Dumas, Alexandre, 37, 40
Dumont, René, 455
Duque de Estrada, Miguel Ángel, 337-338, 370, 546
Duvalier, François («Papa Doc»), 119, 377
Dzerjinski, Félix, 326

Echevarría (bandolero), 276
Echevarría, José Antonio, 199, 202-203, 240
Edelman, Fanny, 531 y 532n
Eguren, Alicia, 511n
Eisenhower, Dwight David, 109, 125, 134, 142, 144-145, 148, 150-151, 168, 195, 197, 348, 366, 397, 398n, 438-439, 443, 450, 456-457, 461, 466, 472, 475, 483, 498
Elder, Richard, 565-566
Eliécer Gaitán, Jorge, 96, 177
Engels, Friedrich, 48-49, 59, 137-138, 187, 589, 651, 702
Erickson, Robert, 201
Erra, Ana María, 696, 700
Escalante, Aníbal, 368, 381, 570, 576n, 697
Espín, Vilma, 229-230, 388, 404, 431n, 499
Estrada, Ulises, 631, 634, 644n
Eusebio (boliviano reclutado), 664, 675n, 676
Evans, Russell, 321

Fajardo, Manuel, 258n
Fangio, Juan Manuel, 293
Fanon, Frantz, 582
Fanon, Josie, 582-583
Faría, Jesús, 578
Farrell, Edelmiro J., 43
Faulkner, William, 40, 49
Fé, Ernesto de la, 406
Federico (responsable de armamento), 513-514, 524, 541, 555, 557
Felipe, León, 569
Félix, María, 160
Fernández, Emilio («el Indio»), 160
Fernández, Marcelo, 340-341, 562
Fernández, Omar, 405, 411
Fernández Mell, Oscar («Oscarcito», «Oscarito», «Siki»), 307, 326-327, 345, 383-384, 426, 451, 468, 477, 533, 615-616, 619-620, 622, 628, 633
Fernández Montes de Oca, Alberto («Pacho», «Pachungo»), 638, 648, 649, 656-657, 676, 688, 704
Fernández Suero, Cecilio, 354
Ferreira, Martín, 74
Ferrer, Carlos («Calica»), 29, 40, 46, 102-117, 140, 186, 700
Ferrer, Coleman, 632
Ferreyra, Horacio, 74
Ferreyra, Lola, 75

Ferreyra, María del Carmen («Chichina»), 72-73 y 73n, 74-80, 94-95, 99 y 99n, 373, 558n
Figueres, José («Pepe»), 118, 122-123, 166, 389
Figueroa, Carlos («Gordo»), 31, 40, 64, 66-67, 75, 486-487, 700
Fiorini, Frank («Frank Sturgis»), 313n
Fonseca, Carlos, 377, 418, 507
Fouchet, Christian, 702
France, Anatole, 48
«Francisco», 638 y 638n
Franco, Francisco, 183
Franqui, Carlos, 209n, 244, 265, 276, 320n, 360, 362-363, 366, 388, 429, 445, 571
Frers, Germán, 25
Freud, Sigmund, 40, 48-49, 57, 133, 138, 187
Frías, Ángel, 336
Frías, Ciro, 231-232
Frondizi, Arturo, 123, 478, 490, 493, 508, 531, 553
Frontini, Norberto («Grillo»), 554-555, 557-558
Frost, Robert, 49

Gadea, Hilda, 127-128, 130-145, 147, 149, 152-154, 156-159, 161-168, 168n, 172, 177-181, 184-187, 189, 191-192, 197-199, 201, 213-214, 214n, 223-225, 299, 315, 383-384, 404, 426, 450, 481-482, 506-508, 522, 534, 539, 592, 596 y 596n, 650, 700, 702
Gadea, Ricardo, 506, 529, 650
Gagarin, Yuri, 483, 487, 577
Gaidar, Timur, 536
Galeano, Eduardo, 572-573
Galván, Lucio Edilberto («Eustaquio»), 656, 693 y 693n
Gandhi, Indira, 410
Gandhi, Rajiv, 410
Gandhi, Sanjay, 410
García, Calixto, 166, 170, 194-199, 201-202, 211, 223
García, Eduardo («Gualo»), 113-114, 116-117, 119, 121-124, 129-130, 132, 135, 138-139, 158
García, Guillermo, 211, 216-217, 219, 244, 292
«García García, Gabriel» (agente cubano-norteamericano), 670, 678
García Lorca, Federico, 49, 364
García Vals, Francisco («Pancho»), 387-388, 405, 412, 419, 431
Gardel, Carlos, 20
Gardner, Arthur, 263
Gato, Sofía, 468, 480-481, 534, 591
Gaulle, Charles de, 44, 73, 483, 517, 537
Gbenye, Christophe, 585, 604, 615-616
Gengis Kan, 332
George, Andrew St., 247-249, 275, 290
Ginsberg, Allen, 390
Gizenga, Antoine, 604
Goldwater, Barry, 566, 568, 599
Gómez, David, 254-255, 260, 267-268
Gómez, Laureano, 97
Gómez, Máximo, 287, 324
Gómez Flores, Manuel, 378
Gómez Ochoa, Delio, 414
González, Eduardo, 672
González, María Antonia, 164, 166, 172-174, 182, 194, 263, 594
González Aguilar, Carmen, 72
González Aguilar, Juan, 34, 40
González Aguilar, Pepe, 44, 48
Goodwin, Richard, 482, 490-492
Gorbachov, Mijaíl, 698
Gott, Richard, 583-584
Gottlieb, Sydney, 472
Granado, Alberto («Petiso», «Mial»), 39-40, 42, 47-48, 63, 67-69, 77-93, 95-96, 98, 111, 115-117, 120, 140, 144, 186, 308, 451, 466, 478, 481-482, 509, 523, 533, 538-539, 559, 579, 596, 701
Granado, Gregorio, 68
Granado, Tomás, 39, 51, 68
Grau San Martín, Ramón, 169, 175, 177, 328, 366
Greene, Graham, 360-361
Gromiko, Andréi, 497, 501
Grose, Peter, 156n
Groswald, Bernardo («Nardo»), 554-556, 558

Guerra, Eutimio, 220, 223, 226-228, 231-236, 246, 276
Guerra, Pedro, 313
Guerrero, Julio, 246
Guerrero, Noel, 507
Guevara, Alfredo, 388
Guevara, Moisés, 650, 657, 659-660, 662, 664, 676, 681
Guevara Castro, Roberto (abuelo), 18
Guevara de la Serna, Ana María (hermana), 28, 40, 66, 101, 121, 314, 369, 486, 696
Guevara de la Serna, Celia (hermana), 25-26, 28, 37-38, 51, 75, 101, 163, 314-315, 369, 486, 532, 605, 696
Guevara de la Serna, Juan Martín (hermano), 38, 40, 100, 314-315, 369, 486-487, 508n, 532, 696
Guevara de la Serna, Roberto (hermano), 23, 26, 28, 33, 50, 56-57, 65-66, 97, 101, 103, 121, 171, 314, 369, 486, 532, 692-693, 696
Guevara Erra, Ramón, 696
Guevara Gadea, Hilda Beatriz («Hildita», hija), 186, 201, 214, 299, 315, 383-384, 426, 482, 507, 534, 592, 596, 598, 654, 702
Guevara Lynch, Beatriz (tía), 26, 29-30, 55-56, 66, 94, 100, 128-129, 132, 135-136, 139, 161, 167, 178, 183, 486-487, 537, 580, 693
Guevara Lynch, Ernesto (padre), 18-19, 21-36, 38-41, 43-44, 51, 54-56, 64-65, 65n, 66, 73 y 73n, 79-80, 101-102, 121, 213, 223-224, 298, 359, 369, 373, 384-386, 507, 508n, 537, 606, 696
Guevara Lynch, Federico (tío), 29
Guevara Lynch, Fernando (tío), 493
Guevara Lynch, María Luisa (tía), 25, 314, 493
Guevara March, Aleida («Aleidita», «Aliusha», hija), 468, 481, 507, 530, 534, 654, 701, 702
Guevara March, Camilo (hijo), 530, 701, 702, 705
Guevara March, Celia (hija), 530, 653, 654, 701
Guevara March, Ernesto (hijo), 591, 653, 701
Guevara Moreno, Carlos, 120-121
Guillén, Nicolás, 198, 364, 459
Güiraldes, Ricardo, 20
Gutiérrez, Carlos María, 295, 298, 390
Gutiérrez, Mario Julio, 682
Gutiérrez, Oniria, 267
Gutiérrez, Víctor Manuel, 157-158
Gutiérrez Barrios, Fernando, 195-196
Gutiérrez Menoyo, Eloy, 293, 324, 331, 339, 416
Gutiérrez Padilla, Valerio, 681
Guzmán, Loyola, 636, 662n, 673, 679, 697

Halperin, Maurice, 552, 589
Hammarskjöld, Dag, 150, 457, 472, 511
Hart, Abel, 229
Hart, Aldo, 229
Hart, Armando, 229-230, 239, 244-245, 263, 265-266, 281-283, 290-291, 301, 355, 366, 632n
Haya de la Torre, Víctor Raúl, 122-123
Hehong Quintana, Juan, 378
Heikal, Muhammad, 586
Heraud, Javier, 528
Hernández, Cándido, 354-355
Hernández, Hernando, 392
Hernández, José, 20, 165
Hernández, Melba, 183
Hernández Osorio, Miguel («Manuel»), 648, 664, 682
Herter, Christian, 397, 437-438, 443
Herrero, Andro («Petiso»), 113-117, 128
Hikmet, Nazim, 195
Hitler, Adolf, 35, 49
Ho Chi Minh, 144, 146, 483
Hoare, Mike, 574, 588, 601, 610, 620
Hoffman, Wendell, 245
Hoover, J. Edgar, 552n
Huanca, Bernardino, 684
Huanca, Francisco («Pablo»), 693 y 693n
Hugo, Victor, 155
Hunt, Howard, 148, 444
Huxley, Aldous, 57

Ibáñez del Campo, Carlos, 86 y 86n
Ibsen, Henrik, 76
Icaza, Jorge, 49
Iglesias, Joel, 250 y 250n, 251-252, 257, 268, 278-280, 287, 299, 326, 331
Ilanga, Ernesto, 608
Illia, Arturo, 540-541, 545, 555
Infante, Berta Gilda («Tita»), 55, 59, 103, 162-163
Infante, Carlos, 59

Jerez, Nené, 218
Jefferson, Thomas, 397
Johnson, Lyndon, 552, 560, 565-568, 576, 599
Jorge (estudiante de filosofía), 557
Jouve, Emilio, 543, 563-564
Jouve, Héctor («el Cordobés»), 543-545, 557-558, 563, 695-696
Jozami, Eduardo, 659
Jrushov, Nikita, 394-395, 409-410, 439, 442-443, 450, 453, 456-457, 460-461, 464, 471-472, 482, 484, 496-501, 514-515, 546-547, 549-552, 560, 562, 566, 576, 600 y 600n
Juan de la Cruz, santo, 46
Juarbe y Juarbe, Juan, 168, 178
Jung, Carl Gustav, 133
Jurado (general exiliado español), 35

Kabila, Laurent, 585, 588, 593, 601-602, 604, 608-615, 622, 624, 704
Babilz, Joseph, 704
Kafka, Franz, 49
Kahlo, Frida, 160-161
Kasavubu, Joseph, 472, 574, 620, 622, 629
Kennedy, John Fitzgerald, 403, 456, 461, 466, 475-476, 478, 481-485, 490-492, 495, 497-498, 501, 552 y 552n, 560, 566, 702
Kennedy, Robert, 484, 501
Kerouac, Jack, 160
Keynes, John Maynard, 187
King, J. C., 262, 444
Kiwe (informante del movimiento rebelde) 603-604
Klaure, Hilario, 526-527
Kolle Cueto, Jorge, 643, 659n, 667n
Korda, Alberto, 442
Korionov, Vitali, 499, 578
Kornienko, Giorgi, 395, 547
Kosiguin, Alexéi, 499, 501
Koslov, Frol, 497
Kraft, Gertrudis, 22
Kubitschek, Juscelino, 398
Kudriatzov, Serguei, 442
«Kumi» (medico cubano), 603, 616

La Fuente, David, 681
Lambert (teniente coronel), 602, 617, 620-621 y 621n
Lansdale, Edward, 495
Lansky, Meyer, 354
Lao, Pather, 483
Larrazábal, Wolfgang, 473
Lázaro («Negro»), 326
Lazo, Mario, 443
Leal, Mario, 251-252
Lechín, Juan, 635-636, 667n
Lefferte, Evelio, 294-295
Leiva de Holst, Helena, 128, 133, 138-139, 143, 147, 153, 155, 162, 188
Lenin, Vladimir Ilich, 49, 58, 137-138, 171, 187, 285, 287, 392, 421, 461-462, 534, 562, 589, 651-652, 702
Léon de Saint-Just, Louis Antoine, 359
León Echagüe, Pedro, 33
Leonov, Nikolái, 172-173, 202, 396, 423-424 y 424n, 425, 440, 460-465, 577
Lerner, Henry, 553-558, 695-696
Leyva, Hermes, 268
Lin Piao, 584
Lincoln, Abraham, 240, 397
Lino, Carlos, 66, 101, 121
Lister, Enrique, 199
Llano Montes, Antonio, 388
Lobatón, Guillermo, 635, 637n, 650
Lobo, Julio, 216, 459-460
Lodge, Henry Cabot, 150-151
Lojendio, Juan Pablo de, 438
Lonatti, Horacio, 558
London, Jack, 48-49, 58, 207
López, Antonio («Ñico»), 130-132,

141, 147, 164, 166, 170, 172, 211, 336
López, Enrique, 249-250, 252-253, 256
López Fresquet, Rufo, 366, 398 y 398n, 443
López Mateos, Adolfo, 452
López Muñoz, Gonzalo, 644 y 644n
Lozada, «el Gaucho», 28, 35
Lumumba, Patrice, 471-473, 511, 568, 604
Lynch, Ana Isabel, 18, 22, 26, 29, 51, 54, 386
Lynch, Ercilia, 22, 136, 161

Maceo, Antonio, 287, 321
Machado, Antonio, 49, 199
Machado Ventura, José Ramón («Machadito»), 617-618
Machín de Hoed, Gustavo («Alejandro»), 648, 667, 676, 701
Macmillan, Harold, 329, 457
Maidanek, Kiva, 548
Malcolm X, 582n
Malinovski, Rodino, 497, 499, 501
Mallarmé, Stéphane, 40
Mannel, Gunter, 520-521
Manresa, José Manuel, 387, 393, 419, 425, 428, 519, 571
Mansilla, Anastasio, 471
Mao Tse-tung, 133, 144, 187-188, 295, 387, 410, 455-456, 477, 484, 547, 583 y 583n, 646n, 650, 652
March, Aleida, 31, 78n, 104n, 209n, 341-346, 350, 352, 356, 359, 361, 382-384, 386, 404-405, 407, 413, 419, 423, 426, 437, 450, 466n, 468, 481, 487, 529n, 530, 534, 536-538, 576, 579, 588, 591-592, 595, 605 y 605n, 606, 632-634, 651-653, 654, 658, 682, 690-691, 697, 700-701, 704
March, Juan, 341
Marcos, subcomandante, 703
Margolles, Fernando, 166

María Antonieta, 702
Mariátegui, José Carlos, 92, 137
Marinello, Juan, 395
Marks, Herman, 307, 327n, 371 y 371n
Márquez, Juan Manuel, 183, 194, 211
Márquez Sterling, Carlos, 328
Martí, José, 62, 170, 175-177, 182, 185, 287, 297, 417, 671
Martín, Enrique, 50
Martínez, María Estela («Isabel»), 695
Martínez Sánchez, Augusto, 367, 430
Martínez Tamayo, José María («Papi», «Mbili»), 542, 545-546, 592-593, 603, 614, 621-622, 624, 628-629, 633, 636-637 y 637n, 638, 644, 645, 649, 650, 655-656, 659, 663, 676
Martínez Tamayo, René («Arturo»), 648, 684-685, 704
Más, Carlitos, 317
Más Martín, Luis, 321
Masengo, Ildefonse, 612, 614, 616-617, 620, 622, 624-626
Masetti, Jorge Ricardo («comandante Segundo»), 296-298, 308-309, 390 y 390n, 434, 509, 511 y 511n, 512-513, 516-518 y 518n, 521-523 y 523n, 524-526, 528 y 528n, 529-530, 538, 540-545, 552-559, 561, 563-565, 571, 574, 577, 593, 610, 629, 631, 636, 639, 648, 653, 657, 695, 703
Masferrer, Rolando, 266, 301, 354
Massamba-Débat, Alphonse, 582
Marx, Karl, 48-49, 58-59, 137, 171, 187, 421, 440, 456, 479, 537, 589, 651, 702
Matos, Huber, 301n, 414, 416, 428-429, 431 y 431n, 434, 458
Matthews, Herbert, 227, 231, 234, 238-239, 244-245, 296n, 297-298, 372
Maymura, Freddy, 656, 677
McCone, John, 495
Medrano, Dick, 164
Mejía Cuellar, Anselmo, 681
Mejías, Julia, 139-140, 142
Melivosky, Raúl, 45
Mella, Julio Antonio, 160
Méndez, Blanca, 132
Méndez, Federico («el Flaco»), 509-510, 516, 540, 545, 558, 695

Méndez, Julio («Ñato»), 643, 658, 693
Mendoza, Eligio, 251
Mendoza, Jorge Enrique, 441
Menéndez, Alfredo, 338, 386-387, 404-405, 408-409, 411-412, 414, 459
Menéndez, Jesús, 355, 366
Meneses, Laura, 168
Mercader, Ramón, 160
Meruelo, Otto, 371-372
Metutsov, Nikolái, 549-551
Miguel («el Fusilado»), 513-514, 523 y 523n, 524, 544, 554, 556, 695
Míguez, Juan, 32
Mikoyán, Anastás, 421-424 y 424n, 429-430, 437-440, 443, 447, 449, 461, 469, 497, 515
Mikoyán, Sergo, 423 y 424n, 440, 561, 599
Mills, C. Wright, 390
Miret, Pedro, 182-183, 201, 301n, 388
Miró, Rubén, 399
Miró Cardona, José, 366, 380, 456, 473
Mitoudidi, Laurent, 604-605, 607-612, 660
Mitrani, David, 374, 451-452
Mitterrand, François, 696
Mobutu, Joseph, 472, 574, 620, 629, 704
Modotti, Tina, 160
Monje Molina, Mario («Estanislao»), 461, 526-528, 561, 578, 636, 637n, 638-643, 648-651 y 651n, 656-660, 670n, 673, 695
Montand, Yves, 632
Montané Oropesa, Jesús, 179, 183, 211
Montero, Renán («Iván»), 563, 645, 655, 673 y 673n
Moore de la Serna, Edelmira, 19, 116
Moore de la Serna, Juan Martín, 59
Mora, Alberto, 571-572 y 572n
Mora, Filiberto, 244, 259
Mora Valverde, Manuel, 123
Morales, Calixto, 192, 217, 272, 356, 382
Morales, Evo, 705
Morán («el Gallego»), 225, 228, 235, 246-247, 281
Morgan, William, 293, 339, 416, 458
Moro, Tomás, 436
Moros Cabot, John, 125
Moulana (autoproclamado general), 617, 619-620
Moyano, Dolores, 38-41, 46, 59, 62-63, 73 y 73n, 74, 298
Mudandi (tutsi ruandés), 609, 612-613
Mújica, Nicanor, 128
Mulele, Pierre, 626
Mussolini, Benito, 42-43, 45, 57

Nápoles (chivato), 247
Nasser, Gamal Abdel, 409, 435, 457, 574, 584, 586, 612
Nehru, Jawajarlal, 49, 60, 409-410, 457, 487
Neruda, Pablo, 47-49, 294, 364, 537, 595
Neto, Agostinho, 582
Neyerere, Julius, 574
Nicolardes Rojas (hermanos), 372
Nietzsche, Friedrich, 49
Nixon, Richard, 163, 168, 397-398, 438, 456, 461, 475
Nkrumah, Kwame, 457, 574, 582, 607
Nogués («Gobo»), 106-108, 112
Nogués, Isaías, 105-106, 108
North, Oliver, 700
Noyola, Juan, 431
Núñez Jiménez, Antonio, 349, 354, 386, 388, 417-418, 420-422, 437, 442
Nyerere, Julius, 584, 612, 623 y 623n

Odría, Manuel, 62, 88, 92, 112, 135
Ojeda, Humberto, 157
Ojeda, Luis Arturo, 157
Olenga, Nicholas, 604
Oliva, Dionisio, 276
Oliver, Rosa María, 559
Oller, Luzmila, 119, 121, 127-128, 135
Oltuski, Enrique («Sierra»), 332-334, 335n, 340, 366, 571, 652, 701
Onassis, Aristóteles, 106
Onganía, Juan Carlos, 676
Oñate («Cantinflas»), 250 y 250n, 252, 280
Orán (chivato), 261

Orozco, José Clemente, 160
Ortiz, Roberto, 36
Osorio, Chicho, 220-222, 231, 255
Ostrovski, Nicolai, 173
Oswald, Lee Harvey, 552n
Otero, Ramiro, 641
Ovando Candia, Alfredo, 669n

Paco (boliviano reclutado), 664
Padilla, Heberto, 571-572 y 572n
Padilla, Napoleón, 402-403, 437, 459
País, Frank, 182, 202-203, 208, 211, 226, 229-230, 236, 239, 241-242, 244, 248, 259, 261-267, 281
País, Josué, 255, 266
Palacios, Alfredo, 57, 488-489
Paneque, Víctor («Diego»), 333, 341, 335 y 335n
Pantoja, Orlando Tamayo («Olo», «Antonio»), 337, 340, 513, 648, 659, 662, 679, 684-685, 704
Paporov, Yuri, 200, 394, 396
Pardo, Israel, 256 y 256n, 257, 267, 287
Pardo, Ramón («Guile»), 287, 326
Pardo, Samuel, 267
Pardo Llada, José, 406-410, 412, 436-437, 461, 469
Paredes López, Luis, 359
Parra, Jesús («Parrita»), 346
Pasternak, Boris, 392
Patolichev, Nikolái, 561
Patrón Costas, Robustiano, 71
Pavlov, Ivan Petrovich, 138
Pawley, William, 348
Paz Estenssoro, Víctor, 525-526, 528, 635
Pazos, Felipe, 244, 257-258, 266, 283-284, 366, 431 y 431n, 432
Pazos, Javier, 244, 271
Pellecer, Carlos Manuel, 154 y 154n, 157-158
Peña, Hermes, 333, 339, 346, 513-514, 524, 540, 544, 555, 557-559
Peñalver (doctor), 136, 139, 142
Peredo, Guido («Inti»), 636, 644n, 656, 663-664, 667, 680, 683, 693-694 y 694n
Peredo, Osvaldo («Chato»), 636, 694 y 694n
Peredo, Roberto («Coco»), 636, 643, 648-649, 656, 658, 661, 663, 682, 686, 694n
Pérez, Crescencio, 212, 216-217, 220, 222, 227, 229, 234, 241-243, 247-248, 258n, 259, 306, 311, 313, 543
Pérez, Faustino, 212, 226, 229-230, 244, 264-265, 267, 301, 306, 312, 320n, 366, 431n
Pérez Jiménez, Marcos, 62, 122, 134-135
Pérez Serantes, Enrique, 449
Perón, Juan Domingo, 42-43, 50, 58-61, 63, 71, 84, 86, 88, 96, 100, 105, 121, 124, 157, 163, 166, 171, 177, 180 y 180n, 184, 511n, 522, 695
Pesant, Alberto («Beto»), 319
Pesce, Hugo, 90-94, 96, 98, 112, 237-238, 276
Petit de Murat, Marta, 162
Petit de Murat, Ulises, 139, 161-162, 197
Pevtsov, Yuri, 471, 547
Phillips, David Atlee, 148, 156n, 448
Piedra, Carlos Manuel, 353
Pina, Víctor, 368
Pineda, Humberto, 142n, 157, 166, 700
Pineda, Luis Arturo, 701
Pinilla, Marta, 106-107
Pino, Rafael del, 201, 434
Pino Santos, Oscar, 437
Pinochet, Augusto, 696
Piñeiro Losada, Manuel («Barbarroja», «el Colorado»), 378, 399, 419, 505, 513, 516, 518 y 518n, 519, 521, 523, 525-528 y 528n, 529, 535, 542, 563, 574, 590, 629, 631, 634-635, 636-637, 638n, 639-641, 644 y 644n, 645-646, 647, 673 y 673n, 674, 701
«Pirincho» (estudiante familia porteña), 545, 554-556
Pisani, Mafalda, 53, 102
Pisani, Salvador, 52-53, 66, 100-102
Pizarro, Francisco, 91, 425
Ponce, Aníbal, 59

Ponce, Pedro, 234
Ponomoriov, Boris, 640
Portugal, Sabina, 64, 71, 532
Potgorny, Nikolái, 550
Powers, Gary, 483
Prado Salmón, Gary, 684-685, 692, 699
Prío Socarrás, Carlos, 122, 169, 175, 189-190, 200, 240, 250, 254, 257, 271, 281, 363, 449
Puente Uceda, Luis de la, 168 y 168n, 529, 573, 635, 637n
Puerifoy, John, 134, 144, 148, 151, 155-156

Quadros, Janio, 490, 494
Quevedo, Francisco de, 46
Quevedo, José, 317-318 y 318n, 367
Quevedo, Miguel Ángel, 456
Quintana, Nicolás, 432-433, 436
Quintanilla, Roberto, 699
Quiroga, Horacio, 48, 74
Quiroga, Tatiana, 38, 46, 63, 73n, 74-75, 373

Ramírez (general venezolano), 106
Ramírez, Humberto, 642-643
Ramírez, José («Pepe»), 321, 330
Ramírez, Miguel Ángel, 377
Ramírez, Pedro, 42
Ramírez, Ricardo (comandante «Rolando Morán»), 156, 157n
Ramos Latour, René («Daniel»), 266-267, 281-284, 290, 306, 319
Rashidov, Sharif, 497-498
Rasputín, Grígori Yefímovich, 364
Ray, Manuel, 431n, 447, 449, 458, 473
Redondo, Ciro, 191, 258, 259n, 279, 307, 321, 327, 535, 590, 698
Reed, John, 166
Reinaga, Aniceto, 682-684, 688, 704
Reyes, Eliseo («Rolando»), 647-648, 668
Reyes, Simón, 659n, 667n
Reyes Zayas, Israel («Azi», «Braulio»), 648
Ribalta, Pablo («Moisés Pérez»), 286, 295, 307, 322-323, 326, 336, 583, 592-593, 614, 622, 628-629, 632
Rigatusso, Domingo, 45, 47
Río, Dolores del, 160
Río Chaviano, Alberto del, 281
Rivera, Diego, 160-161
Rivera, Erasmo, 191
Rivero Agüero, Andrés, 328, 336, 348, 353
Roa, Raúl, 167, 414, 429, 443, 448, 472, 576
Robespierre, Maximilien de, 176
Roca, Blas, 368, 381, 417, 498
Roca, Gustavo, 73, 558 y 558n, 606, 647n, 695
Roca, Jaime (Jimmy), 73n, 99, 373
Rodríguez, Armando, 217
Rodríguez, Carlos Rafael, 320 y 320n, 321, 329, 368, 381, 411, 417, 498, 506, 562, 588-589
Rodríguez, César, 419
Rodríguez, Félix («Félix Ramos»), 416, 448, 474-475, 480-482, 495, 575-576, 670-672, 678, 682, 686-687 y 687n, 688 y 688n, 689, 691, 692, 699-700
Rodríguez, Geonel, 316-317
Rodríguez, Lester («el Gordito»), 263
Rodríguez, Luis Orlando, 366, 414
Rodríguez, Marcos, 571
Rodríguez, Roberto («Vaquerito»), 246, 250, 269 326, 351-352
Rodríguez, Zoila, 299-300, 319-320, 322, 327
Rodríguez Ávila (oficial), 253
Rodríguez de la Vega, Adolfo, 354
Rodríguez Llompart, Héctor, 461-463
Rojas, Cornelio, 355n
Rojas, Honorato, 676-677, 680, 698
Rojas, Urbino, 286
Rojo, Ricardo, 108, 113-114, 119, 123-124, 127, 133-135, 138-139, 168, 296, 478, 486, 490, 522-523 y 523n, 533-534, 558, 606, 700
Romero, Ramón («Diente de Oro»), 23
Romero, Rodolfo, 152, 377, 379, 386, 399, 418-419, 507, 563
Roosevelt, Franklin Delano, 176, 239n
Roosevelt, Theodore, 118
Roque, José María, 44
Rosas, Juan Manuel de (caudillo gaucho) 18

Rossell, Allan, 343
Rossell, María Dolores («Lolita»), 343, 350, 382
Rossell, Severino («el Guajiro»), 166
Rossell Arellano, Mariano, 143
Rossi de Oviedo Zelaya, Elba, 31-32
Rotblat, Adolfo («Pupi»), 544-545, 553-554, 556
Roth, George Andrew, 667
Ruarte, Rodolfo, 46
Rubottom, Roy, 262, 401
Ruby, Jack, 552n
Ruiz Cortínez, Adolfo, 197
Rumi, Dschelaladin, 187
Russell, Bertrand, 49, 57, 661
Russell, Sam, 515
Ruz, Lina, 174
Ryan, Charles, 247n

Salas Cañizares, José, 261
Salazar Mallén, 167, 452
Saldaña, Rodolfo, 636, 643, 649, 656, 658, 673
Salgari, Emilio, 37
Salinas (oficial), 468-469
Salles, Walter, 700
Salvador, David («Mario»), 306, 309, 391, 434, 449
San Martín, José de (general), 20, 364, 578
San Román, Dionisio, 271
Sánchez, Calixto, 250
Sánchez, Celia, 182, 211-212, 216-217, 226, 229-230, 244-246, 259, 266, 281-282, 284, 302-303, 307, 309-310, 329, 367, 404, 481, 536, 573
Sánchez, Miguel («el Coreano»), 188
Sánchez, Osvaldo, 368
Sánchez, Universo, 192-194, 217, 258 y 258n
Sánchez Díaz, Antonio («Marcos», «Pinares»), 648, 659, 664
Sánchez Mosquera, Ángel, 257-258, 260, 272, 274, 277-279, 303-304, 311, 313, 319, 415
Sánchez Pérez, José Ángel, 166
Sandino, Augusto César, 118
Sandoval, Marco Antonio, 157
Santamaría, Abel, 320n
Santamaría, Aldo, 320n
Santamaría, Haydée, 229-230, 245
Santos Busch, Ángel, 244
Saravia, Mario, 56, 63-64, 104
Sardinas, Guillermo, 275n, 287
Sardiñas, Lalo, 258-259, 272-273
Sarmiento, Domingo Faustino, 20, 40
Sartre, Jean-Paul, 49, 133, 445, 458, 534
Saucedo, Arnaldo, 682
Schmukler, Héctor («Toto»), 564, 694
Segarra, Rafael, 658
Selich, Andrés, 677-677, 678n, 681-687 y 687n, 688, 692, 699
Selich, Socorro, 686n, 692 y 692n
Sendic, Raúl, 563-564
Serguera, Jorge («Papito»), 434, 516-518, 524, 528, 563, 565, 642-643
Serna, Carmen de la (tía), 34
Serna, Celia de la (madre), 18, 21-33, 38-40, 43, 49-50, 54, 65-66, 67n, 101, 103, 140, 149, 151, 162, 171, 188, 196, 207, 213-215, 224, 245, 315, 369, 384, 487-488, 495, 507, 508n, 530-532, 535, 537, 605-607, 700
Shelepin, Alexandr, 496
Shepherd, Lemuel, 282
Shlyapnikov, Rudolf Petrovich, 577-578
Siles Zuazo, Hernán, 105, 109
Silleros, 251-252
Siqueiros, David Alfaro, 160
Sitaini (escolta revolucionario), 611
Smith, Adam, 187
Smith, Earl, 262-264, 282, 290-291, 348, 366
Somarriba, Rafael, 379, 418-419
Somoza García, Anastasio («Tacho»), 62, 118, 123, 125 134-135, 142, 145, 166, 309, 379, 399, 480
Sorí-Marín, Humberto, 275, 293, 312-313, 388, 403, 414, 469
Sosa Blanca, Jesús, 372
Sotús, Jorge, 241-242, 447
Soumaliot, Gaston, 584-585, 588, 612, 615, 617-618, 622

Stalin, Iósif, 57, 110, 126, 129, 138, 163, 382, 392, 527, 533, 600, 632, 652
Steinbeck, John, 40
Stemmelin, Oscar, 510, 522
Stevenson, Adlai, 581
Stone, I. F., 390
Stroessner, Alfredo, 379
Suárez Gayol, Jesús («el Rubio»), 337-338, 648, 651, 665-666, 668
Suárez Suquet (teniente coronel), 324
Sukarno, Achmed, 409-411, 435
Suslov, Mijaíl, 496, 547
Szulc, Tad, 192, 200, 264, 388, 399

Taber, Robert, 245, 247, 249, 296n, 298, 390
Tabernilla, Carlos, 282, 348
Tabernilla, Francisco, 253, 323, 448
Tamayo, Leonardo («Tamayito», «Urbano»), 461, 485-486, 489, 494, 648, 674, 693
Terán, Mario, 689, 692, 699
Thomas, Evan, 472n
Thomas, Hugh, 216, 355n, 399, 427
Topping, J. L., 402
Torres, Camilo, 635
Torres, Edelberto, 130, 135, 138, 152
Torres, Edelberto (hijo), 130, 152
Torres, Félix, 324-325, 382
Torres, Juan José, 696, 699
Torres, Myrna, 133, 139, 142 y 142n, 157, 166, 213, 504, 700, 707
Torres, Sinecio, 256 y 256n
Touré, Sekou, 574
Trotski, León, 160, 547, 599-600, 673
Trujillo, Rafael Leónidas, 62, 119, 134-135, 169, 177, 200, 302, 309, 365, 375, 377-379, 403, 415-416, 483
Truman, Harry S., 61, 125
Tshombé, Moise, 472, 574, 580, 585, 620
Turcios Lima, Luis, 473, 503, 542
Túrolo, Carlos, 494

U Thant, Sithu, 511
Ubico, Jorge, 124
Ulate, Otilio, 123
Urrutia, Manuel, 248, 284, 348, 360-363, 365-367, 379-380, 386, 388, 398n, 415
Urrutia, Miriam, 47

Valdés, Ramiro («Ramirito»), 217, 219, 258, 261, 272, 304, 306, 311, 326, 349, 352, 368, 378, 419, 466, 505, 701
Valdés Vivo, Raúl, 417
Valdovinos, Oscar («Valdo»), 113-114, 119, 121, 124, 127, 135
Vanegas Arroyo, Arzacio («Kid Vanegas»), 182, 185-186
Vargas Salinas, Mario, 676-677 y 677n, 678, 681, 692 y 692n, 693n, 699, 704
Varona, Tony, 449
Vázquez Viaña, Humberto, 529, 583, 636, 673
Vázquez Viaña, Jorge («el Loro»), 540, 636, 643, 649, 656, 658-661, 668 y 668n
Vega Suárez, José Manuel («Che-Che»), 131, 136, 154, 158
Velasco Ibarra, José María, 113
Velásquez, Lucila, 164, 167-168, 172, 178-179
Verlaine, Paul, 40
Verne, Jules, 37, 57
Vilaseca, Salvador, 405, 412, 431-432
Villa, Pancho, 166, 191
Villeda Morales, Ramón, 419
Villegas Tamayo («Pombo»), Harry, 295, 326, 346, 404, 513, 518-519, 535, 607, 610, 616-617, 621, 628-629, 633-634, 636, 637n, 638n, 645, 647, 649-650, 655-660, 663, 681, 693
Villoldo, Gustavo, 672, 678, 692n
Viñas, Ismael, 531

Walter (boliviano reclutado), 664
Wangüemert, Luis, 434
Wells, Herbert George, 49
Westphalen, Jenny, 537
White, Harold, 128, 138, 143, 147
Whitman, Walt, 49, 133
Wiecha, Robert, 264, 290
Wieland, William, 262

Willauer, Whiting, 401
Williamson, William, 264
Wollam, Park, 316
Wright, Frank Lloyd, 411

Ydígoras Fuentes, Miguel, 444, 447, 473, 503
Yon Sosa, Marco Aurelio, 473, 503
Yrigoyen, Hipólito, 21, 35

Zamora, Óscar, 636, 639-640, 650
Zeissig, Herbert, 139
Zelaya, Guillén, 188
Zenón Acosta, Julio, 226, 235, 242, 326
Zenteno Anaya, Joaquín, 682-683, 686-688, 692, 699
Zola, Émile, 40, 57
Zukov, Yuri, 394
Zweig, Stefan, 76, 702

ÍNDICE

*Agradecimientos* ..... 7
*Introducción* ..... 11

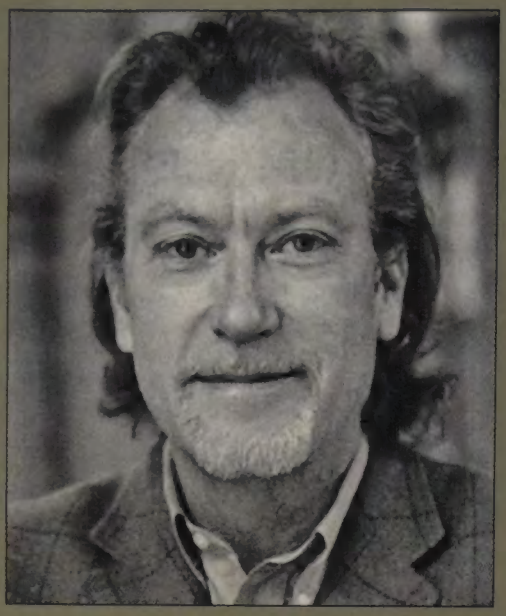
Primera parte
UNA JUVENTUD INQUIETA
1. Un yerbatal en Misiones ..... 17
2. El clima seco de Alta Gracia ..... 27
3. Un chico con muchos apodos ..... 38
4. Un hombre independiente ..... 52
5. Escapada hacia el norte ..... 78
6. «No soy el mismo que era antes» ..... 100
7. «Sin saber cuál es el norte» ..... 104
8. Rumbo al norte ..... 115
9. Días sin pena ni gloria ..... 130
10. «Una terrible ducha de agua fría» ..... 149
11. «Mi vida proletaria» ..... 160
12. «Dios y su nueva mano derecha» ..... 174
13. «La llama sagrada en mi interior» ..... 187

Segunda parte
LA GESTACIÓN DEL CHE
14. Un comienzo desastroso ..... 207
15. Días de «agua y bombas» ..... 228
16. Vacas flacas y carne de caballo ..... 241
17. Enemigos de todas clases ..... 260
18. La guerra se extiende ..... 289
19. La ofensiva final ..... 323

Tercera parte
HACIA EL HOMBRE NUEVO
20. El fiscal supremo ..... 359
21. «Mi deber histórico» ..... 405
22. «Somos el futuro y lo sabemos» ..... 423
23. «El individualismo debe desaparecer» ..... 434

24. Estos tiempos atómicos ..... 468
25. Vertiente guerrillera ..... 503
26. El largo adiós ..... 560
27. La historia de un fracaso ..... 592
28. Sin retorno ..... 628
29. Sacrificio necesario ..... 655
30. Epílogo: Sueños y maldiciones ..... 690

*Apéndice* ..... 707
*Notas sobre las fuentes* ..... 721
*Bibliografía* ..... 727
*Índice de nombres* ..... 739



© Jerry Bauer

Gracias a la rigurosa e ingente labor de investigación llevada a cabo por el extraordinario reportero Jon Lee Anderson, tenemos la posibilidad de acercarnos de nuevo a la fascinante figura de Ernesto «Che» Guevara, tan publicitada como, en parte, desconocida: un mito en vida y un mártir internacional tras su muerte; un luchador revolucionario, estratega militar, filósofo social, economista, médico, y amigo y confidente de Fidel Castro. El Che tuvo un sueño épico: unificar Latinoamérica y el resto del mundo subdesarrollado mediante la revolución armada para acabar de una vez por todas con la pobreza, la injusticia y los nacionalismos mezquinos que la habían desangrado durante siglos. El Che se comportó con celo fanático, y al final pagó el precio más alto por defender su causa. Este libro arrastra al lector desde las capitales revolucionarias de La Habana y Argel hasta los campos de batalla de Bolivia y el Congo; de los corredores del poder de Moscú y Washington hasta el exilio en el puerto de Miami, México y Guatemala.

Jon Lee Anderson, el único biógrafo que ha tenido acceso exclusivo a los archivos del gobierno cubano y ha gozado de la colaboración de la viuda del Che, Aleida March, que nunca había hablado de quien fuera su último marido con ningún periodista, traza la trayectoria vital de Ernesto Guevara y la compleja personalidad del guerrillero, desde su infancia y su juventud en el seno de una acomodada familia argentina hasta su muerte violenta a manos del ejército boliviano. El autor ha obtenido documentos inéditos hasta ahora, entre ellos varios diarios personales del Che, cuyos fragmentos más relevantes recoge esta obra. En el curso de sus investigaciones, Anderson consiguió entrevistarse con los militares bolivianos que conocían lo ocurrido durante los últimos días del Che, y pudo descubrir un misterio guardado celosamente durante veintiocho años: el paradero del cuerpo del Che en Bolivia, que luego pudo ser repatriado a Cuba. No cabe duda de que esta obra monumental se revelará como el retrato definitivo de una de las figuras históricas más fascinantes y emblemáticas del siglo XX, hasta ahora aún muy desconocida.

«Una evocación brillante... El retrato más completo hasta el momento» (Alberto Manguel, *Times Literary Supplement).*

«Absorbente y convincente. Una obra indispensable» (Robin Blackburn).

«El mejor libro escrito hasta ahora sobre el Che, un valioso monumento a un imperfecto pero heroico soñador de la utopía» *(The Sunday Times).*

Jon Lee Anderson (California, 1957) es colaborador del *New Yorker* y autor, entre otros libros, de *Guerrillas: Journeys in the Insurgent World* y *The Lion's Grave: Dispatches from Afganistán.* En Anagrama se ha publicado *La caída de Bagdad,* por el que obtuvo el Premio Reporteros del Mundo 2005.

9 788433 925725